FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR

EL HÉROE

Y EL

CÉSAR

(PRIMERA PARTE DE LA INQUISICIÓN Y EL REY)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

TOMO PRIMERO

R. 57.937

MADRID

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚM. 9

(Barrio de Pozas)

Teléfono número 3118

1894

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie, sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta y Casa Editorial de Felipe Gonzalez Rojas, San Rafael, 9.

EL HEROE Y EL CESAR

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO

FELIPE GONZALEZ, EDITOR

CAPÍTULO PRIMERO

La tempestad.—Lo que era el reino de Murcia y sus habitantes en el siglo XVI.—El bodegón.—Brujas y creyentes.—Los fantasmas en forma de peregrinos.—Sorpresa, duda, dispersión.—El capitán y el sargento.—Lo que parece palacio, lo que no es palacio y lo que fué palacio.—El Héroe, un jefe comunero, el conde de Santomera y el pálido reflejo de la muerte.—El panteón y las estatuas.—Para lo que se vive y por lo que se muere.—Juramento.—Principio de una amistad de cuarenta años.

Son las cuatro de la tarde del 2 de Enero de 1523. Nos hallamos en la muy noble y muy leal ciudad de Murcia, capital del reino que lleva el mismo nombre, y uno de los pueblos mejor situados de la Península española. Contribuyen á formar esta excepción, lo templado del clima, el valor de sus naturales, la belleza de las mujeres y la hermosa vega que le rodea. Tan poética y morisca ciudad merece la descripción que haremos más adelante.

En este momento se oye la violenta agitación del aire, á impulsos del cual se mueven los árboles, las palmeras se encorvan y hasta las plantas se inclinan, temerosas de ser arrolladas por el feroz Eolo.

Poco á poco, é impelidas por el viento, van cubriendo la población multitud de nubes, densas unas, sutiles otras, y de mayor ó menor opacidad todas; pero con la suficiente para ocultar los rayos del sol, que camina á su ocaso.

Entre estos meteoros acuosos, los hay que se presentan á la vista rojos, verdes, azules y negros y consiste en que los de menos opacidad dejan que el sol refleje en ellos el verdor de la vega ó el azul del firmamento, mientras que los más densos, los de mayor opacidad, se ven oscuros, casi negros, y tan cerca de la tierra que parecen juntarse con los chapiteles de las torres.

Por instantes crece su espesor; descienden á mucho menos de la región media del aire, y condensado éste los junta, mueve y agita con pasmosa rapidez.

Más tarde cubren completamente la ciudad hasta dejarla en tinieblas; se inflaman chispas elétricas que forman los relámpagos, y á éstos siguen horripilantes truenos, que demuestran la completa perturbación del viento con nubes gruesas. Las partículas de vapor de que se componen aquellas se transforman en gotas de agua, que no puede sostener el aire, y descienden con estrépito hasta regar el suelo copiosamente. La tempestad se declara larga, segura y terrible.

Los habitantes de Murcia, harto preocupados y más prácticos en asuntos de guerra que en el estudio de las ciencias, han abandonado la vega, calles y plazas, y encerrados en sus palacios, casas ó barracas, encienden un pedazo de vela, llamada del Santísimo, y postrados ante la imagen de Santa Bárbara le ruegan que interceda con Dios para que les libre del rayo ó de los efectos del

espantoso huracán, que hiere los oidos y conmueve los corazones.

En las parroquias y conventos suben sacerdotes á las torres, y con más fe que conocimiento de lo que hacen, tocan las campanas é imploran de la misericordia Divina que contenga su justa cólera. El vibrante sonido de los metales atrae la electricidad; pero esto lo ignoran la mayor parte de los murcianos en el siglo XVI, y siguen tocando y pidiendo hasta que el rayo les da á conocer su imprudencia, ú oyendo el Señor tan tierna plegaria, destruye la tormenta y devuelve á sus hijos la perdida calma.

En la presente ocasión se prolonga la tempestad, las calles se convierten en arroyos; la centella destroza edificios, y crece el pánico á medida que aumenta la revolución atmosférica que estamos presenciando. A los diez minutos de haber estallado, adquieren los meteoros acuosos su mayor densidad; la rarefacción del aire les permite bajar cuanto es posible, y entre la abundante agua que despiden, caen piedras que concluyen de atemorizar á los sobrecogidos murcianos.

La tormenta era efectivamente grande, y el cuadro no podía presentarse más aflictivo.

Pero como todo tiene fin en este mundo, las nubes fueron deshaciéndose; perdieron sus densidades; más sútiles y ligeras corrieron otra vez á merced del viento Sur; los truenos comenzaron á oirse á mayor distancia; había cesado el huracán, y el agua que corría por las calles, buscaba sus naturales descensos, quedando al poco tiempo la noche húmeda, oscura y fría. La tempestad empezó á las cuatro de la tarde y eran las ocho cuando se retiraba por completo.

Los habitantes de Murcia seguían, no obstante, encerrados en el hogar doméstico rezando muchos aún, comentando otros la revolución que se agitó sobre sus cabezas, y hablando los menos tímidos de las revueltas políticas de que era víctima aquel reino. Sólo algún guerrero armado de punta en blanco, los dependientes de la autoridad ó varios peregrinos que, sin causa conocida, andaban por aquellos contornos y se atrevían á interrumpir el sepulcral silencio que había reemplazado á la tormenta. Las calles estaban completamente á oscuras; todavía las bañaba el agua, y estas eran nuevas razones para que á la hora indicada no se vieran más transeuntes que aquellos á quienes su reconocido valor ó el cumplimiento de un deber sagrado les obligaba á salir.

Antes de pasar adelante es preciso que digamos algo sobre la morisca ciudad y sus habitantes.

Existía Murcia doscientos años antes de la Era cristiana, y la poseyeron 616 años los romanos, los godos 310 y 527 los árabes. Beuter y otros dicen que fué fundada por los Morgetes; Holecio y Hortelio aseguran que es la Menlaria de Ptolomeo; Cesaraugustavo afirma que se llamó Bigastro; Clusio la apellida Murgis, otros Oreola, y algunos Ormela: pero es lo cierto que há más de mil años se llama Murcia, según refiere el historiador mahometano Abulcacin Tarife Abentarique. Hasta la invasión de los árabes poco ó nada podemos decir sobre dicha capital; pero desde el momento en que Oppas y Todomir, al frente de las huestes sarracenas, vencieron al valeroso ejército murciano y se posesionaron de la ciudad, estuvo este reino en guerras continuas, hasta que Aragón se unió á Castilla y los moros abandonaron sus

últimas pretensiones. Primero el célebre alcaide árabe Abrein Azcandari, elevado luego á rey, después sus sucesores, y terminada la reconquista los adelantados, puestos al frente de los murcianos, combatieron con heroismo; unas veces contra los del reino de Valencia y otra contra los de Granada. Particularmente desde el siglo XIII al XVI se vieron obligados á defenderse, y aun á acometer sin tregua ni descanso á los del reino de Aragón, que tenía á tres leguas y media hacia Levante, y á los árabes que por parte de Occidente invadieron constantemente el término de Lorca.

Enclavada la bella ciudad entre enemigos tan poderosos y sedientos de poseer su rico suelo, llegó el caso de convertirse en guerrero hasta el mísero labrador, que con una mano sujetaba el arado y con la otra el hacha, la maza ó la partesana. Al toque de arrebato ó al escuchar el sonido de la bocina y clarín, los hombres todos abandonaban sus casas y oficios para defender la patria, ocupando sus mujeres é hijas el puesto que quedaba vacío en la vega, la fábrica ó el taller.

Murcia llegó por eso á tener una importancia de que hoy carece; el valor de sus hijos y la riqueza de su suelo la elevaron á capital de primer orden, siendo uno de los reinos que más servicios prestaron á la corona de Castilla, que más en estima tenía sus monarcas, y uno de los que más privilegios consiguieron desde Alonso X hasta Carlos I, desde el siglo XIII hasta el XVI.

Pero tanta guerra, lucha y exterminio; tanta pasión desarrollada al través de los desórdenes y de la anarquía; la falta de tiempo para lo que no fuese pelear, morir ó vencer, y la imposibilidad de pensar en otra

cosa que en combates, impidió á los murcianos el estudio, la meditación, el conocimiento de las ciencias y el obrar con la prudencia que en tales épocas desconoce el soldado. A eso debieron su origen los bandos de Manueles y Fajardos, y otros que no se escarnizaron menos. A las guerras de invasión sucedieron las civiles, y á este caos se unía la superstición y fanatismo que domina á los de Murcia en los momentos que empieza nuestra novela histórica. Pronto abandonaremos la poética ciudad para conocer al César Carlos I y para asistir á las grandes luchas que sostuvo en tan venturosa época el imperio español; pero antes de dejarla debemos presenciar algunos acontecimientos importantes que van á tener lugar en ella, y en los que han de tomar parte el héroe de nuestro libro y algunos de los principales personajes, á quienes seguiremos después á Madrid. Con este solo objeto hemos dado á conocer, en pálido y ligero bosquejo, el reino de Murcia y sus moradores. Hecho esto comenzamos las primeras escenas de nuestra novela.

Las calles de la muy noble y leal ciudad son todavía árabes, ó lo que es lo mismo, estrechas y tortuosas; la rodea y defiende un espeso muro de granito, en unión de su famoso alcázar mandado construir por Azcandari, el cual sirve de castillo y á la vez de palacio al adelantado Pedro Fajardo, marqués de los Vélez. Cerca del río Segura, que atraviesa la población, existe el barrio de San Juan, más célebre ahora que nunca por albergarse allí renegados, desertores, truhanes, aventureros y gente toda, con raras excepciones, de conducta dudosa. En una de sus calles, llamada Arrabal Antiguo, existe la hostería ó bodegón del *Gusano*, visitado en general

por lo *mejor* del barrio en hombres y mujeres. Penetremos en él: la casa en que nos hallamos tiene solo piso bajo, el cual sirvió un día de granero á su dueño el moro Abenjatif; sufrió, no obstante, una completa metamorfosis, y en todas sus paredes se ven deliciosas pinturas que excitan la hilaridad del hombre más excéntrico. Se emplearon solamente almazarrón y albayalde, y con estos dos colores retrataron moros sin cabeza, mahometanas medio desnudas, judíos sin ojos ni brazos; y multitud de castellanos presentando los miembros mutilados de sus enemigos. Era una exacta representación de la reconquista, tan groseramente dibujada como la había concebido un mal aficionado á la pintura de *brocha gorda*.

En torno del saloncito en que se admiran esos *sublimes frescos*, existen mesas de morera, algunas sillas de la misma madera, un mostrador que sirve de tribuna y despacho á los dueños, tres tinajas, armario de pino, y sobre un basar de olivo, multitud de platos, vasos, jarros, tazas y jícaras.

Este bodegón lleva el apodo con que es conocido su dueño, el cual, antes que ese oficio ú ocupación, tuvo la de matar moros á las órdenes del capitán Ramiro. Casó más tarde, y el cielo le concedió tres hijas, que en unión de su fanática esposa, formaba ahora el todo de su familia. Los padres frisan ya en los cincuenta abriles, y las jóvenes cuentan de quince á dieciocho años. *Gusano* se educó en los campos de batalla, y careciendo de una moral que no le enseñaron amigos ni extraños, dejó á su mujer é hijas que aprendieran y practicasen en la misma escuela en que él había vivido siempre, Eran, pues, cinco seres, en los que no se conocía amor,

respeto ni otra consideración que la de la conveniencia.

En este momento se hallan en medio del saloncito los cinco individuos de esta mísera familia, con algunos de sus parroquianos, varones y hembras, comentando unos y otros los estragos que acababa de hacer la tormenta de que hemos hablado antes. La madre exclama:

—En el barrio han caído cinco rayos, y entre estos, la piedra y el agua derribaron muchas casas y hundieron más de veinte terrados.

—¡No he visto tempestad más horrible,—añadió una de sus hijas;—las nubes eran rojas, verdes, azules, y tan negras otras, que aterraban!

—Lo tenía previsto,—dijo una parroquiana que contaba cerca de sesenta años de edad;—hay en este país todavía muchos moros y judíos que fingen entrar en nuestras iglesas; pero que en realidad son herejes, y por esa causa anda el demonio entre ellos y nosotros. Anteanoche se vieron cerca de la luz más de doscientas brujas, armadas de palos y atronando el espacio con sus gritos; y en la madrugada última se oyó en la casa del duende arrastrar por el suelo un sinnúmero de cadenas.

—Esos son cuentos,—respondió *Gusano*;—las brujas y los diablos, los encantados y las almas en pena, sólo existen en vuestras imaginaciones.

—¡Qué locura! Los he visto yo, los he oído. ¿Por qué, sino, faltan de Murcia todos los días tantas criaturas, sin que jamás pueda hallarse á ninguna?

—Es verdad,—replicaron las restantes mujeres.

—Os digo que hay muchas brujas, muchas, y hasta que echemos de aquí á todos los moros y judíos no nos veremos libres de esa plaga. Tambien cuentan que algunas almas en pena ó demonios se dejan ver á menudo

disfrazados de peregrinos, y hay quien asegura que salen en tropel del castillo de Monteagudo.

—Los han encontrado en la huerta.

—Y en la ciudad.

—Y en todas partes.

—Llevan barba muy larga y de sus ojos despiden fuego.

—Como que salen del Purgatorio.

—O del infierno.

—Con ellos no hay puerta segura, dinero bien guardado, ni doncella recatada.

—¡Bah! ¡bah! ¿Para qué quieren ellos el oro ni las mujeres? Eso debe ser otra cosa.

—¿Por qué entonces han desaparecido las hijas de Martín Blasco, la del *Cojo* y hasta la de don Juan Gallardo, que era tan bella y virtuosa?

—Es cierto.

—No cabe duda, y la verdad es que así no se puede vivir.

—Es preciso exterminar á los moros, á los judíos y á los peregrinos.

—Y que echen conjuros por toda la ciudad y sus alrededores.

—Hablad bajo, no os oigan y tengamos mala noche. La tempestad se les debe á ellos, y es sabido que en las horas siguientes á los truenos es cuando las brujas cometen sus más horribles fechorías.

—Hay quienes aseguran que oyen lo que se habla aún cuando estén muy lejos, y hasta que adivinan.

—¡María Santísima! ¿Llevais relicarios?

—Yo sí.

—Y yo.

—Y todos.

—Entonces me tranquilizo; pero bueno es mudar de conversación... ¿Qué ruido es ese?

—Parecen pisadas de gente que vienen hácia aquí.

—¿Si serán ellos?

—Santigüémonos.

Y los siete ú ocho que estaban en el figón lo verificaron, quedando pendientes de los pasos que percibían. Tal era la superstición y fanatismo de aquellos seres, que no obstante lo relajado de sus costumbres y aún su mal modo de vivir, se hallaban en este momento, desde *Gusano*, que parecía el más valiente é incrédulo, hasta la más tímida de sus hijas, descoloridos, agitados y como temerosos de un daño cierto y próximo.

Continuaron en silencio, cogidas ellas de las manos todavía algunos segundos. El ruído se oía cada instante más cerca. De pronto se escuchó un golpe que aterró al auditorio; la puerta, que estaba entornada se abrió de par en par, presentándose la figura de un hombre alto, delgado, lleno el rostro de cicatrices y con más traza de militar que de otra cosa.

Gusano y los que le cercaban retrocedieron; se fijaron luego en el recién venido, y cuando pudieron reconocerle, exclamaron con placer:

—¡El sargento Dávalos!

El aludido ceñía á su cuerpo espesa cota de malla, que ocultaba desde las corvas arriba con ancho gaban de paño gris; de su cintura pendía enorme daga; cubría su cabeza un chambergo sin pluma, y era efectivamente el sargento Dávalos. Al ver el aspecto de la gente que estaba en el bodegón quedó parado en el umbral de la puerta, preguntando:

—¿Por qué temblais? ¿Os he asustado yo?

—No, mi sargento,—le contestó *Gusano*;—creían estas mujeres que llegaban los peregrinos, y como se cuentan de ellos cosas tan extrañas...

Dávalos era el único hombre que imponía su voluntad en aquel barrio. Valiente, osado y práctico en el manejo de las armas, llegó á ser incontrastable entre los más bravos de San Juan. Pertenecía á una familia noble; pero durante su adolescencia gastó cuanto tenía de sus padres, viéndose obligado á buscar en la guerra un modo de vivir que asegurase su subsistencia. Con cabeza ménos ligera, sin tanta temeridad y su magnífico temple de alma, hubiera llegado á capitan; pero si bien como hombre hacía lo que el más valiente durante el combate, no sabía en cambio dirigir ni mandar soldados, por cuya razon se puede asegurar que no pasaría nunca de sargento. Más adelante conoceremos lo crítico de su actual posicion.

—No temas, *Gusano*—dijo, contestando al figonero; —ni vosotras, pobres gentes; los peregrinos, duendes y brujas se asustan al sólo escuchar mi nombre, y huyen de mi presencia como demonios.—Y entró, añadiendo despues de haberse sentado junto á una mesa:

—No he cenado todavía, *Gusano*; sírveme un poco de jamon, pan, vino, y apunta. La cuenta se va haciendo larga; pero ya sabes que mi paga es buena, y en cuanto encuentre compañía...

—Con mucho gusto, sargento; nada puedo negar al más templado de este barrio. Pronto mejorareis de fortuna, y entonces...

—Entonces, ó me matan ó me hago rico otra vez; por cierto que ya me cansa esta vida ociosa

—Os ha perjudicado mucho el haber capitaneado á los comuneros de San Juan, y seguir luego á Padilla.

—Es verdad; pero es buena mi lanza, y no tardaré en hallar quien la compre. ¿Me traes ese jamon?

—Ahora mismo.

Mientras hablaban *Gusano* y Dávalos, los restantes formaron corro cerca de ellos y seguían comentando la aparicion de los peregrinos, que tanto les asustaban, si bien lo hacían ahora con más tranquilidad y sosiego. efecto del valor que les había infundido la llegada del sargento. Este comenzó á cenar y á sorber sendos tragos de vino, riéndose á la vez de las frases que escuchaba sobre los fantasmas, duendes ó brujas.

—Esos son cuentos, patrañas—les dijo interrumpiendo la conversacion—hijos de torpes ensueños ó de las visiones que forjais. Yo ando á todas horas por Murcia y sus alrededores, y no he visto peregrinos, fantasmas, ni otra cosa que hombres feos y mujeres hermosas, tan hermosas... Yo no os puedo decir lo que me gustan las mujeres de este país.

—Pues yo os aseguro que los hay; yo los he visto como á vos

—Y yo tambien,—contestó *Gusano*.

—Y yo.

—Y yo,—añadieron varios.

—¡María Santísima!

Exclamaron todos retrocediendo; al sargento se le cayó el tenedor de las manos; rodó la botella de vino, y el miedo se apoderó de cuantos estaban allí. Era que se abrió de pronto la puerta y apareció en el umbral un peregrino de barba muy larga, mirada siniestra, túnica que le cubría desde el cuello hasta los piés, un sombre-

ro que le tapaba casi toda la frente y enormes conchas exparcidas en su traje talar.

El peregrino, fantasma ó la que fuera, lanzó una mirada sombría en torno del bodegon, y fijándose en el sargento, anduvo hácia él con paso lento, rostro contraido y actitud severa. El tabernero, familia y parroquianos, pasado el primer instante de sorpresa, fueron á huir; pero al llegar al portal se encontraron con las inmóviles figuras de otros dos peregrinos, y dande un grito horrible, volvieron la espalda, desapareciendo en dirección del corral. En éstos no vieron ya lo que representaban, sino dos fantasmas aterradoras, que acabaron de helarles la sangre y de descomponer sus cerebros. En medio del mencionado corral habia un monton de paja, tropezaron en ella y cayeron unos sobre otros, permaneciendo así mucho tiempo, faltos de valor y hasta de fuerza para moverse. Los dos peregrinos que se hallaban á la parte afuera continuaron con los brazos cruzados y la vista baja, mientras que el primero, ó sea el que penetró en el bodegon se acercó cuanto pudo al sargento y siguió mirándolo frente á frente sin despegar los lábios. Dávalos se había puesto en pié, é instintivamente llevó la mano derecha al pomo de su daga; pero vista la actitud pasiva del peregrino, no sacó el arma ni se movió hasta que aquél le dijo:

—Sargento Dávalos, creí que eras valiente; más al hombre que le acobarda un pobre peregrino, doy por hecho que le falta corazon.

Y se sentó tranquilamente sin apartar la vista del sargento.

—¡Esa voz,—exclamó Dávalos—la mirada, vuestra estatura!

—¿Continúo asustándote? ¿Te infunde pavor á tí tambien mi raida túnica, mi espesa barba, mi actitud severa?

—Señor, si sois el ca...

—¡Silencio, insensato! Ese hombre que vas á citar está proscrito; han pregonado su cabeza, y sólo el nombrarlo cuesta la vida.

—Qué me importa si puedo verle, si me es dado contemplar otra vez su encrespada melena, su mirada de águila... Señor, os he conocido y soy vuestro; disponed de mi existencia; ya sabeis que os la debo, pero áun cuando así no fuese, se la cedería gustoso al primer valiente de España. Aquí en este barrio, nada temais; sólo impera la voluntad del sargento Dávalos: bravos y cobardes, pequeños y grandes, todos sucumben ante mí: ¡ay de ellos si, léjos de ofenderos, no se postran á las plantas de mi... de mi señor!

Dávalos miraba ahora al incógnito con ansiedad y placer; cogió una de sus manos, la besó, aguardando con la mayor compostura y respeto á que aquél le interrogase. El peregrino había inclinado la cabeza, prosiguiendo así algunos minutos; de pronto la alzó, preguntando al sargento:

—¿Hay por estos contornos un palacio grande, ruinoso, que un día perteneció á los condes de Santomera?

—Sí, señor; al extremo de esta calle, en la acera de la izquierda, frente al rio.

—¿Quiénes lo habitan?

—Lo ignoro; á nadie se ve, pero se oye ruido, por lo cual dice el vulgo que moran en él los duendes.

—Preocupaciones, insensatez, locuras; eso contemplo ó escucho desde que he llegado á este pais, al cabo

de veinte años que faltaba de él. Pronto sabré yo quiénes están dentro.

Y se puso en pié con ánimo de dirigirse á la calle.

—¡Guay si me delatas, sargento! Que el cielo te guarde.

Dijo, por último, y fué á salir; mas el otro le detuvo con las siguientes frases:

—No; anhelo obedeceros, sufrir vuestra suerte.

—Tengo en Murcia un patíbulo levantado, y los mios la horca.

—Que añadan otro nombre más á la lista; os sigo.

—Piénsalo bien, Dávalos.

—Señor, os perdí en Villalar: juzgué que el primer tercio de Castilla había perecido con su arrogante jefe á la cabeza; mas siendo así que os hallo vivo, quiero perecer con vos ó triunfar de vuestros enemigos; que donde las dan las toman, y para un capitan tan valiente como vos no es malo un sargento tan osado como yo.

—¿Qué te hace falta, Dávalos?

—Pelear junto á mi señor.

—Lo conseguirás; pero antes...

—Antes todo me sobra; hasta la vida.

—Siempre has tenido trampas.

—Y ahora tambien.

—¿Cuánto debes?

—Cincuenta ducados escasamente.

—Tómalos; paga, y á las doce en punto de la noche me esperas frente al palacio del conde de Santomera.

Y le arrojó el dinero.

—¿No temeis á los duendes?

—Ni al demonio. Te aguardo, Dávalos.

—No faltaré, señor.

Y saliendo el peregrino, se unió á sus dos compañeros, continuando adelante hasta detenerse á la puerta de un inmenso edificio gótico, antiguo, y tan estropeado, que amenazaba ruina por uno de los costados. En su orígen, y un siglo despues habría sido el mejor palacio de Murcia; mas hoy parecía el esqueleto de un altanero gigante de la Edad Media, aniquilado por la incuria, el abandono, el olvido y el tiempo.

El incógnito que había hablado con el sargento, cogió el enmohecido aldabon, dando un terrible golpe, al que nadie contestó; tornó á llamar, y sólo se escucharon los ecos que fueron repitiendo las inmensas bóuedas del edificio. En éste, que formaba una manzana aislada, y en todos sus alrededores, reinaba silencio sepulcral y una oscuridad completa.

El peregrino siguió golpeando hasta que una voz destemplada le preguntó:

—¿Quién eres?

—Un peregrino.

—¿Qué deseas?

—¡Entrar, voto al demonio!

—¿Con qué derecho?

—Con el de la amistad que me unió siempre al señor de esta casa.

—No es bastante.

—Abre en nombre de la hospitalidad que un caballero demanda al conde.

Al escuchar estas frases, el que estaba de la parte adentro entreabrió un postigo, fijando la luz de su linterna en el grupo de peregrinos que tenia enfrente; mas éstos se precipitaron hacia la escalera, exclamando el único de ellos que hablaba:

—Alumbra, Pablo, y abandona esos cerrojos. ¿Quieres decirme qué guardas entre estas semiruinas?

—A mi señor el conde,—contestó el criado medio aturdido, siguiendo á aquéllos despues que hubo cerrado.—No corrais tanto—añadió—que vais á tropezar.

—Tengo prisa, torpe escudero; avanza más, ¡voto á Lucifer!

—¡Quién será; quiénes serán!—exclamaba Pablo lleno de asombro, corriendo en pos.

Delante los peregrinos y detrás el de la linterna, subieron la escalera, atravesaron despues una galería, luego varios salones, y últimamente se detuvieron en la sala de armas, frente á un jóven que apenas tendría veinte años, y cuyo aspecto, severidad y aplomo imponían ya de un modo inexplicable.

Otros que no fueran nuestros osados peregrinos hubieran llegado hasta aquel sitio con gran temor, pues las habitaciones que acababan de atravesar se parecían más á las de un palacio encantado que á la morada de séres humanos. Desde el portal á la sala de armas, en que se hallaban, no vieron un solo mueble ni otra cosa que elevados muros, inmensos salones, extensas galerías, y todo esto tan triste y sombrío como silencioso é imponente.

No distinguieron más lucos que la de la linterna que llevaba Pablo y la de una pequeña lámpara que ardía en la estancia donde les detuvo el altanero joven, ni se oyó otro ruido que el que produjeron sus pisadas y el prolongado eco repetido por los cóncavos del palacio.

El peregrino que iba delante, exclamó contemplando la noble y majestuosa figura del adolescente:

—¡Hermosa frente, briosa postura! Tus ojos, niño,

despiden el fuego que arde en tu corazon. Conozco á los hombres, hijo mio, y sé muy bien lo que digo.

—Gracias, señor,—contestó aquél con modestia.—Soy Alberto de Silva, hijo único del conde de Santomera. ¿Con quién tengo el honor de hablar y qué quereis de mí?

—Deseo ver á tu padre; recordar nuestra antigua amistad, y algo más que no debo decirte.

—El conde se halla enfermo; le molesta la conversacion, y no puede, en consecuencia, recibir á nadie.

El incógnito avanzó, contestando á la vez.

—Pero á mí sí, que fuí su compañero...

Alberto le cerró el paso, replicando con altanería:

—Atrás, señor peregrino; no os dejo pasar por la causa expuesta, y porque ignoro vuestro nombre; vuestro nombre que...

—Mi nombre, proscrito hoy, se abrió paso por todas partes; y mi espada... niño, no debo yo decirte lo que hizo mi espada.

—Espada y nombre... Peregrino, callo lo que yo puedo hacer con esa espada y nombre.

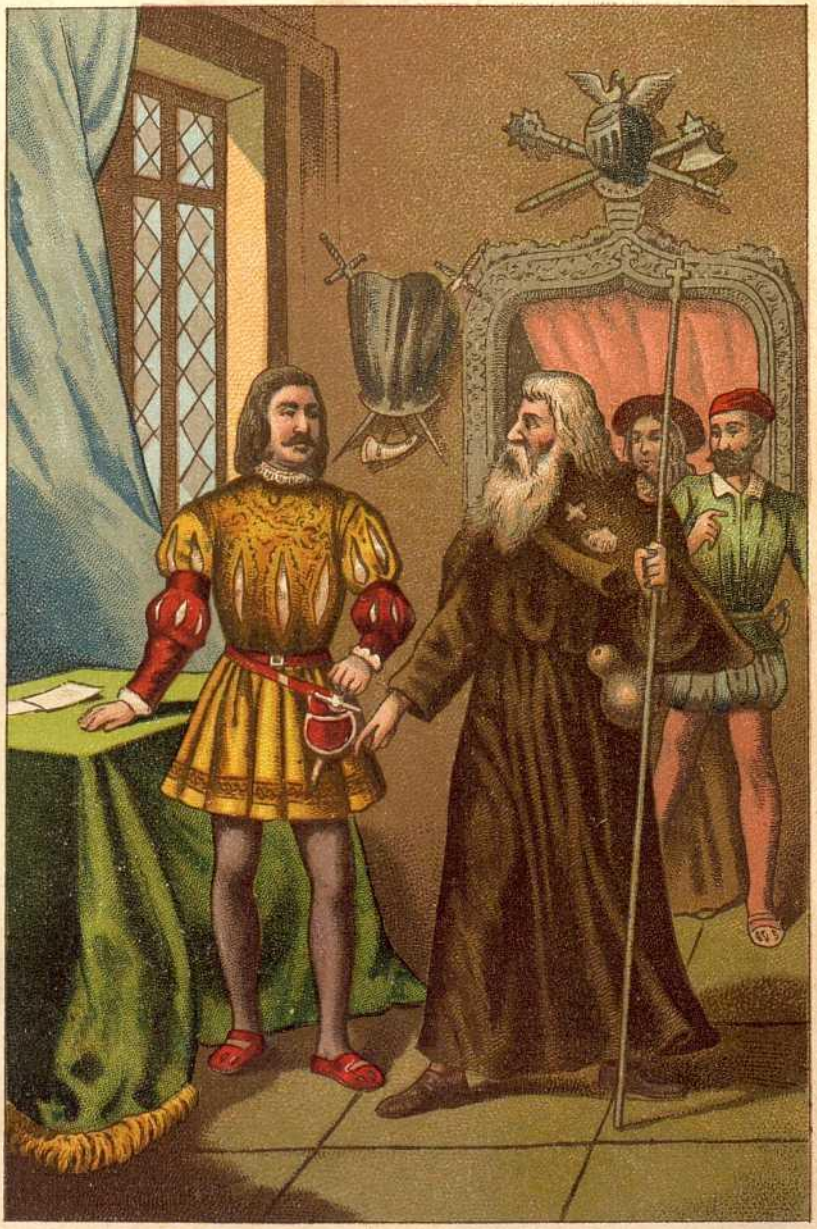
—¿Te atreverías á pelear con un capitan que mató á cuantos enemigos osaron detener su paso?

—¿Por qué no?

—¡Serías tan audaz, tan temerario!

—Ni lo uno, ni lo otro; lucharía con ese capitan ó con tres á la vez; esquivaría sus golpes, y con calma y arte esperaría los descuidos que tienen siempre los hombres de vuestra osadía para atravesarles el corazon y demostrar á los que presenciaran el hecho la manera de batirse con éxito.

—¿Quién te enseñó todo eso, niño?



—Mi nombre proscrito hoy se abrió paso por todas partes y mi espada.....

—Mi padre, su pobre escudero, la necesidad y la desgracia.

—Tienes talento; no eres cobarde, y te reserva el destino un brillante porvenir.

—Puede; pero hoy sólo veo los efectos de la miseria: sólo siento las consecuencias del dolor; sólo prueba el acíbar de la amargura.

—¿Tan desgraciado eres?

—Más que el ave solitaria y triste, que el pez aprisionado entre las ondas, que el reptil pisoteado y mísero.

—Tu voz interesa, tu figura encanta, tu valor y talento seducen; amo al conde como á mi mejor amigo; pero estoy proscrito, mi cabeza se halla pregonada, y poco, muy poco le es dado hacer por el hijo al que peleó más de una vez en defensa del padre.

—Nada os he pedido, nada tomaría; y si agradezco vuestro interés, notad que no lo he pretendido, que no me hace falta.

—Antes de una hora opinarás lo contrario. Llévame á la estancia de tu padre.

—¿Cómo os llamais?

—Mira.

El peregrino alzó su túnica, dejando ver debajo de ella una cota de malla, espada, la cruz de Santiago y una banda de capitan. Alberto de Silva le dijo:

—Eso no es bastante; si yo no os inspiro suficiente confianza para que declareis uuestro nombre, tampoco vos me la ofreceis á mí para que os permita pasar adelante.

—Es verdad, y mi silencio era hijo del deseo que abrigaba de sorprender agradablemente á tu padre, y

áun á tí; pero es justa tu demanda, y debo decirte que soy el capitan Pedro Navarro.

—¡Navarro; el amigo íntimo del conde; el que salvó su vida; el que le quiso rico; el que no le desdeña pobre!... Perdonad, señor, y dejadme que bese vuestra mano.

—Eso no, pardiez; á mis brazos, valiente Silva. ¡Voto al demonio, cómo este chiquillo me interesa!...

—Vuestro incógnito me obligó á trataros de un modo que os ruego no recordeis; pero ahora que os conozco, ahora, señor capitan, os daría... Nada, absolutamente nada; ¡soy tan pobre, tan desgraciado!...

Alberto bajó la frente, exhaló un suspiro y se humedecieron sus ojos.

—No te aflijas, valiente jóven; tu talento, apellido y sangre fria, te abrirá las puertas de la gloria, y llegarás á ser, yo te lo aseguro, poderoso en nombre y en fortuna. Tus paisanos dicen que aquí moran duendes, y en su insensata preocupacion no han visto, no han comprendido que está enmedio de ellos un hombre que ha de honrar el pueblo donde ha nacido más que ninguno otro de sus hijos.

—Gracias, señor, muchas gracias. ¿Persistís en ver á mi padre?

—Lo deseo vivamente.

—Pues seguidme.

Y ambos atravesaron dos habitaciones, entrando en una alcoba en que sólo había cama, una mesa, cuatro sillas y la lámpara que ardía enmedio de la estancia. Sobre el modesto lecho reposaba el conde de Santomera, el cual contaba más de sesenta años, y en su demacrada faz se veía el pálido reflejo de la muerte.

El jóven Alberto hizo seña al capitan para que se quedase á la puerta, y sin detenerse llegó hasta la cabecera de la cama de su padre.

—¿Qué ocurre, hijo mio?—le preguntó el enfermo con acento balbuciente. ¿Por qué no te has retirado ya á descansar?

El adolescente separó con sus dedos los cabellos blancos que tenía el conde sobre la frente; despues le pulsó, y sentándose junto á él, le contestó con su calma natural:

—Es temprano, padre mio, y ántes debo daros una agradable noticia.

—¡Ay, Alberto, sólo me resta sufrir y padecer!... Pero nó tu rostro angelical, tus cuidados, tu acento dulce y cariñoso y tu agradable compañía, neutralizan con ventaja los efectos de mi horrible situacion. Soy dichoso, hijo del alma; el que puede llamarte padre debe ser feliz, muy feliz. Déjame que estreche tu mano; dáme un beso; el calor de tu piel, lo grato de tu aliento, sostienen mi vida, reaniman mi espíritu y me recompensan de tanta fatiga, de tan perpétuo malestar.

—Padre amado, ya sabeis que yo no miento nunca, y os acabo de decir que tengo para vos una agradable noticia.

—No puede ser, Alberto; ¿qué me importa el mundo y cuanto existe en él, á excepcion de mi hijo? Sólo aspiro á tenerte á mi lado, á abrazarte, y desde tu regazo bajar á la tumba, donde te esperaré, para que, unidos un día, continuemos así en la eternidad; lo demás no me interesa; únicamente anhelo verte ahí pegado á mi cama, y eso no me lo negarás; ¿es verdad, hijo mio? Viviré poco, muy poco; pero si tú me abandonas espiraré en el acto.

—Señor, jamás dejaré á un ser que tanto quiero; eso bien lo sabeis.

—Sí, conozco tu nobleza de alma, tu talento, tu genio; pero...

—Padre mio, permitidme que os dé la nueva que antes indiqué; yo os lo ruego.

—Habla, hijo mio; deseo escuchar tu voz, gozo oyéndote; tú ignoras lo que yo te amo.

—Decidme antes, ¿cómo os sentís?

—No estoy mal.

—¿Cesó la molestia que experimentábais en el costado izquierdo?

—Cuando respiro noto alguna incomodidad; pero me hallo bien, muy bien.

—Ya os he dicho que una emocion fuerte podría perjudicaros; por lo que os recomiendo la calma, y os impongo desecheis toda idea que pueda afectaros.

—Ya lo sé; más no comprendo...

—Recuerdo que en muchas ocasiones me habeis hablado de un valeroso capitan, temerario como pocos, noble como el que más, el cual os salvó la vida en el término de Lorca.

—Es verdad; mi querido amigo Pedro Navarro. ¿Qué será de tan bravo compañero?

—Vive, padre mío, y su suerte no es la mejor, toda vez que se halla proscrito.

—Lo siento; más no podemos hacer nada por él. ¡Somos tan infortunados!

—¿Tendríais gusto en verle, en estrechar su mano?

—Yo lo creo; ese estoy seguro que no me ha vuelto la espalda, ni me negó nunca su amistad.

—Cierto; y habeis de saber que se halla en Murcia.

—¿Cuándo ha llegado? ¿Quién te lo ha dicho, Alberto? ¿Cómo lo averiguaste tú?

—Quieto, padre mio; no os movais ni os afecteis, ó me callo.

—Bien; pero háblame de Navarro. ¿Te consta que es exacta la noticia?

—Sí, señor.

—¿No has dicho que estaba proscrito?

—Verdad es; mas se encuentra en esta capital.

—Lo dudo; de ser así, ya habría venido á verme.

—¿Y si se hallara en vuestro palacio?

—Difícil es; para Navarro no hay valla posible, y ya estaría á mi lado.

—Osado es; pero le he contenido yo, temiendo os sorprendiera y perjudicara su venida.

—¿Y lograste de él?... Que entre hijo mio; no le detengas; mira que es mi mejor, mi único amigo.

—¿Me dais palabra de no conmoveros?

—Sí; que pase al momento; mire yo otra vez su varonil semblante; estreche su mano...

El peregrino habia continuado todo este tiempo en el dintel de la puerta, cruzado de brazos, escuchando con ansiedad creciente el anterior diálogo. Al llegar aquí le hizo una seña Alberto para que avanzara, lo que hizo aquél después de quitarse la túnica y sombrero, que arrojó al suelo en unión del bordon. Al verlo el conde, se incorporó, y abriéndole los brazos, cayeron ambos sobre la almohada sin expresar otras frases que:

—¡Silva!

—¡Navarro!

Y permanecieron un minuto estrechándose. Alberto se puso en pie y los separó, exclamando:

—Basta, padre mío; os habeis conmovido demasiado, y no puedo tolerar que prosigais así.

—Me siento bien, Alberto; déjame que prolongue por algun tiempo más la grata satisfaccion que acabo de recibir.

—Hablad, señor; pero con más calma y sin afectaros. Sentaos aquí, señor capitan; yo lo verificaré sobre el lecho, y de este modo estaremos más cerca los tres.— Navarro y el conde se hicieron varias preguntas relativas al estado de ambos, añadiendo despues el último:

—Desde nuestra última entrevista, capitan, me sobrevinieron tantas desgracias, que llegué á verme reducido á sólo los bienes vinculados, cuyas rentas pertenecerán aún por mucho tiempo á los judíos que me adelantaron los fondos necesarios para quedar con honra, llevándome dos ducados por cada uno que me entregaban. Hace diez años tuvieron lugar mis fatales contratiempos, y desde entonces acá permanecí encerrado en este palacio, sin salir de él, dedicado exclusivamente á la educacion de mi hijo. Para que nadie se burlara de la miseria que me rodea, despedí á mis criados, conservando solamente ese pobre escudero Pablo, cuya lealtad y cariño te son conocidos. Más tarde escribí á mis parientes y á algunos amigos, que eran muy ricos, y ninguno me contestó; todos me abandonaron á mi suerte. En consecuencia, llamé á otro judío, y le vendí caballos, muebles y cuanto suponía no serme de imperiosa necesidad; con ese dinero, y convertidos los tres en un sólo ser, llevamos más de nueve años escondidos entre estos muros, sin presente ni porvenir. Pensaba trasladarme á Madrid de incógnito; enagenar este palacio, por ser la única pose-

sion libre que me resta, y correr en busca tuya, con ánimo de que ingresara mi hijo en tu compañía, y se diera á conocer en el campo del honor. Esperaba para la realizacion de esa idea á que cumpliera los veinte años de edad; mas antes de verificarse he caido enfermo, y sabe Dios si llegaré á levantarme Tú eras mi esperanza, el único apoyo de mi hijo; pero estás proscrito, segun dice Alberto, y tal desgracia viene á concluir el horrible cuadro de mi infortunio.

—Sí, amigo mío,—contestó Navarro con sentimiento—despues de vencer en Portugal, de combatir en las Alpujarras y de luchar quince años seguidos contra los enemigos de mi patria, me hice comunero, asistí á la desgraciada batalla de Villalar, y cuando me cansé de matar contrarios y de perder gente de mi invencible compañía, rompí un flanco del enemigo y escapé con cincuenta valientes que me quedaban. Me llamaron; pregonaron luego mi cabeza; requirieron á mi gente para que se presentase á indulto; les aconsejé que me abandonaran; mas ninguno quiso la vida que el gobierno les ofrecía, jurando, por el contrario, seguir mi suerte y perecer conmigo. Rasgo heróico que les ha valido permanecer hasta ahora entre las entrañas de la tierra, ignorando qué será de ellos mañana; si bien hoy puedo decirte que están alegres, satisfechos, y dispuestos á obedecerme como saben hacerlo esos valientes.

—No me extraña; el que peleó á tu lado no supo nunca abandonarte; para el compañero fuiste un padre, Navarro; para el contrario un rayo desolador.

—Es verdad; ahora, sin embargo, somos cincuenta y uno contra el primer imperio del mundo, y en verdad que nuestra situacion no puede ser más crítica.

—¿Qué piensas hacer, amigo mío?

—Al presente nos hallamos escondidos, y cuando alguno sale de su ignorado retiro lo verifica con las precauciones convenientes; tengo un tio canónigo, residente aquí, el cual negocia ha tiempo el indulto de todos nosotros; si éste llega, como es probable, volveré á ingresar en el ejército, y nada se habrá perdido; mas si tarda mucho, descubren nuestro paradero y nos atacan, entonces moriremos matando hasta exterminar á cuantos tengamos delante, ó hasta que ellos den fin de nosotros.

—¿Crees posible el indulto?

—Lo compramos, Silva, lo compramos; el cardenal Adriano se resiste; pero he doblado la suma, y acaso lo logre.

—Terrible sería tener que luchar contra un emperador tan jóven, valiente y hábil. Hoy no existen en sus muchos estados más enemigos que vosotros.

—Lo sé, y por esa razon anhelo el indulto; mas si no llegase, ¡voto al demonio!...

—Si muero, mi hijo te seguirá, estés ó no indultado; y si curase, lo que no es creible, los tres correremos en busca tuya. Navarro, ya que la Providencia te trae á mi casa, protege á mi Alberto, y que al expirar lleve yo á la otra vida el consuelo de que le queda un segundo padre. Es valiente; maneja las armas con más destreza que nosotros; su pasmosa sangre fria admira, y Dios misericordioso le concedió un talento que yo no debo encomiar; mas es tan jóven y tan hidalgo su corazon, que temo por él; tiemblo al recordar que esa hermosa frente, esa lengua que nunca mintió, esa mano sin mancilla y ese pecho noble y generoso, puedan servir

de pasto á tanto miserable, á tanta gente ruin y despiadada como ha de encontrar á su paso el dia que camine por el campo de la sociedad.

—Alberto sabe más que tú y que yo, conde; mejor que nosotros le es dado defenderse de la falacia y del engaño; pero es tu hijo, le amo ya como á tí, y seré su padre el resto de mi vida. Te lo juro. Alberto de Silva; si yo no muero en esta crisis ó estado excepcional en que me veo, vendrás conmigo, y á mi lado ¡pardiez! ya verás lo que yo te enseño y lo que podrás hacer junto á mí. Te nombraré alférez; más bello no puede tenerlo el emperador; curtiré esa fina piel con el sol, el aire y la fatiga; se llenará de callos tu sedosa mano y á caballo, lanza en ristre y un poco detrás de mí ¡maldicion!.. Muchacho, serás hombre.

—Ya me hizo Dios, capitan. Iré con mucho gusto á vuestro lado; pero algo delante de vos.

—Niño, yo he llegado siempre adonde logran muy pocos.

—Lo creo, que lo decís vos y lo asegura mi padre; no obstante eso, he de morir ó aventajaré al primero.

—¿A mí?

—Sí.

—Lo veremos.

—Lo vereis.

—Conde, tu hijo demuestra no necesitar maestro.

—Es verdad; pero há menester un padre, un protector.

—Su aplomo, su mirada, y una cosa que noto en él grande, indescriptible, la recomiendan hasta el extremo de hacer inútiles tu amistad y cariño para que yo lo lleve á mi lado como hijo ó como compañero, pues al

ángel de Dios le falta muy poco para sobreponerse á mí. Silva, se acerca la media noche y debo partir; estoy proscrito; pero tengo oro, gente que me obedece y amigos; ¿qué necesitas de ellos ó de mí? ¿Qué quieres de tu antiguo camarada, de tu hermano?

—Ya lo has oido.

—¿Nada más?

—Eso sólo

—Adios; piensa únicamente en sanar; tu hijo y yo nos vamos a entender desde ahora; conocerá mi retiro, y cuando me sea dable te visitaré de nuevo. Adios, amigo mio, tranquilízate y cura.

—El cielo te proteja y defienda. Regresa pronto, que te vea siquiera otra vez.

Y ambos se volvieron á estrechar tiernamente, saliendo de allí el capitan y Alberto. Al llegar á la puerta se cubrió aquel con su túnica y sombrero; cogió el bordon, y apoyándose en el brazo derecho del futuro conde, caminaron hasta penetrar en la sala de armas, donde estaban el escudero y los dos restantes peregrinos.

—Salid—les dijo el capitan á los tres, y quedándose sólo con Alberto, añadió:

—Valiente Silva; tu padre se halla gravemente enfermo; á un hombre de tu temple de alma todo se le puede decir, por consiguiente, opino que el conde sufre su última dolencia.

Y quedó observando el efecto que habian causado sus frases en el atrevido jóven. Este bajó la cabeza, rodaron por sus megillas dos lágrimas, y alzándola de nuevo, exclamó:

—Lo sé, capitan; mi pobre padre espirará antes de quince días.

—¿Qué enfermedad sufre?

—Una lesion en el corazon. Ha padecido tanto, que era indispensable esa terrible consecuencia.

—He visto retratada la muerte en su demacrada faz; mas no creo que esté tan próximo á exhalar el último suspiro. ¿Qué médico le visita?

—Pablo y yo.

—¡Qué dices! ¿Cómo no has llamado á los mejores facultativos de la ciudad?

—Lo he juzgado inútil: por cuya razón, y otras que reservo me encargué de su asistencia.

—Comprendo; el producto de los muebles, caballos, etc., estará concluyéndose...

—Hablemos de otra cosa, Navarro...

—No, hijo mío; el conde es mi amigo íntimo, mi hermano; y áun cuando tú tienes más talento que el mejor médico, es indispensable que desde mañana le visite un facultativo, se haga lo que él mande, y disponga de criados, medicamentos y de cuanto sea necesario. Me han dicho que solo á las altas horas de la noche sale y entra en el palacio un hombre, el cual doy por hecho que será Pablo; irá por el alimento preciso, y se recatará, en lo posible, para ocultar de ese modo la miseria en que viven sus amos. Es un rasgo heróico de vanidad, amigo mío, pero el que yo no debo tolerar por más tiempo.

—Capitan, á Pablo y á mí podrá faltarnos algo, pero á mi padre le sucede lo contrario.

—Alberto, te voy á dejar quinientos ducados, y cuenta que no me voy sin que los aceptes como préstamo, regalo ó como tú quieras.

—Señor, estais en negociaciones para comprar vues-

tra vida y las de cincuenta séres que os aman y obedecen, y no debeis, en consecuencia, distraer fondos que os pueden asegurar lo que juzgais perdido.

—¡Bah, bah! ¿Qué suponen quinientos ducados relativamente á la cantidad que nosotros necesitamos? Tenemos por otra parte de sobra para negociar ese indulto.

—Aun cuando fuese así, me asisten otras razones.

—No te comprendo.

—Soy lo suficiente pobre para no poder admitir un préstamo, y heredero de un conde, por lo que no me es dado tomar una limosna. Os ruego que no insistais, porque será inútil.

—Alberto, puesto que no has mentido nunca, dime con toda sinceridad si careces ó no de dinero.

—Solo me quedan treinta ducados.

—¡Soberbia suma! Si muere tu padre te verás obligado á mendigar su entierro.

—No, que poseo aún este palacio.

—Buena idea; supongo que al amigo del conde se lo venderás mejor que á un judío; en este bolsillo tienes ochocientos ducados á cuenta, y quiere decir, que más adelante fijarás su precio y se extenderá la escritura de venta.

—Mientras viva mi padre es suyo, y yo nada puedo disponer.

—Por eso no te lo compro ahora mismo.

—Capitan, si quereis ser mi amigo retirad ese dinero y hablemos de otra cosa.

—Niño, niño sin corazon, deseo que mi amigo, el conde de Santomera, acabe sus últimos dias lejos de la miseria que os envuelve y atormenta. Si tú tienes alma

para verlo espirar de ese modo, yo no: ó tomas ese dinero, ó vuelvo con mi gente, me posesiono del palacio, y si nos descubren y corre la sangre, tú habrás tenido la culpa. Elige, que es ya media noche, y me esperan cerca de aquí.

Alberto cogió papel y recado de escribir; redactó varias líneas, y después de firmarlas, se las dió al peregrino, diciendo:

—Acepto los ochocientos ducados, y hé ahí su equivalente.

Navarro leyó:

«En nombre de mi moribundo padre, y como su único heredero, he vendido al capitan D. Pedro Navarro nuestro palacio de Murcia.—*Alberto de Silva.*»

El ex-comunero sonrió maliciosamente; se guardó el papel, y dijo al jóven.

—Muy bien, amigo mio; haz lo que te he dicho, gasta sin cuidado alguno, y está tranquilo por tu suerte. Ahora préstame atención. Desde el instante en que tu padre espire, te adoptaré por hijo y heredero, y quién sabe lo que el destino reservará á un hombre de tu saber. Con mis cincuenta bravos, el castillo y los amigos que tengo en Murcia, puedo sostenerme en este país mucho tiempo; Orihuela, Elche, Játiva y hasta el mismo Valencia, arden en guerra civil; á nuestras comunidades han seguido otras en esos puntos, y en verdad que tardarán bastante en acabar con ellas. ¡Guay si el cardenal ministro nos niega el indulto! ¡Ay de las tropas imperiales si se acercan á la madriguera del leon, y éste alza su potente garra! Entonces destruiremos sin compasión, hasta que esos menguados se convenzan de que no hay poder en el mundo que

nos haga sucumbir, y vean en cada uno de nosotros una compañía, en el todo un ejército, y la necesidad les obliga á capitular y darnos un puesto honroso en las filas del emperador. A mi lado en esta lucha civil, ó junto á mí á la cabeza de las tropas de Cárlos I, ganarás gloria, tu nombre se elevará cuanto quieras, te adularán los que hoy te desdeñan, y tendrás riqueza, honores, posicion y lo que ambicione tu privilegiado entendimiento.

Silva oyó al capitan con interés; cruzó luego los brazos, é inclinando la cabeza sobre el pecho, permaneció mudo é inerte.

—¿Qué es eso, Alberto? Pardiez, ¿cuando creia haber excitado tu entusiasmo demuestras sólo tristeza y pesar?

—Sí.

—¿Por qué, hijo mio?

—Señor, en esa gloria de que me hablais, en las batallas, en la corte, en la sociedad en fin, no veo yo otra cosa que miseria humana, dolor, iniquidad. Los hombres caminan impelidos por bastardas pasiones; los guía la ignorancia; les aconsejan la envidia, la avaricia, la insensatez, y siempre mintiendo, engañando ó matándose, forman un caos horrible, espantoso é indigno de lo más grande que existe en la tierra; de séres hechos á imágen y semejanza del sublime Autor del Universo.

—Muchacho, encerrado desde la niñez entre estos muros, sin trato con nadie, ¿quién te ha enseñado eso?

—¿Quereis saberlo?

—Sí.

—¿Deseais que os demuestre lo que son las glorias humanas, los rangos de la tierra, la opulencia del mundo, y en lo que para todo?

—Sí.

—Os voy á arrancar, con sentimiento, hasta la última de vuestras ilusiones.

—Me alegro.

—No, amigo, no; sois noble, generoso, valiente; creo que os amo ya, y no debo consentir que salgais de esta casa de un modo contrario á como habeis llegado.

—¿Cómo entré y cómo voy á salir, Alberto?

—Cubría vuestro ingenio, al llegar aquí, la túnica recamada de oro de las ilusiones; vuestra mirada se fijaba ansiosa en el dorado templo de su esperanza; vuestra cabeza, proscrita y pregonada, creía sostener una corona inmortal; y no debo permitir, Navarro, que marcheis desnudo, derruido el edificio y deshecha y pisoteada la orla de vuestra frente.

—Adelante; sepamos si eso es cierto.

—Quedará seco vuestro corazon, muda vuestra lengua, encorvado el cuerpo y trémula la mano.

—Haz ese milagro.

—Si luégo os pesa, no me culpeis, capitan.

—Pienso, por el contrario, arrancarte una filosofía impropia de tu edad é hija del aislamiento y prision en que vives.

—Imposible.

—Lo verás.

—Ahora mismo. ¡Pablo?

Gritó el jóven, é hizo que el escudero le diese la linterna; encargó al mismo que quedase con los dos peregrinos en aquella sala, y añadió dirigiéndose á Navarro:

—Seguidme, capitan.

Y uno en pos del otro atravesaron salones, pasillos y galerías; bajaron una escalera ancha y espaciosa, y luego

otra más estrecha, larga y profunda. Seguidamente anduvieron tres minutos, deteniéndose junto á una puerta de hierro que abrió Silva, y penetraron en un salon circular, situado á cuarenta piés más bajo que el nivel de la tierra. Era el panteon del palacio, y desde que abandonaron la sala de armas hasta llegar allí sólo habian cruzado por sitios capaces de imponer y hasta arredrar á todo el que no tuviese el desmedido valor del comunero. Reinaba, como hemos dicho antes, un silencio interrumpido únicamente por las pisadas de Silva y de Navarro; el aire era denso y húmedo, y la oscuridad tan grande, que apenas conseguían herirla los rayos débiles y opacos que despedía la linterna que aquellos llevaban. Habia gruesos y elevados muros; altas paredes, con grietas negras y con bastante espesor; montones de escombros, y sitios, en fin, que amenazaban ruina. El panteon era una bóveda inmensa, de maciza piedra, de estructura magnífica, llena de estatuas, urnas funerarias, todas de mármol, y en el que había altar, dos asientos de jaspe y lámpara de bronce, apagada desde que en el palacio se introdujo una economía gemela de la miseria. En su origen fué aquel panteon uno de los primeros de España, y aún se conserva bien, efecto de la solidez y grandeza con que fué construido. Era gótico, como el resto del edificio, y contaba más de tres siglos. No obstante el excesivo valor de Navarro, sintió un poco de frio y esa impresion desagradable que conduce al malestar.

—¿Para qué me traes aquí?—preguntó á su compañero.

—Noto, bravo capitan—contestó Silva con calma—que os ha impuesto algo el lugar que yo visito todos los

días, siendo el único que me ofrece distraccion en el palacio.

—¿No estamos en el panteon de tus mayores?

—Es verdad; pero á mí me sirve de biblioteca.

—Muchacho, ¿qué estás diciendo?

—Aquí estudio el mundo; recuerdo en lo que para todo; aprendo á conocer lo que vale la vida, y veo patente lo que es la muerte.

—No te comprendo, Alberto.

—Al salir de este precioso archivo os lo explicareis. Ahora oidme con atencion, que voy á cumpliros mi palabra.

El jóven separó de la cara los largos y sedosos cabellos que formaban su hermosa y rubia melena, y dirigiendo la luz de la linterna al primer sepulcro, añadió:

—¿Ves esa urna funeraria? Sabed que guarda los restos de D. Rui Gomez de Silva, mi quinto abuelo. Detrás está su estatua, y era, segun se retrata ahí, alto, varonil, muy valiente y de carácter indomable. Su apellido, entonces poco conocido, le exclareció ese gigante, el cual sirvió á las órdenes del Santo rey D. Fernando III, y le ayudó á vencer al monarca de Navarra, al califa de Córdoba, contribuyendo poderosamente á las conquistas de Baeza, Sevilla y Murcia. Tales fueron sus servicios, y hasta se puede decir sus hechos héróicos, que S. A. R. lo hizo conde de Santomera y señor de tantos pueblos y villas que sería prolijo enumerar. Murió D. Fernando III, y su hijo, Alonso X, más aficionado á los astros que á la guerra, y con más dotes para el estudio y la poesía que para el mundo de unos estados tan belicosos como Castilla y Leon, desdeñó la potente lanza de mi quinto abuelo, y éste se

vió obligado á retirarse aquí y á terminar sus dias mirando construir este palacio y panteon. Cincuenta años de luchas, de inmarcesibles glorias, de insomnios, molestias, y de una vida, en fin, tan agitada como las ondas del Oceano, le valieron un olvido completo, vejez ignorada y el consuelo de dormir en ese lecho de mármol, algo mejor que la tierra, pero el que le ofrece la misma comodidad. Murió de hastío: su vida fué corta, su eternidad no tiene fin. Si obró bien será dichoso; pero si la rectitud y la justicia no presidieron sus actos ¡ay de él, Navarro! Los señoríos, los pueblos y las grandezas que dejó en la tierra se habrán convertido en dardos punzantes que le atravesarán el espíritu sin tregua ni fin. Comparad ahora su vida con su muerte, y deducid las consecuencias.

—Hijo mio, sabes más de lo que yo habia supuesto.

—Ya me dareis la razon; seguid á mi lado, que empiezo ahora. Otro sepulcro y otra estátua; ahí duerme D. Pero Gomez de Silva, segundo conde de Santomera, y mi cuarto abuelo, hijo del anterior. Era, segun demuestra la efigie, de estatura regular, frente ancha y de gran talento. Ayudó al infante D. Sancho á que se sublevara contra su padre; asistió á la batalla de Córdoba, y fué su íntimo amigo antes y despues que aquél se elevara á soberano; pero la reina doña María Alfonsa de Molina no simpatizó nunca con D. Pero Gomez, y logró del monarca su esposo que lo desterrara á este país, donde se entretuvo en escribir una obra que podia titularse muy bien *Crónica de Sancho IV el Bravo*. Murió el rey, quedó doña María de regenta, y seis años despues falleció mi cuarto abuelo, de hastío, como su antecesor. Este, igualándose al otro,

mandó, avasalló, y ahí descansa por una eternidad. Sobre su espíritu nada os diré; deducid las mismas consecuencias, y pensad lo propio que de su padre. Hé aquí ahora á D. Gil Gomez de Silva en estátua y huesos; fué mi tercer abuelo, y también el tercer conde de Santomera. Le cubre, como veis, gruesa armadura, y está bien retratado así, pues vivió siempre en guerra contra moros ó aragoneses, viniendo á perecer en la batalla del Salado. Sirvió á Fernando IV y á Alonso XI; sostuvo constantemente quinientos ginetes, ochocientos peones y treinta caballeros; su lanza se apellidaba *magna* y su brazo *invencible*; pero los moros de Africa lo hicieron pedazos y expiró á los cuarenta y ocho años de edad, pudiendo asegurarse que pasó más tiempo á caballo que durmiendo, más corriendo que sentado, y más peleando que en amorosa plática. Coronó su frente de inmarcesible gloria; ¡ay de él si le negaron la de la otra vida! pues es fácil que quien no gozó de paz en el mundo no la logre despues.

—¡Alberto, tus frases me estremecen!

—Aún no he concluido; seguid conmigo. Otro gigante, el famoso D. Berenguer Gomez de Silva, cuarto conde de Santomera, y mi segundo abuelo. Este, con tanto ardor bélico como su padre, siguió al rey D. Pedro I de Castilla, apellidado el *Cruel*, y se batió día y noche por su causa, hasta que, horrorizado ante las venganzas del monarca, ó temiendo sufrir la suerte de algunos de sus amigos, muertos á manos ó por órden del rey, se fué al campo aragonés, tomó parte con el pretendiente D. Enrique y asistió á la batalla de Montiel, ayudando, despues de la lucha de los dos hermanos y de la muerte de D. Pedro, á la coronacion

de D. Enrique II, al que sirvió luego con mucha lealtad. Alcanzó parte del reinado de D Juan I, y pereció víctima de la congestión que le sobrevino á consecuencia de una acalorada disputa que sostuvo con el jóven monarca. Dios le haya perdonado; su historia tiene de todo y es de temer que no lograse la paz eterna á que el espíritu se hace acreedor en la otra vida cuando se obra mal en ésta. Aquí veis ahora la estátua y urna de mi último abuelo. D. Cer Gomez de Silva, quinto conde de Santomera. Vivió noventa y seis años, alcanzando, por consiguiente, los reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV. Fué cortesano, y tan hábil, que dispuso siempre del favor de sus monarcas; no hubo intriga palaciega en que dejase de tomar parte, ni acontecimiento alguno que él ignorara. Se le pedia consejo para todo; se imitaba su lujo y explendidez, y navegó por fin sobre un mar de oro, cuyo rico metal esparció de un modo fabuloso. Sus hermanos, tios, sobrinos, amigos y conocidos, fueron sin excepcion elevados por él, distribuyó entre ellos parte de sus bienes, consiguiendo morir, si no pobre, poco menos. El conde *Pródigo*, pues así le llamaban, no tuvo más hijo que mi padre, y logró este bien á una edad tan avanzada, que le fué ya imposible rehacer el gran patrimonio que habia destruido. Mirad su estátua; parece que inclina la frente como rehuyendo las miradas de sus antecesores. Su vida corrió espléndida; su vejez terrible; su más allá, sábelo Dios.

—¡Alberto, creo que te fijas con enojo y desden en esa figura de mármol!

—Sí; D. Cer fué causa de que á su lado no haya otra urna y otra estátua; la de mi amado padre, que

muere á los sesenta y ocho años de edad por culpa suya, y que será enterrado en esa fosa, que he abierto yo á la izquierda, y cuyo hueco regué con llanto amargo: miradla. El sétimo conde de Santomera cabó la tierra y hará de sepulturero al sexto. Entre las cinco estátuas de los condes mis mayores hay, como veis, multitud de ellas acompañadas de sepulcros pertenecientes á las mujeres, hermanos é hijos de los primogénitos; componen entre todas un total de setenta y seis, faltando únicamente, además de la de mi padre, la de mi infeliz madre, cuya sepultura cavaron entre su esposo y Pablo. También yo ayudaba á sacar la tierra, y áun cuando sólo tenia diez años, ya la humedecí con ardientes lágrimas.

—Y sigues haciéndolo, noble Alberto; sobre tus mejillas, ruedan otra vez, y me has enternecido.

—Fué un paréntesis que ya he terminado; perdonad que el hijo se conduela de la suerte de sus padres. Ved, capitan Navarro, como os decía antes, en lo que para todo; aquí, en este triste, solitario y lúgubre panteon se puede estudiar el mundo mejor que en las grandes ciudades y que en la córte. Nace el hombre; arrastra una vida turbulenta; miente, engaña, se envilece, y baja á la tumba por la escalera de la eternidad, ¿Sabeis lo que cuesta ese terrible período al que deja de cumplir la mision que Dios le ha dado en el mundo? ¿Podeis apreciar las consecuencias? Contemplad ahí sus glorias, sus triunfos, su opulencia: ved en lo que para todo. Mi padre ha servido á Enrique IV; despues á doña Isabel I y á D. Fernando V; recordad sus sacrificios, puesto que conoceis algunos; tened presente cómo muere, y deducid, amigo mio, deducid. Sobre la

capa de tierra que nos cubre todo es falacia, mentira, engaño; la verdad se esconde sólo aquí; vedla: donde fijeis la mirada la hallareis grande, terrible como la muerte, incontestable como el axioma, lógica como la razon. Si mi archivo es malo, si nada os enseña, si no he podido convenceros, felices vosotros, los que tan arraigadas teneis las ilusiones; ¡pero ay de vos si llegais á descubrir tarde la verdad!

El capitan oía á su jóven compañero como á oráculo; las palabras del adolescente ejercían en su alma una influencia que desconoció hasta entonces, y triste, y pesaroso y meditabundo cruzó los brazos, inclinó la cabeza y permaneció ensimismado más de cinco minutos, los cuales empleó Alberto en seguir mirando con enojo la estátua y sepulcro de D. Cer Navarro, comprendió todo lo que le dijo Silva, deduciendo á la vez las terribles consecuencias que emanaban de tales ideas; pero su espíritu ardiente y entusiasta se inclinaba á pesar de lo que acababa de oir, hácia los triunfos, la gloria de las batallas, y el oropel. Es más, le daba lástima, no podía consentir que un jóven de talento de Alberto pensase de aquel modo, y se perdieran su genio, valor y sangre fría entre el yerto mármol de los panteones, el cláustro de un convento ó la vida oscura y triste del filósofo. Desde el primer instante que le tuvo enfrente simpatizó con él, y ya en este momento le amaba. ¡Era tan bello, tan entendido y á la vez infortunado! Navarro conocía el mundo, y muy á fondo el corazón humano; tenía buen talento, y en su larga meditacion se propuso única y exclusivamente estudiar los medios de dar al genio y al valor de Silva una aplicación adecuada á la corte, á la ciudad y al

campo de batalla. Notó que el desgraciado jóven amaba á sus padres con delirante afan; adivinó que era su solo flaco, y cogiéndole de una mano lo llevó junto á las sepulturas abiertas en el suelo, diciéndole con toda la intencion de que era capaz:

—En ese hueco cubierto de tierra descansa tu madre, y este otro será en breve ocupado por tu padre. Los dos se hallan debajo y como pisoteados por D. Cer, sus mujeres, hermanos y sobrinos; y es lo peor, que antes de morir fueron desdeñados por el duque de Pastrana, tu tio, por el príncipe de los Arcos, tu primo; por tus parientes, que son ricos y poderosos, y por sus amigos, que tienen ó valen algo. Hasta el pueblo de Murcia, que tanto debe á los Silvas, se ha olvidado de ellos, mira con desprecio el ruinoso palacio que un día aplaudió con frenesí, y lo juzga nido de duendes que señala á sus hijos para infundirles miedo. Tu padre morirá, y abandonando entonces este pueblo, cruzarás por el mundo sin pasado, presente ni porvenir. El nieto de tantos héroes envuelto en sus grandes ideas filosóficas, será una planta exótica, que valiendo mucho, no servirá para otra cosa que para ser barrida por el viento del abandono. En esto para todo, Alberto de Silva: tienes razon hijo; pero ántes de bajar aquí es indispensable vivir algunos años sobre la superficie que nos cubre, recordar que tenemos patria, padres y amigos, y cumplir una mision que dista mucho de la que parecen indicar tus ideas. En mi concepto, y no he nacido villano ni fuí jamás perverso, puede el hombre defender su patria, su vida, el nombre de su padre, y hasta vivir en las grandes ciudades y enmedio de las cortes sin perjuicio de bajar tranquilo á la tum-

ba y subir satisfecho á las gradas del trono de Dios. Tienes conciencia; cuida que no se convierta en aguijon y sígueme al combate, entre los buenos, contra los malos, sin temor á nadie, sin que deba asustarte nada. Sé noble con todos; generoso con el vencido, humilde con el pobre, fuerte con el rico, y obrando así, llegarás á la cúspide sin el fango de la miseria humana. Esto es, por otra parte, más digno del hombre de talento que el entregarse á pensamientos lúgubres y á melancolía que embota la luz del entendimiento y conduce á una exageración peligrosa. Las desgracias de tus padres te han impelido á ese estado; sal al mundo; lucha, destruye tu mala suerte, combate el infortunio, y sé grande arriba, que siempre es mejor que serlo abajo. Eleva tu nombre como el héroe y venga á tu padre, ó escóndete en la urna de D. Cer, pobre gusano.

Navarro logró herir el amor propio de Silva; excitó su naciente entusiasmo, y mirando con triste sonrisa las estátuas de mármol que le rodeaban, exclamó:

—Compañeras de mi infancia, mudos testigos de mi dolor, este peregrino que me manda la Providencia me acerca á lo que fuisteis, me aleja de lo que sois. Navarro, si esos mármoles que representan á Cer, mujeres y parientes pisotean á mis padres, yo los levantaré; si el duque de Pastrana, el príncipe de los Arcos, mis restantes tios y primos los desdeñan, yo les demostraré que el primogénito de los Silvas vale más que todos ellos; si sus amigos y conocidos los abandonaron relegándolos al olvido, yo les recordaré que hay un sétimo conde de Santomera ante cuyo nombre se postrarán.

—Así te quiero, valiente amigo mio; deja esta noche el fúnebre sudario de tus desgracias, y sal conmigo al

mundo; conquista gloria y enseña á los hombres lo que puede un héroe. En este momento acabo de conocerte, he visto en tus ojos la luz del génio: en la frente el sello de heroismo, y en tu sér el gigante, cuyos hechos asombrarán á la generación presente. Tu morada no es esa; la tumba sólo es para los muertos; conmigo y entre los valientes que me rodean encontrarás tu sitio; delante de ellos y de mí subirás á tu puesto. Sigue pensando de ese modo, yo te lo ruego.

—Capitan Navarro, cuando una idea se apodera de mi mente, la acepto, y me propongo realizarla no hay nada en el mundo capaz de hacerme desistir. Antes os dije la verdad; pero con las plantas de la estátua de don Cer, el duque de Pastrana, el príncipe de los Arcos y otros, me presentásteis un cuadro que he de reformar hasta variarlo por completo. Quereis ser mi segundo padre: yo os acepto como mi primero, mi mejor amigo; prometo seguiros, y realizar cuanto he ofrecido antes ó perecer. ¿Deseais mi amistad?

—Sí, formará un lazo imperecedero, eterno; estréchame, y háblame como yo á tí.

—¡Sea este abrazo la union de los vivos; el abandono de los muertos! ¡Adios, madre mia, pronto te alzaré un túmulo! Y tú, mísera fosa, que yo cavé, sobre tí se elevarán tumba y estátua más altas y de mejor mármol que las de don Cer. Adios, panteon de mis mayores: ¡ya no volveré á este sitio hasta que tengan mis padres en tu suelo el lugar que les corresponde!

Y cogiéndose al bravo de Navarro, desaparecieron de allí en direccion de la sala de armas.

Era más de media noche; á la tormenta de que hablamos al principio de este capítulo había seguido

una calma, que bien pronto interrumpió el fuerte vendaval que hacia crujir ahora los viejos y carcomidos maderos de aquel edificio y temblar á algunas de sus ruinosas paredes.

Alberto y Navarro subieron la estrecha escalera de caracol que conducia al piso bajo del palacio, y luego anduvieron en busca de la principal, con ánimo de encaminarse á la sala de armas. De pronto sintieron el golpe de viento impetuoso encañonado por una galería abierta; crujieron las puertas, y se movieron las paredes, viniendo abajo una, cuyos escombros llegaron á los piés del jóven Silva.

—Corramos, amigo mio—exclamó Navarro, tirándole del brazo; debe ser esta la parte ruinosa del edificio y se hunde, ya lo ves. Muévete ¡voto al demonio!

—¿Tienes miedo?—le preguntó el adolescente con su natural calma y sin andar un paso más.

—No quisiera morir aplastado, y en verdad que estas paredes se desmoronan y tiemblan. ¡Huyamos de aquí, pardiez! Todas las muertes son malas, pero esta es hasta ridícula.

Alberto, no obstante las sacudidas de su amigo, parecia clavado en el suelo: alzó la linterna y quiso reconocer los sitios ó paredes que ofrecían peligro; pero otro golpe de aire más fuerte que los anteriores le apagó la luz, dejándolos á oscuras. El capitan añadió:

—Te has propuesto que quedemos enterrados junto á tus mayores y lo vas á conseguir, niño.

—No lo creas—replicó el jóven con la misma sangre fría que antes.—Pienso que Dios nos ha mandado á este valle para algo más de lo que hicimos hasta ahora; en cuyo caso, ningun mal nos amenaza. Es con-

veniente, por otra parte, que nos vayamos acostumbrando al peligro si un dia hemos de asistir á batallas y á la continuada lucha de hombres contra hombres que es la peor de la tierra, la calamidad más espantosa.

—En aquellas no tengo miedo; aquí siento un malestar...

—Pues yo, valiente peregrino, me hallo bien en todas partes; y esto me prueba que te aventajo en algo.

—¡Ya lo veo!... ¿Oyes? ¡Prosigue el huracan, tiembla el edificio, y estas paredes!... Nos rodean doquier los escombros; ¿qué hacemos, Alberto, qué hacemos?

—Cógete á mi brazo, capitan; así, caminemos.

—Reina oscuridad completa.

—No importa, sigue á mi lado y adelante. Ahora pasamos por el sitio peor; el paredon que tenemos á la izquierda no tardará en desplomarse.

—Pues sepárate á la derecha.

—No: vamos bien así.

—Silba el aire, cae tierra y cruje la pared. El polvo me ciega ya.

—Cierra los ojos: caminemos á tientas y á nada conduce llevarlos abiertos. Entramos en el salon que servía de cámara de vestir á mi querido abuelo don Rui Gomez de Silva; el piso es de mármol y le rodean góticas columnas de alabastro.

—Y las paredes. ¿cómo están, Alberto?

—Mal; temo se desplomen algunas esta noche.

—Avanza, hijo, avanza.

—Despacio, amigo mio, que podemos tropezar.

—Peor es morir en estos sitios.

—Ahora entramos en la sala donde mi cuarto abuelo daba audiencia á sus vasallos; era una habitacion digna

de aquel héroe, pero tambien es probable que desaparezca en breve.

—Hombre, aligera el paso.

—Estamos á oscuras.

—Es verdad; mas tú debes conocer bien estos sitios.

—Yo lo creo; no hay piedra que yo desconozca ó haya dejado de estudiar. Te vendí un precioso nido de golondrinas.

—Malo está, pero así y todo vale veinte veces más de lo que yo te dí.

—Cierto. Llegamos á la escalera principal: cuidado con caer.

—Llévame por lo ménos malo.

—¿Donde está eso?

De este modo penetraron ambos en la sala de armas; allí les aguardaban el escudero del uno y los peregrinos del otro; habian corrido efectivamente gran peligro, y si se hallaba justificado el temor que sintió Navarro, eran por eso más dignos de admiracion el valor y serenidad de su jóven compañero. El capitan le dijo:

—Bien, amigo mio, muy bien; ya te voy conociendo, y casi adivino todo lo que vales, lo que has de llegar á ser. Me aguardan cerca de aquí y es fuerza retirarme. Cuida mucho al conde, y si algo necesitas, que vaya Pablo al castillo de Monteagudo y silbe tres veces: con eso basta.

—Lo hará en caso necesario. Puesto que es tuyo este palacio, queda á tu disposicion y á la de los hombres que te siguen.

—Sí, mañana empezarán á repararlo.

—Mucho dinero te ha de costar la obra.

—Lo tengo.

—Me alegro.

—Tuyo es tambien; que soy, más que amigo, tu segundo padre.

—Y yo, soldado de una compañía de proscritos.

—Mal entras en el mundo, admirable jóven.

—Mayor será el mérito de ese salto que ha de elevarme á la cúspide de un poder que tú ambicionas y yo temo, por más que lo desee.

—¡Si me indultasen!...

—Peor para ellos si no lo hacen; cuando sepan quienes somos, solicitarán el apoyo de nuestras espadas, y entonces impondrán condiciones los que hoy se someterían gustosos á ellos.

—Parto con los mios.

—Y yo al lado de mi moribundo padre, que en breve espirará en mis brazos.

—Adios, Alberto de Silva; estrecha mi mano; y júrame, como yo á tí, amistad eterna.

—Te la juro. Adios, capitan Navarro; te elevarás conmigo ó moriré á tu lado. Pablo, enciende esa linterna, acompaña á los peregrinos y entiende que les pertenece este palacio.

Silva le volvió la espalda, dirigiéndose á la alcoba del conde, mientras que Pablo prendia la luz y encaminaba á los otros hacia la salida; iba delante diciendo á Navarro:

—¡Quien os habia de conocer, capitan, con barba tan larga y poblada, tostada la piel y esa falda cubierta de conchas! Dice el vulgo que sois almas en pena.

—Tambien cuentan—contestó Navarro—que aquí hay duendes; pero sella tú los labios y déjalos que hablen lo que quieran.

—Vos, que sois tan valiente y entendido, ¿qué opinais de mi amado Alberto?

—¡Que será un héroe, voto al demonio! ¿Maneja bien las armas?

—¡María Santísima! Mejor que su padre, que vos y que todos los vuestros; se clava en el suelo, fija la mirada, que parece despedir fuego y *pin*, *pan*, no hay quien resista su brazo.

Ha inventado nueve estocadas y un juego de éxito seguro.

—Adios, Pablo, ya sabes la seña; si algo ocurriera aquí, corre á Monteagudo.

El escudero despidió á los peregrinos, y despues que hubo cerrado la puerta subió junto á sus amos.

La noche seguia oscura, tormentosa é imponente. Sepamos ahora qué acontecía al sargento Dávalos y restantes individuos que dejamos en el bodegon.

CAPITULO II

Las explicaciones de Dávales.—Capitan y sargento.—El castillo de Monteagudo.—Los comuneros.

Dejamos al sargento Dávalos en el bodegon del *Gusano*, saboreando el feliz encuentro que acababa de tener y al figonero, familia y restantes parroquianos en el corral, temblando ante la idea de que el establecimiento se hallaba asaltado por almas en pena disfrazadas de peregrinos. Nuestro militar vió salir á Navarro, y sonriendo con placer principió de nuevo á comer el jamon y pan que tenia delante: luego buscó la botella de vino, y recordando que poco antes habia rodado por el suelo, gritó:

—*Gusano*, otra botella.

Pero el aludido no dió señales de vida.

—*Gusano*—repitió:—¿dónde estás?

Nadie le contestó. El figonero y los que le acompañaban, cuando se hubieron repuesto algo, abandonaron el monton de paja calado por el agua que le cayó durante la tormenta, y la que sólo le prestó humedad; pero en vez de dirigirse al bodegon, se arremolinaron en uno de los extremos del corral, sin expresar frase

alguna ni dar oido á otra cosa que á la voz del miedo, que tan cruelmente les aconsejaba en aquellos instantes. Por fin rompió el silencio *Gusano*, exclamando:

—Si hay quien se atreva á seguirme, soy capaz de escuchar lo que dicen esos demonios.

Ninguno desplegó los labios.

—¡Cobardes!—añadió temblando—voy yo solo.

Y se acercó á la puerta: mas lejos de asomar la cabeza, entornó aquélla, sujetándola con toda su fuerza. Pasados algunos minutos osó preguntarle uno de sus parroquianos:

—¿Qué dicen, qué hacen? ¿Les oyes?

—No, silencio profundo; parece mi casa un castillo encantado.

Y la verdad era que no escuchaba ni atendia á otra cosa que á sujetar la puerta con todo el ahinco que su pavura le permitía. Así permaneció durante la conversacion de Navarro y Dávalos, y hasta tanto que el último, cansado de llamar inútilmente, y suponiendo lo que ocurria, tiró de la puerta, trayéndose on pos al aturdido figonero.

—¡Bellacos!—les dijo;—entrad, que ya he dado fin de los espíritus infernales, y me hallo solo, completamente solo.

—¡Con que eran espíritus!—exclamaron todos, rodeando al sargento y mirándole con asombro.

—Sí; menos grandes que vuestro miedo y tontería.

—¿Qué os han hecho?

—Nada; pude con ellos, y los mandé al averno; pero dejadme en paz con tanta pregunta, y tráeme tú, *Gusano*, una racion de mújol, postres, vino y la cuenta, que te voy á pagar.

—¿Teneis ya dinero, señor sargento?

—Sí.

—Se lo habreis quitado á los peregrinos.

—Son despojos de la batalla.

Dávalos acabó de cenar, satisfizo los cuarenta y tres ducados que debia á *Gusano*, y después que se hubo burlado de las tímidas preguntas, fanatismo y preocupacion de sus oyentes, marchó de allí, dejándolos más consternados que estaban á su llegada. Casi á tientas se dirigió á su casa, en la cual habitaba solo, y guardándose algunos papeles de interés, cogió una lanza corta que le servia de baston en tiempo de revueltas, y seguidamente se fué á situar frente al palacio del conde de Santomera. Allí esperó más de dos horas que tardaron en salir los peregrinos; un instante despues se incorporó Navarro con él, preguntándole:

—¿Persistes en quedar á mis órdenes, á seguir mi suerte?

—Eso únicamente quiero.

—Una imprudencia ó una mala accion puede costarte la vida.

—Señor, conoceis mi lealtad, y en cuanto á reserva y prudencia no tendreis queja alguna.

—Entonces te señalo doble sueldo, pues estamos como en campaña.

—¿Qué debo hacer?

—Por ahora te concretas á traer mañana los operarios indispensables á la reparacion del palacio del conde de Santomera. Dices á los dueños que lo he dispuesto yo, y no opondrán resistencia. Mi tio canónigo, Navarro, á quien debes conocer, te entregará los fondos que te hagan falta. A la vez tienes gente preparada

por si aconteciera que necesitásemos de sus buenos servicios.

—Dispongo de muchas voluntades en Murcia, y cuando les diga quién es el capitan...

—Eso deben ignorarlo hasta el momento dado.

—Se entiende.

—¿Con qué número de hombres cuentas de esos que los sobra corazon, les falta plata, y se baten bien sin averiguar la causa, ni reparar en la bandera?

—Con muchos, señor; en este pais abundan.

—Fija la cantidad.

—Noventa ó cien por lo ménos.

—¿Gente robusta y varonil?

—Sí, señor.

—¿Aficionada á la guerra?

—No han hecho más que batirse durante su vida.

¿Leales?

—Eso depende de la paga.

—¿En cuánto tiempo podrías reunirlos?

—En ocho ó diez horas.

—No olvidaré la oferta y si cumple en...

—Respondo de que no faltarán.

—Retírate ya. Madruga, vela por la noche, vigila á los operarios del palacio, obsequia á tus noventa ó cien conocidos, escucha, oye, observa, y si necesitases decirme algo vas al castillo de Monteagudo y silbas tres veces.

—¿Y si de pronto os hiciera yo falta?

—Procura que el hijo del conde sepa á menudo de tí.

—Señor, en la ciudad se sospecha de los peregrinos.

—No importa; nos defiende el cabildo. Adios Dávalos.

—Que el cielo acompañe y guíe á mi amado capitan·

Y se despidieron, marchando en distintas direcciones; el sargento volvió á su casa, y los tres incógnitos regresaron á la del tio de Navarro, donde habian pasado el dia y parte de la noche, el cual les esperaba con impaciencia. Un poco antes de amanecer salieron los peregrinos de la habitacion del canónigo, atravesaron la ciudad, marchando por la puerta de Orihuela en direccion del castillo de Monteagudo, que distaba cerca de una legua. Habia cesado el huracan; la atmósfera estaba despejada, y á la noche oscura y tempestuosa reemplazó una madrugada fresca, apacible y serena.

Con la apariencia de pecadores arrepentidos caminaban el capitan Navarro y sus mudos acompañantes, paso lento, inclinada la frente, recatados los rostros y en actitud humilde é indiferente, todo parecian aquellos hombres menos lo que eran en realidad; es decir, tres guerreros llenos de honrosas cicatrices, las cuales escondian con sus toscos sayales, espesa cota de malla y hojas de acero, cuyo buen temple conocian perfectamente. De esto se puede deducir, que debajo de aquella capa de refinada hipocresía, impuesta por la dura proscripcion que pesaba sobre ellos, había una decision invariable de acuchillar al osado que se atreviera á detener el paso de nuestros cabizbajos peregrinos.

En la forma expuesta, calados los sombreros de hule y ajustados los pies con groseras sandalias, fueron dejando atrás la morisca ciudad á medida que se iban internando en la admirable vega.

De pronto vieron dos arrieros que iban en direccion contraria, los que al llegar frente á nuestros valientes se detuvieron, llevando la mano al sombrero con bastante disimulo. Navarro entonces se acercó en actitud

de demandar una limosna, y despues que les hubo reconocido, preguntó:

—¿A dónde vais?

—En busca de provisiones, señor—contestó uno de ellos, sacando á la vez varias monedas.

—Muy bien—replicó el capitan;—comprad pólvora, mucha pólvora, cuanta os vendan; pero sin infundir sospechas, regresando con la brevedad posible. Partid.

Al espirar la última frase alargó la mano el peregrino, en la que el supuesto arriero depositó unos cuantos maravedis. La escena fué tan rápida y hábil, que un estraño á ella solo hubiera podido comprender lo que demostraron; esto es, que el uno pedia limosna y el otro se la daba.

Pronto los comuneros dejaron el camino real y se perdieron entre la espesa enramada de una vega tan rica como deliciosa. No por eso olvidaron su actitud los peregrinos, contrayéndose únicamente á atravesar con más rapidez el estrecho sendero que los llevaba á Monteagudo. Poblado aquel terreno de casas, chozas y barracas, y siendo la hora en que los labradores se disponen á dar principio al trabajo cotidiano, se hallaban expuestos continuamente á sufrir las curiosas miradas del inmenso enjambre de colonos que abandonaban sus viviendas, por cuya razon no perdieron su humildad é indiferencia.

De este modo llegaron á la falda del castillo de Monteagudo, y por entre un bosque de infinitas palas, cubiertas de higos chumbos, fueron subiendo hasta perderse en una caverna abierta por la naturaleza en el primer tercio de aquella enorme roca.

Antes de pasar adelante creemos de necesidad dar á

conocer á nuestros lectores la famosa fortaleza de Monteagudo. Este gigante de piedra, llamado castillo, es una mole grandiosa de anchura disforme y de bastante elevacion. Quisiéramos describirlo con toda exactitud y lo vamos á intentar, seguros de que aquellos de nuestros lectores que no le conozcan van á creer que exageramos.

Tan colosal castillo lo hizo la naturaleza, toda vez que es un monte de forma piramidal; mejor dicho, es una roca aislada, cuya base mide dos mil varas de circunferencia, pasando su altura de mil. Como no tuvo fundadores, se ignora quiénes fueron los primeros que lo habitaron, si bien hay motivo para creer que encerró á los fenicios, luego á los cartagineses, despues á los romanos, seguidamente á los godos, y por último á los moros.

En la parte exterior presenta en su primer tercio lo escarpado de la roca que le dá sér y los bosques de palas de que hemos hablado antes, mientras que en los restantes se ven sobre su agreste piso trozos de murallas y otras obras de las diferentes razas que lo dominaron. En el interior tiene, además de las cavidades propias de la naturaleza, extensos huecos hechos por el pico árabe, romano y cartaginés. Consta que en él habitó mucho tiempo un ejército moro, pero la verdad es que hoy se desconoce completamente el sitio por donde salían y entraban esos soldados.

En la parte de su falda que da al Mediodía existió una ciudad que llevaba su mismo nombre; en el siglo XVI quedó reducido á un pequeño caserío, y en el actual es un pueblo de doscientos vecinos próximamente; pero siempre ha conservado su primitivo nombre.

Para que nada falte á tan majestuosa fortaleza, se halla rodeada de la deliciosa vega murciana, y desde su cúspide presenta panoramas ideales.

El capitan D. Pedro Navarro debió á una casualidad, casi milagrosa, durante su adolescencia, el descubrir la misteriosa entrada del castillo, y después de reconocerlo guardó el secreto, comprendiendo que algún día podría hacerle falta; y no se equivocó, segun demostraremos más adelante; pero de esto y de la parte interior hablaremos despues; ahora sigamos á los peregrinos. Los comuneros penetraron en una grieta ó caverna natural, siendo sorprendidos á los pocos pasos que dieron por la luz de una linterna, á cuya vista exclamó Navarro:

—Dios y mi espada.

—Dios y Monteagudo—le contestaron en la parte interior, apareciendo un hombre cubierto con espesa cota y media armadura.

—¿Qué ha ocurrido, Juan?—preguntó el capitan.

—Nada,—señor.—respondió el habitante de aquella caverna.

—Franquea el paso y continúa en tu puesto.

Añadió el primero, y en virtud de esta órden, sacó Juan una barra de hierro que tenía escondida; dió la linterna al más inmediato de los peregrinos que acompañaban á Navarro, y fijando la referida palanca junto á una gran piedra que había al estremo de la caverna, hizo varios esfuerzos hasta conseguir separar el grueso peñasco, quedando de este modo expedita la entrada del castillo. Unía tan perfectamente la piedra al hueco donde estuvo, y se presentaba el terreno tan escarpado, que era muy difícil, si no imposible adivinar aquel

secreto, conocido ahora únicamente por Navarro y los valientes que le obedecían.

Inclinando mucho el cuerpo, y con bastante molestia, penetró el capitan en la rampa que acababa de presentarse á su vista, seguido de sus silenciosos acompañantes uno de los cuales llevaba en la mano la vela de cera que encendió en la literna.

—Juan—gritó el jefe comunero,—cierra, y alerta.

La peña volvió á cubrir la entrada; el centinela se tendió en el martillo que formaba la caverna junto á su mosquete y pica; apagó la luz, y esperó su relevo, mientras el capitan y los que le seguían descendieron unas veinte varas de rampa. Luego cruzaron un pasillo, varias cavidades, hechas todas á pico en las entrañas del monte, hasta detenerse frente á una bóveda, en la que ardía la rojiza y siniestra luz de una lámpara de metal. Entonces dijo el capitán á los dos restantes peregrinos:

—Quedais hoy francos de todo servicio. Tomad mi túnica, sombrero y bordon, y retiraos á descansar.

Los peregrinos le obedecieron, marchando a la derecha por otro pasillo oscuro, y Navarro continuó hacia la bóveda. En medio de ésta se veia una mesa y varios taburetes, en tres de los cuales estaban sentados igual número de oficiales de los tercios de Castilla. Eran don Luis Mendoza y D. Alvaro Osorio, alféreces, y el caballero Nuñez de Lara, que hacia de teniente en ausencias y enfermedades del capitan; pues en esta época aún no se hallaba, por regla general, establecida esa clase en el ejército, y sólo cuando la compañía contaba con un personal vasto había más de un alférez con un teniente, que remplazaba á su capitan en circunstancias especiales. Navarro llegó á reunir en su compañía

cerca de trescientos hombres, por cuya razon disponía ahora de dos oficiales y de otro además que pudiera sustituirle. El primero, ó sea Mendoza, era un gigante en estatura y corpulencia; sus fuerzas no tenían rival, el valor le sobraba, y su entendimiento se igualaba á lo claro del ingenio. Durante el combate dirigía bien á la gente que mandaba, y manejando la lanza con pasmosa rapidez, parecía un rayo asolador que sembraba la muerte por donde atravesaba su caballo.

Don Alvaro de Osorio, sagaz y con más intencion que Mendoza, no tenía ménos valor, aventajando á sus compañeros en habilidad y destreza.

Y Nuñez de Lara, grave, pensador y reflexivo, unía el valor á la prudencia, desempeñando con acierto indiscutible el mencionado empleo de teniente.

Tenía el primero veintitres años; veinticuatro el segundo, y treinta el tercero; pero los tres representaban más, efecto de lo curtido de sus rostros, de las fatigas de la guerra y de las molestias del campamento. Pertenecian á familias ilustres; nacieron para soldados, y amaban á su capitan como á padre. El combate les era agradable; no temían ninguna clase de lucha, ni supieron jamás desistir de sus propósitos.

En estos momentos usaba de la palabra el atleta Mendoza para decir á sus compañeros:

—Señores es cierto que hombres como nosotros se violentan en la vida pasiva á que nos vemos condenados; pero acabaremos por acostumbrarnos á ella, y Dios dispondrá lo demás. Mejor sería tomar á Murcia por asalto; encastillarnos en ella, y..

—¡Idea de Mendoza!—dijo Navarro entrando.—Con cuarenta y siete soldados y cuatro oficiales pretende de-

fender una ciudad y permanecer en ella mucho tiempo.

—¡El capitan!—exclamaron los tres; y poniéndose en pié, fueron estrechando su mano.

—Sentaos, señores—añadió—y que nos explique el buen don Luis cómo se hacen esos milagros.

—Reservo la contestacion para cuando sea general; mientras sólo me llamen alférez, me concretaré á emitir mi opinion y á obedecer.

—Segun eso, mi estimado gigante, pensais llegar á los puestos más elevados del ejército.

—Quién lo duda.

—¿Ya no os acordais que estamos sentenciados á muerte, y que nuestro ascenso puede ser al patíbulo?

—¡Bah, bah, quién piensa en eso! Viviremos mucho, llegaremos á generales, y... yo he de ser grande de España.

—En estatura ya lo eres, Mendoza,—dijo Osorio

—Y en fuerzas superará con el tiempo al leon—añadió Nuñez.

—Y en ilusiones no encuentra rival—prosiguió Navarro;—pero es muy jóven, valiente, y su capitan le estima como merece.

—Gracias, señor; creo que ascenderé mucho, porque estoy leyendo en vuestro semblante la agradable nueva de un indulto que nos ha de abrir la puertas de la gloria.

—Vuelvo contento, mi querido Luis, mas no porque haya noticias buenas de Madrid; respecto de nosotros.

—¿Qué dice vuestro tio?

—No le ha contestado el cardenal Adriano; pero le aseguran sus amigos de la corte que en breve regresa-

rá el emperador, y es fácil que logren de éste el indulto si antes no se lo arrancan á la regencia.

—Eso está bien—añadió D. Alvaro—mas es probable que nos descubra antes el adelantado de Murcia don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, y quedemos todos sin vida entre la espesa arboleda de esa magnífica huerta, ó sobre la falda de este castillo.

—Quién sabe, Osorio; se trabaja para el indulto; hemos previsto el caso que temeis, y para el último trance contamos ya con un refuerzo que ro teníamos ayer, y que podrá en lo sucesivo sacarnos del conflicto.

—Seguid, Navarro—le dijeron el teniente y los alféreces á la vez, demostrando ansiedad. Mendoza añadió:

—Desde que llegásteis noté en vuestro semblante una alegría precursora de la agradable noticia que nos vais á dar.

—Buena es efectivamente; oíd: cuento con vosotros tres, que en pos de mí ó á mi lado llegareis donde yo; y Navarro ya sabeis qne no consiente le adelante ninguno; tenemos, además, cuarenta y siete soldados, fuertes como el bronce, leales como el lebrel y valientes como nosotros. Los cincuenta habeis despreciado la vida en los campos de Villalar por seguirme á Monteagudo y morir defendiendo á un mísero capitan cuya cabeza está pregonada. Mucho valeis bien dirigidos, todo se debe intentar con vosotros, todo se puede conseguir; pero es el caso que ya no os miro como soldados; mañana, frente á frente del enemigo, mandaré á mis hijos, no á mis subordinados, y os amo tanto, que no sé si al ver caer el primero me faltará valor para conducir los restantes á la muerte. No es lo mismo guiar extraños que rodearse uno de pedazos de su corazon.

—Os enterneceis mi capitan—le dijo Nuñez de Lara—y no hay motivo para eso. Si en lo sucesivo el feroz D. Pedro Fajardo nos descubre y sitia, sereis el mismo de siempre: un leon que no hallará enemigo digno de él. El cobarde se envalentona en paz y tiembla en guerra; el valiente teme durante la tregua y desafía todos los peligros cuando llega la hora del combate.

—Lara, os amo demasiado para que pueda ser el mismo de antes; mas ya no me importa, puesto que la Providencia nos ha proporcionado un hombre que os dirigirá á todos; un héroe que nos aventaja en génio, talento, serenidad, valor y prudencia.

—¿Quién es ese hombre?—preguntaron los tres sorprendidos.

—Un jóven de la edad de Mendoza, poco más ó ménos, barbilampiño, fino, elegante, y tan bello que seduce hasta con su esbelta figura.

Una carcajada siguió á las últimas frases de Navarro.

—¡Soberbio refuerzo!—exclamaba Nuñez—un niño á quien deberemos enseñar á tirar de la espada

—Un soldado de salones—decía Mendoza, atusándose su naciente bigote.

—Un desgraciado que temblará al penetrar en esta oscura y lóbrega mansion añadió D. Alvaro.

—Alto, señores—replicó Navarro—que estais delirando. El hombre á quien me refiero es hijo y heredero del conde de Santomera; su padre morirá muy pronto; lo he prohijado, y os repito que vale más que nosotros. Es un jóven alto, de rara belleza y de un talento que encanta; su voz, agradable y varonil, hiere las fibras del corazon; la mirada suya impone cuando se fija, y aterra cuando vaga siniestra en torno de los

que le rodean; no se conmueve ni inmula jamás, maneja las armas mejor que nosotros, y en su hermosa y despejada frente brilla el génio del saber, el heroismo y la gloria de las batallas. Os digo, señores, que con vuestro valor y las ideas de Silva todo se debe intentar, todo se puede conseguir. Reiros de ese niño; reiros, pobres ignorantes; en breve os postrareis ante el ídolo á quien habeis de adorar. Dos horas pasé oyéndole, y os aseguro que me retiré de su lado con gran sentimiento. Ese hombre atrae á sí, seduce, domina, y enmedio de la miseria que le rodea, aparece como el brillante arrojado en el cieno, cuya luz refleja majestuosa sobre la negra superficie del lodazal en que cayó.

Lara, Osorio y Mendoza se miraban sorprendidos, sin atreverse ninguno á contradecir á su capitan. Por fin hizo uso de la palabra el primero, replicando:

—Navarro, conoceis bien á los hombres, os sobra talento para juzgarlos con acierto; y no es posible dudar de vuestras palabras. En consecuencia, anhelo contemplar á ese héroe y hasta obedecerle, si vos me lo ordenais.

—Y yo—dijo Mendoza.

—Y yo—añadió Osorio—pero dudo que en el campo de batalla valga más que nuestros valiente capitan.

—Seré junto á él, D. Alvaro, un satélite, cuya luz se eclipsará ante las del luminoso astro que brilla en su frente.

—¿Y decís que es pobre?

—Como un mendigo.

—¡Heredero de un conde!

—Un Silva, don Alvaro, que tiene el pasado halagüeño y tan horrible el presente como nosotros.

—Eso le hace aún más interesante.

—El infeliz llora sus desgracias, contempla hoy á su moribundo padre y exhala un suspiro por cada instante de la vida; pero mañana ¡voto al demonio! mañana lo elevará el heroismo sobre todo lo que existe. Y no es esto sólo, señores; anoche fuí gran cazador, pues me traje además al sargento Dávalos, el cual dispone en su barrio de noventa ó cien hombres, que en caso de apuro se batirán bien á nuestro lado.

—¿Qué hace aquí esa mala cabeza?—preguntó Lara.

—Pretendia ingresar en una compañía, con deseo vehemente de pelear, que es su oficio

—Le sobra valor, pero le falta talento.

—Por eso no es capitan como yo; mas respondo de su lealtad, y desde anoche se ocupa ya en servicio nuestro.

—La situacion va mejorando.

—Hay más; contamos con el apoyo, espadas y valor de unos veinte caballeros murcianos, partidarios como nosotros de las comunidades de Castilla, los que han jurado vencer ó morir con nosotros si somos descubiertos y sitiados.

—¡Ay de D. Pedro Fajardo, si se acerca á la madriguera del leon!

—¡Ay del marqués de los Velez, si dirige su vista al castillo de Monteagudo!

—¡Guay del adelantado, si levanta horcas contra los comuneros! Sus cordeles se trocarán en filos que le segarán la garganta.

Dijeron los tres oficiales, asomando á sus rostros un tinte de firmeza que hubiera causado efecto hasta en el temerario general á quien aludian.

—La suerte—continúo Navarro—nos ha colocado en

un estado escepcional, bastante crítico y no poco molesto; pero no es tan grave nuestra situacion que nos prohiba asegurar el porvenir y defendernos del presente.

—¿Y los murcianos, qué dicen de los peregrinos?

—Los hombres sensatos creen de buena fé que somos pecadores arrepentidos, que vamos ó volvemos de Roma; si bien algunos cuentan que nos hallamos cumpliendo el castigo impuesto por el Sumo Pontífice. En cuanto á la gente ignorante, sencilla y supersticiosa, esa huye de nosotros, se santigua, comenta nuestra aparicion y nos supone duendes, almas en pena y todo lo que la inocencia le sugiere. El adelantado pidió informes al Santo Tribunal de la Inquisicion; éste hizo algunas averiguaciones, y como quiera que el cabildo, ó mejor dicho, mi tio, responde de nosotros, quedó consignado que éramos pecadores arrepentidos que expiábamos nuestras faltas.

—¡Bravo! Nuestra situacion no es efectivamente desesperada, y si este palacio fuese ménos oscuro, su piso más agradable y sus mujeres... Mal estamos, sin ninguna, capitan; esto es fatal.

—¡Ay Mendoza, que mal las conoceis! —replicó Navarro con sentimiento.—Si existe tranquilidad entre nosotros se la debemos á la completa ausencia del género femenino; si nuestro valor no decrece, si el adelantado ignora quiénes somos, y si salimos bien, por último, de la situacion presente, todo lo causa el que Eva no haya entrado, ni su serpiente ha emponzoñado nuestro aliento. La mujer, señores, es un precioso diablo, admirablemente embellecido y lanzado á la tierra contra el hombre. ¡Qué mujeres he conocido yo tan hermosas; y qué mál pagaron mi cariño!

—¿Y vos—dijo Osorio—qué tal obrásteis con ellas?

—Hombre, yo... yo, las dí cuanto me pidieron.

—¿No abandonásteis á ninguna, ni la tratásteis militarmente, ni se quedó esperando?

—Confieso que tambien nosotros somos débiles, y en ocasiones... Pero son ellas peor infinitamente que nosotros; más falaces, más ingratas y más pecadoras, Osorio; mucho más.

—No estamos conformes, Navarro; nada hay sobre la tierra tan sublime y encantador, ¡Ay, qué ojos tan negros, qué epidermis tan blancas y suaves existen en esa arabesca ciudad que tenemos á corta distancia!

Dijo D. Alvaro alzando los ojos al cielo.

—Y en los pueblos que nos rodean—añadió Mendoza.

—Hasta en la vega se ven caras perfectas—replicó Nuñez.

—Sois aficionados á ellas, como yo lo era á vuestra edad; cuando tengais cuarenta años pensareis del mismo modo que yo. Ahora demos principio á nuestra exígua faena cotidiana. ¿Quién está de servicio?

—Yo—contestó Mendoza.

—Haced que se levante la tropa; formais todos, y os pasaré revista.

El capitan fué obedecido, y media hora después reconoció la gente que mandaba; les hizo varias preguntas, y satisfecho de las contestaciones que recibió dió la órden para que almorzasen unos y otros. Concluido este segundo acto, quedaron todos entregados á la tranquilidad y sosiego que por lo general reinaba en el castillo.

CAPITULO III

Más sobre Monteagudo.—Historia de Navarro.

Reconozcamos interiormente la fortaleza que en estos momentos sirve de ignorado albergue á nuestros comuneros.

La bóveda en que se hallaban há poco los cuatro jefes, debió servir á los romanos y árabes de antesala á un gran salón que tiene inmediato; pero nuestros guerreros la convirtieron en comedor y estancia de recreo de los cuatro oficiales. El mencionado salon que le sigue es grande, elevado de techo, y se halla siempre alumbrado por las cinco luces de una lámpara: ignoramos el uso que hacian de él los antiguos; en la actualidad sirve de sala de armas á la tropa encerrada allí, y á la vez de almacen de efectos militares. Cada oficial y soldado guarda en él su cota, casco, coraza, y restantes objetos de campaña. Además, se ven espadas, hachas, alabardas, arcabuces, mechas, y todo lo concerniente al vestuario y armamento. En esta habitacion reina, como en el resto de la que ocupan los comu-

neros, armonía, aseo y curiosidad admirables; el ejército mejor disciplinado del mundo no podria presentar más limpieza, órden y concierto: allí existe una policía que desconocen aún las tropas del emperador.

A la derecha de este salon hay otro que ocupan los soldados para dormir, tiene cada uno la suficiente paja, que cubren con lienzo, una almohada de lo mismo, y la manta que les ha de prestar suficiente abrigo. Sigue á esta otra pieza, que llaman de rancho, y detrás la destinada á cocina.

Lejos de aquéllas y á la izquierda del salon de armas, se hallan los tres lechos de Mendoza, Osorio y Nuñez, y no muy distante, en habitacion separada, el del capitan.

Hay bajo el nivel de ese piso una escalera estrecha y de difícil descenso, que concluye á las quince varas en una bóveda grande, sombría, donde guardan la pólvora.

Estas son las habitaciones que ocupan los comuneros, pero existen infinitas más que en su dia debieron emplear los ejércitos fenicio, cartaginense, godo y árabe; y se comprenderá perfectamente la multitud de ellas, si se atiende á que los moros llegaron á encerrar allí cerca de veinte mil hombres.

En el subterráneo de esta inmensa molé se conserva una obra de mucho mérito; es un pozo que contiene bastantes varas de agua, procedente de algun manantial desconocido, que afluye con la misma abundancia que se saca, siendo así que siempre hay la misma cantidad. Debe descender de un punto cuyo nivel es igual á la superficie del líquido depositado allí. Se ignora su origen y quiénes fueron los autores de un acueducto que tiene de notable, entre otras cosas, el estar abierto en la roca; pero es obra maestra, segun hemos dicho,

con la cual pueden estar seguros los habitantes del castillo, sean muchos ó pocos, de no carecer de agua.

La parte más alta é interior de la inmensa mole que vamos describiendo, forma un hueco cuyo piso tendrá cien varas de circunferencia; y partiendo el muro de esa anchura, concluye á las doscientas varas en un agujero por el que apenas puede penetrar un hombre. Va estrechando con estudiada disminucion desde la base, pero tan en línea recta, que llega abajo la luz que entra por el agujero del extremo opuesto. Esta es la única entrada conocida por los murcianos, si bien es cierto que á ninguno le ocurrió la idea de descolgarse, efecto de la mucha profundidad, y de existir la creencia de que aquel pozo no tiene fin: por esa razon le aplican el nombre de *Sima Infernal.*

Menos supersticiosos los comuneros, y obligados por la necesidad, reconocieron este sitio, midieron su altura, y sacaron de él gran partido. Al efecto fabricaron una escala tan fuerte como el caso requería y de la latitud que la sima; despues la sujetaron en la parte interior y como á una vara de la superficie, y por ella subían y bajaban á la cúspide del castillo, proporcionándoles la estabilidad de un vigía que dominaba radio extensísimo, y escondido entre los peñascos y la maleza, podía muy bien reconocer, sin ser visto, á cuantos se acercasen á la fortaleza. Este llevaba consigo una bocina, con la cual debia avisar á su compañero de la caverna y á los comuneros del interior, en el caso de aproximarse gente armada ó amenazarles algun peligro. Era éste, por otra parte, el solo punto donde á los individuos que no salían del castillo les era dable ver el sol, y hasta disfrutar de unos panoramas

deliciosos, pues entre las mencionadas piedras y malezas no era posible que fueran sorprendidos por nadie.

Como á nuestros comuneros les ligaba un cariño fraternal, claro es que reinaba entre ellos la mayor armonía; cada uno ocupaba su puesto, y la voz del capitan era obedecida como la de un monarca. Acostumbrados á batirse todos los días, á desafiar la muerte, á despreciar la vida, y al contínuo malestar y privaciones del campamento, lejos de aburrirles tan larga prision ó encierro, se hallaban satisfechos y hasta alegres. Jugaban, reian, y sin faltarse mútuamente ni debilitarse el respeto y consideracion que el inferior debía á su jefe, se entregaban á bromas inofensivas, cantaban y muchas veces veían risueño y agradable su largo cautiverio. Verdad es que les sobraba dinero, y con el talento del capitan y el disimulo y destreza de sus subordinados la mayor parte de los días renovaban los víveres, contando con vino abundante, frutas secas, pan tierno, aves y cuanto les hacía falta. Varios de ellos, disfrazados, salían por la madrugada, compraban lo necesario y volvían sin excitar sospechas ni ser molestados por nadie. Navarro era hombre muy entendido, y empleaba todo su talento en defender á los que llamaba hijos, proporcionándoles á la vez cuanto era posible.

Además de las bromas y juegos que les eran permitidos, entretenían muchas horas por órden del capitan en el manejo de las armas, á cuyo fin tiraban primero los oficiales á presencia de los soldados, y luego éstos unos con otros bajo la direccion de aquellos. Navarro era el más diestro; seguía á éste Osorio, llevando un poco de ventaja á Mendoza y á Nuñez que tendrían la misma habilidad. Entre la tropa se iban formando ya

grandes tiradores, y debía suponerse que al salir de allí, cada individuo fuese un maestro consumado, toda vez que sus cuatro jefes les enseñaban con paternal interés. El dia del combate no estaba lejos; el capitan lo había previsto, y esperaba contemplar las felices consecuencias de aquellos asaltos cotidianos.

Puesto que ha de ser uno de los primeros personajes de nuestro libro, sepamos ahora la historia del capitan Navarro y el por qué, no obstante su celebridad en el ejército, se negaban á concederle el indulto que intentaba comprar con oro, y debia arrancar con la punta de su espada.

El entendido, pundonoroso, leal y fuerte Pedro Navarro, era hijo unico del famoso capitan del mismo nombre que murió al servicio de Isabel I, reina de Castilla y de Leon, y luego de España. Al espirar dejó á nuestro comunero en la más tierna edad, y por herencia su espada, bañada mil veces en sangre infiel, ilustre apellido, dos mil escudos próximamente en oro, y una posesión vinculada en Castilla que producia mil doscientos ducados anuales. Le trasmitió, además, su poderosa sangre, valor y talento que superaban con mucho á lo anterior. El niño Navarro contaba siete años al abandonar este mundo el autor de sus días, é inmediatamente se hizo cargo de él, y le prohijó un hermano de su padre, beneficiado entonces, y á la sazon canónigo en Murcia. El tio de Navarro era de carácter apacible y bondadoso; genio dulce y transigente, mientras que el sobrino empezó á demostrar desde la infancia unos puños de hierro, voluntad de bronce, imaginacion exaltada y brillante, y la propension á ser un retrato del padre y la antítesis del tio. Esto

sin embargo, no fué causa para que el buen sacerdote dejase de amar á su querido pupilo tanto como pudiera hacerlo su difunto hermano.

—No incomodeis á mi hijo—exclamaba contínuamente.—Prohibo que se le reprenda y moleste; sus travesuras tienen por orígen la corta edad, la inocencia é irreflexion de una criatura. Lo he prohijado y manda aquí como yo.

—¡Bravo!—gritaba el muchacho.—¿Lo habeis oido, canalla? El que desobedezca á mi tio tendrá que habérselas conmigo; y sabed que cojo la espada de mi padre y *pin pan*, estocada al corazon, cuchillada á la cabeza. De este modo se varía de criados todos los días.

—¡Qué candor!—exclamaba el beneficiado, sin perjuicio de añadir por lo bajo.—La misma sangre de su padre y de su abuelo; yo tengo otro carácter, pero esto no es razon para que se violente al niño y destruyan sus inclinaciones.

Con tanta omnímoda libertad, genio á propósito y marcadas tendencias, fué Pedro Navarro creciendo, á la vez que en estatura, en ideas dominantes, pensamientos atrevidos, algunos de los cuales realizaba.

Cuando tuvo los conocimientos suficientes y edad bastante, estudió latin, luego filosofía, y un curso no completo de teología. En esta época fué nombrado su tio canónigo de Murcia, y ambos partieron á la mencionada capital.

Hasta aquí sólo era nuestro adolescente un estudiante travieso y desaplicado; pero suplía estos defectos con su prodigiosa memoria y una imaginacion que le envidiaban compañeros y profesores. Sus improvisaciones eran siempre aplaudidas, y tan temibles sus

puños, cuanto que no tenía un condiscípulo que dejase de obedecerle con servilismo. Su tio, que lo amaba cada día más, queria consagrarlo al servicio de la iglesia, y él no puso resistencia alguna, pues sin embargo de su carácter y voluntad indomables, veía un tierno padre en el canónigo, le amaba tambien y se dejó conducir hasta entonces en lo relativo á su educacion.

Llegaron á Murcia; el uno tomó posesion de su destino, y el otro pidió y obtuvo dos meses de descanso para prepararse á *teologar*, segun dijo, y reconocer la ciudad y sus poéticos alrededores. Como no conocia á nadie, y ya tenia diecisiete años, se ciñó una preciosa espada, mandó poner á su gorra la mejor pluma que guardaba y se echó á la calle, empezando por estudiar los edificios notables y recorrer luego la inmensa arboleda y jardines que existen en torno de la misma. Pronto se cansó de admirar bellezas artísticas y naturales, conduciéndole su ardiente imaginacion á otro campo ménos vasto y más complicado. Entabló relaciones de amistad con hombres y mujeres; amó; supuso que le correspondian; notó luego que le engañaban; hizo uso de la espada, y sus travesuras se convirtieron en calaveradas reprensibles unas, y otras dignas de castigo.

Su pobre tio ignoraba por completo la extraña conducta del sobrino; la primera noticia que tuvo fué la de que su jóven pupilo hirió á tres en desafío, dando de bofetones al padre de una de las bellas á quienes galanteaba. Residía mes y medio en Murcia, y no habia perdido tiempo ni negado su ardiente sangre.

El buen canónigo le reprendió con un poco ménos de dulzura de lo que tenia de costumbre; y con objeto de

evitarle molestia por su anterior conducta, é imposibilitarlo para que continuase de aquel modo, le dejó interno en el seminario de nobles.

La primera semana parecia satisfecho de su nueva vida; pero en breve empezó á molestarle el encierro, tanto estudio y el rigor que usaban con él, y no tardó en descargar los puños en el rostro de sus condiscípulos, provocando á la vez acaloradas disputas con los profesores, las cuales le proporcionaron castigos injustos. Al principio se resignó por consideraciones á su tio; mas un dia le impusieron dos horas de *cepo*; se negó á obedecer, y hasta amenazó al rector

Entónces le encerraron en su cuarto ó celda, y le dejaron sin comer, con ánimo de enterar al canónigo de la tendencia y conducta de su sobrino; pero éste no les dió tiempo á la realizacion de la idea, siendo así que en cuanto fué de noche se descolgó por una ventana y huyó del seminario, jurando no volver á entrar en él. Sabia que en aquellos momentos estaba su tio en la catedral, y penetró en su casa sin dar explicacion alguna á los criados. Encerrado en el despacho del canónigo, y reflexionando consigo mismo, se decia:

Cuando sepa mi tio esta invariable determinacion, va á tener un disgusto muy grande; y es lo peor que le amo mucho, y no me hallo con valor suficiente para escuchar sus ruegos y presenciar la consiguiente desesperacion. A grandes males, grandes remedios. Tengo en casa cien ducados que puedo llevarme; le dejo una carta escrita, y me marcho por ocho ó diez dias, que será el tiempo que tarde en quitársele el enfado.

Y sin esperar más, lo hizo segun acababa de decir, partiendo á casa de la jóven á cuyo padre dió no ha

mucho de bofetones. Este lo recibió con mentida alegría; le tendió la red, y cuando lo tuvo encerrado, denunció á la autoridad las heridas que causó á otros y los golpes que le había dado á él. En consecuencia, se dictó la órden de arresto, y á media noche partieron dos alguaciles en su busca. Al penetrar los corchetes en la casa, se hallaba el jóven sentado junto á su amada en tierna plática, y no pudieron sorprenderle dormido como querían; más tiraron de las espadas, y en nombre del rey le intimaron la rendicion. Navarro comprendió que estaba perdido, y sacando su acero, trató de abrirse camino á cuchilladas; los alguaciles se defendieron, le cerraron el paso y se vió obligado á herir al uno y derribar al otro de un golpe que le dió en la sien con el pomo de la espada. Seguidamente buscó la escalera, encontrando en el primer descanso al hipócrita delator que al verle tembló de miedo. El adolescente supuso con razon que aquel hombre le había vendido, y lo arrojó al suelo, haciéndole rodar los diez y siete escalones que tenía debajo. Sin detenerse huyó de allí, y por la márgen izquierda del río abandonó la ciudad, internándose en la vega.

La brisa de la noche y el tiempo enfriaron su sangre; comprendió lo triste de su situación, la imposibilidad de volver á Murcia, y continuó emboscándose, hasta que rendido y fatigado se sentó en la falda del castillo de Monteagudo; allí pasó dos horas discurriendo sobre el partido que debía tomar, sin encontrar nada que cuadrase á su intento.

La aurora le anunció la llegada del nuevo día y el inminente peligro en que estaba, si habían salido en su busca y acertaban á encontrarlo.

—Es preciso esconderme; pero ¿dónde? ¿dónde?... ¡Ah!...—exclamó, fijándose en el castillo—esta mole, que suponen hueca, debe tener algún nido para el infortunado huérfano.

Y trepó por entre palas de higos chumbos, hasta que vió una cueva; entró en ella, y cayendo sobre el musgo, añadió:

—Esto es lo que yo buscaba. Aquí estoy seguro, pues no hay un corchete que crea capaz de habitar junto á los cuervos al noble mayorazgo don Pedro Navarro.

Recostado en la hierba que le servía de lecho, durmió cuatro horas, pues sabido es que á esa edad todavía no sucumbe la naturaleza al insomnio. Luego meditó nuevamente sobre su suerte futura, y así dejó que transcurriese el día sin comer ni beber. Cuando fué de noche se aproximó á una acequia de las muchas que veía en torno suyo y apagó la sed; acto continuo se dirigió al caserío de Monteagudo, y proveyéndose de algunos víveres, cenó. Y por último, poco á poco y sin infundir sospechas, adquirió una manta, luz, alimentos cotidianos y de todo lo indispensable para hacer menos amarga y más llevadera su situación.

No era aquella vida monótona y cansada para un hombre de la ardiente imaginación de Navarro. Así es que, envuelto en su manta y cubierta la cabeza con un pañuelo, principió á reconocer el castillo, pues dió por hecho que debía tener alguna entrada; y siendo así no hallaba razón alguna para que él dejase de dar con ella. El infeliz buscaba con afán sobre tan agreste superficie, se deshacía en cálculos, estudiaba el terreno y todo esto sin comprender que le servía de almohada la puerta que tanto anhelaba encontrar. Por fin, una noche que tardó

en conciliar el sueño, le pareció escuchar un ruido extraño debajo de él, y exclamó:

—Se ha desprendido una piedra, y esta rueda por las cavidades del castillo; no me he equivocado, no; la oí perfectamente, y en verdad que percibí el sonido á muy corta distancia de este sitio: Veamos.

Y encendió su luz, á cuyo resplandor fué reconociendo detenidamente la cabaña que le servía de albergue. A las dos horas exclamó:

—Esta piedra se mueve. ¡Oh! Probemos si puedo ó no con ella. Bueno sería que tuviese por cabecera lo que con tanto afán busco. Fijo la luz en este hueco y recurro á mis fuerzas, pues creo que esta noche he de conseguir mi objeto. Dicen las crónicas que en este monte castillo habitaron ejércitos, lo cual he visto confirmado en su superficie salpicada de huesos mezclados con restos de ánforas, lacrimatorias y otras cosas de uso doméstico y de una antigüedad incalculable. Todo eso indica que tuvo puerta; pero ¿dónde está? ¿Dónde? A la una, á las dos, ¡voto al demonio!... Aquí, aquí está.

Navarro consiguió separar la piedra que ya conocemos; y mirando con placer la rampa por donde no ha mucho lo vimos bajar, añadió:

—Por este hueco, que ha cerca de tres siglos permanece cerrado, entrarían los fenicios, los romanos, los godos y los árabes. Cuántos héroes fijarían su planta atrevida en esta rampa sublime. No es difícil creer que marcaron aquí su huella Archalco, Aníbal, Trajano, Eurico y Azcandari. Adelante, Navarro, adelante; tú no eres caudillo, ni general ni rey; pero tampoco temes á nadie ni á nada. Venga mi depósito de velas; me las guardo; cojo la luz y al fondo.

Y descendió efectivamente, empleando más de seis horas en reconocer el interior del castillo. Cuando hubo terminado regresó á la caverna, y cubriendo nuevamente la entrada de la rampa se acostó, añadiendo:

—Lograré mi objeto; pero bien poco he ganado, siendo así que mal estoy arriba y peor me encontraba abajo. Poseo, sin embargo, un precioso secreto que ocultaré á todo el mundo; quién sabe si algún día podrá serme más útil que en esta ocasión.

Tornó á echarse, y al poco tiempo quedó profundamente dormido.

Abreviemos: la caverna habitada por Navarro es la misma donde tiene ahora el centinela. Cansado el joven de aquella vida monótona y pesada, formó su plan, y decidido á llevarlo á cabo, esperó á que fuese de noche.

Luego sacó de la cueva cuanto tenía en ella, quitando hasta el menor indicio de los diez días que había estado allí, y se dirigió á Murcia, entrando poco después en casa de su tío.

El canónigo se hallaba rodeado de varios amigos, vió unos brazos que le oprimían, y escuchó la voz de Navarro que exclamaba:

—Tío y señor, perdonad mis antiguas calaveradas; no me neguéis vuestra bendición, y despidámonos acaso para siempre.

El cariñoso tío le estrechó contra su pecho, y con su natural bondad, le preguntó:

—Hijo, ¿por qué me has abandonado? ¿Qué razón tenías para huir de tu casa? Yo te hubiera defendido contra la justicia y contra todo el que pretendiera ofenderte.

—Ya no hay remedio, señor; olvidemos lo pasado,

la lección me será provechosa, y espero no volverle á dar otro disgusto.

—Te han buscado por todas partes, y aun hoy tengo cuatro hombres empleados en tu seguimiento.

—Trabajo inútil, sólo las águilas podrían encontrar mi nido.

—¿Dónde has estado?

—En el castillo de Monteagudo.

—Infeliz, cuánto habrás sufrido. ¿Deseas volver á entrar en el seminario?

—No, padre mío; ese pícaro convento tiene la culpa de todas mis desgracias. Yo no nací para arrastrar sotana ni vivir escondido en una estrecha celda; mi mundo es toda la superficie de la tierra; mi ocupación pelear, mi distracción vencer; mi recompensa la gloria de las batallas. Quiero imitar á mi padre, sobreponerme á él si es preciso, y que el mundo pronuncie mi nombre con la admiración y respeto que recuerda el suyo. Con que, tío, sólo me hace falta un caballo, oro, vuestro cariño, una carta para el capitán más valiente del ejército y un abrazo que no me negaréis.

—¡Cuánto lo siento, hijo del alma! Pero aquí no puedes vivir, ni yo debo, por otra parte, contrariar tu inclinación. Descansa primero, que dentro de mi casa nadie te molestará; estos señores ocultarán además tu llegada á Murcia, y en pasando unos días marcharás á la corte, ingresando acto continuo en la compañía que manda uno de nuestros parientes.

Así sucedió efectivamente; al poco tiempo montó Pedro Navarro en un magnífico alazán, su criado en otro, y con oro, espada y recomendaciones partió á la corte, dedicándose con incansable celo al estudio de la

esgrima y de la equitación. A los dos meses era un maestro consumado, y á los tres se hizo lugar en los círculos militares, siendo aplaudido su nombre por lo mucho que lo había honrado su padre, y por lo que él empezaba á enaltecerle. Un capitán, pariente suyo, le llevó de alférez á su compañía, y luego á la guerra, donde demostró acierto, valor y serenidad. Era el combate su mayor delicia; entraba en él gozoso; y salía con la aureola de gloria.

A los cuatro años de luchar corría su apellido de boca en boca; se comentaban sus temerarios hechos, y nadie osaba contradecirle.

Su tio hablaba de él como de un hijo querido, le conceptuaba héroe, y no sabía tratar de otro asunto que de los prodigios de su sobrino.

Al cumplir los treinta años pereció en Africa su pariente y capitán, y el rey le concedió que mandase la compañía, cuya mayor parte de individuos le debían la vida.

Si como alférez supo brillar, más se elevó su nombre con el desempeño del nuevo ascenso que le habían dispensado. Desde aquel momento su compañía se halló en todos los sitios en que hacían falta hombres aguerridos y valientes.

Andando el tiempo, le obligó el cardenal Cisneros á cruzarse de caballero de Santiago, pagándole todos los gastos; después le colmó de honores, y mientras fué regente le tuvo cerca de sí, sentándolo á su mesa y distinguiéndole como á pocos.

Murió el cardenal, se formaron las comunidades de Castilla, y Navarro, que no podía estarse quieto, ingresó en ellas, dando á su compañía un aumento con-

siderable, pues pasaban de doscientos hombres los que le obedecían. No contento con esto, nombró teniente á su alférez Nuñez de Lara, llevándose consigo además á don Luis Mendoza y á don Alvaro Osorio, dos valerosos jóvenes que le habían recomendado en Valladolid como modelos de bizarría, valor y denuedo. Con ellos defendió las comunidades hasta que, perdida la batalla de Villalar, y no siendo posible sostener por más tiempo las terribles cargas conque el enemigo diezmaba su compañía, se puso al frente de la fuerza que le quedaba; dió la voz de *adelante*, y rompiendo un flanco del enemigo, desapareció seguido de sus tres oficiales y de cuarenta y siete soldados, únicos que conservaba de los doscientos de que disponía al empezarse la acción.

A salvo por el pronto de las picas enemigas reunió á los suyos y les invitó á que se presentasen al condestable, pues sólo él tenía pena de la vida. Ninguno aceptó la idea, siendo inútiles cuantos ruegos y súplicas les hizo.

Comprendiendo que en Villalar acabaron las comunidades, pensó en el indulto, y fiel al emperador, volvió á formar parte del ejército; pero como esto ofrecía grandes dificultades, meditó los medios de combatirlas, y recordando el secreto de Monteagudo, fijó en él su pensamiento como punto de partida y de permanencia durante las negociaciones.

En consecuencia, varió de ruta y se dirigió á Murcia, mas de pronto se halló con ciento cincuenta ginetes, que al reconocerle cargaron sobre él y los suyos. Eran una compañía del Condestable que le llevaba los fondos recaudados en Valencia, para atender á las necesidades de las tropas que combatían contra los comuneros.

Acometido Navarro, no supo retroceder; y rechazando con valor heróico tan brusco ataque, cayó á su vez contra los otros, y á los diez minutos los puso en completa dispersión. Le dejaron once mil ducados que él cogió en calidad de botin ó despojo del enemigo, y á marchas forzadas se internó en la provincia de Murcia. Conocía bien el terreno que pisaba; escribió á su tio, y ayudado por éste, fué poco á poco vendiendo los caballos y arneses, compró arcabuces, alabardas y trajes del país, y cuando estaban provistos de lo que necesitaban, abandonaron el monte donde se habian guarecido, escondiéndose de noche y sin ser vistos por nadie en el castillo de Monteagudo.

Allí llevaban más de nueve meses negociando el indulto que entabló su tio, sin resultado favorable hasta el presente.

El cardenal Adriano, que era á la sazon árbitro de los destinos del país, supo que Navarro se había quedado con los once mil ducados que llevaba su gente al condestable, y áun cuando los enemigos del canónigo le dijeron que el sobrino y sus parciales se habian refugiado en el extranjero, no quería amnistiarlos sin que entregasen antes el mencionado botin, con una gratificación de veinte mil más, cantidad enorme en aquella época, y de la que no podian disponer entre el tio y el sobrino. Le ofrecieron primeramente los agentes del canónigo los cinco mil ducados del botin, é instaron mucho cerca del cardenal; pero éste concluyó negándose abiertamente, é insistiendo en que habian de ser treinta y un mil; lo que obligó á Navarro á hacer un esfuerzo y que le prometieran veintidos mil, que era el máximun de lo que podia disponer. A tal oferta aún

no habia recibido respuesta, pero era segura la negativa, toda vez que Adriano no desistia jamás de sus propósitos; con lo cual iban ganando los comuneros, y exponiéndose á perder mucho los soldados de don Pedro Fajardo, adelantado mayor de Murcia; pero no precipitemos el discurso.

Ahora que conocemos la historia de Navarro, la de Alberto de Silva y la triste situacion de ambos, podremos apreciar debidamente el valor de los acontecimientos á que hemos de asistir en los capítulos siguientes.

CAPITULO IV

Presentación de Silva.—Al genio nadie le desconoce.—Se confirma el vaticinio de Navarro.

El capitan Navarro pasó entre sus oficiales y soldados todo el dia siguiente á aquel en que visitó al conde de Santomera y á su hijo Alberto de Silva: por la noche sacaron dos juegos de ajedrez, y dieron principio á sus partidas los dos jefes principales y los alféreces. Ganaron Navarro á Nuñez y Osorio á Mendoza, comenzaron el segundo juego y á la mitad de él oyeron abrir la boca de la rampa, y la voz del centinela, que gritó:

—¡Alerta! Tres silbidos.

Sólo esto bastó para que los soldados corriesen á la sala de armas y los oficiales se pusieran en pié: más á estos últimos los contuvo el capitan diciendo:

—No os alarmeis; será alguna noticia de mi tio, de Alberto de Silva ó del sargento Dávalos; que salga Pedro y se entere.

Pedro era un soldado que hacía de sirviente á Navarro, y el más alto de los dos peregrinos que le acompañaban la noche ántes. Osorio le dió la orden que aca-

baba de dictar su amo, é inmediatamente partió del castillo por la rampa.

Los soldados quedaron al pié de sus armas, y los jefes se sentaron, volviendo á continuar su partido con la mayor tranquilidad.

Diez minutos despues regresó Pedro, llevando en las manos un traje de guerra, espada y lanza.

—¿Qué ocurre?—le preguntaron los cuatro á la vez.

—Señor—contestó el criado—hallé en la falda del castillo, frente á la caverna, al joven que visitamos anoche y al escudero que no abrió la puerta del palacio. Pablo—dijo el primero al segundo—entrega esos objetos á ese valiente y aguárdame junto al caserio inmediato. Y el sirviente me dió todo esto, retirándose, segun lo encargaba su amo. Este añadió:—Quiero ver á tu capitan. Como oí anoche que vos le permitís llegar hasta aquí, le dejé á la puerta de la caverna, donde espera vuestras órdenes. ¿Qué hago con esta armadura?

—Comprendo: teme por nosotros y nos manda su traje de guerra para volar en nuestro auxilio, formar con nosotros y pelear á nuestro lado. ¡Oh! ¡No esperaba ménos de su valor y entereza! Ese traje, Pedro, junto al mio, que lo limpien y cuiden como los restantes; y cuando venga ese hombre, no le detengais la marcha, y que pase inmediatamente.

Los cuatro quedaron de pie aguardando con ansiedad la llegada del joven Silva.

Poco despues oyeron el ruido de sus pisadas, viéndole entrar acto contínuo embozado en manto de grana, y cubierta la cabeza con gorra, en la que ondeaba una pluma blanca. Alberto arrojó uno y otra sobre los taburetes; hizo una reverencia á los oficiales, y aceptó

los brazos que le alargaba Navarro, estrechándole contra su pecho.

Llevaba el joven zapato de punta aguda inclinada hacia arriba; calzas de seda con listas encarnadas y blancas; calzón de terciopelo negro y trusa de la misma tela con pasamanos también de seda, blanca y rizada gola y un cinturon de pedrería, del cual colgaba simplemente una preciosa daga veneciana con puño de marfil. Su rubia y larga melena le caía en ondas sobre los hombros, prestando gracia á su perfecto rostro; era su piel muy blanca y los ojos azules y rasgados, brillando en ellos la inteligencia que parecía reflejarse también en su hermosa y despejada frente. Su fisonomía y persona participaban del carácter dulce, simpático, y distinguido que se nota en algunos séres de elevada alcurnia y esmerada educación; no obstante lo cual, su mirada severa ó tierna imponía ó agradaba con la irresistible atracción que solía ejercer en aquellos sobre quienes se fijaban.

—A mis brazos,—le dijo Navarro.—¿Cómo sigue mi amigo el conde?

—Empeora por instantes, y su muerte es inevitable.

E inclinó el joven la cabeza con dolor.

Navarro quiso arrancarle la idea que él le había inspirado, añadiendo:

—Te presento á mi teniente el entendido Núnez de Lara; á mi alférez primero el hábil y discreto don Alvaro de Osorio, y á su segundo, el león de mi compañía, don Luis Mendoza.

Alberto les fue alargando la mano; después se fijó uno por uno en los tres, concluyendo por decirles:

—Soy vuestro amigo; seré vuestro compañero; jun-

tos moriremos, ó unidos habremos de arrancar la victoria á ese destino que con tanto rigor os trata y se ensaña conmigo. Vosotros me enseñareis á pelear; yo os explicaré lo que es prudencia, y vuestro valor se despejará de la ruda é insensata temeridad, neutralizada con los efectos del saber, de la calma y de la reflexión.

Los tres oprimieron su mano, pero ninguno de ellos supo qué contestar: Alberto no era, expresándose, un joven de veintitrés años, sino un hombre lleno de experiencia y cordura. Desde el primer instante los dominó con su mirada; los atrajo con las palabras, y los cautivó con sus maneras finas y elegantes. Osorio se atrevió, por último, á contestarle:

—Gracias, caballero Silva; aceptamos vuestra amistad y compañerismo con el único sentimiento de no sernos dable el enseñaros, toda vez que asegura el capitán, podeis vos servirnos en todo de maestro.

—Unamos el cariño, y luego instruirá á los otros el que más sepa. Entre hermanos se desconoce la envidia, se aumenta el estímulo, y se parten los bienes y los males.

—¡Bravo!—exclamó Mendoza,—la idea es sublime.

—Como todas las suyas,—añadió Navarro.

—Gracias, señores; mas os ruego excuseis halagos, porque ninguno de ellos pasa de mi oido. Vengo á conoceros, á ver el interior de este castillo y á pasar entre vosotros cuatro horas; ¿me lo concedeis?

—Cuanto querais, soy vuestro hermano.

—Y yo, y yo.

—¿Cómo abandonas á tu padre por tanto tiempo?—le preguntó Navarro.

—Gracias á la venta de mi palacio, tiene un médico

á la cabecera, un sacerdote no muy lejos y cuatro criados cerca.

—¿Qué venta es esa?

—La que te hice anoche.

—¡Ah! sí, como se me perdió aquel papel me olvidé del contrato.

—Te daré otro.

—Es inútil; entre nosotros basta la palabra. ¿Te visitó el sargento Dávalos?

—Sí; bien temprano se presentó con trabajadores, operarios, muebles y no sé qué otras cosas; está sufriendo tu palacio un cambio completo.

—El nuestro, querrás decir; porque siendo ya mi hijo y heredero...

—¿Me enseñáis el castillo?

—¡Luces! —gritó Navarro,—muchas luces.

Acompañado Alberto de los cuatro jefes, y en pos de varios soldados que llevaban hachas encendidas, fué reconociendo las principales estancias de la fortaleza, hasta llegar á la sima.

—¿Y esto, qué es?—preguntó á Navarro.

—Lo que llaman tus paisanos la *Sima infernal*, que empieza como ves, con un diámetro de veinte varas ó más, y concluye en el de una escasamente.

—¿Se eleva mucho?

—Ya lo creo; es una obra magna.

—¿Para qué sirve esta escala?

—Para subir á la cúspide del castillo, donde tenemos de sol á sol el vigía que domina un radio extensísimo y ve llegar á cuantos se acercan á la fortaleza.

—Es una gran idea, y podéis sacar de ella mucho partido. Veamos.

Y cogiéndose á las cuerdas, trepó hacia arriba con la rapidez de un grumete.

—¿Qué intentas? Baja, que eso no es para tí; sujetádsela; ¡Voto al demonio! Vuela como el águila.

—¿Quién le habrá enseñado á subir de ese modo?—preguntó Mendoza.

—Nadie,—contestó el capitán,—los héroes no ignoran nada, ni necesitan de maestros.

Silva subió y bajó sin demostrar molestia alguna.

—Muy bien,—dijo,—la *Sima infernal* podrá llegar á ser efectivamente una boca del infierno para vuestros enemigos; el pensamiento es digno de elogio, y la aplicación que le estáis dando admirable. Volvamos á lo que llamais sala de armas.

Ya en ella fué el presunto conde de Santomera reconociendo uno por uno á todos los soldados de Navarro.

—¿Estais contentos con vuestra suerte?—les preguntó.

—Sí, señor.

—¿Qué deseais?

—Ir á la guerra con nuestro capitán.

—¿Le quereis mucho?

—Sí, sí; es nuestro padre, nuestro señor.

—Me gustan los oficiales, Navarro, y me agradan tanto ó más esos valientes.

—¿Y en qué se ejercitan durante su cautiverio?

—Comen, beben, tiran continuamente, y en las horas de recreo, juegan, cantan, ríen y bromean.

—En ese caso manejarán bien el acero.

—Admirablemente.

—¿Quién de vosotros tira mejor?

—Ese, ese;—gritaron casi todos, señalando á uno alto, delgado, de frente ancha y mirada fija.

Alberto se acercó á él exclamando:

—Buen aspecto; no debes ser cobarde ni torpe. Veamos. ¿Quieres tirar conmigo?

—Si mi capitán me lo permite, con mucho gusto.

—¿Qué pretendes, Alberto?—le preguntó Navarro.

—Conocer la gente que se encierra en las entrañas de este monte-castillo.

—En ese caso no te molestes; tirará con uno de sus compañeros.

—No; de ese modo me será imposible apeciar su verdadero mérito.

—¿Y has de cruzar la espada con un pobre soldado?

—Soy yo tan pobre por lo menos, más infortunado y con tan negro porvenir como él. Muchacho, el capitán te lo permite; trae dos espadas, y sepamos si los maestros son buenos, y aplicados los discípulos.

—¡Ah!—dijo Osorio,—también pretendéis conocer á los que los dirigen; pues os advierto que es mi discípulo favorito, y he tenido gran empeño en que se iguale á mí.

Navarro hizo seña al soldado para que obedeciera, y cogiendo éste dos espadas, se acercó á Silva, diciéndole:

—Señor caballero, elegid, y gracias por la honra que me vais á hacer.

—En guardia, y tira cuanto sepas; de lo contrario desacreditarás á tus maestros y compañeros.

Ambos se saludaron y cruzando las armas comenzó el combate.

—¡Bien plantado!—exclamó Albeto,—hay seguridad, destreza, y... Muy bien; esa cuchillada es de mano

maestra. Aun cuando soy algo profano no hallo inconveniente en asegurar que tira este muchacho tan bien como cualquier alférez del ejército. No me guardes consideraciones; en este instante nos iguala el arte. ¡Bravo! Hay firmeza en las piernas y rapidez en todos los movimientos. Tira, tira sin cuidado; no temas herirme que aun cuando manejas bien la espada, es difícil que pueda tocar mi ropa.

El soldado que tenía enfrente Alberto era efectivamente una honrosa excepción entre los de su clase, reunía las dotes necesarias y una afición tan decidida que aventajaba á sus compañeros y casi se igualaba á sus maestros. Silva lo comprendió así, y en estos momentos se daba á conocer estudiando de paso lo que valía la gente que mandaba Navarro. Era época en que solo existían dos carreras; la de la iglesia y la de las armas; y como el mísero Alberto se veía obligado á adoptar la segunda, anhelaba hacer su primer ensayo entre gente extraña y lejos de su padre y escudero, á quienes juzgaba parciales en la apreciación de su mérito. Descendiendo á tirar con un pobre soldado, ninguno podía acusarle de falto de modestia; y elegido aquel de entre cuarenta y siete, equivalía á practicar su ensayo con un maestro como Osorio y Nuñez.

Pronto el joven comprendió donde estaba fuerte su antagonista y cual era su flaco; así es que le dejó crecerse hasta el momento dado en que juzgó conveniente sobreponerse al discípulo que tiraba con él y á los maestros que le contemplaban.

Navarro, sus tres oficiales y cuarenta y seis soldados restantes presenciaban aquel asalto, sin perder el más leve movimiento de los contendientes. Imposible creye-

ron en un principio que aquella mano chica, sedosa y blanca de Alberto de Silva, pudiera sostener la espada con el brío que lo estaba haciendo, admirándolos más aún que eso lo regular y exacto de sus movimientos, y lo bien que algunas veces se cuadraba, pues había momentos en que parecía clavado en el suelo. Por esa razón miraban con vanidosa alegría los unos á sus discípulos y los otros á su compañero tirar con un caballero tan cumplido como Silva, y lo perfectamente que sostenía el combate hasta aquel instante.

Cuando Silva hubo parado multitud de estocadas y cortes, dirigidos con acierto atacó á su vez; pero sin abusar de la superioridad que creía tener sobre su hábil contrario.

—Muy bien—exclamó á los quince minutos de lucha; para soldado eres una notabilidad; pero no debes enorgullecerte, porque puede un caballero correr su espada así, así y arrancarte la tuya según estás viendo.

Y el acero de su antagonista cayó efectivamente al suelo, dejándole el brazo inútil por algunos instantes.

Ninguno de los presentes, á escepción del que lo había hecho, pudo comprender la causa de tan diestro desarme; era un juego de los muchos inventados por Alberto, que obligó á que todos se mirasen con sorpresa y asombro. El desarmado se fijó en el adolescente con admiración, sin atreverse á preguntarle nada. Navarro sonrió con malicia, y herido Osorio en su amor propio, osó decirle:

—El juego ha sido tan hábil, que con permiso del capitán, desearía lo repitiéseis conmigo.

—Por esta noche basta, señor alférez—replicó Silva con calma—en otra ocasión me pondré á vuestras ór-

denes.—Y dando la espada á un soldado se despidió de ellos, pasando con los jefes á la estancia que servía á éstos de comedor. Solos allí los cinco, añadió Alberto, dirigiéndose á don Alvaro:

—No acepté vuestra honra, porque de desarmaros perderíais fuerza moral con vuestros subordinados, y no he venido aquí á destruir, sino á crear; no vengo á humillaros, sino á defenderos; no quiero quitaros nada, sino dar por vosotros mi vida, única cosa que puede ofreceros este pobre huérfano.

—Perdonad, amigo mío,—contestó Osorio avergonzado—es mi discípulo predilecto, según os dije antes; creí que nadie podría desarmarlo, hubo un momento en que sentí herido mi amor propio, pero éste ha pasado ya, y sólo me quedan admiración y cariño para el hombre que sabe elevarse á la altura que vos.

—Gracias, noble alférez, gracias á todos vosotros por la atención y deferencias con que me honráis. Pasé agradablemente cuatro horas entre vosotros; pero me aguarda mi moribundo padre y no debo detenermo más. Ya sabeis quien soy; si hay peligro me veréis á vuestro lado y entonces acabaréis de conocerme. Adios, Navarro; el cielo os ayude y defienda, señores.

Y los fué estrechando uno por uno; le pusieron la capa y gorra, y los cuatro le acompañaron hasta la puerta de la caverna, donde tornó á abrazarlos y partió.

Navarro y los suyos volvieron al comedor; dió el primero la orden de que á Alberto de Silva se le reconociera como alférez é hijo adoptivo; y sólo ya con Nuñez, Osorio y Mendoza, les preguntó:

—¿Qué os parece el joven Alberto? ¿Me equivoqué al apreciar su mérito?

—No,—le contestó Lara,—ese hombre tan fino, cortés y elegante, será en el campo de batalla un gigante irresistible. Impone su mirada, pasma su sangre fría, y brilla en su frente el genio de la gloria.

—Yo no he conocido sér más privilegiado,—añadió Osorio.

Ni yo pienso hallar,—dijo Mendoza,—rostro más hermoso y varonil, figura más simpática, ni mirada más fija y dominante. Sin embargo de mis fuerzas, estatura y bríos, me conceptuaba pequeño, muy pequeño frente á él; el verdadero gigante no soy yo, lo es Alberto de Silva.

Y los cuatro en vez de continuar las partidas de ajedrez que tenían pendientes, prosiguieron hablando del presunto conde de Santomera, confirmando con sus frases el vaticinio de Navarro, hasta que, llegada la hora de dormir, buscaron sus duros lechos los cuarenta y nueve que no estaban de servicio.

Silva, unido al escudero de su padre, entró en Murcia y poco después en su palacio. Acto continuo, se dirigió al lecho del conde, hallando en la antealcoba al médico que se retiraba en aquel momento.

—¿Cómo sigue mi padre?—le preguntó con ansiedad.

—Mal, muy mal; su vida acaba por instantes; pero no hago falta esta noche.

Las lágrimas asomaron al rostro de Alberto, el cual entró en la alcoba, y cayendo á los pies de la cama del enfermo, exclamó:

—¡Dios mio; Dios mio, apiadáos de ese mísero anciano; compadecéos de mí!

Luego enjugó sus ojos; se acercó á la cabecera, y

fijándose en el pálido y demacrado rostro del autor de sus días añadió:

—Parece que duerme; pero no, es que su espíritu, fatigado de tanto sufrir, va poco á poco abandonando la ruin materia que lo cubre. ¡Materia inerte ya: frágil tabla rota por los combates de la vida, por el crudo huracán de su destino! Pronto hará el alma su último esfuerzo y abandonará el cuerpo dejándolo inanimado, yerto, rígido y sin acción. La carne, descompuesta luego, aparecerá fétida, nauseabunda, horrible y tan miserable, que sólo podrá servir de pasto á insectos cilíndricos, condenados á arrastrarse por la tierra y á comer lo que sólo á ellos deja de repugnar. Hé ahí en lo que para todo; esa es la vida que tanto ama el ignorante mortal; para eso atesoran; para concluir así se cubren de oropeles. ¡Oh necio orgullo, estúpida vanidad! Mientras yo exista tendré presente el cuadro que ahora contemplo, y de ese modo acaso pueda obrar de diferente manera que la mayoría de los seres humanos.

Al expresar Alberto la última frase, abrió su padre los ojos, le miró, y con voz interrumpida á intervalos por la fatiga y falta de fuerzas, exclamó:

—Hijo, me muero... me muero... Noto que mi vida acaba por instantes, y lo deseo, lo anhelo, porque mi conciencia se halla tranquila; y al exhalar el postrer suspiro, mi único dolor, mi sentimiento se concreta á tí, pobre huérfano, sin presente ni porvenir. Abrázame hijo mío, permanezcamos juntos las horas ó días que me restan de existencia.

El jóven cayó sobre su padre, extrechándole contra el pecho; pero en vez de llorar, según hizo otras veces

en casos análogos, asomó á sus labios una extraña sonrisa, murmurando:

—¡Muere tranquilo; su conciencia no le molesta! Gracias, Dios mio; eso era todo lo que yo deseaba. Ya que yo lo pierda, gánalo tú.

CAPÍTULO V

—

A la paz, la turbulencia y desasosiego.—Consecuencias del valor sin prudencia.—Conflictos.

Trascurrió una semana sin que en Murcia ni entre los habitantes del castillo de Monteagudo ocurriera nada que merezca relatarse. El conde de Santomera prolongaba su agonía mucho más de lo que creyeron el médico y Alberto. Navarro los visitaba cada dos dias, y en el interior de la fortaleza tenian asaltos cotidianos, se reia, jugaba, procurando todos hacer lo menos amargo posible un cautiverio que contaba ya diez meses próximamente.

Pero como todo tiene fin en este mundo, la paz que reinaba en Monteagudo fué turbada por un acontecimiento, cuyas consecuencias era muy difícil prever.

Llegó la noche fatal, y nuestros comuneros sentían una impaciencia y malestar que no tuvieron hasta entonces. Estaban ausentes el capitán y su criado, y los restantes paseaban unos por el comedor y los otros por la sala de armas, sin decir nada, pero demostrando in-

quietud y desasosiego. Navarro faltaba desde por la mañana: la hora de su regreso se acercaba, y el deseo de que llegara se veía retratado en el semblante de sus subordinados. Salió á las tres de la mañana, y eran las nueve de la noche.

Trascurrió media hora más, y al espirar el último segundo, se detuvieron Núñez, Osorio y Mendoza, que paseaban por el comedor. Era que habían sentido abrir la trampa; y seguros de que no se equivocaban, los tres se aproximaron á la puerta, dirigiendo una mirada ansiosa hacia la rampa.

Un minuto después vieron acercarse á Navarro, el cual venia tan sereno y tranquilo como de costumbre.

—¿Ha ocurrido algo en Murcia, capitán?—le preguntó Núñez.

—Nada; el conde á cuyo lado pasé todo el día continúa mal, su hijo bien, mi tio lo mismo, y el cardenal Adriano que Dios confunda, sin contestar, eso es todo. ¡Pero noto que estáis como impacientes!

—Sí. ¿No oisteis referir algún acontecimiento en que tomara parte Pérez?

—No os entiendo.

—Del soldado Juan Pérez, que salió esta mañana por provisiones, ¿sabéis algo?

—¿No ha vuelto?—preguntó el jefe comunero con viveza.

—No, y en verdad que su ausencia nos tiene inquietos.

—¡Pedro!—gritó Navarro llamando á su sirviente. Cuando lo tuvo delante, añadió:—¿En casa de mi tio, á la ida ó á la vuelta, oiste contar algo que tuviera relación con Pérez, el cual no ha regresado aún ni sabemos nada de él?

—No, señor.

—¡Maldición! A ese infeliz le ha ocurrido cosa grave; es leal y fuerte como pocos hombres, y su tardanza hija de algún terrible acontecimiento. Pedro, cúbrete al momento con un traje del país; busca la orilla izquierda del Segura, y entra en la ciudad por el sitio que lo has verificado conmigo otras veces. Acto continuo te diriges á casa de mi tio, le cuentas lo que acontece, y que averigüe el paradero de Pérez. No vuelvas sin traerme noticias suyas. Parte, y á ser posible vuela.

El criado desapareció, y los cuatro jefes comuneros quedaron comentando la tardanza del encargado de llevar las provisiones de aquel dia.

A las diez mandó Navarro que los tres oficiales y la tropa se retirasen á descansar, permaneciendo solos él y el centinela que tenían en la caverna.

A las doce se quedó dormido el capitán sentado en un taburete, apoyando el brazo en la mesa y la cabeza en aquél; despertó á las dos, y no habiendo vuelto Pedro, comenzó á pasear por el comedor, con la misma impaciencia que demostraron antes sus tres oficiales. Así prosiguió hasta las cinco, en que se puso en pie la tropa, y le rodearon Núñez, Osorio y Mendoza.

—¿No ha regresado Pedro?—le preguntó el segundo.

—No, y su tardanza me desazona. ¿Quién está de servicio?

—Yo,—dijo el teniente.

—Disponed que suban dos centinelas á la *Sima* y que Guillermo se sitúe en la caverna sin pedir relevo. Encargad á los tres la mayor vigilancia.

Lara obedeció, reuniéndose con sus compañeros cuando hubo concluido.

El tiempo trascurría y Pérez no regresaba, ni Pedro daba señales de vida; la impaciencia aumentaba en los jefes comuneros, y nada se oía en la caverna, donde parecía tener fijo el oido.

Por fin, á las ocho de la mañana se abrió la rampa, y apareció Pedro, empolvado y fatigoso de tanto correr. Los cuatro le rodearon, diciéndole el capitán:

—Cobra aliento y habla; pero sin omitir detalle ni nada de cuanto hayas escuchado.

Pedro le contestó:

—Señor, ayer mañana se presentó un arriero en el mercado de Murcia, el cual, después de comprar varias cosas, principió á ajustar cuatro docenas de naranjas; el vendedor le trató mal; el arriero le llamó bárbaro; tramaron disputa, concluyendo el primero, ó sea el vendedor por abofetear al otro; éste le devolvió un puñetazo, dirigido á la sien con tal acierto, que espiró en el acto.

—¡Era Pérez! —exclamaron los cuatro.—Prosigue.

—El arriero huyó; pero viendo los restantes vendedores muerto á su compañero, siguieron á aquél, gritaron, introdujeron la alarma, y por último, cogido el matador entre los que le perseguian y los soldados de don Pedro Fajardo que le salieron al encuentro, empezó por rendirse; pero al notar que pretendían sujetarle con cuerdas y llevarlo á la cárcel, cayó sobre un soldado, y desarmándolo, acometió con su espada á todos los que le cerraban el paso.

—Es Pérez, no hay duda. Continúa.

—Corrieron unos, se defendieron otros, llegaron hasta cincuenta, y el valiente y supuesto arriero, después de matar á dos, y derribar á cinco ó seis, fué cogido por la espalda, herido levemente, y muy maltra-

tado lo encerraron en la cárcel. El señor canónigo tenía conocimiento del atentado cuando llegué anoche; y si bien dió por hecho que era Pérez, me hizo esperar á que amaneciese para averiguar las señas del preso, y que juzgase yo si se había ó no equivocado. Por desgracia, la filiación que trajo, correspondía á mi compañero, y su traje era el mismo que sacó de aquí. Todo lo cual me encarga participaros, añadiendo que os recomienda la prudencia, tan necesaria en el caso presente.

—Bien, Pedro, retírate y descansa, diciendo á López que se vista de peregrino y me aguarde en la sala de armas.

Salió aquél, y Navarro continuó:

—¡Voto al demonio! En qué conflicto nos ha puesto ese desgraciado; pero á ser cierto lo que cuentan, se hallaba en servicio nuestro, y es indispensable salvarlo ó morir todos. No es de gente bien nacida permitir á un hombre que se sacrifique, y volverle la espalda cuando se encuentra en inminente peligro de perecer.

—Cierto—exclamó Lara—mi espada será la primera que salga en su defensa.

—No—añadió Osorio—será la segunda.

—¡A Murcia!—gritó Mendoza, con voz tan bronca que apenas se comprendían las palabras que expresaba; —á Murcia todos; dejemos á Pérez en libertad, y si el capitán opina como yo, quedémonos con la ciudad, los murcianos y las murcianas.

—Intentaremos la libertad de Pérez—dijo Navarro con calma—pero á mi ver, nunca hemos necesitado usar de tanta cordura y prudencia como en la presente ocasión. No olvidéis que cada uno de nosotros tiene levantado un patíbulo, y que si en Villalar, siendo tan-

tos, no pudimos con nuestros enemigos, pronto sucumbiríamos hoy que contamos con menos fuerza, y los contrarios con el primer imperio de Europa. Tranquilizaos, y dejadme á mí la dirección exclusiva de este asunto: haciendo uso de las armas, la derrota es segura; empleemos en consecuencia la astucia, y puede que la suerte no nos niegue el triunfo.

Los tres oficiales convinieron en todo con Navarro, y éste después de haber dado algunas órdenes y reiterado que se guardase la mayor circunspección, salió del castillo disfrazado de peregrino en compañía de un soldado que vestía el mismo traje que él. A buen paso, pero sin abandonar la actitud hipócrita que les era tan necesaria, atravesaron la vega y luego la ciudad; hasta entrar en casa del canónigo, donde permanecieron dos horas. El tio de Navarro mandó llamar á Dávalos; éste se presentó, y recibidas instrucciones del capitán, marchó inmediatamente, regresando una hora más tarde. Habló segunda vez con Navarro; y cuando hubieron concluido, el uno se retiró al barrio de San Juan, y el otro, despidiéndose de su tio, caminó hacia la cárcel con ánimo de hacer en ella un reconocimiento tan minucioso como se lo permitieran las circunstancias.

En tanto que el jefe comunero empleaba algunas horas en la ciudad del modo que acabamos de ver, dispuso Lara que la gente del castillo se pusiera sobre las armas y que, disfrazados Mendoza y Osorio también de peregrinos, saliesen de la fortaleza, explorasen los alrededores y aguardaran al capitan junto á la *Cruz de la Ydra*, que estaba en el camino de Murcia, y como á quinientas varas del castillo.

Todo se llevó á cabo, según queda expuesto, par-

tiendo los dos alféreces, é imitando á Navarro en la actitud, prudencia y compostura. Caminando despacio, baja la cabeza y ávida la mirada; dieron la vuelta á la fortaleza sin notar cosa ni objeto que les llamara la atención. Luego observaron los contornos y nada percibieron que excitara sus sospechas. Entónces entraron en el camino y siguieron hasta llegar á una cruz que se elevaba á la izquierda, la cual recordaba á los transeuntes el desgraciado fin de un infortunado que asesinaron en aquel mismo sitio: la yedra tomó posesión de ella; la fué cubriendo con sus hojas, y desde entónces era conocida con el nombre de la referida planta.

—Nada he visto,—dijo Osorio á su compañero.

—Calma y tranquilidad completas—contestó el otro.

—Me siento, y observa tú, Mendoza; después te reemplazaré.

—Bueno; pero creo que nada desagradable he de distinguir.

—Así sea.

—¡Qué golpe de vista tan delicioso presenta desde aquí el castillo!

—Sí, magnífico.

—Esta portentosa vega no tiene rival en Europa.

—¿Nos escuchará alguno?

—No; domino ya tanto como los árboles.

—Mal estamos, Mendoza; nuestra situación me huele á horca.

—Delirios tuyos, Osorio.

—Don Luis teme como yo y observa.

—Triunfaremos; nos indultarán, é iremos en pos de la gloria.

—¡Qué ilusion te haces!

—¡Qué caviloso y tímido está hoy!

—Eso no, pardiez; yo no supe temer nunca.

—Pues entonces deja que ruede la bola. Con tal de que muramos con la espada en lo mano; dando y recibiendo no debe importarnos perecer.

—Tienes razón.

—Alvaro, mira esa murciana que se dirige hacia aquí.

—Calla y disimula.

—¡Es del pueblo, pero repara qué entrada de pierna!

—Silencio.

—Voy á pedirle una limosna.

Y Mendoza alarge la mano, diciendo á una joven labradora que cruzaba junto á él:

—¡Un pobre peregrino que viene de Roma!

La murciana miró con terror; vaciló; se detuvo, y sacando una moneda de cobre, se la alargó con mano trémula.

—Gracias,—le dijo don Luis,—déjame que bese diestra tan caritativa.

Y estampó un ósculo, estrechándola con tal fuerza que obligó á esclamar á la doncella:

—Soltad, que me deshacéis los dedos.

—Perdona; el agradecimiento...

—Dios le guarde, hermano—y corrió desaforadamente.

—¡Ay! El cielo te acompañe, ya que yo, pobre peregrino, no puedo hacerlo.

—¿Qué intentas, Luis?—le preguntó Osorio viendo marchar á la labradora.

—Chico, al llegar mis labios á una piel femenina, me entusiasmé....

—Ya lo he visto. ¿Y la prudencia?

—¿Te parece que he usado de poca?

—Luis, siéntate en mi sitio; no haga el diablo que vuelva otra, y la enredemos.

—Tienes razón; pero diga el capitán lo que quiera, son las mujeres... ¿Has hallado tú algo más delicioso que ellas?

—Calla y no te muevas, que viene gente.

—Son paletos.

—Eso no lo sabes tú.

—¿No ves el traje, hombre?

—Eres tú peregrino?

—Bien, pero nota qué rostros y qué modales.

—Sella los labios.

Pasaron varios labriegos con cierto temor que revelaba la creencia de que los peregrinos eran almas en pena, y Mendoza dijo á su compañero:

—Alvaro, se han inmutado al cruzar por aquí.

—Nos creen duendes, demonios y otras frioleras por el estilo.

—Pobre gente, y soy más dulce...

—Sí, con las mujeres.

—¡Podía serlo con los hombres!

—¡Distingo á lo lejos un caballero armado! Mucha atención ahora.

—Viene á escape.

—Es verdad; ponte en pie, y sigámosle hasta que pase del castillo.

Poco después cruzó junto á ellos un jinete cubierto de acero; atravesó por la falda del castillo sin mirarle y continuó adelante. Cuando los supuestos peregrinos lo perdieron de vista, añadió Osorio:

—Se dirige á Orihuela; volvamos atrás.

Y los dos retrocedieron, tornando á quedar el uno sentado y el otro de pie observando.

—Luis, ¿qué opinas de la conducta de Pérez?

—Que empezó bien y acabó mal; debió dar fin del adelantado y de todos los que buenamente le obedecen, y venirse al castillo trayéndome las llaves de la ciudad.

—¡Un hombre solo!

—Sí, se hace ó se muere; con lo demás no se alcanza otra cosa que perecer en un patíbulo y molestar á sus pobres compañeros.

—¡Si fuéramos siquiera mil hombres!

—Eso digo yo; si fuéramos mil hombres, tomaríamos la ciudad por asalto, y como fieros conquistadores... No he visto mujeres más bellas que las murcianas.

—Tienes razón; son deliciosas; ¡qué bien estaríamos entre ellas!

—Algo mejor que en las entrañas de las rocas.

—Quién sabe si aún podremos ir á la ciudad y demostrarlas que somos galantes y caballeros.

—Y que nos gustan todas, todas las que no son feas.

—Y requerirlas de amores, y al que se interponga...

—Un tajo, y adelante; pero noto que te entusiasmas, Osorio.

—¿Qué tiene de extraño? Las quiero tanto como tú; pero ahora es preciso ver, oir y callar, dejando al tiempo que mejore nuestra situación.

—Mucho tarda el capitán.

—Estará explorando el campo, en el cual daremos esta noche la batalla.

—¿Crees tú que habrá sangre?

—Por fuerza; Pérez está encerrado, entre él y nosotros hay además varios soldados, y para traérnoslo...

—Comprendo, y me alegro mucho. Esta vida apática y tenebrosa va dando fin de mi existencia.

—Y de la mía.

—Es decir, que empezamos esta noche, y Dios sabe cuándo y cómo acabaremos.

—Levántate.

—¿Te has cansado de estar de pie?

—No; es que creo distinguir al capitán.

—Buena vista, pardiez; yo no percibo más que árboles.

—Fíjate bien al extremo del camino.

—Ahora veo dos bultos. Vienen deprisa.

Sí; parecen dos frailes capuchinos; repara en la actitud humilde y modesta del capitán.

—Cierto; pero que le estorben el paso y le dejen tiempo para tirar de la espada, y el inocente peregrino dará fin de una docena.

Poco después se incorporó con ellos Navarro, y no viendo á nadie, les preguntó:

—¿Qué ocurre por aquí?

—Nada, capitán; tranquilidad completa y abandono como siempre. ¿Y en la ciudad?

—Allí hay de todo; seguidme, y en el castillo os enteraré.

Y continuó adelante; detrás iba Mendoza, luego Osorio y últimamente el soldado que acompañaba al primero. De este modo llegaron á la caverna y fueron descendiendo hasta entrar en el comedor.

—Retírate—dijo el capitán al soldado—y que nos sirva Pedro la comida.

Eran las cuatro de la tarde y aún no había almorzado ninguno de los cuatro. Navarro se quitó su sayal y lo arrojó al suelo en unión del sombrero y bordón; luego se sentó á la mesa, diciendo á sus oficiales:

—Comamos, y en cuanto anochezca daremos principio á nuestra terrible misión.

—¿Y Pérez?—le preguntaron los tres.

—Es cierto lo que refirió mi sirviente, y el infeliz se halla cargado de grillos y cadenas dentro del peor calabozo que tiene la carcel.

—¿Nos descubrirá?

—En su primera declaración ha dicho que era orihuelano y que heria á sus contrarios en propia defensa; eso sólo consiguieron arrancarle, sin embargo de los muchos medios que emplearon para averiguar la procedencia de un hombre, cuyo valor en la calle y entereza en el calabozo los tiene asustados.

—¡Bien por Pérez! Ya se conoce quiénes lo han educado.

—En la ciudad no se habla de otra cosa; suponen unos, que es individuo de una sociedad secreta que se está formando en Murcia; otros aseguran que es un caballero disfrazado de arriero, que vino de Valencia á conspirar contra el Adelantado; y hay, por último, quien le juzga un nuevo marqués de Villena, llegado aquí con intenciones siniestras.

—¿Lo salvaremos?

—O moriremos todos, si bien es probable que burlemos la vigilancia de las autoridades, y mañana esté Pérez entre nosotros, sin que se haya derramado sangre humana.

—¡De qué modo!

—Oidlo: en cuanto acabemos de comer nos raparemos las barbas; vos, Mendoza, Osorio, doce soldados y yo. Acto contínuo nos cubriremos con trajes del país, escondiendo cada uno su mejor daga y algunos cordeles, que acaso sean de mucha utilidad; luego partiremos los quince por diferente camino, reuniéndonos en el mesón *Nuevo*, que está junto á la carcel; y últimamente sorprenderemos la guardia ó lucharemos con ella hasta arrancarle el preso, y poder regresar con él al castillo. Ese es mi plan en extracto; ¿qué os parece?

—Muy bien—contestó Nuñez.—¿Y los demás, qué hacemos?

—Vosotros quedáis velando y dispuestos á defender nuestra retirada. De haber lucha y sangre, uno de los nuestros os avisará para que corráis en mi ayuda. Si por el contrario realizamos la sorpresa y podemos sin ruido alguno traernos á Pérez, se habrá ganado mucho conque nadie haya visto por aquí gente armada.

Navarro continuó enterando á sus compañeros de lo que debían hacer, les explicó hasta los menores detalles; y cuando hubo concluido de comer, entró en la sala de armas donde le esperaba la tropa lista á obedecerle.

—Muchachos—les dijo—vuestro compañero Pérez se halla cargado de cadenas y en un oscuro calabozo, por haber muerto y herido á varios, hallándose en servicio nuestro y por consiguiente, es indispensable salvarlo ó perecer todos. ¿Me seguiréis?

La tropa le contestó:

—¡Todos, todos! La muerte, ó la libertad de Pérez.

Uno añadió:

—¡En pos del capitán, á Murcia ó donde él disponga! Juro atravesar al que dude ó vacile.

—Todos, juramos lo mismo.

—Bien; por el pronto quiero que me acompañéis doce, quedando los restantes á las órdenes del teniente. Formad.

—Mi capitán, á mí; á mí.

Y todos pidieron ser elegidos.

—Eso no puede ser, y puesto que entre vosotros no hay un solo cobarde ni tímido, que la suerte decida los que me han de seguir; de este modo no tendreis queja ninguno. Mendoza, Osorio, escribid los nombres que saque uno de ellos doce, y los catorce esperadme en el comedor, en la forma que os he dicho antes.

Navarro marchó á su alcoba; y encontrando en ella á su criado le dijo:

—Cóbrete nuevamente con el traje de peregrino, y trae el mío de paleto; pero antes dame unas tijeras.

El capitán se cortó la barba cuanto le fué posible, terminando aquella operación Pedro con el objeto de que quedara con la igualdad posible. Luego se fué al comedor y escribió la siguiente carta:

«Mi querido Alberto: Un acontecimiento que no he »podido prever, me obliga á atropellar por todo esta »noche y en unión de unos cuantos de los que me obe- »decen, asaltar la carcel y arrancar un preso que no »debe permanecer allí. Si en la demanda muriese, te »nombro mi heredero, con la sola condición de que ad- »mitas á tu servicio al portador de este escrito; es va- »liente, leal, y paga con usura los beneficios que recibe »de su amo, pero como es posible que la suerte no »me niegue el triunfo, permite á mi criado que me »aguarde á la puerta de tu palacio, teniendo entorna- »do el postigo de la misma.

»Juzgo que el conde, mi amigo, continuará peor; »de todos modos dale la expresión de mi cariño.

»No puedes ayudarme, en la empresa de esta noche »ni sería, por otra parte, propio de un buen hijo aban- »donar á su moribundo padre.

»Adios, Alberto, hasta luego ó hasta la eternidad. »—Pedro Navarro.»

El capitán volvió á su alcoba y entregando al sirviente el anterior escrito, le dijo:

—Pedro, mi querido Pedro, es indispensable que nos separemos esta noche; sobre tu traje de peregrino ponte el mío; esconde debajo mi sombrero de hule, y une al tuyo mi bordon; acto continuo te diriges al palacio del conde de Santomera; le entregas esa carta, y haces lo que él te mande. Es preciso dejar á Pérez en libertad, y no puedes acompañarme. El peligro que corremos es posible arrostrarlo sin temor; pero no tenemos asegurada la vida y á veces donde menos uno cree... En fin has sido leal siempre, te estimo mucho, y por si la suerte nos separa, obedéceme y queda á las órdenes de mi prohijado Silva. Estrecha mi mano, y adios, hijo.

—No—contestó el criado con resolución— quiero morir á vuestro lado; y vos que sois tan bueno; no me negaréis esta gracia. Señor...

—No puede ser, Pedro, imposible. Necesito además que me prepares la retirada, permaneciendo hasta que yo regrese en el zaguan de Silva con el postigo entornado. Vete, que me estás haciendo sufrir. Espera; toma ese bolsillo lleno de oro; si no me ves más, para ti, si sucede lo contrario, me lo devuelves para que ingrese en el fondo común. Marcha, Pedro, no te detengas... Pero estrecha mi mano.

—¡Señor!...

Exclamó aquél con los ojos arrasados en llanto.

—Basta, hijo, basta; toma y parte.

El sirviente cogió el bolsillo, besó la mano de su amo y desapareció, regando el suelo con lágrimas.

Navarro se vistió con el traje de labriego que le había sacado Pedro; escondió en el pecho una hermosa daga, y calándose el sombrero, salió al comedor donde ya le estaban esperando los catorce que debían seguirle.

—Mendoza—exclamó—despedíos de Núñez y acompañado de cuatro, partid enseguida á Murcia por el camino recto para entrar por la puerta de Orihuela, y esperadme en el mesón *Nuevo*. Vos, don Alvaro, haced lo mismo, penetrando en la ciudad por la puerta *Nueva*; yo verificaré lo propio por la orilla izquierda de Segura.

Los tres abrazaron á Nuñez, y puesto cada uno al frente de cuatro soldados fueron desapareciendo, unos hacia Occidente, otros hacia el Norte y el capitán y sus cuatro soldados al Sur.

El teniente los despidió por última vez á la puerta de la caverna, y cuando hubo perdido el ruido de sus pisadas, alzó los ojos al cielo, y exhalando un suspiro, bajó la cabeza murmurando:

—¡Voto al demonio! Esta separación me parte el alma. No me importa morir, pero quisiera hacerlo cuando estuviésemos todos reunidos.

Quedaban en el castillo treinta y tres soldados y Núñez; éste mandó á los que estaban de centinela que dejasen abierta la boca de la rampa y descendiendo por ella aceleradamente, entró en la sala de armas gritando:

—Mi traje de guerra al momento, armaos todos y

arriba. Vivo. Cada uno su mosquete, espada, y además alabarda ó pica. Daos prisa. ¡Voto á Lucifer!

Entre dos soldados armaron á Núñez; lo verificaron ellos después, é inmediatamente se situaron en la caverna, aguardando el aviso de Navarro para caer sobre el enemigo con todo el coraje y valor de que eran capaces aquellos hombres. En estos instantes no hablaban, pero sus frentes estaban contraidas, era torva la mirada, y más que séres humanos, parecían en la actitud terribles leones que anhelaban el supremo instante de destruir á sus contrarios. Cada minuto que trascurría lo juzgaban una hora, por lo que se aumentaba la impaciencia y crecía el deseo, siendo lo peor que en tan terrible ansiedad tuvieron que permanecer inmóviles hasta después de la media noche.

Dejémosles para seguir á Navarro y á los que le acompañan.

Eran las ocho; la noche estaba fría, nublada y tan oscura, que no se distinguían los objetos á tres pasos de distancia; lo cual no fué causa para que nuestros osados comuneros dejasen de penetrar de cinco en cinco en el mesón *Nuevo*, situado en la plaza de San Francisco, frente al convento que lleva ese mismo nombre, y al lado de la cárcel vieja.

Reinaba en este sitio, como en el resto de la población, un profundo silencio; aún no existía la costumbre de alumbrar las calles, y nadie solia transitar á esa hora, por cuya razón aparecía envuelta entre las tinieblas de la noche la morisca ciudad.

Durante el día se comentó de mil modos el acontecimiento á que dió lugar el desmedido valor del arriero, pero á las ocho de la noche casi todos se hallaban

ya en sus casas, cenando unos, rezando otros, jugando los menos y preparándose á buscar el lecho los más.

Como no había nada que temer, y la noche estaba muy fría, los corchetes de servicio se hallaban en las casas consistoriales en torno de un inmenso brasero, combatiendo agradablemente los malos efectos de las heladas brisas.

Las autoridades, tranquilas por el presente, se retiraron también al hogar doméstico, con ánimo de consagrar aquellas primeras horas de la noche al cuidado de sus familias.

Y por último, gobernados y gobernadores estaban muy distantes de suponer ó de adivinar el acontecimiento que había de destruir de una manera completa la paz octaviana que residía en Murcia.

En la plaza de San Francisco no se veía otra luz que la de un farolito colgado junto al santo que se alzaba en el centro del pórtico del convento, y á cuyos pálidos reflejos solían percibirse algunas sombras de séres humanos que vagaban de un punto para otro con misterio y recato.

Sonaron las nueve y el acompasado ruido de veinte campanas interrumpió por algunos instantes el sepulcral silencio que envolvía á la ciudad. Era el toque de ánimas que avisaba á los murcianos la obligación que tenían de rogar por las almas en pena. Los ecos de aquellos tristes, pausados y lúgubres sonidos se perdieron, y volvió á quedar sumida la población en su anterior silencio.

De pronto se entreabrió la puerta del mesón *Nuevo*, apareciendo un labriego que volvió á cerrarla: anduvo veinte pasos y estornudó, quedando parado. Dos minu-

tos después se oyeron nuevas pisadas, presentándose un hombre, el cual saludó al paleto con humildad.

Eran el capitán Navarro y sargento Dávalos.

—¿Qué has hecho?—preguntó el primero al segundo.

—Reuní siete amigos de confianza, y desde las ocho estamos espiando los alrededores de la cárcel.

—¿Qué habeis notado?

—Nada de particular; sólo está despierto un centinela.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí.

—¿Qué fuerza guarda á los presos?

—Ocho hombres y un sargento.

—¿Y en el interior, qué empleados hay?

—El alcaide, dos llaveros y un mozo.

—¿Dormirán?

—Es probable.

—¿En qué sitio del edificio?

—El primero y el último encima del cuerpo de guardia; los dos restantes en un extremo tan lejano que no os estorbarán.

—Muy bien, sargento. ¿Viene contigo alguno que pueda representar á la autoridad sin que le conozcan los soldados?

—Sí, señor.

—Díle que se acerque á la puerta de la cárcel, y en cuanto yo llegue que se aproxime al ventanillo para que, al abrirlo el centinela, sólo vea su rostro. Cuando estemos dentro, que se una á vosotros, y continuad espiando. Si alguna ronda, fuerza armada ó gente cualquiera pretendiese entrar durante nuestra permanencia en las prisiones, dad la voz de *alerta* y estorbadles el

paso mientras bajamos. Si nadie llega y despachamos bien nuestro asunto, oiréis un silbido; en el mismo instante emprendéis la retirada, y á dormir. No caminéis despacio, porque si os cogen...

—Lo supongo; al escuchar la señal nos convertiremos en gamos.

—¿Pero si intentase alguno entrar?...

—Se les estorbará el paso á cuchillada limpia, y tan seguras, que de cada tajo morirá uno.

—Eso es; con tino, y siempre al costado izquierdo.

—Tomaré el consejo

—Antes prudencia, mucha prudencia...

—¿Como durante la hora que llevamos aquí?

—Exactamente.

—No tendréis queja de nosotros.

—Mañana vas á casa de mi tío, le pides más dinero, y pagas bien á tu gente.

—Lo haré así.

—Con esplendidez.

—Ya sabéis que no soy avaro.

—Sigue reclutando, Dávalos, que las circunstancias apremian.

—Tengo ya más de cien.

—Bueno. Demos principio á la sorpresa de esta noche. Adiós, Dávalos.

—El cielo defienda y guarde á mi capitán.

El sargento corrió de puntillas en busca de uno de los suyos, que situó pegado al ventanillo de la cárcel, mientras Navarro se acercó á la posada, estornudó dos veces y esperó. Un minuto más tarde fueron saliendo Mendoza, Oscrio y doce soldados restantes. El capitán les dijo:

—A mi lado, don Luis. Vosotros cogéos de las ma-

nas, y uno tras otro seguidnos sin hacer ruido. Ya sabéis, Mendoza, alargad el brazo derecho; coged al centinela por la garganta, prefiriendo ahogarlo á que hable.

—Descuidad, que no moverá los labios.

—Adelante.

Los quince anduvieron hasta llegar á la puerta de la cárcel, donde hallaron al enviado de Dávalos. Acto continuo dió un golpecito con los nudillos el capitán, exclamando:

—Abre á la autoridad, centinela; me acompañan mis subordinados, y no quiero que despiertes á nadie ni promuevas ruido. ¡Ay de tí si me desobedeces!

Un instante después apareció por el ventanillo el tostado rostro de un soldado, el cuál se fijó en el compañero de Dávalos; éste exclamó con tono imperativo:

—¡Listo!

—Al momento, señor.

Dijo el centinela amedrentado, creyendo que era efectivamente la autoridad.

—No metas ruido,—añadió Navarro.

—Obedezco—replicó el soldado, y entreabrió con todo el cuidado posible.

En el mismo instante se abalanzó á su cuello la mano de Mendoza; é imponiéndole con la izquierda que no hablara, continuó sujetándole mientras Navarro y los trece restantes penetraban en el cuerpo de guardia, viendo con placer dormidos al sargento y siete soldados restantes.

—Maniatadlos á todos—dijo el capitán á media voz —y si alguno resiste, ya sabéis, al corazón.

Y con su natural aplomo volvió á la puerta y la cerró, diciendo á Mendoza:

—Atadle bien; lo tendeis boca abajo, y esperad un poco junto á él, que ahora os relevarán.

El enviado de Dávalos se unió á éste, le enteró del éxito de la sorpresa, y formando dos grupos, cogieron en medio la entrada de la cárcel. Luego desnudaron las espadas y prosiguieron en actitud de defender palmo á palmo el terreno.

La noche continuaba fría, oscura y nebulosa; las autoridades seguían tranquilas y satisfechas, y los murcianos entregados al sosiego y quietud.

¿Se salvará Pérez? ¿Tendrá éxito aquella sorpresa tan hábil como estudiada?

Nuestros ex-comuneros reunen las tres cualidades indispensables al buen conspirador; esto es, valor, talento y reserva.

Sepamos si la suerte los ayuda, en cuyo caso lograrán su intento, pues de abandonarlos ésta, de nada les habrá servido usar con indisputable acierto las mencionadas cualidades.

CAPITULO VI

—

Sorpresa.—Asalto.—Aturdimiento.—Un valiente cargado de cadenas.—La libertad.—Retirada.—Momentos críticos.—Rebato.—Todo se ha ganado.

Sorprendidos el centinela, siete compañeros restantes y el sargento por quince hombres que imponían con el aliento, la mirada, actitud y fuerza, enmudecieron, y se dejaron atar y poner boca abajo sin atreverse á mover los labios, ni siquiera á respirar. Al abrir los ojos y encontrarse una terrible daga junto al pecho y el fuego de la mirada que se fijaba en ellos, se juzgaron cadáveres, y sólo al cabo de un minuto osaron balbucear tres ó cuatro:

—¡La vida, por caridad!

—La muerte segura—contestó Osorio—al que vuelva á expresar la menor frase.

Navarro los fué reconociendo uno por uno, exclamando después:

—Nueve hombres, daga en mano, junto á esas palomas, y la que se mueva clavádsela. Don Alvaro, quedaos aquí vigilando hasta que regresemos nosotros.

Y el capitán, Mendoza y tres soldados restantes bus-

caron la escalera que conducía á la alcaldía, subiendo con el mayor cuidado y silencio. Cerca ya de la puerta hizo seña el jefe comunero á los otros cuatro para que se detuviesen, y avanzó él solo hasta fijar el oido en la cerradura de aquella. El pobre alcaide hablaba en tales instantes con el mozo, sin sospechar lo que acontecía bajo sus pies, ni la tormenta que se agitaba cerca de sí.

—Es preciso—decía á su dependiente—no tener consideración alguna con los presos; todos los favores que pidan se les conceden con tal que los paguen bien; ya sabes el precio: un ducado á los pudientes y medio á los restantes. Tu viniste al mundo con el corazón muy blando, y has de saber que te corto el brazo derecho en el momento que vuelvas á desobedecerme. ¡Vaya un caudal que hemos sacado hoy; cien maravedís, cuando tenemos treinta y dos presos!

No pudo continuar; en el mismo instante se abrió la puerta, y aparecieron, primero Navarro y luego Mendoza y soldados. El alcaide y el mozo retrocedieron dos pasos y fueron á gritar; pero se hallaron el uno con la mano del alférez y el otro con la del capitán, que se enroscaron en sus gargantas sin compasión.

—¡Si hablas te mato!—dijo el primero.

—¡Si respiras te ahogo!—añadió el segundo.

—¡La vida!

—¡La vida!

—¡Silencio! Atad al alcaide; y tú coge las llaves del calabozo de Perez y lo necesario para soltarlo; ¡si tardas mueres!

—Voy al instante.

—¡Bellaco, sin hablar!

—Callaré.

El alcalde quedó sujeto como los del cuerpo de guardía y al cuidado de los tres soldados, mientras el capitan y el alférez seguían al mozo, el cual, después de coger varias llaves y un farol les hizo seña con la cabeza para que fueran con él. El infeliz temblaba de un modo extraordinario; estaba pálido; apenas veía, y hasta le faltaban las fuerzas para caminar; pero la mirada de Navarro le indicó lo peligroso que era detenerse y aceleró el paso, les hizo descender dos escaleras una de ellas estrecha y húmeda; cruzaron un pasillo, y en el centro de él se detuvo el mozo, preguntándoles:

—¿Puedo hablar?

—Sí. ¿Qué quieres?

—¿Ese Perez, fué un arriero?..

—¡Un demonio! Abre su calabozo.

—Este es, hé aquí la llave, porque á mí me tiembla el pulso.

—¡Trae, cobarde!

Y la cogió Mendoza, dejando acto continuo expedita la entrada. El carcelero dirigió el farol hacia la derecha, y los dos comuneros vieron á Perez, el que, á pesar de sus grillos y cadenas, de tener por lecho un poco de paja, y de esperarle muerte segura, se hallaba tranquilamente dormido. Sacaba del presente el único partido que podía, no importándole nada el porvenir.

Mendoza y Navarro se acercaron después de contemplarle con placer, lo movieron para que abriese los ojos.

—¡Perez! —le dijo el jigante—despierta y síguenos.

Aquél alzó la cabeza replicando bajo la presión todavía del sueño:

—Dejadme, dejadme descansar. Nada más puedo deciros, nada.

—Levántate, Pérez, que espera el capitán.

La última frase hizo volver en sí al preso; se pasó la mano por la cara, y reconociendo á Navarro, exclamó:

—¡Señor, por qué os exponéis! ¿Qué importa mi vida comparada con la vuestra y la de mi alférez?

—Levanta, hijo, levanta—añadió Navarro, y dirigiéndose á Mendoza continuó:—quitad los grillos y cadenas á ese infelíz. Despacha, carcelero.

Así lo hicieron, preguntando don Luis:

—¿Y ahora, capitán?

—Ahora aprisionad al mozo, y dejadle encerrado según está Pérez.

—Pero, señor, ¿qué hice yo?...

—¡Silencio, canalla!—le dijo Mendoza, y le cargó con los mismos grillos y cadenas que molestaron antes al supuesto arriero; éste cayó á los pies de Navarro, y besando su mano, le decía:

—Gracias, señor, muchas gracias; la vida que hoy me regaláis la perderé en defensa vuestra, os lo juro.

—Bien, hijo bien; pero salgamos de aquí. Cerrad la puerta. Don Luis, conservad las llaves de esta prisión, y partamos á la alcaidía.

Cuando lo hubieron efectuado, cruzaron los pasillos y subieron las escaleras que les separaban de la habitación del alcaide, sin prisa alguna, tranquilos, y sin el más leve asomo de aturdimiento.

—¿Cómo está ese hombre?

Preguntó Navarro á los que custodiaban á aquél.

—Temblando de miedo y perfectamente sujeto.

—Alcaide—le dijo el capitán—si te mueves ó gritas antes que vuelvan á desatarte, podrá costarte la vida. Hasta luego.

Y acercándose al oido de Mendoza, añadió:

—Cerrad también esta habitación y traeros la llave. Lo mismo hacéis con la de la puerta de la cárcel, las que, unidas á las de la prisión, depositáis en el Segura, procurando que las cubra el agua.

Y bajaron al cuerpo de guardia, donde hallaron á su gente y prisioneros en el mismo estado que los dejaron; minguno de éstos se había movido, ni aquellos abandonaron un solo instante su actitud amenazadora.

—¿Qué acontece, Osorio?—preguntó el capitán.

—Nada, esta gente no se parece á la nuestra—contestó el alférez.

—¿Y en la calle?

—Silencio y oscuridad completa.

Pérez saludó á don Alvaro; le estrecharon sus compañeros, y seguidamente dijo Navarro á los maniatados:

—Cuando podáis, soltáos y pedid auxilio. Al dar el parte ó postrer declaración, tened muy en cuenta que hemos entrado aquí quinientos hombres; de lo contrario os llamarán cobardes, y acaso os ahorquen. Mentid mucho, mucho; sólo de ese modo os perdonarán las consecuencias de una sorpresa que antes de poco pondrá en conmoción la ciudad. Ved que no traigo hombres, sino demonios perfectamente disfrazados.

Y dirigiéndose á los suyos, añadió:

—Salgamos.

Los dieciséis abandonaron por fin la cárcel, siendo el último Mendoza, el cual cerró la puerta por fuera, según le encargó Navarro, y uniendo la llave á las otras, las guardó para arrojarlas al río Segura, lo que verificó más tarde.

La noche seguía oscura, nebulosa, fría, y en un si-

lencio tan profundo que no se apercibía ni áun el choque de las brisas.

Agrupados los dieciseis comuneros á la puerta de la cárcel, silbó uno, y poco después oyeron el estrépito de una carrera y las voces de:

—¡Al barrio, al barrio!

Eran Dávalos y los suyos, que marchaban á la parroquia de San Juan, donde habitaban todos ellos.

—Esos ya se salvaron—dijo Navarro—ahora hacedlo vosotros. Cogéos de las manos y uno tras otro por la orilla del Segura, buscais la vega, luego el camino real, y con la rapidez posible os encerrais en el castillo. La oscuridad os proteje y la hora os ayuda. Esta gente se soltará pronto, y en breve nos perseguirán, lo que, unido á la impaciencia con que estarán nuestros compañeros, me obliga á recomendaros la conveniencia de que voleis. No cuidaros de mi criado ni de mí; seguid como antes, y no temais por nosotros, pues ambos quedamos en el palacio de Silva. Partid, hijos mios, y que el cielo os defienda y guie.

Los quince se despidieron de su capitán, é inmediatamente se pusieron en marcha en la forma y modo que aquél les había encargado.

El valiente Navarro, sólo y sin temor alguno se encaminó despacio hasta la morada de Alberto; pero á los doscientos pasos meditó en las consecuencias que iba á tener el atentado que concluía de realizar con tanto acierto como fortuna, y juzgó conveniente mandar recado á su tio para tranquilizarlo y que nada temiera en la futura alarma que creía próxima. En consecuencia aceleró su marcha, llegando al palacio con toda felicidad, cinco minutos después.

Sepamos ahora cómo desempeñó su criado el encargo que le dió, y qué era del conde, de su hijo y restantes moradores del alcazar.

El leal Pedro se ciñó dos espadas sobre su traje de peregrino; se puso el de Navarro; escondió el sombrero, y uniendo los dos bordones, con los ojos húmedos. el corazón comprimido y el pesar en su alma, salió del castillo y por senderos excusados atravesó la vega, entró en la ciudad y luego en el palacio de Santomera.

—Avisa á tu joven señor—dijo el escudero Pablo, que le había abierto—que tenga la bondad de bajar para enterarle de una misión secreta é importante que me ha confiado para él mi capitán.

Pablo movió la cabeza con disgusto, pero al fin subió, dando á su amo el recado.

En estos instantes concluía Alberto de escribir una carta que le dictó su moribundo padre; tenía pocas líneas, no obstante lo cual había tardado cerca de tres horas, efecto de la falta de fuerzas y hasta de voz del enfermo. El joven Silva presentaba el rostro encendido, ardiente la mirada y la frente plegada de arrugas. A la bondad y sentimientos innatos en él, se anteponían ahora la ira y el coraje. Las palabras que concluía de trazar le revelaron un secreto ignorado por él hasta entonces, y éste consiguió perturbar aquel privilegiado cerebro.

—Padre mío,—dijo con voz ronca y destemplada—haced un esfuerzo y firmad, yo os lo ruego.

El conde se incorporó ayudado y sostenido por su hijo, y aunque con gran dificultad, firmó y rubricó, volviendo á quedar sin sentido sobre la almohada. Se habían agotado sus fuerzas físicas y morales, y al caer sobre el lecho perdió hasta el oido y la voz.

Comprendido esto por Alberto, guardó la carta junto á su pecho; besó la frente del autor de sus días, y saliendo de allí dijo al escudero:

—Dame una linterna, Pablo. Ahora dí al sacerdote y médico que pueden pasar á la alcoba, áun cuando es inútil la presencia de ambos.

El joven, en el mismo estado que le hallamos, es decir, demostrando más coraje que bondad, más ira que dolor, llegó al zaguán, preguntando á Pedro:

—¡Qué acontece?

—Señor, tomad ese escrito que me encarga mi amo os entregue.

El futuro conde leyó dos veces la carta de Navarro á la luz de la linterna, exclamando por último:

—¡Sólo esta desgracia me faltaba! ¡En este instante no me es dado abandonar á mi padre, no; debo recoger su postrimer suspiro! Pedro, ¿sabes tú qué se propone tu señor esta noche?

—Sí; sorprender la cárcel y dejar en libertad á uno de los nuestros, que mató anteayer á un vendedor y á varios soldados.

—¿Era ese arriero?...

—Sí, señor, ese; Juan Pérez, compañero mio, y encargado de llevar las provisiones al castillo.

—Dice tu amo—añadió Silva reflexionando—que estás encargado de protegerle la retirada; de lo cual deduzco que se viene al palacio, y esto me prueba que va á anteponer la astucia á la fuerza. Bien hecho; le sobran capacidad y medios para realizar su intento sin comprometerse en la demanda. Quédate aquí; ten ese postigo entornado y aguarda. Adiós, Pedro, que está mi padre espirando.

Y subió, dejando al sirviente que entretuviera su impaciencia y males, dando paseos por el ancho y extenso zaguán del palacio. El leal criado interrumpía aquellos á cada momento para acercarse á la puerta y aplicar el oido. El leve roce ó el más insignificante ruido lo tomaba por carreras que daban en la calle, pareciéndole que cundía la alarma y estallaba una revolución: hombre que jamás temió por él, temblaba ahora como un cobarde ante la sola idea de que Navarro estaba en peligro y no podia defenderlo. En ocasiones dadas se mordía los nudillos, lanzaba votos, y en vez de pasear, corría por la entrada del palacio pretendiendo de este modo que el tiempo volara como su deseo.

—No se oye nada decía—calma horrible, oscuridad completa, silencio profundo; no hay motivo para el temblor que me abruma, y, sin embargo, me conmueve y agita el roce de un vestido y hasta el cantu del gallo.

En este instante sonaron las nueve, y seguidamente el toque de ánimas. Pedro se paró en medio del zaguán, y con el sombrero en la mano rezó tres *Padre nuestros*; pero lejos de aplicárselos á las almas en pena, rogaba con ellos por la vida de su capitán y porque Dios se lo trajese pronto.

Pedro tenía veintitres años, pero estaba al lado de Navarro desde que cumplió los quince, y le queria tanto ó más que á su padre.

Una hora después la impaciencia y el desasosiego del sirviente no tenían límites. De pronto oyó hablar, seguidamente el ruido de pisadas; y creyendo que sería su amo, de un salto llegó al postigo y lo abrió; pero bien pronto se convenció que eran los habitantes del palacio,

é inclinando la cabeza con sentimiento, cerró, retirándose á un extremo del zaguán.

Desde allí vió llegar á Pablo guiando con la luz de su linterna al sacerdote y al médico; el conde concluía de espirar, y ambos juzgaron inútil su permanencia en aquella morada. El escudero iba llorando como un niño, y Pedro no se atrevió á interrumpir su justificada aflicción, dejando que llegara y se retirase sin dirigirle una sola frase. Luego se aproximó á la escalera y aplicó el oido; pero sólo percibió los lamentos de los sirvientes, á los cuales siguió un continuado silencio.

—La muerte aquí—exclamó el soldado comunero—y en la ciudad... ¿qué acontece en la ciudad? Daría cuatro quintas partes de los años que me restan de vida porque me fuera permitido romper este sayal, tirar de la espada y correr á la puerta de la cárcel. Pero me es imposible; todo menos desobedecer á mi señor; soy su lebrel, y mi único sentimiento reconoce por causa el que no me haya permitido seguirle esta noche. ¡Maldición; el tiempo vuela y no viene! ¿Será ya la media noche? No; que los instantes me parecen horas, y éstas siglos.—Y volvió á aplicar el oído al postigo. permaneciendo así quince minutos. De pronto lo abrió asomando á su rostro una ráfaga de esperanza.

—Sí—exclamó—son sus pasos; los conozco muy bien; viene corriendo...—Y como faltándole el aliento, añadió:

—¡Bendito sea Dios!

—¿Qué dices?—preguntó Navarro entrando.

—Nada, señor, nada; que sin saber por qué, lloro como un chiquillo. ¿Llegáis bueno? ¿Se salvaron Pérez y restantes compañeros?

—Enjuga esas lágrimas, leal sirviente, y nada temas. Oye, es preciso que vayas en casa de mi tío, le enteres de lo acontecido, y te vuelvas, volando, volando, ¿lo entiendes?

—Sí, señor; iré á escape.

—La ciudad debe conmoverse muy pronto; saldrán la tropa, los corchetes, y prenderán al que encuentren por la calle.

—Qué importa; llevando yo espada...

—No es eso, hombre; conviene ante todo que no tengamos otra como la pasada.

—Bueno, señor; correré como el gamo.

—Eso es; le dices á mi tío que Pérez está en libertad y todos en salvo.

—¿Nada más?

—No. Tira esos cordones, y cuanto te estorbe, recógete el sayal y vé más ligero que el rayo.

—Pronto estoy aquí.

—Oye: si te detienen...

—Mataré.

—Como único recurso.

—Comprendo.

—Quiero decir que lo más conveniente es volar.

—Así lo haré.

—Adios, hijo.

—No estéis impaciente, señor; yo no soy Pérez ni olvidaré un solo instante la necesidad de regresar sin comprometer á mis jefes y compañeros.

Pedro arrojó los palos, el sayal, la espada y el sombrero que llevaba de su amo, y desapareció.

CAPITULO VII

Continúa la ansiedad.—La muerte.—Los de fuera y los de dentro del castillo.

Navarro cogió con calma los objetos que su criado concluía de arrojar y se los fué poniendo, enlornando luego el postigo.

—Perfectamente—exclamó—por fin se realizó mi plan como yo anhelaba, como convenía, y ya sólo me resta dar gracias al cielo por la protección que me ha dispensado esta noche. Pueden, no obstante, haberse soltado pronto aquellos malditos; dar parte, y acaso en estos momentos lo sabe la autoridad y dispone la prisión del desgraciado que anda por esas calles. La cárcel dista mucho de aquí, y aun cuando yo he venido á buen paso... pero no; mi criado es una liebre á la que no darán caza los galgos de Fajardo. Se recogerá hasta la cintura el endiablado sayal, y de cada salto dejará atrás un espacio de tres varas. ¡Se oye algo? Nada; sepulcral silencio; tinte negro y sombrío como el de un panteón á oscuras. ¡Bravo! Pronto habré logrado cambiar la faz

de este altivo pueblo trocando su sosiego en atronadora alarma.

Y comenzó á pasear en la forma que lo hizo anteriormente su criado; después añadió como reflexionando:

—En esta ciudad, tan combatida antes por moros, aragoneses y catalanes hay muchos valientes, y hasta sus deliciosas mujeres tienen un temple de alma especial. Podía sorprender á Fajardo, sublevar el pueblo y encastillarme aquí; pero en breve nos sitiarían los de Cartagena, Alicante, Orihuela, Alhama y Lorca, y aun cuando era difícil que entrasen, correría la sangre, y hermanos contra hermanos morirían sin compasión. No, lo mejor es el indulto, plantar en la bandera de mi alférez Mendoza el águila imperial, y pasearla triunfante por Europa ó por donde el César me ordene... Ya, pero si nos amnistían; si el Adelantado mayor me desconoce y nos ataca, entonces, *á Roma por todo*, y arranquemos con la espada lo que no puede el oro ni la razón.

Cesó de andar, y cruzando los brazos prosiguió:

—Van transcurridos quince minutos, y mi buen Pedro no regresa. ¿Le habrán cogido? ¡Vote al demonio! Escuchemos; la misma tranquilidad, idéntico sosiego. Vuela, valiente hijo mío, vuela y evita temores al que desprecia su vida, pero tiembla por la de cualquiera de vosotros. Es bueno tener en oficiales y soldados hijos que aman á su padre hasta dar por él la existencia; mas presenta también su contra; si no ¿á qué esta impaciencia, desasosiego y malestar?.. ¡Maldición! oigo carreras. ¡Sí, la caballería montó y anda por la ciudad! ¡Si se hallará aquí Pedro! En cuanto á los otros, ya estarán en el castillo ignorados de todos é invencibles entre sus

agrestes breñas. Pero ese Pedro... ¡Ah! Tocan á rebato. las campanas del Nazareno llaman á sus perros de presa en torno de la ignorante autoridad. Tocad, tocad, mercenarios de Fajardo, el león está en su madriguera, y allí no alcanzan vuestras garras. Promoved ruido, mucho estrépito; tanto como el horrible estridor del combate, y formaré duo con mi carcajada irónica y burlona; no iréis perdiendo mucho con esto, porque si sello los labios, tiro de la espada y llamo á mis valientes, entonces caeréis bajo mis plantas sin que os sirva de nada el tañir de los metales, las carreras del cuadrúpedo, ni el choque de vuestras armas arrastradas por el suelo.

Calló, y cruzándose de brazos meditó, exclamando:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Y me había olvidado de tí, mi bravo lebrel! ¡Oh! ¡Aquellos hábitos no le dejarán correr, y acaso en este momento le detienen, amarran, y... ¿y qué importa? Si prendéis á mi perro, yo os lo arrancaré, aun cuando tenga que pasar por encima de vosotros.

En este momento oyó Navarro voces en el piso principal del palacio; y se detuvo quedando pendiente de ellas. Más tarde distinguió perfectamente el acento de Alberto, que gritaba:

—¡Pablo, enjuga esas lágrimas y sígueme! ¡Mi espada, la tuya y corramos en busca de Navarro!

—Muy bien, hijo mío, muy bien; pero es tarde—dijo el capitán á media voz.

—Ponéos la cota, señor, coraza y casco—contestaba á Silva el escudero—con un traje de seda no os dejo salir; basta y sobra con la irreparable desgracia que acabamos de tener.

—¡Cobarde! Yo iré sólo.

Dijo el huérfano, cogió una espada de la armería y se precipitó por la escalera, yendo hasta sin gorra ni sombrero. En el zaguan había una linterna á cuyos pálidos reflejos distinguió el nuevo conde la figura del capitán que le abrió los brazos, diciendo:

—Gracias; eso y más esperaba de tí, pero es inútil.

Silva reconoció á Navarro, tiró la espada, y apoyando su hermosa cabeza sobre el pecho del fingido peregrino, dió rienda suelta á su amargo llanto.

—¡Ah! ¡Comprendo; murió tu padre; espiró mi noble y desgraciado amigo! ¡Todo sea por Dios!

—¡Sí, todo sea por Dios!—repitió el escudero que llegaba en aquel momento en la misma actitud que su amo y con ánimo de seguirle.

Navarro dejó caer su cabeza sobre la de Alberto que permanecía apoyado en su pecho. Pablo la inclinó también; y los tres lloraban la muerte del conde. Era un duelo semi-triste, semi-guerrero, establecido en el zaguan y aturdido con el toque de veinte ó más campanas, las carreras, el relincho de los caballos y el estrépito de las armas.

Así permanecieron hasta que vino á sacarlos de su angustioso estado un hombre parecido á fantasma, que entró por el aire y vino á caer enmedio del zaguan, exclamando:

—¡Todo se ha ganado! ¡Vencimos, capitán!

Era Pedro que penetró de un salto y rodó hecho una pelota, con sayal, chapinas y sombrero de hule. Pronto se puso en pié, y cerrando el postigo se dirigió á su amo, el cual soltó á Alberto para preguntarle con interés:

—¿Te persiguen?

—No sé: pude llegar á casa del conónigo, y aún cuando le demostré la prisa que tenía, no me dejó salir sin que le contestara antes á cien preguntas. Cuando me permitió escapar, lo verifiqué dando saltos como la liebre, según me encargásteis. Vi tropa, hachas encendidas y gente que se asomaba á los balcones; pero me abrieron paso creyéndome un demonio, y aquí me teneis sin otro contratiempo que la caida de antes.

—¿Te has lastimado?

—¡Quién piensa en eso!

—Navarro, amigo mío—preguntó Alberto—¿qué motiva ese ruido de campanas y la alarma que cunde do quier? Creí que eras tú la causa, más te encuentro aquí, y es de suponer que sea otro el motivo.

—Nada, casi nada, hijo mío, todo se reduce á que se ha escapado un preso contra la voluntad de las autoridades.

—Sí, mas ese cautivo era...

—Un pobre soldado, valiente, y el cual se halla ahora encastillado y libre de sus enemigos.

—¿Pero tanta alarma?

—No te extrañe; voló el pájaro, se han aturdido, y corren por las calles sin orden ni concierto. ¡Digo, donde estarán ya sus contrarios!

—¿Te quedas conmigo?

—Sí.

—Entonces sigue á Pablo, múdate de traje y velemos á mi difunto padre.

—No, Silva; el cadáver del conde no necesita que le riegue su hijo con más lágrimas. Pedro, tu escudero y restantes criados cuidarán de él; pasemos nosotros á otra estancia y hablemos del porvenir, ya que tan negro tenemos el presente.

El sirviente de Navarro guardó los disfraces de peregrino y se cubrió con un traje de Pablo, mientras el capitán se vestía con uno del difunto conde. Más tarde rodearon todos los criados el lecho mortuorio, amortajando después al cadáver, el cual permaneció velado por ellos.

Navarra y Silva se encerraron en otra habitación muy distante, diciendo el primero al segundo:

—En cuanto amanezca embalsamarán al difunto, y después se le dará tierra hasta tanto que concluyan las dos estátuas y urnas que mandó hacer mi tío, en cuyo instante serán depositados en las últimas los restos del conde y los de su esposa.

—Gracias, señor; no olvidaré nunca lo que estás haciendo por mí.

—Págamelo ahora, si algo vale, no afligiéndote tanto como lo verificas. Me ha costado un triunfo impedirte la entrada en la alcoba del muerto, y creo que hemos perdido, pues no era posible que estuvieses allí más angustiado.

—¡Ay, Navarro, le amaba tanto, y era tan desgraciado!

—Por la misma razón ganó con morirse, y siendo así, no debes llorar de ese modo; haz por distraerte. Oye, hijo, oye el estrépito que reina en la ciudad, y piensa en el apuro que hemos puesto quince infortunados proscritos al ejército y autoridades. ¿Te refiero el hecho?

—Lo que tú quieras.

Navarro siguió procurando aminorar la pena de Alberto sin separarse de su lado un solo instante. Dejémoslos, que pronto volveremos á hallarlos.

Sepamos ahora lo que fué de Pérez, catorce compañeros que le seguían y treinta y tres que esperaban en el castillo de Monteagudo.

Cogidos de las manos y uno tras otro, según digimos anteriormente, buscaron la orilla del Segura; arrojó Mendoza las llaves, y continuaron adelante hasta llegar á la vega. Luego giraron á la izquierda; á poco entraron en el camino real, y agarrados del brazo Osorio y Luis, y los restantes de dos en dos, prosiguieron sin detenerse, hablando poco y muy quedo.

Por fin distinguieron á Monteagudo; comenzaron á subir, siendo detenidos á los doscientos pasos por una voz que los dijo:

—¡Alto!

Y se pararon, fijándose en el sitio por donde oyeron aquella.

Al resplandor de varias mechas vieron perfectamente los mosquetes, armaduras y algunos rostros tan feroces como simpáticos para ellos.

—¡Dios y mi espada! – exclamaron Osorio y Mendoza, reconociendo á los suyos.

—¡Dios y Monteagudo!—contestó Núñez, preguntando con viveza.

—¿Viene Pérez?

—¡Pues no!—replicó don Luis—lo ibamos á dejar allí para simiente.

—Y el capitán!

—Ese y su criado quedan con Silva.

—¿Con que el triunfo fué completo?

—Como que lo ha dirigido Navarro, y lo llevamos á cabo nosotros.

—¿Sin sangre?

—¿Para qué la queríamos? Bebimos agua en el Segura, y no necesitábamos de otro líquido.

—Adelante, adelante todos.

—Sí—dijo Osorio—suprimid ese aparato guerrero, y vuelvan las cosas á su ser y estado; lo manda el capitán.

Los soldados que permanecieron en la fortaleza abrazaron á Pérez, y lejos de reprenderle ó encargarle prudencia, aplaudieron su conducta y le felicitaron con gran entusiasmo.

Seguidamente dejaron un centinela en la caverna, bajaron los demás, se cerró la trampa, los soldados pasaron á la sala de armas y los tres oficiales al comedor.

—La cena, muchachos, vivo, que traigo apetito—dijo Mendoza.

—Yo también—añadió Núñez pero ocurre que como estuvieron todos de servicio no tendrán nada preparado.

—Traed fiambres—replicó Osorio—ó disponed al momento lo qne haya; que el paseo nos excitó el hambre.—Y se sentaron en torno de la mesa, sirviéndoles al poco tiempo algunos trozos de carnero asado, una gallina que dejaron de comer por la tarde, naranjas, vino en abundancia y pan duro. Todo lo cual empezaron á comer nuestros guerreros con tanto apetito como satisfacción.

—Contadme—decía Lara, apurando el primer vaso de vino—cómo entrásteis en la cárcel, y qué hicisteis luego.

Mendoza le refirió el lance, y después de haberse tragado un cuarteron de carne, que trinchaba en aquel momento, añadió:

—Todo ello fué cuestión de media hora; de un susto grave para los soldados alcaide y mozo; de gran alegría

para nosotros, y de que tenga yo tan buen apetito: y mientras tiemblan las autoridades de Murcia, devoro un cuarto de arroba de este delicioso animal. Vino, muchachos, sólo hay agua en la mesa.

—Señor, ya va un azumbre.

—Pues trae dos más, anda. Decía, señores... ¿De qué hablábamos?

—Come y calla—contestó Osorio—matemos la necesidad, y luego comentaremos la historia. Yo esta noche ceno como cuatro.

—Es que sólo una vez nos sentamos en todo el día á la mesa, y apenas probamos bocado.

—Cierto, decía, señores—añadió Mendoza—que si todos los soldados de Fajardo son como los nueve que hallamos en la cárcel, no los trago yo así, así, como esta pechuga de gallina.

—¡Qué pedazos trinchas, Luis!

—Es natural, como soy grande no me gusta nada chico. Bien se portaron Dávalos y los suyos, ¿es verdad, Osorio?

—Déjame cenar.

—El pobre alcaide va á morir del susto.

—¿Y el mozo?

—Fué buena idea dejarlo en el puesto de Pérez.

—Cuando lo haya sabido Alberto, comprenderá que no sólo servimos en el campo de batalla.

—No estará el infeliz para cuidarse de nosotros; según me dijo el capitán esta tarde, debe morir el conde de un momento á otro.

—¿Qué harán las autoridades de Murcia en vista del asalto, toma de la cárcel y fuga de Pérez?

—Nos mandarán buscar; como no iremos nos llama-

rán por edictos, y antes de un mes ya nadie recordará el acontecimiento.

—Sí, pero durante el resto de la noche, mañana y algunos otros días, va á reinar en Murcia pavura y consternación.

—Bastante nos importa.

—Lo malo es si no podemos refrescar víveres.

—¿Y por qué? Se manda por ellos á los pueblos inmediatos.

—Es verdad.

—Se concluyó el pan y las viandas. ¿Qué hacemos ahora?

—Acostarnos como las noches anteriores y dormir tranquilamente.

La tropa cenó también, y poco á poco fueron desnudándose y buscando cada cual su mísero jergón.

Media hora más tarde todos reposaban con sosiego, sin más excepción que la del centinela situado en la caverna, el cual no podía ser relevado hasta el amanecer del siguiente día.

Ninguno de los que entraron en la cárcel se inmutó ni dió cabida al miedo, no obstante lo casi indefensos que iban; les dijo Navarro *adelante*, y lo mismo que penetraron allí lo hubieran hecho en el alcázar donde encerraba Fajardo trescientos hombres armados. Núñez Osorio y Mendoza recibieron brillante educación; pero los tres llegaron á connaturalizarse con el peligro, el insomnio, la molestia y el cansancio, y nada les asustaba ni veían superior á sus jigantescos esfuerzos. En cambio se acercaba la hora de comer, y si reinaba abundancia en la mesa, adquiere las fuerzas perdidas, buscaban el lecho y tardaban tanto en quedarse dormidos

como en cerrar los ojos: sus carnes de hierro no distinguían ya la pluma de la paja ni el hilo fino de la grosera estopa. Bien necesitaban acostumbrarse á lo malo, toda vez que lo pasado hasta entonces no era nada comparado con lo que les restaba que padecer.

Dejémoslos descansar, que pronto los hallaremos en situación más penosa que cuantas tuvieron hasta entonces.

El tío de Navarro sufrió terriblemente al saber que el arriero preso era uno de los soldados que obedecían á su sobrino; conocía demasiado á éste, y no dudó un momento en asegurar que el reo se salvaría ó su querido Pedro dejaría de existir. Asi es que, durante los dos días que precedieron á la evasión de Pérez, apenas comió; sus ojos no se cerraron ni hizo otra cosa que pasear por el despacho, exhalar suspiros y lanzar al cielo tristes miradas. Tenía fiebre, le dolía la cabeza, y hasta hubiera enfermado de gravedad si á las cuarenta y ocho horas no le dijese el criado de su sobrino: el preso está libre y al capitan no le amenaza peligro alguno. La noticia sanó instantáneamente al canónigo, bendijo al que se la llevaba y le regaló ocho ducados, que aquel no quiso admitir por sobrarle de todo, segun decia. Después de oir varias veces que Navarro se hallaba en el palacio de Santomera y que allí estaba seguro, permitió salir á Perez buscando inmediatamente la cama, sin que fuera motivo para que dejara de conciliar el sueño el toque de rebato y las carreras que percibía.

—Meted ruido—decía mientras se desnudaba—que el pájaro ya voló, y no es posible le deis caza; sabe él más que todos vosotros juntos; si no usase de la prudencia que tanto le recomiendo, ya habría dado fin del

Adelantado y de cuantos obedecen á éste; pero eso no conviene ínterin nos hallemos pendientes del indulto solicitado. ¡El indulto! Ya voy perdiendo la esperanza de conseguirlo.

Y se quedó dormido tambien, arrullado por el sonido de las campanas y por el relincho de los caballos.

Es indudable que Navarro y los leones que mandaba podían seguir bastante tiempo encerrados en Monteagudo sin ser descubiertos por las autoridades, ó mejor dicho, por Fajardo, único que anhelaba mandarlos ahorcar como á todos los que se unieron ó formaron parte de las comunidades. Para esto contribuia mucho la astucia y buen talento del capitan, el decidido apoyo que hallaba entre los comuneros de Murcia y el temor que inspiraba su sólo nombre, todo lo cual iba á ser apoyado con el genio, prudencia y sangre fría del nuevo conde de Santomera; pero fueron sitiados por la hipocresía más refinada, descubiertas por ella y enredadas en el lazo que les echó la traidora serpiente. Mas no adelantemos los acontecimientos.

Es preciso retroceder un poco, y volver á la cárcel y al instante mismo en que salieron de ella el capitan Navarro y sus quince afiliados, lo que haremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VIII

Los maniatados.—A la libertad sigue el pánico.—Mentiras de grueso calibre.—El Adelantado de Murcia D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez, y un jiboso aprovechado.

Más de diez minutos permanecieron el sargento y ocho soldados que guardaban la cárcel, como igualmente el alcaide, atados y segun los dejaron los excomuneros, sin atreverse á intentar nada. Transcurrido ese tiempo, volvió en sí el sobrecogido y asustando sargento, osando exclamar:

—¡Se han ido! Creo que nos dejaron por fin; suéltese el que pueda, rozad los cordeles contra algun objeto.

Y los ocho se arrastraron por el suelo, haciendo esfuerzos inauditos para romper sus ligaduras.

Pasaron cinco minutos más sin lograr ninguno el intento que deseaban. Por último, el que estuvo de centinela á la puerta, hubo de reparar en las ascuas que existian en un hornillo situado junto á él, quemó la cuerda, y consiguió verse libre. Después se hizo con una navaja, é instantáneamente soltó á sus compañeros.

En este instante oyeron gritos en el piso principal y

golpes que daba el alcaide, demandando socorro y protección.

El sargento y sus ocho soldados desenvainaron los aceros, corrieron á la alcaidía, descerrajaron la puerta, dejando en libertad al décimo maniatado. Reunidos allí se hicieron mil preguntas sobre lo que acababa de acontecerles, concluyendo por ver en parte aclarada la verdad de lo sucedido.

—¡Ha sido una traición horrible! cincuenta hombres armados nos sorprendieron, fingiéndose uno de ellos autoridad...

—¡Cien lo ménos, sargento!—dijo un soldado.

—Yo he contado ciento cincuenta—añadió otro—del enemigo el consejo, sargento.

—Pues decía, señores—continuó aquel—que entraron doscientos...

—Eso es, doscientos por lo ménos.

—Sucumbimos ante el número, nos ataron en unión del valeroso alcaide, concluyendo por llevarse á Perez; á ese maldito arriero, el cual pertenece, segun creíamos, á una lógia que debe existir en esta ciudad. ¿Convenimos en ello?

—Sí, sí—le contestaron todos.

—Entonces redactemos un parte cada uno, maese Juan. Así lo hicieron, y acto contínuo intentaron mandárselos al Adelantado y alcalde, pero al salir los dos soldados que los llevaban se hallaron con la puerta de la calle cerrada por fuera, siendo muy difícil, si no imposible, descerrajarla del mismo modo que la del alcaide, por la solidez y buena construcción de los hierros que la sujetaban. Aturdidos nuevamente, confusos y sin saber qué hacer, corrieron por los pasillos y prisiones del

edificio, acabando por abrir cada cual una ventana y desde allí á grandes voces pedir auxilio. De este modo lograron poner en alarma el barrio, y algo más tarde toda la ciudad. Los gritos de los soldados fueron repetidos por los vecinos, llegaron el alcalde, luego el Adelantado y demás autoridades de la población, y media hora después se tocaba á rebato, corrían la tropa y corchetes con órden de prender á cuantos encontraran en las calles, mandando se pusieran luces en balcones y ventanas.

A la vez se forzó la puerta de la cárcel, reconociéndose todas las prisiones. Sólo faltaba Perez, en cuyo puesto hallaron al carcelero, pero este acontecimiento unido á las declaraciones del sargento, soldados, alcaide y mozo, asustaron á los gobernantes de Murcia, haciéndoles temer por la tranquilidad del país. Resultaba de ellas, que la cárcel fué sorprendida por doscientos ó más hombres, y que estos eran militares, toda vez que había entre ellos su capitán y varios oficiales, segun oyeron decir á los mismos, los soldados y mozo de las prisiones.

En tal estado continuaron recorriendo la ciudad los corchetes y gente de armas; se hicieron varias prisiones, recayendo en hombres que eran sospechosos al Adelantado, y por último se dió parte de lo ocurrido, añadiendo algunas instrucciones reservadas á los alcaldes de Cartagena, Lorca, Alhama, Orihuela, Elche, Caravaca y otros pueblos importantes de los reinos de Murcia y Valencia.

En un principio todo fué conflicto, desórdenes y disposiciones que se apoyaban en las mentiras ó exageración, por lo ménos, de los sorprendidos en la cárcel; á esto siguió el pánico y luego las medidas fuertes que, si

nada bueno debían producir, lograron al menos el que fuese reemplazado Perez por sesenta ó setenta inocentes que ofrecían desconfianza á la autoridad superior.

Obrando así, trascurrió el resto de la noche y parte de la mañana siguiente sin haber averiguado otra cosa que lo que oyeron en un principio; esto es, la evasión de Perez á favor de un pequeño ejército de labriegos.

El valiente y terrible Adelantado se mordia los dedos; las demás autoridades temían, sus subordinados buscaban inútilmente, y cada uno de los habitantes de la ciudad comentaba el hecho, suponiendo ser víctimas de una vasta y horrible conjuración, que terminaría por convertir tan delicioso país en campo de batalla. Las mujeres temblaban, los débiles se escondian y los más bravos se agrupaban en torno del marqués de los Velez ó en el barrio de San Juan, donde esperaban cerca de Dávalos el momento de enarbolar una nueva bandera que los condujese al combate, pero unos y otros juzgaban sin razón, por el pronto al ménos, que la ciudad estaba amenazada de inminente peligro, que cada cual explicaba á su antojo.

Don Pedro Fajardo, marqués de los Velez y Adelantado mayor del reino de Murcia, era alto, grueso, tenía más de cincuenta años y unía á su innegable valor, carácter intransigente y una voluntad absoluta. Le otorgó la suerte riquezas y honores sin cuento, y su imaginación hubiera podido brillar, cursando las aulas parte del tiempo que empleó en los campos de batalla. Siempre en guerras, queriendo avasallarlo todo y ser el único que mandase en aquel reino, logró ofuscar su entendimiento, terminando por constituirse en buen soldado, mal jefe y peor gobernante.

En los primeros instantes del conflicto anterior montó en cólera, ansiando en su despecho hallar á Perez y defensores para llevar la cuestión á sangre y fuego, que era su fuerte. Pero como los soldados no encontraron con quien luchar, ninguno le dió razon de la existencia de los conspiradores, y la ciudad y comarca seguían tranquilas, se fué serenando poco á poco, abandonó las casas consistoriales y marchó al alcázar, donde almorzó tres horas después de lo que tenia de costumbre, encerrándose luego en su despacho. Sólo ya, y reflexionando consigo mismo, se dejó caer sobre un ancho sillón de baqueta, exclamando:

—Todo está sosegado, de lo cual deduzco que mis enemigos esconden el rostro, fraguan planes tenebrosos y esperan sólo el instante de la sorpresa y la victoria, que creen conseguir por medios arteros y ruines. ¡Cobardes! ¿Por qué no me llaman al campo? ¡Se recatan, minan la sociedad, preparan el combustible, y!... ¡Si los hallo, si me dan tiempo á desnudar la espada, maldición! La gente que han preso no pertenece á esa lógia ni son otra cosa que pobres aventureros, sin pasado, presente, ni futuro; los de Perez ya es otra cosa; esos supuestos arrieros, cuya existencia desconocí hasta anoche, son los únicos que me tienen fuera de mí. ¿Qué haré? ¿Cómo hallarlos? ¿Cómo obligarlos á que salgan al campo?

Y quedó meditando largo rato, presentando señales inequívocas al enojo y despecho que le abrumaban.

Media hora despues, añadió:

—Contra hombres que sólo se reunen entre las sombras de la noche, que maquinan en secreto y que hacen arma poderosa de la traición son inútiles el valor, la energia y hasta los soldados y corchetes. Dicen que para

la astucia su natural enemigo es la misma astucia. Si yo pudiera por medios ó manejos ocultos... Ninguno tan á propósito para el presente caso como el beneficiado Juan de Dios Bermúdez.

Y poniéndose en pié, comenzó á pasear, murmurando repetidas veces el nombre del sujeto que acababa de expresar. Despues movió un timbre y presentándose un paje, exclamó:

—Que venga inmediatamente el beneficiado Bermudez. No recibo á nadie hasta que ese haya salido.

Y tornó á sentarse, esperando con desasosiego la llegada del que concluía de llamar. Seguía impaciente; el enojo se retrataba en su faz, lanzando de vez en cuando miradas vagas unas veces, y sombrías otras. De este modo prosiguió hasta que, descorriéndose un tapiz oyó la voz del sirviente que anunciaba:

—Juan de Dios Bermudez.

—Que pase al momento.

Y se presentó en el umbral un hombre como de veintiocho años, bajo, contrahecho, de rostro y figura antipáticos, y en el que se veía retratada la más refinada hipocresía. Sereno, impávido y con dotes que el vulgo envidia, era Bermudez uno de esos desgraciados que, con sobrado talento, se encaminan á la maldad, conducidos por la pésima suerte que preside sus actos; pertenecía á familia oscura y tan pobre que únicamente le debía la existencia. Desde muy niño tuvo que ganarse el sustento, y fué siempre tan infortunado, que no pudo salir de la triste posición en que se hallaba, por falta de recursos materiales ó la protección de un magnate.

Sorprendido ahora con la inesperada órden del Adelantado mayor, se presentaba tranquílo, porque no había

nada capaz de conmover su corazon de roca, pero no se explicaba en verdad la entrevista que le pedia un poderoso señor que siempre habia desdeñado sus súplicas.

—Acercaos, Bermudez—le dijo el marqués con ademan afable;—sentaos frente á mí.

El beneficiado miró á Fajardo, sorprendido y sin acertar á creer lo que estaba oyendo.

—¡Qué me siente!—exclamó avanzando.

—Sí.

—¡En vuestra presencia!

—Sí.

Bermudez volvió á mirar con más sorpresa que nunca al Adelantado, se encogió de hombros, y arrellenándose en un sillon, añadió:

—Señor marqués, ya estais complacido.

—Quiero hablar con vos de un asunto muy grave.

—¡Conmigo! Perdonad mi embarazo; como siempre me habeis...

—Mirado con desden, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Y qué os extraña? ¡Sois tan pesado para pretender!

—¡Y vos tan sordo á mi débil voz!

—Podía variar la decoracion por completo.

—¿De qué modo?

—Dedicándoos á mi servicio en cuerpo y alma.

—Tan poco valen mi alma y mi cuerpo que cada vez os comprendo ménos, señor marqués.

—¿Quereis servirme con lealtad y el interés que necesito?

Bermudez meditó; y levantando luego la cabeza, preguntó con resolucion:

—¿Qué voy ganando?

—Lo que os hace falta.

—¿Qué me falta á mí?

—Oro y posicion.

—¡Ah!... Años hace que ando tras de la fortuna sin conseguir otra cosa que olvido y abandono: trabajé día y noche sin descanso; servi á otros de mucho; pedí, rogué, y desde el Adelantado mayor don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, hasta el último hidalgo de Murcia, todos, absolutamente todos, se burlaron de mis demandas, de mis súplicas. La joroba y fealdad con que el destino tuvo á bien favorecerme, contribuyeron poderosamente á que unos me desdeñasen y otros se rieran de mí; y el conjunto de todo esto eran las consecuencias del rigor con que me trataba esa maldita fortuna que vos me ofreceis ahora.

—Con ese relato triste y afligido no contestais á mi pregunta, señor beneficiado; y es lo peor, que estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Deducid de él, que cuando no me he arrojado al Segura, ó traté de acabar mis dias de otro modo cualquiera, claro es que continúo todavía en pos de esa fortuna que no pude lograr, y con la que vos me orindais tan espléndidamente.

—Señor Bermudez, hablemos con franqueza y sin ambajes ni rodeos. Un pariente mio os regaló el beneficio que disfrutais y, á querer vos, seriais ya sacerdote y nada os faltaría; pero vuestra ambicion no conoce límites, dejásteis de estudiar y os entreteneis en quejaros de la mala suerte, en vez de ocupar el tiempo en servir á Dios y á vos mismo.

—Señor marqués, es cierto que vuestro tio me con-

cedió el beneficio que disfruto; pero este sólo me produce cincuenta ducados al año, con los cuales no tengo suficiente para las necesidades de la vida. Por esta razon suspendí órdenes y estudios, pues llegó el caso de no tener para comprar ni un sólo libro.

—Cierto; más entrásteis al servicio de un hombre que hubiera hecho vuestra suerte, si vos, ménos hábil, astuto y aficionado á lo ajeno, os concretárais á demostrarle honradez, laboriosidad y talento. Vuestro antiguo señor tuvo la debilidad de arrancaros la máscara, y desde entónces empieza eso que llamais vuestra mala estrella. Todos sabemos que teneis ingenio, brillante imaginación y otras dotes no ménos recomendables; pero nadie ignora que sois malo, muy malo, casi perverso; de ahi nace la burla á vuestra joroba y el desden con que os tratamos.

—Señor marqués, si esa es vuestra opinión, si tan pobre concepto habeis formado de mí, estoy aquí demás.

—Todo lo contrario, Bermudez; porque os conozco, quiero daros la aplicación que mereceis.

—¡Ah!... ¿Luego pretendeis conducirme al mal?

—No, cuidado con volverme á faltar, si no por lo que yo merezco, al ménos por el peligro en que os hallais de ser ahorcado de una almena de mi palacio en el momento que se me antoje.

—No quise ofenderos; me concreté únicamente á sacar una deduccion que parecia lógica; perdonad si me he equivocado.

—Por tercera vez os pregunto si tratais ó no de obedecerme.

—Sepamos, señor, sepamos...

—Hay en Murcia, segun cuentan, hombres que

conspiran, y su intención, en mi concepto, no puede ser buena, Bermudez.

—Así lo creo yo tambien.

—Para gente que se oculta, cubre el rostro con hipócrita antifaz y maquina entre las sombras de la noche no sirve el guerrero que sólo aprendió á batirse á la clara luz del día.

—Ya empiezo á comprenderos, poderoso señor; perdonad que os haya interrumpido.

—A mí, como soldado, me es difícil hallar á los conjurados; pero como Adelantado mayor, puedo mandarlos agarrotar en el instante que un hombre sagaz, astuto, y de quien nadie sospecha, me enseñe el sitio ó punto de reunion de esa canalla.

—¿Para eso me habeis mandado llamar?

—Sí.

—¿Creeis que desempeñaré bien mi cometido?

—Dicen que sois hipócrita y tan hábil que admira vuestro ingenio.

—Nadie me hace caso en esta ciudad.

—Mejor; de ese modo podeis espiar sin infundir sospechas.

—Hallaré cerradas todas las puertas.

—Yo os daré una llave de oro que os facilitará seguramente la entrada.

—Si me descubren, un puñal homicida atravesará mi corazon.

—Si no sois torpe, prestareis un servicio importante al emperador, recibiendo en premio la recompensa á que os hagais acreedor.

—Eso depende de la exclusiva voluntad del Adelantado mayor.

—El marqués de los Velez jamás fué avaro, ni quiso para él lo que era de otro.

—Nos vamos á entender, señor don Pedro Fajardo, y sólo me resta rogaros que me hableis con la franqueza debida, sin ambajes ni rodeos.

—Luego me perteneceis.

—En cuerpo y alma.

—Al grano. ¿Conoceis la historia de ese arriero encarcelado ha cuatro dias por haber muerto á un vendedor y á varios soldados.

—Oí referir el hecho, pero ignoro quién es.

—Seguia en la cárcel hasta anoche que, segun declaraciones, fué sorprendida la guardia por doscientos hombres armados, llevándose al reo y sembrando el pánico en la tranquila ciudad de Murcia. Las autoridades pusimos en juego todos los concursos imaginables sin que hasta la fecha se haya podido averiguar la noticia más insignificante, relativa al reo y sus libertadores. Van trascurridas doce horas y es, á mi juicio, una prueba evidente de que el preso no era arriero ni sus defensores hombres del pueblo; lejos de eso, se sabe que entre los últimos iban un capitan y varios oficiales, y no perteneciendo á la guarnicion de esta ciudad claro es que son conspiradores, en cuyo caso nos hallamos amenazados de un cataclismo, que es preciso evitar á todo trance. A la astucia de los conjurados quiero oponer la vuestra; á su hipocresía la de Bermudez, que no tiene rival, y á sus intentos malévolos la cuchilla de la ley, que ya se alza sobre ellos sostenida por mi brazo. Esto es todo. Bermudez. ¿Qué decís?

—Nada; permitidme que reflexione.

—Hacedlo con calma; creo que mi eleccion es buena,

y no debeis extrañar que la mudable fortuna os empiece á sonreir desde hoy con tanto empeño como os abrumó hasta ahora.

El beneficiado nada contestó, siguiendo por el contrario mucho tiempo con las manos escondidas en los bolsillos, inclinada la cabeza y en actitud, en fin, de hallarse entregado á profunda meditación. Cuando hubo concluido, dijo á Fajardo:

—Quereis, en primer lugar que averigüe si hay conspiradores, que descubra su intento después y últimamente que se los entregue á vuestros soldados; ¿es eso?

—Si.

—Creo poder conseguirlo; pero es indispensable que el Adelantando mayor me ayude en todo lo que de él dependa.

—Es muy justa la demanda; concedida.

—Voy á constituirme en la única policía que ha de tener Murcia hasta que me releveis de ese cargo.

—Eso deseo.

—Entonces dad la órden para que inmediatamente pongan en libertad á cuantos habeis mandado prender esta noche por sospechas; que se retiren la gente armada y corchetes, y que vuelva la ciudad al mismo ser y estado en que se encontraba ayer á estas horas. Para justificar estas medidas fingid haber recibido un parte en el que se os asegura que Perez y sus libertadores componían una partida de bandoleros refugiada cerca de aquí, la que ha huido, internándose en el reino de Valencia. De este modo aparecen fuera de vuestra jurisdiccion, y vos quedais imposibilitado, por consiguiente, de hacer nada contra los que anoche promovieron la alarma.

—¿Qué os proponeis, Bermudez?

—Tranquilizar á los conjurados, si es que los hay, darles alas y evitar á la vez que los soldados y corchetes estorben la realizacion de mi idea.

—¡Luego teneis una idea!

—Si señor.

—¿Debo saberla?

—Es inútil.

—¿Podrá llevarse á cabo?

—Creo que si.

—¿Ofrece éxito?

—No lo dudo.

—¿Qué necesitais para realizarla con la brevedad posibles?

—Tiempo, dinero y una órden en vista de la cual me obedezcan todos vuestros subordinados, sean magnates, autoridades ó plebe.

—¿Qué tiempo pensais emplear?

—Lo ignoro, pero economizaré cuanto pueda; es un tesoro, del que seré avaro.

—¿Y dinero?

—Por el pronto cien ducados.

—En este bolsillo hallareis ciento veinte; dictad la órden; yo mismo la escribiré.

El jorobado exclamó:

—«Ordeno y mando que al portador del presente escrito se le obedezca como á mí, y se le facilite cuanto pida.»

Ahora la fecha y la firma.

—Lacónico estais, pero el salto no puede ser mayor.

—No os comprendo.

—Pardiez, con estas dos líneas sois por lo menos tanto como el Adelantado de Murcia.

—No os ha de pesar, señor marqués.

—Como gusteis, Bermudez; si obrais con lealtad y como conviene al emperador, hallareis espléndida recompensa; si sucede lo contrario, os mando colgar de una almeda y negocio concluido.

—Así lo he comprendido yo tambien.

—¿Y no temeis?

—Nada, en asunto en que juego la vida. Se que si venzo á los conjurados habré dejado de padecer infortunio y miseria, y que si ellos me descubren atravesarán mi corazon, con lo cual tambien ceso de sufrir; en ambos casos mi suerte se decide para siempre. Respecto de vos, señor Adelantado, ha tiempo que conozco lo terrible que sois en vuestros castigos, lo generoso y exacto en las ofertas; pero como yo nada tengo que ver con lo primero, sólo he pensado en lo segundo.

—Eso me prueba que sereis leal.

—Como un mastín.

—¿Astuto?

—Más que la serpiente.

—¿Ingenioso, hábil y enérgico?

—Como el deseo del Adelantado.

—¿Valiente?... Es preciso mucho valor, señor Bermudez, y temo que vuestra inclinacion al sacerdocio.

—Marqués, soy jorobado, bajo de estatura, deforme, que así le plugo al diablo mandarme á este valle de dolor: mas en cambio me otorgó un corazón tan fuerte como la roca, y un temple de alma... ya me conocereis, Don Pedro, y pronto cesarán vuestras sospechas.

—¡Bravo! no sois cobarde, y me complace la nueva.

—Teneis noticia señor, de algunos de mis hechos harto ruines, porque en el cenagal donde me movía no era

dable obrar de otro modo; pero no pudísteis comprender quién era ni lo que valía. Ahora ya es diferente; con este bolsillo y papel me elevo á otra esfera, y mis acciones en ella serán dignas de la ilimitada confianza que me dispensais. Os lo ofrezco solemnemente; antes de poco habeis de colmar de elogios al contrahecho de quien todos se burlan; al que sólo inspiró desden á los magnates y mofa á la plebe.

—Os voy ya conociendo, Bermudez; mas el tiempo vuela y la ocasión se retarda.

—Calma, señor marqués; tened un poco de paciencia, que nada se pierde en ello.

—¿Cuándo empezais á trabajar?

—Mañana ó pasado.

—¿Qué decís?

—Vuestros soldados y los corchetes buscan á los conspiradores, consiguiendo así que se escondan y recaten más, lo cual entorpece é imposibilita el desarrollo de mi idea.

—Antes de una hora desaparecerá ese inconveniente.

—La noticia, señor, la noticia de que Perez y los suyos son bandoleros, y que corren hacia el reino de Valencia, interesa más que todo; disponed que se divulgue, que se extienda por la ciudad.

—Al momento; empezad vos lo antes posible; me abruma contemplaros escondido en ese sillon, con calma...

—Que ha de aterrar á vuestros enemigos. Me levanto, y os pido permiso para retirarme.

—Partid, sí; no lo demoreis por más tiempo. Para vos estoy siempre en el alcázar.

—Antes no os hallábais nunca.

—Entonces, como entonces, y ahora...

—Comprendo; y sólo me resta recomendaros paciencia.

—Haré lo posible, pero...

—Confiad en mí, y que el cielo os guarde, señor marqués.

Y le volvió la espalda. El Adelantado le contestó, poniéndose en pié:

—A vos tambien, señor canónigo.

El jorobado se detuvo, y frente á frente otra vez, preguntó:

—¿Cuándo?

—Que os vayan tonsurando.

—Lo estoy ya.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Queda empeñada, siempre que me dejeis satisfecho con el desempeño de vuestra misión.

Y haciéndose mútua reverencia, desapareció el uno, volviendo á caer el otro sobre su sillon, murmurando:

—Vale mucho ese jorobado; mi eleccion no pudo ser más acertada.

Y se puso á escribir las órdenes en vista de las cuales debían retirarse la tropa, los corchetes y quedar la ciudad en su anterior calma. A la vez encargó á las restantes autoridades, y á todos sus amigos que esparcieran la noticia, relativa á los bandoleros, sin tregua ni descanso. El jorobado salió del palacio, y despues de atravesar varias calles vino á perderse en una estrecha, tortuosa y nada concurrida; luego entró en una casita que sólo tenía piso bajo, cerró por dentro, y lanzando una mirada en torno, exclamó:

—¡Hé ahí mi palacio y todo mi ajuar reducido á dos habitaciones oscuras, lóbregas y desmanteladas, una cama harto dura, dos sillas, mesa, tintero, papeles y un baul! Pronto, no obstante, saldré de esta guarida para subir á donde soñó mi deseo. Dicen que soy malo, y de ser así, mi maldad fué poco afortunada; doblaré la dósis y puede que varíe.

Luego meditó, volviendo á exclamar:

—Conspiran, sí; tiene razon el marqués; y los conjurados no pueden ser otros que esos peregrinos, con más trazas de militares disfrazados que de pecadores arrepentidos. Recuerdo ahora que están defendidos por el cabildo, y que suelen visitar al canónigo Navarro. No hay duda; su sobrino mandó un tercio en Villalar, y si no murió debe estar proscrito. ¡Oh! creo que he cogido el hilo que me llevará directamente á la trama. Tened paciencia, señor Adelantado, que de ser exacto mi cálculo no os he de hacer esperar mucho tiempo.

Y brilló en sus labios una sonrisa tan siniestra como terrible; más que ser humano parecía en estos instantes un fenómeno del reino animal.

CAPITULO IX

El huérfano y su amigo.—La maldad caminando á su fin.—De la humillación al poder.

Dejamos al capitan Navarro consolando á su prohijado Alberto y riendo á la vez del toque de rebato, las carreras de los soldados, el estrépito de las armas y todo aquel movimiento, en fin, tan inútil como agradable á los oídos de nuestro valiente jefe ex-comunero.

Poco despues entró el escudero, y dirigiéndose á su jóven amo, le dijo:

—Señor, la autoridad ha dispuesto que se saquen luces á los balcones; no han llamado al palacio, pero se oyen las voces que dan en los demás edificios.

—Buena idea, Pablo—contestó Navarro—alumbra á los de fuera y deja á oscuras á los de dentro; de este modo destruirán las tinieblas de las calles y se oscurecerá más el sitio en que se hallan los que andan buscando.

—¿Es decir que saco hachas de viento?

—Si—respondió Alberto.—Convencidos ya de que

este palacio está habitado por séres humanos y no por duendes, obedezcamos la órden de la autoridad en todo aquello que no se oponga á la conveniencia de mi padre adoptivo.

El criado salió con las lágrimas en los ojos, segun habia entrado, y Alberto y el capitán continuaron hablando del acontecimiento llevado á cabo horas antes.

Luego se ocuparon del entierro del conde, y últimamente del porvenir. La filosofía del jóven Silva aminoraba en parte la amargura consiguiente á la desgracia que concluía de sufrir, sin perjuicio de la cual exhalaba de vez en cuando tristes suspiros, sus hermosas megillas daban paso á un raudal de lágrimas, y nada era suficiente á ahuyentar la honda pena que sentía; en nuestro concepto, no hay ideas ni filosofía bastantes en el mundo para hacerle llevadera á un buen hijo la muerte del autor de sus dias. Suele conformarse, en la apariencia, porque no tiene otro remedio; pero ¡cuántas y cuantas veces oculta esa fingida resignacion, la melancolía, el abatimiento y la desesperación que siente el alma!

Los dos amigos pasaron la noche en vela mientras sus criados cuidaban del cadáver del conde. A las nueve de la mañana siguiente se presentó Dávalos, el cual fué encargado por Navarro de que embalsamaran al conde, de las honras fúnebres y de que lo depositasen luego en el panteon del palacio. Cerca de anochecer, volvió diciendo:

—Mi capitan, queda todo terminado; los restos del señor de Silva descansan junto á los de sus mayores, y en breve tendrán los sepulcros de los padres de D. Alberto dos magníficas estátuas, mejores que las de sus abuelos.

—¿En qué estado se halla la reparación del palacio?

—Avanza rápidamente, y creo poderos asegurar que en la presente semana la veremos concluida.

—Pronto es.

—Trabajan más de cien operarios, y los maestros me lo han prometido así.

—Perfectamente; que abrevien en lo posible, sin olvidar nada de lo puramente indispensable. ¿Qué se dice por la ciudad? Parece que está tranquila.

—De eso justamente quería hablaros ahora. Perez era un bandolero; sus libertadores el resto de la partida á que pertenecia, y todos ellos han huido, internándose por la sierra de Crevillente en el reino de Valencia.

—¡Jesús, qué disparate!

—No lo creais, mi capitan, es cierto; y en vista de la anterior noticia, que han hecho pública el Adelantado y demás autoridades, se ha puesto en libertad á cuantos prendieron anoche por sospechas: los soldados se retiraron, y los corchetes descansan en paz.

—¡Quién habrá inventado tan falsa noticia!

—Es un parte que ha recibido el marqués de los Velez de no sé qué pueblo. Conviene que todos crean eso, por lo que les ayudo á divulgarlo.

—Confiado es D. Pedro Fajardo.

Alberto que estaba presente y se habia contraido á ser mudo espectador del diálogo, exclamó de pronto:

—Tened cuidado con el marqués de los Velez, pues segun mis noticias, es valiente, enérgico, y no carece de imaginación: la confianza suya pudiera muy bien ser aparente, con ánimo de desarmar á sus enemigos y de improviso caer sobre ellos.

—Que busque, que busque—añadió Navarro—en

Monteagudo sólo encontrará las espinas de los higos chumbos y aquí al huérfano Silva é *inocente* Dávalos.

Nuestro ex comunero dictó desde el palacio de Silva algunas medidas que tendian á la mayor seguridad de los proscritos encerrados en el castillo, las cuales trasmitió por conducto de Pedro, consiguiendo de este modo no separarse un solo instante del afligido huérfano.

Seis dias despues terminaron la reparacion del palacio: se pagó á los maestros, quedando las puertas abiertas como lo estuvieron durante la opulencia de los Silvas. Acto contínuo se despidieron á los sirvientes admitidos para asistir al conde; siendo reemplazados por varios amigos de Dávalos, cuya lealtad era conocida del atrevido sargento.

Y por último, con objeto de distraer al nuevo conde, dispuso Navarro trasladarse con él y su criado á las entrañas de Monteagudo, entre Mendoza, D. Alvaro, Nuñez y restantes afiliados, gente toda alegre y dispuesta á entretener agradablemente á Alberto, lo que verificaron aquella misma noche sin incidente alguno desagradable.

En el palacio quedaron el escudero Pablo, el sargento Dávalos y diez subordinados de éste, tan útiles para el servicio doméstico como para empuñar un arma y combatir dia y noche sin otra bandera que aquella enarbolada por el sargento. Situado el palacio en el barrio de San Juan, con ámplias facultades Dávalos para reclutar hombres y tenerlos dispuestos á un acontecimiento que ignoraban y preveían, claro es que desde el dia siguiente al en que marcharon Silva y Navarro debia ser visitado el palacio por la gente más brava y apuesta del barrio. Soldados ex comuneros, sargentos

sin compañía y hombres todos aguerridos, entraban y salían en el restaurado é inmenso edificio, con la esperanza de conseguir en breve un sueldo y la segurida d de hallar á su disposicion á cualquier hora del dia, pan, magras, buen vino y un discurso guerrero y conmovedor pronunciado por el valiente sargento.

Mientras acontecía esto en el palacio, sepamos lo que intentaba el famoso jorobado Juan de Dios Bermudez.

Recordarán nuestros lectores que dejamos al beneficiado formando cálculos y discurriendo sobre la manera de dar con los conspiradores de Murcia para entregárselos al terrible Adelantado mayor. La culebra se preparaba á enroscarse en la garganta de su víctima, arrastrándose por el suelo y escondiendo su deforme y malvado sér.

Despues de meditar mucho tiempo, sacó un libro y le ojeó, exclamando con alegría:

—Mañana celebra su cumpleaños Don Antonio Navarro; y siendo este en mi concepto el tio y protector del jefe de los conspiradores, hallaré en su casa cuanto me hace falta. El canónigo es bondadoso en extremo; no tiene mucho talento, y las veces que he hablado con él me trató con dulzura y amabilidad; es indudable que en la presente ocasion me recibirá como de costumbre.

En este instante dieron un golpecito á la puerta asomando acto contínuo la demacrada faz de una mujer de cincuenta años, pobremente vestida, de rostro antipático y mirada recelosa é hipócrita.

—¿Se puede pasar?—preguntó.

—Adelante, Rita. ¿Qué me traes en esa cesta?

—La comida, señor Bermudez, acaban de dar las doce, y ya conoceis mi exactitud.

—¡La comida! ¿qué viandas ocultas bajo ese negro mantel?

—Lo de siempre; una sopa de ajo, pan, boquerones y agua de la acequia mayor.

—Rita, la suerte ha empezado á cansarse de clavarme su aguijon, y he concluido por consiguiente de comer pan desabrido y pescado añejo. Llévate esa cesta, y abriga la esperanza de constituirte en ama del mejor de los beneficiados.

—Todo se puede esperar de vuestro talento, señor Bermudez; pero en esta ocasión no os comprendo bien.

El jorobado sacó el bolsillo que le dió no há mucho don Pedro Fajardo, y cogiendo treinta ducados, añadió:

—Toma ese oro, compra un sillon de badana, añade á mi cama otro colchon y dame de comer en lo sucesivo como al difunto cura de San Andrés, tu antiguo señor. En breve tomaré una casa de mejores condiciones, y te vendrás á vivir conmigo; cuida hasta tanto de que reine en ésta aseo, por lo ménos, añadiendo á lo que te he dicho los muebles que juzgues indispensables.

—Ahora sí que lo entiendo. ¡Conque habeis mejorado!...

—Sí; pero todavía conviene ocultarlo.

—Siempre dije yo que vuestro talento no podia permanecer mucho tiempo oscurecido en esta mísera habitación.

—Adivinastes, Rita; mas te vuelvo á recomendar que selles los lábios y á nadie digas una palabra.

—Ya sabeis que soy reservada, os tengo suplidos todos mis ahorros, y que os quiero...

—Nada ignoro, nada; por eso te llevaré junto á mí, y al mejorar mi fortuna cambiará tu suerte. Marcha ahora, y ves preparando lo que te he encargado.

—¿Pero no toma usted nada?

—No; voy á salir; y comeré en la primera hostería que halle al paso.

—¿Y la cena, á qué hora?

—A las ocho.

—¿Dejo los muebles que voy á comprar en mi cuarto ó los traigo?

—Los colocas aquí; la llave te la echaré por la reja.

—Que sea enhorabuena, y hasta la noche.

Salió Rita, frotándose las manos y demostrando una alegría que no trataba de ocultar.

—Bermudez arregló algunos papeles, leyó luego por tercera vez la órden que le extendió el Adelantado y asomando á sus labios otra fatídica sonrisa, exclamó:

—Con este papel haré nulo el desmesurado valor de Navarro y el de todos los que le acompañan. ¡Si no me he equivocado, si fuesen ellos: ¡oh! si son ellos bajarán á la tumba, y yo, pobre contrahecho, despreciado de todos hasta ahora, me elevaré al sitio porque tanto soñé; y el veneno que me dieron á beber caerá gota á gota sobre los miserables que tan mal me trataron! ¡já! ¡já! ¡já!

Y soltando una carcajada que hubiera estremecido á séres más tímidos que los ex comuneros de Monteagudo, cerró la puerta de su casa, y comenzó á andar por la calle, llevando el rostro contraido y la mirada vaga y siniestra. Al pasar por delante de la morada de Rita, arrojó la llave de su casa por la ventana, y continnó su marcha, hasta pararse junto á una hostería, si-

tuada en la plaza de San Francisco. Despues de reconocerla exteriormente, penetró en ella, mandando que le sirvieran algunas viandas. El ave que comía, los manjares que devoraba, el aromático vino y los ricos postres que tenía delante excitaban su ingenio, promovían más y más su sed de oro y riquezas, llegando en consecuencia á su privilegiado cerebro ideas terribles, contra los que suponía enemigos de Fajardo.

—El Adelantado mayor—exclamaba—es cruel, inhumano con sus contrarios; pero espléndido, generoso con sus parciales, y esto último es lo único que me interesa. Conque mate á Navarro, á todos los que siguen á éste, y si le parece poco reviente él mismo despues que haya hecho mi suerte, maldito lo que perdemos el diablo ni yo. Puesto que el género humano sólo tiene para mí desprecio, ironía y sarcasmo, yo le devolveré únicamente ódio, rencor y saña. El verdadero goce para un hombre como yo es llevar al labio la sangrienta sonrisa que inspira su víctima en el instante que contrae el rostro, giran las órbitas, rige la musculatura y cierra los ojos para no volverlos á abrir, ¡Ja! ¡ja, ja! ¡Qué cuenta voy á dar de esos arrogantes militares!

Bermudez estaba sólo en una habitación pequeña, y sus carcajadas atrajeron al mozo, que le preguntó:

—¿Queríais algo?

—Sí: vino generoso para los postres y una copa de licor para concluir.

Salió aquel, y volviendo al poco tiempo con lo último que le pidieron, tornó á preguntar:

—¿Qué más deseais?

—La cuenta, y noticia de dónde podré comprar una daga ó puñal que me han encargado.

Algo más tarde pagaba el jiboso, y bien comido y bebido se dirigió en busca de un puñal agudo y largo, que escondió junto á su pecho, para no separarlo de allí, segun decía, hasta que hubieran espirado los que anhelaba perder.

Seguidamente penetró en la habitacion de una viuda muy rica, la cual deseaba ausentarse de Murcia, á cuyo fin hacía almoneda de todo cuanto le dejó el difunto. Bermudez invirtió más de dos horas en reconocer objeto por objeto hasta hallar un breviario forrado de terciopelo y con botones de oro.

—Hé aquí lo que yo buscaba—dijo—con este libro gano la estimacion de D. Antonio Navarro, tio del capitan; me abrirá su corazon, y sin saber lo que se hace, perderá benigno y paternal á su sobrino. ¡Oh! le conozco mucho, es frágil, y el agradecimiento lo atraerá á mí como al pájaro el aliento de la culebra.

Y lo compró efectivamente, saliendo de allí en direccion de la cárcel. Cuando llegó empezaba á anochecer. La órden que llevaba le franqueó todas las puertas, y diez minutos despues consiguió verse solo, encerrado y mano á mano con el alcaide.

—Maese Juan—le dijo—anoche dejásteis escapar á Perez, y la verdad es que os puede costar la vida vuestro abandono ó descuido.

—Imposible—contestó el interpelado—no resulta nada contra mí ni yo tuve la culpa de que nos sorprendieran á todos. Es un hecho que deploraré el resto de la vida, pues fuí la primera víctima; pero las consecuencias me tiene tranquilo.

—Mal pensado, alcaide; en virtud del poder que me otorga el papelito que he enseñado ántes, os voy á man-

dar encerrar en el peor calabozo y á sustituiros con otro que no se deje sorprender con tanta facilidad.

—Pero, señor, ¿qué delito he cometido yo; por qué causa se me atropella de ese modo?

—Es una razon de algunas averiguaciones que debo hacer y hasta tanto que se aclare la verdad; á no ser que, temiendo con fundamento el peligro en que se halla nuestra vida, contestáseis con exactitud á mis preguntas, y sin un ápice de la exageracion que resulta en vuestras declaraciones de anoche. En este caso, y teniendo en cuenta que yo nada voy á escribir, os ofrezco toda mi proteccion y apoyo; pero de lo contrario ¡ay de vos, maese Juan!

—No os entiendo, señor Juan Bermudez, pero me hallo dispuesto á cumplir vuestro deseo, puesto que representais á mi señor el Adelantado mayor de Murcia, y sois tan digno ..

—Gracias; mas os advierto que yo no obro de ligero, ni tengo la costumbre de dar oidos á lisonjas. Juzgo, ordeno, y al desgraciado que le toca morir no le guardo consideracion alguna. Mi corazon es duro, muy duro, maese Juan, y mi entendimiento claro, muy claro. ¿Notais la diferencia que existe entre el alcalde, el señor marqués de los Velez y éste su representante?

—La voy comprendiendo.

—Bien; en ese caso me dispongo á preguntaros.

—Y yo á relatar la verdad con toda exactitud.

—Veamos: ¿cuántos hombres entraron anoche en vuestra habitacion? Si os equivocais en uno, exponeis vuestra existencia.

—Cinco, señor cinco nada más.

—¿Quienes eran?

—Iban disfrazados, pero á uno le llamaban capitan, á otro Don Luis y los restantes parecían soldados.

—Hacedme el retrato de ellos.

El alcaide lo verificó tan detalladamente como le fué posible.

—Era Navarro—exclamó para sí el beneficiado—esas al ménos parecen sus señas, y en verdad que el hilo cogido sigue conduciéndome á la madeja.

Y añadio fuerte:

—Me consta, alcaide, que el sargento y soldados sorprendidos han exagerado al citar el número de hombres que penetraron anoche en la cárcel; y era natural, pues el soldado todo lo prefiere á pasar por cobarde. Vos ya es otra cosa; no sois militar y debeis darme la cifra con la mayor exactitud, porque de no hacerlo así...

—Señor Don Juan; creo, como vos, que han mentido, pero no estando yo abajo...

—Señor alcaide, las delaraciones están uniformes y contestes, y eso me prueba que antes de poneros de acuerdo habreis hablado de todo. No necesito el número exacto, me basta sí con que lo calculeis aproximadamente, fundada vuestra opinion en lo que oísteis á los individuos de la guardia en los primeros instantes que siguieron al fatal suceso. Notad que es la última pregunta, y si contestais bien os dejo como os hallé.

El alcaide meditó, replicando despues:

—Yo pienso y hasta me atrevía á asegurar que no pasaron de veinte; si bien juro por el alma de mi padre, que sólo ví cinco.

—Creo lo mismo, y nada tengo que hacer contra vos.

—Gracias, señor, muchas gracias.

—¿Cómo se llama el soldado que estaba de centinela?

—Santiago Renan.

—Maese Juan—dijo el jorobado poniéndose en pié—que nadie más que vos tenga noticia de esta entrevista, y podreis dormir tranquilo; de lo contrario...

—Callaré; os lo aseguro.

Y se despidieron, marchando el jiboso á su casa muy satisfecho del resultado de sus primeras investigaciones. Acto contínuo dirigió al Adelantado una carta concebida en los términos siguientes:

«No descanso, señor; confiad en mí que en breve »dejará cumplidos sus deseos, el más humilde de vues»tros servidores.—Juan de Dios.»

Mandó el escrito con Rita y cenó despues, buscando á las diez de la noche el sosiego y quietud del lecho. Apénas durmió, se sentía agitado y molesto: la conciencia se sublevaba contra su voluntad, y no obstante los gritos que le daba, repelía las ideas del bien para entregarse en brazos del mal, y á trueque de conseguir oro y posicion, nada le importaba confundirse en el cenagal del crimen.

—Poco he dormido esta noche—exclamó viendo lucir los rayos del sol—y consiste en la ansiedad, en el deseo que tengo de exterminar á Navarro y restantes que le siguen. ¡Oh, como dé con ellos, morirán todos ó se los entregaré atados al marqués de los Velez, para que él los destruya y aniquile! Morirán; vaya si morirán; basta con que hayan pertenecido á las comunidades de Castilla, para que el Adelantado dé fin de todos; á no ser que yo me anticipe, y por complacerle... Dieron las siete, y oigo á Rita que me trae el desayuno.

Y comenzó á vestirse para emprender de nuevo sus investigaciones.

Este malvado, como todo hombre criminal, sin conocer á Navarro ni á sus dignos compañeros, los odiaba ya, gozando con la sola idea de exterminarlos. No le habían hecho daño ni tenía malas noticias de ellos; léjos de eso los oyó citar siempre como modelos de hidalguía, valor y generosidad; pero con la muerte ó prision de todos debía él mejorar de fortuna, y en su criminal egoismo anhelaba elevarse sobre el pedestal de sus cadáveres. Corrompida el alma, endurecido el corazon y sordo á la voz de la conciencia, fraguaba planes, meditaba crímenes y se crispaba de gozo, trayendo á su imaginacion el desenlace de una intriga que le había de proporcionar un poco de oro y de posición social, á costa de la sangre de cincuenta y una víctimas, valiendo la peor más que él y el resto de su familia.

Era tan perverso, que le bastó el que unos cuantos murcianos desdeñasen sus súplicas y algunos otros se burlasen de la joroba, para odiar al género humano y hacerle todo el daño posible, cubierto siempre con su hipócrita antifaz.

Despues que se hubo desayunado se vistió con la ropa más decente que tenía, y guardando el precioso breviario que compró la tarde antes, marchó á casa del tio de Navarro, demostrando alegría y jovialidad extremadas: el canónigo, que era bondadoso en extremo, juzgó que le iba á pedir una limosna y se dispuso á recibirlo con la amabilidad y agrado innatos en su sér.

—Avanzad, Bermudez.—le dijo;—hoy celebro mi cumpleaños, y os agradezco la visita extraordinariamente.

—Gracias, señor Don Antonio—contestó el beneficiado;—os debo algunas atenciones y he querido ser el pri-

mero en saludaros en este día; por esa razon me he adelantado, y por lo mismo os ruego me dispenseis lo intempestivo de la hora.

—Habeis hecho bien, y la sola intencion os disculpa. Vuestra bolsa continuará vacía, y os será agradable que yo...

—No, señor; he mejorado de fortuna, y, gracias á Dios, nada me falta.

—Me alegro, hombre, me alegro. ¿Teneis colocacion?

—No la he querido; heredé, sí, á un pariente lejano y me proteje un poderoso señor, amigo del César.

—Cambio completo, Bermudez. ¿Qué pensais hacer?

—Acabar mi carrera; entraré luego en la Iglesia, y con el tiempo acaso os acompañe en el coro de la catedral.

—¡Bravo, amigo mio! vuestro talento os hace digno de un puesto elevado, y á poco que os ayuden...

—Gracias, señor, muchas gracias.

—¿Conque vuestra visita se contrae?...

—A felicitaros en este día, y á rogar encarecidamente á mi amado y respetable canónigo acepte con benevolencia esta débil prueba de mi cariño.

—Un libro, ¡preciosa alhaja! Veamos. ¿Dónde comprásteis este breviario?

—Es el mejor que existe en Murcia, y no he parado hasta conseguir su adquisición para tener hoy la incomparable dicha de ofrecérosle.

—¡Magnífica impresión, está encuadernado para príncipe, y los broches son de rey!

—No es tanto; vuestra bondad...

—Si, Bermudez: es el regalo más espléndido que recibí en mi vida.

—Con tal de que lo acepteis, no os contradigo aún cuando mi opinion sea diferente de la vuestra.

—Gracias; mas no sé cómo pagaros...

—Fácilmente, señor don Antonio.

—Hablad, ¿qué quereis de mí?

—Mucho, muchísimo; una honra que no tiene equivalente en la tierra.

—Si está en mi mano...

—Ya lo creo.

—Entonces, concedida. ¿Qué pretendeis?

—Vuestra amistad; obtener vuestro cariño.

—¿Nada más?

—¿Os parece poco? Pues para mí, hoy que tengo posicion y dinero, no hay nada más grande y aceptable que esas dos cosas.

—Soy vuestro amigo y os otorgo toda mi estimacion.

—¿Amistad, verdadera, íntima, leal?

—Se entiende, los Navarros jamás mentimos ni ofrecemos vanamente.

—En este caso yo me haré acreedor á ella, correspondiendo dignamente á tan señalada merced.

—Quedamos en eso, y hablemos de otra cosa si gustais. ¿Elegísteis ya padrino?

—Sí, señor; á vos.

—Os lo iba á proponer.

—Comprendiéndolo así, me he adelantado.

—Hicísteis bien.

La culebra continuó sitiando á su víctima hasta vencerla por completo; cuando salió de allí, quedaba el canónigo muy obligado, reconocido en extremo y ganado su corazon; pero ni una sola palabra le dirigió que tuviera relación con su sobrino.

—Muy bien—se dijo ya en la calle, caminando en dirección del alcázar—dejo esa puerta abierta y tendida la red que envolverá al capitán Navarro y á todos los suyos; ahora prosigamos nuestras averiguaciones.

Y entró en el palacio de D. Pedro Fajardo, haciéndose conducir á la presencia del capitan Almeda. Era este jefe militar un hombre alto, valiente y aguerrido; combatió contra los comuneros de Murcia los odiaba con toda su alma por los malos ratos que le dieron, y desde que desaparecieron las comunidades servía al Adelantado mayor del que era muy querido y hasta necesario. Su talento nadie lo envidiaba; perdió la conciencia en los campos de batalla, y hablaba muy poco; pero en cambio no tenía límites su osadía y era tan enérgico como el terrible señor á cuyas ordenes se hallaba.

Al ver entrar en su habitacion á Bermudez, sonrió con desden, exclamando:

—Ola, jorobado, ¿cuándo cantas misa? Este día tendrás que hacer uso de zancos.

—¿Os burlais, señor capitán?—le preguntó con gravedad.

—No, á fe mía, descendiente de Goliat. ¿Qué pretensión te trae aqui?

—La de haceros variar de todo, dándoos á la vez una leccion de urbanidad.

—Si te cojo de un brazo sales por esa ventana en direccion del Segura.

—Si yo os mando prender, me obedecerán desde el señor marqués de los Velez, hasta el último de sus vasallos.

—Te has vuelto loco, y era lo único que te faltaba, señor emperador.

—Veamos quién es de los dos el demente; leed ese escrito.

—Jiboso, me falta tiempo para seguir con bromas.

—Y á mí para continuar tolerando una burla que os puede costar mucho, señor capitan: leed ese escrito, y disponeos á obedecerme.

Almeda fué á coger del brazo al jorobado para echarlo de su habitación, pero vió la firma de Fajardo al pié de las líneas que le alargaba el beneficiado, y se detuvo aturdido y confuso. Entónces cogió el papel, retrocedió dos pasos, creciendo su asombro, concluyendo por devolvérselo.

—Dispensadme—dijo variando completamente de tono—la chanza que he gastado con vos. ¡Como no podía suponer!...

—Ya sabía yo señor Almeda, que vuestro mérito residía sólo en el brazo; y más de una vez he deplorado que un hombre tan fuerte presentara cabeza tan débil. Os perdono porque amais al marqués, odiais como yo á los comuneros, defendeis al emperador, vuestros enemigos son los mios, y porque en el campo de batalla sois tan útil como torpe é imprudente acabais de presentaros ante mí; ¡pero, guay, si no variais de opinión y en mi deformidad física veis sólo un defecto que no debe inspirar risa, sino lástima!

Y con la altanería de un jefe superior tomó asiento delante del escritorio de Almeda, añadiendo:

—Traedme inmediatamente al soldado que estaba de centinela antes de anoche en el momento que fué sorprendida la cárcel. Se llama Santiago Renan.

—Me encargais el oficio de un sargento.

—Así conviene al mejor servicio del emperador; obedeced sin réplica.

Almela vaciló; mas una altiva mirada del jorobado le obligó á bajar la vista, é instantáneamente salió de allí, volviendo al poco tiempo con el soldado á quien deseaba ver el jiboso. Este, empleando su talento, no escaseando las amenazas, y confundiendo por último á aquel, logró saber con toda exactitud cuanto ocurrió la noche de la sorpresa; el número exacto de hombres que libertaron á Perez y la confirmacion de cuanto habia dicho el alcaide. Despues se despidió de Almela con las siguientes frases:

—Nadie sabrá que he estado aquí, y áun cuando os he perdonado la burla, no me sería posible usar de clemencia si fuéseis capaz de comprometer el delicado asunto que me hallo desempeñando.

—No os he conocido, señor Bermudez, hasta hace poco, contad desde ahora con mi lealtad y reserva; y si aceptais mi amistad...

—Con mucho gusto; estrechad mi mano, y disponeos para una cacería que ha de entusiasmaros.

—¿Hay lobos en campaña?

—Sí, y de los que vos aborreceis más.

—Entonces son comuneros.

—Puede.

—¿Muchos?

—Bastantes.

—¿Daremos con ellos?

—De eso se trata.

—¿Serán jefes?

—Hay de todo.

—Disponed de mi espada.

—Cuento con ella.

—Pronto, señor Bermudez, pronto; esa canalla no merece tregua ni compasión.

—¿Con qué fuerzas contamos en Murcia.

—Trescientos hombres, los que, mandados por el Adelantado, bastan y sobran para todos los comuneros que escaparon de Villalar.

—No tardaremos en volvernos á ver. El cielo os guarde, señor capitan.

—Y á vos, Juan de Dios Bermudez.

Salió el jorobado y se retiró á su casa, en la que Rita le sirvió una abundante comida.

El resto del día le ocupó en averiguaciones, el siguiente volvió á visitar al canónigo Navarro, y así continuó cuatro días más, sin dejar de ver ninguno á Don Antonio, pero teniendo mucho cuidado de no mentar á su sobrino ni hablar nada que tuviera relacion con él, sin perjuicio de proseguir sus indagaciones fuera de la casa del canónigo.

Tenía coordinado su plan admirablemente, y no era hombre impaciente ni capaz de anticipar los acontecimientos con exposicion de éxito. Su calma y aplomo nacían del acierto y buen cálculo. En el capítulo siguiente veremos el resultado de la idea que se proponia realizar.

CAPÍTULO X

El malvado y su víctima.—Triunfo completo.—El leopardo y la serpiente.—Ultima averiguacion.

Era el sexto dia desde aquel en que Don Pedro Fajardo había encargado á Bermudez la terrible mision de averiguar el número y residencia de los conspiradores que suponia existir en la ciudad de Murcia. Nuestro jiboso tenia ya casi terminadas sus averiguaciones, y oyendo las ocho de la noche se retiró á su casa, con ánimo de cenar y buscar el descanso á las fatigas del día; pero halló á Rita en la puerta de su vivienda, impaciente y desasosegada, la cual exclamó al verle:

—¡Gracias á Dios que llegais! estaba en ascuas.

—¿Qué acontece?—preguntó Bermudez, con su invariable calma y tranquilidad.

—Cerca de anochecido estuvo á veros el secretario del señor marqués de los Velez; al oir que os hallábais ausente dió una patada en el suelo, echó un taco, y despues de mirarme de un modo imponente, me alargó esta carta diciendo: «Dásela al beneficiado en el mo-

mento que venga, y te advierto, que si alguno otro llega á abrirla ó tiene conocimiento de que yo he venido aquí, en el acto te mando cortar la lengua y las manos.»—Y lanzando otra maldición, desapareció calle abajo con más aire que su señor.

—Bueno; trae el papel, abre y enciende luz.

Cuando Rita le hubo obedecido, se sentó junto á la mesa, diciendo á aquella.

—Vé por la cena.

—¿Os escribe el Adelantado?

—¿Qué te importa á tí? Obedece.

—Ya se conoce que andais cerca de Don Pedro Fajardo, ¡Jesús qué genios!

—Bachillera, á tu casa.

—Voy, voy volando. Díme con quien andas y te diré quien eres.

El jorobado nada contestó, contrayéndose á leer la carta que le dejó el secretario de Fajardo, cuyo contenido era el siguiente:

«Bermudez: las seguridades que diariamente me »dais por escrito no me satisfacen, ha seis dias que es»toy esperando vanamente, y ya no me es posible »aguardar más. Venid al momento, y sepa yo de una »vez si servís ó no para el difícil encargo que tomás»teis sobre vos.—El marqués de los Velez.»

El beneficiado se encogió de hombros, y despues que hubo meditado un minuto, cogió papel y pluma, contestando:

«Mi desconfiado é impaciente señor: En breve queda»rán terminadas mis averiguaciones, segun os tengo »dicho, y entonces me cabrá la honra de visitaros. Por »lo mismo que el asunto es tan interesante como difícil,

»no debe atropellarse; cuando me halle ante vos os de»mostraré lo acertado de vuestra elección y el mucho »tiempo que he economizado. No os haré esperar mucho »tiempo; antes del medio dia de mañana vereis á vues»tro humilde servidor.—Juan de Dios Bermudez.»

Cerró la carta, puso el sobre, y viendo á Rita cerca de sí, la dijo:

—Deja la cena sobre la mesa que yo me la serviré; mientras, vas al alcázar, y que entreguen ese billete al señor Adelantado mayor.

Salió Rita, y el jiboso comenzó á cenar, sin cuidarse ya para nada de la terminante órden que acababa de recibir de Fajardo. Al concluir regresó su ama de gobierno y pasó hablando con ella hasta las diez, en que se acostó. Aquella noche durmió mal como las anteriores, agitado por el aguijon de la conciencia que le mortificaba cruelmente. Sordo, no obstante, á lo que le aconsejaban la razon y la prudencia, continuó firme en su idea, y en cuanto fué de dia se vistió, anheloso de desempeñar con energía, sagacidad y acierto su peligrosa mision de aquella mañana.

Cubierto con un traje que concluían de hacerle, esperó á que dieran las siete, en cuyo instante dijo:

—A esta hora se levanta el canónigo Navarro; me convidó á tomar chocolate con él, y la ocasión no puede ser más propicia. Voy á dar, pues, el gran asalto; si logro mi intento, la plaza será mia, y, ¡ay de Navarro, ay de sus parciales!

Y se dirigió acto contínuo á casa del tio ex comunero, el cual le recibió bondadoso y amable en extremo.

—Sentaos, amigo Bermudez—le dijo—tomaremos el desayuno juntos, segun convinimos ayer, y habla-

remos de los padres jesuitas. Veo que estais muy enterado de la última intriga de F'r. Juan, y quiero que me deis detalles. Os va á agradar mucho el chocolate que nos servirán; es regalo de un reverendo dominico, hombre de paladar delicado y exquisito gusto.

—Todo eso está muy bien, señor don Antonio—contestó el jorobado, preparándose á asaltar la plaza—pero es lo cierto que vuestra amistad no es tan grande y sincera como la mia.

—¿Por qué me decis eso, Bermudez?

—Me sobra razon.

—No os comprendo.

—¡Sabiendo lo que os estimo, lo apasionado que fuí siempre de vuestro valiente y elevado sobrino, guardar el secreto y no decirme ni una sola frase! No os lo perdonaré nunca, Navarro, jamás.

El canónigo reflexionó un momento, contestando:

—Explicaos, amigo mio; en verdad que no os he comprendido bien.

—¿Lo veis? Desconfiais de mi; dudais de mi amistad y cariño ¡ingrato! ¡tratar asi al que era capaz de exponer su vida por él!

Don Antonio cayó en el lazo; juzgó sinceras las exclamaciones del beneficiado, y se apresuró á decirle:

—¡Conque vos, sabeis!...

—Si.

—Ya; os habrá enterado su amigo Leonardo.

—Exactamente.

—Entonces, poco ó nada puedo añadir. Es cierto que no os hablé de él, y fué á consecuencia de no haber hallado ocasión; me distraen y agradan tanto esas intrigas y hechos que me referísteis, y lo relatais con colores tan

vivos que, oyéndoos, hasta de mi sobrino me olvidé. ¿No lo habeis visto?

—Creí reconocerle bajo un difraz de peregrino.

—Eso me prueba que lo tratásteis anteriormente.

—Si, en Valladolid. También me parece que lo he hallado una noche con traje de paleto,

—¡Cuando libró á Perez! ¿Conoceis el hecho?

—Perfectamente; me lo ha referido Leonardo.

—El pobre aguarda sólo á que le indulten, para volver á empuñar su invencible lanza, y defender al emperador.

—Creo, señor don Antonio, que entre tanto, se halla muy expuesto, pues me consta que lo sentenciaron á muerte. Rogadle en mi nombre que se guarde bien, porque Fajardo...

—No temais, amigo mio; donde él se esconde difícilmente llegarán los soldados del marqués.

—¿Qué sitio hay seguro para los espías del terrible don Pedro?

—Monteagudo, Bermudez, Monteagudo.

—¿Qué decis? ¡Estais delirando!

—No; hombre, no; os parece eso porque ignoráis que mi sobrino descubrió la entrada y la salida de esa inmensa mole ó castillo que todos suponen hueco, y que sólo uno de la generación presente se tomó la molestia de averiguarlo.

—Siendo así os doy la razon; mas se lo calló Leonardo.

—No os conoce tan á fondo como yo.

—Es verdad. Ahí está seguro, si los que le acompañan no cometen otra imprudencia como la de Perez.

—Ciertamente; más espero que no se repita.

—¿En qué estado se encuentra el indulto?

—Mal; el cardenal Adriano no me contesta, y temo que se niegue; ¡es tan avaro!

—Me extraña bastante que él tenga paciencia para esperar así; era más propio de su carácter meterse en la corte, y al frente de los suyos obligar á la regencia...

—¡Qué disparate! ¡con cincuenta hombres queríais que sitiara á Valladolid!

—¿Nada más tiene?

—Y sobran; si él estuviera sólo no temería yo tanto.

—Ahora comprendo por qué Leonardo me ocultó lo del castillo; conviene en consecuencia que nada le digais sobre la conversacion que acabamos de tener.

—¿Qué os proponeis?

—Ya os lo diré mas adelante; en esta ocasion me contraigo á rogaros me otorgueis esa gracia.

—Con mucho gusto.

—¿Os refiero la intriga?

—Si; llega el chocolate, y de ese modo lo tomaré con doble placer; hablad, amigo mio, hablad, que ya os escucho.

Valiéndose el jorobado de mentiras y medios todos repugnantes á una persona, siquiera regular, había conseguido que el tio vendiese, sin saberlo, á su sobrino, con lo cual debía perderlo irremisiblemente. El malvado no conocía á Leonardo ni hablo jamás con él; tampoco eran ciertas las intrigas que suponía entre jesuitas, franciscanos y demás comunidades religiosas, ni todo aquel embrollo conducía á otra cosa que á seducir y confiar al sencillo y bondadoso canónigo. Conducta tan artera y ruin pronto sería descubierta y conocida de D. Antonio Navarro; más el jiboso juzgaba con razon que antes de aclararse estarían perdidos los ex-

comuneres, su suerte echa, y le importaban bien poco el odio y anatemas del afligido tio. Fijó en tal idea, no era fácil que á un hombre de su ambición y perversa índole le detuvieran el descrédito suyo ni la indignacion de la gente honrada.

Mientras tomó el chocolate, y una hora despues, prosiguió mintiendo y adulando al canónigo; luego le dió un abrazo tan leal como *Judas*, y desapareció de allí, dejando encantado á D. Antonio con su talento, discreción y conocimiento de cuanto ocurría en la morisca ciudad.

—¡Bravo! —se decía, frotándose las manos y apretando el paso—sé cuanto me habia propuesto; tengo ya la madeja, y en pos vendrán el oro y posición. Van á morir los cincuenta; el Adelantado no perdonará á ninguno, estoy seguro; pero ¿á mi qué me importa, si no se hubieran hecho comuneros?... ¡Benditas comunidades! Sin ellas y sin Navarro y los suyos continuaría, qué sé yo el tiempo, en aquella cueva que tengo por casa, comiendo pescado podrido, pan negro y duro, y percibiendo el olor de vino á la distancia de dos varas. Pobreza, desprecio, risas, sarcasmo, todo, todo ha concluido ya; la sangre de los comuneros lavará la podredumbre que cubría mi posición. ¡Cincuenta víctimas! ¿Y á mí, qué me importan?

¡Miserable! ni un ápice de compasión tenía para aquellos valientes que tantas veces se habían sacrificado por su patria, y que tales rasgos de nobleza, generosidad é hidalguía se contaban de ellos! Lejos de eso, se crispaba de alegría, creyendo distinguir ya bajo sus plantas la charca de sangre de los héroes inmolados en el ara de su ambicion. Puede no obstante, que el genio

de Alberto ó la perspicacia de Navarro lo descubran, y entónces, ¡ay de la serpiente bajo la garra del leon!

Diez minutos despues se hallaban frente á frente el feroz leopardo y la maligna culebra, ó sean D. Pedro Fajardo y Juan de Dios Bermudez.

El primero recibió al otro con los brazos cruzados, demostrando en su semblante y actitud la impaciencia y el enojo.

—Buenos días, señor marqués—dijo el jorobado, con rostro risueño, no haciendo alto, al parecer, en el estado violento de Fajardo.

—Sois calmoso como un fraile; malo y sereno como vos; y si á tan buenas dotes unís la terpeza, nada os faltará para que os eleven á una de las almenas del alcázar.

—Todo eso está muy bien, señor Adelantado; pero no es razon para que me asuste ni haya dejado de cumplir mi cometido á medida de vuestro deseo y el mio.

—Pero hombre, tanto tiempo sin venir por aquí ni darme otra cosa que esperanzas.

—No es lo mismo buscar enemigos en el campo de batalla, donde basta alzar la vista para hallarlos, que ir á descubrirlos entre las entrañas de la tierra, adivinando antes su paradero.

—¿Según eso, dísteis con ellos?

—Puede.

—¿Los cogeremos á todos?

—Acaso.

—Contestad, por Dios, categóricamente.

—Pues bien; sé dónde están, quiénes son, y no es imposible que caigan en nuestras redes.

—Bravo, señor beneficiado; os perdono la impacien-

cia que he sufrido, y me doy la enhorabuena por mi acertada eleccion. Sentémonos, y dadme noticia exacta de vuestros descubrimientos.

—Parece que variais de tono.

—Es natural; acercaos más y no dilateis vuestro relato.

—Oidme: las declaraciones de los sorprendidos por los que salvaron á Perez son inexactas.

—¿Que decís?

—La verdad; solo entraron de quince á veinte hombres; y no podia ser otra cosa, toda vez que su número no pasa de cincuenta.

—¡Conque mintieron el alcaide y mis soldados!

—Era natural; entre los militares hay la invetera da costumbre de triplicar el número de los enemigos.

—¿Cómo pudísteis averiguarlo?

—Obligando á maese Juan y á uno de sus vasallos á que me dijeran la verdad.

—¿Con que no hay más que cincuenta?

—Por ahora esos sólos; mas si los dejásemos os darian que hacer: me consta que son muy valientes, tienen muchos amigos en Murcia y su influencia es grande.

—¿Los conozco yo?

—Probablemente. ¿Quién no oyó hablar del intrépido comunero D. Pedro Navarro y de los valientes de que siempre estuvo rodeado?

—¡Son comuneros!

—Todos.

—¡Maldicion sobre ellos! ¿Donde están, en qué sitio se esconden? Mostrádmelos pronto, y encomendad á Dios sus espíritus, si algún interés abrigais por esa canalla.

—Vuestra ira y enojo están justificados, señor marqués; me consta que los murcianos secuaces de Padilla os echarán de la ciudad, de la que salísteis á uña de caballo, dándoos luego muy malos ratos. Vuestra hoja de servicios en tan críticas circunstancias...

—No me lo recordeis, Bermudez; sellad los labios y corramos un velo sobre aquel terrible periodo de humillacion y de vergüenza.

Estos que hay en Murcia son de los que se hallaron en Villalar; pero en caso de apuro serian apoyados por los de aquí, y muy particularmente por los Manueles.

—¡Los Manueles! ¡Esa raza maldita que siempre estuvo en lucha con la mia! ¡Oh, los he de pulverizar á todos! ¿Son exactas vuestras noticias?

—Exactísimas; yo nunca obro de ligero, ni empleo la exageracion en mis relatos; eso se queda...

Basta, y al grano, Bermudez.

—¿He ganado el oro y la canongía?

—Si, todo lo que querais y pueda yo otorgaros.

—En ese caso os diré que Navarro y su gente se hallan encerrados en el castillo de Monteagudo.

—¿Os burlais, Juan de Dios?

—No, señor marqués; el capitan comunero residió en Murcia durante un periodo de su adolescencia, y cuentan que descubrió el secreto ignorado por todos; esto es, la entrada de esa mole que nadie cree maciza, y se fundan en que fué habitada por moros, romanos y fenicios.

—¡Cuentan, cuentan; para cuentos estamos!

—Pues bien; los comuneros conocen la entrada y salida de que os he hablado, y se esconden en el castillo; usan disfraces de peregrino y trajes de arriero; Perez

era uno de ellos, encargado de llevarles provisiones, y Navarro y sus oficiales son esos que, suponiéndose pecadores arrepentidos, llevan un largo sayal, esclavina con conchas, sombrero de hule, bordon, barba espesa y larga, y la vista inclinada al suelo. ¿No los habeis encontrado por las calles?

—Sí, y aún me denunciaron su presencia en la ciudad como gente sospechosa, pero los protege el cabildo y hasta responde de ellos.

—Es natural.

—¿Por qué?

—¿Ignorais, por ventura, que el canónigo don Antonio Navarro, hombre rico y de gran influencia en el reino, es tio y padre adoptivo del capitán comunero?

—Teneis razon, y veo señor beneficiado, que sois todo un hombre. Esperad un poco.

Fajardo se puso de pié, abrió un armario y estuvo revolviendo papeles, hasta que halló uno, el cual leyó con ansiedad y placer.

—En este parte—exclamó volviéndose á sentar—me decía el condestable que el capitán Navarro huyó de Villalar seguido de su compañía; añade que en el camino cogió un convoy que iba para él, y por cierto que la suma es de gran consideracion; y termina suponiendo que esa banda de comuneros intentaría embarcarse para el extrangero en las costas de Murcia ó de Valencia; pero da por hecho que eran lo menos doscientos hombres.

—Pues solo manda cincuenta; más se fundaría en el relato que le hicieron los cobardes que se dejaron arrebatar el convoy y claro es que estos triplicarian el número por la misma razon que los individuos de la

guardia sorprendida en la cárcel. Los militares, señor Adelantado mayor...

—Dejaos de sátiras, señor Bermudez; entre nosotros los hay que exageran, sin perjuicio de existir otros que diremos siempre la verdad, y que preferimos la muerte á ceder al enemígo el terreno ó el botin. Al grano, Bermudez, y van dos. ¿Cuándo y como podré coger á esos cincuenta miserables?

—Mi opinion es, señor Adelantado, que continueis tranquilo en el palacio, y me dejeis á mí que siga buscando la oportunidad de entregároslos muertos ó vivos.

—Eso es imposible; para averiguar su paradero, espiarlos y adquirir las noticias suficientes, nadie como vos; mas para combatirlos, exterminarlos y dejar de ellos el solo nombre, mis soldados y yo. Esta tarde ó mañana sitiaremos ese castillo, y uno á uno ó todos de una vez perecerán.

—Perdonad, señor marqués; pero segun mi opinión os sucederá lo contrario, y eso es justamente lo que yo quiero evitar. Navarro y la gente que le sigue son valientes hasta la temeridad; hábiles y prácticos como los más consumados guerreros; defienden sus vidas; unirán á su indomable brio el de la desesperación, y es posible, muy posible que, escondidos entre sus breñas, ó cubiertos con los muros del castillo, destruyan á vuestros soldados y á cuantos les mandeis después. Al encerrarse en Monteagudo previeron el presente caso, y claro es que con dinero, ingenio y amigos en la ciudad, se han ido proveyendo, en los muchos meses que llevan aquí, de toda clase de armas, municiones, víveres y cuanto han podido necesitar. Esperan un indulto que la regencia duda, tarda ó no quiere concederles, y en tan crítica

situación son capaces, si les atacais y os vencen, de sublevar la ciudad y luego el reino de Murcia. Recordad lo cerca que se hallan las comunidades de Orihuela, Elche y restantes poblaciones limítrofes, lo dispuesto que parece nuestro pueblo á secundarlas, y las terribles consecuencias que tendría el que al frente de ellas se pusiera un capitán tan bravo y experimentado como Pedro Navarro. Ya una vez os obligaron á salir de este recinto de un modo vergonzoso, por lo què debemos evitar á todo trance que vuelva á acontecer; no perdamos de vista el inminente peligro que nos cerca, y obremos con la prudencia y acierto que el paso requiere.

El Adelantado mayor meditó algunos instantes, replicando luego:

—Me asusta vuestro relato, y es lo peor que acaso hayais dicho la verdad: mas si yo he debido declinar mi poder en vos para simples averiguaciones, no quiero hacerlo en los momentos en que es preciso, combatir y vencer.

—¿Por qué?

—Bermudez, la guerra es sólo para el soldado, y vos no lo sois.

—Creí que me habíais conocido, y veo con sentimiento lo contrario. Yo puedo presentaros esos hombres muertos ó vivos sin consecuencia funesta, mientras que si vos los perseguís, es lo probable provoqueis una guerra civil, larga, sangrienta y dudosa. En mi concepto debeis entregármelos á mi ó llamarlos al alcázar y protegerlos hasta que consigan su indulto.

—Eso último, nunca; están sentenciados á muerte, y no me es posible dejar de cumplir tan justa condena;

los odio además, y anhelo el instante en que pueda dar fin de todos.

—Entonces confiadme su prisión y exterminio, y de este modo lograreis vuestro intento.

—¿Estais seguro de que será así?

—Es lo probable, y como yo no he de cometer ninguna imprudencia, aún en el caso de equivocarme y perecer á sus manos, os dejo en actitud de obrar luego segun juzgueis conveniente. Son cincuenta leones, señor marqués, y con esa clase de fieras hay que andarse con mucho cuidado. Si desconoceis ú olvidásteis las brillantes hojas de servicio del capitán Navarro, oficiales y soldados, recordad únicamente el valor, temeridad y entereza de Perez, y la facilidad con que unos cuantos de sus parciales se burlaron de vuestras precauciones y gente de armas, llevándoselo á Monteagudo sin que nadie les estorbara el paso, y esto sólo os probará quiénes son esos hombres.

Otra vez volvió á meditar Velez, concluyendo por decir:

—Por si lograis convencerme, enteradme de vuestro plan.

—Yo me concretaría á averiguar por mi mismo y del modo que acostumbro, esa entrada y salida del castillo, de que hace uso el enemigo; descubierta ya, acecharía ocasión en que se hallasen dormidos, y recurriendo entónces á los trescientos soldados vuestros, que tendría cerca de allí, los sorprenderíamos, matando al que se negara á llegar ante v s, sujeto con gruesos cordeles.

—La idea es buena: mas ¿y si os fuera imposible entrar ó sorprenderlos? gente tan avisada, segun decis, debe vivir alerta, y ni aún de noche dejará de vigilar.

—Es verdad, y tengo efectivamente previsto el caso: en el instante que me halle convencido de la imposibilidad de caer sobre ellos de improviso é inutilizarse la defensa, sitio el castillo á media noche, y sin que se puedan apercibir, por las bocas y grietas que hay en el monte, comienzo á arrojar combustible encendido, hasta ahogarlos á todos, ó huyendo de una muerte segura salgan y se me entregen sin condiciones. La idea es nueva, aterrará al mismo Navarro y es indudable que uno á uno ó diez á diez saldrán de su madriguera sin órden ni concierto para encontrarse con trescientss picas en campo raso, y ante las cuales no les quedará otro remedio que sucumbir.

—¡Qué pensamiento tan atrevido y horrible!—exclamó Fajardo, cubriéndose el rostro con las manos.

—Es el único que resuelve el problema, señor marqués.

—¿Creeis, por ventura, que si los citase al combate se negarian, siendo tan valientes?

—Positivamente.

—¿En qué os fundais?

—En que vos os presentarías con trescientos ó más hombres, y ellos son cincuenta únicamente.

—¿Y si fuesen con cien?

—Entónces os vencerian y todo se habria perdido.

—¿A mí? ¿Al conquistador de Lorca; al terror de los moros de Baza?

—Sí; os concedo intrepidez, arrojo y hasta inteligencia, pero Navarro es más práctico que vos; guerreó juntó á los primeros capitanes de Europa; se igualaba á ellos, y en la presente ocasion manda leones que miran en él un padre; al que obedecen con amor y entusiasmo,

y vos sólo teneis jefes y soldados mercenarios, á quienes asustará la sola presencia de los comuneros.

—¡Maldicion! todo eso es cierto y yo quiero exterminarlos. Me hicieron huir una vez, mancillaron mi nombre, destruyeron mi fama, y no me es dado abrigar un átomo de compasion para enemigos que tanto daño me causaron.

—Ceded, yo respondo que quedareis vengado y el emperador satisfecho.

—Vuestra idea, Bermudez, dará el resultado apetecido, pero tiene algo repugnante y ruin.

—Escrúpulos inocentes que os pueden perder, señor don Pedro Fajardo. Entre vosotros es permitida la sorpresa, el espionaje y los ardides de guerra.

—Yo aprendí á batirme cuerpo á cuerpo sin contar nunca el número de mis enemigos; y no sé pelear de otro modo.

—Esa es la razon de que os derrotáran una vez, y os hicieran huir otra...

—Basta, basta, maldito jorobado; no encendais más mi sangre ni me precipiteis con vuestra diabólica intencion.

—¿Qué hacemos?

—Matarlos, pero...

—No hay otro camino que cederme la dirección.

—Bermudez, que estais jugando vuestra cabeza.

—Ya lo sé; mas era pobre, me despreciaban y vivía saboreando el vil sarcasmo de los que no me conocían, y quiero perecer ó ser rico y tener posicion para que no se atreva ninguno á burlarse de mí. Con el oro cubriré mi joroba, y con mi talento y poder confundiré al osado que pretenda verla y ridiculizarla.

—¡Maldita bolsa, que el diablo os llenó de veneno!

—No me la he puesto yo; con ella vine al mundo, condenado á sufrir su carga un poco de tiempo, mientras viva nada más.

—Lo malo es que su ponzoña arrancará villanamente la vida á muchos seres.

—Perdonadlos, protejedlos y negocio concluido. Sois árbitro en este país y todo lo podeis.

—Sí, quiero que mueran, pero el modo...

—No hay medio, señor marqués, conozco al enemigo, puse en la balanza su poder, y no hallé otra cosa con qué inclinarla en nuestro favor.

—Acabemos de una vez. ¿Qué necesitais?

—Mil ducados y una órden para que Almela y sus soldados me obedezcan sin vacilar.

—¿Para qué quereis tanto dinero?

—Es la quinta parte de lo que debereis entregarme como precio á mis servicios, añadiendo además un beneficio mejor y más decente que el miserable que hoy disfruto, y luego la canongía ofrecida.

—Es decir, que quereis cinco mil ducados, una renta de quinientos anuales, y más adelante ser canónigo.

—Sí; pero hasta terminar mi obra sólo pretendo el quinto de los primeros y trescientos hombres.

—Me parece caro, Bermudez.

—Eso os pido por mi vida; si es mucho bajad lo que gusteis; mas tened en cuenta que os he de entregar el botin del enemigo, y no es difícil que os regale cuatro ó seis mil doblas entre dinero, armas y los restantes despojos.

—Siendo así, no es caro; tomad ahora quinientos, y al terminar os daré los restantes.

Y se los entregó en oro, uniendo una órden para que Almela y restantes jefes y soldados le obedecieran ciegamente. Despues le preguntó:

—¿Cuánto tiempo necesitais?

—No lo sé; es posible que muy poco; acaso un par de dias.

—¿Nos veremos á menudo?

—Sí, y me ofrezco además á daros conocimiento de cuanto medite y lleve á cabo.

—Si encontráseis otro medio mejor...

—No lo hay.

—Pues adelante, Bermudez, y que mueran todos.

—Cumpliré con entera exactitud la inapelable sentencia que acabais de pronunciar.

—Los que se entreguen...

—A esos vos los mandareis agarrotar. Hasta despues, señor Adelantado, ó hasta la eternidad.

—Valor, Bermudez, y no olvideis un momento la recompensa que os espera.

—Es sólo cuestion de suerte, gran señor; me sobra corazon, y el estímulo es suficiente. Si Dios no me abandona...

—El diablo querreis decir.

—Sea el demonio, con él os dejo y con él me marcho.

Y desapareció hundiendo en sus bolsillos el oro y la órden fatal que concluía de firmarle el Adelantado. Al principio anduvo muy de prisa; mas de pronto se paró, y despues que hubo reflexionado varios minutos, exclamó para sí:

—Debo empezar esta noche mismo, me falta sólo adquirir una noticia que no me atreví á preguntar á Don Antonio Navarro esta mañana, y con ella podré dar prin-

cipio al momento. Es preciso un esfuerzo y arrancársela á ese estúpido canónigo: unas cuantas mentiras más y sabré cuanto deseo.

Y acto continuo se dirigió á su casa, arregló un poco su traje semitalar, y cogiendo un texto latino, entró poco despues en la del buen canónigo, el cual le recibió sentado, afable y tan cariñoso como anteriormente.

—¿Qué traeis por aquí, Bermudez? —le preguntó.

—Acabo de saber una noticia, y no quiero presentarme en clase antes de participárosla.

—¿Es buena?

—Sí, y de no molestaros...

—Callad y haceos más favor; un hombre de vuestro talento agrada siempre con su conversación; jamás incomoda.

—Gracias. He oido que el emperador desembarcará pronto en Barcelona, y siendo así, el indulto del capitán Navarro está seguro.

—¿Por qué?

—El César es muy apasionado de los valientes; y si vos, persona tan digna, le mandais un emisario á la capital de Cataluña, es indudable que le otorga en el acto. Estad seguro, amigo mio, de que ha olvidado la rebelion de las comunidades, y de que llega dispuesto á perdonar á todo el que demande su clemencia.

—La noticia, Bermudez, me abre un camino, en el cual no habia pensado, y en verdad que os la agradezco extraordinariamente. Sentaos.

—Se acerca la hora de repaso, y ya que me es dado acabar mis estudios, quiero cantar misa lo antes posible.

—Bien hecho; contad con mi proteccion y padrinaje.

—No dejad de mandar hoy mismo el emisario.

—Mañana ha de salir de Murcia.

—Vuestro sobrino es un héroe; ¡tengo un deseo de estrecharlo entre mis brazos!

—Lo creo.

—El pobre pasará dia y noche escondido en las entrañas de ese monte castillo.

—Viene de continuo á la ciudad; pero ayer se despidió de mí, y segun dijo, no saldrá en mucho tiempo.

Era lo que pretendía saber el beneficiado; por consiguiente, se concretó á añadir.

—Reunidos allí los cincuenta harán más llevadero su cautiverio.

—Son cincuenta y uno con mi sobrino, y á excepcion de los dos que salen en las madrugadas á renovar víveres, todos están juntos, entretenidos unas veces en hablar, otras en asaltos que ejercitan sus fuerzas y aumentan la habilidad, cuando no comen, beben ó rien.

—Seguramente nuestros soldados se acostumbran á toda clase de penalidades, y nadie como ellos se sobrepone á las desgracias. Pronto, no obstante, los perdonará el emperador, y tendremos el gusto de abrazarlos. Me esperan, y es llegado el momento de partir. Hasta despues, señor canónigo; perdonadme si en vista de lo que me abstraen y ocupan mis nuevos estudios tardo en venir á visitaros.

—Sentiré no veros á menudo.

—Quedad con Dios, y no olvideis lo del emisario.

—Gracias; hoy le buscaré, entregándole una exposicion firmada por mí y por algunos otros eclesiásticos de mucho valer.

—Vuestro sobrino es un héroe;

Salió el jorobado muy satisfecho dejando á su víctima más todavía.

Por una casualidad prodigiosa dijo la verdad Bermudez en lo relativo al emperador, enseñando á Navarro un medio que podía dar en lo sucesivo el resultado que aquel no previó, y por otra casi providencial, no mentó el canónigo á Alberto de Silva, cuya circunstancia hizo que continuara descorocida para el jiboso la amistad del jóven conde con los ex-comuneros y su presencia en el castillo. Dos veces quiso manifestarle que la causa de no salir su sobrino en aquellos dias era debida á la estancia del huérfano entre los encastillados, y las dos le había interrumpido el jorobado, con lo que mejoró notablemente la causa de aquellos infelices proscritos, y hasta ganaron lo incalculable, como veremos más adelante.

En la completa ignorancia de ambas cosas, marchó el jorobado á su casa, y despues que hubo comido, buscó al capitán Almela, jefe de la fuerza que servía al Adelantado, y se encerró con él, demostrando gran satisfaccion y la creencia de que llevaría adelante su plan sin grandes dificultades y con éxito seguro.

Pronto sabremos si se ha equivocado ó no en sus terribles cálculos.

CAPÍTULO XI

El Héroe, el capitán y los cincuenta leones.—De cómo se puede vivir alegre en las entrañas de la tierra.—El postrer asalto —Anuncio fatal.—Relato cruel.—Todo se ha perdido.—Todo se puede ganar con un héroe.

Digimos que el palacio de Silva quedaba completamente restaurado y de guardas de él Pablo el escudero, Dávalos y algunos amigos de éste, en tanto que el capitán Navarro y el jóven conde llegaron al castillo de Monteagudo y se confundieron entre los cincuenta ex-comuneros, de quienes fueron recibidos con aplauso. No amenazaba ningún peligro; era indispensable distraer y consolar al huérfano, y comenzó á reinar entre ellos una alegría impropia del encierro y vida á que se habían condenado. Así es, que se comía mucho, se bebía más, menudeaban los tacos, la conversación se sazonaba con epígramas, chistes, agudezas, y la verdad es que en nada se conocía, oyéndoles, el cautiverio impuesto por la suerte. La brillante imaginación de Navarro, el talento de Nuñez, la sagacidad, la astucia y buen criterio de Osorio, y el natural despejo de Mendoza, facilitaron á Alberto una sociedad agradable y simpática; veía en los corazones de sus amigos nobleza

é hidalguía, rectitud en ideas, y áun cuando no eran perfectos, ni abarcaban lo que su elevado ingenio, los juzgaba dignos de él, bendiciendo á la Providencia que se había dignado rodearle de amigos tan leales y caballeros. No obstante lo reciente de la muerte de su padre, asomaba de contínuo á sus labios una sonrisa tan pálida como su hermoso y varonil semblante. Cuando sus compañeros le animaban, excitándole á que hablara mucho, riese y comiera, les contestaba con voz que parecia herir las fibras del corazon de aquellos leones.

—No, amigos mios; seré siempre sóbrio en la mesa; escaso de palabras en la sociedad, y muy tardo en lanzar una carcajada; la causa os la explicará el tiempo; pero que esto en nada amengüe vuestra alegría. Reid, amigos, reid; ¡dichoso aquel que como vosotros se sobrepone á las calamidades que le abruman! Yo intento que penetre mi vista por entre el azul del cielo, y las cavidades de la tierra; quiero abarcar tanto, que llego á lo imposible y me vuelvo con un desengaño que me abruma y consume. El mundo es para vosotros, nobles compañeros mios, que os fijais en el presente, desdeñais el pasado y no os cuidais del porvenir. No inclineis la frente; bebed; hé aquí mi copa: ¡A vuestra salud! ¡A la del emperador! ¡A la grandeza y prosperidad de mi patria!

Todos bebieron; Mendoza llenó otra y lo alzó, exclamando:

—¡Quiera el cielo que el capitan don Pedro Navarro, en uso del derecho de conquista, nombre Adelantado mayor de Murcia á mi querido amigo el conde de Santomera!

Una carcajada siguió á las frases del atleta don Luis. Osorio entonces, á imitacion de los anteriores, gritó:

—¡A la salud de los valientes que en breve, defendiendo su vida, destruirán á cuantos enemigos osen aproximarse á este castillo!

Lara se levantó tambien, y añadió.

—¡La guerra está cerca; el instante fatal se aproxima; brindo por la guerra; anhelo la guerra; el peor enemigo del soldado es la paz!

Navarro miró á sus tres oficiales, preguntándoles luego:

—¿Quereis decirme si os inspira el licor tan terribles vaticinios?

—¿Por qué han de ser terribles?—dijo Mendoza.—Los tres hemos soñado esta noche que nos atacaban y que peleábamos como nosotros lo hacemos. Yo blandía una maza; de cada golpe derribaba uno, y estuve descargándola sin cesar tres horas. Poco más ó ménos refería lo mismo Alvaro é igual Nuñez. Soñar los tres una misma cosa, vaticinio cumplido.

—Es raro—añadió Navarro.

—No lo creais. El Adelantado nos odia; los suyos nos buscarán, y lo probable es que nos descubran. Lo deseo tanto como dar una leccion á esos cobardes. Mi amigo Lara tiene razon; la paz es el gusano roedor de la existencia del soldado. El campo de batalla, la lucha, en pos el triunfo, luego el saco, el botin, la alegría con que nos acoge el patron, la... La satisfacción, el placer de la patrona, y otras muchas cosas que sería prolijo relatar, forman la delicia del guerrero.

—Pues si vuestro sueño sale cierto—dijo el capitan, —que vengan cuando quieran.

—¿Vamos á buscarlos?

—¡Qué bien estaríamos entre las murcianas!

—¡Oh, que son muy amables!

—Hijas, brindo por vosotras; tened un poco de paciencia, que cuando podamos...

—Eso es, cuando podamos...

Y continuaron su brindis, bromas y algazara.

Alberto los oia con gusto, y comprendiendo que se esforzaban por complacerle, tambien él se violentaba para participar, si no de la alegría de sus compañeros, siquiera de la broma á que parecían entregados. Su blanca epidermis, aristocráticos modales, sosiego é incomparable belleza, formaban un contraste notable entre aquellos rostros ennegrecidos en el campo de batalla, ademanes guerreros, briosas posturas y arrogancia sin igual; mas todo palidecia ante la mirada del jóven huérfano. Cuando éste hablaba con calor, llegaba á su mente alguna idea siniestra, parecían dilatarse sus ojos, su semblante se encendía, abrasaba la mirada imponiendo de un modo indescriptible. En su frente entónces, habia tal majestad, altivez y grandeza que aterraba al más osado y valiente. Cuando por el contrario aparecía tranquilo, sonreia ó miraba con afecto, un tinte de bondad cubría su sér, haciéndole simpático, agradable, sublime. Pero de un modo y de otro dominaba siempre, y era el primero en talento, sabiduría y hermosura.

Los comuneros de Monteagudo, que no supieron jamás adular á nadie, elogiaban á Silva, se inclinaban ante él é instintivamente reconocían la superioridad que en breve debía demostrar en los campos de batalla, en la corte y en cuantos acontecimientos tomara parte,

caso de que el beneficiado Bermudez no pudiera llevar adelante su terrible y sangriento plan.

Cogidos del brazo Alberto y Navarro, practicaron un escrupuloso reconocimiento en la tropa, las armas, municiones, víveres y demás que existian en el castillo, hallándolo todo en el mejor estado. Silva emitía su opinion á cada momento, y más que un soldado novel parecía un capitan experimentado; le bastaba un solo golpe de vista para comprender lo que necesitaba.

—Hijo—le decía Navarro—la vida que vas á hacer entre nosotros no es propia á tu edad, ni agradable á nadie; todos te estimamos aquí como mereces, pero me atormenta verte dia y noche en estas lóbregas habitaciones tan triste casi como la tumba.

—Tiene la culpa de eso, padre mio, el destino que desde el panteon de mis mayores, donde me retenia muchas horas, me ha traido á estos otros subterráneos. Me hallo bien, no obstante, y nada hecho de menos.

—¿Notas alguna falta en el servicio, en las precauciones ó en la vigilancia que se observa?

—Sí; en mi opinion debía el soldado que está en la caverna quedar á la parte adentro, con un mosquete y la mecha encendida. De este modo, áun cuando entrase el enemigo en la citada caverna, no podía sospechar que estaba allí la entrada del castillo; y si consiguiera adivinarlo, al descubrir la rampa, la bala de un mosquete le probaría su imprudencia, avisándonos la detonacion el peligro que amenazaba. En cambio, y mientras dure la claridad de la luna, debe permanecer toda la noche un vigía sobre la explanada de la *Sima infernal* mirando unas veces y aplicando otras el oido.

Navarro reflexionó sobre la propuesta de Alberto con-

venciéndose bien pronto de la ventaja que ofrecían las ideas de aquél, é inmediatamente dió la orden para que el centinela de la caverna se situase á la parte adentro del castillo armado con mosquete y pica, y que el de la *Sima infernal* continuara también por la noche observando siempre entre la maleza y peñas que cubrían la cúspide del castillo.

Dos horas después cenaron el capitán, Silva y tres oficiales; en obsequio al recién venido se añadieron dos botellas de vino generoso, continuaron los brindis, y terminó aquel acto con el relato circunstanciado de la desgraciada batalla de Villalar. Seguidamente propuso Núñez de Lara un asalto para la mañana siguiente, cuya idea fué aprobada con entusiasmo por sus tres compañeros restantes y por Alberto. Navarro dió la orden de retirarse á descansar, con la sola excepción de los dos que estaban de servicio, y él hizo lo mismo, acompañado del conde, al cual pusieron la cama junto á la de aquél.

—Ya ves, hijo mío,—exclamaba el capitán desnudándose,—si el idioma está corrompido; á esto se le llama alcoba, y lecho al mísero jergón que tenemos á los pies; ahora que en tu palacio, que en nuestro palacio hay ricos muebles, colchones mullidos, comodidad y hasta lujo, te empuja la suerte hacia estas breñas donde todo te va á sobrar menos lo necesario para arrastrar una existencia agradable.

—Me alegro—contestaba Alberto sonriendo,—puesto que tienes empeño en que te acompañe á los campos de batalla, me iré poco á poco acostumbrando á las dulzuras de la vida militar. Duro está el jergón y grosera es la sábana; pero son preferibles ambas cosas á

la argolla que tendría á bien otorgarnos el Adelantado mayor de Murcia si nos descubriera.

—Tú ya te cuentas como uno de tantos.

—Sí; juré que tu suerte sería la mía, y un Silva no falta jamás á lo que ofrece.

—¡Pobre muchacho! Durmamos, hijo, durmamos; el sueño tranquiliza el espíritu, sosiega la materia y deja correr las horas en paz y gracia de Dios. Se me cierran los ojos con un afán ..

—Pues durmamos.

Y Albertó exhaló el último suspiro durante aquel día, juntó los párpados, y al poco tiempo quedó entregado á tan profundo sueño como lo estaba el capitán Navarro. Sus delicadas carnes se resistieron de la dureza y molestia del jergón que tenía debajo, mas su voluntad dijo *quiero*, y dominada la materia por el espíritu, obedeció como siempre.

¡Pobre joven! era conde en el uso del título, rico en la apariencia, y tan mísero y desgraciado como un mendigo en la realidad, pero lo que le faltaba de opulencia y fortuna le sobraba de talento y sabiduría, no contaba con bienes algunos materiales, pero brillaba en su frente el genio, y este don era superior á las riquezas y opulencia. Pronto veremos si el abate respeta su existencia, pues no hay en el reino de Murcia un sér que deba tanto á la Providencia como Alberto de Silva.

A las seis de la mañana siguiente todos estaban en la sala de armas dispuestos al asalto que se ordenó la noche antes. La tropa rodeaba el salón, de pie y como mera espectadora; Navarro, constituído en juez, se sentó en un sitio elevado, desde el cual dominaba á los contendientes; Osorio se hallaba frente á Mendoza, y

Silva frente á Núñez de Lara. Estos cuatro formaban las dos parejas que constituían el doble asalto, y se situaron por consiguiente en el centro. Tenía cada uno sable de madera, careta, manopla y coraza de baqueta.

A una seña! de Navarro dió principio la pelea, presentándose Núñez muy hábil, diestro Osorio, invencible Mendoza y maestro consumado el joven Silva. Los golpes que se daban eran acompasados, exactos; medían la distancia por líneas, y observando todas las reglas del arte lucharon diez minutos, sin que sable alguno tocara la coraza, careta ó manopla de los combatientes. Descansaron y comenzó de nuevo la lidia.

—¡Alto! —gritó el capitán desde su asiento á los tres minutos,—la espada del conde quedó clavada en el costado izquierdo de Núñez.

La tropa que rodeaba la sala de armas dió un aplauso al vencedor, añadiendo el capitán:

—Que se retire esa pareja y continúe la otra.

—No,—dijo Alberto,—sostengo el combate yo solo contra Osorio y Mendoza.

—Adelante,—replicó el jefe comunero,—y venguen mis alféreces la derrota de su teniente. ¡En guardia!

Y dió la palmada; en cuyo instante cayeron el atleta y el diestro don Alvaro sobre el huérfano, que empezó defendiéndose admirablemente de los dos.

—Que os descubrís, don Alvaro,—gritaba el conde sin dejar de quitarse el diluvio de estocadas y cuchilladas que llovían sobre él.—Bravo, don Luis,—añadía, —vuestra fuerza no tiene rival en el mundo, y la longitud del brazo se parece á la de una palmera. Bien, Osorio, muy bien; proseguid con esa destreza, y la derrota será menos sensible. Más vivo, don Luis; esas

cuchilladas parecen palo de ciego. Perfectamente, pero basta, que os vais cansando.

Y haciendo un juego desconocido para los comuneros, tocó con su sable de madera, primero el costado izquierdo de Mendoza y luego el de don Alvaro.

Navarro se tiró de su asiento y lo abrazó; don Luis le besaba la mano derecha, y los otros dos oficiales le contemplaban con asombro, mientras los soldados aplaudían frenéticamente. El joven les dió las gracias con su innata modestia, exclamando:

—Ahora con los tres.

—¿Qué dices, Silva?—le preguntó el capitán.

—Que continúe el asalto, el cual sostendré yo solo contra los tres oficiales.

—Es decir, que tienes empeño en que te venzan.

—Si pueden lograrlo me alegraré; pero temo que te equivoques.

—Descansa primero.

—No; eso lo haré cuando tú les ayudes.

—¿Te atreves con los cuatro?

—Quiero probar.

—No abuses, hijo mío.

—Veamos. En guardia los tres.

Y comenzó de nuevo la lidia, batiéndose Alberto solo contra Lara, Osorio y Mendoza. Ahora tenía el joven conde que redoblar sus esfuerzos y prodigiosa habilidad; peleaba frente á tres hombres, siendo cada uno de ellos un maestro entendido y práctico. En los primeros momentos vaciló el héroe; pero bien pronto se sobrepuso á sus contrarios, y sin dejar de defenderse comenzó á atacar; su primera estocada llegó al pecho de Núñez; pero le rogó que prosiguiera, y el combate continuó ofrecien-

do un interés que aumentaba á cada instante Navarro, fijo en Alberto no perdía uno de sus movimientos, recibiendo lecciones incesantes. Los soldados, cual mudas estátuas, no se atrevían ni aún á respirar, y sólo interrumpían el silencio de la sala de armas el choque de los sables y las frases que dirigía el conde á sus rivales.

De pronto, y en el momento en que más interés ofrecía la lucha, las puntas de los sables se fijaron en los pies de los contendientes, se contrajeron los rostros de cuantos estaban allí, y con ansiedad creciente exclamaron todos:

—¡Qué será!

La causa de tan inesperada interrupción la motivaba un sonido fatal que concluían de oir.

—¡El vigía de la *Sima Infernal*—exclamó Navarro con voz de trueno,—nos anuncia un peligro! Corred, don Alvaro, y enteraos de lo que acontece.

Salió el alférez, añadiendo aquél:

—¡A las armas, soldados! Vosotros, conde, Lara y Mendoza, tirad esos palos y seguidme.

Y se dirigieron los cuatro al comedor, donde á poco entró Osorio, diciendo á Navarro:

—Capitán, se halla de centinela en el sitio á que me habéis mandado, el soldado Pérez. Iba á subir por la escalera de cuerdas, cuando oí que me gritaba: «relevo, relevo al momento; es urgente que yo hable con el jefe».

—Reemplazarlo vos, don Alvaro, y que baje inmediatamente. Mientras permanezcáis allí, observad escondido entre la maleza.

Tornó á salir Osorio, exclamando Navarro:

—¡Qué será!

—Mi sueño, capitán; recordad mi sueño,—contestó Mendoza.

—Eso es un delirio. Cuando se duerme no se adivina. ¿Qué opinas Alberto?

—Ten paciencia, amigo mío; en breve oiremos á Pérez, el cual nos evitará cálculos que á nada conducen. ¿Ese soldado fué al que librastéis noche atrás?

—Sí, el preso en Murcia por los vasallos del adelantado mayor.

Algo más tarde entró Pérez, é inclinándose ante su jefe, quedó parado.

—¿Se situó el alférez en la *Sima*?—le preguntó el capitán.

—Sí, señor.

—¿Por qué has pedido relevo?

—Señor, tengo el sentimiento de participaros que hemos sido descubiertos, que nos espían y que estamos sitiados. No siento morir; pero me duele que por mi causa...

—Basta; concrétate á la cuestión, y abrevia en lo posible.

Pérez se acercó á Navarro, dando principio al relato siguiente:

—Señor, á las diez de la noche fuí nombrado para la *Sima* y ocupé mi puesto en el acto, dando principio á las observaciones que se me encargaron. Una luna clara me permitía ver el extenso radio que se domina desde el castillo; pero hasta más de la media noche no distinguí otra cosa que los árboles y las barracas de que está poblada la vega. Más tarde ví llegar á Monteagudo ocho ó diez labriegos; á la media hora un número igual, y así continuaron hasta penetrar en el ca-

serío trescientos ó más hombres. Como la consigna me imponía el deber de averiguar y no me prohibía variar de sitio, me descolgué por parajes escabrosos, y sin promover ruido alguno me fuí arrastrando hasta aproximarme al lugar donde se ocultaban los recién venidos. Tanto labriego y el modo misterioso de acercarse, excitaron mis sospechas, me instalé junto á ellos, y no he parado hasta lograr reconocer á varios, que tuvieron la imprudencia de asomar la cabeza por la ventana de una de las cuatro casas en que han ido escondiéndose. Eran sin duda alguna el alférez que me prendió en Murcia, el capitán Almela y restantes jefes y soldados de don Pedro Fajardo, que muy bien disfrazados, vienen á sorprendernos.

—¡Maldición!—exclamó Navarro, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Señor, no concluyeron de entrar hasta las cinco; ocupé una hora en espiarlos, tardé media en subir, y he empleado la otra mitad, pues no he avisado hasta las siete, en asunto de no menos interés. Cuando arrastrándome trepaba por lo escabroso del castillo, me detuve un momento para respirar; miré de frente, y ví, aunque con dificultad, unos bultos que se movían entre las ruinas de ese castillo que llaman Templario y que tenemos en dirección de la ciudad. Entonces me escondí y observé nuevamente: no me había equivocado; efectivamente dos hombres acechaban á Monteagudo sin quitarle ojo. Desde allí, y sin ser visto, proseguí espiando la última media hora. Resulta, en consecuencia, que en el caserío inmediato hay cerca de trescientos hombres, á los cien pasos uno tendido en el suelo, mirando á otro qué, á la misma distancia y en

igual postura distingue un tercero y así sucesivamente continúan hasta el castillo Templario, donde probablemente estarán algunos jefes. Seguro de lo que acabo de decir, llegué á la *Sima* y pedí el relevo. Nada más puedo añadir; me cabe, sí, el sentimiento...

—Basta Pérez, basta; lo que hemos hecho por tí lo mereces por el valor, lealtad y discreción que siempre has demostrado. Te prohibo que vuelvas á hablarme de eso. ¿Estás cierto de que no serán muchos más de trescientos?

—Escasamente llegarán á ese número.

—Pues si no son más que esos...—exclamó Navarro atusándose el bigote.

—Entonces tenemos sólo para almorzar—añadió Mendoza.

—Nuestro sueño capitán,—replicó Lara.—¡mas son tan pocos trescientos hombres!...

—Menos sois vosotros,—dijo Silva.

—Es que cada uno de nuestros soldados—respondió Navarro—vale por ocho del Adelantado mayor, en cuyo caso contamos con cuatrocientos.

—Suponiendo, y es mucho suponer, que sea así, recuerda, amigo mío, los que puede traer Fajardo.

—Es verdad, señor conde, pero notad que nada se ha dicho de lo que valen el capitán, vos, Nuñez, Osorio y yo.

—No seáis pedante, Mendoza, ni os entreguéis en circunstancias como éstas á vanas ilusiones.

—Es verdad,—exclamó Navarro;—el caso es grave, la situación nuestra desesperada y es preciso obrar con cordura, prudencia y discreción. Pérez, ¿que dijiste á don Alvaro?

—Que podía observar si gustaba, cuidando mucho de que no le vieran los del castillo Templario.

—¿Te habrán reconocido?

—No, señor; ni creo posible que se fijaran en mí.

—Sal; armaos todos; que se sitúe la mitad de la fuerza con mosquete y mecha encendida en la rampa, y que esperen los restantes en la sala de armas: vosotros, señores, seguidme.

Navarro pidió á su criado unos anteojos y se encaminó á la *Sima*, seguido de Alberto, Nuñez y Mendoza. Cuando llegaron al sitio donde empezaba la escala, trepó el primero, llevando en pos á su sirviente, y diciendo antes á los otros:

—Esperadme aquí.

Algo más tarde descendió don Alvaro, exclamando:

—Nos han descubierto ¡voto al demonio!

Y quedaron los tres oficiales oprimiendo los puños, contraídos los semblantes y despidiendo fuego sus miradas. Alberto, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, se había retirado á un extremo, y allí permanecía entregado al parecer á profunda meditación.

De este modo transcurrió un cuarto de hora que tardó en bajar el capitán

—¡Maldición —dijo, incorporándose con sus oficiales; —cuanto ha dicho Pérez es cierto! He visto en una de las casas situadas en la falda del castillo labriegos con rostros militares, y luego un cordón de estos que empieza en Monteagudo, y concluye en las ruinas templarias, donde he podido distinguir al capitán Almela y al jorobado á quien no conozco. ¡Nos han descubierto! y lejos de atraernos y evitar el derramamiento de sangre, nos sitian, espían y acechan la ocasión de caer so-

bre nosotros al primer descuido que tengamos, con el caritativo intento de atravesarnos el corazón, estoy seguro. Fajardo y sus parciales nos odian, nos aborrecen de muerte, porque fuimos comuneros, y nuestros compañeros de Murcia los vencieron, humillaron é hicieron huir. ¡Bien, quieren sangre, pues obtendrán su deseo! ¡He rehuído cuanto me ha sido dable la situación en que me acaban de colocar; contra mi carácter y costumbre me he escondido, me disfracé, oculté mi rostro y hasta mentí; y todo por evitar la guerra civil; por no manchar mi espada con sangre de hermanos, de españoles. Mas ya que me buscan, que me sitian, que vienen por nuestras cabezas, las tendrán; pero habrán de cruzar antes por un lago de sangre humana; sobre otro Montesagudo que he de formar con cadáveres de ellos! ¡Hijos, al combate, á la pelea, salgan al campo la invencible lanza de Núñez, la poderosa espada de Osorio, la aterradora maza de Mendoza, y luchemos en buena ó mala lid contra todos nuestros enemigos! Los valientes, como vosotros, no miran nunca atrás, ni van detrás, sino de frente, y ya leo en vuestros semblantes el enojo, la ira, el fuego que siento en mí! ¡Con hombres como vosotros, quién sabe, quién sabe! Al campo soldados de Navarro, al campo; sólo tenemos vida y Dios; sea nuestro lema Dios y mi vida; y á frases tan mágicas, herid, matad y mientras haya quien os estorbe el paso, destruid. ¡Yo os guiaré como general, os defenderé como hijos, os ampararé como hermanos y os daré el ejemplo como Navarro! ¿Me seguiréis?

—¡Al infierno, si allí va nuestro capitán!—dijeron los tres. Lara añadió:

—Mandad, señor, nos atrevemos con todos; espera-

mos vuestra voz, deseamos salir y sentimos la tardanza.

Mendoza replicó:

—¡Destruyámoslo hoy, penetremos luego en Murcia y después á Valladolid!

—¡Sangre!—gritó don Alvaro—puesto que quieren guerra, hagámosles tanta que mueran hartos! Me complace que nos hayan descubierto; si ellos nos aborrecen, más los odio yo; y puesto que vienen por nuestras cabezas, vamos nosotros por las suyas!

—¡Bravo, hijos míos!—prosiguió Navarro,—sois dignos de vuestros maestros, y era lo único que yo anhelaba, lo que le hacía falta á nuestos enemigos.

—¡Al campo!

—¡A la pelea!

—¡Al combate!

—Pues corramos, y ya lo sabeis: *Dios y mi vida.*

Y se fueron á precipitar por un pasillo estrecho que conducía á la sala de armas, cuando fueron detenidos por la fría é inmóvil figura de Alberto, el cual había escuchado todas sus palabras con su innata calma, y ahora los paraba, diciéndoles:

—Alto, señores; ¿no supongo yo nada para vosotros?

—Sí, hijo —le dijo Navarro—síguenos, y aprenderás á realizar lo que hace poco ensayabas con tanto acierto.

—Gracias, capitán; no son lecciones lo que yo necesito, sino el asociarme á hombres menos locos, más cuerdos que vosotros.

—Alberto déja eso para otra ocasión; ahora...

—Esperad, que hay tiempo de sobra,

—¡Abrevia, por Cristo!

—Juré defender vuestra causa, y unido á vosotros elevarme ó perecer.

—Cierto pero no comprendo...

—Que no quiere lo uno ni lo otro.

—Explicaos,—exclamaron los cuatro fijando en él miradas de fuego.—Navarro añadió:

—¿Eso me dices en los críticos instantes del peligro?

—Sí.

—No me extraña,—dijo Osorio;—pelear contra enemigos no es lo mismo que ensayarse con amigos.

—Hay hombres,—añadió Mendoza,—que se baten admirablemente en la sala, pero muy mal en la calle.

—Perdemos un tiempo precioso, capitán,—exclamó Lara con algo de desdén,—en diálogos nimios é inconducentes.

—Todo eso es cierto, señores,—contestó el inmutable Silva; pero no lo es menos que yo jamás contaré el número de mis enemigos; en cambio, me enteraré bien de quiénes son mis parciales, lo que valen, para lo que sirven, y jamás me rodearé de séres tan débiles, tan pequeños como vosotros lo estáis siendo ahora.

Estas frases, y la arrogancia con que fueron pronunciadas, hicieron retroceder á los ex-comuneros, y hasta dudar de si era ó no cierto que concluían de oirlas.

—Lo dicho, señores,—continuó el héroe; cuando se está encima del enemigo sólo se piensa en matar; cuando se está aquí, en la manera de vencer, y eso no se os ha ocurrido á ninguno. Os habéis presentado imitando al león, más no olvidéis que basta un solo hombre para dominar y hasta confundir á quince fieras. En el salón ó la tienda de campaña se forma el plan de la batalla, se estudia al enemigo, se prevé, se calcula, y luego se levanta el campo y principia el combate. Siento decíroslo, pero sólo para lo último servís vosotros. Si no

aprendeis más, si solo abarcais esa reflexión, si vuestro talento se limita, á lo que acabo de oir, abandonad la carrera, porque ninguno llegaréis á general. Ya veo que inclináis las frentes, bajáis la vista, el rubor aparece en vuestros semblantes y bastaron, en fin, cuatro frases mías para destruir el bélico ardor, para helar el entusiasmo que ha un momento demostrábais bien fundados estarían los dos cuando desaparecen con esa facilidad. No es lo mismo ensayar que ejecutar, decís; batirse en la sala es una cosa y en la calle otra. Gracias por la alusión, mañana os contestaré; os quiero y no me vengo; os estimo y no abusaré de vuestro inferioridad. Si deseais que os saque del conflicto á que os ha conducido la traición ó la torpeza, lo haré, pero es indispensable que desde Navarro hasta el último soldado os concretéis á obedecerme, sin derecho á preguntar nada; sin que podáis exigirme la menor explicación. Si no os agrada eso, yo os ruego me levantéis el juramento, y huiré de aquí para no volveros á ver en mi vida.

Calló el joven, y los cuatro comuneros cambiaron una mirada, sin acertar ninguno á contestar. Mientras habló, resplandecía su frente, ardía la vista, y su cabeza, en fin, altiva y dominadora impuso de un modo indescriptible.

Por fin Navarro osó contestarle:

—Es cierto, amigo mío; que la indiscreción nos lanzaba al campo con ligereza impropia de nosotros. Debimos ciertamente reflexionar sobre nuestra situación disponer las cosas de otro modo, y puesto que los aventajamos, sino en número, en valor...

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Pudiste reconocer uno á uno los jefes y soldados que os sitian, y apreciar sus

cualidades con toda exatitud para juzgar de ese modo? Sabéis únicamente que son más; que tienen más poder, más recursos, más razón...

—¿Más razón, Alberto, más razón?

—Sí; estáis sentenciados á muerte por los tribunales del reino, y al buscaros, prenderos y mandar que os den garrote se hallan cumpliendo un penoso deber, pero un deber imprescindible. No os hiciérais comuneros, ó haber ganado la batalla de Villalar, y entonces no seríais pobres proscritos. Os aventajan, Navarro, en todo, pues como tú decías no ha mucho detrás de ellos está el imperio español, el cual participa de las mismas ideas.

—¿De qué modo nos vas á sacar del conflicto, si todo está perdido?

—Intentaré el único medio que existe; difícil es, peligroso en extremo; contra justicia y derech«, que es lo peor; mas juré seguir vuestra suerte, y me sacrificaré gustoso ó arrancaremos el triunfo á vuestros incalculables enemigos.

—Eso es demasiado.

—No; lo que me falte del cariño que habeis enfriado, lo supliré con la caridad.

—¡Caridad! dura es la frase, hijo mío.

—No; amarga, amarga como muchas otras verdades.

—¿Podíamos saber ese medio?

—No, os he dicho, y repito, que si me permitís realizarlo, habeis de ser todos instrumentos; mal general tendreis, pero no tanto como vosotros.

—Veo en tu frente, conde de Santomera, batir las alas al genio que eleva al hombre y lo hace superior á sus semejantes; manda, avasalla; salva á mis hijos, y pídeme luego el corazón: todo menos exponer la exis-

tencia de uno solo de ellos. Tú que naciste héroe, que pródiga la Providencia te concedió un don de que carecemos los demás, compadece á los que saben menos que tú; perdona la imprudencia de mis oficiales, y sé nuestro general, nuestro rey, lo que tú quieras. Rehusa toda explicacion: los vasallos no tienen derecho alguno cuando habla su señor. Manda hijo, manda, y ten sólo en cuenta, que el que obedece de esa manera, el que adivina lo que vale tu cerebro no es un hombre vulgar, ni tan torpe...

—¡Padre mío!—exclamó Alberto, estrechándole entre sus brazos.

Navarro nada contestó, se dejó oprimir contra el pecho del conde, y esperó.

—¿Qué decís vosotros?—preguntó el huérfano á los oficiales.

—¡Perdonadnos!...

—No es eso: me refiero á lo de instrumentos y de ciega obediencia.

—Lo que dispone Navarro—dijo Núñez de Lara—bien hecho está. Os obedeceré con gusto.

—Y yo.

—Y yo.

—Estrechadme también vosotros; sea este lazo el de amistad en el mundo tan duradero como la vida, tan fuerte y seguro como nuestros corazones y voluntad. Yo os salvaré ó seré el primero en morir.

—¡Eso no!

—Silencio, capitán; vuestra misión es obedecerme. Bajemos al comedor, señores; sentémonos allí, y con calma y cordura empezemos á combatir los planes de nuestros enemigos.

Y cogidos del brazo se dirigieron á la lóbrega estancia que acaba de citar el jóven conde. Como no cabe rencor en corazones nobles é hidalgos, los cinco carecían de él, y por eso caminaban otra vez unidos por cariño fraternal.

CAPITULO XII

El improvisado general.—Ante el genio todo se humilla.—Contra un disfraz otro.—Los espias espiados.—Bermúdez y Silva.

Sentados los cinco alrededor de la mesa que les servía para comer, escribir y cuanto necesitaban, por ser la única que tenían, miró Alberto con cariño é interés á sus caatro amigos, y fijándose en Navarro, le preguntó:

—¿Quién ha quedado en la explanada de la *Sima*?

—Mi criado.

—¿Tienes confianza en él?

—Absoluta.

—¿Podrá espiar sin ser visto de los que tratan de acecharnos?

—Sí.

—¿Qué orden tiene?

—La de observar el castillo Templario, el cordón y las casas donde están encerrados nuestros enemigos.

—¿Nada más?

—No.

—Que suba inmediatamente el sargento y nos avise cada cuarto de hora lo que haya descubierto Pedro.

Así se hizo, y habiendo regresado el capitán, continuó Alberto:

—Dices que se halla en las ruinas próximas el capitán Almela, al que conocemos, y un jorobado que todos ignoramos quién es?

—Así es la verdad.

—Tú pasaste mucho tiempo en Murcia y has estado después varias veces; por consiguiente es probable que en alguna ocasión hayas oído hablar de ese hombre. Su presencia ahí es de gran importancia, por lo mismo que parece intruso, y convendría en consecuencia reconocerle.

—No recuerdo nada de él.

—Trae á tu memoria su fisonomía, que acabas de ver; y si eso no basta, añade las conversaciones del canónigo don Antonio y las que has tenido con tus amigos de la capital. Verás si en alguna aparece un jorobado.

—Sí... cierto, me ha hablado mi tío de un beneficiado pobre, contrahecho, de gran talento y tan desgraciado...

—Ese debe ser, tortura tu memoria.

—Dos veces, y como por incidencia, citó á ese hombre, el cual debe apellidarse Bermúdez; mas yo le he visto hoy por primera vez.

—No importa eso, ¿en qué sentido hablaba de él el canónigo?

—Compadecido de su mala suerte, y con sentimiento de no poder hacer por él tanto como quisiera.

—¡Me lo había figurado! El miserable arrancó á tu bondadoso tío el secreto y te ha vendido al adelantado mayor.

—¡Imposible! ¿Cómo quieres que un hombre, el cual me ama como á hijo...?

—Navarro, tú lo has dicho; ol beneficiado tiene talento, y don Antonio desconoce la perfidia. El segundo es incapaz de una villanía, pero sencillo y bueno ha podido dejarse engañar.

—De ese modo acaso tengas razón.

—Sólo así se explica su presencia como jefe de la fuerza que nos sitia. Fajardo, visto que se le había escapado Pérez, empezó por disponer prisiones, patrullas y tanto ruido que alborotó la ciudad. Como esto no le dió resultado alguno, recurrió á la astucia, y confirma esta idea la falsa noticia esparcida por él y los suyos de que erais una partida de bandoleros, los cuales huyeron al reino de Valencia. Luego pensaría en Bermúdez, si es que se llama así, y éste, cubierto con la máscara de la hipocresía, ha hecho todo lo demás.

—Admiro tu talento, conde; adivinas, pues todo eso debe haber acontecido para llegar al caso en que nos encontramos. Lo que no me explico es la presencia del maldito beneficiado entre esas ruinas.

—Yo te lo demostraré: sabedor Fajardo de que os hallábais encastillodos en Monteagudo, y comprendiendo que era imposible entrar aquí á viva fuerza, por lo agreste y difícil del terreno y por el valor que demostrásteis siempre, recurre á la sorpresa, único medio de cogeros á todos y mandaros inmediatamente agarrotar. Fué más pensador que vosotros; más hábil, más ingenioso.

—¡Sí, pero tú...!

—Yo dispongo que quede una pequeña parte de la fuerza en la rampa, dejando el resto las armas y ocupándose del almuerzo nuestro y de la tropa. Tomemos el desayuno con tranquilidad, que hay tiempo de sobra,

sosegaos á la vez, que, en mi concepto, nada debemos temer por ahora, ni á mí, vuestro interino é improvisado jefe, se me ocurre mandaros cosa alguna.

Una hora después almorzaban los cinco; cada cuarto de hora les avisaban que el enemigo no hacia otra cosa que observar, sin variación ni otro aumento que el de un anteojo de que se había provisto el abate.

Como entre nuestros comuneros no existía ningún cobarde, se desayunaron con la mayor tranquilidad, bebieron según costumbre, y colmaron de elogios al novel é incomparable general que la Providencia los había mandado con tanta oportunidad.

Enterado Alberto de que no podía salir nadie del castillo sin exponerse á ser visto y hasta á caer en manos de sus enemigos, ocupó toda la tarde en dictar á Navarro cartas para su tío, para Dávalos y cuantos amigos tenía en Murcia y le ofrecieron su espada y apoyo. Eran órdenes á unos, ruegos á otros y encargos á los restantes; pero se deducía del contenido que Silva iba á hacer de su palacio un cuartel general, y que se disponía á llevar á cabo una gran empresa, cuyo secreto no pudo traslucirse.

Llegada la noche acordó varias medidas, en cumplimiento de las cuales salió Pedro con orden de encaminarse á Murcia y entregar aquellas cartas á las personas que iban dirigidas, regresando inmediatamente sin esperar contestación. Debía salir descolgándose por la parte opuesta al caserio, que era la más difícil del castillo, caminar deprisa y por senderos excusados, penetrando en la ciudad por la orilla del Segura; su traje el de labriego, y en caso de ser detenido, defendería su vida á puñaladas, comiéndose á la vez los papeles que conducía.

Cuando hubo partido el emisario, exclamó el conde:

—Barnizad mi rostro y manos con ese unto que vosotros usais; presta me traje igual al de nuestros enemigos y dadme una daga de buen temple.

Media hora después parecía un labrador é imitaba perfectamente el traje y demás circunstancias de los soldados de Fajardo. Acto continuo escondió el arma terrible, se embozó en la manta, y calándose el sombrero, se despidió de sus amigos con las siguientes frases:

—Concretaos á las instrucciones que os dejo por escrito; sólo de ese modo podremos asegurar el éxito.

—¿Por qué no me permites que te acompañe? Desconoces el terreno, careces de práctica...

—Gracias, padre mío; voy á un sitio en que es difícil la entrada de una persona é imposible la de dos.

—¿Qué intentas, Alberto?

—No tienes derecho á preguntarme; os diré no obstante, que pretendo saber si es cierto lo que tus oficiales me aseguraron esta mañana; esto es, que en la sala ó entre amigos es uno más valiente que en la calle.

Y asomando á sus finos labios una irónica sonrisa que hizo bajar la vista á los cuatro comuneros, se dirigió á la rampa, mandó abrir y salió, corriendo hacia la puerta de la caverna.

—Nadie hay por aquí—dijo mirando en torno;—no pueden en consecuencia ver dónde está la entrada, y puesto que el silencio y la oscuridad convidan, avancemos.

Sin detenerse comenzó á descender con pausa, observando siempre, y tan cauteloso como era posible.

Aún no había aparecido la luna, por cuya razón estaba efectivamente oscura la noche; el frío no molestaba

y una calma que no convenía interrumpir á la gente de Fajardo ni á los habitantes del castillo, se había posesionado de Monteagudo y sus alrededores. El joven conde de Santomera fué bajando poco á poco é inclinándose hacia las casas que tenía á la izquierda, hasta quedar parado á cincuenta pasos de ellas, escondido detrás de unas palas de higos; miró, pero sólo pudo distinguir los mencionados edificios que se alzaban raquíticos y miserables entre las sombras de la noche.

—Es preciso,—añadió,—entrar ahí y espiar, el oficio no es bueno y mi salida al mundo es peor. ¡Mal empiezo mi carrera! Es indispensable, no obstante, salvar las vidas de esos desgraciados, y no he de perdonar medio ni sacrificio alguno. Se han fiado de mí. Me confiaron lo que tienen más en estima; de jefes descendieran á vasallos, y merecen lo que voy á hacer por ellos. Entraré, sí, entraré; ¿pero cómo? Veámoslo.

Y conteniendo hasta la respiración, inclinó el cuerpo cuanto pudo, dirigiéndose hacia la derecha para tomar el camino que conducía al inmediato caserío. Sin olvidar la conveniencia de no promover el más leve ruido, fijaba el oído y la vista con interés creciente; mas nada escuchaba, nada distinguía. De pronto le pareció percibir un bostezo no lejos de allí, y quedó parado, tratando de averiguar de dónde había salido.

—¡Aquello es un bulto!—exclamó.—Sí, parece un hombre tendido en el suelo; será uno de los que formaban el cordón de que me ha hablado Navarro.

Con más precaución que nunca anduvo de nuevo, hasta llegar á situarse detrás de un árbol á seis ú ocho pasos del mencionado bulto.

No se había equivocado; á la distancia que acabamos

de decir, se hallaba recostado un hombre que vestía como él, el cual miraba hacia el castillo Templario. Era un soldado de Fajardo y formaba parte del cordón á que se refería Alberto. Éste se quitó el sombrero, recogió la manta y se pegó tanto al árbol que á tres pasos no se distinguía su figura. Desde aquel sitio y pareciendo ahora una parte del mencionado árbol, esperó. Su tranquilidad, sangre fría y valor no tenían rival no obstante el grave peligro que corría su vida, se encontraba tan sereno y tan en sí como pudiera estarlo en paraje donde no le amenazase peligro alguno.

Sepamos si puede sostener por mucho tiempo un sosiego y entereza tan sorprendentes como admirables.

El hombre que tenía casi á sus pies, bostezaba á menudo demostrando inquietud, mientras que Silva ni aun respiraba. Tal situación en nuestro huérfano no podía prolongarse mucho tiempo; pero bien pronto vino á sacarle de ella el ruido de varias pisadas, no dudando un momento en dar por hecho que eran de soldados por lo acompasadas y regulares.

Segundos después reconoció, en un labriego que se acercaba, al capitán Almela, seguido de seis más que parecían también militares, sin embargo de sus disfraces. Estos se detuvieron, exclamando el jefe:

—¡San Pedro y Murcia!

El que estaba recostado en el suelo se puso en pie, é inclinándose ante el que acababa de hablar, le contestó:

—¡Murcia y San Pedro!

—¿Qué ha acontecido?

—Nada, mi capitán.

—Síguenos.

Y delante Almela y en pos los siete, entraron en la casa más próxima de Monteagudo.

Alberto, sin abandonar el árbol ni la postura, siguió á los ocho con la vista, ínterin no cerraron la puerta que les ocultó.

—Muy bien,—exclamó;—no me vieron y han estado á tres varas de mí; el aliento de Almela llegó hasta el árbol que me cubría; pero esa gente es harto confiada, ó le falta algo para desempeñar con acierto su papel de observadores. Estudiemos el campo; estos siete soldados son indudablemente los que formaban el cordón que unía las casas de Monteagudo con el castillo Templario; el jefe era el mismo que permaneció todo el día junto al contrahecho, y cuando se han retirado todos, claro es que por ahora nada intentan. El beneficiado, que parece dirigir la terrible emboscada y sorpresa, habrá marchado á Murcia, ó acaso esté reconociendo la superficie del castillo, en busca de la entrada; es operación difícil y expuesta, y no se atrevió á confiársela á nadie. Esto es al menos lo verosímil, lo probable. ¿Qué debo yo hacer? Lo más interesante es coger prisionero al jorobado y obligarle á entrar antes de lo que él quisiera en las entrañas de ese monte, pero empleará mucho tiempo en un examen que nadie le ha de estorbar, en cuyo caso averiguaré primero la clase y número de la gente que nos sitia, para emprender después mi cacería, que será uno de los cuadros más interesantes del drama que he de representar esta noche. Pudieran, de no hacerlo así, ó de retrasar esta operación, estar dormidos cuando yo entrara, y entonces ni podría reconocerlos ni escuchar su conversación. Penetremos; mas ¿por dónde? Hé aquí el problema; la solución debe ser por el corral.

Y sin mas reflexiones se dirigió á una tapia ó cercado que tenía próximo, midió su altura é inmediatamente trepó hasta descender á un corral. En este momento apareció la luna, dejándole ver unos cuantos haces de leña y algunos montones de estiércol.

Otra vez meditó, exclamando de nuevo:

—Allí está la puerta y á la parte adentro el jefe superior con una gran parte de sus soldados; sé el santo y seña, por consiguiente, adelante.

Y con su innata sangre fría se presentó enmedio de sus enemigos.

La casita donde acababa de entrar tenía sólo piso bajo y dos únicas habitaciones, en la mayor de las cuales se hallaban cuarenta hombres tendidos en sus mantas y cinco más alrededor de una mesa bebiendo y hablando. Estos eran Almela y cuatro oficiales disfrazados de labriegos, y los otros un sargento y treinta y nueve soldados cubiertos con idéntico traje.

Alberto lanzó una mirada en torno y siguió adelante.

—¿Quién va?—le gritó un jefe.

—¡San Pedro y Murcia,—contestó el conde sin inmutarse,—soy yo que vengo de orinar.

Y escondiendo el rostro cuanto le era posible, tendió su manta muy cerca de la mesa de los oficiales, y se echó sobre ella con la mayor tranquilidad.

La tropa dormía; y los jefes, creyéndole un soldado ni aun se tomaron la molestia de fijarse en él.

—¡Bravo!—se dijo el héroe: son más torpes de lo que yo había imaginado.

Y aparentó dormir como lo hacía el resto de sus supuestos compañeros.

Los oficiales siguieron hablando de cosas indiferen-

tes, y ya iba Alberto perdiendo la paciencia, por juzgar inútil el peligro á que se estaba exponiendo, cuando percibió la carrera de caballos, y poco después una voz que desde fuera articuló:

—¡El señor marqués!

Los cinco jefes se pusieron en pie; uno abrió la puerta, y gorra en mano, exclamó:

—Aquí estamos, señor.

Luego se oyó echar pie á tierra á un solo hombre, acto continuo penetró en aquella estancia el terrible adelantado mayor D. Pedro Fajardo.

—¿Qué habeis hecho?—preguntó dirigiéndose á Almela.

—Observamos durante el día, mientras la tropa esperaba vuestras órdenes dispuesta á obedecer.

—¿Descubrísteis algo?

—No, señor; nadie ha entrado ni pretendió salir de Monteagudo.

—¿Dónde está Bermúdez?

—Sobre el castillo, pero ignoro el sitio á que se ha encaminado.

—¿Tomásteis todas las casas?

—Sí, señor; alojé mis soldados en cuatro que están juntas, y en cada una de las restantes hay cinco, con orden de no dejar salir á sus dueños y de prender al que entre.

—¿Tenéis todos espada?

—Y además un puñal.

—¿Qué opináis de Bermúdez, Almela?

—Demuestra gran talento y un interés que no parece inferior al nuestro.

—¿Conocéis su plan?

—Me han contado sólo una parte.

—¿Qué os parece?

—Admirable; me gustaron siempre las sorpresas, y ésta formará una excepción en mi carrera militar.

Fajardo meditó un minuto, añadiendo después:

—Estoy satisfecho, obedeced á Bermúdez como á mí, y cuando llegue el instante deseado... Me es igual hallarlos muertos que vivos.

—Descuidad, gran señor; si entramos, como es probable, vivos ó muertos todos os los presentaremos.

—Recordad que son comuneros, enemigos del emperador, míos particularmente, y que están proscritos.

—Es decir, que debemos ahorrar al verdugo ..

—Sí, hasta mañana por la noche, si no habéis despachado antes.

—El cielo guarde á nuestro adelantado mayor.

Se abrió la puerta de nuevo y salió desapareciendo. de allí á escape tendido. Cuando los oficiales hubieron dejado de percibir el ruido que produjeron las pisadas del caballo de Fajardo y las del potro en que iba el único criado que le acompañaba, cerraron la puerta y tornaron á sentarse junto á la mesa.

—Es decir,—exclamó un oficial—que pasaremos la noche en vela.

—Probablemente no—dijo Almela—si á las diez no ha regresado Bermúdez revistaremos la tropa, en cada casa quedará un vigilante, y de este modo esperaremos las órdenes del beneficiado ó la luz del nuevo día.

—¿Habrá colchones?

—Sí, los de los dueños de esta casa.

—¿Y ellos?

—Que se acuesten en el suelo.

Y prosiguieron hablando de cosas indiferentes.

Alberto de Silva sabía ya cuanto necesitaba, por lo que deseaba partir inmediatamente, pero *el como*, le tenía algo apurado, cuando se levantó de pronto, encaminándose hácia el mismo punto porque había entrado.

—¿Adónde vas?—le preguntó un jefe.

—Al corral,—le contestó el conde parándose, pero sin volver el rostro.

—¿A qué?

—Señor, me duele... me duele el vientre...

—Anda con Dios hombre; no digas más.

Salio parándose al pié de la tapia; luego observó, y notando que nadie lo seguía ni le espiaba, se encaramó de un salto en el caballete, de otro cayó al lado opuesto, y abandonando su natural calma corrió hasta confundirse entre los peñascos y las palas de higos chumbos. Ya allí descansó de la carrera que acababa de dar y quedó meditando.

La luna continuaba alumbrando á Monteagudo con su pálido resplandor; y ni el aire que estaba acallado, ni sér humano interrumpían el pavoroso silencio que reinaba en la superficie del inmenso castillo.

Silva dejó de pensar y comenzó á dar la vuelta á la mole que le sostenía murmurando para sí:

—Aun cuando el oficial note que no regreso, ya es imposible que pueda dar conmigo. Vamos á la segunda parte: como yo me había figurado, se hallaba espiando á mis amigos ese maldito jorobado; sé que se llama Bermúdez, y algo más toda vez que mis cálculos se van convirtiendo en realidades. Debe encontrarse solo; pero aun cuando sean dos ó tres no hay cuidado, con mi manta y daga... Lo que importa es averiguar el sitio,

para sorprenderlo, y que no pueda huir ni gritar. ¡Es tan grande este monte, y el terreno tan escabroso y expuesto! Ya hallé dos despeñaderos y cuatro parajes en los que me hubiera estrellado si no caminase favorecido por la claridad de la luna. Llevo arañadas las manos y deshechos los pies. ¡Oh! con estas alpargatas no sé yo andar; mas es preciso, indispensable, y nada me ha de detener.

Tardó todavía un cuarto de hora en dar la vuelta al castillo; de pronto se paró, exclamando con júbilo:

—¡Aquello es una sombra! No, es algo más; parece un sér humano, en cuyo caso se llamará Bermúdez. Si no me equivoco se halla á la puerta de la caverna; sí, espía; pero lo hace con miedo. Le cerraré el paso y que Dios disponga lo demás.

Sin detenerse cogió la manta con la mano izquierda, la daga con la derecha, y luego comenzó á subir, sin cuidarse de que oyera ó no Bermúdez el ruido de sus pisadas.

—Bien—exclamó;—si escapa por la derecha se despeña: si por la izquierda le aguarda un precipicio, y de frente la punta de mi puñal; que elija.

El jorobado se encontraba efectivamente á la puerta de la caverna, aplicando el oído, pues creía percibir un rumor, producido ciertamente por la conversación que debían tener los soldados de Navarro, situados en la rampa. El infame no sabía si estaban fuera ó dentro, é iba á tenderse en el suelo para penetrar arrastrando como la culebra. En tal instante asomaba á sus labios sotánica sonrisa; comprendía que se hallaba muy cerca de la entrada del castillo, y con valor digno de alma más noble y generosa, quiso avanzar ebrio de júbilo,

cuando oyó pasos cerca de sí, y volvió precipitadamente la cabeza. Estaba ya arrodillado, y al ver inmediato un hombre que se dirigía hacia allí, se puso en pié de un salto, desnudando á la vez su daga; mas reparó en la edad y traje de Alberto, y creyendo que era un soldado de los suyos, se puso el índice de la mano izquierda en los labios, preguntándole muy quedo:

—¿Insensato, qué quieres?

—Poca cosa, Bermúdez,—contestó Silva alzando la voz;—cogerte prisionero, y nada más.

El jorobado comprendió entonces su equivocación y quiso huir; pero tenia efectivamente á la derecha un precipicio, á la izquierda un despeñadero y de frente la pálida y severa figura de Alberto.

—¿Quién sois? —le preguntó convulso.

—El conde de Santomera.

—¿El hijo?...

—De mi padre, sí.

—¿Pero venís de Murcia, de casa del marqués, ó...?

—¡No, miserable jorobado! regreso de entre Almela, oficiales y soldados; cumplí mi terrible misión mejor que tú la tuya, y aquí me tienes dispuestos á atravesarte el corazón, sí no arrojas al punto el puñal que oprime tu mano.

—¡Conque vos sois uno!...

—Un caballero que defiende á esos infelices proscritos que tú villana y cobardemente pretendías asesinar. Son desgraciados, y por eso los amparo yo; por eso os atreveis tú, Fajardo y los suyos á sitiarlos y á intentar sorprenderlos.

—Sois muy joven, conde y en verdad que me duele mataros. En el castillo no nos oyen, lo prueban el silen-

cio y quietud que guardan, y estando los dos solos claro es que vais á morir. Con que os digo lo que vos á mí antes; tirad ese cuchillo y seguidme, ó espiraréis antes de un minuto.

—¿Quién te enseñó á manejar ese arma para abrigar tal pretensión?

—A mi nadie, pero...

—Te equivocas; tus maestros fueron la traición, el dolo, la iniquidad. Yo los tuve adiestrados como pocos; me aconseja además la caridad y una rectitud que desconoces: por eso me duele pelear contigo. Entrégate y te perdono la vida, de lo contrario...

—Eso es, lo contrario. Veremos si tú ó yo... ¡Muere!

El jorobado saltó sobre Alberto; éste que estaba preparado, le arrojó la manta al rostro, giró á la izquierda y le acomió hundiéndole su puñal en el costado derecho. El beneficiado dió el golpe al aire y cayó en tierra murmurando:

—¡Maldición! Me ha herido.

El conde cruzó por encima de él, y acercándose á la piedra que cubría la rampa, gritó:

—¡Dios y mi espada! Pronto, soldados.

—¡Dios y Monteagudo!—le contestaron abriendo.

—Que suban inmediatamente el capitán Navarro y el alférez Osorio. Volad.

—¿Qué es eso, hijo mío?—le preguntó el jefe comunero incorporándose con él.

—¿Ves ese hombre, que se revuelca en su sangre al pié de la caverna?

—Sí ¿quién es?

—El jorobado Bermúdez, que os vendió y espiaba el castillo hace un momento.

—¡Miserable! lo voy...

—Déjalo, que tiene ya bastante. Que lo cojan entre dos soldados, desarmen, saquen el cuchillo que tiene clavado, lo curen y encierren en una mazmorra, quedando á mi disposición. Vos, don Alvaro, cubríos con un traje igual al mío, traedme otra manta y puñal y disponeos á seguirme; no me haceis falta, pero quiero que compareis el valor que tengo en la calle con el que demuestro en la sala.

—Señor conde...

—Basta; obedeced.

Desapareció Osorio, dos soldados metieron al herido en el castillo, continuando Alberto:

—Que recojan mi manta, la que hallarán ahí ensangrentada; y por lo que pudiera acontecer que cubran con tierra al resplandor de la luna el charco y reguero de sangre que ha dejado Bermúdez.

—¿Estás herido, hijo mío?

—No, ni te cuides de mí para nada: soy yo el que debe velar por vosotros. La tropa que os sitia duerme tranquilamente; podeis hacer lo mismo vosotros esta noche; pero al ser de día, que tenga yo aquí dentro cuarenta y nueve hombres con otros tantos arcabuces y mechas; en todo lo demás cumplid las instrucciones que os dí por escrito, sin separarse un punto de ellas, á no ser que os mandase otras nuevas. Fijaos ahora bien en lo que voy á decir: si á las diez de la mañana próxima no recibiéseis noticias mías, será señal que he perecido, en cuyo caso podrás determinar lo que te convenga mejor. El santo y seña del enemigo, son: San Pedro y Murcia y Murcia y San Pedro; tienen trescientos soldados, cuatro oficiales, y los

man tu irreconciliable enemigo el capitán Almela.

—¡Con que estuviste entre ellos!

—¡Sí!

—¿Qué más oiste?

—Lo necesario para salvarce yo; lo supérfluo para que tú lo sepas.

—Hijo, ¿por qué esa dureza con quien tanto te ama?

—Soy tu general; cuando descienda otra vez á mísero huérfano encontrarás al hijo por quien suspiras, al tierno amigo que deberás la vida.

En este instante apareció Osorio con traje igual al de Alberto, y en pos Mendoza y Núñez, los cuales quisieron abrazar al conde, pero éste los contuvo diciendo:

—Cuando os haya demostrado lo que soy en la calle, entonces aceptaré esas expresiones de cariño.

—Señor, lo que habéis hecho ya...

—Eso es muy poco; mañana si no muero, empezareis á conocerme. Mi manta, Osorio.

—Héla aquí.

—Un puñal.

—Igual al mío.

—Embozaos como yo.

—Ya estoy.

—Seguidme ahora.

—Adelante, señor.

—Navarro, Núñez, Mendoza, si cumplis fielmente mis órdenes, acaso os pueda salvar; pero si cometeis alguna imprudencia no respondo de nada. Hasta mañana ó hasta la eternidad.

—¡Hijo, te vas sin estrecharme?

—Sí; lo haré mañana en Murcia ó en el otro mundo, si Dios me lo permite.

Y fué á echar á andar, mas se le antepuso Osorio, con ánimo de guiarle, por lo que exclamó Alberto:

—Alto, alférez; el buen general encamina á sus soldados, id detrás, que conozco el terreno lo necesario para no extraviarme.

Y desaparecieron ambos en la forma que deseaba el conde. Navarro dijo al perderlo de vista:

—¡Qué cabeza, señores, qué cabeza! ¡Y creias que yo valía algo! ¡Qué suponen mi frente ni mi espada junto á las de ese héroe! Abajo, señores, abajo todos, y cumplamos sus mandatos con ciega sumisión.

Poco después cayó la peña que cubría la rampa, quedando sitiados y sitiadores sumidos en el mayor silencio.

La noche seguía clara y tranquila como pocas; la vega y la ciudad participaban de igual sosiego, pero aquella calma era el augurio cierto de la tormenta más espantosa.

CAPITULO XIII

Los dos labriegos.—Serenata de Dávalos.—Preparativos.—A Roma por todo.

Delante el conde de Santomera y detrás don Alvaro de Osorio, descendieron del castillo por la parte opuesta al caserío que lleva el mismo nombre, y seguidamente se internaron en la vega por senderos excusados. A la mitad del camino se detuvo Alberto, exclamando:

—Mirad hacia la derecha, alférez: ¿veis un hombre que corre en dirección contraria á la que llevamos nosotros!

—Sí, señor.

—¿Es el criado de Navarro?

—Parece.

—Detenedlo, y si lo es, traédmelo aquí.

Don Alvaro corrió también, y reconociendo á Pedro, se lo llevó á Silva. Este le preguntó:

—¿Entregaste las cartas?

—Todas.

—¿Hallaste dificultad?

—Ninguna.

—¡Cómo queda la capital?

—Más tranquila que nunca.

—¿Qué hora es?

—Más de la diez.

—Parte al castillo, sube con precaución y enciérrate en él. Adelante Osorio.

—El criado volvió á emprender su camino, mientras el conde y el alférez hacían lo mismo, inclinándose á la izquierda para ganar la orilla del Segura y poder entrar en la capital sin ser vistos ni reconocidos por nadie. El uno discurría tanto ó más que andaba, mientras que el otro en pos de él lo admiraba, juzgándole un sér sobrenatural. En el fondo de la *Sima infernal* dudó de su valor y talento; pero en este instante le sobreponía ya en su imaginación á lo que en realidad era.

Algo después, y sin haber cruzado una sola frase, penetraron en Murcia por el barrio de San Juan.

—Ya estamos dentro, Osorio—dijo Silva—¿podremos salir?

—Si hay necesidad, ¿quién lo duda?

—¿En qué os fundais alférez?

—En que á vos, señor, os basta decir *quiero*.

—Poneos á mi lado. ¿Cuándo me desconocíais, ayer ú hoy?

—Ayer.

—¡Quiéralo Dios!

—Esa ha sido su voluntad, señor conde, estoy seguro.

—Más bajo, y suprimid títulos, que somos labriegos.

—Se oye una música.

—Sí, es nuestra gente que llama á los dormidos. Dávalos cumple ya mis órdenes. Los oiremos.

Y se dirigieron hacia el sitio donde tocaban varios instrumentos, cantando á la vez en forma de estudiantina. Los de la serenata andaban por las calles parándose á cada momento, entonaban un aria y coro, y proseguían su camino; continuamente salían hombres de los sitios en que se detenían, desapareciendo al instante por las estrechas y tortuosas calles del barrio.

Cnando se aproximaron Silva y Osorio formaban grupo, y en aquel momento cantaban una de sus estrofas; pero al ver uno de los embozados que se detenían junto á ellos los labriegos, se aproximó, preguntándoles:

—¿Qué queréis?

Era Dávalos; y notando Silva que no le reconoció, osó contestarle:

—¿Qué os importa?

—Vuestro traje es sospehoso; y como nosotros no tratamos de divertir al público, se hace indispensable que os volváis por donde habéis venido.

Siempre fingiendo la voz, replicó Silva:

—Estamos en la calle, que es de todos, y basta que nos echéis para que nosotros pretendamos quedarnos.

—¿Y si un par de mandobles se encargaran de limpiaros el polvo, qué haríais?

—Permanecer aquí.

—Amigos—exclamó Dávalos—atad á esos hombres.

Y tirando él de su espada, les cerró el paso, en tanto que varios aceros dirigían sus puntas á los pechos de Silva y de don Alvaro.

—Sargento—exclamó el conde—sois unos cobardes; contra dos hombres indefensos jamás se desnudan tantas espadas.

—Pardiez, tenéis razón—dijo Dávalos.—Bajad esas

armas; y si quieren pelear los dos conmigo, aquí me tienen.

—Deseamos obedeceros, ó de otro modo huir de aquí, toda vez que nos han convencido vuestras últimas razones.

—Imposible, bajo ese mentido disfraz ocultáis un misterio que he de descubrir á costa de mi vida.

—¿Estáis decidido?

—Sí.

—Soy el conde de Santomera, torpe sargento—dijo al fin Alberto, con voz natural—y mi acompañante el alférez don Alvaro Osorio.

—¡Por Santa Inés, que os presentáis admirablemente disfrazado!

—Sólo así se conspira, Dávalos.

—Verdad es, señor; pero yo no lo estoy haciendo mal tampoco. ¿Qué os proponéis?

—Conoceros.

—¿He faltado?

—No; continuad la serenata. ¿De qué gente podremos disponer?

—En vista de la orden de Navarro teneis ya en vuestro palacio cien hombres, y aún pienso reclutar otros tantos próximamente.

—¿Son leales?

—Comuneros la mayor parte, y todos de mi absoluta confianza.

—¿Se batirán bien?

—Jamás tuvieron otro oficio, y mientras se les pague...

—Comprendo, y podéis asegurarles que no le faltará lo ofrecido. ¿Conocen mi nombre?

—Sólo les di el de Navarro y están locos de alegría. Como el capitán es tan valiente...

—Más lo es el conde,—añadió Osorio;—decidles de mi parte, sargento Dávalos, que van á ser mandados por un héroe.

—¡Es tan joven!...

—Dejáos de réplicas,—añadió Alberto,—continuad vuestra misión, abreviad y ser cautos y discretos. ¿Hallásteis alguna ronda?

—Sí; ya nos han reconocido, y como es costumbre músicas en este barrio, y nadie ignora quién soy yo, ni los músicos y cantores que llevo...

—No perdamos el tiempo, al amanecer que esté todo concluido.

—No os haré esperar, señor conde.

Se despidieron, marchando Dávalos y su gente hacia otra calle, en la cual prosiguieron tocando y cantando. Alberto y Osorio los siguieron aún, exclamando el primero algo después:

—Escuchémoslos, Osorio, desde esta esquina, y sepamos si cometen alguna imprudencia.

Al compás de los instrumentos, una voz destemplada y gruesa cantó:

El moro la vega cruza
con arrogancia sin par;
le apellidan el gran Muza,
y le sigue Abenamar.

Varias voces en forma de coro entonaron los siguientes versos, que repetían siempre que el primero concluía una estrofa.

Murcianos. oid,
os llama el guerrero,
y no es caballero
quien teme la lid.

El anterior continuó:

Mil ginetes valerosos
escuchan su voz altiva;
llevan peones briosos
é imponente comitiva.

——

Sus picas fatales son
y terrible la moharra;
¡ay del mísero león
se humilla su fuerte garra!

——

Destruir quiere la vega,
cautivar hombres pretende;
de la patria el grito llega
y á todo español comprende.

——

Plaza al valiente que lidia
contra su fiero opresor,
y destruye la perfidia
con su acero vencedor.

——

Ya sabéis, nobles murcianos,
que en este país hay coros
de moros, que son cristianos,
de cristianos, que son moros.

——

Al que palenque pedía,
la entrada quedóle abierta,
sonó el clarín, llegó el día,
murcianos *¡Alerta! ¡Alerta!*

Las muchas voces que daban y el ruido de los instrumentos despertaban á los vecinos, algunos de los cuales salían atraídos por el contenido de los versos, muy particularmente por el *alerta* repetido de la última copla, que era el santo y seña dados por Dávalos para que corrieran en su ayuda. De este modo continuaron reclutando gente toda la noche.

Silva y don Alvaro reconocieron las calles que rodeaban á aquella en que se daba la serenata; y notando con placer que ni los corchetes ni la policía espiaban á sus parciales, atravesaron el barrio, dirigiéndose acto continuo á casa de don Antonio Navarro. Por todo el camino fué encontrándose embozados que se perdían en las calles más estrechas y tortuosas, las cuales venían á desembocar frente al restaurado palacio.

—Muy bien,—decía Alberto á su compañero;—nuestras órdenes se cumplen con toda exactitud; y sin guerras, escándalo ni ruido conseguiremos nuestro deseo.

—¿Pero qué deseamos, señor conde?

—Que no os pueda mandar ahorcar el adelantado, y que con el tiempo llegnéis á formar parte del ejército imperial.

—Eso anhelamos, es cierto; mas no comprendo...

—Basta que yo lo sepa. Lleguemos á la puerta del canónigo; llamad y presentadme á él, pues sólo conoce mi nombre.

Así lo hicieron efectivamente, encontrando al tío de Navarro despierto y asustado, en vista de la carta que recibió del capitán.

Los tres se sentaron, después de saludarse, preguntando don Antonio con impaciencia:

—¿Qué acontece, señores? ¿Qué peligro os amenaza

para llegar á esta hora con ese traje, y para que mi hijo adoptivo me mandase esperaros y obedecer al conde?

—Es preciso antes, señor de Navarro, que tengáis la bondad de contestar á mis preguntas—dijo Silva.

—Interrogadme, conde, lo deseo.

—¿Conocéis al jorobado Bermúdez?

—Sí, señor; somos amigos, su talento...

—Concretaos sólo á contestarme, yo os lo ruego. ¿Desde cuándo une el lazo de la amistad al noble y bondadoso canónigo don Antonio Navarro con el plebeyo y mísero beneficiado?

—Juan de Dios Bermúdez sabe mucho, mucho, señor conde; y aunque pobre y de baja esfera, mereció mi aprecio y consideración.

—No es eso; me he contraído á la época de esa amistad.

—Reciente, pero ya le conocía hace años.

—¿De qué hablábais con él?

—Me refería anécdotas é historias ocurridas en Murcia, y como se expresaba tan bien...

—Creo, señor canónigo, que os refería cuentos con que os engañaba; y abusando de vuestra bondad, os arrancó el secreto que encerraba en Monteagudo á vuestro sobrino y parciales.

—No, amigo mío, conoce á Pedro, sabe su historia y le quiere extraordinariamente.

—Y convencido vos de eso, hablásteis del castillo, de la gente que allí se guarecía y de algunas otras cosas que tenían relación con lo expuesto.

—Sí; como Bermúdez nos estima tanto y es tan leal no tuve inconveniente en entrar en explicaciones con él.

—Pues sabed, señor don Antonio, que era un espía de Fajardo, y que por su causa tiene en este momento sitiado al capitán y á cuantos le rodean, con la sola excepción de don Alvaro, que ha logrado huir en mi compañía.

—¿Qué decís, conde?

Exclamó el canónigo, poniéndose en pie, encendido su rostro y asomando las lágrimas á sus ojos.

—No os alarméis tanto, señor don Antonio; cuanto os acabo de decir es la verdad, pero yo salvaré á vuestro sobrino.

—Si él y los valientes que le siguen no pueden librarse—añadió el canónigo con dolor—¡quién logrará hacer en el mundo más que ellos!

—Yo. Amáis á Navarro como á hijo, elevando en consecuencia sus bellas cualidades más de lo que en realidad merecen, dais por hecho que tiene el mejor brazo y la cabeza más privilegiada, y no es así, don Antonio, el capitán cuenta entre sus hechos gloriosos algunas derrotas, y si el amor os ciega debe abrir vuestros ojos la razón. No afligios de ese modo, siendo así que el día de mañana está muy cerca, y antes de que acabe habréis estrechado á vuestro sobrino, quedando ya humillados todos sus enemigos.

—Sois muy joven, señor conde, os falta experiencia, y no contáis con otra cosa que con vuestra espada.

—Os equivocáis por segunda vez; dispongo de mucho más, y hay en Murcia por otra parte hombres de pocos alcances como Fajardo, y otros tan débiles como el tío de mi querido amigo. No he venido á entristeceros ni á abrumaros con el peso de una falta indisculpable; he pretendido únicamente demostraros vuestra

debilidad, añadiendo un consejo que os ruego escuchéis con atención: mientras el emperador no indulte á Pedro y restantes comuneros que le siguen, no hablad con nadie de él ni de ninguno de nosotros. Mañana ocurrirán probablemente grandes cosas en la ciudad; á esos acontecimientos seguirán otros, y otros; pues bien, encogeos á todo de hombros, no refirais nada de lo que podais saber de nosotros, y de este modo lograréis que triunfe la causa de vuestro sobrino y de que consiga éste una absolución que hasta ahora le han negado.

—Si no es más que eso...

—Eso sólo.

—Me dice Pedro que os obedezca y dé cuanto pidáis.

—Poseo ya lo que necesito, en el caso de que deba contar con vuestra prudencia y reserva.

—Las tenéis seguras, ciertas; pero quisiera saber...

—Mejor es que ignoreis; de ese modo no tendréis que violentaros al callar.

—Fuí débil con el beneficiado, es cierto; pero nada temáis en lo sucesivo. Me engañó el malvado de un modo tan hábil... Decidme algo, señor conde; yo os lo ruego.

—Al jiboso Bermúdez lo atravesé con mi puñal, y es probable que se halle inútil para cometer otra villanía.

—Me alegro.

—Pero entre los débiles y gente que se precipita, de que os he hablado antes, quedan muchos que, con joroba ó sin ella, son tan malos como aquél.

—Es verdad; por lo mismo me basta con saber la manera de salir del conflicto.

—No prosigáis, porque nada más os diré.

—¡Si pudiera ver á Pedro!

—Lo ignora como vos, y por lo tanto nada añadiría.

—¡Con que mi sobrino no sabe tampoco!...

—No.

—Sois incomprensible, señor conde.

—No es eso, Navarro; es que los secretos no se confían á nadie, á nadie.

—Una excepción...

—Esa pudiera producir males muy graves. Tomad mi consejo, y que el cielo os guarde, don Antonio.

Los tres se despidieron, dejando Silva y el alférez al canónigo anonadado, confuso, aturdido y con los ojos bañados en llanto.

Ya en la calle, exclamó el conde:

—Lo mismo que os dije, Osorio; el tío vendió al sobrino, y éste pensaba precipitarse y precipitaros; no me equivoqué en un solo cálculo.

—Ya lo veo, conde; pero vuestra cabeza no se parece á ninguna otra.

—Alvaro, tended la vista con calma y sangre fria, y sólo hallaréis débiles como el canónigo, locos, ó confiados como Fajardo y los que le obedecen. Vosotros sois los mejores y si no llego tan á tiempo... ¡Pobre género humano; cada cual se juzga un Salomón, y no comprenden cuán ignorantes somos!

Sin hallar impedimento alguno entraron en el palacio, hallando éste favorecido con un número considerable de hombres, el cual se aumentaba por minutos.

La noche seguía clara y despejada: la ciudad tranquila: el adelantado mayor dormido, y los corchetes y policía encerrados en las casas consistoriales, soñando unos, velando otros y todos aguardando las órdenes de sus jefes. Queriendo el marqués de los Vélez ocultar su

intento y planes contra el enemigo, favorecía los de éste, sin que le fuera dado adivinar lo que ocurría. Le digeron que por San Juan andaba una música sospechosa y contestó: «Dejarles que canten, no hay motivo alguno para interrumpir la alegría del pueblo.» Añadieron después que los más bravos del barrio salían de sus casas.

—Bueno, bueno—replicó interrumpiendo al emisario;—que se retiren todos los agentes de la autoridad, y esperen en las casas consistoriales.

Fijo su pensamiento en Monteagudo, é inspirándole el jiboso una gran confianza, buscó el lecho á las diez de la noche, encargando que le despertasen á las seis de la mañana, si antes no le avisaban de parte de Bermúdez ó de Almela.

El conde de Santomera y don Alvaro se quitaron el barniz que cubría su cútis, cambiaron de traje, dió el primero algunas disposiciones en su palacio, y luego se arrellanaron en dos sillones, mandando que avisaran en cuanto llegase Dávalos. Poco después quedaron sumidos en sueño tranquilo y sosegado: ninguno parecía temer ni intentar nada, cuando en realidad les cercaba la muerte y se hallaban próximos á arrostrar peligros sin cuento.

A las cuatro los llamó el mismo Dávalos, diciendo á Alberto:

—Señor conde, en cumplimiento á la orden de Navarro, le participo que tiene en el palacio y á su disposición ciento cincuenta hombres. También han llegado once caballeros amigos del capitán y aguardan vuestras instrucciones.

—¿Conoceis á los que os siguen?

—A todos, y respondo de ellos.

—¿Están armados?

—Algunos, otros no.

—Veamos sí habéis tenido acierto. Seguidnos, don Alvaro.

Y después de saludar y ofrecer alojamiento á los once caballeros, fué reconociendo uno por uno los ciento cincuenta comprometidos á defender la causa de Navarro. Más tarde se encerró con Osorio, dándoles las últimas instrucciones, tan concretas y claras como el caso requería. Y por último, sabiendo que el adelantado mayor madrugaba, salio de su casa cerca de las siete, cubierto con un traje de terciopelo negro, gorra y pluma de mismo color, y embozándose en su capa, también negra, se encaminó al alcázar donde juzgó hallar á don Pedro Fajardo.

Entró con su natural calma y seguridad; pero la verdad es que tenía muchas probabilidades, muchas, de no salir vivo del arabesco edificio donde penetraba por primera vez. Al pisar el portal, exclamó para sí:

—*A Roma por todo;* ó la muerte, ó el triunfo; no quiero otra cosa.

CAPITULO XIV

Humillación.—Proposiciones.—Altercado.—Un alerta misterioso.—Duelo.—Se ganó la mitad.

Salió al encuentro de Silva un lacayo, que le preguntó:

—¿Qué quereis?

—Deseo ver á vuestro amo el señor marqués de los Velez.

—¿Quién sois?

—Un caballero.

—¿Nada más le digo?

—No.

Desapareció el sirviente, tardando diez minutos en regresar; al cabo de este tiempo volvió, diciendo:

—Mi amo deseaba saber vuestro nombre.

—Alberto de Silva, conde de Santomera.

—Conde, conde, pues si ha muerto...

—Decídselo así, y abreviad.

No tardó en aparecer de nuevo el criado añadiendo:

—El señor marqués se halla desayunándose, y me encarga enterarme qué deseáis de él.

—No tengo la costumbre de participar mis pretensiones á lacayos; mi entrevista le interesa mucho, mucho; mas si la desairára, me retiraré, quedando él responsable de las consecuencias.

Indudablemente enteró el sirviente á Fajardo del recado de Silva; pero es lo cierto que el tiempo trascurría; en el zaguan no se presentaba nadie, y nuestro huérfano paseaba de arriba á abajo, impaciente, contra su costumbre, y humillado por primera vez.

A la media hora comenzó á encenderse su rostro, y á los cuarenta y cinco minutos oyó la voz de un paje, que le decía:

—Seguidme; por aquí.

Subieron la escalera atravesaron un pasillo, y al llegar al extremo, añadió su guía:

—Entrad ahí, que ahora vendrá.

Y sin descorrerle la cortina ni abrir la puerta, le volvió la espalda, desapareciendo.

Alberto entró, notando que se hallaba en el despacho del marqués; como no había nadie en él, abrió un balcon y miró á la calle. Una sonrisa amenazadora apareció en sus labios; el sonrosado de sus mejillas perdió bastante, y dejando el balcon abierto, reconoció la estancia, exclamando para sí:

—Tiene una sola puerta y ese único balcon; es espaciosa y podremos entendernos.

Acto contínuo se quitó el embozo, pero dejando cubierta su cabeza y la capa sobre los hombros. De esta manera esperó cinco minutos más que tardó en presentarse don Pedro Fajardo. Este lo verificó haciéndole una reverencia, y sentándose luego en el sillon que había detrás de la mesa, sin descubrirse ni decir otras frases:

—Hablad, procurando ser breve.

—Siento no poderos complacer, señor adelantado; pues os he mandando decir y repito, que me trae á vuestra casa un asunto que os interesa bastante. Tambien á mí, y era preciso todo eso para sufrir con paciencia la humillación con que acabeis de distinguirme.

—Explicaos mejor, Silva, porque no os comprendo.

—Mis abuelos, Fajardo, fueron condes antes que los vuestros marqueses; su blason es más antiguo, y sus glorias datan de época tan remota que sería difícil citar. Yo soy pobre, es verdad; pero debiais saber que los condes de Santomera no mendigan ni molestan á nadie con pretensiones de ningun género. Teniendo todo esto en cuenta; no me explico la hora que me habeis hecho esperar, tratándome como á un lacayo.

—Sois muy fuerte, por visto, en heráldica—contestó don Pedro con desden—y no cuestionó con vos. Dudo que os haya hecho esperar tanto tiempo; mas de equivocarme, debísteis dar por hecho que el adelantado le roba el tiempo al marqués para que reciba visitas de poca importancia.

—Es que yo he venido en busca de la autoridad, no del hombre; de no ser así, jamás me hubiera ocurrido pisar el portal de vuestra casa.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Más lo siento yo que vos.

—Demostrádmelo.

—Voy al punto: hay en el castillo de Monteagudo cincuenta y un proscrito aguardando un indulto que no les puede negar la generosidad del emperador.

—¿Cómo sabeis vos eso? ¿quién os lo ha dicho? ¡Penetrásteis un secreto que os vá á costar la vida!

—¿Me permitís que continúe?

—Os lo tolero: proseguid.

—Un miserable, tan perverso como Lucifer, engañó á un respetable sacerdote, y cuando le hubo arrancado villanamente el secreto, que tanto os extraña llegase á mis oídos, se puso de acuerdo con no sé qué autoridad, y emboscaron trescientos hombres cerca de Monteagudo, con ánimo de sorprender á los cincuenta y uno y asesinarlos bárbara y cobardemente.

—¡Maldición! ¡Si seguís hablando de ese modo, vais á salir de aquí sin lengua!

—¿Quién me la vá á cortar?

—Yo mismo.

—Bajad la voz, que es oficio de verdugo, y si os oyen...

—¡Os voy á mandar descuartizar!

—¿No dicen que sois valiente? ¿No ciño yo espada más noble y antigua que la vuestra? serenaos, marqués, pues debo participaros cosas de gran interés, y ese estado no es propio de un hombre que tiene corazón.

—Habeis hecho vuestra suerte, Silva; proseguid, pero encomendad á Dios vuestra alma. Ya veis que soy tolerante en demasía, y que me revisto de una calma tan natural y propia como esa que vos fingís.

—Me hallo tan tranquilo como si estuviera en mi casa. Yo jamás me altero para matar ni para exponerme á que me hieran; mi sangre fría es tan verdadera y natural como mi propio sér; es más, creo igual la que ahora demostrais, lo contrario, es sólo propio del cobarde ó de la fiera.

—Está bien; seguid.

—Anoche, según mis noticias, resbaló el jorobado

Bermúdez, hiriéndose gravemente con la punta de un puñal largo, agudo y terrible.

—¡Mentís!

—Calma, señor Fajardo, os sienta mejor que esos arrebatos. Os habla un caballero, y ya sabeis que dejaría de serlo en el momento que faltara á la verdad. Ocurrió el lance poco después de la entrevista que tuvísteis con Almela en el caserio de Monteagudo.

—¿Quien os ha dicho eso?

—Os ví y escuché vuestras palabras; ¿quereis que os las repita?

—¡Luego sois un espía! ¡el noble conde de Santomera acechaba á mis soldados!

—Si, señor; descendí á ese oficio por evitar cincuenta y un asesinatos; mientras que vos, el jorobado y vuestros parciales espiábais el castillo... Para qué he de deciros la causa, si la sabeis tan bien como yo?

—¿Y después?

—Más tarde resbaló, como os he dicho, el desgraciado jiboso; sitiados y sitiadores se entregaron al sueño, y nada más ocurrió hasta esta mañana que he venido yo á visitaros en nombre de cincuenta y uno.

—¡Vos! ¿no sois el conde de Santomera?

—Sí, señor.

—¿No murió vuestro padre ha quince ó veinte días?

—También es verdad.

—¿Y qué teneis que ver con los comuneros de Monteagudo, y por qué os han encargado á vos, jóven sin experiencia, una misión tan delicada?

—Navarro cuenta con muchos amigos en Murcia: yo soy uno de ellos, y creyéndome digno de tan honrosa comisión...

—¿Muchos decís que tiene? ¿cuántos serán?

—No los he contado, pero son bastantes.

—¿Sabeis sus nombres?

—Los de algunos.

—¿En dónde se hallan?

—Varios en mi palacio, los demás esparcidos por ahí.

—¿Nada más quereis decirme de ellos? Os ofrezco...

—Basta, señor marqués; nací caballero y pienso bajar al sepulcro del mismo modo.

—Entonces contadme qué misión es esa.

—El capitán Navarro, oficiales y soldados, dejaron en Villalar las pretensiones que los unían á las comunidades de Castilla. Aman al emperador, y desean sacrificarse por él; á cuyo fin han solicitado un indulto que esperan con impaciencia, para ingresar otra vez en el ejército y perecer por su patria y rey. Su situación hasta que llegue á ellos la clemencia del monarca es amarga, muy amarga; por esa razón, y compadecido yo de la suerte de unos valientes que regaron el suelo con su sangre en defensa de España, vengo á suplicaros les otorguéis vuestra protección y amparo.

—¡Yo! ¿A Pedro Fajardo le proponéis eso?

—¿A quién mejor? Sois noble, caballero; fuísteis su enemigo, y nada más propio de vos que amparar á esos desgraciados.

—Está bien; que se entreguen á mis soldados, sin condiciones, y si puedo hacer algo en obsequio de ellos...

—Eso es igual á decirles que tienen una horca levantada y que les espera la capilla.

—La merecen y ya recayó sentencia sobre todos; mas si se dejan encerrar en una prisión, y yo hallo algún medio...

– Dos Pedro, puesto que nacísteis hidalgo, sed franco: ¿qué pueden aguardar de vos mis queridos amigos?

—Que se rindan, y luego os contestaré.

—Es preciso hacerlo antes.

—¿Qué piden?

—Sólo la vida; mas quieren conservarla en Monteagudo, sin que nadie les moleste, en tanto que ellos permanecerán escondidos hasta que llegue el indulto.

—Imposible; los tengo sitiados, y si no se rinden los pasaré á cuchillo. ¿Cómo quereis que yo tolere una fuerza armada á las puertas de Murcia y que acceda á las condiciones que me impone?

—Otro medio: permitidles que vayan á la costa y que allí se embarquen.

—Silva, no podemos entendernos; guardo aquí copia de la sentencia de muerte recaida contra todos, y habiendo descubierto su paradero, como adelantado mayor, me es imposible de dejar de cumplirla.

—Señor, compadeceos de su infortunio: yo os lo ruego en nombre de vuestra madre.

—Conde, oid, mi última determinación: perecerán, y vos, su cómplice, pagaréis muy cara la altanería con que os habéis presentado ante mí.

—¿No tiene apelación esa sentencia?

—No, lo juro por mi nombre.

—Recordad, gran señor, que os he rogado; que dí razones capaces de conmover al sér más inhumano; que invoqué el nombre de vuestra madre, y que todo, todo fué inútil. En tal conflicto, me vais á permitir que no mire en vos al adelantado mayor de Murcia.

—¿Me vais á faltar de nuevo? ¡Miserable, descubríos ante mí!

Alberto se quitó la gorra y la arrojó á la calle por el balcon que de propio intento dejó abierto. En el mismo instante se oyó un silbido prolongado. El marqués se puso en pie; el conde le contestó:

—Como vos estais cubierto...

—¿Pretendeis igualaros á mí?

—No, y en prueba de ello me quito la capa tambien y la arrojo lejos de mí.

Y la tiró á la calle, oyéndose otro nuevo silbido y pasos acelerados dentro del edificio. Alberto continuó:

—La imprudencia, el rigorismo y el pretender avasallarlo todo, suele obligar á hombres como yo á faltar, disculpando el hecho, el mal ejemplo y la impiedad de séres depravados como vos. Pensé que venía á visitar á un caballero, á un hidalgo que tenía humanidad, que abrigaba nobleza justificadora de la de su blason, y me he hallado con una fiera; por consiguiente, no extrañeis que os trate como á tigre ó á leopardo.

—¡A mí, me decís eso!

—¡A tí, sí, mal caballero, peor adelantado, torpe autoridad!

—¡Ola!—gritó Fajardo, moviendo á la vez un timbre y encendiéndose su rostro hasta quedar lívido. Alberto, sin perder un ápice de su calma, continuó:

—Llama, necio general, imbécil mandarin: tus soldados se encuentran sitiados por Navarro; y á los lacayos y criados que tienes en el alcázar los están atando en este momento, y tú eres ya mi prisionero. En vez de rogar pude imponer; quise domesticarte y me alzaste la guerra; te lo dije, no me has hecho caso, y hé ahí las consecuencias.

Ciego de ira el marqués, convulso y sin saber qué hacía, abrió la puerta y fué á salir; pero le detuvieron dos espadas y la voz de Osorio, que le gritó:

—Atrás, mal caballero: torpe autoridad; imbécil mandarin.

—¡Traición, traición inícua y cobarde!—gritó don Pedro—hecho tan criminal es digno de vosotros. ¿Por qué no me llamais al campo? ¿por qué preferís la sorpresa al combate? ¡cobardes, cobardes!

—Veámoslo; sepamos quién es el cobarde—contestó Alberto; y alzando más la voz, añadió:—cerrad esa puerta, y no abrid hasta que Fajardo ó yo llamemos.

Silva fué obedecido, é inmediatamente sacó la espada, y sin perder su serenidad, prosiguió:

—El cobarde no puede ser nunca aquel que se sacrifica por un amigo, por una afección; el cobarde, repito, sólo es el hombre sin corazon, que pretendia asesinar á los que llamaba sus enemigos, el villano, cuya caridad se implora, y aparece en su rostro el ódio, la ira y el rencor. Solos estamos; os preciais de valiente, hábil y práctico; yo, jóven imberbe, como me llamásteis, os digo que sois cobarde y torpe. Sepamos quién tiene razon: en guardia, y comparad mi generosidad con vuestra pequeñez.

—Lo veo, y me parece imposible—replicó Fajardo—¡vos frente á frente de mí, con un acero en la mano, desafiándome, cuando basta sólo mi aliento para confundiros! ¡No puede ser, esto es una nueva traición!

—Ruin Fajardo, os desafio á muerte; más es preciso que empeceis por descubriros ante mí.

Y con la punta de su espada le quitó la gorra, tocándole á la vez, aunque levemente en el rostro.

—¡Miserable, muere!—balbuceó trabada la lengua por la ira, espumeantes sus labios, y tiró de la espada queriendo atravesar al conde de una estocada; pero éste, que no se dejaba matar fácilmente, paró el golpe, le dió una cuchillada, leve también, como señal de aviso demostrándole con ella la clase de enemigo que tenía enfrente. El adelantado temblaba de ira, su rostro, amoratado y contraido, se iba humedeciendo con los átomos de espuma que despedía de la boca, el coraje le cegaba y el despecho le convertía en fiera. El conde, por el contrario, descolorido siempre y sin perder una sangre fría que jamás le abandonaba, se batía con el mismo aplomo y serenidad que en el asalto de Monteagudo, y como si lo verificase teniendo delante un amigo con sable de madera.

Osorio debía observar el lance, mirando por la cerradura, siendo así que alzó la voz cuanto pudo, diciendo:

—Silva, amigo mío, notad que lleva cota de malla; vos cubrís las carnes con tela de seda.

—Mejor—exclamó el conde—de ese modo comprenderá este villano la diferencia que existe de él y sus parciales á nosotros.

Fajardo veía aumentar su encono ante la imposibilidad que hallaba de matar á su rival; tanta destreza, habilidad y sangre fría en un barbilampiño, le obligaban á exclamar para sí:

—¡Este no es un hombre; es el mismo Lucifer, con rostro de ángel. Todo mi saber, experiencia y valor desaparecen ante su mirada y movimientos. ¿De qué sirve la fuerza y práctica contra ese juego endemoniado que no ví hasta ahora?

Alberto efectivamente permitió á don Pedro que

intentase matarlo de cuantos modos quisiera, y cuando le hubo demostrado toda su impotencia, le dijo:

—¡Mal caballero, torpe autoridad; puesto que buscaba un hombre y hallé en tí una fiera, te arranco la garra con que me quisisteis devorar! Uno, dos; así se hiere. Ya estás manco por toda la vida; te dejo la existencia para que te mate el remordimiento, que lo hará más cruelmente que mi espada.

El acero del marqués cayó al suelo: la sangre principió á manchar la alfombra, y dejándose caer sobre un siilón, exclamó:

—¡Manco, manco de la mano derecha para el resto de mi vida! ¡manco é inútil para vengarme! ¡maldición! ¡el infierno entero se conjuró contra mí!

—¡Osorio!—gritó el conde—abrid, que esto ha concluido. Seguid mis instrucciones, y prended al adelantado, encerrándolo en las habitaciones de ese alcázar: que lo curen sus mismos criados, y que sólo le falte la libertad. Sed con él tan hidalgos y generosos como él se mostró ruín y miserable.

Don Alvaro y otro caballero que acababa de penetrar cogieron enmedio á Fajardo, le quitaron la daga y uno de ellos le dijo:

—Seguidnos.

El adelantado se puso en pié, inclinó la cabeza, y como resignado con su suerte obedeció, diciendo á Silva al pasar por delante de él:

—Adios, conde de Santomera; os desconocí, y pago cara mi torpeza; juzgué que érais un chiquillo, y no he visto hombre que se os parezca.

Alberto nada le contestó; esperó á que salieran, y

cuando se hubo quedado solo, envainó la espada, cruzó los brazos y exclamó:

—¡Há poco más de doce horas que salí al mundo, que me dí á conocer, y ya he inutilizado á dos séres humanos; ya corrió la sangre, y dos veces que desnudé el acero, dos víctimas rodaron á mis piés! ¿Qué mundo es este? ¿qué hombres son estos? ¡Dios mio, Dios mio, si obré mal, confundidme y castigadme con todo el rigor de vuestra justicia: pero si vine á la tierra como espada vengadora, admitid como servicios todas mis acciones; á nadie ódio ni aborrezco; desconozco la ira y el rencor; sólo la justicia y el bien de la humanidad me inspiran; más soy débil, falible como todos los mortales, y puedo equivocarme; por eso recurro á vuestra misericordia, á vuestra piedad! ¡Inspiradme, Señor, inspiradme; qué dicha mayor que la de morir en servicio de un Dios al que tanto le debo!

Cayó en un sillón cubriéndose el rostro con las manos.

Así permaneció hasta que vino á distraerle la voz de don Alvaro, que le dijo:

—Señor conde, queda el marqués perfectamente asegurado; sus criados y dependientes lo estaban ya; al que llega se le prende, y nadie ha podido en consecuencia, enterar á las autoridades de Murcia de lo que ocurre en el alcázar.

—Muy bien, Osorio; no olvides la cura de Fajardo, y tened entendido que deseo no le falte nada de lo que pueda hacerle ménos dura su prisión; sólo el cobarde se ensaña con el vencido.

—Todos os obedecemos con la sumisión que merece un sér tan elevado: vuestras órdenes se cumplen con rigorosa exactitud.

—¿Han llegado todos lo que estaban en mi palacio?

—Faltan muy pocos, pues áun cuando vienen ligeros, lo verifican de diez en diez para no llamar la atención.

—¿Hay suficientes armas en el alcázár?

—De sobra.

—¿Y caballos?

—Ciento diez.

¿Trajeron las cuatro armaduras de mi casa?

—Ya están allí.

—Que me entren una al momento; cubrios con otra, y que hagan lo propio dos caballeros más. Nueve de estos quedarán en el alcázar con diez soldados para guardar los presos é ir deteniendo á todo el que llegue. Que ensillen ciento cuatro caballos, los que, seguidos de cuarenta arcabuceros, marcharán inmediatamente con nosotros á Monteagudo. Que permanezca aquí Dávalos y no os olvideis de reconocerlos bien, despues que estén armados. Abreviad, don Alvaro, y salvemos lo antes posible vuestro capitan y compañeros.

Diez minutos más tarde cubrían á Alberto con un traje completo de guerra, y el resto de sus disposiciones se llevaba á cabo con prontitud y acierto.

Volvámos un poco atrás, y sepamos el medio de que se habian valido los sublevados para penetrar en el alcázar.

Subordinando su acciones y hasta sus pasos al plan que Alberto les había dado por escrito, salieron despues que aquel, Osorio, Dávalos, los once caballeros, con siete más de los que había llevado el segundo. Iban de dos en dos, por diferentes calles, llegando al alcázar á intervalos y sin excitar sospechas en los transeuntes. De este modo fueron colocándose en torno del mencionado

edificio, guareciéndose unos en los portales y otros formando corro. Así prosiguieron hasta que Silva arrojó su gorra en cuyo instante silbaron los que se hallaban en aquella calle, reuniéndose instantáneamente los veinte debajo del balcón. Cayó la capa y todos se precipitaron en el alcázar; cuatro tomaron las dos salidas y los diez y seis restantes fueron valiéndose de mil pretextos, sorprendiendo á los criados y dependientes de Fajardo, hasta dejarlos maniatados é inútiles para gritar. Favoreció esta operación el no haber soldados en el palacio, y el conocimiento que tenían Dávalos y los restantes murcianos que le acompañaban del edificio y gente que lo habitaba. Osorio y otro corrieron á la puerta del despacho del marqués; uno partió al palacio á avisar que podían venir los muchos que esperaban allí, y los diez y siete que restaban cuidaron de los prisioneros y de encerrar á cuantos llegaban al alcázar, fuesen autoridades, amigos de Fajardo ó criados, sin exceptuar clase ni condición. Con esto se proponían, y lograron efectivamente, que nadie más que ellos y los de dentro de aquel edificio tuvieran conocimiento del gran acontecimiento que estaban llevando á cabo. Poco á poco siguieron penetrando los que faltaban; se armaron, y cogidos la mayor parte á las bridas de los caballos que concluían de ensillar, esperaron en el gran patio del alcázar la órden de un jefe barbilampiño, pero el que demostraba saber más que los viejos de su época. En los que le obedecían había resolución, ardimiento; en unos cariño hacia los proscritos, en los más necesidad de medrar, y en todos el valor suficiente para dar cima á la empresa madurada en el privilegiado cerebro del héroe.

Quedaba, pues, realizada una parte del magnífico plan de Silva; sigámosle, y sabremos si lo termina por completo del modo que se proponía en pro de los cincuenta y un infelices proscritos, los cuales merecían el perdón que deseaban, y otra suerte que aquella que hasta este momento les obligó á vivir escondidos en el corazón de un monte.

Grande y difícil era ciertamente el pensamiento del conde de Santomera; mas en su hermosa y envidiable cabeza no cabía nada pequeño ni ruin; lo más elevado solía parecerle mezquino, y con incansable afan buscaba todavía cosa más grande, más digna de él.

En los momentos supremos que le amenazaba un inminente peligro, ó en los que se disponía á realizar la mejor de sus ideas, se encendía un poco su bello rostro, las pupilas se le dilataban, la frente parecía prolongarse y la inspiración llegaba á su semblante de un modo que no dejaba duda alguna.

Acompañémosle paso á paso, y veremos con asombro el sublime poder de la Providencia reflejado en uno de sus mejores hijos.

CAPITULO XV

Silva, los comuneros, sus amigos y enemigos.—Golpe de mano.—Los tigres trocados en rebaños de ovejas.

Alberto de Silva dejó que lo cubrieran con una fuerte armadura, se ciñó su espada, y viendo llegar á Osorio con otra igual á la suya, le preguntó:

—¿Qué falta, don Alvaro?

—Que monteis á caballo y corramos á Monteagudo en busca de esos trescientos tigres, que deben servirnos de almuerzo.

—Dudo, señor don Alvaro, que mi valor en la sala tenga aplicación en la calle, y sentiría comprometer vuestras vidas; basta que os hayais fiado de mí para que yo vacile al acometer empresa tan difícil.

—Fuí un necio, señor conde; lo declaro á la faz del mundo, y jamás me perdonaré tan insigne torpeza. Cobarde vos, ¡voto al demonio! y matais hasta con la mirada. Corramos, mi general; hoy os cubrireis de gloria, y una de las primeras ciudades de España os rendirá el homenaje que merecen el genio y el heroismo! ¡Qué

bien os sienta la brillante armadura! la lleveis como si toda la vida hubiérais estado dentro de ella. ¡Hermosa pluma negra ondea en vuestro casco! el color ese me gusta más que ningun otro; *guerra y muerte* dice, y era cuanto anhelaba yo; por dentro de estas planchas de hierro se ensancha mi corazón; mi alma se fortalece, y siento una alegria, un placer que no puedo explicar.

—¿Creeis, por ventura, que venceremos?

—Lo afirmo; estoy seguro.

No seais tan confiado, Osorio, que os puedo comprometer.

—Con vos todo se logra en el mundo.

—Antes era con Navarro; ahora es conmigo.

—Cierto; pero consiste en que antes peleaba á la luz de la luna, y ahora lo hago á la del sol.

—No careceis de talento ni sois cobarde; seguidme, Osorio, y aprended de mí la calma y prudencia que os faltan; si me obedeceis, acaso os llame un dia general.

—Lo haré, vaya si lo haré; no por ese baston de mando en el que jamás pensé, sino porque el imitaros equivale á acercarse á la perfección.

Y ambos se dirigieron al grán patio donde les aguardaban dos caballos enjaezados para la guerra, y ciento cuarenta y dos hombres armados y dispuestos á batirse.

Silva era el más jóven de todos, el único que no tenía hoja de servicios, pero bastaba su mirada para comprender que había nacido general; así es que ninguno rehusó ser mandado por un barbilampiño de poco más de veinte años de edad; lejos de eso, y recordando lo que concluían de ver y lo que dijo don Alvaro, iban orgullosos de obedecer las órdenes de un capitan de su valor y talento.

—Poneos al frente de los peones,—gritó á los dos caballeros;—vos, Osorio, á mi izquierda, y en marcha.

Dávalos mandó abrir las grandes puertas del alcázar y salieron, delante la caballería y en pos los de á pié. Acto contínuo tornaron á cerrarse las puertas, prosiguiendo su camino, á buen paso, los ciento cuarenta y cuatro guerreros.

Los cuatro jefes llevaban echada la celada; y esto, unido á la ligereza con que caminaban, hizo creer á los murcianos que encontraban por las calles, que eran el adelantado mayor con parte de sus vasallos.

Al llegar á la plaza de santa Eulalia, se fijó Alberto en una bandera española que había en el campanario; el que la sostenía con la mano movió su sombrero dos veces, en lo cual vió el otro la señal que deseaba. Silva prosiguió, y el de la bandera la sacó por la parte que daba á Monteagudo, agitándola varias veces y fijándose luégo en otra igual que le enseñaban en la parte más elevada del mencionado castillo.

Media hora después rodeaban el caserío donde permanecían los soldados de Fajardo, los ciento cuatro jinetes y cuarenta arcabuceros. Casi á la vez fueron apareciendo por entre los bosques de palas del castillo hasta cincuenta hombres, armados todos con arcabuz y mecha, los cuales hicieron más compacto el círculo que formaban los anteriores. Eran el capitán Navarro con toda su gente, que, obedeciendo á Alberto, salían provistos cada uno de su mosquete. Vieron al héroe y enmudecieron; su alegría era indescriptible, pero la ahogaron; ninguno osó desplegar los labios, contrayéndose á ocupar sus puestos y á esperar la orden de su nuevo é improvisado general.

El capitán Almela, cuatro oficiales y soldados habían dormido tranquilamente, efecto de no existir cosa que les prohibiera el tranquilo reposo á que se habían entregado. El primero esperó por la mañana inútilmente la visita ó algún recado de Fajardo ó de Bermúdez; mas, visto que el tiempo corría y ninguno de los dos les mandaba nada, dispuso que se hiciera provisión de algunas viandas y almorzaron sosegadamente; luégo aguardaron de nuevo.

Su consigna era ocultarse en lo posible y permanecer emboscados hasta el momento de la sorpresa, por cuya razón continuaron escondidos sin asomar ni áun la cabeza por una ventana.

Oyeron llegar muchos caballos, y ninguno se movió; después pisadas de hombres, y tampoco osaron averiguar quiénes eran, temiendo disgustar al adolantado, y aun supieron que era él acompañado de gente armada á pie y á caballo. De pronto hirió su oido una voz varonil, que gritó:

—Capitán Almela, salid.

Dando éste por hecho que le llamaba el marqués ó alguna de las autoridades de Murcia, enteabrió la puerta y se echó á la calle. En el mismo instante fué cogido por el atleta Mendoza, que lo desarmó, arrojándole al suelo con más fuerza que caridad.

—¡Traición!

Gritó el capitán, rodando como un ovillo; pero su voz se confundió con la de Alberto, que exclamó á la vez:

—Arcabuceros, penetrad en esas casas y haced fuego al que no se rinda. Vosotros,—añadió á los jinetes, —acuchillad al que intente huir.

Una evolución de los primeros hizo que cada diez quedaran con un jefe á la cabeza, penetrando de este modo, primero en las cuatro casas donde estaba el grueso de la fuerza enemiga y luégo en las otras ocho ó diez restantes. La caballería, por medio de otra maniobra, cerró el hueco que dejaban los mosqueteros, rodeando de este modo las casas é imposibilitando la huída de sus contrarios.

Sorprendidos los soldados de Fajardo, casi indefensos y en poder del enemigo su jefe, se iban entregando los más, siendo ametrallados ó heridos por el bote de la pica los que resistían ó intentaron escapar.

Alberto no llegó á desnudar la espada, pero corría de un lado para otro, dando nuevas órdenes é impidiendo que se molestase á los que se rendían.

La lucha fué muy corta, como no podía ménos de suceder; sólo unos veinte hicieron armas contra los del conde, y, sin excepción alguna, quedaron en tierra heridos por la metralla de los mosquetes ó la moharra de la lanza. En los restantes bastó la sorpresa y el aspecto de los contrarios para dejarse desarmar y prender.

Los que acechaban el momento de caer sobre los cincuenta y un proscritos, se hallaban ya sufriendo las consecuencias de una celada más hábil y ménos sangrienta de la que ellos pensaban realizar. Como no tenían antecedente alguno, desde Almela hasta el último de sus soldados, prosiguieron mucho tiempo tan aturdidos y confusos, que tomaban por sueño la triste realidad que presenciaban.

—¿Quien será ese conde que los manda?—se preguntaban,—¿y quiénes los que le obedecen?—añadían,

Pero ninguno supo en los primeros momentos darse contestación.

Bien pronto supieron que estaban en poder del capitán Navarro y de los comuneros que seguían á éste, y exclamaban con furor:

—¡Nos ha vendido el miserable jorobado! ¡decía que eran cincuenta y que los íbamos á sorprender! ¡Maldición!

Almela no era cobarde ni tonto; juzgó que los comuneros se habían anticipado á ellos, dándoles aquel golpe de mano, y fundaba su esperanza en el adelantado y demás autoridades de Murcia, á las que suponía en situación de poder salir y arrancar á Navarro la presa que concluía de hacer. Bien pronto recibió el más cruel de los desengaños. Sus soldados fueron atados de dos en dos, y, en unión de los oficiales y el capitan, colocados entre las dos filas que formaban la caballería.

Luégo dejaron en libertad á los dueños de las casas, mandándoles que enterrasen á los seis cadáveres que había, llevando en camillas improvisadas á los catorce heridos.

Cuando todo estuvo concluído, dió Alberto la voz de marcha, y partieron en la forma siguiente: el conde, Navarro, Mendoza, Núñez, Osorio y dos caballeros delante; seguían los jinetes, conservando enmedio los prisioneros jefes y soldados; detrás iban varios labriegos conduciendo á los heridos, y cerraban la marcha los cuarenta y siete soldados comuneros, mezclados con los cuarenta peones que salieron de Murcia. Tres de los jinetes cedieron sus caballos á Navarro y dos oficiales desmontados, cogiendo los mosquetes que

aquellos sacaron del castillo. Iban despacio, teniendo en consideración que los que llevaban las camillas no podian andar deprisa.

Silva se aproximó cuanto pudo al capitan, preguntándole:

—¿Queda la piedra cubriendo la entrada de Monteagudo?

—Sí.

—¿Y dentro?

—Sólo él... el jorobado.

—¿Curásteis su herida?

—Al momento; pero ignoro si podrá sanar; ¡es tan profunda!

—¿Qué habeis hecho de ese infortunado?

—Nada, hijo, nada; tú le clavaste el puñal hasta el pomo, y en el castillo se le cortó la hemorragia, aplicándole luégo el bálsamo que usamos nosotros.

—Temo que lo hayais abandonado y perezca el infeliz sin los auxilios á que la humanidad lo hacia acreedor.

—¿Infeliz dices? En una hora que le estuve interrogando no pude hacerse confesar su delito ni obligarle á que me declarase el pensamiento de Fajardo.—Nada sé; dejadme morir—exclamaba, no he vuelto á verle.

—Navarro, sé todo lo valiente que quieras ó puedas, pero es indispensable que, á fuer de noble y caballero, perdones al vencido y uses de generosidad con la víctima; no obrando así, será indispensable nuestra separación.

—Eso nunca; te obedeceré en todo, pero ten en cuenta hijo mío, que hay seres depravados y tan miserables, que es poco cuanto se haga contra ellos.

—Por esa misma razon no deben nuestras acciones parecerse á las de hombres débiles y ruines; ya que Dios se dignó otorgarnos valor y talento, no mancillemos los títulos de nobleza que heredamos de nuestros padres. Sacad esta noche á Bermudez; depositadlo en casa de un honrado labrador, y recomienda su cura y asistencia. Hecho esto, no vuelvas á acordarte de él.

El conde refirió acto contínuo cuanto había realizado en Murcia y una parte del plan que pensaba llevar á cabo; luégo añadió.

—Te instales en el alcázar; tomas las puertas de la ciudad y fijas en seguida un bando que te daré en breve. Puede la gente entrar y salir, deteniendo únicamente á los sospechosos; que reine toda la libertad compatible con el órden, y, puesto que dispones de recursos, respeta y defiende los fondos del emperador; paga bien á tu gente, y admite hasta quinientos soldados.

—Y de los prisioneros, ¿qué hago?

—Los encierras en el alcázar, cuidando á los heridos con solicitud paternal. No olvideis que ellos defienden al emperador y nosotros aspiramos á lo mismo; y si luégo hemos de ser amigos, es indispensable endulzarles la amargura que les estamos causando ahora; á donde no llegue tu caridad, procura que alcance tu egoismo.

—No tendrás queja de mí.

—Abre la correspondencia oficial, y la particular se la entregas cerrada al marqués de los Vélez; visítalo á menudo y dale buenos consejos, que harto los neciesita.

—¿Nombro autoridades?

—No; el que quiera continuar puede hacerlo, siendo

así que sirve al emperador; los que se marchen los dejas ir, asumiendo en tí sus cargos.

—¿Nos sitiarán?

—Es posible, pero tú no te cuides de eso. Vendrán Manueles contra Fajardos, y no veo inconvenientes en que les des plaza. Luégo se reunirán Fajardos é imperiales contra Manueles y nosotros; para ese caso, yo dispondré lo más conveniente. Vela tú por la tranquilidad de Murcia: que no se altere el órden un solo instante, y no te importe nada de lo que llegue de fuera.

—¿No vienes tú al alcázar?

—Viveré en mi palacio con mi solo escudero y tres criados más.

En este instante penetraron en la ciudad; no obstante el silencio y compostura que todos guardaban, pronto se alarmaron el pueblo, los nobles y las autoridades, viendo llegar atados á los soldados de Fajardo y presos Almela y oficiales.

Como era natural, no podian explicarse aquel cambio, ni hicieron otra cosa que encerrarse en sus casas y esperar escondidos la solución de un problema imposible de resolver por los que todo lo ignoraban.

Al llegar á la plaza de Santa Eulalia, se despidió Alberto de amigos y conocidos y marchó solo á su palacio. Los demás siguieron adelante, entraron en el alcázar, y cuando hubieron depositando los presos, comenzó Navarro á dictar medidas que eran cumplimentadas en el acto. Aquella rebelion, la ménos sangrienta de cuantas conocemos, se estaba realizando con tranquilidad, sosiego y calma desconocidos. Pronto debia contar con quinientos defensores asalariados y con muchos más gratos y decididos. Los descontentos

abundan en todos los países, y en Murcia entraban por miles los que se hallaban en este caso.

Sigamos nosotros al héroe, el cual, huyendo de los plácemes, los vítores y aplausos, parecía haberse vuelto á oscurecer en un rincon de su extenso y aislado palacio.

CAPITULO XVI

—

Todo se va ganando.—En todo está el buen general.—Los Manueles, los Fajardos y los imperiales.

El conde entró en su casa, echó pié á tierra, y dando las bridas de su caballo á Pablo, le dijo:

—Sírveme al momento la comida.

—¿No os quito la armadura?

—¿Con qué criados cuento?

—Están admitidos los tres que me encargásteis anoche.

—Bien; que me desarmen y vistan ellos.

Y penetró en su despacho, dejándose poner otra vez el traje de terciopelo negro que se quitó en el alcázar. Eran las cuatro de la tarde, y no había probado agua ni alimento alguno desde el día anterior á la misma hora. Pronto le sirvió el antiguo escudero de su padre ricas viandas, buen vino y agua, que fueron poco á poco destruyendo su sed y la gran debilidad que ya sentía.

—Uno de vosotros,—dijo á Pablo—hace de portero, otro se encargará de la cocina, el tercero del aseo del palacio y tú de mi.

—Poca servidumbre me parece para un edificio tan grande y un general tan valiente y entendido.

—Entre mi padre y yo sólo contábamos contigo, no obstante habitar la misma casa.

—Entonces érais muy pobre.

—Y ahora soy más.

—Cuentan que mandais en Murcia y que sois un héroe; lo último há tiempo que yo lo sabía.

—Déjate de cuentos, Pablo, y dale las gracias en mi nombre al nuevo cocinero, condimenta las aves y los pescados admirablemente.

—Sabe su obligación, pero no es una notabilidad.

—Opino lo contrario.

—Señor, es que os habeis sentado á la mesa con gran apetito.

—¿Supones que he comido mucho?

—Doble que en otras ocasiones, y la mitad escasamente de lo que cualquiera otro.

—El hombre debe ser avaro en el templo, sóbrio en la mesa, espléndido entre el pueblo, humano en el hospital é invencible y generoso en el campo de batalla.

—Vuestro retrato, amo mío.

—El de toda persona bien nacida, Pablo.

—¡Ay! ¡ay! señor, qué pocos obran de ese modo; uno por cada mil.

—Cómo ha de ser; hay tanta torpeza en los hombres, que no me extraña digas la verdad.

—¿Aumento el número de criados siquiera hasta doce?

—No.

—Somos pocos, gran señor.

—Cuando no podais hacer una cosa, dejadla; me basta y sobra con cuatro.

—Os advierto, señor conde, que tengo mil ducados, sin contar lo que me quedaba.

—¿Quién te los ha dado?

—El alférez Osorio, de parte de su capitán don Pedro Navarro.

—Devuélveselos ahora mismo.

—No los querrá tomar.

—Dile de mi parte, que los emplee en pagar bien á los infelices que se están sacrificando por él.

Y le volvió la espalda sin esperar contestación.

Acto continuo se encerró en su despacho, dedicándose á redactar el bando que había ofrecido á Navarro y algunas órdenes relativas á la situación creada por él.

Todo lo que Silva era de modesto y aficionado al olvido y abandono, ocurría en sentido inverso en Navarro y aún en los oficiales que le obedecían. Alberto se escondió en una estancia de su casa, rodeado únicamente de cuatro sirvientes, mientras que el jefe comunero se presentaba en aquel momento, que eran más de las nueve de la noche, seguido de brillante escolta mandada por el atleta Mendoza. Silva oyó las pisadas de veinte caballos que penetraban en el zaguan de su palacio, y poco después alzó la cabeza para hallar enfrente al capitán y al alférez, luciendo preciosas armaduras.

—¿Qué es eso, señores?—les preguntó;—estando en paz con los de dentro y fuera, ¿á qué ese aparato de guerra?

—Hijo,—contestó el primero,—en tu pueblo natal

se esconden hombres muy malos, y bueno es vivir prevenidos. Te voy á mandar una guardia compuesta de quince hombres y un sargento.

—Trabajo inútil; no les abrirán las puertas.

—Teme la traición, Alberto.

—Gracias por el consejo, mas opino lo contrario. Es malo, capitán, empezar por temer una cosa, porque luego se teme otra y otra, y llega uno á ser tan tímido, que se oculta entre las entrañas de los montes ó se disfraza de peregrino, rehuyendo las miradas de un Fajardo ó el brazo de un Almela; y en verdad que valen bien poco. ¿Es cierto, Mendoza? ¿Creeis, como yo, que asistir al asalto es una cosa y batirse con espada es otra?

—Desde mañana,—contestó Navarro,—vestiré como tú; que aun cuando en prudencia, génio y sangre fría me aventajes, no así en valor.

—Sí; más es necesario que ese ardimiento tenga buena aplicación. El beduino también es muy valiente: pero á eso se le llama valor salvaje.

—Hijo, ya sé que todos debemos imitarle, y lo haremos, aun cuando tengamos que violentarnos; por consiguiente, son inútiles los consejos.

Aquí tienes el bando y algunas órdenes que deberás cumplimentar inmediatamento. ¿Qué dicen las autoridades de Murcia?

Solo tres han rehusado continuar en el desempeño de sus cargos.

—¿Están guardadas las puertas y portillos?

—Sí.

—¿Se os presentan adictos?

—¡Muchos, imposible parece!

—Al que triunfa le sobran siempre partidarios.

—Los Manueles de Murcia han escrito á sus parientes y amigos de este reino, y su entusiasmo no conoce límites.

— ¿De qué fuerza creen poder disponer?

—Piensan reunir cien caballos y muchos más jinetes.

—Si lo consiguen, nada habrá que temer. ¿Qué más teneis que decirme?

—Que está todo tranquilo, si bien los medrosos y gente tímida...

—Es natural. Necesito una persona de toda tu confianza que parta inmediatamente á Barcelona, y á la llegada del emperador, si no estuviese á su arribo, le entregue un pliego, aguardando la contestacion.

—¿Se refiere á nuestro indulto?

—Sí.

—Te advierto que se ha adelantado mi tio; y sabiendo que el César estaba próximo á desembarcar, ha remitido una exposición firmada por varias personas notables de Murcia en solicitud de nuestro perdon.

—No importa, rogar es una cosa, y demostrarle la imperiosa necesidad de otorgarlo es otra.

—En ese caso te mandaré mañana á uno de mis amigos de la capital.

—Procura que sea hombre acostumbrado á la fatiga y que haga volar á su caballo.

—He pensado en el que reune las cualidades necesarias.

—Traslada, si no lo has hecho ya, á Bermudez, recomendándolo bien; sacad luégo cuanto teneis en el castillo, sin dejar rastro en él de vuestra permanencia

allí. Duerme poco, vigila mucho y no cometas la menor imprudencia; cada seis horas vienes á darme un parte verbal de lo acontecido.

Poco después se despidieron el capitan, Mendoza y el conde, marchando los dos primeros y continuando el otro escribiendo.

—Veamos,—dijo,—si nuestro bondadoso emperador me niega á mí la gracia, cuya concesión le interesa tanto como á nosotros.

Y comenzó á redactar una exposición, en la cual se culpaba de cuanto había acontecido, justificando el hecho con las arbitrariedades de Fajardo, todas las que enumeraba detalladamente, y con la imperiosa necesidad de evitar que fuesen asesinados los cincuenta y un ex-comuneros que tantos servicios habían prestado á la patria, que tanto amaban á su soberano y que tanto podían hacer todavía por su país y por su rey.

«No es una revolución lo que he promovido, gran »señor,—le decía;—nosotros anhelamos obedecer »á V. M.; ocupar en la guerra la vanguardia, y ser los »primeros en perecer, invocando el augusto nombre de »Cárlos I; pero hasta tanto que V. M. se digne indul»tar á mis amigos, debo defender sus vidas, y lo haré »con el interés de un hermano, con el cariño y abne»gación de un padre.

»Podía sublevar todo el reino, aumentar mis hues»tes y destruir ejércitos; mas no entró nunca en mi »ánimo faltar á mi señor ni hacer uso de un solo ma»ravedí perteneciente á las arcas reales. Lejos de eso, »velaremos día y noche por los intereses de V. M.; su »nombre será tan respetado como merece; y si al con»cluir dispone el gran César mi muerte, iré al patíbu-

»lo bendiciendo al monarca, que no pudo ser injusto »conmigo, toda vez que no lo fué con nadie. Daré »á V. M. parte detallado de cuanto ejecute en favor de »estos desgraciados, y espero con placer el dia que mi »señor se digne exigirme la responsabilidad de todos »mis actos.»

Y concluyó su exposición, la que redactó con tanta habilidad y acierto como necesitaban sus amigos.

Luégo pidió su capa, se embozó, dirigiéndose al alcáza. A la puerta de éste vió á los guardias, é hizo que le condujesen á las habitaciones de don Pedro Fajardo. Al marqués le dieron un salon interior, cuya luz entraba por el techo, y en el que era imposible toda evasión. En un extremo le pusieron la cama, y en ella sufria las consecuencias de su herida: estaba solo, y su médico le visitaba cada tres horas, seguido de un oficial comunero. Habian querido verle Navarro y varios caballeros de Murcia; mas el intransigente cautivo se negó á recibir á otro que no fuese el facultativo.

Silva llegó á la antesala de la prisión, hallando á la puerta dos centinelas y al sargento Dávalos, que vigilaba á éstos.

—¿Cómo está Fajardo, sargento?—le preguntó.

—Dice el médico que le consume la fiebre; pero que sanará de la herida, áun cuando es lo probable que pierda la mano derecha. Buen tajo, mi general, como vuestro; con más acierto, y en sitio más á propósito...

—Bien, Dávalos, bien; entrad y anunciadme.

—Se vá á negar, no quiere recibir á nadie.

—Peor para él; avisadle mi llegada inmediatamente.

Entró el sargento, y regresando despues, añadió:

—Al oír vuestro nombre se sentó sobre la cama, exclamando: «Que pase; deseo verle al momento.»Os he puesto un sillon á la cabecera; y si gustais...

Alberto le dió su capa y gorra, penetró en la estancia con la gravedad y calma que le eran propias, hizo una reverencia, y se sentó, preguntado al enfermo:

—¿Cómo estais de vuestra herida?

—Continúa el dolor, la fiebre aumenta, y todo lo llevo por Dios, ya que así le plugo á su divina voluntad.

—Siento que os hayais agravado, señor marqués, y me complace vuestra resignación.

—Gracias, en cuanto á lo último, no tengo otro medio que conformarme con la suerte. Decidme, señor conde, ¿qué debo esperar del porvenir?

—Esa postura os es incómoda; descansad sobre la almohada, que al enfermo todo le es permitido. Así, ahora os diré que penseis únicamente en vuestro restablecimiento. He dado órden para que se os asista con todo el esmero y cuidado posibles; quiero que nada os falte, y vengo á saber si cumplen bien mis órdenes.

—Sólo necesito médico y botica; tengo ambas cosas, por consiguiente, no puedo formular queja alguna.

—Más adelante os harán falta criados, buenos alimentos, ropas, y mi mandato se extiende más allá del presente.

—¿Qué pensais hacer de mí?

—Por ahora sólo deseo que saneis.

—¿Y luego?

—Despues continuareis prisionero, teniendo por cárcel las mejores habitaciones de este alcázar.

—¿Durará mucho mi cautiverio!

—Quién sabe; he dado parte al emperador, y hasta que él disponga lo contrario debéis permanecer en vuestro encierro.

—Entonces lo decretará al momento; sé lo mucho que me estima.

—Os advierto que le puse una pequeña condición.

—¡Vos! ¡Al César!

—Claro es; me obedece el reino de Murcia; puedo alzar banderas y reunir un ejército, y luego... Creo que ya me vais conociendo.

—¿Qué condición es esa?

—La del indulto de mis amigos.

—¿Y si no aceptase?

—Entonces os juzgaría un tribunal, recibiríais el castigo á que os condenase, ú os pondría en libertad, facultándoos para capitanear las filas de mis enemigos y batirme con ellas.

—Yo no he cometido delito alguno.

—Dicen, el pueblo, algunos nobles y hasta autoridades, que abusásteis de vuestro poder, que no administrásteis bien y que oprimistéis demasiado; pero eso á mí no me incumbe todavía; soy adelantado mayor interino, y es lo probable que en breve os devuelva la propiedad que tenéis de derecho, en cuyo caso nada podré hacer contra vos. Mas, si me viese obligado á destituiros y recayera en mí dicha propiedad, entonces os mandaría formar causa.

—Muy severo os vais haciendo, señor conde.

—Aprendí de vos esta mañana, señor adelantado; pero no temais nada, pues antes de que llegase para

vos ese faltal momento, ocurrirán cosas tan graves, que hasta es posible mi muerte.

—Quisiera saberlas.

—Voy á satisfacer vuestro deseo: antes de pocos días sitiarán mi querida ciudad vuestros parientes y amigos y ya comprenderéis lo que haré con ellos y lo que ellos intentarán contra mí.

—¡Jesús, que idea tan horrible!

—Pero muy verosímil, ¿es cierto?

—¡Mi hijo, mi hermano, maldición! ¿Me permitís que mande un amigo íntimo á solicitar en mi nombre el indulto de vuestros parciales? Estoy seguro que el emperador no se niega pidiéndoselo yo.

—Es tarde, señor marqués, lo que suplicaba hace horas no debo admitirlo ya. Me obligásteis á tirar de la espada, á herir con ella el derecho, á que os arrancara el poder, y desde que tuve ésta, quedé inútil para rogar.

—¡Cuánta sangre se va á verter! ¡qué de víctimas inocentes sucumbirán!

—De todo sois responsable. ¿No recordais cuando os pedía sumiso y humillado?

—No os conocía, Silva, no os conocia.

— Las torpezas se pagan caras.

—Ya lo veo; perderé la mano derecha, los individuos de mi familia verterán su sangre por mí, y luégo... Os recomiendo la prudencia, señor conde, porque lo contrario es posible que el porvenir sea para ambos más negro de lo que os figurais.

— Esas frases envuelven una amenaza, de lo cual deduzco que seréis siempre el mismo. La lección, señor marqués, debió reformar vuestro carácter y hasta

modificaros las ideas; mas noto con sentimiento que no sucede así. Yo no me precipito jamás; víctima de mi deber, lo realizo, inspirado siempre por la prudencia y el honor.

—¿Y si os equivocais en esta ocasión? ¿Si, lejos de usar la templanza de que blasonais, correis al campo de batalla, embotais vuestra lanza, y ciego ya?...

—Perdonad que os interrumpa; antes de que sucediera eso me atravesaría el corazón. Para que ciegue el entendimiento es preciso que el hombre debilite su voluntad, y la mía es más fuerte que el bronce; el que ciega de ese modo se convierte en fiera; yo nací hombre, y he de bajar á la tumba sin avergonzarme de haber dejado de serlo un solo instante.

—Os lo decía, señor de Silva, porque mi familia es tan poderosa como dilatada; y por lo mismo que sé cuánto valeis, temo la lucha: frente á frente los míos y el conde de Santomera, me horroriza la idea de lo que pueda acontecer.

—Ciertamente, señor de Fajardo; es posible que, ya á caballo y en pos de mis valientes, caiga sobre vuestros parientes, amigos y parciales, y no envaine la espada ínterin conserve la vida ó quede uno de ellos; pero esto sólo vos podeis evitarlo.

—¡Yo! ¿de qué modo? Haré cuanto querais; entre esos, que hoy llamais vuestros enemigos, están mis afecciones más queridas; con ellos quedó mi corazón: pero no adivino el medio de evitar la catástrofe.

—Oidlo: por desgracia llegarán los vuestros antes que la resolución del emperador: de esto se deduce lo inevitable de la contienda; mas si vos me dais palabra de honor de cumplir con entera exactitud lo que os

mande el César; no guardar rencor ni ensañaros luego con los que hoy me siguen, si es que no me es dado llevarlos á la corte, yo respondo que áun cuando se vierta sangre, tendreis que deplorar pocas desgracias.

—¿Y si entre esas pocas se cuentan los séres á quienes más amo en el mundo?

—Procuraré que no llegue ese caso.

—¿Me lo jurais?

—¿Me dais antes vuestra palabra de honor de secundar al monarca, y si éste tiende su benéfica mano á los que hoy llamais rebeldes, hacer vos lo mismo?

—Os lo juro por mi fe de caballero.

—Pues juro oponerme hasta con mi espada á que perezca ninguno de esos séres que tanto cariño os inspiran. En el momento dado os pediré sus nombres y señas.

—Gracias, noble vencedor.

—Me alegro haberos vencido, porque, áun cuando perdiéseis la mano derecha, es posible que ganeis en templanza y cordura más de lo que ella vale, y otra cosa que tengo yo en más estima. El tiempo corre, señor marqués, y el deber me llama. ¿Qué deseais de mí?

—Veros á menudo.

—Vendré todos los días, y quiero que me digais si se os tienen ó no las consideraciones que merecen vuestro rango y situación.

—Gracias; sois tan valiente como caballero. Decid á Navarro y á sus oficiales que hoy no los he recibido por el mal estado de mi salud; pero me siento me-

jor, y desde mañana no hallo inconveniente alguno en que visiten, si lo tienen á bien, á su prisionero.

—Vendrán, y que el cielo proteja vuestra cura. Hasta mañana.

Fajardo alargó su mano izquierda al conde, el cual la estrechó cordialmente desapareciendo de allí.

—Dávalos,—dijo al sargento cuando salia,—que nada falte al señor marqués: puede dársele cuanto necesite y pida. Se le respetará como adelantado mayor, y se le obedecerá como á mí en lo que no se oponga á su cautiverio.

—Bien, señor, cumpliré el mandato.

Alberto continuó adelante, y á la mitad del pasillo ancho y claro, le detuvieron los brindis y algazara de varios hombres, cuyas voces hubo de reconocer. Sin escuchar más, llegó á la puerta de un salon, levantó la cortina y pudo contemplar á los cuatro jefes comuneros que, en unión de muchos caballeros murcianos, rodeaban espléndida mesa, cubierta de manjares, vinos y licores. Eran servidos por lacayos y pajes, y cuanto encerraba aquella habitación aparecia suntuoso, casi régio.

Al ver los del festin á nuestro jóven, se pusieron de pié y le dieron un aplauso, exclamando Mendoza con voz de bajo profundo:

—¡Viva el héroe! Adelante, señor conde; presididnos, y el banquete será completo, la alegría mayor, la honra sin igual.

—Avanza, hijo mio, hé aquí mi asiento,—añadió Navarro.

—Pasad, pasad,—gritaron todos.

—Gracias, señores,—contestó Silva bajando su em-

bozo, y descubriéndose, pero sin avanzar una línea;—no soy aficionado á festines, ni creo necesarios para el sustento de la vida esa profusión de manjares, el lujo, ni la ostentación que miro. No obstante mi opinión, continuad, divertíos vosotros; yo velaré en tanto por vuestras vidas, amenazadas de muerte.

Y haciéndoles una reverencia, marchó de allí.

Los comuneros se inclinaron, quedando como anonadados y perplejos. Por fin Navarro alzó la cabeza, exclamando:

—Siga el banquete, señores; mi hijo es excéntrico como todos los sábios.

—Niego la comparación, —contestó Núñez, á cuyo cerebro llegaban ya los vapores del vino; —conozco un poco la historia, y sé que Salomón, primer sábio del universo, se parecia á nosotros mucho más que á Alberto en lo aficionado á las orgías, al lujo y á otras muchas cosas...

—Bien,—añadió Navarro,—si al conde no le gustan los festines, peor para él, y puesto que, velando tan entendido general, podemos descansar nosotros, brindemos á su salud.

—¡Por el héroe!—dijo Mendoza.

—¿Por nuestro salvador!—añadió don Alvaro.

—¡Por él, por él!—gritaron todos, alzaron las copas y continuaron en su espléndido banquete, desquitándose del aislamiento y áun pobreza á que vivieron condenados en el castillo de Monteagudo.

Nuestros cuatro comuneros sufrian con paciencia toda clase de penalidades cuando no tenían medio de combatirlas; pero al suceder lo contrario, ninguno les aventajaba en lujo, ostentación y aparato; en esto for-

maban la antítesis de Alberto de Silva. Sigamos á éste á su palacio.

Salió el conde del alcázar, sin permitir que le acompañasen con hachas ó linterna, y esto lo hacía no obstante la oscuridad de la noche y la costumbre establecida entre los grandes señores de llevar sirvientes desde que anochecía hasta que se retiraban á descansar. Solo, y sin temor alguno, cruzaba las estrechas y tortuosas calles de Murcia, deteniéndose á cada momento para tomar nueva ruta, acortar la distancia y evitar rodeos. De pronto tropezó con un objeto que no había podido distinguir oyendo á la vez la siguiente exclamación:

—¡Ay! todo sea por Dios.

Era un infortunado que tenía por lecho el duro suelo y por techumbre el firmamento.

—Levanta,—le dijo Alberto.

—¿Qué hice yo para que no me dejeis dormir? ¡Dormir he dicho! me equivoqué; el frio de la noche y el hambre no quieren que yo repose hoy.

—¿Quién eres?

—Un poderoso que tiene por palacio el mundo y por patrimonio la caridad. Cumplí sesenta años, y empieza poco envidiable mi vejez.

—Levanta, desgraciado; te lo ruega el conde de Santomera.

—¡Un conde! perdonad, gran señor; ya estoy de pié: ¿me dais una limosna, por Dios?

Silva distinguió entonces, aunque con trabajo, á un hombre cubierto de canas, rotas sus vestiduras y al aire la cabeza y parte del cuerpo.

—¿Nada tienes en el mundo?

—Nada, señor; pero vos sois conde, y socorrereis mi infortunio, ¿es cierto?

—¡Conde, sí, pero tan pobre!... Me he equivocado; comparado contigo soy rico, muy rico.

—Entonces...

—¿Por qué tiemblas?

—Es de frío, señor, de frío; me entra el aire por todas partes.

—Toma mi gorra y mi capa.

—¿Y vos?

—Yo tengo calor; embózate.

—¡Señor!

—Obedece. Ahora sígueme.

Y el noble mancebo continuó adelante sin capa ni gorra, yendo en pos el mendigo con quien concluía de tropezar. De este modo llegó á su palacio, diciendo á Pablo:

—A ese infeliz le das esta noche habitación, ropa y comida; le cuidas como á mí, y si algo le faltase, que sea porque no lo tenga yo. En lo sucesivo cobrará una pensión de ciento cuatro maravedís diarios que le señalo y que tú le abonarás.

En tanto que Pablo obedecía á Silva, éste entró en su despacho y prosiguió trabajando hasta cerca de las tres, en que se acostó, dando orden de que lo despertasen á la siete de la mañana. Su claro ingenio y elevado talento distinguían ya perfectamente el desenlace y consecuencias del drama que se estaba representando en la ciudad de Murcia. Alberto lo preveia todo, nada pasaba desapercibido para él, y en su bien organizado cerebro tenía atracción lo más grande y sublime que podía llegar á cabeza humana. En este día

dió principio á la realización de sus propias ideas, y desde el mismo comenzó á figurar entre los grandes hombres de su país; del primer salto se colocó en el sitio más elevado, y era aquel su puesto, toda vez que no descendió jamás ni nadie osó disputarle lo que al parecer le correspondía de derecho.

Su bondad se igualaba á su genio y sabiduría; pero, siendo así que vamos á conocer todos sus hechos, sigámosle, y poco á poco nos irá convenciendo de lo mucho que debía á la Providencia.

CAPITULO XVII

Reformas.—Disposiciones.—La paz.—Los Manueles, luego los Fajardos y después los imperiales.

Nuestro admirable jóven se levantó á las siete de la mañana y continuó trabajando hasta las nueve, hora en que fué Navarro á darle cuenta de lo ocurrido hasta entonces. La ciudad estaba tranquila, el apellido de Silva era pronunciado con respeto y temor por la mayoría de los murcianos, y el partido de nuestros sublevados aumentaba considerablemente.

Cuando el capitán comunero hubo enterado á Alberto de lo expuesto anteriormente, fué interrogado por aquél con las siguientes frases:

—¿Sacásteis de Monteagudo al jorobado y cuantos efectos tenías allí?

—Todo.

—¿Se realizó lo restante que mandé?

—Alberto, áun cuando nos gusta reunirnos en torno de espléndido banquete, nos agrada un sarao y nos complace descansar de las fatigas, jamás lo hacemos mientras el deber nos llama á otra parte. Ninguno de

nosotros durmió esta noche, tus órdenes se cumplieron con exactitud, y en lo sucesivo se verificará lo mismo pudiendo, en consecuencia, excusar esas preguntas.

—Muy bien; toma estos despachos y que los lleven inmediatamente á sus destinos; que entre y salga en la ciudad el que quiera hacerlo; que tu gente no se duerma, pero que á nadie molesten ni detengan sin causa justificada.

—De ese modo nuestros enemigos podrán reunirse con entera comodidad.

—Y nosotros lograremos conocerlos sin temor de equivocarnos.

—Los Fajardos, sus deudos y amigos se agitan, y pronto caerán sobre nosotros.

—He previsto el caso, y los espero.

—Cartagena, Lorca, Alhama y Totana, por lo ménos apoyarán las pretensiones de nuestros contrarios.

—¿Correrá bien el que debe entregar mi despacho al emperador?

—Cuanto quepa en lo posible.

—Interin regresa nos entenderemos en vencer á los que nos sitien. Quiero, no obstante, enviar al César el parte diario que le he ofrecido; á este fin me mandarás un correo todas las mañanas á las siete en punto.

Poco después salió Navarro de allí, ejecutando en el acto los encargos de Silva.

La paz y sosiego que habían sucedido á la sublevación y cautiverio de Fajardo y los suyos, fueron infundiendo confianza en los habitantes de la ciudad, y

en la tarde del segundo dia todas las tiendas estaban abiertas y entregados los murcianos á sus faenas cotidianas. Esto, sin embargo, no era razon para que cada cual dejase de referir y comentar á su antojo los grandes acontecimientos que había presenciado. Alberto de Silva, conceptuado héroe por los excomuneros, pasaba ya entre los de Murcia por un sér sobrenatural, capaz de vencer imposibles y de llevar á cabo con éxito todas las empresas y planes que intentase. La gente sensata miraba en él un genio acariciado por la sabiduría, el valor y el talento; pero el resto de la población, recordando la historia del marqués de Villena y la célebre redoma donde se hizo esconder, aseguraba con mucha formalidad que el conde de Santomera no era otro que el mencionado marqués, resucitado allí á favor de su terrible mágia y con el apoyo de los duendes y brujas encerrados en el viejo y ruinoso palacio de aquél hasta hace muy poco. La belleza de Alberto, su corta edad, hechos prodigiosos y el aislamiento á que le condenaban su carácter y modestia, servían de fundamento á la gente preocupada y supersticiosa; era murciano, y esta razon bastaba para que la mayoría le negase la sabiduría y talento que el cielo le otorgó, cumpliendo el axioma de: *en su tierra, ninguno es profeta*

Silva trabajaba unas veces y otras, embozado en su capa y sin darse á conocer á otras personas que á aquellas á quienes juzgaba conveniente, recorría la ciudad, observaba el modo de cumplir sus mandatos, vigilaba, concluyendo por hacer á Fajardo la visita diaría que le había ofrecido.

Trascurrieron veinticuatro horas más; Alberto es-

taba escribiendo, y el escudero Pablo se atrevió á interrumpirle con las siguientes frases:

—Señor, en la ciudad se nota agitación; teme el pueblo, y se han cerrado casi todas las tiendas.

—Bien, déjame en paz y no vuelvas ni permitas que entre nadie hasta que yo avise.

Y continuó trabajando, sin hacer alto en el contenido de las palabras de su sirviente.

Una hora más tarde oyó carreras de caballos, el choque de las armas que se arrastraban por el suelo y el murmullo de muchas voces; pero tampoco fué esto razon para que dejase de escribir.

Trascurrió media hora, y ya no le quedó duda dé que su palacio estaba invadido por gentes de armas que hablaban con calor cerca de su despacho. Concluyó entonces de trabajar y movió una campanilla.

—Pablo,—dijo al escudero que se presentó,—¿qué ruido es ese?

—Señor, han llegado el capitan Navarro, sus oficiales y más de cien caballeros que aguardan os digneis recibirlos. En la calle hay muchos peones y el zaguan está lleno de caballos.

—Que pase Navarro.

Salió el sirviente, y poco después penetró el jefe comunero, preguntando:

—¿Por qué me ha prohibido la entrada tu criado Pablo?

—Ignoraba que tuvieses necesidad de verme, y me retenía aquí un trabajo importante que no he querido interrumpir. ¿Quienes te acompañan?

Hay, en primer lugar, una comisión compuesta de los principales jefes de las comunidades de Ori-

huela y Elche, que vienen á ofrecerme su apoyo y á rogarte que te pongas al frente de ellos. Cuentan con más de cuatro mil hombres, artillería...

—Basta, Navarro; pueden retirarse, seguros de que ni ahora ni nunca podrá un noble como yo defender la idea que ellos han proclamado, y ménos capitanear á quienes se han sublevado contra sus propios señores, sin causa ni motivo justificado. ¿Qué más?

—Desean conocerte y admirar de cerca al caudillo que nos manda, las autoridades de Murcia, mi tio, algunos otros deudos, todos mis amigos y muchos caballeros que sólo oyeron hablar de tí. Es una ovación que mereces...

—Recíbela tú, que eres aficionado á ellas, y vamos á lo que urge.

—Hijo, pueden tomarlo á desaire.

—Padre mío, no quiero oir lisonjas ni perder un tiempo precioso. ¿Quiénes más esperan?

—Los Manueles, amigos y parciales que llegan acompañados de cien ginetes y trescientos peones; los he revistado, y puedo asegurarte que es toda gente de la que nos hace falta. Hay en ellos valor, decisión y entusiasmo.

—Los esperaba; que pasen inmediatamente los Manueles.

—Recibes á unos, y á otros no...

—Navarro, despide primero á la comisión, luego á los de Murcia, y cuando unos y otros hayan partido, que penetren los Manueles; de este modo no das motivo de queja á los anteriores.

—Tenía yo interés en que mis amigos y las autoridades llegasen hasta aquí.

—Procura concretarte al cumplimiento de tu deber, y olvida esa consideraciones.

—Es que mañana necesitamos de ellos.

—A mí me basta con vosotros; si á tí te hacen falta, complácelos en lo que te pidan. Espero á los Manueles.

Navarro arrugó la frente y salió, regresando un cuarto de hora más tarde con diez caballeros. Silva fué estrechando sus manos, oyó despues los plácemes y elogios que le dirigieron, y, dando las gracias con su natural modestia, añadió:

—Venís, señores, armados, os siguen vuestros parciales y soldados, desearia saber el pensamiento que os guía, la intención que traeis.

Los diez hablaron entre sí, y cuando se hubieron puesto de acuerdo, contestó uno de ellos:

—Señor conde, hace un siglo que están de más sobre la tierra los Fajardos ó nosotros. Somos dos familias cuyo ódio inextinguible acrece en nuestros pechos, por lo que no perdemos ocasión alguna de atentar contra ellos, pagando de este modo la muchas ofensas que debemos á nuestros rivales. Ha tiempo que, elevados por los reyes, fueron más poderosos que nosotros y tuvimos que ceder ante el imperio de la necesidad. Pero hoy, que el héroe de Murcia ha vencido al jefe principal de esa raza maldita; hoy, que sus parientes, amigos y parciales se juntan y aprestan al combate, hemos hecho nosotros lo mismo, y aquí nos teneis dispuestos á dar fin de ellos. De un jefe como vos, todo se puede esperar; nosotros, os seguiremos al campo y no existirá un Manuel que quede atrás ni deje de avanzar lo que otro cualquiera.

—¿Sólo eso os proponeis?—preguntó Alberto.

—¿Os parece poco?

—Todavía no he formado juicio; necesito saber antes el todo de vuestro plan.

—Ya lo habeis oido.

—Sentaos, y escuchadme con atención.

Cuando lo hubieron verificado los doce lanzó el jóven sobre los Manueles una mirada investigadora; luego meditó, exclamando después:

—Señores, vuestro renombre de valientes es un hecho que nadie ignora; la caballerosidad que suele acompañar á la mayor parte de vuestros hechos está probada, y el que sois nobles lo dicen esos escudos de armas y lo sostienen vuestros acciones. Jamás he adulado ni adularé á nadie; lo bajo y ruin no es para gente que se estima, y yo tengo en mucho mi nombre y fama; por consiguiente, os he dicho la verdad, como os probaré más adelante, añadiendo á lo que os ha podido agradar lo que no os gustará oir; pero no debo ocultarlo, porque os llamais mis parciales, me nombrásteis jefe, y tal honra y apoyo merecen mi aprecio y consideración. Ha cerca de un siglo que por solo cuestión de rivalidad, luchais contra la familia más poderosa de Murcia, convirtiendo este delicioso país en campo de batalla. La sangre de vuestros deudos, amigos y paisanos ha corrido sin compasión; se han desmembrado vuestros intereses, propiedades é influjo, y ha habido ocasiones en que, poderosos y dignos de figurar en primera línea, corrísteis fugitivos y errantes á otro reino, en busca de una tranquilidad que os asegurase la vida que temíais perder. Y soy murciano como vosotros; deploro las luchas de raza á raza,

y desearía que los Manueles y los Fajardos, puestos al frente de los destinos de este reino, rivalizasen únicamente en talento, generosidad y nobleza; lo contrario se llama rivalidad de fieras, y vosotros debéis aspirar á que os llamen hombres, no leones ni tigres. Os estimo, anhelo vuestro bien, y toda vez que me elegís por árbitro de vuestra suerte, quiero elevaros, engrandeceros; pretendo destruir la pequeñez que os inspiro hasta ahora, y que os aconseje en lo sucesivo la grandeza de la idea, lo sublime del pensamiento. Haré, en fin, si me ayudais, que al terminar la lucha que ha de sujetar y contener por mucho tiempo á los Fajardos, cesen para siempre las guerras de raza, y os mireis, si no como hermanos, poco ménos.

Calló Alberto, volvieron á hablar entre sí los Manueles contestando uno de ellos:

—Señor conde, vuestro talento admira: el deseo que demostrais podrá ser hasta santo, pero su realización no cabe en lo posible; esa familia maldita nos ha hecho tales ofensas, se ha valido de medios tan arteros y de intrigas tan horribles, que nuestro odio de raza no puede extinguirse en muchos siglos. Nuestros padres nos lo inocularon hasta en la sangre: lo mismo hacemos nosotros con nuestros hijos, é igual verificarán éstos con los suyos.

—Mal hecho; la grandeza del hombre está en relación con su generosidad, con la nobleza de su alma y con la predisposición al olvido de ofensas añejas.

—¿Por qué entonces al jefe de ellos le habéis cortado la mano derecha, encerrándolo después en una prisión con algunos de sus parciales y con todos sus soldados?

—Primero, porque me insultó villanamente; luégo porque entre amenazas y denuestos me negó un acto de justicia que le pedí: más tarde se rió de la venganza que le prometí, y por último, de no haber obrado con la energía y entereza que lo verifiqué, morirían asesinados bárbaramente Navarro y sus cuarenta subordinados.

—Luego convenís conmigo en que el jefe de esa familia es un verdugo.

—Lo fué; desde que yo le vencí varió de carácter y piensa de un modo diferente á como antes.

—¿Y los restantes?

—Serán otros al concluir la lucha empezada.

—Ese será un milagro que sólo á Dios le es dado practicar.

—Pensad en lo que he hecho hasta aquí, y lo hallaréis más difícil que lo que me propongo para lo sucesivo; y verificado lo uno, no hay razón para dejar de realizar lo otro.

—Señor conde, tenéis más talento que nosotros; vuestra intención es noble, y en verdad que ese modo de argüir os ofrece una ventaja incontrastable.

—No es esa la causa; consiste en que defiendo lo grande y elevado, y vosotros, nobles é hidalgos, os veis impelidos, á pesar vuestro, á inclinaros ante la razón.

—Damos por hecho que sea así; yo me comprometo en nombre de toda mi familia á abrir los brazos á los Fajardos con tal de vencerlos primero y que ellos nos los echen antes.

—Os ofrezco la victoria y me opongo á lo segundo, no obstante lo fácil que me sería su realización, porque

siendo vosotros mis parciales y amigos, no quiero que os aventajen en grandeza de alma, en fuerza de voluntad, ni en generoso desprendimiento de ódios, venganzas y coraje. Vencidos moralmente más que por el hecho de la fuerza, debeis levantar del suels á vuestro empolvado enemigo, estrechándolo contra el pecho que sólo dió cabida al valor en el campo, á la elevación de sentimientos ántes y después de la victoria.

—Señor conde, vos que sois un modelo de nobleza, ¿haríais eso que nos aconsejais?

—Me han ofendido más que á vosotros, y los he de abrazar ántes; la recompensa de los azares, del insomnio, de la sangre vertida y de los males que trae consigo la pelea la he de hallar luégo, perdonando, rodeado de mis contrarios, y elevándolos después á la mayor altura; sobre ellos iré yo, y cuanto más suban ménos he de bajar.

—Si lo haceis así, yo jefe de la poderosa familia de los Manueles, os ofrezco que abriremos los brazos á los Fajardos.

—Es preciso mucho más; es indispensable que arranqueis del pecho ese ódio y rencor que os empequeñece.

—Lo conseguireis tambien.

—Juradlo los diez.

—Lo juramos, por la fe de caballeros,—exclamaron todos, fijando la diestra sobre la cruz de las espadas. El más viejo de ellos añadió:

—No olvideis, señor conde, que antes debeis hacer varios milagros.

—Esos se realizarán primero.

—¿Estais seguro?

—No, es lo probable, si vivo; pero, como no tengo la existencia comprada...

Mientras aliente un Manuel, trabajo le ha de costar al que os hiera.

—Gracias, señores; y para que yo pueda cumpliros mi palabra, aguardo de vuestra hidalguía que os concretareis á obedecerme ciegamente. ¿Os merezco la suficiente confianza?

—Sí, sí,—exclamaron todos; uno solo prosiguió:

—Basta lo que ya habeis hecho; sobra con oiros hablar para que se honre y pelee con entusiasmo el que tenga la suerte de llamaros jefe. Señor conde, esperamos vuestras órdenes.

—Quiero que permanezcais reunidos y que esteis cerca de mí.

—Somos muchos, y no sé en qué local.

—Os hallais en él; quedaos en mi palacio. Pobre soy, pero tengo casa, muebles, y os los ofrezco con placer.

—Vais á molestaros,

—No; es conveniente, y llena además mi deseo.

—Aquí nos quedamos; á vuestra voz pelearemos, y en pos ó delante dejaremos de existir si preciso fuera.

—Estrechadme; así os quería, y Dios no me ha negado el favor que le pedí. Ahora reconoced la casa y distribuíos las habitaciones según os convengan; yo tengo bastante con una alcoba y este despacho.

Y aquellos diez caballeros, que entraron con voluntad vírgen y sedientos de exterminar á los Fajardos, abrazaron á Alberto y fueron saliendo uno por uno, inútiles para otra cosa que para obedecerle. Las ideas de

Silva eran tan elevadas como todo lo que emanaba de su bien organizado cerebro; y es más: había en su rostro, y muy particularmente en la mirada, una atracción, tal poder, que se hacía irresistible y obligaba á sucumbir á todo el que debatía con él sin miras bastardas ni entendimiento obtuso.

Los Manueles salieron de allí, según hemos dicho, y se alojaron en el palacio, en unión de sus restantes deudos, amigos y soldados, Navarro y Silva quedaron en pié, mirándose fijamente, sin expresar frase alguna. Pasados algunos minutos, exclamó el capitán:

—Pardiez, creo adivinar tu pensamiento y te aseguro, hijo mío, que me voy persuadiendo de que hay en tí algo sobrenatural.

—¿Qué más?

—Tu talento...

—Cuando le conozcas podrás juzgar de él. Ahora hablemos del enemigo; ¿que hace?

—Según vieron mis emisarios, se apresta á la pelea, reuniendo en torno valerosas huestes.

—¿Cuánto tiempo tardará en caer sobre Murcia?

—Poco; diez ó doce días á lo más.

—¿Nada se sabe aún de si ha desembarcado ó no el emperador?

—Ya debe estar cerca de Barcelona.

—Lo noticia no puede ser más agradable.

—¿Y si se niega, hijo mío?

—Imposible; era preciso que se pareciese á don Pedro Fajardo; y, según cuentan, es tan entendido el uno como torpe el otro.

—Eso es cierto. Dicen, además, que admira su valor

y destreza, y que, á pesar de su juventud, obra con cordura de anciano.

—Siendo así, todos habremos ganado con la sublevación que hoy dirigimos. ¿Murmura la nobleza?

—No.

—¿Se queja el pueblo?

—¡Qué locura! Bendice públicamente la mano bienhechora que gobierna hoy, y le proporciona lo necesario para mejorar su triste situación. Entre las muchas reformas que por orden tuya se introducen diariamente, no hay una sola que deje de ser fecunda, que no tienda á la dicha y prosperidad de los grandes y de los chicos. Alberto, si tú gobernases un reino, serías el primer monarca de la tierra; tus actos llevan el sello de la sabiduría y de la justicia.

—¿Quién dice eso, Navarro, los tuyos ó el pueblo?

—Todos, hijo, todos los murcianos.

—Es que yo sólo tengo enemigos en el campo de batalla, y áun pretendo que éstos elogien mi conducta en lo relativo á administración y buen gobierno.

—¿Quién podría desconocer el mérito de medidas tan acertadas?

—No soy infalible, Navarro; si alguna vez me equivocase, como es posible, no me lo ocultes; este es el mayor favor que podré deberte.

—Lo haré, si hallo ocasión. En vista de los aprestos del enemigo, ¿crees que deben tomarse algunas medidas de precaución?

—No.

Las puertas de la ciudad están abiertas, y es fácil una sorpresa.

—No es probable; mas, si llegara á suceder, á los

valientes como vosotros debe seros igual vencer en el campo que en las calles de Murcia.

—Hijo, dice el refran que el que da primero...

—Pues yo afirmo que el autor de la idea se refería á otra cosa, porque ahora no tiene aplicación.

—¿Conque abandono completo?

—No; da descanso al soldado y vigila mucho; no quiero aparato; sino realidad.

—Comprendo. ¿Comes hoy con nosotros?

—No.

—Rehusas acompañarnos un solo dia.

—Cuando no haya que hacer, nos sentaremos juntos á la mesa; vosotros tardais en comer dos horas y yo empleo treinta minutos.

—¿Irás luego á ver á Fajardo?

—Como todos los dias.

—Entonces, hasta despues.

—El cielo te acompañe, padre mio.

Alberto continuó como hasta aquí por espacio de seis dias; en este tiempo prosiguió introduciendo reformas y planteando leyes que eran aplaudidas por todos y puestas en práctica inmediatamente. La tranquilidad permanecía inalterable; se vigilaba mucho: los agentes de Navarro corrían de un lado para otro; la policía velaba, pero la fuerza armada apenas se veia fuera de los puntos en que era indispensable sostener centinelas y vigías.

Los Manueles, servidos por sus propios criados, discutian á menudo con Alberto y aguardaban tranquilos que aquél les mandase desnudar la espadas; recibían visitas, las devolvían, paseaban por la ciudad, y, despojados ya del ímpetu y coraje que los lle-

vó á Murcia, demostraban sosiego y una calma que desconocieron hasta entonces.

Pero al llegar la noche de este dia, que era el duodécimo de la sublevación, la tropa se puso sobre las armas, los Manueles, amigos y soldados descolgaron su armaduras y demás arreos militares, y puesto el capitan Navarro al frente de una numerosa escolta, mandaba por el teniente Núñez, se dirigió al palacio de Silva. Iba atronando el espacio con el ruido de las armas y el que producían las pisadas de los corceles, y esparciendo nuevamente el terror entre las gentes tímidas. Sólo el jefe echó pié á tierra, y mientras los Manueles rodeaban á Lara, haciéndole preguntas sobre las últimas noticias recibidas, penetró él en el despacho del conde, al que halló trabajando, como de costumbre. Sin dejar de escribir, interrogó al capitan con las siguientes frases:

—¿Por qué vienes armado y seguido de jinetes?

—¿Ignoras lo que acontece?

—Sí.

—El enemigo nos sitia ya, y dispuesto á la pelea, se prepara á dar fin de nosotros.

—Una cosa es querer y otra poder.

—¿Qué hago?

—Nada: puedes continuar dando festines, y tus subordinados requebrando á las murcianas, feas ó bonitas, pues parece que todas le gustan.

—¿Y si nos sorprenden?

—¿De qué modo?

—Entrando de improviso y cayendo sobre nosotros.

—Que penetren cuando quieran y caeremos tam-

bien nosotros sobre ellos. A este fin os aconsejo que hagais lo que yo, dormir poco, comer ménos y estar siempre alerta.

—Hombre, deja de escribir, que el asunto es grave.

—No puedo. Al Segura es preciso hacerle otro cáuce, ensanchando la ciudad por la parte del Norte; debe echarse abajo el alcázar, luego el muro...

—¡Por Santiago!

—No hay limpieza; las calles son estrechas é irregulares; y puesto que los moros están en Africa y nosotros en España, justo es que nos vayamos despojando de lo malo que nos dejaron, conservando, no obstante, lo bueno que es mucho.

El enemigo ha tomado todos los caminos, situando el cuartel general al pié de la Luz.

—Buen sitio ha elegido; desde allí domina toda la vega, viendo la ciudad que se destaca enmedio como la reina del valle. El día está delicioso y el panorama que tiene delante debe arrobarle.

—Para vistas y panoramas está él. Oye, Alberto... pero, hombre, deja de escribir.

—¿Para qué? ¿no notas que oigo, hablo y escribo á la vez sin inconveniente alguno?

—Pues escucha: he formado un plan que creo magnífico.

—Sepámosle.

—El enemigo tiene el cuerpo, como te he dicho, en la Luz, y extiende los brazos intentando rodear la ciudad; le falta gente, y se ha diseminado lo bastante para que podames caer sobre él y destruirlo en tres horas. ¿Qué te parece?

—Sublime, ¡un plan que tiene cuerpo, brazos, que estrecha!... sólo le falta dar besos.

—¿Te gusta ó no?

—Mucho; pero debes guardarlo para darle aplicación cuando seas general.

—¿Tienes tú otro mejor?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Ya lo has oido.

—¿El de no hacer nada?

—Cierto.

—¡Voto al demonio! Con esa calma todo se perderá.

—Cómo ha de ser; los buenos generales, como yo, aprendemos á fuerza de sufrir derrotas.

—¿Te estás burlando?

—Sí.

—Pues el caso no es para bromas.

—Sólo el cobarde se pone sério cuando está cerca del peligro.

—Faltaba únicamente que me negases el valor, y ya lo he conseguido.

—Me alegro. He acabado; firmo y te entrego este nuevo plan de reforma, cuya realización embellecerá la ciudad, facilitando trabajo á muchos desgraciados y prosperidad á los restantes. Toma, preséntalo al momento.

Navarro lo guardó, y, fijándose en Alberto, le dijo, aparentando la calma que aquél usaba:

—A las puertas de Murcia están los Arocas, los Balboas, los Cascales, los Espejos, los Giles y los Fontanas. Seis familias poderosas unidas á la de Fajardo, que traen la pretensión de acabar con todos nosotros.

—Ya les probaremos que es verdad el refran que te cité anteriormente: *Una cosa es querer...*

—Lo recuerdo.

—¿Cuántos son entre todos?—preguntó Alberto.

—Pasan de seiscientos, pero bien armados y con mucho coraje.

—Somos nosotros más y estamos encastillados.

—Bien, pero antes de cuatro días se unirán á ellos las autoridades de Cartagena, Lorca, Alhama y Totana, y doblarán el número.

—Siendo así, para entonces saldremos á buscarlos, obrar de otro modo era cobarde é impropio de tu valor, renombrado capitan.

—Bueno, si te empeñas, se hará así.

—No tengo empeños que demostrarte, sino órdenes que debes obedecer.

—¿Se cierran las puertas de la ciudad?

—No.

—¿Ni crees conveniente tomar medidas de precaución?

—Tampoco; basta con las ya adoptadas.

—Temo que impidan la entrada de alimentos en la ciudad.

—Temo, temo; yo no he temido nada nunca, Navarro.

—Hombre, quiero decir que lo harán.

—Mejor; de ese modo los comprarán ellos todos, se los quitaremos luégo y nos saldrán de balde.

—Ello dirá.

—Con el objeto de que no se repitan tantas sandeces como has tenido la bondad de decirme, entera á los Manueles de mi resolución, y que me dejen en paz.

Marcha, que tengo en la mente otro proyecto y voy á coordinarlo por escrito.

—Te mandaré un parte cada hora.

—No, vienes á las veinticuatro, á no ser que ocurriera algo de extraordinario, en cuyo caso me avisas. Adios.

—El te acompañe y te inspire, que falta nos hace.

Y salió el capitan, exclamando para sí:

—Ese hombre es incomprensible; su padre y yo nos entendíamos perfectamente, pero el hijo no se parece á ninguno de los dos; nació pobre, pero manda á lo rey, y es lo peor que no se encuentran frases ni ideas con que poder combatir las suyas. Sabe más que todos, y cuanto él dice, bien dicho está. ¡Oh, le obedezco con más placer aún que al cardenal Cisneros!

Alberto de Silva quedó meditando; luégo exclamó:

—El enemigo nos conoce, y no es posible que intente penetrar en la ciudad; mas es conveniente que yo le conozca tambien y que estudie el terreno en que desgraciadamente habremos de medir nuestras armas.

Acto continuo llamó á su escudero, pidiéndole media armadura sin escudo de armas ni insignia alguna que lo diera á conocer. Despues mandó que ensillaran un caballo, y cuando lo tuvo dispuesto, cogió lápiz, papeles, y, montando, picó á su potro y desapareció de allí como un relámpago. Sólo dijo al partir:

—Pablo, no volveré hasta la noche; entonces me servirás la comida.

Nadie le impidió la salida de la ciudad, la que verificó en dirección al Sur. Su brioso alazan, sintiendo á cada instante el hierro en los ijares, atravesaba como una exhalación por entre aquella arboleda espesa é in-

terrumpida caprichosamente por casas y barracas que la hacen aún más pintoresca.

Cuando Silva perdió de vista la capital, detuvo su caballo, le puso al trote, hasta que distinguió un pelotan de enemigos, por cerca de los cuales atravesó sin darles tiempo á que le preguntasen nada.

Corriendo unas veces, al trote otras, al paso algunas y parándose cortos intervalos, formó un círculo completo, volviendo á entrar por donde habia salido. Le persiguieron en su correría, las balas de los arcabuces silbaron cerca de él; pero siempre hábil jinete, ligero como el viento cuando le convenia, valiente como ninguno, y en alas de una sangre fria que no conocía rival, observó lo que necesitaba, estudió el terreno, y cuando tuvo un mapa exacto de los alrededores de Murcia é idea completa de sus enemigos, entonces dió por terminada su misión.

—¿Quién será eso valeroso jinete, que se atreve á llegar á doscientas varas de nosotros?—decian sus enemigos. Otros contestaban:

—Algun loco; ¡fuego! que lo persigan veinte caballos.

Pero Alberto, cubierto el rostro con la celada, se perdia entre los árboles sin dejar rastro alguno de su carrera.

Al penetrar en Murcia, el temerario observador oyó gritar:

—Alto.

Cuatro hombres sujetaron la brida de su caballo, y un guerrero armado de punta en blanco, saliendo de una casa vecina, le preguntó:

—¿Quién sois?

—Un hombre,—contestó Silva, reconociendo por la estatura y maza al gigante Mendoza.

—Dí tu nombre é intento, ó te deshago el cráneo. Arriba esa visera.

—Obedezco, alférez,—contestó Alberto, y se la alzó.

—¡El señor conde!—exclamaron los cuatro que sujetaban las riendas, y las soltaron, descubriéndose á la vez.

—¡El conde!—añadió Mendoza. —¡Por San Jorge, que si no veo tan pronto vuestra cara lo pasais mal! Os ví salir antes, os tomé por espía, y con mi maza...

—Comprendo. Noto que estábais ocultos en esas casas.

—Sí, señor; por órden del capitan, en cada puerta hay veinte hombres, deteniendo á los sospechosos y estorbando la entrada del enemigo.

—Dormid tranquilos, que no hay cuidado alguno. El cielo os guarde.

Y picó nuevamente, entrando en su palacio tan sosegado como de costumbre. Acto contínuo varió de traje pidió la comida y se sentó á la mesa. Cuando hubo terminado este acto, se encerró en su despacho, pasando el resto de la noche hasta la hora de dormir en estudiar el mapa que hizo por la tarde, formar cálculos y prepararse á los acontecimientos que creía cercanos.

Su bien organizado cerebro todo lo preveia, sin que se le escapase el más leve detalle.

A la una se acostó, levantándose á las siete para continuar trabajando como en los dias anteriores.

CAPÍTULO XVIII

El sitio.—Parlamento.—Salida. — Sorpresa, dispersión y triunfo completo

Cuatro días después de aquel en que Alberto de Silva verificó su heróica salida de la plaza, se le presentó Navarro, diciendo:

—Ya estás complacido, hijo mío; durante la noche han llegado las huestes imperiales, que esperaba el enemigo, de Cartagena, Lorca, Alhama y Totana; formaron un verdadero sitio, y, según mis noticias, hay arte y mucho acierto en todas las operaciones practicadas durante la madrugada y días anteriores.

—¿A qué número ascienden ahora nuestros contrarios?

—Pasan de mil doscientos.

—¿Cuántos cañones traen?

—Veinte.

—¿Mandaste retirar las avanzadas?

—Todas.

—¿Se cerraron las puertas de la ciudad.

—Sí.

—¿Están defendidas y vigilado el muro?

—También.

—El resto de la fuerza, ¿qué hace?

—Armados todos, esperamos tus órdenes.

—¿Tiene el enemigo terminadas sus baterías?

—Sí.

—Muy bien; á las doce en punto de la noche presentaos aquí con media armadura y buenos caballos los cincuenta y un hombres que permanecísteis encerrados en Monteagudo.

—¿Intentas alguna salida?

—Es probable.

—¿A quién he dejar el mando de la plaza?

—Al que te ofrezca mayor confianza, en la seguridad de que mientras estemos fuera no intentará nada el enemigo.

—¿No me ordenas otra cosa?

—Mendoza habrá aprendido á clavar cañones.

—¿Quién lo duda?

—En vez de su terrible maza, que traiga lo necesario por si halláramos ocasión de inutilizar algunos. Mucha vigilancia, Navarro, pues nunca como ahora ha sido conveniente evitar todo aparato de fuerza. Para estar muy prevenidos no es preciso hacer alarde de ella; lejos de eso, es indispensable ocultarla.

En este momento penetró don Alvaro en el despacho, diciendo á Silva:

—Señor conde, un guerrero armado de punta en blanco, en forma de parlamentario desea entrar en la plaza.

—¿Qué más pretende?

—Entregaros un despacho que le ha dado su señor.

—Traedlo á mi presencia.

—¿Qué fórmula se observa?

—Ninguna; que venga á vuestro lado sin que le venden los ojos ni le moleste nadie, que examine cuanto quiera; pero, á ser posible, que no distinga un soldado.

Salió Orio, y Alberto continuó:

—Siéntate, Navarro, y recibiremos entre los dos á ese enviado. ¿Viste hoy á Fajardo?

—Sí, juntos nos hemos desayunado; lo quieres así, y yo no sé contradecirte.

—Me alegro; ¿se queja de alguno de nosotros?

—Todo lo contrario; elogia los cuidados que se tienen con él, y añade que jamás imaginó hallarse entre enemigos tan caballeros y generosos.

—¿Nada echa de menos?

—Lo ignoro; se le da cuanto pide; y si algo le faltase, suya será la culpa.

Media hora después se presentaron don Álvaro y el guerrero que había anunciado antes. El primero se contrajo á presentar al segundo, retirándose cerca de allí. Alberto exclamó:

—Avanzad, caballero; ¿quién sois?

—Ramón Gil.

Y se alzó la visera.

—¿Qué queréis?

—Entregar al conde de Santomera ó á don Pedro Navarro el presente escrito.

—Dádmelo,—dijo Alberto, y lo abrió, leyendo lo siguiente:

«Señores Silva y Navarro: el portador de este des-«pacho nos representa con facultades ámplias de ha-

»blaros, decidir, negar ó conceder, teniendo por nues-»tras sus palabras y hechos.

»Oidlo, y aceptad sus proposiciones, ó en breve »asaltaremos esa ciudad, y serán pasados á cuchillo »cuantos hayáis tomado parte en una revolución que »el país deplora y nosotros aniquilaremos

»Los Fajardos.»

Alberto dió á leer las anteriores líneas á su padre adoptivo; el rostro de Navarro se encendió, y, temblando de ira, fué á contestar; pero se le antepuso el conde, replicando con su calma habitual y sangre fría.

—Muy bien, señor Gil; os reconocemos por el enviado y representante de los Fajardos, y os faculto para que expongáis cuanto os plazca, si bien os ruego contestéis antes á las siguientes preguntas: ¿Venís solo?

—No, señor, me acompaña un criado, el cual tiene mi caballo y bandera de parlamento en el zaguán de esta casa ó palacio.

—¿Os ha recibido mi gente de armas como merece un noble que se entrega á otro en virtud de una misión importante y honrosa?

—Sí, señor. Sólo he visto y hablado al alférez Osorio, y no tengo queja alguna de él.

—Ahora decid cuanto queráis.

El enviado avanzó dos pasos, y, tomando una actitud amenazadora, exclamó:

—Las autoridades de Lorca, Cartagena, Alhama y Totana, como igualmente todos los nobles de este reino, han visto y contemplan con horror las iniquidades que se han llevado á cabo y se están realizando en Murcia.

—Mentís,—gritó Navarro poniéndose en pie.

—¡Silencio, capitán!—le dijo Alberto.

—Que no falte á la verdad; aquí no se atropelló á nadie, ni llegan á veinte los nobles que abandonaron la ciudad; los restantes están con nosotros, y día y noche aplauden tu conducta y la mía.

—Señor capitán, le ruego no vuelva á interrumpir á ese caballero; de lo contrario le oiré yo solo. Continuad, don Ramón, olvidando las frases que acaban de pronunciarse. Sin miramiento alguno decidme cuanto querais. Soy el autor de eso que llamais revolución, el que manda en Murcia, el único que puede haceros ahorcar, ó aceptando vuestras proposiciones, daros las seguridades que piden los Fajardos por vuestro conducto. El conde de Santomera lo oye todo, todo; no suprimais ni una sola frase. Proseguid.

—Es un hecho, señor de Silva, que don Pedro Fajardo, adelantado mayor del reino, fué sorprendido en el alcázar, herido traidoramente y aprisionado en un encierro; luego se hizo lo mismo con el capitán Almela y soldados que le obedecían; más tarde os proclamásteis jefe de esta ciudad; se buscaron mercenarios, y atropellando el derecho, contraviniendo á las leyes y faltando á toda consideración humana, os rebelásteis contra el emperador, reduciendo á sólo este pueblo vuestro criminal intento, porque el resto del país, lejos de secundaros, corrió en tropel, y entre vivas al César y maldiciones á sus enemigos, os sitia y asaltará en breve, si antes, reconociendo vuestras faltas, no os entregais á discreción.

Calló el enviado, fijándose hacia la derecha por temor de encontrarse con las miradas de Navarro, el

cual, como no le permitían hablar, intentaba abrasarle con la vista.

Alberto, sin abandonar su calma y sosiego, le contestó:

—Muy bien; continuad.

—Eso es todo.

—Es decir, que nos habéis sitiado y nos imponéis la rendición sin garantía de ninguna clase.

—Los que obraron como vosotros, sólo merecen el patíbulo.

—¿Creeis, por ventura que somos tan cobardes que preferiremos morir á manos del verdugo primero que en el campo de batalla?

—Sí os rendís, como he dicho antes, puede que nuestra piedad alcance á algunos de vosotros.

—¿Quién ha mendigado misericordia de gente que carece de ella, ó la aplica de un modo que no le es dado aceptar á ningún hombre bien nacido?

—Señor conde, tened en cuenta que os obedecen multitud de desgraciados los cuales la necesidad de comer ó el extravío los llevó á vuestras filas, y por vuestra culpa van á perecer.

—¿Dónde están esos? ¿Los habéis visto?

—No, pero sabemos que existen.

—¿Y si os han engañado?

—Imposible.

—Sois tan crédulos como ignorantes. Siento hablaros de este modo, pero no hallo otro medio de contestar á vuestras frases.

—Entonces sereis cincuenta y dos.

—No he contado el número de mis amigos, pero basta y sobra con esa cifra para defenderse de vosotros.

—Quién es ahora el ignorante, señor conde?

—Recordad la pregunta, pues la dejo en el aire para que los acontecimientos contesten á ella. No me gusta amenazar ni hacer alarde de nada.

—Veo, con sentimiento, que estamos perdiendo un tiempo precioso.

—No os he llamado ni deseaba vuestra visita, y si tan ocupado andais, podíais haberla excusado.

—Me mandan los que representan al emperador y quieren evitarle el disgusto de que sepa fueron pasados á cuchillo los hijos espureos de este país.

—Os creeis fuerte y suponeis que eso os da derecho á insultarnos, cuando es sabido que la humildad sienta mejor en el más elevado. Señor Gil, vuestra falta de urbanidad y de decoro no me faculta á imitaros; estais en mi casa, y debo oir cuanto tengais á bien decirme; en el campo de batalla os pediré cuenta de vuestras frases.

—Allí os daré cumplida satisfacción. ¿Qué resolveis respecto á mi demanda?

—Como está fundada en errores que cumple á mi honor rectificar, os llevarán ahora mismo al alcázar, y, encerrado con don Pedro Fajardo, vuestro amigo y jefe, sabreis la verdad. Le direis la opinión que habeis formado de nosotros; lo que os han contado que hicimos con él y los suyos, y lo que él conteste aceptadlo como mío y como la sola réplica que doy á vuestras frases. En cuanto á las amenazas escritas en ese pliego, las que vos nos dirigísteis de palabra y esa benignidad que ofreceis para algunos de los míos, á todo eso responderé en un pliego que os entregarán al salir de la estancia de Fajardo.

—Me complace la idea; anhelaba ver al marqués, oir sus quejas, y luego...

—Bien hecho; de ese modo obrais con cordura, porque de no obedecerme os hubiera mandado ahorcar.

¡A un parlamentario!

—A un hombre que le he recibido en mi casa como á caballero y me ha tratado... Salid, y no volvais con más mensajes.—Osorio,—gritó Alberto;—acompañad á ese hombre á las habitaciones de don Pedro Fajardo; encerradlo con él, y que hablen cuanto quieran. Al partir le darán un despacho; y con él, su criado y bandera blanca, que marchen de la ciudad, sin que en lo sucesivo se admitan más parlamentarios. Al que vuelva se le recibe á balazos; el conde de Santomera sólo puede tratar con caballeros. Salid.

Obedecido Silva, quedó frente á Navarro, el cual, de pié y con los brazos cruzados, le miró, despidiendo fuego sus ojos; luego le dijo:

—¡Terrible calma, fatal sosiego é inercia, que me han hecho sufrir un tormento horrible! ¡Alberto de Silva, tu sangre es de hielo!

—Sí, tarda en calentarse; pero, ¡guay cuando se encienda!

—Nunca, jamás; tú eres de mármol.

—¿Me vas á insultar como el otro?

—No, hijo mío; yo te amo tanto como tu padre, más que á mi tio; me inclino ante tu talento; reconozco en esa calma un predominio sublime, pero... pero...

—Bien, padre mio; no eres tan tonto como yo creía.

—Conde, siendo tú más valiente que yo, sabiendo más que todos nosotros juntos, ¿por qué te has dejado

insultar? ¿Por qué has tolerado que ese miserable mienta, nos infame y humille?

—¿No te ha reprendido nunca el cardenal Cisneros, á quien serviste, por ese ímpetu, por esos arrebatos tan impropios del verdadero valor?

—Sí, algunas veces; pero eso nada tiene que ver con la cuestión presente.

—Pedro, el autor de mis días fué conde, y por lo mismo que tú lo has reemplazado, quiero que llegues á general, y si es posible también á conde; mas si continúas entregándote de ese modo á la ira y al despecho, tendré que renunciar á ese placer.

—Bueno, te imitaré; pero me has de hacer un favor.

—Habla.

—Déjame que conteste yo á ese despacho.

—¿Qué vas á decirles?

—Lo que son ellos; lo que somos nosotros; la manera que tenemos de escuchar amenazas y el desprecio que nos merecen los que las profirieron, sus cañones, soldados y aparato de fuerza; porque, como has dicho muy bien, bastamos los cincuenta y dos para todos ellos.

—Capaz serías de tomarte esa molestia; voy á contestarles yo, y si no te satisface mi respuesta, te facultaré entonces para que les digas cuanto quieras.

—Veamos.

Alberto cogió el pliego, lo hizo tiras, dejándolas unidas en uno de los extremos; lo dobló luégo en la misma forma que estaba antes, colocándolo cuidadosamente dentro de su antiguo sobre, en el que escribió: *Contestado*. Después le puso lacre y sello, preguntando á Navarro:

—¿Qué te parece mi respuesta?

—Magnífica; como tuya, hijo; les arrojas á la cara, hecho pedazos, el papel en que osaron amenazarnos. No cabe más desprecio ni mayor insulto.

—Por aquí empiezo, padre mío; ya verás por dónde concluyo. Entrégaselo á Gil; sujeta luégo tu conducta á las instrucciones que te doy en este escrito, y á las doce de la noche en punto, aquí los cincuenta y uno para seguirme al campo enemigo. Adios.

—Serás obedecido como siempre. Que el cielo te guarde.

Salió el capitán, y el conde se puso á trabajar como de costumbre. Luego comió, contuvo el ímpetu de los Manueles, que se hallaban agitados, y á las once y media de la noche se hizo poner media armadura, mandando ensillar el mejor potro de los seis que le regaló Pedro Navarro. Sonaron las doce, y en el mismo instante se oyó en el zaguán del palacio el ruido que produjeron las pisadas de muchos caballos que llegaban en aquel momento; eran Navarro y sus cincuenta subordinados, que venían en cumplimiento del mandato que recibieron de Alberto. Sólo llevaban media armadura, según les encargó aquél, y los cuadrúpedos una ligera barda que apenas podía resguardarles de las balas ó aceros enemigos; en cambio sujetaban algunas botellas que contenían un líquido compuesto por Silva, y hachas otros que podían encenderse fácilmente; esto sin perjuicio de las lanzas ó mazas, á excepción del conde, que se presentó enmedio de ellos con sólo su espada. Antes de montar el entendido Silva, les dió de palabra varias instrucciones, los arengó después, y á la una en punto partieron; yendo él delante, llevando á

Navarro á su izquierda y siguiéndole los restantes de dos en dos.

La noche estaba oscura, silenciosa, y la ciudad parecía tranquila y sosegada. Los centinelas del muro no daban el consabido *alerta*; el resto de la fuerza permanecía muda, y sólo el ruído que producían las pisadas de los caballos de Alberto y su tropa interrumpía ahora el continuado silencio de que era presa el pueblo de Murcia. No obstante el pánico que reinaba entre sus moradores, como quiera que éstos se hallaban escondidos en el interior de las casas, ninguno, al ver aquellas soledad y aparente calma, hubiera creído que se encontraba sitiada la capital.

Nuestros cincuenta y dos guerreros llegaron á la puerta; se abrió ésta, y, volviéndose el conde á los suyos, les dijo:

—Sois valientes, y es inútil, en consecuencia, destruir con frases un miedo que no conocéis; me contraigo, por lo tanto, á recomendaros la exactitud en el cumplimiento de lo que os he prevenido y he de mandar. Pendientes de mi voz, obedeced ciegamente, y de este modo acaso podamos asegurar el triunfo de la difícil operación que intentamos. La temeridad, señores, suele ser tan perjudicial como el miedo; la victoria es hija siempre del acierto, rara vez de la osadía. Vamos cincuenta y dos; evitadme la pena de que deje á algunos tendidos en el campo; este bien le lograremos siguiendo extrictamente mi plan, concretándoos á cumplir lo ordenado. No vamos á matar, defendeos, y herid cuando no sea posible otra cosa. Antes de dos horas os asustará lo que habéis acabado de hacer. ¡A escape, y que Dios sea con nosotros!

—¡Ay del que desobedezca á mi hijo!

Gritó el capitán Navarro, y, blandiendo su terrible lanza, siguió en pos del héroe, que los conducía al campo enemigo en busca de una victoria, que podía muy bien cambiarse en muerte segura.

Es preciso retroceder un poco.

Los Fajardos, autoridades y amigos que formaban el sitio, oyeron el relato de don Ramón Gil, quedando sorprendidos, no sólo de las frases que en favor de Alberto de Silva había pronunciado el adelantado mayor, sino también por el retrato que el parlamentario hizo del jefe de los sublevados; lo que, unido á la tranquilidad y sosiego que reinaba en la ciudad y al abandono en que parecía hallarse, acabó de confundirlos. «Una plaza sitiada, próxima á recibir un asalto,—se decían,—no se explica que permanezca en ese estado. Y no puede haber temor en unos hombres que nos hacen el terrible insulto de arrojarnos al rostro la amenaza que les lanzamos. Verdad es que no se comprende el desafío de Silva y el marqués, ni nada absolutamente de lo que piensan, meditan ó ejecutan ese jefe barbilampiño, sus comuneros y secuaces.»

Hablando así trascurrieron algunas horas, acabando por determinar que á la mañana siguiente sería cañoneada la plaza, é inmediatamente se daría el asalto. El relato de Fajardo, los cuidados que tenían con él, la atención y urbanidad de Alberto, la paz y libertad que reinaba en Murcia, y la ninguna opresión que ejercían los sublevados sobre sus prisioneros, destruyeron las calumnias y mentiras inventadas por algunos enemigos de los Manuales; y aún cuando nada podían explicarse, según hemos dicho, varió la opinión

en sentido más favorable al conde, Navarro y restantes sublevados. Cedieron algo la ira y el enojo; pero ya reunidos y dispuestos á destruir á los que llamaban sus contrarios, no pudieron variar nada sus planes. En cambio á las nueve de la noche se retiraron los jefes á sus tiendas, y á las once dormían tranquilamente, fiados en la superioridad de sus fuerzas y en el abandono é inercia del enemigo. Pronto verán, no obstante, cuán perjudicial era la ciega confianza de sí propios en los que Silva apellidaba rivales. Sigamos ahora al héroe.

Alberto, delante guiando, y uno tras otro sus cincuenta y un parciales, formaban una cadena de hierro, convertida en huracán, según la rapidez con que por un sendero estrecho y perdido entre la vega corrían sin truega y con entero conocimiento de lo que hacían. Con la mano izquierda sujetaban la mayor parte la brida y el cuello de una gran botella, y en la derecha llevaban la lanza que usaban en aquella época. Sólo Alberto tenía libre la diestra, pues hasta Mendoza oprimía con la suya una maza corta y gruesa que podía servirle para muchos usos, siendo uno de ellos, como dijo al cogerla, para romper cráneos.

De este modo atravesaron por sitios donde no llegaban las avanzadas ni había escuchas, precipitándose en el campamento enemigo. Sus briosos caballos saltaron zanjas, parapetos, y dando el héroe ejemplo admirable de valor y destreza, dejó clavado su corcel al pie de las baterías enemigas, haciendo lo mismo casi á la vez sus cincuenta y un compañeros.

Los centinelas quedaron sobrecogidos, y huyeron aterrorizados. Silva gritó:

—Navarro, Mendoza, clavad los cañones; yo os defiendo. Núñez y Álvaro con toda la fuerza, fuego al campamento; destruid cuanto halleis.

Los dos primeros obedecieron en el acto, oyéndose la maza de Mendoza, que golpeaba á impulsos de fuerza gigantesca; luego se sintió el choque de muchas botellas que se rompían, esparciendo un líquido inflamable sobre las tiendas, las casas y las barracas, las que, á favor de algunas hachas de viento encendidas por los comuneros, prendieron y ardían con pasmosa rapidez.

Pronto el fuego se comunicó de unas á otras, y al poco tiempo las llamas destruían el campamento; huían los soldados despavoridos, mientras los caballeros, medio desnudos é indefensos, abandonaban el duro lecho para salir aterrados á enterarse de lo que promovía aquella alarma y fuego.

Nadie se opuso á que Navarro y Mendoza clavasen los cañones, pudiendo éstos, en consecuencia, despachar en poco tiempo su difícil comisión.

—Ya están todos,—gritó el gigante enarbolando su maza.

—A caballo,—añadió Alberto,—y ponerse á mi lado.

Las voces de *¡fuego! ¡fuego! ¡el enemigo! ¡el enemigo!* se oían doquier, atronaban el espacio y sombraban el pánico entre los aturdidos Fajardos, Arocas, Giles y restantes parciales. Corrían los soldados, mezclados con sus jefes, de un lado para otro, tropezando á cada momento, creyéndose enemigos y hasta hiriéndose por la causa expuesta. Era indescriptible la perturbación, pánico y confusión de aquellos hombres

en los veinte primeros minutos que siguieron á la llegada de los comuneros.

No presentaba el campamento sitiador un cerco; en vista de su poca fuerza, se habían concretado á tomar todos los caminos reales y senderos de alguna importancia, que partían de la plaza, situándose el resto, que era la mayor parte de aquel pequeño ejército, en la falda de unas colinas que forman el principio del monte que corre de Levante á Poniente, frente á la ciudad. Sobre una de aquellas alturas y como á un kilómetro del pueblo llamado Algezares, situaron las baterías, y en torno de ellas fijaron el campo, el cual ocuparía escasamente quinientas varas de longitud por doscientas de latitud, presentando el frente una curva imperfecta.

Seguían corriendo y gritando los jefes y soldados sitiadores; los comuneros daban fuego y algunos lanzazos, y entre aquel confuso y terrible tropel se veía enclavado en el suelo el caballo del joven héroe, y á éste sobre la silla que, impávido y con su acostumbrada sangre fría, miraba de uno á otro lado, observando cuanto ocurría en el espantoso cuadro que tenía delante.

Navarro y Mendoza, á la distancia de una vara detrás de Alberto, fijos en él, trataban de imitar la calma y aplomo que creían hijos, con razón, del poderoso génio que brillaba en su frente.

—Basta de fuego; con el prendido sobra para destruir el campamento,—gritó el conde, añadiendo:—Navarro, Mendoza, reunid los soldados, y traed sobre el arzón de vuestros caballos á todos los que se apelliden Fajardos. Volad, y sólo herid en propia defensa.

—¡Te quedas solo!

—Sí, corred; si dáis tiempo á que se repongan, sucumbiréis ante el número.

Alberto fué obedecido; mas á los cinco minutos, y mientras sus amigos cumplimentaban la última orden que concluía de darles, pasó corriendo por delante de él un caballero, le miró, y, reconociéndole, comenzó á gritar:

—A mí los valientes; soy Ramón Gil. Deteneos; no huyáis, malditos; ved al jefe enemigo solo, y será una vergüenza que lo dejemos escapar.

—¡Muera! ¡Muera!

Le contestaron once que logró contener, y puesto al frente de ellos, acometieron á Silva. Iban á pie, y aquél montaba un hermoso caballo andaluz.

El conde oyó las voces de Gil; desenvainó la espada, y cuando vió á los doce reunidos, picó á su potro, les salió al encuentro, y de un salto cayó en medio de ellos. De la primer estocada hirió mortalmente al casi indefenso don Ramón; luego comenzó á revolver su caballo con velocidad increíble, su espada formó un remolino que derribó á cuatro más, desapareciendo los siete restantes con sólo aliento para correr.

Gil tenía atravesado el corazón, y sus cuatro compañeros estaban degollados. El primero había muerto ya, y los otros, revolcándose en su propia sangre, exhalaban el último suspiro.

Silva se echó atrás y esperó; más tarde creyó percibir el choque de armas y los ayes de nuevos heridos; pero no se movió, concretándose únicamente á observar. Trascurrieron otros cinco minutos, y entonces se acercó á los labios la pequeña bocina que llevaba pen-

diente de un cordón, y comenzó á tocar, permaneciendo así hasta el momento en que vió venir á sus cincuenta y un parciales á escape tendido.

—¿Y los Fajardos?—preguntó á Navarro, que llegaba delante.

—Siete hemos hallado hasta el momento de oir el sonido de tu bocina, y ahí están; desde ese instante dejamos de buscar para obedecerte; pero creo que no quedan más.

—¿Vienen sujetos?

—Sí.

—¿Se podrán escapar?

—No. Lleva uno Mendoza y los seis restantes otros tantos comuneros que tienen poca menos fuerza que aquél.

—¿Ha muerto alguno de los nuestros?

—Ninguno.

—¿Y heridos?

—Cinco; pueden, no obstante, seguirnos á caballo.

—¿Y los prisioneros?

—Todos recibieron lesiones más ó menos graves.

—Mirad á la derecha; ¿veis aquel grupo? pues pronto se convertirá en una masa de quinientos hombres. Seguidme todos á escape y según hemos venido. Tirad la lanza los que llevais á los presos; fijadles los puñales en el pecho; al que intente huir clavádselo.

Y picó á su caballo, regresando por el mismo sendero que había traido y con idéntica rapidez.

Los siete que conducían á los Fajardos, los llevaban sobre el arzón, sujetándoles con el brazo izquierdo, mientras con la mano derecha les enseñaban la afila-

da daga que debía atravesarles el corazón en el momento que se movieran.

Iba delante Alberto, luego Navarro; seguían á estos las siete parejas, continuando el resto en la misma forma, es decir, uno tras otro.

En un recodo del camino, en que la carrera no podía ser tan veloz, preguntó el capitán á Silva:

—¿Hijo, te han herido?

—No.

—¿Has peleado?

—Sí.

—Al resplandor de las llamas he creido distinguir, no lejos del sitio donde estabas, cinco cadáveres.

—Eran Gil y cuatro más que pretendieron matarme.

—¿Se reunieron muchos?

—Doce.

—¡Diste fin de la mitad! Vamos, no fué demasiado.

—Los otros huyeron.

—Lo había supuesto.

—Ya estamos en línea recta; á escape tendido.

Y se perdieron entre la arboleda, llegando á Murcia sin impedimento alguno.

Volvamos nosotros al campamento.

El fuego prendido por los comuneros con tanto acierto como valor, se comunicó, á impulsos del recio Norte que lo avivaba, hasta no quedar casa, tienda ni barraca en el terreno en que se extendía aquél, que no fuese presa de las llamas. Los sitiadores se echaron fuera, y huyeron unos, otros pretendieron herir á sus enemigos, pocos lo lograron, y entre la confusión y

el espanto consiguientes á la sorpresa y al incendio, el que no besó el suelo desapareció del lugar de la catástrofe, reuniéndose en grupos aislados más ó menos lejos del espacio que ocupaba el campamento. En éste quedaron veinte cadáveres y treinta ó más heridos. Al tiempo de prender los comuneros á los Fajardos, intentaron éstos defenderse, apoyados por algunos de sus amigos, y eso motivó el que cayeran en tierra la mayoría de los muertos y heridos que había en el campo, al bote de las lanzas que llevaban sus contrarios. La confusión y el terror duró entre ellos el resto de la noche; y áun cuando algunos se juntaron, fué únicamente para resistir, en el caso de ser nuevamente acometidos. El cuadro que se les presentó al lucir los primeros albores de la mañana era horrible, cruel, desconsolador; sólo tenían ante los ojos cenizas, muertos, heridos y cañones inútiles; y más lejos, en las torres y almenas de la ciudad, doscientas banderas movidas por el viento, y cincuenta campanas que celebraban la entrada del emperador en Barcelona, cuya noticia recibió Alberto de Silva poco después de entrar en Murcia.

—El enemigo,—exclamaban varios,—está mandado por Lucifer, disfrazado de ángel; sus ojos despiden fuego; un pequeño bigote empieza á cubrir su lábio superior; el rostro es perfecto, y la figura varonil y hermosa.

—Ese es Alberto de Silva.

—No, el demonio.

Y como no podían explicarse el número de contrarios, los medios de que se valieron éstos para incendiar el campamento, ni nada, en fin de lo que presen-

ciaron, mentían, exageraban, y, de delirio en delirio, comentaba cada cual á su antojo el hecho que les había obligado á besar las plantas del jefe de los sitiados, ante el cual se juzgaban ahora míseros pigmeos.

—Avancemos otra vez.

—¡Abrid!

Gritó el héroe, le dejaron expedita la entrada, volviendo á exclamar:

—Pié á tierra: luces.

Los que llegaban bajaron de los caballos, y Dávalos, con algunos de los suyos, acudieron con hachas encendidas.

—Soltad á los prisioneros, llevadlos al alcázar, que se curen inmediatamente los heridos de una y otra parte, y descansad. Los Fajardos pueden reunirse con el marqués de los Vélez, y que nada les falte.

Eso dijo, picó el caballo, y entrando en su palacio preguntó al escudero que le aguardaba á la puerta:

—¿Qué hora es, Pablo?

—Cerca de las cuatro, señor.

—¡Hemos despachado en menos de tres horas! ¡Por Santiago, que no se ha perdido el tiempo! ¿Qué hace la gente del palacio?

—Desde la azotea miran un horrible fuego que se distingue á lo lejos.

—Retira mi caballo, cambia mi traje y avisa á los Manueles.

Y se dirigió á su despacho, sin demostrar alteración alguna en el rostro, voz ni movimientos.

Muy joven empezaba su carrera; le faltaba la práctica y esa experiencia que por lo general es madre de la sabiduría; más su génio todo lo allanaba y le abría

el camino que conduce á la cúspide del pedestal donde tiene su asiento el héroe.

Sigámosle, que hasta ahora sólo hemos visto una muestra exígua de lo que es y de lo que ha de llegar á hacer.

CAPÍTULO XIX

Reunión.—Grata noticia.—Tregua.—Nuevo sitio.

Los Manueles, aun cuando se habían mitigado en ellos, á beneficio de las palabras é intenciones de Silva, la ira y deseo de venganza que ha mucho germinaba en sus pechos contra los Fajardos, comenzaron á impacientarse, y aun á temer por sus vidas desde el momento en que vieron aproximarse á las puertas de la ciudad á sus poderosos y terribles enemigos. Había momentos en que abrigaban una ciega confianza en el genio y valor de Alberto; en otros dudaban, y de este modo continuaron hasta llegar, según hemos dicho, al temor. No eran cobardes, pero la indolencia de Silva, por una parte, y de otra, la acumulación de fuerzas de sus contrarios, les obligaron á maldecir más de una vez, en la presente noche, la hora en que comprometieron á todos sus amigos y parciales, y se encerraron con ellos en una ciudad donde era posible pareciesen casi sin defensa. Es decir, que á la alegría de contemplar al jefe de los Fajardos herido, humilla-

do y prisionero, había seguido una reacción completa.

Vieron desde el palacio salir á Silva y á los suyos; se armaron después hasta los dientes, y así permanecieron más de una hora, escuchando unas veces, mirando otras hacia el campo, y molestándoles el silencio y oscuridad que reinaba doquier.

De pronto distinguieron las llamas del campamento y las juzgaron producto de hogueras que servían de señales, costumbre tomada de los árabes para realizar algún acontecimiento. Entonces se arremolinaron, creció su asombro y esperaron el momento fatal; pero como éste no llegaba, volvieron á mirar, continuando así hasta que oyeron la voz de Pablo, que les dijo:

—Mi amo y señor el conde de Santomera aguarda en su despacho á los señores Manueles.

Unidos los diez, se dirigieron entonces á la estancia de aquél hallándole en medio de ella con los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia el pecho y en actitud de meditar. Vestía un traje de terciopelo negro que hacía más blanco y pálido su delicado cútis; tenía el cabello en bucles, los cuales caían sobre sus hombros en desorden, prestando á su semblante algo femenil que rechazaba su altiva mirada y varonil figura.

Al escuchar las pisadas alzó la frente, y mirando con fijeza á los recien venidos, les preguntó:

—¿Qué motiva vuestro desvelo y el sobresalto que leo en vuestros rostros?

Uno de ellos le contestó:

—El enemigo se agita, mueve y dispone á la pelea, según hemos creído distinguir desde las azoteas del palacio; y á hombres como nosotros consume y can-

sa la vida que estamos haciendo, la conducta que nos obligáis á observar.

—Siento deciros que sois malos generales y que no servís para soldados. Vuestra desconfianza respecto de mí, y esa actitud guerrera que demostráis, cuando no hay enemigos que combatir, ni nos amenaza peligro alguno, prueban lo que acabo de expresar.

—Perdonad, señor conde; más vuestra reserva, calma é indolencia son la causa de ese estado.

—Sabido es, señores, que el buen caudillo habla poco y oculta cuidadosamente el pensamiento que intenta realizar. Yo no necesito de los consejos de nadie, y, como son bastantes mis ideas, suprimo las de los demás. En cuanto á mi indolencia ó abandono, oidme, y juzgad vosotros si son ó no ciertos: seguido esta noche de Navarro y cincuenta parciales, penetré en el campo enemigo; inutilizamos sus cañones; ardió el campamento hasta quedar todo él convertido en cenizas; cogimos prisioneros á los Fajardos, y con ellos regresamos, dejando veinte muertos, treinta ó cuarenta heridos, y á los sitiadores en tan completa dispersión, tan sobrecogidos y asustados, que continúan corriendo, y Dios sabe cuándo pararán. Acabó, en consecuencia, el sitio, la lección fué perfecta, tengo el nervio de los contrarios en el alcázar, y no he perdido un solo jinete de las cincuenta y dos que éramos. Decidme ahora si mi abandono, indolencia é ineptitud merecen vuestra censura.

Asombrados los Manueles, confusos y sin acertar á expresar una sola frase, contemplaban á Alberto como á un ser sobrenatural, en cuya frente leían las verdades que acababa de decir y las que no se atrevían á

creer, por la incomprensible grandeza del hecho que relataba.

—¡Parece imposible!—exclamaron en coro mirándose unos á otros.

—Pues es ciertísimo, señores; salid fuera de la ciudad ó id al alcázar y os convenceréis fácilmente.

—De vuestras palabras, señor conde, no se puede dudar.

—Pues cuando entrásteis aquí, venía la duda retratada en vuestros semblantes.

—Verdad es, señor, pero no volveremos á abrigarla. Fieles á nuestro juramento, continuaremos obedeciendo vuestras órdenes sin vacilar un solo instante. ¡Qué ocasión se ha perdido! permitidme que os lo diga: esta noche hemos podido dar fin de todos los sitiadores.

—¿Os parece que hemos hecho poco?

—No es eso; quiero decir que ya en completo desorden y mientras huían despavoridos...

—Basta; eso no lo haré yo nunca; al que huye se le deja correr; al que implora compasión se le alarga la mano, y sólo á los que retan bien armados y frente á frente se les mata ó se les vence. Sorprendí al enemigo, valiéndome de un ardid más ó menos ingenioso, por evitar que en el próximo día cañoneara la plaza, destruyera edificios, y que, dado luego el asalto, corrieran por las calles de Murcia arroyos de sangre humana. Con un mal evité daño mil veces peor, y aun así latió mi corazón á impulsos de la amargura y dolor cuando ví el acero ensangrentado y á los piés de mi caballo las víctimas revolcándose en su propia sangre. Yo no he venido á destruir, sino á edificar; en

el momento que abro las venas de mis enemigos, siento la misma pena que si ellos rompiesen las mías. Retiraos, señores, retiraos á descansar; tened ciega confianza en mí, y ya que hemos empezado con el mal, acabemos sembrando el bien en este mísero reino. Para sólo esto último os reservo; si sois nobles y generosos, os alegrareis, agradeciéndome que os separe del daño para colocaros en el vestíbulo del palacio que encierra la verdarera grandeza humana.

—Os obedecemos, señor conde; pero antes quisiéramos merecer la honra de estrechar esa diestra que no tiene igual.

—Héla aquí; con ella os doy mi amistad y cariño; haceos digno de él.

Con respeto y admiración fueron oprimiendo su mano los diez y retirándose á sus habitaciones, mudos, cabizbajos y sufriendo aún las consecuencias del poder ejercido sobre ellos por los rayos del luminoso astro de que se separaban.

—¡Qué hombre tan grande!

Murmuraban y seguían andando y juzgándose pigmeos al lado del héroe Silva.

—Son nobles,—exclamó Alberto, viéndolos partir; —y bien dirigidos, obrarán con la hidalguía que yo deseo.

Después se sentó, escribiendo al emperador un parte detallado de cuanto acababa de realizar, sin omitir la causa y consecuencias que había de tener aquel hecho. En el instante que concluía de sellar el despacho, se le presentó Navarro, diciendo:

—Gran noticia, hijo mío; según parte que acabo de recibir, el emperador ha desembarcado en Barcelona

con toda felicidad; esto quiere decir que pronto seremos indultados ó que nos mandarán un ejército aguerrido, al cual venceremos, proclamándote en el campo de batalla monarca de Murcia, y quién sabe...

—Delirios; siempre halagado por ilusiones. La nueva, no obstante, es agradable, y en la celebridad de tan fausto acontecimiento, mandarás que al ser de día echen las campanas á vuelo y ondeen en las torres y edificios públicos la bandera real.

—Tengo que darte otra buena noticia. Ayer era día de conflictos, de apuros y de malestar; como el enemigo nos sitiaba y el bombardeo era casi seguro, la gente temió; yo no dejé salir á nadie y luego con habilidad y de un modo indirecto, compré á los judíos que las poseían las hipotecas de tus vinculaciones.

—¿Qué diste por ellas?

—La mitad de su importe, que sería escasamente el dinero que esos usureros entregarían á tu padre. Añadí, no obstante, y á fuer de generoso, un permiso para que los dejaran huir de la capital con cuanto tenían en sus casas.

—La intriga ó medio de que te has valido es algo ruin, Navarro.

—No lo creas; esa canalla es la que forma el ejército de vampiros que aniquila á nuestra sociedad. Puesto que ellos aprovechan todas las ocasiones favorables para arruinar al infeliz que necesita de sus intereses, yo hallé una, y la utilicé también, vengando así lo que hicieron con mi inolvidable amigo el difunto conde de Santomera.

—Si esa gente es perversa, como se deduce de tus frases, un caballero nunca debe imitar sus acciones.

—Contigo no se puede cuestionar, hijo mio; ves las cosas de un modo tan extraño... En fin, ya está hecho; y cargo con toda la responsabilidad, seguro de que, á pesar de tu oposición, no he de encontrar jamás en el presente caso nada que afecte á mi conciencia.

—¿Con qué dinero has comprado eso?

—Con el mío.

—¿Y el indulto?

—El mismo día que entramos en Murcia escribió mi tio á sus amigos de Valladolid, diciéndoles que desistía del indulto por medio del cardenal; lo queremos del emperador, ó de nadie; se arrojó el guante, lo cogieron y ello dirá.

—Bien hecho, en lo relaiivo á ese despacho mandado á la córte; pero ¿olvidaste, acaso, que sostienes quinientas plazas, y que no es posible adivinar el tiempo que necesitaremos de ellas?

—No; pero como los judíos se habían cobrado una gran parte con el producto de los bienes hipotecados, sólo he tenido que abonarles cuatro mil ducados, cantidad insignificante en relación al capital de que disponemos, quedándonos libres tus rentas y las mías, con las cuales basta para pagar á esos quinientos hombres.

—No has pensado, por lo visto, en que tus bienes y parte de los míos se hallan fuera de este reino, y es posible que en breve los confisquen.

—Si el enemigo, lejos de transigir, osara realizar esa idea, entonces secuestraríamos nosotros cuanto tiene el emperador en esta comarca y lo que poseen todos nuestros contrarios. De este modo podríamos sostener quince ó veinte mil hombres.

—Bien, haz lo que quieras, con tal de que no vuelvas á hablarme de dinero. Ayer no se mandó parte alguno al emperador; que lleven éste inmediatamente.

—¿Qué precauciones se adoptan?

—Ninguna; pueden abrir las puertas á la hora de costumbre, y que entre y salga el que quiera. Se curó á los Fajardos?

—Á todos.

—¿Ofrecen cuidado sus lesiones?

—Dicen los médicos que no hay ninguna grave, si bien tardarán bastantes días en sanar.

—¿Y los nuestros?

—Esos estarán bien en esta misma semana.

—¿Qué dicen los primeros?

—Se quejan de su suerte, y se resignan á hacerle compañía al marqués de los Velez.

—¿Hablaron con él?

—Sí.

—Perfectamente; dales cuanto pidan, prohibiéndoles únicamente la salida del alcázar.

—¿Nada más?

—Sí, supongo que el pueblo continuará alarmado, en cuyo caso procura infundirle confianza y que nada tema; concédele la libertad compatible con el orden, y usa de toda tolerancia que no se oponga á la moral y buenas costumbres. Será conveniente que celebremos la llegada del emperador á España con los festejos propios de tan fausto suceso. Además de lo que tú dispongas, que forme la fuerza que no está de servicio, en la plaza del alcázar, que haga salvas, vitoree al César y espere mi llegada, con la cual terminará el

acto; que asistan los Manueles. sus gentes de armas y cuantos caballeros quieran tomar parte. Yo me presentaré á las tres en punto.

—¿Qué hacemos respecto del enemigo?

—Todo lo más participarle que puede venir á Murcia el que quiera, y hasta asociarse á nosotros durante la fiesta de hoy.

Marchó Navarro, y Alberto buscó entonces el lecho, descansando cuatro horas; después se levantó, y seguidamente pidió el desayuno.

Cuando hubo concluído, tornó á su despacho, dando orden para que sólo permitiesen la entrada al capitán Navarro. Éste, sus oficiales y gente de armas, en cuanto amaneció, empezaron á extender la noticia de lo que había ocurrido por la noche, resultando que, á las ocho de la mañana, nadie ignoraba la grata nueva de haberse alzado el sitio, y de que el enemigo sin cañones, campamento ni fuerza moral, huía despavorido. Las madres estrechaban al tierno hijo, por cuya vida temían horas antes; los hombres no hallaban elogios bastantes para el héroe, ni aplausos suficientes para los valientes que le habían seguido, y la población entera, gozosa, entusiasta y con alegría febril corrió á la puerta del palacio del conde y comenzó á gritar, dándole vivas y pidiendo que se asomara al balcón; pero el modesto joven, lejos de acceder á tan natural deseo, hizo que su escudero dijera á las masas:

—Mi amo y señor el conde de Santomera ruega á los habitantes de Murcia que se olvidan de él y sólo vitoreen y aplaudan al emperador. Es inútil que os molesteis en pedir lo contrario; los Silvas jamás varían de opinión.

Obedecieron al ruego del venturoso caudillo, aclamaron al César, mezclando su nombre con los de Alberto, Navarro y restantes comuneros á quienes conocían.

Ocurría esto en un pueblo donde se desprecia al cobarde y se eleva al valiente, y claro es que el último hecho de armas de Silva acabó de ganar el corazón de los murcianos; hombres y mujeres, ancianos y niños, nobles y plebeyos, caballeros y ricos, todos, sin distinción alguna, le erigieron un altar en su pecho, lo juzgaron invencible y le aplaudieron con loco frenesí.

Los Fajardos oían desde el alcázar los vítores y aclamaciones populares, y, á pesar de la fiebre y malestar, se mordían los nudillos y se juzgaban doblemente humillados, aumentando esto su pesar.

El conde comió á la una é hizo que luego le pusieran la mejor armadura que tenía; más tarde le ensillaron un caballo, y, seguido únicamente de su escudero, corrió á la plaza del alcázar, con la visera caída y sin distintivo alguno que le diera á conocer. Los balcones estaban adornados con vistosas colgaduras, la gente discurría por las calles, alegre y satisfecha, y en la mencionada plaza se hallaban agrupados de seis á ocho mil seres oyendo las descargas y aclamando al emperador.

Una masa compacta obstruía las avenidas; y aun cuando el escudero de Silva gritó varias veces para que abriesen calle, no le oyeron, no le hicieron caso, embebidos en la función que celebraban; cansado de esperar inútilmente, exclamó:

—¡Pasó al señor conde de Santomera!

—¡El es! ¡el héroe! ¡el héroe!

Gritó la multitud, separándose, y todas las miradas se fijaron en el joven con respeto y admiración. Aquél se alzó la visera y fu ésaludando según avanzaba, hasta llegar al medio de la plaza, donde lo recibieron con un viva general. Silva dió otro al César, impuso luego silencio, y cuando le hubieron obedecido, con voz fuerte y varonil pronunció un discurso encareciendo la obligación de servir y obedecer á Carlos I; encomió su valor y sabiduria, terminando con un ¡viva! á la patria y otro al emperador.

Al llegar aquí, creció el entusiasmo popular; y previendo Alberto las consecuencias, mandó desfilar, y, confundido con los últimos soldados, entró en el alcázar, subiendo acto contínuo á las habitaciones del piso principal; allí hizo que le quitaran el casco, y fué reconociendo uno por uno á los siete Fajardos que había preso la noche antes. Estuvo afable con ellos, les dió seguridades sobre la vida que temieron perder, y hasta les ofreció la libertad porque suspiraban. Los halló tristes y pesarosos, dejándolos alegres y satisfechos; su voz dulce y grata sonó en el oído de los cautivos como la hora del bien, y sus frases tiernas, agradables y consoladoras les devolvieron la calma, esperanza y sosiego de que carecían. Lo juzgaron al llegar el ángel exterminador, y al partir veían en él la Providencia.

Luego penetró en la alcoba del marqués de los Vélez, y estrechando con sus dos manos la izquierda del enfermó, le pregunto:

—¿Cómo os halláis?

—Mejor, bastante mejor; la fiebre ha desaperecido,

cesaron los dolores, y es posible que pueda utilizar pronto y para algunas cosas la mano derecha.

—Me alegro.

—Lo creo, que sois noble y generoso como pocos. Mucho teneis que agradecer á Dios, Alberto de Silva, pero yo nada os debí ayer, pues, faltando á vuestra costumbre, dejásteis de venir á verme, y eso aumentó mi pena.

—No pude, marqués; deseo complaceros en cuanto me pidais, y temí verme obligado á mentir, lo que nunca hice, ó á permanecer mudo en vuestra presencia.

—Comprendo, y os disculpo.

—¿Teneis alguna queja de mí?

—No, amigo mío, todo lo contrario; esta noche supe por Navarro y los individuos de mi familia que os habían sitiado y el modo heróico con que destruísteis el campo contrario, trayéndoos á mi hijo, hermanos y sobrinos. Gracias, Alberto de Silva, me habeis cumplido vuestra palabra, y juro por Dios santo, que yo no faltaré á la mía. ¡Quiera el cielo que venga pronto ese indulto, y pueda yo demostraros mi gratitud á la faz del mundo!

—Nada me debeis, don Pedro, y si no os molesta, hablemos de otra cosa.

—Imposible; desde que supe lo que anoche hicísteis con cincuenta y un hombres, sólo encuentro frases para colmaros de elogios.

—Basta, señor...

—No, Silva, no; habeis librado al pueblo de Murcia de un cañoneo horrible, de las consecuencias de una guerra civil, y todo esto lo verificásteis con medio

ciento de hombres y sin derramar casi sangre humana.

—Todavía no es tarde; acaso el enemigo me desconozca aún, vuelva á buscarme, y, á salvo ya toda vuestra familia, entonces le saldré al encuentro á la clara luz del día y en el llano que él elija para el combate.

—Si yo puedo evitarlo, disponed de mí.

—Gracias, pero no hay más camino que el indulto ó la guerra civil; en el primer caso, todos obedeceremos al emperador; en el segundo, me seguirá el que quiera, y el que no, quedará con amplia libertad de unirse á las filas imperiales. Esta medida alcanza desde el adelantado mayor hasta el último pechero.

—Ofrezco permanecer neutral.

—Mal hecho; vuestro deber os llama al campo contrario.

—Frente á vos, nunca.

—Acaso os obliguen, y aun cuando me pese, la veré con gusto; debéis mucho al César, y nada más justo que, á fuer de caballero, le pagueis.

—Dios le inspire en favor vuestro; pero si os negase el indulto, juro pedírselo de rodillas y con más interés que si fuese para mí propio.

Ambos continuaron hablando hasta las siete de la noche, en que Alberto salió; y después que hubo cruzado algunas frases con Navarro, quiso marchar á su palacio, siendo detenido por el capitán que le dijo:

—Te advertí antes, y repito ahora, que he convidado en tu nombre para esta noche á cuantos nobles forman en nuestras filas, á las autoridades y restantes personas notables. Se trata de un festin en el que acabaremos de celebrar la llegada del emperador.

—Te he dicho y ratifico que está bien hecho. Adios.

—¿Te vas?

—¿Qué he de hacer aquí?

—¡Me gusta la pregunta! presidir el banquete y acompañarme mientras dure; se ha invitado á tu nombre...

—Represéntame tú ahora que empieza la guerra civil; cuando ésta concluya, entonces me tocará á mí.

—¿Crees, por ventura, que el enemigo volverá antes de que te lleve el indulto?

—Navarro, ínterin no nos perdone el César, sólo debo pensar en defender vuestras vidas y en asistir á contiendas civiles; por lo tanto, hasta mañana, si nada tuvieras que participarme esta noche.

—Hombre, quédate.

—Capitán, los Silvas sólo una vez dicen que no; que el cielo te guarde.

Y desapareció empezando un poco después de media hora un nuevo trabajo, relativo á las mejoras que estaba introduciendo en la ciudad.

Navarro no quedó satisfecho con la marcha de Alberto; pero se conformó, y, cambiando el traje que llevaba por otro muy rico, buscó á sus amigos, entre los cuales esperó la llegada de los convidados.

A las nueve en punto de la noche pasaron á uno de los salones principales del alcázar, donde fueron sentándose en sillones de damasco, situados en torno de una mesa cubierta de manjares, ramilletes y flores. Los comuneros lucían preciosos trajes de terciopelo, raso, encajes con adornos de oro y piedras que brillaban poco menos que el fuego de sus ojos. Se notaba en ellos una satisfacción indecible, un placer que halagaba

su presente y parecía augurarles un porvenir risueño.

Y era que los cuatro tenían ante su vista la figura de Alberto, y tal era su confianza en él, que se juzgaban ya invencibles y asegurados contra todo peligro.

A la vez que ellos, fueron sentándose las autoridades, caballeros y personas notables de la capital, componiendo entre todos cincuenta nobles, servidos en aquellos momentos por diez pajes y veinte soldados comuneros, cuyos rostros decían lo que eran, lo que habían hecho y para lo que servían.

Se ocuparon todos los asientos, á excepción de la presidencia, que estaba junto al testero del salón, debajo de un retrato del emperador, adornado con guirnaldas y trofeos militares.

Viendo los convidados que se daba principio al banquete, y el conde de Santomera no llegaba, exclamó uno:

—Que presida el valiente capitán don Pedro Navarro; sólo nos falta merecerle esa honra.

—Sí, sí,—gritaron los demás.

El jefe comunero se puso en pie, contestando:

—Mi hijo Alberto, señores, no come, bebe ni duerme; pero dirige, encamina y mata como sabio; héroe y valiente no gusta de festines, y por esa razón huye de ellos; no extrañéis en consecuencia, que su sillón esté desocupado. Me pedís que le represente y es tan grande el honor que no me hallo con fuerzas para aspirar á él. Sobre mi asiento estaré tranquilo y satisfecho; sobre el suyo me encontraría violento; y siendo así que no hay nadie capaz de reemplazar dignamente á ese gigante, quedamos como estamos, y dé prin-

cipio el banquete, exclamando: ¡Viva el emperador! ¡viva el héroe!

—¡Vivan! ¡Vivan!

Contestaron en coro; aplaudieron la modestia de Navarro, y comenzó el festin.

Cerca de dos horas permanecieron comiendo, apurando botellas y reinando en la mesa satisfacción y alegría; hubo brindis, discursos guerreros, y por último, se comentó de diferentes modos la heróica sorpresa llevada á cabo veinticuatro horas antes por Silva y cincuenta y un guerreros. El capitán Navarro, que amaba ya á Alberto más si cabe que á un hijo, pretendía que toda la gloria de aquella jornada recayese en él; y describiendo á grandes rasgos su genio, acierto y sabiduría, exclamaba:

—Señores, antes de esa noche feliz salió solo de la ciudad, cruzó junto á las avanzadas enemigas, atravesó el campo contrario, estudió el terreno, reconoció á los sitiadores, y parándose unas veces, volando otras como el águila, y favorecido siempre de un valor y sangre fría que no tienen descripción, trazó mapas, adquirió noticias y dispuso la acometida con la seguridad de un hombre que parece infalible. Era preciso haberle visto perderse entre la espesa arboleda, saltar acequias, cruzar senderos y vencer dificultades para comprender su talento, habilidad, destreza y valor. Llegó el instante deseado, y sin decir otra cosa que lo puramente indispensable, le seguimos uno tras otro como inocente rebaño de ovejas guiadas por el ángel exterminador. La carrera que llevábamos se parecía más á un salto de Murcia al campamento que al escape de briosos corceles; así es que, cuando los centine-

las quisieron gritar, estábamos ya sobre ellos y nuestras lanzas cerrando sus bocas. Allí desaparecieron la calma é indolencia del héroe: vivo como una centella, con acento de rey y sabiendo perfectamente lo que mandaba, comenzó á dar órdenes, nosotros á ejecutarlas, el campamento á arder y los enemigos á huir, vestidos unos, medios desnudos otros, sin armas la mayor parte y en un estado horrible de pavura y aflicción. Sus cañones fueron clavados, el gigante Mendoza los arrojó al cieno, y el contrario que osaba resistir besaba la tierra al potente golpe de un bote ó de una estocada. El fuego ardiente del héroe prendió en nosotros; y si á matar fuera, si de pelear se tratara, hubiéramos dado fin de los mil enemigos, y de cuantos vinieran después; pero su voz mandaba otra cosa, y ante aquel irresistible acento no era posible desobedecer. Unos rompían las botellas, otros rociaban el líquido inflamable de las suyas, y los ménos prendían con hachas de viento, esparciéndonos todos por el campamento. Después mandó el héroe aprisionar á los Fajardos, y corrimos en busca de ellos, teniendo la suerte de hallar reunidos á los siete, ocupados vanamente en contener á sus parciales, que huían convertidos en corzos. Yo fuí el primero que los reconocí; llamé á los míos, formamos un círculo de hierro, y cogidos enmedio tuvieron que entregarse, después de practicar una defensa ilusoria. Instantáneamente fueron maniatados, oyéndose un minuto más tarde la bocina de Alberto, que nos llamaba. El conde, señores, se había quedado solo, solo en el centro del campamento; por delante, detrás y los costados veía pasar en revuelto tropel oleadas de hombres que se precipi-

taban hacia el llano, impelidos por el miedo y la desesperación. Al principio debieron creer que era una estatua de bronce por la inmovilidad del caballo y caballero: giraban únicamente sus órbitas, miraba la espantosa huída, y en su bellísimo rostro se leía desdén unas veces y compasión otras. Admiraos, señores, mi noble hijo padecía viendo correr y atropellarse á sus enemigos. Luego pasó por allí don Ramón Gil, lo reconoció, y, unido á once valientes, les grita, infunde ardimiento, como hecho heróico, acometen los doce á Silva, que continuaba solo y con la espada envainada. Mi hijo los ve, comprende el intento, saca el acero, hiere al caballo con las estrellas de oro, salta el brioso alazán, y viene á caer en medio de sus contrarios; de la primera estocada atraviesa el corazón de Gil, y de varios tajos siega cuatro gargantas; en un minuto cinco cadáveres. Los siete restantes tiran las armas y se precipitan por la pendiente...

—¡Venció á los doce!—exclamaron algunos con asombro.

—Sí, á los doce, lo mismo que si fuesen veinticuatro. ¡Oh, su espada vale tanto como su genio!

—¡Qué hombre!

—¡Qué ser tan privilegiado!

—Del Cid ni de Gonzalo de Córdoba se cuenta nada más admirable que lo que practica Alberto.

—¿Qué hizo después?

—Después se hechó atrás, miró á los degollados revolcarse en su sangre; la compasión se traslució nuevamente en su rostro, y cuando creyó llegado el momento, envainó la espada y comenzó á tocar su bocina de guerra. En aquel instante concluíamos nos-

otros de sujetar á los Fajardos; los hice poner sobre el arzón de las sillas de los siete hombres más forzudos que llevaba, y un minuto después aguardábamos sus órdenes. Se enteró, ante todo, con paternal interés, de si íbamos ó no heridos, y satisfecho del resultado que ofrecía nuestra sorpresa, se puso al frente y regresamos en la misma forma que fuimos. Lo demás ya lo sabeis.

—¿Qué dicen los últimos partes respecto de los contrarios?

—Se les quemó cuanto tenían, incluso la ropa de muchos, y hasta las picas. Como han corrido en diferentes direcciones, sólo pudieron juntarse una tercera parte; su objeto es replegarse á Totana, y allí acordar lo que crean conveniente.

El relato de Navarro, unido á los vapores que subían del estómago á la cabeza, excitaron el entusiasmo de cuantos estaban reunidos, por cuya razón comenzaron de nuevo á brindar, pronunciando luego discursos guerreros y amenazas que no debían realizarse. El capitán comunero estuvo hábil al llevar á su mesa en esta ocasión á los magnates y ricos homes de Murcia, siendo así que en este momento los atraía hasta el punto de jurar todos los presentes pelear y aun morir por la causa que defendía el héroe.

Así permanecieron durante una hora más, retirándose á las dos, sin temer nada por el presente ni ofrecerles cuidado el porvenir. Lo más crítico de la situación en que el destino les había colocado continuaba como el primer día; pero tal era la confianza que les inspiraba Alberto, que prevenían con desdén las consecuencias de que el emperador les negase el indulto y

hasta de que viniera al frente de sus ejércitos dispuesto á combatir la revolución provocada por el incontrastable Silva. Tal seguridad se hizo extensiva al pueblo, que desde aquel día empezó á componer romances á los vencedores y á burlarse en sus cantos y refranes de los sitiadores y de cuantos enemigos tenía su nuevo ídolo; desapareció, en consecuencia, el miedo, y nadie pensó ya en salir de Murcia ni en poner á salvo los intereses que antes juzgaban amenazados.

Lució el siguiente día, las puertas se abrieron, entraron y salieron cuantos lo tuvieron por conveniente, y todo volvió, al parecer, á su estado normal.

Trascurrieron seis más sin que acontecimiento alguno viniera á turbar la paz que reinaba en Murcia; á Silva, como de costumbre, no se le veía por ninguna parte; la gente armada parecía escondida, y Navarro, Núñez, Osorio y Mendoza, se hallaban en los sitios más públicos, pero cubiertos con ricos trajes de seda y sin aparato alguno militar; el primero lucía sus galas, y los restantes visitaban y requerían á cuantas mujeres hermosas tenían la amabilidad de abrirles sus puertas y gustaban oir la grata conversación de tan cumplidos caballeros. Los temibles guerreros se habían convertido en almíbar que agradaba á todos, y muy particularmente á todas; llamaban á Mendoza el buen mozo; á don Álvaro el fino cortesano; á Núñez el galán más discreto, y á Navarro el capitán elegante que sólo gustaba de hablar con los hombres y de hacer guerra al género humano; y se fundaban en que nuestro comunero miraba con prevención á las hijas de Eva, huía de ellas y apenas les dirigía otra cosa que el indispensable saludo.

Murcia se iba trasformando; era regida por medidas sabias y acertadas; imperaban la libertad y el orden, y hubiera sufrido una completa metamorfosis de continuar Alberto de Silva haciendo de adelantado mayor.

Llegó, no obstante, el décimoquinto día de tregua; en la ciudad se notaba más animación que en los anteriores; las guardias estaban reforzadas, y en las plazas y sitios de costumbre se agrupaban los noticieros, hablaban muy bajo, se frotaban las manos, demostrando, en fin, la proximidad de un acontecimiento que les infundía menos miedo que satisfacción. Y lo mismo en estos corros que en las casas, palacios y alcázares se oía nombrar con entusiasmo á Silva, sonriendo todos al ver en el apuesto joven la égida de la ciudad.

Sepamos lo que acontece.

Eran las diez de la mañana, y puesto el capitán Navarro al frente de numerosa escolta, mandada por Mendoza, penetró en la capital, cubiertos de polvo los jinetes y de blanca espuma sus briosos alazanes. En tal estado llegaron al palacio de Silva, allí echó pie á tierra el capitán é inmediatamente se dirigió al despacho de Alberto. Se hallaba éste trabajando, y sin dejar de escribir, preguntó al recién venido:

—¿Qué acontece para que traigas escolta y ese bélico aparato?

—Arroja la pluma y te enteraré, que el asunto es grave.

—Ya te he dicho, y repito, que no hago uso del oído para escribir. ¿Qué es ello?

—El enemigo se rehizo en Totana, compró armas, caballos y lo necesario para emprender de nuevo el sitio.

—Era natural.

—Cuenta con más de dos mil hombres.

—En el comedor; cuando estén en el campo de batalla serán menos.

—Deja de escribir, por Santiago.

—Prosigue, que te oigo bien.

—¿Conoces al conde de Usén?

—No; pero decía mi padre que era un cumplido caballero, muy noble, valiente y entendido.

—Es maestre de campo.

—Siendo verdad lo que cuentan de él, merecía ese grado en el ejército.

—Cierto; pero es el caso que reunió su tercio, compuesto de otros mil hombres, y ha pasado á Totana, donde el enemigo le proclamó jefe absoluto.

—Me alegro, y sólo temo que así y todo no hallemos en él un contrario digno de nosotros.

—Son más de dos mil hombres.

—¿Les tienes miedo?

—No, mas es preciso hacer algo.

—Justo; que queden las cosas en tal estado y marcha con los tuyos al alcázar.

—¿Todo eso dispones?

—Sí; basta.

—Al lucir la aurora del próximo día, seremos sitiados nuevamente con doble número de contrarios, dirigidos por un jefe diestro y valeroso.

— Así sea.

—Me admira tu calma, Alberto.

—Yo creí que ya te habías acostumbrado á ella, Navarro.

—A lo malo no se puede uno aficionar.

—Pronto la juzgarás buena.

—¿Qué hacemos?

—¿Todavía insistes?

—Sí; no me marcho...

—Capitán, no vuelvas hasta que te llame. Adios.

—Lo dices de un modo... Está bien, que el cielo te guarde.

Y desapareció, obedeciendo á su hijo adoptivo.

A la mañana siguiente rodeaban la ciudad sobre dos mil hombres escalonados y tan bien puestas sus avanzadas, que en poco más de un cuarto de hora podrían reunirse y combatir á los sitiados, caso de intentar éstos alguna sorpresa ó embestida. A media legua próximamente, y en una elevación que dominaba la ciudad, estaba el cuartel general; y en medio se alzaba la tienda del maestre de campo, conde de Usén, general en jefe ahora de las fuerzas reunidas allí.

El enemigo empezó parapetándose lo mejor que el terreno se lo permitía, y estableció comunicaciones entre sí, cortando las que tenía la plaza con los de la huerta y pueblos vecinos. Hecho esto, y conociendo el conde de Usén lo expuesto que era asaltar una plaza defendida por un héroe como Alberto, por hombres del valor de Navarro y sus parciales, y por un pueblo que veía ya su ídolo en el primero de los citados, determinó esperar hasta tanto que los de Lorca y Cartagena le trajesen la artillería necesaria para cañonear la plaza, infundir el terror entre sus habitantes y defensores, abrir brecha é intentar el asalto con todas las reglas del arte.

El mismo día en que terminó sus obras el enemigo, se presentó Navarro á Alberto, diciéndole:

—Estamos sitiados, nos han cortado las comunicaciones, el campo contrario aumenta sus fuerzas, y en todo ello se ve la experta mano del entendido conde de Usén.

—¿Tienen cañones?—preguntó Silva.

—No, los esperan.

—Entonces no vuelvas hasta que los hayan recibido.

—Bien, pero hablemos siquiera.

—Vigila mucho, evita una sorpresa y nada temas.

—Así lo hago, pero quisiera saber tu opinión.

—Si no es más que eso, te diré que he formado muy buena idea del cartagenero conde de Usén; mas entiendo que no ha de producirle resultado alguno el arte y trabajos empleados en el sitio que dió por concluido.

—¿Por qué?

—Me has pedido mi opinión, y te la he dado; me reservo el fundamento de ella. Adios.

—¿Ya me echas?

—Sí; me estás estorbando.

—¿Qué haces?

—Resuelvo problemas, estudio, aprendo, y suplo en mi despacho la falta de unas aulas que tan necesarias son á los jóvenes de mi edad.

—Yo creí que tú sabías más que los dómines, que los autores de esos libros y que los sabios conocidos hasta hoy.

—Navarro, si logro vivir muchos años y puedo continuar estudiando y aprendiendo, acaso llegue á comprender lo ignorante que seré al desaparecer de la tierra. ¿Me dejas trabajar?

—Sí; adios.

Los sitiadores seguían reforzándose, y los sitiados sin hacer otra cosa que vigilar mucho para evitar una sorpresa. Y los murcianos, sin temor ya á los que amenazaban entrar á sangre y fuego, reían, cantaban, entregándose además á sus faenas cotidianas.

CAPITULO XX

Los dos condes.—Convenio.—Los dos rivales.—La tregua.

Dos días después, ó sea el tercero de verdadero sitio, volvió Navarro á interrumpir á Silva con las siguientes frases:

—Hijo mío, siento mucho molestarte: pero las circunstancias apremian, eres el general en jefe, y yo me he propuesto obedecerte ciegamente.

—Pues en este instante, y con sólo el hecho de venir, dejas de cumplir tu deseo.

—Ya te he dicho la causa; pero deja de escribir.

—No; continúa; ¿qué ocurre?

—El enemigo aumenta sus aprestos; nosotros no hacemos nada, y la tropa murmura y hasta critica nuestra indolencia.

—Lo primero y segundo es verdad; en cuanto á lo tercero, resulta que el soldado ocioso se ocupa siempre en hablar mal de sus jefes. Empléalos en algo, y les faltará tiempo para eso.

—¿En qué? Una parte está de servicio; ¿qué hago de los otros?

—Que los destine el ayuntamiento á las obras proyectadas; y si todavía sobrasen brazos, que limpien la ciudad; por cierto que buena falta le hace.

—Estando sitiada Murcia, ¿he de distraerlos de ese modo?

—¿A eso llamas cerco? Navarro, no entiendes una palabra de asuntos militares; sin salir de la ciudad, y con sólo los cañones del alcázar y del muro, basta para hacer levantar ese sitio.

—Eso me estoy yo diciendo hace tres días. ¿Por qué no me dejas que hagamos fuego?

—Porque quiero economizar la sangre de tus hermanos, porque deseo que el emperador no se avergüence de haberos indultado.

—Muy bien; pero antes de cuarenta y ocho horas contarán ellos con diez culebrinas, quince cañones, y cubrirán la ciudad de balas rasas.

Alberto tiró la pluma, y volviéndose á Navarro, le preguntó con viveza:

—¿Qué dices de cañones? ¿Cuándo crees que los recibirán?

—Me consta que están ya en camino, y dentro de dos días podrán disponer su colocación. Entonces tendremos que contestarles; empezará la lucha encarnizada de una y otra parte, y por cada uno que ahora moriría, perecerán luego diez.

—Es que no dará principio.

—¿En qué te fundas, hijo mío?

—Me fundo en que... Navarro, si me equivoco, y después muriese mucha gente, ellos habrán tenido la culpa.

—Quedo enterado. ¿Vuelves á escribir?

—Ya la ves. ¿Estás seguro que recibirán los cañones pasado mañana?

—No, es más probable que lleguen mañana por la noche.

—Me alegro.

—Y yo. No dudes que veré con placer el cañoneo; mandaré cargar mi artillería hasta la boca, hasta que reviente; y en el instante que juegue el arma blanca no he de parar, en unión de los mios, de dar tajos y mandobles ínterin quede uno de ellos. Prepara, prepara la bocina, que buen caso te vamos á hacer; cuando ella diga *basta*, contestaré yo *adelante;* y como quiera que los míos se parecen á mí, más que á tí, me obedecerán sin vacilar.

—Lo creo; la récua sigue siempre en pos del cencerro.

—Gracias por la comparación.

—Los tontos se parecen todos; ¿te gusta más este otro simil?

—Y los sabios á lo mejor...

—Se cansan de oir vaciedades y despiden al necio; conque adios.

—¿Que hago?

—Me reservo el derecho de mandar romper el fuego, cediéndote generoso el de disponer cuándo ha de cesar.

—Acepto.

—¿Te vas ya?

—Con mucho gusto; llevo cuanto quería. ¡Oh, lo que es ahora no ocurrirá lo de la noche de la sorpresa!

Y desapareció de allí.

En el momento que Alberto perdió el ruido de sus pisadas, arrojó la pluma y se asomó á un balcón para ver marchar al capitán. Convencido de que aquél se dirigía al alcázar, hizo entrar á su escudero, diciéndole:

—Media armadura al momento; mi caballo árabe, y á quien llegue, que vuelva mañana.

—¿Os acompaño?

—Sí.

—¿Qué traje llevo?

—Casco, con lo demás que quieras. Vuela.

Mientras le obedecía, escribió varias líneas en un papel, guardándoselas; luego se dejó vestir, diciendo á su criado:

—Otro casco sin escudo de armas; ni Pablo ni yo debemos llevar insignia alguna que nos dé á conocer.

Cuando estuvo armado, bajó al zaguán, y, montando á caballo, dijo á su escudero:

—Baja esa visera, procurando que nadie te reconozca. Y vosotros,—añadió, dirigiéndose á los restantes criados que le rodeaban,—al que pregunte por mí contestadle simplemente que no recibo hoy; ni más ni menos.

Y picó á su potro; siendo seguido por Pablo. Al llegar á la puerta fué detenido por varios soldados, uno de los cuales le interrogó:

—¿Quién sois y adónde vais?

Alberto sacó el papel en el que poco antes escribió dos líneas, alargándoselo á un sargento; éste leyó fuerte:

«Paso á los portadores de esta orden.—SANTOMERA.

El mencionado sargento hizo una reverencia, le devolvió el papel, y mandando abrir la puerta, salieron Silva y su criado, encaminándose á trote largo hacia el campo enemigo.

—Saca un pañuelo blanco, Pablo,—dijo el amo;—vé delante, y demuestra á los contrarios que venimos en paz, pero no hables nada; yo contestaré á las preguntas que te hagan.

Poco después eran detenidos por diez arcabuceros y otros tantos ginetes, á la voz de:

—¡Alto!

Ambos se detuvieron; después avanzaron cuatro de los últimos, y acercándose á Silva un caballero, le preguntó:

—¿Quién sois?

—Un jefe de la plaza sitiada y su criado.

—¿Podeis alzaros la celada?

—No.

—¿Qué quereis?

—Hablar con el señor conde de Usén.

—¿Qué misión traeis?

—La de un parlamentario.

—¿Quién os manda?

—Represento al señor conde de Santomera.

—¡Ah! Esperad aquí, y os traeré la contestación.

Y retrocedieron los cuatro, dirigiéndose el caballero al campamento y quedando los diez y nueve, unos con la mecha encendida y otros con la pica preparada.

Alberto echó pie á tierra, dió las riendas á su criado, y con la mayor indiferencia y sangre fria comenzó á pasear de un lado para otro, procurando no di-

rigir la mirada hacia las trincheras del campo contrario.

Veinte minutos después vió regresar á escape tendido al portador que esperaba, y montó á caballo aguardándole así.

—Seguidme,—les dijo aquél.

—¿No nos vendais los ojos?

—Me ha encargado el señor conde de Usén que os reciba en la misma forma que vosotros acogísteis á nuestro parlamentario Gil, sin perjuicio de hacer con vos en la primera ocasión lo que practicásteis con aquél.

—Cuando gusteis.

—Mirad lo que querais.

—No vengo á eso, caballero.

—Pues adelante.

Y corrieron los tres, yendo Alberto á la derecha y Pablo detrás. Así continuaron hasta detenerse á la puerta de una hermosa y extensa tienda de campaña; tenía ésta dos centinelas, y era la de Usén.

Los tres echaron pié á tierra; Silva encargó su caballo al escudero, y prévio anuncio entró en aquella, hallándose frente á los cinco jefes principales del campo enemigo. Hizo una reverencia, que le devolvieron, exclamando:

—Deseo ser escuchado única y exclusivamente por el señor conde de Usén.

—¿Quién os envía ó garantiza?

—Represento á Silva y dá seguridad de ello mi rostro.

—Descubridlo.

—A vos.

—Dejadme solo,—gritó Usén; añadiendo: —¿Qué más deseais?

Alberto alzó la celada, y ambos se miraron fijamente.

—Muy joven sois,—exclamó el jefe contrario,—pero nada malo ni bueno indica vuestro semblante.

—Dice que es el del conde de Santomera.

—¡Cierto! mas permitid que me asombre vuestra osadía.

—Cuantos me conocen aseguran que mi calma y sosiego son exagerados, que no hay entre ellos ninguno tan prudente.

—No obstante lo cual, os entregais á mí, que puedo mandar ahorcaros, y revolución concluída.

—Eso lo hace un villano, y cuentan que vos sois caballero.

—¿Os ha bastado el dicho de la gente?

—Ya lo veis.

—Sois, por lo menos confiado.

—Soy noble; llego sin mancha en mi honor, sin dardo en la conciencia; vengo en defensa de la humanidad que suspira; en contra del inhumano que hiere; si muero, tranquilo bajaré á la tumba; satisfecho volaré á los piés del trono celestial. ¿Sucedería lo mismo á mis asesinos? Matadme, conde; ni áun me defiendo; de noble á miserable no hay más que un *quiero*; pronunciadlo, y he aquí mi cabeza.

—No, vuestra mano; apretad, que no me aventajais en hidalguía. Sentaos; más cerca de mí. Me estorba la espada, y me vais á permitir que la arroje lejos de mi cinto.

—Gracias; estaba cierto de no haberme equivoca-

do, por cuya razón dejé abandonada la plaza, sin jefe, á sus defensores, y en la ignorancia á todos de que venía á conferenciar con vos.

El conde de Usén era alto, más grueso que Alberto; tendría de vintiocho á treinta años de edad, y en su rostro se traslucían bondad, fijeza de ideas, voluntad virgen y nobleza de alma. Junta su rodilla izquierda con la derecha de Alberto, le dijo:

—Hablad sin temor ni miramiento alguno; os oiré con mucho gusto.

—En confirmación de la idea que expuse anteriormente,—replicó Silva,—vengo á rogaros me ayudeis á evitar un derramamiento de sangre estéril, lastimoso, sensible siempre á hombres que, como vos y como yo, vemos algo más que esos infelices á quienes sólo les enseñaron á guerrear. He podido, según comprendereis, evitar con balas rasas y metralla el que formáseis parapetos y trincheras en poco tiempo y con comodidad.

Tengo á mis órdenes cerca de mil guerreros, y tres ó cuatro mil más que sólo esperan mi voz para armarse y seguirme orgullosos al campo de batalla, con los cuales pude provocar un combate, estando todas las probabilidades de mi parte. No soy cobarde, y convendreis comigo, que el no haberlo hecho ha sido únicamente por evitar la lucha entre españoles y una aglomeración de cadáveres y heridos que nunca podré ver sin estremecerme. Así, hubiera continuado, así seguiría si vos no esperáseis mañana quince cañones y diez culebrinas, con los que os apresurareis á empezar el fuego sobre la plaza; y eso es justamente lo que quiero evitar á todo trance. Rotas las hostilidades, ya

no mando vasallos, sino leones que caerán sobre vosotros sedientos de sangre y exterminio; roto el fuego, sólo tendré en el muro y el alcázar cañones que vomitarán la muerte sin tregua ni descanso; y ya, por último, en guerra abierta, no me será posible contener á los míos ínterin quede uno de los vuestros. Prescindo del mayor número de hombres con que cuento sobre vos; de los muchos recursos de que dispongo; de que podría arrojar en medio de vuestro campo una población de treinta mil almas, que con mosquete, espada, pica ó puñal, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, acabarían con vosotros en minutos; porque habeis de saber que en Murcia hay pocos cobardes, que sueñan conmigo, que bendicen mi nombre, y que todos, todos anhelan que yo los mande, los dirija y los lleve donde tenga á bien. Prescindo asimismo de lo que valen mis soldados y de lo que se le ocurriría á su general; que no he venido aquí con bravatas, ni intento asustar á quien no conoce el miedo, ni es propio del conde de Santomera abultar las cosas, mentir ni áun exagerar. Prescindo de todo, porque sólo veo un arroyo de sangre humana, y me estremece lo mismo el que lo forme la de vuestros españoles que la de los míos; por eso, y porque me juzgo superior, os ruego, y es la segunda vez que lo hago en mi vida, que convengamos en una tregua que evite la guerra y á nosotros el remordimiento y la angustia, cuando no algo más. La primera vez en mi vida que supliqué fué á Fajardo, y ya veis las consecuencias de su negativa; la segunda es al conde de Usén; si tampoco me oye, vendrán mayores males, siendo responsable de todo lo que ocurra después.

—¿A qué conduce esa tregua, Silva?

—Ya os lo he dicho, don Irenio de Utiel, á la paz.

—¿De qué modo?

—Llegando antes de que termine aquélla el indulto que espero del emperador y la orden suya de dejaros entrar en Murcia.

—¿Y qué sucederá entonces?

—Que á vos os abriré los brazos; Fajardo quedará de adelantado, y no habrá que llorar otra sangre que la poca vertida hasta hoy.

—¿Cuántos días necesitais?

—Doce; al amanecer del trece podeis romper el fuego contra la plaza. Esto no será inconveniente para que entretanto formeis baterías, os asegureis más é introduzcais en el campo todas las reformas que gusteis.

—Y la ciudad, ¿qué hará mientras?

—Abriros sus puertas, franquear la entrada á los que querais visitarla y entregarse todos á sus faenas ordinarias.

—Y la tropa vuestra, ¿en qué se ocupará?

—En hacer el servicio como en tiempo de paz, en comer y descansar.

—¿Qué necesitais para asegurar esa tregua?

—Vuestra palabra de honor.

—¿No deseais más tiempo?

—Sería inútil.

—Juro solemnemente que ni yo ni los míos haremos armas contra vos y los vuestros hasta pasados doce días, que empiezan á contarse desde mañana.

—¡Juro lo mismo, respecto de vos y de los que os obedecen, y que Dios confunda al que falte de los dos!

—¡Que lo trague la tierra y lo precipite á las entrañas del infierno!

—Si llega la paz, os ofreceré mi amistad, señor conde de Usén.

—Antes y después os doy la mía, señor conde.

—La acepto con júbilo; no os pesará, ni os quejaréis de la que también os entrego.

—¡Qué lástima que este cambio se efectúe entre dos enemigos!

—¡Qué lástima que no hubiera yo hallado á Usén en vez de á un Fajardo!

—¡Dios ilumine al emperador, y que éste os abra sus paternales brazos!

—Que haga lo que quiera; rogué dos veces; le expuse las terribles consecuencias de su negativa, y me ofrecí á servirle de alférez. Si me desconoce; si, inhumano, rompe el dique y corre la sangre, para él será el mal, que perderá un reino, y sabe Dios, conde, lo que le quitaré después.

—¿Os retirais ya?

—Sólo espero vuestro permiso.

—Noble y generoso, me habéis entregado una vida cuyo valor no puedo apreciar; gracias, conde de Santomera; mi reconocimiento durará tanto como mi existencia; y ya que sois tan bueno, hacedme otro favor.

—Concedido; ¿qué deseais?

—No bajéis la visera hasta que yo os diga.

—Con mucho gusto.

—Esperad.

El conde de Usén salió á la puerta de su tienda, gritando:

—Mi casco, caballo, lanza y escolta; al momento.

—¿Qué pensáis hacer?—preguntó Alberto.

—Ya lo veréis; tened un poco de paciencia.

Diez minutos después estaba Usén armado, y le esperaban su potro y veinte caballeros.

—Venid conmigo,—dijo á Silva.

Y cogiendo el caballo de aquel, añadió:

—Montad.

—Imposible; no merezco esa honra á que sólo es acreedor el César.

—Montad, yo os tengo el caballo, y os pruebo que aprendí, como vos, á recibir dignamente á un enemigo.

—Gracias, señor.

Montó Silva, quitó la lanza al escudero de Usén, y se la alargó á su dueño, diciendo:

—A mi criado le sirvo yo de escudero; estamos en paz.

Ya á caballo el jefe sitiador, puesto á la izquierda de nuestro joven, exclamó:

—¡Paso al señor conde de Santomera! ¡Soldados, tregua al enemigo; honor á su digno jefe!

Y atravesaron por el centro del campamento, fijas todas las miradas en el rostro de Alberto.

—Parece un chiquillo,—exclamaban unos.

—Es joven,—añadían otros;—pero el brazo, cabeza y corazón cuentan que no tienen iguales.

—Se dió á conocer de pronto, pero de un modo...

Y continuaron comentando la presencia del héroe de una manera honrosa para él, tanto más admirable cuanto que partía de enemigo que tuvo sobrados motivos para aborrecerle.

La comitiva llegó hasta la última avanzada, en cuyo instante gritó el jefe sitiador:

—¡Alto!

Y volviéndose á Silva, añadió:

—Señor conde, he aquí mi mano; amigos doce días y enemigos luego, ó lo que Dios disponga, siempre tendréis mi estimación por lo noble, mi admiración por lo grande y elevado de cuanto hacéis.

El joven le contestó, oprimiendo su diestra:

—Amigo vuestro, aun cuando llegara á pelear contra vos, obtendréis mientras yo viva mi amistad por lo hidalgo y caballero, mi cariño, estimación y aplauso por lo valiente, generoso y entendido. ¡A escape, Pablo!—añadió, y echándose la visera, desaparecieron como dos meteoros.

Poco después les abrieron las puertas de la capital; tornó Alberto á enseñar el papel que anteriormente, y entrando en el palacio, dijo á los tres criados que esperaban sus órdenes:

—Tú, avisa al capitán Navarro que venga inmediatamente; Juan coge mi caballo y pasa luego á vestirme; Pablo la comida después.

Subió á su cámara de vestir, cambió de traje, y poco después se sentó á la mesa con mucha tranquilidad, dando principio á su frugal comida, compuesta de un poco de sopa, medio pollo y dos onzas de dulce, con cuatro de un pan.

Al concluir llegó Navarro, y con un poco de inquietud le preguntó:

—¿Has dado tú permiso para salir y entrar en la plaza?

—Sí.

—¿Nos venderán?

—No.

—¿Quiénes eran?

—Te he llamado para ordenarte que inmediatamente se retire la tropa que hacía doble el servicio, se abran las puertas de la ciudad y se deje entrar y salir á todo el que quiera, sean amigos ó enemigos.

—No te he comprendido bien.

—Me es imposible decírtelo más claro, y el que tú seas torpe; no es razón...

—No es eso. ¿Se ha retirado el enemigo?

—No.

—¿Va á levantar el campo?

—Tampoco.

—Entonces no lo entiendo.

—Tu misión, por ahora, se concreta á obedecer. Conque haz que se lleve á cabo lo que te he mandado.

—Es decir que nos rendimos, que nos entregamos á discreción, que nos pasarán á cuchillo...

—¡Qué pesadez! Es que hay tregua, y que podéis ir vosotros al campamento sin que nadie os moleste, y ellos pueden entrar en la plaza del mismo modo.

—¡Ya! Luego esos dos que han salido érais tu y Pablo.

—¡Qué talento tienes; hasta adivinas!

—Para nada cuentas conmigo; todo te lo haces, te lo callas... ¡Maldita tregua! ¡Cuándo yo creí que íbamos á dar fin de nuestros contrarios!...

—Marcha, dispón un correo y regresa inmediatamente. ¿Eres tú el de noble corazón é hidalgos sentimientos? ¿No te estremecía antes la lucha de hermanos contra hermanos?

—Antes, antes sí; pero ya empezádo el melon...

—No lo eres tú malo; despacha.

—¿Con que libertad completa?

—Sí; y te advierto que el jefe contrario y yo somos amigos leales.

—¡Yo lo creo! De rodillas habrá solicitado tu amistad; demasiado comprendería él que si llegábamos á salir moriría en unión de todos los suyos. ¡Cuánta gloria, cuántos aplausos desechos como vana ilusión!

—Oye, Navarro; me he sacrificado por vosotros y lo seguiré haciendo con mucho gusto; pero jamás realizaré nada contrario á las leyes del honor y á lo que me dicte mi conciencia. Si no estais contentos de mí, esta tarde mismo romperé la tregua, huiré de Murcia, y desde mañana puedes obrar como se te antoje. ¿Prefieres eso?

—Siento, hijo mío, que hayas interpretado mal mis intenciones, comprendo que obras bajo la presión de un sentimiento huminatario que aplaudo; adivino tu pensamiento, y me inclino ante él por lo elevado y grande; pero esto no obsta para que yo hubiera preferido dar otra lección á esos pequeñuelos que alzan las picas y nos enseñan los mosquetes, pretendiendo asustarnos.

—El hombre grande mira con desprecio los alardes de fuerza, hijos de la ignorancia cuando no de la necedad.

—Cierto, más no sé lo que me sucede en hallándome frente al enemigo; veo que éste me reta y no puedo correr en su busca. Nací militar, no tuve miedo jamás, y me juzgo deshonrado cuando me llaman y no voy, cuando me citan y no acudo.

—Pues es preciso que varíes de carácter, demuestres más calma y aprendas mucho, mucho, Navarro; de este modo llegarás á general, que es mi deseo.

—Lo haré.

—Es la tercera vez que me lo ofreces.

—Y la última.

—Lo veremos.

—Lo verás.

Y marchó de allí, mientras Alberto penetraba en su despacho y escribía una carta dirigida al emperador.

A las dos horas regresó el capitán, diciéndole:

—Queda proclamada la tregua, las puertas de la ciudad abiertas, y permiso para que entre y salga el que quiera.

—¿Qué tropa hay sobre las armas?

—La indispensable en tiempo de paz.

—Eso es.

—Espera un correo tus órdenes.

—Toma; que lleve al emperador ese último despacho, y aguarde sólo cuatro horas la contestación; si no se la dan, que regrese inmediatamente. Ofrécele buena recompensa, si vuelve, como es posible, antes de doce días. Padre mío, si al espirar ese plazo no nos han indultado, saldremos á campaña, sublevaremos todo el reino de Murcia, y ya en el campo, llegaremos sábelo Dios. El conde de Usen me devolverá probablemente la visita que le hice esta tarde; mándame unos cuantos criados más, pues quiero que se siente á mi mesa y pase á mi lado uno ó dos días; tú nos acompañarás también, si, como espero, piensa honrarnos.

El vaticinio de Alberto se cumplió á la mañana si-

guiente. Serían las diez de la misma, cuando el conde de Usén, seguido únicamente de su escudero, entró en Murcia y poco después en el palacio de Silva. Este los recibió con los brazos abiertos, suplicándole se quedase con él un par de días. El noble cartagenero aceptó, despidiendo á su criado, al cual dió el encargo de que enterase á su segundo de la determinación que acababa de tomar.

A invitación del conde de Santomera, pronto se halló Usén rodeado por Navarro y sus oficiales, los Manueles, las autoridades y muchas personas notables de la capital; todos los que le saludaron cordialmente, pasando á su lado cerca de dos horas.

Solos ya Alberto, Usén y Navarro, dijo el primero al segundo:

—Señor conde, desearíais ver á los Fajardos, y no hallo inconveniente alguno en complaceros.

—No tengo empeño.

—Yo sí.

—Entonces, cuando gusteis.

—Ahora mismo.

Y los tres se dirigieron al alcázar, quedando Usén agradablemente sorprendido, pues creía hallar á sus amigos encerrados en oscuros calabozos. y los encontró ocupando las mejores habitaciones del edificio y servidos con tanta esplendidez y regularidad como si estuviesen libres y en sus casas. Este hecho y cuanto vió en la ciudad acabaron de convencerle del mucho talento de Alberto de Silva. Al espirar los dos días salió de allí, encantado del modo de obrar de su afortunado enemigo. El conde de Santomera, seguido de Navarro, Mendoza, Núñez, Osorio y diez y seis caballe-

ros principales, lo acompañó hasta el campamento, dándole siempre la derecha y haciéndole una despedida análoga á la que recibió tres días antes de su noble rival. Luego regresaron los veintiuno, y como nada tenían que disponer, quedaron juntos Alberto y Navarro en el palacio del primero.

Trascurrieron cinco días más sin que ocurriera incidente alguno que merezca relatarse. Los sitiadores habían recibido los cañones y formado baterías, sin perjuicio de visitar á los sitiados, comprar en la ciudad cuanto les hacía falta, sin que nadie les molestase ni ellos incomodaran á los que poco antes amenazaron. Lejos de eso, se estrechaban las manos, el saludo era atento y cortés, y, á imitación de sus respectivos jefes, se disputaban el darse mutuas lecciones de urbanidad y hasta de cariño. No se odiaban ni se temían, y por esta razón les fué fácil obedecer á sus generales y obrar como ellos durante la tregua.

Los de la ciudad, tranquilos y satisfechos, discurrían alegremente por doquier, aplaudiendo la libertad que les concedía Alberto y las reformas materiales que embellecían la capital, proporcionaban trabajo al operario, facilidad para sus negocios al comercio y el bien general.

Sólo Alberto y Navarro andaban tristes, leyéndose en sus frentes el sello de un pesar que les molestaba bastante. En el siguiente capítulo sabremos la causa.

CAPITULO XXI

Regio emisario.—La paz.—El indulto.—Noticias interesantes.—Acabó la guerra civil.

Era llegado el último día de tregua, y se hallaban paseando por un dilatado salón del palacio de Silva el joven conde y su amigo el capitán ex-comunero. En la frente de aquél se veían pliegues, y una tristeza, que no trataba de ocultar, bañaba su rostro; tenía los brazos cruzados, y meditaba. El segundo, ó sea Navarro, se entregaba unas veces á la melancolía, y otras, hijas sin duda de alguna halagüeña idea, aparecía en sus labios una sonrisa tan fiera como sus tacos y maldiciones.

Así llevaban cerca de una hora, hasta que rompió tan continuado silencio el ex-comunero, preguntando á su hijo adoptivo:

—¿No dices nada, Alberto?

—No.

—¿Duraste la tregua has hablado varias veces con el conde de Usén?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—En vista del silencio y reserva del emperador, me ofrece doce días más de prórroga; pero ya no es posible aceptarla. Esta noche le visitaremos y al amanecer comenzará la pelea para acabar tarde ó nunca.

—Temía, hijo, que concluyéramos por eso, y de ahí proviene tu tristeza y la mía; mas esa no es razón para que nos entreguemos al pesar; hicimos cuanto cabe en lo posible por evitar la guerra; de antemano expusiste al César repetidas veces las consecuencias de romper las hostilidades de una manera abierta; y puesto que no te hizo caso, ni les duele la sangre que va á correr, caiga sobre ellos gota á gota; y si llegamos á ser la rémora de su gobierno, que se queje á sí propio, por haber desoído la voz de la razón. Recuerdo, Alberto, que, perdida la batalla de Guadalete, y andando el tiempo se entregó Murcia á sus conquistadores, siendo gobernada por un alcaide que más tarde tuvo á bien declararse rey. Se llamaba Azcandari, y lo mismo él que sus sucesores fueron dueños de este reino por espacio de algunos siglos, no obstante la opinión contraria y pretensiones que se vieron obligados á combatir con las armas en la mano, unas veces contra cristianos y otras contra los de su propia raza, que desde Valencia ó Córdoba intentaron arrancarles la corona y romperles el cetro. Y si ellos pudieron sostenerse tanto tiempo, ¿por qué el héroe Alberto ha de sucumbir, valiendo más que los antiguos reyes de Murcia?

—Padre mío, si los moros gustaban de guerrear entre sí, á mi me duele regar el suelo de España con sangre de sus hijos. No temo al emperador ni me asus-

tan sus ejércitos; me amarga, sí, cruelmente la sola idea de combatir contra mis hermanos.

—También á mi; pero ¡cómo ha de ser? lo quieren ellos, y desde mañana en adelante veremos quién se ha equivocado, si ellos ó nosotros.

—¡Ellos, ellos, que ignoraban lo que abarca mi pensamiento en estos instantes! ¡Insensatos!... Pero todavía no ha llegado la media noche, y son prematuros nuestra impaciencia y desasosiego.

—Por lo que pueda ocurrir, me vas nombrando general, á Nuñez maestre de campo, y á Osorio y Mendoza capitanes.

—Delirios, Navarro, sólo delirios acoge hoy tu mente.

—Cuando den las doce de la noche te pesará no haber atacado el campamento sitiador, segun te aconsejé ántes de realizar la tregua. Entonces no tenía el enemigo cañones, morteros ni el magnífico tren de que dispone. Mi delirio de hoy será igual al que me inspiraba el consejo de que he hablado ántes.

—Idéntico; si Usen no hubiera traido esos cañones, nos seria difícil sitiar cómodamente Cartagena, Lorca y demás poblaciones de este reino, que habremos de cañonear y rendir. Sus provisiones, armamento y toda clase de pertrechos nos servirán después que ellos hayan probado lo innecesarios que les son.

—¡Buena idea, pardiez!

—Mas repito que es prematuro todo eso.

—Faltan sólo quince horas.

—Interin no acaben, es pronto.

—Es extraño que no haya regresado un solo correo de los muchos que has mandado á Barcelona. ¿Los ha-

brán preso mientras nos preparan un buen ejército imperial.

—Ó será otra cosa.

—Pero ¿qué cosa es esa?

—Mudemos de conversación. Navarro, hasta las doce de la noche es inútil hacer comentarios.

—¿Ya no dispones más reformas en la capital?

—No; há tres dias que las terminé todas.

—Lo he notado, y en verdad que durante ese corto período no has cogido la pluma.

—Cuando se afila el acero se guarda el tintero.

—Cierto.

En este instante fué interrumpida la conversación de los dos amigos con la llegada de Osorio, que entró aceleradamente, y les dijo:

—Señores, en el campo sitiador suenan clarines, corren los jinetes de un lado paro otro, y se nota animación, impropia de la tregua convenida.

—¿Qué será?—exclamó Navarro.

—Está bien,—respondió Alberto;—no siendo posible dudar de la lealtad del conde de Usen, continuad como hasta aquí, sin que os cuideis para nada del enemigo.

—Acaba esta noche la tregua,—añadió Osorio,—y pudieran estarse preparando para entrar de pronto...

—Basta, alférez; si no los teneis miedo, dejaos de calcular, concretándoos á obedecer.

—En ese caso me retiro, y doy por hecho que eran ilusiones mias.

Y haciendo una reverencia, salió de allí, comenzando no obstante, á tararear una canción guerrera. Alberto y Navarro continuaron paseando sin desplegar

lo labios. Así permanecieron hasta las doce, en cuyo instante se acercó Pablo y dijo á su señor:

—Un caballero anciano y de aspecto venerable desea hablar con vos.

—¿Cómo se llama?

—Oculta el nombre, pero su fisonomía y aspecto lo recomiendan.

—Que pase.

—¿Me retiro?—preguntó Navarro.

—Hasta que sepamos lo que quiere, aguarda.

Minutos despues se presentó en el salón un hombre que tendría setenta años de edad, alto, grueso, de cabellos y barba canos, rostro simpático, agradable en su porte y fino en los modales. Hizo una reverencia, y, fijándose en Navarro, le dijo con algo de imperio:

—Separaos, capitán, podeis permanecer en esta habitación, pero á un extremo de ella.

El semblante del comunero demostró sorpresa y duda, pero obedeció.

El recien llegado se acercó á Alberto, preguntándole:

—¿Sois el conde de Santomera?

—Sí, señor. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con un servidor de S. M. I.

—Es vuestro este palacio, y podeis, en consecuencia, usar sus sillones.

—Gracias, estoy cansado y acepto.

Ambos lo verificaron frente á frente y á menos de dos varas de distancia. Luégo cambiaron profundas miradas, añadiendo el anciano:

—Es preciso, señor conde, que contesteis franca y categóricamente á las preguntas que os voy á hacer.

—¿Os creeis con derecho á ello?

—Sí.

—Es suficiente con que vos lo digais?

—Juzgad por la contestación de Navarro. Capitán, acercaos. ¿Me conoceis?

—Sí, señor, mi...

—Concretaos á responder. ¿Soy capaz de mentir ó de atribuirme derecho ó poder que no tenga?

—No. Vuestro nombre...

—Basta, retiraos al sitio donde estábais ántes. Y ahora, señor conde, ¿qué decís?

—Preguntad.

—¿Quién ha sido el autor de la rebelión en que hallo á Murcia?

—Yo.

—¿Qué medios de seducción habeis empleado?

—Ninguno.

—¿Lo jurais?

—Sí, por primera y única vez; debe bastaros la afirmativa del que nunca mintió.

—¿Qué os habeis propuesto?

—Lo que expuse al emperador, ni más ni ménos.

—¿Teneis algo que añadir?

—No.

—Ahora sed más franco, si cabe. ¿Qué intentareis si os negasen el indulto?

—No siendo lo suficiente rico para llevarme al extranjero los muchos comprometidos por mi causa, haré guerra con ellos y con los demás que quieran seguirme al que no me concedió un acto de justicia y al que pretenda detenerme el paso.

—¿Y pensais correr mucho?

—Si no me matan, todo el reino de Murcia; luégo, sábelo Dios.

—¿Meditásteis sobre las consecuencias?

—Mucho.

—¿Y no os horrorizaron?

—Sí; temblé y no me sentí convulso. Quiero que en España rija los destinos de un hombre digno de este pueblo tan noble y generoso; un sér que no anteponga nada á la justicia; que su pecho no dé cabida al ódio ni al rencor, que ocupen el lugar de tan miserables cualidades la clemencia, la bondad, que esté sobre las cosas, y que los hombres sólo tengan para él vida, agradecimiento y aplausos. Siendo así, fundo mi fecha en sacrificarme por ese monarca; de lo contrario, ahogaré los impulsos de mi corazón y haré la guerra hasta perecer.

—Yo, que tampoco he mentido nunca, os afirmo que acabais de hacer el retrato de mi señor el emperador Carlos I.

—Lo creo; quiero creerlo, porque lo contrario sería horrible; horrible para vos, que le defendeis; horrible para mí, que me encontraré enfrente, y más horrible aún para la altiva nación que le ama, le espera y funda en él su única esperanza.

—Jóven, tengo experiencia; lo que soy se lo debo á mi espada; no adulé jamás á los grandes ni á los chicos, y yo os vuelvo á asegurar que mi señor merece de su pueblo el amor que le tiene, y que está bien fundada la esperanza de que acabais de hablar.

—Vuestras palabras, anciano, prestan dicha á mi alma y entusiasmo al corazón; falta les hacían, que harto han sufrido en los dos meses que acaban de pasar.

El recien venido sacó un pergamino y se lo alargó á Silva, diciéndole:

—Mirad.

Alberto leyó lo siguiente:

«Faculto al general Quirós para que premie ó cas»tigue á los sublevados de Murcia, según lo merez»can. De antemano apruebo cuanto haga y disponga.— »Carlos.»

—Reconozco el escudo y acato la orden,—le dijo el conde, devolviéndole el escrito.

—Navarro,—añadió Quirós,—desarmad á Silva.

—Señor, me es imposible; aquí teneis mi cabeza, si el desacato merece que la mandeis cortar.

—Obedece,—dijo Alberto, poniéndose en pié.—Hé aquí mi acero.

—No lo tomo.

—Navarro, cógele ó huye de mi presencia para siempre.

—¡Voto al demonio! Venga. ¿Qué más?

—Retiraos al extremo,—le dijo el anciano;—vos, conde, sentaos.

—General, indicadme la prisión que me destinais, y ya en ella continuareis preguntándome.

En este instante entró Osorio, y dirigiéndose á Silva, le dijo:

—Señor, el enemigo ha entrado en Múrcia y forma tranquilamente en la plaza de Santa Eulalia. Como me mandasteis que no me cuidara de él para nada, me concreto á daros la noticia.

—Alvaro,—contestó el joven,—ya no hay enemigos ni parciales, sólo existen en España un emperador que premia y castiga y un pueblo que le obedece

con ciega sumisión. Hé aquí á su digno representante; saludadle y retiraos al alcázar á esperar sus órdenes; yo he concluído de mandaros.

Osorio se inclinó ante Quirós, y salió de allí, en cumplimiento de la disposición de Alberto.

El anciano general se puso también en pie, exclamando con alegría:

—Basta de prueba; acabé de disimular. El emperador os indulta, os tiende los brazos y espera, para que en pos de él aniquileis á los enemigos de España. Su clemencia alcanza á todos los españoles, y muy particularmente á hombres de vuestro valor. Venga esa espada, Navarro; en nombre del César os la pongo, Alberto; mucho vale, pero al sacarla no olvideis nunca que os la puso vuestro señor.

—Juro,—dijo el conde,—que no saldrá jamás de la vaina contra la voluntad de Carlos I.

—Bien lo merece; que le ha bastado la lectura de vuestros escritos para admiraros, para hacer justicia á vuestro valor y talento. Sólo le falta conocer la conducta que acabais de observar, y cuando lo sepa os tenderá los brazos, como yo hago ahora. Venid los dos; estrechadme.

—Señor...

—¡Mi general!...

—Apretad, hijos, ganó cuanto tengo en el campo de batalla, y los hombres de vuestro temple de alma fueron muy estimados, muy queridos de este pobre viejo. Ahora poned en libertad á los Fajardos y restantes prisioneros, aclamemos al César, y todos reunidos le juraremos mañana emperador en la catedral de Múrcia.

—Señor,—le dijo Alberto,—antes quisiera realizar

un pensamiento tan útil á los murcianos como beneficioso al reino.

—¿Qué os proponeis?

—La unión y amistad entre los Fajardos y Manueles; de este modo no será estéril la sangre que se ha derramado.

—Era digna de vos; os ayudaré, en cuanto me sea posible.

—Si fuera dable llevarla á cabo, concluirían las guerras civiles en este país, y la revolución hecha por nosotros, segun vos la llamais, sólo produciría en lo sucesivo bienes sin cuento. A este fin tengo preparados á unos y á otros, y si vos me permitiéseis dirigir...

—No prosigais; sé que Dios os otorgó tanta nobleza como talento, y lejos de oponerme á que continueis mandando, seré el primero en apoyar vuestro pensamiento.

—Señor, no quisiera herir la susceptibilidad de un hombre que, como vos, se elevó tanto en alas de su mérito y eminentes servicios. Yo soy jóven nada hice hasta ahora, y me imponen vuestras canas, me causa respeto lo venerable de vuestra faz.

—Eso prueba lo mucho que valeis; hoy, señor conde, son pocos, muy pocos los que no desconocen el mérito de la experiencia, la consideración que merecen los años; pero vos estais acostumbrado á que os obedezcan jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, y puedo yo hacerlo también sin violencia alguna. «Vé á Múrcia, me dijo el César; encontrarás unos cuantos locos que me sirven con demasiado celo y con harta torpeza; algunos valientes que, impelidos por su ardimiento, faltaron, y un cuerdo que, á juzgar por lo que

hace y por lo que dice, sabe más que nosotros. No repares en la edad; fija tu mirada en su génio, y si brilla tanto entre los verjeles de Murcia como aparece en los escritos que tengo delante, tráelo, que mi corona es nueva y le falta una perla de gran tamaño.»

—El hombre que opina así,—exclamó Navarro con entusiasmo,—está bien colocado al frente del primer imperio del mundo.

—Ya veis, Silva,—añadió el general,—que don Gonzalo Quirós puede obedeceros sin mengua ni humillación.

—Gracias, señor: fuísteis compañero del Gran Capitan, habeis asistido á veinte batallas, y vuestros merecimientos me inspiran demasiado respeto para que yo deba mandaros nunca, para impedirme que dejase una sola vez de obedeceros; pero tratándose únicamente de la realización de una idea concebida por mí ó iniciada ya de modo que ofrece resultados favorables, con gusto terminaré lo empezado. Tened la bondad de contestarme antes á la siguiente pregunta: ¿habeis hablado con el conde de Usen?

—Sí, pasé á su lado dos horas; sabe cuanto está aconteciendo aquí, y por órden mía levantó el campo y entró en la ciudad, reuniendo sus huestes en la plaza de Santa Eulalia. Por cierto que oyó la noticia de vuestro indulto con los ojos húmedos, exclamando con indecible alegría: «Me alegro, porque había jurado romper mi acero antes de desnudarlo contra Alberto de Silva.» No ví nunca enemigos más caballeros ni que tanto se estimasen, suponiendo que le devolvereis el noble cariño que os tiene.

—Sí, le dí mi amistad, y en verdad que la merece, ¿Qué más habeis dispuesto?

—Nada.

—Está bien; que se adelante Navarro y deje en libertad á los Fajardos y demás prisioneros que existen en el alcázar, preparándolos á que os reciban dignamente. Después, unido á Usen, podeis alojaros en casa del adelantado mayor. Descansad hoy, disponiendo para pasado mañana la jura del emperador, á cuyo fin acordais una reunión con nosotros en este mismo palacio. la que deberá verificarse mañana por la noche. Lo plausible del motivo y el proponer esto una persona tan respetable ganará los ánimos, y ninguno se negará á seguiros. Traed á los ocho Fajardos y amigos más íntimos de éstos con el conde de Usen; yo os esperaré acompañado de los Manueles, Navarro y sus oficiales; nos haremos una mútua reverencia; luégo, á nombre del emperador, nos recomendareis la reconciliación y olvido de añejos rencores; os contestaré aplaudiendo vuestra intención, y al terminar mis frases, los Manueles y yo abriremos los brazos á los Fajardos, en tanto que Navarro y sus oficiales harán lo mismo con los amigos de aquéllos.

—La idea es excelente, pues de ese modo si los Fájardos fueron los primeros en visitar la casa donde moraban los Manueles, éstos se adelantan á ofrecerles su amistad y cariño. Aprobado. Partid, Navarro, y cuando regreseis marcharé yo al alcázar.

—Que se vengan contigo todos tus amigos y soldados; encarga al adelantado mayor que releve tus centinelas; y puesto que mi palacio es grande, que se alojen en él cuantos te obedecen con las armas en la mano.

El capitán ex-comunero se despidió de Quirós, estrechando su diestra con júbilo y placer: ahora comprendía lo mucho que abarcaba el talento de Alberto y todo cuanto había hecho por ellos. Sin batallas, con poca lucha y la ménos sangre posible, los hizo dueños de la capital, les dió poder, elevó más sus nombres, consiguiéndoles por fin un indulto que honraba al magnánimo César que le otorgó, sin humillar á los valientes que aspiraron á él. Navarro bendecía en estos momentos á la Providencia, que creía reflejada en su hijo adoptivo, y su alegría y satisfacción superaban á todo encarecimiento.

Solos ya el conde y don Gonzalo, volvieron á tomar asiento, preguntando el primero:

—¿Qué pensais hacer de Navarro y oficiales que le han obedecido?

—Pueden, según vuestro deseo, formar su compañía con número ilimitado de plazas, y vos seguidle de alférez, si bien lo mismo al emperador que á mí nos parece muy poco el grado que pretendeis en el ejército. Sois conde, y, aunque escasos vuestros hechos de armas, merecen por lo ménos que os conceda el mando de una compañía.

—Soy pobre; pero áun cuando fuese rico, no aceptaría esa merced hasta que la hubiera ganado en servicio del emperador. Y es inútil que cuestionemos sobre este punto, toda vez que mi resolución es irrevocable: seré el último alférez de la compañía de Navarro.

—Buen capitán, pero es impropio que os mande quien nació para obedeceros.

—Durante la paz lo dispondrá él todo; en el campo de batalla lo hará el que más sepa de los dos.

—Es verdad. El César ha tenido á bien nombrarme su consejero para los asuntos de lagu[illegible], y siendo así que permaneceré contínuamente á su lado, debo advertiros que me teneis ganado y ansioso de complaceros en cuanto querais de mí.

—Gracias, señor; no deseando otra cosa que aquello á que me haga acreedor y se digne otorgarme su majestad, voy á abusar de vuestra bondad, pidiéndoos el único favor que podeis hacerme.

—Concedido, si está en mi mano su realización.

—Creo que sí, pues trato sólo de adquirir unas cuantas noticias relativas á un personaje de la córte. ¿Conoceis al señor duque de San Márcos?

Don Gonzalo vaciló, y mirando fijamente á Alberto, le dijo:

—Sí; me ha acompañado hasta Valencia en el viaje que acabo de terminar.

—¿Podeis contestarme á algunas preguntas relativas á dicho señor?

Otra vez dudó el general, pero al fin contestó:

—Sepamos.

—¿Qué noticias teneis del carácter del duque, posición en la córte y modo de resolver sus asuntos públicos y privados?

Quirós movió la cabeza con disgusto, por cuya razón se apresuró á decirle Silva.

—Retiro mi pregunta; notad que no deseo violencia alguna.

—¿Os interesa mucho la respuesta?

—Sí, mi honra está comprometida en un negocio en que ha tomado parte activa el duque de San Márcos, y ántes de hablar con él quisiera conocerlo.

—En ese caso os diré lo que pueda, callando lo que deba. El duque es un hombre alto, de figura antipática, pero de finos ó afectados modales; representa poco más de treinta años de edad es adulado en la córte y temido fuera de ella por el mucho poder que le dan sus incalculables riquezas y la influencia que tiene con el emperador. Hoy no conozco ningun magnate que intente igualarse á él.

—Las pocas noticias que yo oí no le son favorables, por lo que me parece algo extraña su influencia para con el César.

—Sí, más es sobrino y heredero del cardenal Adriano,

—¡Maldición!...

—¿Qué decís?

—Perdonad, don Gonzalo; ignoraba el parentesco que le unia al antiguo maestro y hoy ministro de Carlos I; y como esta circunstancia podrá entorpecer el negocio de que os hablé antes, por eso se me escapó la imprudente exclamación que acabais de oir.

Y el conde inclinó la cabeza, demostrando sentimiento y dolor. Quirós le dijo:

—Si él cuenta con un tio de consejero, vos me teneis á mí, Alberto. Un soldado como yo no pudo simpatizar nunca con ministro que use faldas ni con cortesano afeminado, y... No hallo la frase; creo que se me escapó y que vos la habeis recogido, Alzad la frente, pardiez; si vuestro deseo es justo, contad conmigo, y tened en cuenta que la voluntad del César se inclina siempre al lado de la razón, sea quien quiera su contrario.

—Gracias, señor, me devolveis la vida. Dejadme que bese vuestra mano.

—No.

—Sí; estamparé uno, dos, tres, cien ósculos en ella. Me vais á ayudar á cumplir la última voluntad de mi padre, que me mira desde el cielo; lo único que me pidió con lágrimas en los ojos, durante su cruel, fiera y larga agonía, y no hallo palabras con qué demostraros mi agradecimiento. Ya habeis visto lo que hice por Navarro; ¿qué necesidad tenia yo de rebelarme contra un emperador á quien amaba, contra unas autoridades que jamás me molestaron y en un pueblo, en fin, donde no tenia un solo enemigo? Jugué la vida, arrostré peligros sin cuento; la muerte, fija ante mí, blandia la terrible guadaña, y, cerrando los ojos, todo lo arrostré con gusto, porque Navarro fué el amigo de mi padre En tan terrible contienda no aspiré á otra cosa que al placer de exclamar hoy: «Padre mio, durante tu infortunio, un desgraciado proscrito te alargó la mano; descansa en paz, señor; tu hijo salvó á ese hombre y velará por él el resto de su vida.» Y si esto es así, ¿qué no haré yo por vos si me ayudais á lavar la honra; más aún, la memoría del autor de mis dias?

—Nada quiero, señor conde; me declaro vuestro protector, lucharemos, y sabed que mi sola aspiración es la de complaceros, la de estrechar á menudo esa mano, terminando por ser vuestro amigo mientras viva.

—El cardenal Adriano tiene gran talento, mucha astucia, sobrado poder; educó al César efectivamente, y su predominio sobre el joven Carlos será ilimitado, pero no importa; ya hallaremos un medio de atraer á su sobrino al terreno que yo deseo. Continuad, don

Gonzalo, dadme del duque cuantas noticias podais.

—San Márcos siguió al emperador á Alemania; ha regresado con él, saliendo de Barcelona á la vez que yo con dirección á Madrid.

—No se explica ese viaje.

—Sí; tened entendido que el monarca piensa reunir córtes en Valladolid, y luégo trasladarse á Madrid por ser el centro de España, país sano, y otra causa que no debo deciros. En consecuencia, ha comisionado al duque para que haga algunas obras en el alcázar que existe allí, se lo amueble y disponga, con varios encargos relativos á ese pueblo y fuera de él. Luégo regresará á Valladolid, volviendo á la nueva córte cuando lo verifique el César.

—¿Qué debe hacer Navarro después de formar su compañía?

—Marchar al punto que yo le designe.

—¿Hay necesidad en que sea éste á aquel?

—No.

—Yo os ruego entonces que por el pronto lo destineis á Madrid.

—¿Qué se propone el leal servidor de S. M. I.?

—Nada contrario á lós deseos del César; recordad que he jurado no desenvainar mi acero contra su voluntad. Pertenezco á esa compañía, debo seguirla, y siéndome imprescindible ir á Madrid...

—Comprendo, y apoyaré vuestra intención. Creo conveniente que parta Navarro al momento de este país, donde al fin apareció como rebelde y en el que ha de conservar muchos enemigos; ahora no hace falta su compañía, por cuya razón esperará en Madrid las órdenes del monarca.

—Muchas gracias: marcharemos en el instante que haya terminado el acto de jurar al emperador.

—Bien, respecto del capitán y de los suyos; en cuanto á vos, no hay necesidad de que los acompañeis; pienso, por el contrario, que vengais á mi lado hasta llegar á Madrid, donde os dejaré para seguir á Valladolid. ¿Aceptais?

—Con mucho gusto.

—De ese modo lograreis dar cima á los asuntos que tengais pendientes en Murcia, mientras yo recorro este país, que veo ahora por primera vez, y admiro sus bellezas naturales y artísticas. Os hace falta oro...

—No, me sobra hasta cariño para el noble anciano que respeto y venero como merece.

Los dos continuaron hablando, dándose repetidas pruebas de afecto y demostrando Silva á Quirós la grandeza de su privilegiado cerebro.

Una hora después oyeron ruido de muchas pisadas, entrando más tarde Navarro y sus tres oficiales. Los últimos saludaron con respeto al general; el primero exclamó:

—Quedan en libertad los presos, el adelantado mayor, en el ejercicio de su cargo, y muy agradecido al trato que recibieron durante su cautiverio; los jefes nos han estrechado, y todos elogian la clemencia usada por el emperador en favor nuestro.

—¿Relevaron los centinelas?

—Sí; no he querido regresar hasta ver cumplidas las órdenes que me diste.

—¿Devolvieron los caballos, armas y cuanto se cogió del alcázar?

—Todo.

—¿Tienes algo más que decirnos?

—Debo añadir únicamente que á la puerta del palacio esperan á mi general los indivíduos de la escolta que le han acompañado desde Barcelona; y el conde de Usen aguarda en la plaza de Santa Eulalia para seguirle al alcázar.

—En cuyo caso os dejo, amigos mios; estrechadme, y hasta mañana por la noche.

Alberto abrazó á Quirós, y los cuatro restantes oprimieron su mano, yendo en pos hasta el zaguan, donde tornaron á despedirle, Luégo subieron, y sentados los cinco, exclamó Silva:

—Capitán Navarro, se cumplieron tus deseos, y hemos vuelto á quedar como el día antes de la sublevación, sin otra diferencia que la de estar vosotros al servicio del emperador en vez de proscritos y sentenciados á muerte. Es decir, que yo torno á encontrarme pobre huérfano, sin presente y con un porvenir algo oscuro.

—¡Imposible!—exclamó Navarro.

—Eso no,—dijeron los tres restantes.

—Esperad, amigos mios, que aún no he concluído. A mis reiterados ruegos accedió benigno el emperador, y me permite que le sirva en clase de alférez y á las órdenes del capitán Navarro.

Los cuatro soltaron la carcajada, añadiendo aquél:

—¡Bravo empleo! El muy noble y poderoso señor conde de Santomera colocado detrás del atleta Mendoza.

Otra carcajada siguió á las frases del capitán, que continuó:

—Te habrán nombrado alférez mayor del César, lo

que equivale á general, y nos estás embromando de ese modo. Por cierto que tenías deseos de que llegara á tus labios una chanza, Alberto; nosotros siempre riendo, tú siempre grave, triste, meditabundo, sábio, en fin, que es la mayor calamidad que puede abrumar al hombre.

—Hablad con más propiedad, capitán,—dijo don Luis,—nosotros siempre riendo, Silva siempre llorando; pero notad que sus lágrimas se parecen á las del cocodrilo; si no, que contesten por mí el beneficiado Bermudez, don Pedro Fajardo, Ramón Gil y compañeros mártires.

Se oyó la tercer carcajada, replicando el conde:

—Reid, amigos mios; vuestra alegría es natural en el día de hoy, pero no es ménos cierto que he rogado y me han concedido la gracia de formar detrás de Mendoza.

—¿Hablas de veras, hijo mío?

—Sí, y no podía ser otra cosa, toda vez que Alberto de Silva no aceptará nunca gracia ni condecoración que no haya ganado en servicio del que se la otorgó.

—¿Y cómo te he de mandar yo á tí?

—Lo mismo que á Nuñez, Alvaro y Mendoza. Esto ha de ser, padre mío, y es inútil que hablemos más de ello. Oid ahora; imediatamente engancharás á todo el que quiera seguiros de cuantos han tomado parte en los acontecimientos de Múrcia. Te concede el César capitán, que formes tu campañía con número ilimitado de plazas. Ordénalos, arma y presenta en fin una fuerza digna de un militar entendido, y que esté todo dispuesto para pasado mañana. A las doce del día jurare-

mos, y concluído el acto partireis á Madrid á esperar órdenes.

—Pues no tienen poca prisa.

—Obedece y calla.

—¿En qué quedamos, mandas tú ó yo?

—En tu compañía, su capitan; en mi casa, yo.

—¿Cuál es tu casa?

—Tienes razon, me olvide que te la habia vendido.

—Entonces te recordaré que te la he regalado, y que eres mucho más rico que yo, toda vez que dispones de las pingües rentas que producen los vínculos de tu condado.

—Las que emplearás en pagar á tus oficiales y soldados, pues no quiero que uno sólo de los que se comprometieron por nosotro quede sin colocación.

—Eso también es mi deseo; que entre los dos no haya tuyo y mio, y reciban su recompensa los que nos sirvieron con lealtad; mas ¿por qué no vienes tú con nosotros.

—Tiene empeño el general en que le acompañe hasta Madrid; en dicha villa me incorporaré á tu compañía, desde ese instante obedeceré tus órdenes. Tu tio habitará nuestro palacio, y más adelante veremos lo que puedo hacer por él.

Los cinco siguieron hablando, concluyendo por colmar de elogios á Silva en virtud de lo mucho que habia hecho por ellos. Luégo, partieron los cuatro con ánimo de realizar las ideas del conde. Este entró en las habitaciones de los Manueles, les enteró de cuanto acontecia, acabando por prepararlos para la reconciliacion que tanto deseaba. Más tarde visitó á los Fajardos, Usen, á Almela, y últimamente se encerró

con Quirós, permaneciendo á su lado hasta cerca de la media noche.

Las autoridades, nobles y pueblo de Murcia oyeron con sentimiento la rehabilitacion de don Pedro Fajardo y la cesación de Alberto en lo relativo al mando de la ciudad; ambas cosas dieron orígen á murmuraciones, y á que la generalidad demostrase su disgusto de un modo claro y terminante.

Esta postrer lección hizo comprender al marqués de los Velez las consecuencias de sus errores pasados, obligándole á hacer propósito firme de enmendar su conducta y de gobernar á imitación de Silva. Para neutralizar en parte los malos efectos que había causado en el pueblo su rehabilitación, empezó por publicar un bando, en el cual aprobaba todas las medidas del conde, ofreciendo entrar de lleno en la vía de reformas materiales que aquél había inaugurado. Llamaba amigo íntimo al sabio innovador, lo colmaba de elogios, asegurando que secundaría enérgicamente á su ilustrado vencedor.

La ciudad acogió bien esta medida; aplaudieron algunos, vitoreando al emperador, á Alberto, y áun al marqués.

Los ocho Fajardos se restablecieron de las enfermedades y heridas, si bien don Pedro contemplaba casi inútil su mano derecha. Mucho perder era; pero tanto le enseñó el héroe, que de conocerse á sí propio, hubiera dado por bien empleada una falta que lo hizo reflexivo, atento, justiciero y tan prudente como requería el puesto á que lo elevó la suerte.

CAPÍTULO XXII

—

Juramentos.—Despedidas.—A Madrid.

Llegó la noche ansiada por Alberto de Silva, en la cual pensaba realizar, si podía, la unión de Manueles y Fajardos. Como ésta debía ser sincera para que fuese firme y duradera, dispuso el héroe no hacer más que simples indicaciones, despues del juramento que prestaron los primeros.

Acordó que se celebrase la reunión en el salón principal de su palacio, el cual se adornó según el caso requería, hallándose éste, como igualmente el recibimiento, escalera y zaguan del palacio, profusamente alumbrados. En el mencionado salón había varias esculturas y multitud de cuadros, guardando analogía con el acto que iba á tener lugar poco después. Se hallaban en estátua la lealtad, el amor, la amistad representada en grupos, y en los lienzos, escenas tiernas amorosas, viéndose en el mayor, que ocupaba casi un testero, el olvido á la izquierda, á la derecha la concordia y en medio la unión. Diez minutos antes de la hora designada entraron Alberto, Navarro, sus ofi-

ciales, los Manueles y varios caballeros de los más comprometidos por la causa del primero.

Sonaron las ocho de la noche, y algo más tarde dos pajes descorrieron los cortinones, exclamando uno:

—El representante de S. M. el emperador nuestro señor, y varios caballeros principales de Murcia.

Acto continuo penetraron Quirós el conde de Usen, los ocho Fajardos, algunos nobles de los que siguieron la causa del adelantado y las autoridades principales de la ciudad, quedando separados éstos de aquellos á la distancia de seis varas próximamente. Unos y otros se inclinaron en forma de saludo, avanzando solos don Gonzalo y Alberto, los que se estrecharon las manos, exclamando el primero:

—Señor conde, permitidme que, fiel intérprete de las ideas de S. M. el emperador don Cárlos I, demuestre á los grandes, ricos-homes y señores de este reino, aquí presentes, el deseo del monarca, la voluntad del más grande y famoso príncipe de la cristiandad.

Alberto le contestó:

—La honra de escucharos, señor general, es grande; la dicha y favor de que S. M. I. se haya dignado dirigirse á nosotros no tienen iguales; mi vida, casa y hacienda pertenecen al César. Hablad, señor, y pendientes de vuestros lábios os oiremos con respeto, os obedeceremos con amor.

Un murmullo corto y confuso siguió á las frases de Alberto; y era que todos los presentes se adherian á la última idea expresada por Silva. Quirós les dió las gracias con un movimiento de cabeza, y alzando más la voz, continuó:

—Señores durante la ausencia de S. M. el emperador, han acontecido en los Estados de España disturbios y luchas civiles que el César ha deplorado amargamente. Dividido el pueblo y parte de la nobleza en dos bandos, pelearon, se regó el suelo español con sangre de hermanos y angustiaron al monarca, que desde Alemania contempló á sus hijos prender y alzar la tea de la discordia. Yo ví húmedos sus ojos, pesaroso el semblante y oprimido el corazón: el padre debía necesariamente conmolerse y afligirle el relato de las torpezas de sus hijos. Ansioso corrió á España, y desembarcando en Barcelona tendió los brazos á su pueblo amado; desde aquel instante su clemencia fué tan grande como la extensión de los países cuyos destinos rige: «Olvido,—dijo,—lo que debiera castigar; per»dono al delincuente, ofrezco mi paternal interés á »todos los españoles. Que huya de este país el malva»do; que se estrechen los leales, y formando un solo »grupo, corran á mi voz y elevemos la patria de la »gran Isabel, de los Fernandos y de los héroes. Quie»ro únicamente saber los nombres de los que merecen »recompensa; ignoraré siempre quienes faltaron. Per»dono á todos, y fija mi vista en Fuenterrabía, donde »el enemigo nos deshonra y llama, anhelo ver herma»nos entre los españoles, extranjeros en nuestros con»trarios.» Señores, os he repetido sus mismas frases; poco ó nada puedo añadir después que habló el sábio, el valeroso, el invicto César; en mi opinión, subsisten en Murcia Manueles y Fajardos, y no será noble ni caballero el que no me ayude á romper el antagonismo de Fajardos y Manueles. En nombre del emperador, os invito á todos; que hable el conde de Santome-

ra, sepamos si existe uno solo que se tenga por hidalgo y no lo sea; que lo atraigan como á hijo, y resista como espurio.

Silva se apresuró á contestar:

—Señor general, soy murciano; con ruda franqueza condeno los disturbios que tuvieron lugar en España, y muy particularmente en la bella ciudad donde he nacido. Yo fuí uno, acaso el más tenaz, de los que aquí se sublevaron. ¿A qué he de disculparme? ¿No sabeis la causa que tuve y el móvil que me llevó al combate? Ninguno lo ignorais; pero es preciso, indispensable que sepa el emperador, que comprenda su digno representante don Gonzalo Quirós, que todo acabó en Murcia, y que si llega á nosotros la clemencia del César, no queda en cambio un solo hijo espurio que se rebele contra su señor. Decís que hay Fajardos y Manueles, y que es necesario que desaparezca el antagonismo de Manueles y Fajardos, y yo os contesto, perdonad la frase, que os habeis equivocado. Entre los ricos-homes, nobles y señores de Murcia no existe otra cosa que partidarios del más generoso y sábio de los monarcas. He aquí la prueba: hermanos, ¿quién de vosotros rechaza mis brazos? Imitadme, Manueles.

El conde oprimió contra su pecho á don Pedro Fajardo é, imitándole los Manueles, fueron estrechando á los indivíduos de la familia de aquél. Un aplauso dado por los restantes siguió á este acto. Navarro, oficiales y amigos, avanzaron también, echando sus brazos á Usen y demás parciales del adelantado. Quirós, demostrando una alegría y placer grandes, con los ojos húmedos y acento trémulo, gritó:

—Bien, señores, continuad; llegue á la córte la alta

idea de que los nobles de Murcia se igualan á los primeros, y no se dejan aventajar de ningun otro. ¡Viva el emperador?

—¡Viva!—le contestaron; Silva añadió:

—¡Gloria al invicto caudillo general Quirós, á don Pedro Fajardo, á todos sus amigos!

—¡Gloria y dicha á tan hidalgos caballeros!—gritaron los suyos. El conde de Usen dijo:

—¡Poder, grandeza y felicidad al conde de Santomera y á los valientes que le obedecieron!

—Así sea,—le contestaron el marqués de los Vélez, parientes y compañeros, prosiguiendo el primero:

—Entre ellos y nosotros no existe ódio, ira, ni rencor; si hubo antagonismo, ya lo olvidamos; me costó la mano derecha, pero la doy por bien empleada, siendo así que me regalaron la vida y una amistad á cambio de otra imperecedera. General Quirós, ya lo veis, decid al César que entre los nobles de Murcia sólo quedan hermanos.

Y se volvieron á abrazar, mezclándose y confundiéndose hasta formar un grupo compacto, tierno y tan plausible como Alberto de Silva, su autor, lo habia soñado.

Más tarde convinieron en la hora que debia celebrarse la jura, que fué la de las doce de la mañana; y por último se retiraron Quirós, Usen, los Fajardos y restantes que les acompañaban, seguidos hasta la puerta del palacio por el conde de Santomera, los Manueles, Navarro, oficiales y amigos. Allí se despidieron, llevando unos y quedando en otros un recuerdo grato é inolvidable de la escena terminada en aquel momento.

Alberto de Silva buscó un pretexto para abandonar á los suyos y retirarse al lecho, esquivando de este modo los aplausos y plácemes que aquéllos le prodigaban por su gran talento acierto y discreción.

A la mañana siguiente aparecieron los balcones de la ciudad adornados con vistosas colgaduras, y el pueblo comenzó á dirigirse desde muy temprano hacia las inmediaciones de la catedral. Poco á poco fué creciendo el número de almas aglomeradas allí, hasta el punto de hallarse obstruído el paso de la gran plaza á que daba frente la puerta principal, con más las calles que desembocaban en la misma. Los balcones, azoteas y terrados también estaban llenos de curiosos que ansiaban el momento de ver llegar á los doscientos caballeros que con trajes lujosos, gentileza y brío debían asistir á la jura del emperador.

A las doce en punto de la mañana se oyeron los sonidos de los clarines, atambores y trompetas, y poco despues se presentó el capitán Almela entre dos alféreces, y en pos un piquete de cincuenta hombres armados de punta en blanco. Seguian á éstos el estandarte imperial, enmedio de otros dos que ostentaban lar armas del reino de Murcia, y á continuación, de dos en dos, iban los caballeros, autoridades y señores más principales de la capital, terminando aquellas largas hileras el general Quirós, el marqués de los Vélez y el conde de Santomera; y cerraban la marcha Navarro y sus oficiales, el conde de Usen y varios jefes de su tercio, con toda la compañía de Navarro y mil hombres del maestre de campo.

La masa que formaba el público se abrió para dar paso á la brillante comitiva, mirándola con avidez,

pero sin desplegar los labios, hasta que asomaron los últimos, en cuyo instante gritaron en coro y como un solo sér:

—¡Silva! ¡el héroe! ¡qué hermoso vá!

Otros añadieron:

—El brazo más poderoso de España, la cabeza más privilegiada.

—¡El manco!—murmuraban algunos por lo bajo, y miraban á Fajardo con la risa en los lábios.

Ya dentro de la catedral, juraron al emperador, volviendo á regresar por el mismo sitio y en igual forma en que habían ido. Esta vez no pudo el público contenerse, dió un viva al emperador y quince al conde de Santomera; tampoco faltaron algunos aplausos para Navarro y sus oficiales, los que, bastante más anchos que de costumbre, irguieron las frentes, mirando los tres á las damas que movían sus pañuelos desde los balcones, y el cuarto, ó sea el capitán, á cuantos tenía en torno. Su amigo y compañero Alberto, por el contrario, bajó la cabeza, inclinando la vista hacia el suelo, y así permaneció hasta que cesaron de vitorearle.

De este modo llegaron al alcázar, en cuyo sitio desfiló la tropa.

Navarro, Nuñez, Osorio y Mendoza se despidieron allí mismo de cuantos habían asisitido á la función, y puestos otra vez al frente de su compañía, que les esperaba cerca, se encaminaron al palacio de Silva, con ánimo de cambiar de traje y dirigirse á Madrid.

El conde asistió al refresco que se daba en el alcázar, y cuando hubo terminado este segundo acto, marchó á su casa. La compañía le aguardaba formada en

la calle, el capitán y sus tres oficiales en el zaguán, teniendo cada uno del diestro á su caballo.

—¡Adios, hijo mío!—exclamó Navarro,—te esperamos con impaciencia; adios, y procura no tardar en seguirnos.

—Partiré en el momento que lo disponga Quirós. Cuida que haya habitación para mí en la casa donde os alojeis los cuatro.

—Muy bien, ahí queda Pedro para que te sirva de criado.

—¿Y tú?

—Yo he tomado á Pérez, y cada uno de mis oficiales eligió otro de entre los cuarenta y cinco soldados restantes. Dejo á mi antiguo sirviente mil ducados con cuya cantidad y lo que tiene Pablo debe sobrarte hasta llegar á Madrid, pudiendo entregar al segundo lo que te parezca conveniente.

—Y tu tío, ¿cuándo viene á habitar este palacio?

—En el momento que se marchen los Manueles.

—Parten por la mañana.

—Entonces vendrá al siguiente día. Nos espera en la puerta de salida, y se lo encargaré al despedirnos por ultima vez.

—Adios, padre mío. El cielo os acompañe, hermanos.

Y fué estrechando á los cuatro; luégo saludó á la tropa, y últimamente quedó en el portal, viéndolos partir.

Navarro mandó montar á caballo, lo verificaron también sus oficiales, Mendoza enarboló la bandera, tocaron los clarines, y después de otro adios tierno y vibrante, desaparecieron entre los aplausos que les pro-

digada la multitud que acudió á despedirlos, en unión de los que encontraban por las calles.

Iba allí el sargento Dávalos, otros dos más de su clase, todos los ex-comuneros, con la sola excepción de Pedro, y hasta trescientos hombres; era el número de que se componía aquel tercio, pues más parecía esto que compañía. Desde los balcones les echaban flores; cien pañuelos blancos, agitados por mujeres jóvenes y hermosas, los saludaban por última vez, y la ciudad, en fin, los despedía como á valientes á quienes admiraba y quería. Navarro caminaba henchido de júbilo, y Mendoza, Osorio y Nuñez veían á las damas, suspiraban, y poco más ó ménos, decía cada uno para sí:

—¡Qué lástima!... de seguro no hallamos en Madrid equivalente á lo que dejamos. ¡Qué hermosas, qué amables, y qué bien nos han comprendido!

En la puerta de Castilla se detuvieron y comenzaron de nuevo los abrazos y la última y más tierna despedida, El tío de Navarro lloraba, y, afligido también el capitán, gritó:

—¡A escape, que esta escena se va haciendo insufrible!

Un minuto después los cubrió una nube de polvo, y nada más se vió.

Alberto de Silva comió aquel día con los Manueles, y á la mañana siguiente los vió retirar á sus casas, después de haberlos abrazado dos veces.

Quedaron en el palacio el conde, Pedro el escudero y tres criados más. La algazara, animación y vida fueron otra vez reemplazados en aquel edificio por el silencio y la quietud.

Por la tarde, no obstante, se trasladó de allí el canónigo Navarro, seguido de su ama de gobierno y dos criados; y tres horas después se encontró Alberto agradablemente sorprendido con la presencia del general Quirós, que, en unión de todos los individuos de su escolta, se venía á habitar el palacio de Silva.

—Perdonad, amigo mío,—le dijo entrando;—debo permanecer aquí quince días más, y prefiero vuestra compañía á la del adelantado y restantes parientes y amigos del mismo. Puesto que os halleis solo, saldremos juntos á todas partes; me enseñareis lo notable de Murcia, y hasta deseo que me pongan una cama en vuestra misma alcoba; ¡pardiez! yo siempre he tenido un amigo con quien partí mis bienes y mis males, y en verdad que me aburre estar solo ó entre inferiores, con los que no me es dado tener confianza, ni un rato de expansión.

—Gracias, mi amado general; acepto la honra con júbilo, y mi único sentimiento será no poder reemplazar dignamente á ninguno de vuestros antiguos camaradas.

—Conde, ya no existen; todos se han ido muriendo poco á poco, y me encuentro hasta sin mujer, hijos ni parientes; quedé solo en el mundo, pero esto no debe afligirme tanto, siendo así que la Providencia me ha unido á vos, hombre de talento, que me comprende y me hará grata una vida que va tocando á su término.

—¡Que me place! Comeremos juntos, dormiremos en una misma alcoba; por la mañana recorreremos la ciudad y notabilidades que encierra, y por la tarde á caballo, solos y en plática agradable, cruzaremos ese hermoso verjel donde brota la poesía y arroban los en-

cantos. Para colmo de dicha, tengo en mi casa al canónigo don Antonio Navarro, tio del capitán y hombre más bondadoso que entendido, más jovial que grave, el cual nos hará cortas y entretenidas las veladas.

Así sucedió efectivamente: unidos Quirós y Silva, paseaban por la ciudad y la vega hablaban de batallas, del emperador, forjaban planes, y por la noche, reunidos con Navarro, jugaban, reían, y, contra la costumbre de Alberto, desaparecieron de su palacio la tristeza y melancolía á que nuestro joven parecía tan afecto.

Contínuamente comían juntos don Gonzalo y Alberto con Fajardo y Usen; se veían á menudo, reinando entre los cuatro la mayor armonía. Los Fajardos y los Manueles se visitaban con frecuencia, y, en una palabra, el pensamiento que acarició Silva estaba ya completamente realizado.

Terminaron los quince días de descanso, y el conde y Quirós dispusieron su marcha para el siguiente, empezando el primero por ascender á administrador de los bienes que tenía en Murcia su escudero Pablo, encargándole la guarda y conservación de lo que dejaba allí, si bien le recomendó que los fondos sobrantes se los mandara al capitán Navarro. Por la noche, y cuando todos se habían acostado ya, cogió una linterna y se dirigió al panteón de sus mayores, donde penetró, cerrando acto contínuo. A la parte afuera dejó la luz, toda vez que desde la restauración ardía de nuevo aquella lámpara que la miseria y el infortunio tuvieron apagada diez años.

—Aquí quedan,—exclamó cruzando los brazos,—mis padres y antepasados; aquí traerán un día mis cenizas, si hay alguno que se apiade del infeliz huérfa-

no. En breve, porque la vida es corta, tendré yo una estátua y urna que ensancharán el círculo que forman esas. Mi espíritu, entónces, presa del remordimiento, del dolor y de la amargura, subirá ó descenderá, segun lo acreedor que se haya hecho á la clemencia divina. La materia inerte y corrompida descansará de las fatigas del mundo; pero ¿y el alma? ¿qué será de tí, pobre espíritu mio, si el ángel del mal te aprisiona en este mundo y no te suelta en el otro? ¿Qué es preciso para librarse de él? Obrar bien; yo lo deseo, lo anhelo; nací bueno, y no quiero ser malo; mas ¿podré conseguirlo? ¿lograré mi propósito? ¿me dejarán que camine por el sendero recto? ¡Ay! ¡apenas salí al mundo, horas después de pisar la superficie de la tierra, herí á dos y maté á cinco; la revolución y la guerra fueron la consecuencia de mis primeros pasos; hablé y temblaron los hombres; saqué el acero, y se cubrieron las familias de luto! ¡Acaso haya evitado muchos males; es posible que por mí no perecieran cientos y cientos de infelices; pero esto no amengua mi falta, no aminora mi delito; lo veo, escucho el postrimer suspiro de las víctimas; mi cabeza arde, siento estallar las sienes, y no puedo, no puedo arrancarme la incertidumbre, el malestar, la congoja que experimenta mi corazón y que destroza el alma! ¡Cuán amarga es la vida! ¡cuán sensible el tormento que pesa sobre los mortales! ¡cuán locos los hombres y cuán falsos en lo que demuestran! ¡Delante de Quirós río, finjo alegría; la paz y dicha parecen retratarse en mi frente, y la verdad es que lucho día y noche, sin tregua ni descanso, con mis pensamientos, con mi conciencia, con las gotas de acíbar que á cada instan-

te deposita en mi pecho el cáliz del destino! ¡Dicen que veo más que los otros, que distingo mejor, que comprendo de otra manera, y es lo cierto que soy más desgraciado que ellos! ¡Dios mío, Dios mío, aminorad mi vista, debilitad mi entendimiento! ¡Me envidian, y eso prueba que todos somos infortunados! ¡Mejor era enterrarse en vida; nadie sabe en donde me hallo; puedo levantar la tapa que cubre una de esas urnas y esconderme debajo por toda una eternidad! Sí, de ese modo acabó el mundo, y con él la terrible agonía en que se vive.

Alberto anduvo dos pasos, se detuvo de nuevo y volvió á exclamar:

—Me grita la patria. Carlos I me tiende su diestra, me atrae á sí, y escucho á la religión, que dice: «el suicidio es un crímen, el que peca por debilidad se iguala al malvado, y éste al réprobo.» ¡Débil yo; débil Alberto de Silva!... ¡Sí, débil como todos; cobarde y ruín como ignorante mortal! ¿Qué haré? ¡Ved al que apellidan héroe, que hasta desconoce su deber y desatiende el grito de su conciencia! A la derecha está la puerta por donde se sale al mundo; á la izquierda, enfrente y detrás la muerte; ¿qué hago? No te temo, guadaña cruel, pero tampoco te entrego mi garganta; cuando la tomes, será con su cuenta y razón. Corro al mundo; salvaré mi patria, ayudaré á Carlos I, y...

Miró la imágen del Redentor, se abrazó á ella, y de rodillas, surcado el rostro por las lágrimas, añadió:

—¡Y tú, padre mío, á quien siempre amé, guía mi brazo, ilumina mi entendimiento, y, puesto que soy tuyo, defiende al hijo que no debe presentarse nunca indigno de tí!

Y besó el clavo que atravesaba los piés de la efigie, disponiéndose á marchar.

La plegaria de Silva llegó al cielo y la oyó el Señor. Cuando le contemplemos jefe de la orden de Trinitarios hallaremos la prueba.

El joven lanzó un hondo suspiro, miró con amoroso afán el rostro del sublime Mártir del Calvario, y, dirigiéndose á las estátuas, añadió:

—Adios, cenizas de mis antepasados; cuando vuelva aquí, llegaré como vosotras. ¡Adios restos de los séres á quienes debí la existencia; padre, madre mía, rogad á Dios por esta planta exótica que abandona el desierto para surcar en la débil barca de la vida por el océano de las pasiones humanas! ¡Pedid por él, rogad; en sus oidos suena ya el huracán; sobre su cabeza se agitan, conmueven y atropellan las negras nubes que han de estallar á impulsos de fuerza eléctrica, descargando sobre él la más horrible tormenta! ¡Ay! Hasta luégo; nos van á separar unos cuantos años de vida, que son un segundo en la eternidad que nos espera. Hasta luego.

Con los dedos deshizo las últimas lágrimas que expelieron sus párpados, y salió, cerrando tras sí. Seguiguidamente cogió la linterna, dirigiéndose á su alcoba, sereno y tranquilo al parecer.

—¿Por qué me habeis abandonado esta noche, mi querido conde?—le preguntó el general, incorporándose en la cama.

—Creí que os había cansado la carrera que dimos esta tarde, y, aprovechando la ocasión, partí á mi archivo y me despedí del tesoro que guardo en él.

—¿Qué archivo es ese?

—El más precioso que existe para mí en el mundo: conservo en él á mis padres y antepasados.

—Ya; en el panteón.

—Sí.

—¿Qué habeis hecho en él á esta hora?

—El vivo se ha despedido de los difuntos por un poco de tiempo nada más, hasta que la muerte lo iguale á ellos.

—Dicen que los sábios sois excéntricos.

—Y dirán bien, pero, en mi concepto, debían añadir que entre los habientes de este globo se puede exclamar con propiedad: «Solo Dios es sábio.»

—Despidámonos también de la cama, que, á mi ver, nos ha de costar más de un suspiro su recuerdo durante el viaje.

—Qué importa.

—Yo lo siento por vos: que mis carnes, curtidas en los campamentos, jamás echan de menos las dulzuras del hogar doméstico.

—Mal hecho; las mías sólo apetecen lo que quiero darles. Durmamos, si gustais, y que Dios sea con nosotros.

Poco después cerraron los ojos y se entregaron á tranquilo sueño.

Por la mañana se levantaron, y cubiertos con traje de camino, fueron á despedirse del canónigo. Alberto le dijo.

—Que el cielo conserve vuestra vida muchos años, señor obispo. Abrazadme, y, si antes no nos vemos, hasta la eternidad,

Navarro lo estrechó, preguntándole:

—¿Por qué me llamais obispo, señor conde?

—Porque si yo puedo lo sereis.

—Entonces lo seré.

—Oprimid mi mano,—dijo Quirós, señor obispo.

—¿También vos?

—Si Alberto no puede, que podrá, yo le ayudaré; pero guardaos de haceros amigo de gibosos.

—Me enterneceis, señores; y, sea ó no obispo, en nada amenguará la afirmativa la pena que me causa vuestra separación. Decid á mi sobrino que me escriba á menudo y que no se exponga demasiado. Os lo recomiendo, porque aquella cabeza es un volcán.

Alberto se despedió luégo de su improvisado administrador y criados restantes, y en medio de los Fajardos, Usen y caballeros de la ciudad. montó á caballo, dirigiéndose todos hacia la puerta de Castilla, donde se detuvieron. Allí recibieron el *feliz viaje* de los doscientos nobles que les acompañaban, y Quirós, Silva, Pedro y la escolta del primero continuaron adelante, mientras los otros regresaban á Murcia tristes y cabizbajos por la ausencia de los que marchaban á Madrid.

Don Pedro Fajardo quedaba de adelantado mayor; la ciudad y el reino tranquilos, habiendo vuelto las cosas á su primitivo estado, si bien, efecto de la variación que sufrió el carácter del marqués y de la unión de Fajardos y Manueles, todos se prometieron hallar justicia, sosiego y bienestar, lo que sucedió efectivamente durante muchos años. El talento de Silva dejó en Múrcia el sello de lo grande y elevado, y era imposible que la mano del tiempo lograra borrarlo fácilmente.

Debemos seguir paso á paso á nuestros guerreros, primero á Madrid, luégo á Fuenterrabía, Francia é Ita-

lia, donde presenciaremos los primeros acontecimientos de la época. Pero antes es indispensable que nos detengamos algunos minutos en el célebre castillo de Monteagudo, le demos el último adios y sepamos á la vez qué hace aquella serpiente que hirió al solo golpe de su garra el potente leon de Santomera.

Trascurrió el dia en que salieron de Murcia Alberto y don Gonzalo, y amaneció el siguiente claro, despejado y tranquilo; ni una sola ráfaga empañaban el terso y brillante firmamento: el sol de Marzo, caluroso ya en el Sur de España, extendia sus rayos por la superficie del castillo de Monteagudo, haciendo brillar el pedernal de la inmensa mole, y más claras, diáfanas y azules las aguas de las muchas acequias y arroyos que en torno del castillo serpentean, cruzan y corren por la deliciosa vega.

Eran las siete de la mañana, y en las casas situadas sobre la falda de Monteagudo se notaba la misma tranquilidad y sosiego que reinaron durante la permanencia de los comuneros allí, antes y después; los hombres lejos de sus viviendas, cultivaban el terreno que tenian en arrendamiento, mientras las madres ó esposas de aquellos amasaban el pan, preparaban la comida ó se entregaban á otras faenas propias de su sexo. Algunos entonaba alegres cantares semiárabes, como su traje y costumbres, formando con sus voces y el trino de los pájaros, que revoloteaban doquier, un coro armonioso, poético, agradable. Aquellas sencillas mujeres ignoraban que residía entre ellas una horrible culebra peor que la llamada de cascabel, si bien el dañino reptil nació en la capital y solía no ofender á los del campo ni la huerta.

De pronto se abrió una ventana situada á Occidente en una de las mencionadas casas de Monteagudo, apareciendo un rostro pálido, deforme y repugnante. Se movían en él dos órbitas pequeñas, de color de caoba, las que, ocupando el centro de dos ojos hundidos, se fijaron en el camino de Murcia.

Aquella faz demacrada y terrible era la del beneficiado Juan de Dios Bermudez. Nuestro jorobado se hallaba en la convalecencia y aguardaba con ánsia la llegada de un curandero, que con zumo de hierbas, á imitación de los árabes, logró sanar la formidable herida que le hizo Alberto de Silva á la puerta de la caverna del castillo de Monteagudo.

Cerca de media hora permaneció mirando fijamente hacia la capital; dando señales inequívocas de impaciencia. Por fin distinguió un hombre alto, delgado, vestido con traje indefinible, que á buen paso se dirigia á la casita de Bermudez, donde entró, diciendo á su cliente:

—Buenos dias, señor beneficiado. ¿Por qué os habeis levantado tan temprano?

—Porque estoy ya bien y me devora la impaciencia. ¡Cuánto has tardado, Roque!

—No es extraño; empiezan ya las intermitentes, me llaman de todas partes, y pierdo además mucho tiempo en esas averiguaciones que diariamente me encargais.

—Al grano. ¿Qué noticias me traes hoy?

—Primero me voy á ocupar de vuestra salud, que es lo principal. ¿Habeis vuelto á echar sangre por la boca?

—No.

—¿Os duele el costado?

—Tampoco. Te he dicho y repito que estoy curado.

—Buen trabajo me costó; la herida era muy grave, y vos tan terco y mal enfermo...

—Consiste, Roque, en que tú sabes, poco más ó menos, lo mismo que los discípulos de Galeno, total nada. ¿Abrigas la pretensión de haberme curado?

—¡Quién lo duda!

—Necio, me salvó la naturaleza y la casualidad de no interesar el cuchillo en ningún órgano de aquellos que la herida hubiera sido mortal.

—¡Qué entendeis vos de eso!

—Lo mismo que vosotros; pero tengo mejor criterio.

—¿Seríais capaz de negar?...

—Al grano, Roque. ¿Qué indagaste en Múrcia?

—Que ayer salieron el general Quirós y el héroe Silva.

—¡El héroe! ¡el maldito!... Continúa.

—Eso es todo; marchan, según me dijo un parroquiano mío, que debe estar bien enterado, hácia Madrid. Queda, en consecuencia, la ciudad lo mismo que antes de la sublevación, y el marqués de los Velez, manco y amigo de sus vencedores, prosigue de adelantado.

—No se explica esa unión ni la conducta de Fajardo.

—Pues es la verdad, hay más; los Manueles visitan continuamente á sus rivales; sólo existe un partido que se concreta á obedecer ciegamente al emperador, y el señor marqués, jefe y gobernador, manda con

una tolerancia desconocida en él, hace justicia á los que se la piden, pretendiendo, por último, imitar en todo al sábio conde de Santomera.

—¡Maldita sabiduría!

—¿También negais?...

—Calla, necio, calla: tú no me comprendes, ni sabes á lo que aludo. ¿Estás cierto que no queda en la capital ni uno solo de los sublevados?

—Sí, señor.

—¿Y el canónigo don Antonio Navarro?

—Habita ahora en el palacio de los Silvas, y es muy amigo del adelantado mayor.

—Está bien, Roque: me doy de alta, y mañana dejaré de incomodarte. Ahora es indispensable que arreglemos cuentas. ¿Qué debo pagarte por la cura?

Aquel meditó, exclamando después:

—Cien ducados por haberos sanado y cincuenta por tanto viaje como hice á Murcia en busca de noticias.

—¡Qué disparate! ¡Cien ducados por machacar unas cuantas hierbas, formar con ellas cataplasmas, aplicármelas al costado, dándome á beber ese maldito brebaje! Roque, te has empeñado en que te denuncie al tribunal, y lo vas á conseguir.

—Hacedlo, si quereis; en ese caso os lo regalaré todo, añadiendo otra puñalada en el costado izquierdo; la del derecho no fué nada para lo que será la mía.

—Roque, aun cuando beneficiado, aprendí á manejar un puñal, y es posible que llevases tú el obsequio que pensabas hacerme.

—Con un hombre como vos no tengo yo para almorzar.

—Qué poco me conoces, falso médico.

—Yo lo creo; de no ser así, estarías há tiempo en el otro mundo. ¡Vaya un modo de recompensar la gran cura que le hice! pero no importa; me han referido cierta historia vuestra, y á ser cierta... Os advierto que estoy curando al capitán Almela un tumor que tiene en el brazo izquierdo.

—¿Qué te han referido? Serán cuentos, chismes de gente de tu calaña. Yo no quiero nada del pobre; más careciendo á la vez de grandes recursos, podemos arreglar esta cuestión del modo siguiente: te daré cincuenta ducados por los viajes y noticias y otros tantos por la cura; no dispongo de más ni te doy nada de monos, Roque.

—¡Buen negocio: dos meses á tres visitas diarias y cincuenta á la ciudad!

—Es que soy pobre.

—Está bien; dádmelos.

—Toma; en este papel los tenía preparados. No digas nada á Almela ni á nadie.

—¿A mí que me incumbe? callaré, que no soy aficionado á cuentos.

—Si algún día mejorase de fortuna...

—No os volvereis á acordar de mí, lo sé; pero me importa poco. Que el cielo os guarde.

Y escondiendo en su bolsillo el oro que concluían de darle, desapareció de allí, murmurando:

—Con tal que no sean falsas las monedas, me doy por satisfecho; ¡es tan malvado el tal Bermudez! que dé gracias á que mi honrosa ocupación tiene muchos envidiosos, y sin motivos condenan los tribunales al que la ejerce con el acierto que yo.

El beneficiado pasó el resto del día en la habitación

donde le arrojaron los comuneros há dos meses, entregado al parecer á profunda meditación. Llegó la noche, y, cogiendo la bolsa con oro y el puñal que tenía debajo de la almohada de su cama, exclamó:

—Los secuaces de Silva respetaron mi dinero, y con pueril escrúpulo hasta me dejaron la preciosa daga que compré para hundirla en el pecho de alguno de ellos, dinero y puñal que tarde ó temprano me proporcionarán el magnífico cuadro en que Alberto de Silva caerá á mis piés exánime, para no volver á levantarse nunca; sólo eso me resta que hacer en el mundo; prefiero la venganza á la vida, y que muera á mis manos ese maldito conde, áun cuando luégc me despedacen á mí los suyos. No puedo seguir en Murcia, el adelantado mayor me mandaría prender en el acto, y al salir de la cárcel, si algún día lo lograba, me escupirían en el rostro, y con más encono que nunca serviría de blanco al ludibrio y escarnio de los murcianos. A Madrid, Bermudez, á Madrid; allí está Silva; nadie me conoce, y con arte y maña... ¡Esta maldita joroba!... No importa, me esconderé como el reptil, é imitando á la culebra, me enroscaré en la garganta del león. Estoy decidido; á Murcia primero y luégo á Madrid.

Guardó el puñal, y, dando una mezquina gratificación á la pobre gente que por espacio de dos meses lo asistió con cuanto necesitaba, se dirigió á la ciudad caminando todo lo de prisa que le era posible.

De pronto le detuvo un golpe de tos, exclamando:

—¡Sangre otra vez! Bueno; que salga la que quiera, y con tal que no me falten las fuerzas, la daré por bien empleada. Adelante.

Entró en la capital y recorrió dos ó tres mesones hasta hallar uno en el que habia varios traficantes que marchaban á la mañana siguiente con dirección á Castilla, pasando por Madrid. Uno de ellos le alquiló la mula que necesitaba el beneficiado; luégo tomó un cuarto en el mesón, pasando allí la noche.

Al ser de dia montó en su cuadrúpedo, saliendo de Murcia entre nueve traficantes, sin despedirse de su ama de gobierno ni haber visitado á nadie; ántes al contrario, se recató en lo posible de los transeuntes que halló por las calles. Llevaba sólo lo puesto, cuatrocientos ducados próximamente que le quedaban de las dos cantidades que recibió del adelantado mayor y su terrible puñal.

De este modo se encaminaba á Madrid un hombre que debia ser al conde de Santomera más funesto que todos sus enemigos presentes y futuros. Pronto volveremos á hallarlo tomando una parte activa de los acontecimientos que presenciaremos más adelante. En tanto que esto sucede. Trasladémonos á Madrid, y sepamos qué hacen Alberto de Silva, Navarro y los restantes que le siguieron.

CAPITULO XXIII

—

La villa sin corte.—El entretenimiento de un guerrero sábio y estudioso.—La encantadora María y la bella Clotilde.

Madrid, antes de ser córte y en la época que pasa nuestra novela, era una *deliciosa* villa de forma irregular; calles estrechas, tortuosas y accidentadas; casas pequeñas, negras y ruinosas, y un todo en fin, al que nadie se le hubiera ocurrido augurarle el regio ascenso que debió á su suerte futura. Puerta-Cerrada era entonces el barrio más aristocrático de Madrid, y las hermosas, extensas y lucidas calles con sus palacios y edificios magníficos que hoy tiene, sólo colinas y bosques donde anidaban osos, jabalíes, lobos, alimañas, algunos bandoleros, y hombres ó fieras temibles siempre para el desgraciado que se acercaba á ellos. Pero tenia un alcázar árabe, castillo y muro, antiguos los tres, pero servibles todavía. Ocupaba, sin embargo, el centro de España; las brisas del Guadarrama despejaron siempre su cielo y purificaban la atmósfera; el agua es fina, clara y abundante; el pan blanco y sabroso; y todo esto neutralizaba el mal efecto de lo accidentado

de su piso y restantes contras de que hemos hablado antes. Los médicos del César creyeron que era punto más sano que Valladolid; y esto, unido á su buena situación topográfica, decidieron á Carlos I á trasladarse á ella, si bien dejó á su hijo Felipe II el encargo de declararla corte; y, más veleidoso en esta parte que aquél, permaneció indistintamente en Valladolid, Toledo y Madrid, hasta que se retiró á Yuste, donde murió.

Comisionó, según indicamos anteriormente, al duque de San Marcos para que ensanchase el alcázar, lo reformase, amueblara é introdujese en él todas las reformas consiguientes al objeto. Los grandes de la córte, sabedores de que el monarca se trasladaba allí, compraron unos los mejores edificios, y otros mandaron construir palacios, todo lo cual se estaba realizando en estos momentos.

Navarro entró en la futura córte, y, después de acuartelar los trescientos individuos de su compañía, tomó una casa próxima adonde estaban los soldados y se alojó, sin lujo, pero con decencia, seguido de sus tres oficiales y cuatro criados.

Luego llegaron Alberto y Pedro, continuando á Valladolid, sin detenerse, el general Quirós.

Trascurrieron seis meses desde la instalación en Madrid del conde y sus amigos; el emperador no venía, y nuestros hombres entretenían el tiempo en instruir á sus soldados unos, y en estudiar, correr á caballo y enseñar á los otros Silva. La vida del héroe era la siguiente: desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde pasaba encerrado, aprendiendo ciencia, idiomas y el arte de la guerra; de tres á seis salía á

caballo; de seis á siete comía, y de ocho á once explicaba á sus amigos lo que él se enseñó á sí propio, auxiliado por los libros y lo que ellos no hubieran intentado saber jamás. El domingo, único día de descanso, ocupaba cuatro horas viendo los adelantos de su compañía, disponiendo evoluciones nuevas para el capitán y oficiales, y demostrando, en fin, que conocía la táctica militar bastante mejor que Pedro Navarro.

Un domingo por la noche conversaban los cinco agradablemente, cuando el capitán, dirigiéndose á su hijo, exclamó:

—Mucho tarda el emperador, y por cierto que me vá cansando esta vida.

—Pues yo, padre mío,—le contestó Alberto,—desearía que se prolongase un año más.

—¿Qué te propones?

—Que aprendais los cuatro, y que tu compañía sea la primera del imperio.

—Ya lo es, y esta ociosidad...

—¡Qué disparate! nunca trabajaste más ni con tanto provecho.

—¿Aprendiendo idiomas, matemáticas, física, etcétera, etc.?

—Sí, y continuando de ese modo, todos podreis llegar á generales.

—Es, Alberto, que me molestan las paredes de esta casa, lo reducidos que estamos y la miseria en que vivimos. Madrid hasta que venga el emperador, será un mal *villorro*, árido, triste y digno de su vecina la Mancha.

—Tened paciencia, que pronto habitaremos un magnífico palacio.

—No te comprendo.

—El de don Gonzalo Quirós, grande de España y general de S. M. El César há tiempo que le nombró su consejero en lo relativo al ejército y la guerra, y con este motiuo le están acabando un edificio que será de los mejores de Madrid. Por encargo suyo, y de acuerdo con el arquitecto, he hecho ayer la distribución de habitaciones, y estoy seguro que muy pronto quedará terminado.

—¿Y qué tenemos que ver nosotres con la casa del ministro de la Guerra?

—Mucho, Navarro; Quirós es solo, murieron sus parientes y amigos, y quiere que yo sea su heredero; formó tal empeño, que me fué imposible desairarle. Pretende además que vaya á vivir con él; y como yo no puedo separarme de vosotros, hemos convenido en que nos iremos los cinco con nuestros criados.

—Ahora falta que venga pronto.

—Es domingo; el viernes tomaremos posesión del palacio, y el sábado lo recibiremos en él.

—¿Y el emperador?

—Vienen juntos.

—Tú todo lo sabes, Alberto, pero todo te lo callas.

—¡Bravo!—exclamó Mendoza.

—Solo eso deseábamos,—añadieron Nuñez y Osorio.

—Alegraos, vanidosos,—dijo Silva,—vais á tener regios salones, espléndida mesa, y ese lujo, en fin, á que sois tan aficionados. Ocupareis bien el estómago y la vista, pero la cabeza...

—Con que tú sepas basta; nosotros ejecutaremos.

El dia siguiente era lúnes, y á las tres en punto de la tarde montó el conde en su caballo predilecto, lla-

mado *Corzo*, de raza árabe, ligero y fuerte como los mejores del desierto, y, saliendo por el portillo de Santo Domingo, se dirigió hácia el Norte. Habria andado una legua, cuando distinguió un sendero recto é hizo entrar á su caballo por él, continuando adelante; pero desde este momento le clavó las espuelas en los ijares y comenzó á correr, á saltar zanjas á descender pendientes, á subir empinadas cuestas y á trabajar, en fin, obedeciendo al espolin, freno ó voz de su amo. Daba saltos, y de pronto se quedaba como enclavado en el suelo; luégo se encabritaba, girando á derecha é izquierda con rapidez pasmosa.

—¡Bien *Corzo*, muy bien!—gritó el conde, satisfecho de la energía, obediencia y buena sangre de su caballo.—¡Bravo, poderoso animal! ganemos la llanura de la derecha y te daré el descanso que necesitas.

Y á escape tendido atravesaron el terreno escabroso, precipitándose en unos sembrados que tenian á quinientas varas. De pronto quedó parado el animal, echó pie á tierra el jinete, y, reconociendo el segundo al primero, dijo:

—Tu piel negra la convirtió en blanca el sudor, pero los ojos patentizan la fortaleza de tu sangre. Bien, sígueme y descansa, mientras yo veo si hay medio de apagar la sed que me molesta.

Y comenzó á andar, yendo detrás *Corzo* como pudiera hacerlo un perro.

Silva distinguió á la izquierda un labrador que tenia inmediato su arado, y sobre una altura y con los brazos cruzados contemplaba el caballo y caballero.

—Buen hombre,—le preguntó Alberto, incorporándose con él,—¿me dais agua?

—Sí, clara, limpia, delgada y fresca; pero en botijo tan viejo que no me atrevo á ofrecérsele á un jinete tan jóven, hábil, valiente y gentil.

—Venga, que sólo el líquido voy á beber y nada importa lo demás.

—Tomad, caballero, y perdonadme el que no puedo daros otra cosa mejor.

—Con esto me basta. Gracias. Noto, labrador, que os pareceis más al soldado que al campesino.

—No os extrañe; ocupé en la guerra toda mi juventud y fuí militar hasta el principio de la vejez. Serví á la gran Isabel, á don Fernando y á doña Juana; asistí á la toma de Granada; ¡maté más moros! Ved mi pecho; está acribillado de heridas, pero no tengo una sola en la espalda. Luégo pasé á Africa, después á Italia, y últimamente me retiré á regar el suelo con el sudor de mi frente; que ya no hay moros, y más vale esto que sembrarlo con sangre de cristianos.

—Eso prueba que fuísteis valiente y que amais la religión católica.

—Hice lo que pude y amo á Dios, que me dió la vida, y apiadado acaso recompense á mi muerte tanta fatiga y pesar como fuí dejando en pos.

—¿Trabajais lo vuestro ó lo ageno?

—No lo sé, porque las tierras que cultivo han pasado á un nuevo señor, el cual no pide ni toma más que la mitad de lo que se lleva.

—Debe ser tan rico como generoso.

—Sí; cuanto alcanza la vista en todas direcciones es suyo, y mucho más que no distinguimos. Habita regio palacio con columnas y estátuas de jaspe, már-

mol y pórfido, y se esconde entre los árboles por temor sin duda de que su belleza no haga fea la hermosura de los restantes séres humanos.

—Parece un cuento lo que me estais refiriendo, labrador.

—Pues es una historia; que á mi edad no se miente, ni hombres como yo exageran.

—¿Quién es ese hombre?

—Son mujeres.

—Cada vez os comprendo menos.

—Pues no tiene traza de tonto el señor caballero.

—Ni vos; mas es tan enigmático vuestro relato...

—Os lo aclararé, que habeis simpatizado conmigo.

—Ya escucho.

—Oid: hará poco más de seis meses que levantaron en el valle... ¿Sabeis á qué valle me refiero?

—No, que soy forastero en este país.

—Entónces os diré que es una posesión situada á media legua de aquí, donde hay inmensos bosques, deliciosos jardines y preciosos parques. En medio, según indiqué, levantaron un opulento palacio, cuyos muebles vinieron de tierras lejanas y en tantas bagajes que asombraron á todos los habitantes de la comarca. Como si esto fuera poco, compraron las tierras y montes que existían en torno del valle y hasta la distancia de una legua. «El emperador viene á establecer aquí su córte»,—exclamamos,—admirando la fortuna de nuestro señor; cuando hé aquí que aparece una carroza tirada por briosos alazanes, bajan de ella dos extranjeras y toman posesión de lo que acabo de describir. Seguían á aquéllas, en caballos, mayordomos, pajes, criados, lacayos y veinte flamencos

con patersana y mosquete; todos éstos formaban el séquito de las dos primeras. Los curiosos divulgaron que eran alemanes; corrimos seiscientos séres á felicitar al venturoso amo, y asomándose á un balcón dos mujeres de hermosura como no ví nunca, nos dijo la mayor, con voz que imitaba el acento de los ángeles: «Retiraos, hijos; labrad vuestras tierras, y ninguno de vosotros se aflija por falta de recursos; os regalo á todos la mitad del arrendamiento de este año; al espirar ese plazo volved y me vereis otra vez; pero el que padezca, que venga aquí cuando quiera; el que necesite que me pida, al que le sobre que no se acuerde de mí. Dios os proteja y no se olvide de nosotras.» Y haciéndonos una reverencia, desapareció. Nosotros la oímos con respeto; quedamos luego atónitos, concluyendo por vitorearlas y bendecirlas.

—Es extraño; ¿qué digo? sorprendente maravilloso. ¿Os habló en español?

—Sí, con acento alemán.

—¿Y luégo?

—Después hemos sabido que son madre é hija; la primera se llama Clotilde y tendrá treinta y cuatro años, y la otra María, que escasamente habrá cumplido diez y siete. No reciben visita alguna; sus criados y dependientes parecen mudos, y nada más sabemos.

—¿No los habeis vuelto á ver?

—A la madre, no; á la hija la mayor parte de los días, pues monta á caballo como vos, con tanto brío, con igual valor, y contínuamente la contemplo cruzar por entre esos vericuetos como el águila por el espacio. Lleva detrás dos mofletudos alemanes, que intentan seguirla. ¡Vana ilusión! Cuando menos lo esperan,

salta su caballo, corre, desaparece como por encanto, y á la media hora se la ve de nuevo que sobre una altura clava su potro y allí espera la llegada de sus guardas. Los dos sois ginetes como yo no he visto; y cuidado que fuí de caballería y entiendo un poco de eso.

—Extraña historia me habeis relatado, buen hombre.

—No mentí ni exageré, os lo juro.

—Tengo empeño en conocer á esa mujer.

—Puesto que volais como ella, dirigid el rumbo hacia aquellos montes, y acaso lo conseguireis.

—Gracias. Pasé un rato agradable oyéndoos; pero os quité media hora de trabajo, y en recompensa os ruego que acepteis ese doblón.

—No puedo tomarlo, que mi señora me da más de lo que necesito; me sobra tiempo, vuestra visita honra y el agua de mi casa no se vende.

—¿Sois casado?

—Sí.

—Comprad á vuestra esposa un dije y regaládselo á nombre del conde de Santomera.

—Lo haré, que no es recuerdo desairar á un caballero tan cumplido.

—Adios, labrador, que se acerca la noche y he de correr tres leguas.

—El cielo os guie, ya lo sabeis, por entre aquellos vericuetos, junto al monte. ¡Buena pareja! ¡que Dios os junte!

—Es difícil.

—¡Quién sabe!

—Adios.

—Él os acompañe.

Alberto desapareció, mientras el campesino desenganchaba sus mulas del arado, y cogiendo el botijo, se encaminó hacia su humilde casita, que distaba un cuarto de legua de allí.

A la tarde siguiente cruzó el conde por el mismo sitio en que solia hacerlo la misteriosa beldad que deseaba conocer; pero no vió alma viviente; repitió el paseo, y tampoco logró su intento. Así continuó hasta el quinto día, víspera de la llegada del general Quirós, que anduvo indeciso sin saber qué camino tomar, hasta que, por último, se decidió, exclamando:

—Seguiré la ruta de ayer por última vez; tenia empeño en conocer á esa alemana tan valiente, rica y generosa, más parece que se opone á ello el destino ó la casualidad; á no ser que el relato del labrador fuese un delirio hijo de su buena imaginacion: pero nada habré perdido por eso.

Y comenzó sus ejercicios, obligando á *Corzo* á que venciera todos los obstáculos y dificultades que le oponian el terreno y la voluntad de su amo. De este modo corrió tres leguas y media sin hallar dama alguna, no obstante haber atravesado los sitios que le indicó el campesino. Molestado por la fatiga se detuvo sobre una colina, dando á su potro quince minutos de descanso. Luego volvió á montar y quiso partir; pero al verificarlo distinguió un bulto que corria en direccion de aquel paraje; más tarde vió un caballo y jinete, y dos minutos despues se convenció que el segundo era una mujer que volaba segun le explicó el labriego.

—No,—dijo después de reconocerla,—¡ese caballo va desbocado, y á trescientas varas sólo hay pendien-

tes y precipios! Cierto; no hace caso del bocado; el jinete no le da dirección; va ciego; salvémosle. ¡*Corzo*, vuela!

Y obligando al hijo del desierto, le hizo saltar una terrible zanja y á que continuara su marcha imitando á la centella.

—Soltad las bridas,—gritó Alberto á la joven,—cogeos á la silla; así; no temais.

Corzo dió un salto espantoso, se atravesó entre dos colinas y quedó como enclavado en el suelo.

—No te muevas, —le dijo su amo.

En el mismo instante llegó el caballo desbocado, y chocando con el de Silva, que pudo resistir el ímpetu de su carrera, quedó parado tambien. A la vez soltó el conde las bridas del suyo y se cogió á la crin del otro, sujetándole con toda su fuerza; mas el caballo comenzó á dar coces, á saltar y á hacer esfuerzos inauditos para arrollar la fuerte valla que le formaba *Corzo*. En una de estas sacudidas, dejó Silva la crin que cogia con la mano izquierda, y, sin aflojar la derecha, agarró á la joven, la sacó de la silla, arrojándola, con el cuidado que le fué posible, detrás de su potro.

—Esperad.

La dijo, y dió un salto, cayendo sobre el animal desbocado, á cuyas bridas se cogió, exclamando:

—¡Corre ahora, maldito!

—¡No!—le gritó la dueña,—que os mata. ¡Dios le haya perdonado!

El conde dejó que escapara, luégo le encabritó, y seguidamente le obligó á caer por un derrumbadero, como hacia con el suyo, quedando él en pie y el cuadrúpedo tendido cuan largo era.

La joven no vió esto último, y sujetando las bridas de *Corzo*, alzó los ojos al cielo en actitud de rogar á Dios por el alma de un hombre que creía muerto por causa suya. Pero cuál sería su sorpresa al contemplar al conde que subía la pendiente por donde se arrojó el caballo, con la silla de éste, sereno, tranquilo y sin demostrar haberse lastimado. La dama le salió al encuentro, preguntándole con interés:

—¿Venís herido?

—No.

—¡Os arrojó al suelo!

—Perdonad, fuí yo quien lo tiró á él.

La voz y actitud de aquella mujer trocaron la curiosidad de Alberto en interés, que fué creciendo á medida que la oía ó contemplaba. Llevaba un vestido de terciopelo negro, alto y con la cola correspondiente al uso que hacía de él; cubría su cabeza un sombrero de la misma tela, con pluma blanca y presilla de oro. Su cútis era terso, fino, nacarado, y su cabellera rubia y lasa caía sobre los hombros en rizos que agitaba el viento. Tenía las facciones perfectas; chicos y blancos los dientes; finos y sonrosados los lábios; azules, rasgados y expresivos los ojos; despejada la frente; altiva la mirada; pequeña y flexible la cintura; diminuta la mano y arrebatador el conjunto. María, pues se llamaba así, y era la misma á quien había descrito el labrador que dió agua á Alberto, se fijó en Silva, éste en ella, y ambos permanecieron mirándose bastantes segundos. De pronto sonrió la jóven; el conde la preguntó:

—¿Os inspiro risa?

—No, pero os juzgo un cumplido caballero, y al

veros cargado con la silla de un caballo ó inclinado adelante por el peso de ella, no he podido ménos de sonreir, señor...

—Alférez.

—¡Ah! sois militar. ¿Qué pensais hacer con esos arreos?

—Vedlo.

Silva quitó la silla á su caballo, le puso la de María, y cogiéndolo por las bridas, exclamó:

—Quieto, *Corzo*, baja; más aún. Montad, María.

El caballo fué inclinándose hasta que pudo subir la jóven sin que Alberto la tocase. Éste volvió á exclamar.

—Arriba, *Corzo*, bien; no te muevas.

—¡Sabeis mi nombre!—le dijo María.

—Sí.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Un habitante de esta comarca y la pureza de vuestras facciones.

—Gracias. ¿Vas á ir á pie?

—No pienso montar la fiera que há poco puso en peligro vuestra existencia. Si me esperais, os acompañaré.

—Con mucho gusto.

El conde cogió la silla de su caballo, descendió al sitio donde se hallaba al que derribó poco há, le obligó á que se levantara, y después que lo hubo ensillado montó, dirigiéndose adonde estaba la jóven. El animal respiraba fuerte, se le saltaban los ojos, demostrando todavía las consecuencias de la terrible caida y estado á que le condujeron la violenta carrera que siguió y el golpe que le dieron.

—Se va á desbocar otra vez le dijo María, viéndole llegar.

—No lo creais; le han puesto un bocado que le va hiriendo, y no me extraña la exposición á que os condujo; pero ha quedado sin fuerzas para repetir por esta tarde el hecho que tanto me asustó.

—Sé, caballero alférez, que os debo la vida.

—Más tengo yo qué agradecer á Dios, por haberme elegido instrumento suyo para salvárosla, permitiéndome á la vez que contemplara uno de sus ángeles.

—Gracias. ¿Marchamos?

La jóven abrió los pliegues de su vestido, dejando ver el mango de oro de un pequeño puñal que llevaba en la cintura.

—Preciosa daga,—le dijo Alberto, fijándose en ella; —¿es adorno?

—No; cuando salgo y dejo á mi caballo que corra y me trasporte donde tenga por conveniente, la llevo conmigo para defensa propia.

—Lo comprendo; permanece escondida no habiendo peligro, y sale de entre lo pliegues del vestido cuando amenaza aquél.

—Acaso.

—Entonces cubridla, que os defiende la espada del conde de Santomera, y no existen por aquí ladrones de honra

—¡Alberto de Silva, conde de Santomera!—exclamó la joven admirada.

—Sí. ¿Quién os dijo mi nombre?

—La trompeta de la fama, que ya lo pregona, señor revolucionario.

—El deber que impone la amistad me obligó á revelarme.

—No prosigais, conozco vuestra historia, tengo noticia del valor y talento que abarcais y hasta del heroismo con que defendísteis á cincuenta y un proscritos.

—¿En dónde aprendísteis tanto?

—En Barcelona, luégo en Valladolid y después en mi casa.

—Dicen que nadie os visita.

—Pero ninguno podrá negar que me escriben.

—¡Ah! no sabia eso. ¿Por qué tan jóven, hermosa y casta, cruzais solo los llanos, atravesais los riscos y os escondeis entre lo montes?

—¿Por qué, imberbe y caballero, os lanzásteis á la pelea, matásteis á los hombres, y vuestra mirada se fijó altiva y desdeñosa en la garganta segada, el pecho atravesado y el suelo bañado en sangre humana?

—Perdonad, María; mi vista en esos momentos se oscureció; incliné la cabeza y temblé; yo no nací para arrancar la vida á un sér humano.

—¿Por qué lo hicísteis?

—¡Ay, contínuamente repito yo la pregunta! ¿Por qué vine al mundo; por qué obedezco á mi destino; por qué me empujó la suerte desde un rincón de mi palacio al campo de batalla? Maté en defensa propia, y áun cuando esto no me disculpa, es la única razon que me abona. ¿Por qué correis del modo que os he preguntado antes?

—Interrogad á mi destino que me presenta chico el llano, fácil el monte, y me impele á correr y á no temer nada.

—La osadía aparece en vuestro perfecto rostro; se la ve que al través de una belleza...

—Basta, señor alférez; os agradezco el favor.

—María, jamás adulé á nadie, y, en el aislamiento á que me condenó la suerte, sois la primera mujer á quien he dirigido la palabra.

—Contraste sin igual; matais á los primeros hombres que se os ponen delante en el camino de la vida, y salvais la existencia de la primera dama á quien encontrais en ese mismo camino.

—¿No podrá ser providencial la causa?

—¡Quién sabe!

—¡Ay, quién sabe!

—¿Por qué suspirais?

—Nací tan desgraciado...

—¿Porque érais hijo de un conde, éste carecía de bienes de fortuna? ¿Vale acaso más la hacienda que pisamos que el entendimiento y genio puestos por la Providencia en la cabeza del hombre?

—¡Quién sabe!

—¡Quién sabe! ¿Marchamos?

—¿Al trote ó á escape?

—Como vos querais.

—Entonces al paso; pera esconded ese puñal.

—¿Os asusta?

—No, me molesta mirarlo.

María se lo quitó y lo arrojó al suelo.

—Eso es demasiado,—dijo Alberto, y echando pie á tierra lo cogió, guardándoselo. Luégo se incorporó con María, añadiendo:

—Cojo lo que tirais, porque os pertenece.

—¿Para qué quereis ese puñal?

—¡Quién sabe!

Según avanzaban refrenaba Silva su caballo para que acortase el paso, viéndose obligada María á hacer lo mismo: pero no demostró disgusto alguno, lejos de eso, se fijaba á menudo en el rostro de Alberto, y en el suyo aparecía una satisfacción que el conde traducía muy bien.

A los diez minutos de caminar oyeron la carrera de dos caballos, apareciendo al poco tiempo los lacayos que acompañaron antes y perdieron de vista á la joven. Al hallarla quedaron ambos parados, descubriéndose y demostrando alegría y temor; pero María cruzó por delante de ellos, sin decirles otra cosa que:

—Seguid detrás, muy detrás.

Se expresó en alemán, creyendo que Alberto no la comprendía; mas aquél exclamó en el mismo idioma:

—Gracias, por la confianza que os merezco.

—¿Conoceis el idioma de mi país?

—Sí, María, es uno de los que estoy aprendiendo.

—Lo hablais ya como yo.

—Puede; pero me falta dar á la voz el timbre sonoro y grato que tiene la vuestra.

—Aun cuando así fuera, no rebajará un ápice la perfección con que lo expresais.

—Pero no doy al acento la melodía y encanto que tiene el vuestro.

—Decir lisonjas es adular, y vos no lo habeis hecho nunca.

—Ni ahora tampoco. ¡Sois tan hermosa, tan!...

—¿Os hicisteis amigo del adelantado mayor de Murcia?

—Si me poneis un valla puedo caer, y entonces...

—Yo os alargaré la mano como vos á mí poco há.

—Cuando cortais la idea, claro es que no os agrada.

—Cuando no se ve el corazón, hay motivo para dudar de él.

—¿Deseais creer?

—Prefiero no hablar.

—¿Teneis motivo?

—Sí.

—¿Quereis decírmelo?

—No.

—La reina del valle os apellidan; cerca de él estamos; ¿qué ordenais al nuevo vasallo á quien desconoceis?

—Que me siga al palacio y lo presentaré á mi madre; las dos elogiaremos su talento y valor, demostrándole á la vez nuestro agradecimiento por la heróica acción de esta tarde.

—Era mejor mañana.

—¿Por qué?

—Porque la dicha no debe apurarse en un solo día.

—Prolongadla cuanto querais.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Acaso no pueda negároslo.

—Amando dicen que se llega á la felicidad; por eso he debido yo ser tan desgracio. ¿Y vos?

—Nunca fuí feliz por completo.

—¡Si yo pudiera haceros!

—¡Si yo lograra que lo fuéseis!

—¿Quién os lo impide?

—Tantas cosas, y son tan grandes las dificultades, que no podemos pasar por encima de ellas.

—Todo es posible con vuestro valor y talento.

—¡Ay, Silva temo el porvenir!

—Probemos

—¿Mañana?

—Mañana; seguiremos después, y el tiempo hará lo demás.

—¿Sois discreto?

—Dicen que me excedo.

—¿Reservado?

—La mayor parte del tiempo parezco mudo.

—¿Ingenioso?

—La flecha del *dios diminuto* acrecerá mi entendimiento.

—Tales cosas oí hablar de vos, señor conde, y tanta confianza me merecían los que así se expresaban, que antes de conoceros os auguré un brillante porvenir.

—¿Y después?

—Dudo de mi destino; pero, ¡quién sabe!

—La que cruza el llano, sube al monte y, cual águila, remonta su vuelo á lo imposible, nada teme, ninguna dificultad debe hallar invencible.

—Sed franco; vos, á quien apellidan héroe ¿no encontrásteis nada que os infundiese miedo?

—Sí, una mujer.

—¿Cómo se llama?

—María; ignoro su apellido.

—¿Sólo yo os pude asustar?

—Y con razón; la causa os es conocida.

—Alto, Silva; aquí se divide el camino que os

conducirá á Madrid y el del valle donde yo habito.

—Lo siento. ¿A qué hora podré visitar á vuestra madre?

—A las cinco.

—¿Y á vos?

—A las nueve.

—¿Me dais vuestra mano?

—Tomadla, mi generoso libertador, hombre á quien debo la vida.

—¡Si pudiera otorgaros la felicidad!

—¡Quién sabe!

—Gracias.

El conde estampó un beso en la blanca y suave diestra de la dama, y ambos se estremecieron, apareciendo en sus mejillas el carmin. A la vez picaron los caballos; luego se oyó un adios repetido, las negras sombras de la noche se interpusieron entre los dos, é hicieron inútiles sus miradas.

Alberto continuó hiriendo los ijares de su potro, y éste prosiguió á escape tendido.

—Basta,—le gritó Alberto un cuarto de hora despues, y echó pié á tierra, añadiendo:—Sígueme, *Tordo*.

Y sin soltar la brida, comenzó á andar, yendo en pos el fatigado animal que tan generosamente habia cambiado por el suyo. Notaba el jóven desasosiego y malestar, y, no obstante su gran talento, dejaba de comprender en esta ocasión la verdadera causa de la intranquilidad que le atormentaba. Tornó á correr y á pararse, y así continuó hasta aproximarse á Madrid.

Entraba Alberto en aquel instante en el bosque llamado de Fuencarral, que ocupaba entonces lo que lué-

go se convirtió en la calle de Convalecientes, hoy Ancha de San Bernardo, y era frecuentado, segun dijimos ántes, por fieras, alimañas y bandoleros. De pronto distinguió entre los árboles que habia á su derecha el resplandor de una mecha encendida, y al pasar por frente á ella oyó un tiro y el silbido de la bala que le llevó su sombrero. Detuvo el caballo y se fijó en el sitio desde donde le hicieron fuego; pero nada pudo ver; entonces se acercó á un pino, junto al cual quedó su chambergo, lo levantó con la punta de la espada y se lo puso, exclamando:

—No es ladron el que quiso matarme, debe ser asesino.

Y torciendo á la derecha, metió á su cuadrúpedo entre los árboles, viendo correr al poco tiempo una figura que parecia la de Bermudez.

—Volvamos, *Tordo*,—añadió,—ese reptil no merece que lo pisemos.

El caballo corrió sin volver á detenerse hasta entrar en el ancho zaguan del palacio de Quirós, donde ya estaban alojados los cinco amigos

Navarro, Nuñez, Osorio y Mendoza se hallaban sentados en torno de la mesa, y esperaban al conde, demostrando los cuatro la impaciencia y malestar producidos por la larga ausencia de aquél. Se hallaban dispuestos á partir en su busca, cuando penetró el jóven con el rostro más encendido que de costumbre y patentizando una alegría extraña y hasta impropia en él. Los cuatro se pusieron en pié, y, reparando en el ala rota de su sombrero, le preguntaron á la vez:

—¿Qué sucedió? ¿Venís herido?

—No, amigos mios,—contestó con su calma habi-

tual;—sentaos y nada temais. Es cierto que una bala perdida, disparada no sé á quién, rompió el chambergo; pero á mí no me tocó ni nadie osó acercarse, á pesar de haber buscado al mosquetero; el retraso de mi llegada lo motiva otro acontecimiento que os voy á relatar; pero sentaos y comamos.

Así lo hicieron, refiriéndoles el conde, primero, su entrevista casual con el labrador, y luego lo ocurrido con María, terminando con las siguientes frases:

—No existe, señores, mujer más perfecta, serena, ni de igual valer; su voz ejerce en el hombre una influencia mágica; la mirada abrasa, y su forma y maneras sorprenden y admiran; parece un sér ideal que, convertido en realidad, no hay otro remedio que humillarse ante él y adorarlo.

Los cuatro oyeron á Silva con religioso silencio; pero al acabar, exclamaron los cuatro oficiales:

—¡Mujer sublime! Llevadnos, Alberto.

—No, que he dado palabra de ser discreto y reservado, y si os conté parte de lo acontecido, no os diré más, prohibiéndoos que hableis de ella y hasta acercaros á su palacio.

—Egoista,—dijo Osorio.

—Tiene razón,—añadió Núñez:—es sólo una, y esa fruta no se puede partir con nadie.

Navarro, que hasta entonces permaneció callado, exclamó de pronto:

—¿No comes, Alberto?

—Tengo poca gana; casi siempre me sucede lo mismo.

—Hoy careces de ella por completo.

—Posible es.

—Temo que esa sirena de ojos azules y mirada de fuego, ó de infierno, lo mismo da, haya espantado tu apetito.

—No lo creas; mi corazón, como tú dices, es un páramo donde no nacen flores.

—Puede haberlo sembrado esa Eva, y, descendiente de aquélla, es como todas.

—No las calumnies, Navarro.

—Hijo, no blasfemes; la mejor... Hablemos de otra cosa, porque se enciende mi sangre.

—Capitán, —dijo Núñez, —si el conde es filósofo y excéntrico, lo causa el que no ha amado nunca; dejad que prenda en su corazón la llama amorosa, y lo vereis alegre, entusiasta, decidor; entonces brotarán las ilusiones de su alma y comenzará á ser dichoso; ¿no veis el ejemplo en nosotros?

—Es verdad, Lara; los primeros años de la juventud vive uno entre flores; mas pronto llega el Agosto de los desengaños, y el hermoso verjel se convierte en horrible depósito de espinas y abrojos. La última vez que penetré yo en ese falso paraíso continuaba con los ojos cerrados; los abrí de pronto, y ¿qué direis que ví? Oidlo: zarzas, fuego y una lechuza en busca del aceite.

—Referid el hecho y abandonad las hipérboles.

—Puesto que lo quereis, sea, y sirvaos á la vez de ejemplo y de lección. Tenía yo entonces treinta y cinco años; era ya capitán, y me solían llamar el buen mozo, la arrogante figura, el valiente, y qué sé yo qué otras cosas por el estilo. Venía de Nápoles, traía conmigo un saco lleno de desengaños, cuando llegué á Valladolid y juzgué torpemente que la veleidad de las italianas formaba la antítesis de la constancia que yo su-

ponía innata en las hijas de Castilla. ¡Torpe error! ya se ve; á cierta edad, aun cuando se tropiece á cada paso, no deduce el hombre ni toma ejemplo de lo que va dejando atrás; creo que ésta no será igual á aquella, y prosigue dando tumbos hasta que cae por el despeñadero; y entonces abre los ojos para no volverlos á cerrar. Mi conducta en la referida edad fué la vuestra de hoy, poco más ó menos; por consiguiente, me contraigo al último caso. Entré, como he dicho, en Valladolid, adulado por los hombres y requerido por las mujeres; mi mala suerte me llevó á casa de una rubia como esa que ha descrito Alberto, de ojos azules, talle esbelto, cutis de nacar y corazón de demonio. Como yo entonces no veía lo último, me enamoré de ella perdidamente, y dí principio lo mismo exactamente que comienza mi hijo; ¡era tan bella! El ángel de Dios tenía sólo veinte años; pero ya se la podía dejar andar por el mundo. Fingió que ardía en su pecho un volcán mayor que el que yo acababa de ver en Nápoles; su dicha, felicidad, presente y porvenir los constituían su adorado Pedro, que era, á su juicio, el mejor mozo de la corte, el más valiente, el más cumplido caballero. «Por un solo pelo de tu bigote»,—me decía la pérfida, —«daría yo la vida; ¡cuánto te amo, Pedro mío! si algún día cesases de quererme, exhalaré el postrer suspiro». Yo la creía, formaba mi embeleso y me hallaba á las puertas de la gloria, cuando mi delicioso querube me empujó y fuí á parar al infierno. Era sevillana; casó allí con un capitán á quien yo conocí en Granada, lo abandonó y pasó á Galicia, donde volvió á casarse otra vez con un barón. A los ocho meses escapó de nuevo, marchando á Valladolid; allí la encontré, y

por mi suerte averigüé que partía sus favores con otros cuatro militares, siendo yo el elegido por ella para formar su tercer esposo. Con talento, rara belleza y una hipocresía refinada hubiera logrado su intento, si el cielo no se apiadara de mí. Se llamaba Elena; dudé al principio de las verdades que me dijeron; me batí con dos de mis rivales, riéndose los demás de mi conducta ridícula y tenaz. Cuando abrí los ojos ya se había marchado á Italia, quedando heridos dos de sus cinco amantes y burlados los tres restantes. ¡Qué mujer, señores, qué mujer! se atrevía con cinco; y entiendo que si la dejan, con los mil capitanes del ejército.

—Creo todo eso, mi querido Navarro, le dijo Alberto;—eres confiado, sencillo para las mujeres, y como no ibas por el recto camino, te abandonó la Providencia, dejándote entregado á esos cuervos, que no te devoraron por milagro de Dios. De esos seres, que en España hay pocos por fortuna, á la dama que yo encontré esta tarde, existe una distancia mas grande que el mundo.

—Alberto, según tu relato, se parece á mi Elena; no te fíes de la forma, porque de lo contrario...

—¡Qué locura! Yo no estoy enamorado de nadie; pero no puedo permitir que compares á un ángel con la hija de Satanás.

—¿No estás enamorado? Hijo, opino que te equivocas.

Los cinco continuaron hablando sobre el mismo tema; luego se ocuparon de la llegada del emperador, y últimamente se retiraron á descansar.

Alberto pasó la noche intranquilo; la imagen de Ma-

ría no se separaba de su mente, y aun cuando intentó olvidarse de ella cien veces, otras tantas se convenció de lo inútil de sus propósitos.

Amaneció; se hizo vestir con su mejor traje, y comenzó á pasear por el estrado; se cansó, y al poco tiempo entró en su despacho; pero no pudo hallar un solo libro que le ofreciera distracción, recreo ni entretenimiento. Bajó al jardín del palacio, y las flores, en que no había reparado jamás, le agradaron extraordinariamente.

—¡Qué poesía hay en este paraje!—exclamó:—ahora comprendo por qué María prefiere á la corte su delicioso valle. Siempre María; constantemente su nombre en mis labios y su imagen ante mi vista; ya me voy fastidiando de lo monótono y pesado de un cuadro que sólo representa flores, árboles y una mujer en medio diciendo: «yo te»... Delirio, insensatez, debilidades humanas á que todos sucumbimos. ¡Es tan hermosa! Y luego, como se parece á mí en lo generosa y caritativa. ¡Oh, la acción que practicó con sus colonos!... ¡Otra vez hablando de ella, y siempre de ella; qué fastidio! Veamos las flores, una rosa de Alejandría: el color de sus hojas se parece al de mi, mi... necedades y más necedades. ¡Cómo se precipita el agua clara y espumosa por ese arroyuelo, formando cascadas diminutas, poéticas y risueñas, vienen á parar á este estanque que me sirve ahora de espejo! También María se retratará en las aguas del valle, y su encantadora figura reflejará radiante de belleza en el trasparente azulado de su estanque. Está visto que no puedo pensar, hablar ni ver otra cosa que María; y puesto que mi destino lo quiere así, cúmplase mi destino.

En este instante sintió un golpe en el hombro, y volviendo la cabeza, se halló frente á frente de Navarro.

—¿Piensas en María, hijo mío?—le preguntó el capitán.

—Cierto; la veo en las rosas que contemplo, entre los árboles que miro, el agua que se agita á mis piés; la suave brisa repite su nombre, el arroyo lo murmura también; y como en todas partes la oigo y la veo, sólo sé hablar de ella; únicamente á María puedo mirar.

—¡Bravo, novel enamorado! apasiónate, que en eso nada pierdes; pero oye: déjate guiar por mí en asuntos de esta especie, no vayas á dar tú con otra Elena...

—Padre mío, no admito la comparación.

—El amor, Alberto, te hará más agradable la vida; conseguirás con él el entusiasmo de que careces, y desaparecerá de tí lo excéntrico y parte de esa filosofía que conduce al pesar; mas es indispensable que yo te encamine, porque de lo contrario tropiezas. Es un terreno tan resbaladizo, que hasta el sábio de los sabios, Salomón, inclinó la frente y rodó por el fango. No soy muy fuerte en Historia, pero creo recordar que aun su mismo padre, el santo rey David, vencedor del gigante Goliat, fué vencido por una ó por varias Evas.

—Magnífico discurso, capitán Navarro; quince palabras, que dan un total de treinta disparates por lo ménos.

—Eso mismo decía yo á tu edad, cuando me aconsejaban bien los que no me querian mal. Hijo, para estudiar y conocer el ganado femenil no sirve el talento ni la sabiduría; son indispensables la experiencia, los

desengaños, tanto revés como uno lleva, y el cúmulo de falacias que va archivando el desgraciado que llega á conocerlas cemo yo.

—Pedro, María es un ángel; la considero el más raro emblema de virtud, talento, belleza y hermosura; como ésta hay muchas; mi madre se le parecía, la tuya tambien, segun cuentan; lo mismo dicen de las suyas Lara, Osorio y Mendoza, y siendo así, claro es que me ha de disgustar oirte hablar de las mujeres del modo que lo haces.

—Sí, el uno por ciento y gracias; y como es tan difícil hallar la excepción cuando se desconoce la regla, por eso opino que resbalarás tú también como Salomón y el santo pastor ascendido á rey. Tu gran superioridad caducó en asuntos de esta especie; déjate guiar por mí, porque de lo contrario caes.

—Acepto. Esta tarde vendrás conmigo á su palacio, y cuando te hayas convencido de que María es un ángel, te obligaré á que llegues á sus piés y la pidas perdón por las injurias que la estás haciendo.

—Ojalá, pero lo dudo.

—¿Me acompañarás?

—Con mucho gusto; no deseo otra cosa.

—Te advierto que no pudiendo seguirme en calidad de amigo ni de jefe, tendrá que ser en clase de lacayo.

—¿Qué dices, conde? ¡un caballero de la órden de Santiago, capitán de los ejércitos imperiales! ¡Bah, bah, tú sueñas!

—No hay remedio; de ese modo se cumple tu deseo de dirigirme, y el mio de que sufras el castigo consiguiente á la calumnia que has proferido con tanta insensatez.

—Me pides un imposible.

—Al contrario, amigo mío; te pones unas botas altas y viejas, calzas de rica seda, gregüescos y ropilla de idem, la cruz de Santiago, banda roja de capitán, y cubres todo esto con el tabardo que usabas dentro del castillo de Monteagudo, uniendo al traje un chambergo sin pluma, echado adelante, y quedas sirviente por fuera y caballero por dentro; es decir, la antítesis de la mujer, segun tú opinión.

—Pero, hombre, ¿con qué oculto la gentileza y el donaire?

—El que no es pedante, como tú, con la naturalidad de la modestia; y si esto fuese poco, echas la cabeza adelante y encorvas el cuerpo.

—¿Y el bigote ensortijado, la gracia y ese tinte de caballero?

—En eso no ha reparado nadie hasta ahora.

—¿Y la manera de montar, de echar el pié?

—Basta; del mismo modo que imitabas á los pescadores arrepentidos en Múrcia, con el sayal, las conchas y restantes mentiras, aparentas esta tarde que eres el leal criado del conde de Santomera.

—Tú me vas á comprometer.

—Te voy á obligar á que hagas justicia á las mujeres, y muy particularmente á María.

—Hombre, si yo las quiero; tú no sabes el efecto que causa en mí una de esas bellezas seductoras; pero me han dado tales chascos.

—Si fuéramos á ajustar cuentas, puede que así y todo estuviera la razón de parte de esos séres á quienes tanto debemos. ¿Qué hay en el mundo más grande y digno de veneración que una madre contemplando en

su regazo al hijo querido? ¿qué una esposa junto al lecho de su marido enfermo y padeciendo? La mujer es la mitad de la existencia del hombre, y debe formar el pedazo más estimable de su corazón. Vete á preparar el traje, que á mi ver el discípulo enseñará al maestro y lo traerá á buen camino.

—Ello dirá, Alberto.

—Antes de poco me darás la razón, como siempre. Marcha á realizar lo que te he dicho.

—Se me ocurre ahora una cosa: debiendo llegar hoy el emperador y el general Quirós, tenemos que salir á recibirlos.

—No había pensado en ello. ¿A qué hora entrarán en Madrid?

—Se les espera cerca de anochecido.

—En ese caso que vayan Nuñez, Osorio y Mendoza al frente de la compañía: nosotros veremos al general á nuestro regreso y al César cuando nos llame.

—Van á creer que somos rebeldes por índole y por afición.

—No me importa; empeñé mi palabra, y no faltaré á ella.

—Entonces vé tú con Pedro, y yo saldré á esperarlos; de lo contrario sería hasta falta de urbanidad.

—Siento que no me acompañes; mas veo que tienes razón, y no encuentro medio...

—Se aproxima la hora del almuerzo: ¿subimos?

—Sí; adelante.

Y ambos se dirigieron al comedor; poco despues llegaron los restantes oficiales, y seguidamente se sentaron á la mesa.

Concluido este acto, quedaron hablando, siendo lué-

go interrumpidos por el criado Pedro, que entró; diciendo al conde:

—Señor, un oficial de la escolta del emperador me ha entregado este pliego para vos.

—¿Espera contestación?

—No, señor; se lo dejó al portero y desapareció.

Alberto leyó el escrito, y después que se lo hubo guardado, dijo á Navarro:

—Capitan, ya encontré aquel medio de que te hablé antes.

—¿Cuál?

—El de que me sigas en la excursión de esta tarde.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que el César, su ministro de la Guerra y demás que le acompañan no llegarán á Madrid hasta mañana al medio día. Añade Quirós, que es el que me lo participa, que deberemos formar en el camino de Francia, á la cabeza de los tercios.

—De eso deduzco que me voy á elevar á lacayo.

—Calla y no seas imprudente.

Los cinco continuaron hablando hasta las dos, en que el uno fué á vestirse y el otro á arreglarse más, pensando á la vez en su inolvidable María. Esta bellísima mujer principiaba á descomponer el magnífico cerebro de Alberto de Silva.

A las tres montaron á caballo; Navarro llevaba el traje que indicó Alberto, y éste botas de gamuza, calzas de seda, gregüescos y ropilla de terciopelo negro, gaban de lo mismo, forrado de pieles cenicientas, gorra con pluma, la melena rizada, escarcela recamada de oro, el puñal que tiró María y la magnífica espada que usó siempre su padre.

Ambos salieron por el portillo de Santo Domingo, dirigiéndose al valle, que estaba situado en lo que fué despues y sigue siendo real posesion llamada *El Pardo*. Montaba Navarro un hermoso alazan tostado, al que apellidaba *Leon*, y Silva el que cambió interinamente con María y al que bautizó con el nombre de *Tordo*, por ser este el color de su piel. Caminaban al trote, y de este modo llegaron al palacio de la jóven á las cinco y algunos minutos.

El conde echó pié á tierra, y entregando las bridas á Navarro le dijo:

—Aguarda como quieras, á pié ó á caballo.

Pero el capitán nada le contestó, embebido en contemplar el majestuoso edificio que tenía delante y las extensas arboledas, parques y jardines que le rodeaban.

Alberto se dirigió á la gran puerta y llamó. Un minuto despues se abrió aquélla, presentándose un lacayo y dos soldados.

—¿Quién sois?—le preguntó el primero.

—El conde de Santomera. Dí á tu señora que deseo la honra de recibir sus órdenes.

Y entró, limpiándose con el pañuelo el polvo que cogió en el camino; pero no le dejaron concluir tres de los criados, los que en pocos segundos terminaron aquella operación, quedando como al salir de su casa. El lacayo regresó al momento, diciéndole:

—Mis señoras tendrán á mucho honor que el señor conde de Santomera se digne pasar el estrado, donde le aguardan.

El rostro de Silva se encendió un poco; su corazón empezó á palpitar aceleradamente, y segun avanzaba

se sentia tan agitado como sorprendido; veia á derecha, izquierda y de frente ricas estátuas de mármol; flores en jarros de pórfido; columnas de alabastro y jaspe; cuadros pintados por los mejores artistas; espejos de Venecia, y muebles, en fin, colgaduras y tapices de Damasco, Alemania, Francia y España. Todo era régio, suntuoso, riquísimo; parecia efectivamente una morada de encantos, habitada por dos sílfides ideales.

A un extremo del salón se hallaban de pié, y esperando á Alberto María y su madre Clotilde. Puesto que conocemos á la primera, digamos algo sobre la segunda. Tenia cerca de treinta y cuatro años, mas apénas representaba veinticinco, y era alta, esbelta, de facciones regulares; presentaba un moreno claro agradable y ojos negros y rasgados tan incitantes como el deseo. De no estar María á su lado, se hubiera dicho que era la mujer más hermosa de Europa; pero su incomparable hija unia á su sin igual belleza una gracia y majestad que, contando sólo diez y siete años de edad, era capaz de deslucir lo que cerca ó léjos de ella fuese hermoso y hasta seductor.

Alberto se aproximó, las hizo una reverencia, y fué á hablar; pero se adelantó Clotilde, diciéndole:

—Bien venido, señor conde; sé que mi adorada hija os debe la vida y yo un afecto é interés que durarán tanto como mi existencia. María, cógele la gorra, y hacedme el favor de sentaros.

—Gracias, señora,—contestó Silva, volviendo en sí y ocupando un sillón.—De una dama que se constituye en madre de sus colonos y en noble y generosa egida de todos los habitantes de esta comarca, era de esperar recibimiento tan cortés, frases tan halagüe-

ñas; pero os advierto que nada me debeis; ménos aún, si cabe, vuestra encantadora hija: detuve su caballo, le cedí el mio, la acompañé media hora, y en todo esto recibí gracia y honor.

—Perdonad, conde,—dijo María; —me librásteis de perecer, como ha dicho mi querida madre; por mi causa sufrísteis una caida tan terrible como hábil; debí luégo á vuestra bondad un caballo amaestrado por el primer jinete de Europa, y me dijísteis despues frases que no olvidaré nunca, y á las que no dí la contestación que podia.

Las últimas palabras de la joven llevaban una doble intención, que á Silva le fué fácil adivinar; se miraron fijamente, encendiéndose sus rostros más de lo que estaban. Clotilde debió comprender algo, siendo así que tembló, quedando como ensimismada; luégo vió á los dos jóvenes, que aún seguian contemplándose con avidez, y exclamó para sí:

—¡Qué bella pareja! tan hermoso es él como ella; los dos tienen talento y... Pero no; me horroriza la idea, porque áun cuando la amo tanto, no puedo, no debo.. ¡Quién sabe!

Y alzando la voz, añadió:

—¿Nada contestais á mi hija, señor conde?

—Nada, señora.

—¿Luego ha expresado la verdad?

—No sé contradecir á una dama tan encantadora.

—Ya me lo habeis dicho dos veces, y áun cuando fuese cierto, os ruego no lo repitais, porque asoma á su faz el carmin; miradla. Tambien vos os poneis encarnado, Silva; ¿qué motiva vuestro sobresalto?

—Creo estar sereno, y si algo extraño notais en mí,

será efecto de que, no teniendo la costumbre de hablar con damas, me hallo como en terreno vedado.

—¿Qué decís? ¿y vuestra madre, hermanas, primas y amigas?

—No prosigais; la condesa de Santomera, que era tan buena como vos, murió al principio de mi infancia; y hasta hace poco permanecimos encerrados mi padre y yo solos, olvidados de todos nuestros parientes, sin que nadie me visitara ni yo viera á ninguno.

—Bien, pero durante vuestros triunfos en Múrcia y vuestra larga residencia en Madrid habreis conocido y tratado á muchas mujeres. Dicen que son muy bellas las murcianas, amables, aficionadas á los valientes, y es natural que colmaran de elogios á su héroe.

—Cuando me conozcais, Clotilde, os convencerán mis hechos, de que yo no recibo lisonjas, que no gusto de ovaciones, y que empleo el tiempo mucho mejor que dando ó recibiendo aplausos de damas ó caballeros. En Múrcia mandé, dirigí, pero siempre desde un rincon de mi palacio, exceptuando el poco tiempo que gasté en luchas; no di reuniones ni asistí á ellas; mis negocios allí se concretaron única y exclusivamente al estado excepcional en que el destino me habia colocado, y mis palabras giraron siempre dentro del círculo que me trazaban esos mismos negocios. Sólo traté con hombres, y si alguna vez me vitoreó un pueblo noble y entusiasta, que me debia grandes reformas y un interés de padre, le escuché con fría indiferencia. Pasé mas tarde á Madrid, y día y noche me dediqué al estudio de idiomas, ciencias y artes; por las noches enseñaba á mis cuatro amigos Navarro, Lara, Nuñez y Osorio lo que yo sabía, los domingos revistaba mi com-

pañía, y así trascurrió el tiempo sin recibir ni hacer más visita que la presente, la cual es la primera que verifico, dirigida á señoras, y tan feliz para mí como bondadosa por parte de las que se han dignado admitirme en sus salones y ofrecerme un asiento.

—¿Lo oís, madre mía? fuí yo la primera mujer con quien habló el señor conde.

—¿Qué quieres decirme con eso, María?

—Unicamente que se hallaba justificado el encendido color ó estado excepcional de Silva.

—Será así; pero noto que el conde se expresa muy bien, que tiene mucho talento, y bastaba, hija mía, con su defensa.

—La disculpa, señora,—replicó Alberto,—el que los ángeles imitan á la Providencia, y ésta defiende siempre la verdad, que es emanación suya.

—Tampoco mi hija es tonta, conde, y sabe disculparse admirablemente.

—Lo creo; que al través de su hermosa frente distingo un ingénio sublime; pero eso no obsta para que yo sea galante y agradecido.

—Se ha vuelto á poner encarnada.

—¿Y qué os extraña? basta con que vos la mireis.

—No os comprendo.

—Por la mañana temprano asomaos á uno de los balcones que dan á los parques ó jardines; fijaos luégo en las flores; notareis que el capullo cerrado é incoloro, al salir el sol comienza á abrir su pétalo, parece que sonrie y vá poco á poco adquiriendo un carmin ménos agradable que el sonrosado de las mejillas de María. Aceptad el símil, y ved en vos ese astro matinal, en María la deliciosa flor.

—Si al principio de vuestra carrera os expresais ya de ese modo, ¿adonde llegará el galanteador cuando adquiera experiencia?

—Mal haceis en atribuirme una gloria que no he ganado; si la idea es buena, corresponde toda ella al objeto que la inspiró; si es mala suya será la culpa.

—Madre mía, recordad las frases que oimos en Barcelona: «Alberto de Silva,—nos dijeron,—es sólo jóven por la edad; mas piensa como los viejos, imita á los ancianos en experiencia, y se iguala á los sabios en cordura y acierto». No cuestioneis con él, porque tiene más talento que nosotras.

—¿Quién dijo eso de mí, María?

—Un hombre que os conocia bien, que nunca miente y que os estima mucho.

—Si no fuera indiscreción...

—El hombre no hace al caso, conde,—se apresuró á contestar Clotilde;—básteos saber que mi hija ha dicho la verdad.

—Eso ya lo habia yo dado por hecho; los ángeles nunca mienten; pero pudo equivocarse el que me juzgaba de un modo tan benigno.

—¿Quereis que hablemos de otra cosa?

—Si os molesto, me retiraré.

—No, conde, honra vuestra presencia, y siempre es agradable é interesa la conversación de un hombre como vos. Podremos, no obstante, ocuparnos, si gustais, del emperador. ¿Qué opinión habeis formado del jóven César?

—¡Magnífica! le amo como á rey, le respeto como él merece, y daría por tan noble y generoso señor mil vidas que tuviera.

—No variareis de opinión cuando le trateis. Su clemencia iguala al desmedido valor que tiene, y ambas cosas no llegan á su elevada sabiduría. Sus ojos despiden majestad, encanta la figura, y su bondad seduce y atrae.

—Por lo visto habeis hablado con él y le conoceis.

—Mucho.

—¿Y vos, bella María?

—Tambien. ¡Es tan bueno y cariñoso! ¿Quereis que mi madre os recomiende?

—Gracias; la honra sería grande pero no pretendo deber nada en mi carrera al favor ni á la intriga.

—Haceis bien; el hombre grande se basta á sí propio para elevarse sobre los demás.

—¿Qué decís á eso, conde?—le preguntó Clotilde;—os recuerdo vuestras palabras: «Los ángeles nunca mienten.»

—No me es dado hablar de mí, y de ser cierto, quiero saberlo en el campo de batalla, frente á los enemigos de mi patria.

—Las frases de mi hija eran lisonjeras, y vos no gustais de lisonjas.

—Cierto; pero me referia á los halagos del mundo, no á la bondad de los ángeles.

—Se ha vuelto á poner encarnada, y sois vos quien la miraba ahora.

—Es posible que reflejara en ella la luz del astro que se fijó en mí: en cuyo caso vos sois la causa, yo no.

A la hora en punto de haber entrado, se puso en pié Alberto de Silva, diciendo:

—Tengo la honra de ofrecer mi respeto á las dos

ilnstres damas que tanto me han favorecido. Nada más puede expresar el que, siendo tan pobre, se dirige á señoras tan ricas. Os pido permiso para volver á visitaros; pero si se opusiera la más leve dificultad, renunciaré á esa dicha, por más que me sea sensible.

—Conde, vivimos aisladas porque aún no es tiempo de que nos presentemos en la córte; ínterin permanezcamos aquí podeis venir de tarde en tarde y siempre de día; es una excepción que no debo negar al que salvó la vida de mi hija.

—Si os habeis de violentar entrando yo en este palacio, no acepto el derecho que generosamente me acabais de otorgar.

—Llegad como os he dicho, y no dudeis que vuestra conversación me será muy agradable, mucho, siempre que no altere el semblante de mi hija.

—Madre mia, si es por eso sólo puede venir Alberto cuando guste: que mis mejillas permanecerán del mismo color todo el tiempo que pase á nuestro lado.

—Gracias, Clotilde; gracias, María: vendré de tarde en tarde á este palacio; sólo cruzaré sus umbrales á la clara luz del sol, hasta que vayais á la córte ó me ordeneis otra cosa. El cielo benigno defienda y guarde el doble tesoro que esconde este edificio.

—Adios, conde.

—Adios, Alberto.

Y después de mútua reverencia, salió el conde, escuchó Clotilde, y cuando hubo perdido el ruido de sus pisadas, preguntó á María:

—Hija, ¿qué te inspira Silva, amor ó interés?

—Madre mia salvó mi vida y le tengo afecto.

—¿Por qué bajas la vista? Comprendo: creo adivinar y tiemblo. María.

—¿Qué causa? ¿Cuál es el motivo?

—¿Has olvidado á Carlos, al duque?

—Al duque, al noble y poderoso señor que vale ménos que la pluma de la gorra del conde? ¿A ese magnate que carece de talento, que le sobra miedo y y que le adulan los servidores de su tio? Madre mia, comparad al uno con el otro, y luégo medid la distancia que hay de la luna al sol. Somos ricas, muy ricas, y Santomera es pobre, muy pobre; y vos, madre de los desgraciados, jamás tendeis vuestra mano á los poderosos.

—No es eso, María, no; antes que al duque he citado á Carlos; ¿no te acuerdas de él?

—Madre mia, os amo con toda mi alma, respeto á Carlos como él merece, y si ambos os empeñais en que me sacrifique, lo haré; pero tened en cuenta los dos que sólo mirareis en mí una víctima inmolada en aras de loca, de innecesaria ambición.

—¡María!

—Sí; me amais mucho, me idolatrais, y la verdad es que os impora poco mi felicidad.

—Hija, no me ofendas con frases tan duras; yo no tengo á nadie en el mundo más que á tí; eres mi encanto mi embeleso; sin tí no podria vivir; pero Carlos...

—Si le temeis, yo le contestaré.

—Hay palabra empeñada, y el que se estima en algo no puede faltar á ella.

—Yo nada he ofrecido.

—Nosotros, sí.

—Ya lo sé; sin contar con mi corazón; si ahora éste se rebela, no culpadme.

—¡Me vas á hacer desgraciada!

—En ese caso me uniré al duque, todo ménos vuestro infortunio, que yo os amo de veras.

—Y tú, ¿serás dichosa con él?

—No; pero eso no importa; sufriré mi suerte con la resignación de un mártir, y ni un suspiro exhalaré en vuestra presencia. Sucederá todo lo contrario al ver á mi madre: la risa aparecerá en mis labios, la alegría en mi semblante, la ternura en mis ojos.

—¿Y cuándo no esté yo presente?

—Cuando, encerrada en mi cámara, sola medite sobre la suerte á que me veo condenada, entonces regaré el pavimento con lágrimas, cubriré el corazón de luto, y, torturada el alma con una vida de hastío, penas y dolor, exhalaré tristes quejidos, que nadie más que yo escuchará.

—No... No puede ser.., ¡Hija mia!

—¡Madre adorada!

Y las dos abrieron á la vez los brazos, cayendo la una sobre la otra, formando un grupo tierno, cariñoso, lleno de encantos y de sublime ternura.

CAPÍTULO XXIV

El incrédulo y el creyente.—Romanza.—Seguidillas.—El reclamo.—Las dos tórtolas.—El milano.—Desafío, misterio y sorpresa.

Alberto de Silva cruzó de regreso los dilatados salones del magnífico palacio de María y bajó la escalera, saliendo inmediatamente de tan suntuoso y admirable edificio.

Partía de allí satisfecho; la alegría rebosaba en el semblante, y su corazón latía con más violencia que nunca. Notó efectivamente que entre María y Clotilde, y áun en el aislamiento á que estaban condenadas, habia misterio que su claro entendimiento no pudo penetrar; pero no le quedaba duda alguna de la grandeza y señorío de las dos, y no era posible que mortal alguno dudase de la casta y angelical doncella á quien empezaba á amar. Su hermosura, naturalidad y cuanto existia en ella, todo hablaba admirablemente de la joven, todo decía que era una vírgen condenada al olvido y abandono que le ofrecía el delicioso valle donde moraba.

Silva notó más que todo eso; comprendía en la mira-

da de la hija de Clotilde, en su acento tembloroso é inseguro, en los contínuos cambios del color de su rostro, en las ideas que expresó y hasta en el interés que sin rebozo alguno le demostró delante de su madre, que le amaba; mágica frase que el tierno doncel repetia sin cesar, seguida de estas otras:

—Yo tambien la amo; esa encantadora mujer trastornó mi cerebro, y nada he perdido con ello, siendo así que há poco me juzgué el hombre más desgraciado de la tierra y en este instante me creo feliz.

Ya fuera del palacio, vió que un criado de Clotilde sujetaba los caballos de Navarro y suyo, é incorporándose con él, le preguntó:

—¿Y mi criado?

—A poco de haber entrado vos en el palacio llamó, mandándome que cogiera del diestro los potros, mientras él recorría el valle ó hacía lo que le daba la gana. Señor conde, teneis un sirviente con más humos que un duque.

—Sí, el génio es malo, pero su lealtad y cariño le disculpan. Dame las bridas, y si te sobra tiempo, hazme el favor de buscarlo.

—¡Señor, vos habeis de quedar aquí! Llamaré á un compañero...

—No, le esperaré montado.

—¡Qué diferencia del amo al criado; el uno tan atento y cortés, y el otro tan desabrido y déspota!

—Parte, amigo mío.

—Al momento, señor. ¡Cómo se parece á mi joven señorita!

El lacayo desapareció, en tanto que el conde miraba con sorpresa á su caballo *Corzo*, el cual le había

sido devuelto, llevando ahora una preciosa silla de terciopelo bordado con estrellas de oro, y todo el herraje de plata. Montó, y trayendo hacia sí el potro de su amigo, exclamó:

—Quieto, *León*.

Y lo abandonó, quedando él frente á la portada del palacio.

Cinco minutos después oyó la voz de Navarro, que decía:

—Soberbio parque; no he visto nada tan encantador. Oye, lacayo, sujeta mi alazán mientras subo á él.

—Al momento, excelencia,—le contestó el criado riendo.—Tened cuidado, gran señor, no os lastimeis al fijar el pie sobre el estribo de acero. Así; perfectamente. ¿Desea algo más mi amado príncipe?

—Toma,—dijo Alberto, y le alargó un doblón.

—Gracias, señor conde, os lo agradezco mucho, pero nos está prohibido coger dinero que no proceda de las arcas de mi señora. No os extrañe pues á todos nos sobra aquí oro y comodidades.

—Guárdalo y cuando llegue un pobre...

Perdonad, en esta comarca no hay miseria; la reina del valle destruyó el infortunio y nadie mendiga por aquí.

—Entonces acepta mi agradecimiento...

—Eso sí, que sois tan noble como estúpido vuestro criado

—¡Bellaco!...

Navarro fué á darle con la brida, pero le contuvo Alberto, diciendo:

—¡Quieto, mal sirviente! Adios, amigo mío; perdona á mi lacayo.

Y metió espuela, huyendo de allí, seguido del capitán. Éste se incorporó con él, exclamando:

—¿Ves las consecuencias de obligarme á hacer un papel que me cuadra muy mal? Se ha burlado de mí, y hasta me ha insultado.

—Me alegro.

—Muchas gracias; será la primera y la última.

—Allá veremos; pero si vuelvo á necesitar de tí, es preciso que imites mejor la docilidad y sumisión de un criado. El que hacía tan admirablemente de peregrino bien puede representar á un sirviente.

—Te equivocas; allí era un pecador arrepentido; y en verdad que, no teniendo nada de santo ni tampoco de irreligioso, podía desempeñar bien mi papel; pero constituirme en criado...

—De tu hijo.

—Si te dejo hablar, eres capaz de convencerme que debo ser lacayo; conque á otra cosa. ¿Y María?

—La hallé deliciosa, encantadora.

—¿Y su madre?

—Es casi tan bella como la hija, y mujer de talento.

—¿Y su padre?

—No lo he visto.

—¿Pero lo tiene? ¿Vive con ella?

—No lo sé, ni hemos hablado de eso.

—¿Pues qué habeis hecho en una hora ó más que has permanecido ahí? ¡Ah! ¡saldrían haciendo media!

—Calla, majadero; dos grandes señoras...

—No me entiendes, hombre; la calceta es una red, y con ésta se pesca.

—Cierto, pero soy yo el que la he tendido con deseo de coger un ángel.

—Eso creemos los hombres al principio; pero á la postre somos nosotros los enredados por el diablo que nos tienta y precipita.

—Si vuelves á tu antigua manía, voy á concluir por obligarte á que me sirvas de lacayo todo el tiempo que no estés de servicio.

—Bien pensado; más si tu crees acabar con eso, te advierto que yo empezaré por arrestar á mi último alférez, y luego lo tendré encerrado poco el tiempo necesario para curarle la enajenación mental que ya principia á descomponer su cerebro.

—Me olvidé que eras mi capitán y la obligación que he contraido de obedecerte.

—Pues recuérdalo, como igualmente aquel refrán de *la cabra siempre tira al monte.*

—A no ser que el cazador la quiebre una pierna, dejándola imposibilitada de salir del llano.

—Oye: ¿dónde vamos por aquí? Noto que cada vez nos alejamos más de Madrid, y ya es de noche.

—Estamos entreteniendo el tiempo hasta que den las nueve y pueda ver sola y entre flores á mi adorada María.

—¡Qué deprisa y con que poesía empiezan tus amores! Lo mismo me sucedió á mí respecto de Elena; también me citaba al jardín de su casa, y entre aromas, auras, brisas y otras frioleras de esas que encantan á los tontos, me engañaba la pérfida. ¡Recuerdo que en varias ocasiones según supe después, me dejaba entretenido con los peces, las tórtolas y las gallinas, mientras la culebra pasaba media hora con otro *tórtolo* de largos bigotes, pretensiones de sabio, y en realidad tan cándido ó inocente como yo! Se llamaba Mauricio,

y le dí una estocada de la que probablemente no curaría.

—¡Cómo se reiría ella de vosotros!

—Sí, como tú ahora; pero, hijo, teniendo el tejado de vidrio no tires piedras al del vecino. Ahora te toca á tí, y dentro de poco... Pienso, Alberto, que tú te vas á alimentar de amores y yo de aire.

—Cuando regresemos á Madrid comerás; ya dije á Mendoza, Osorio y Lara que no nos esperasen.

—A las nueve la cita; de diez á doce á Madrid; es decir, que cenaremos á la una, á no ser que se prolonguen tus tonterías amorosas, y entonces, noche en blanco.

—Más de cuatro pasé yo sin dormir por vosotros.

—Cierto; pero las ocupabas perfectamente, mientras que yo... ¿Sabes que voy á representar un papel delicioso?

Hablando así, y sin separarse del valle más de media legua, permanecieron hasta cerca de las nueve, que regresaron, llegando de nuevo al cercado de jardines y parques. Ya allí, se dirigieron al extremo opuesto del palacio, quedando parados junto á la mencionada tapia. Silva pegó su caballo á aquella, dió las bridas á Navarro, y poniéndose en pie sobre los estribos y luego en la silla, se subió hasta hallarse sentado en el caballete. Le cubría el espeso ramaje de un peral que se elevaba casi al pié de la referida tapia por el interior del jardin. Conseguido su objeto, se quitó el gaban, lo volvió del revés y se lo puso.

—¿Qué haces?—le preguntó Navarro.

—Disfrazándome, por si me viese algún criado que no me conozca; de este modo se convierte mi traje ne-

gro en ceniciento. Dame ahora tu banda de capitan, y cambia mi gorra por tu sombrero.

—Me recuerda ese disfraz el que yo usaba en Nápoles para visitar á la hija del maestre don César tambien me dejó por otro, no obstante lo enamorado que estaba y la pasión que ella fingía. Con aquella me hubiera casado; pero me dió calabazas, que ahora lo agradezco mucho. Toma banda y sombrero.

—Ahí vá mi gorra. Ahora la lira.

—No te entiendo. Ah, sí, la cítara; espera, que la llevo enganchada en el interior de mi tabardo ¿Vas á cantar? También yo lo hacía en mis malos tiempos con una voz de bajo que asustaba á los pájaros y atraia á la víbora. ¿Aprendiste á tocar?

—Sí.

—Veamos qué tal lo haces.

La noche estaba clara, serena y apacible; la luna reflejaba su luz sobre los hermosos y dilatados parques y jardines del valle, dándoles un tinte entre sombrío y poético que arrobaba á nuestro enamorado jóven, inspirando epigramas á su incrédulo compañero. Como el palacio se hallaba á cuatrocientas varas de allí, reinaba soledad completa y un silencio que sólo interrumpia el aura que, suave y monótona, chocaba con las plantas, los árboles y las flores, robándoles el aroma con que regalaba ahora el olfato de nuestros guerreros.

Silva tendió una mirada afanosa sobre el verjel que tenia delante, y, no distinguiendo sér humano, se volvió, diciendo al capitan:

—No me interrumpas ni me distraigas.

Luégo templó su lira y comenzó á tocar, asombran-

do á Navarro, el cual no obstante la prohibición que acababa de hacer, exclamó:

—Admirable, chico, admirable; no oí jamás acordes más melodiosos ni ví dedos más hábiles. Sublime; ¡vaya un músico! ¡Tú sabes de todo, pero con qué perfección!

—¡Y tú también; pero con qué torpeza! ¿Callarás?

—Sí, con tal que cantes; anda, hijo, dale al reclamo.

Poco despues, y acompañándose con la lira, el incomparable Alberto alzó su voz, que en unos puntos parecía de barítono y en otros de tenor. No podía calificarse aquella de un modo absoluto, pero era grata, sonora y de mucha extensión.

Hé aquí los versos que comenzó á cantar:

«De tus lábios seráficos sale
Un acento que engendra el amor,
Y no existe mujer que te iguale
En encantos, belleza y candor.

—

Desde el limbo lanzado á este valle,
Peregrino, sin patria ni hogar,
Haz, mi bien, que entre flores no halle
Los pesares que anhelo olvidar.

—

Sólo tengo esperanza...¡ay, perdida!
Sólo al sino le debo rigor,
Sólo puedo ofrecerte mi vida,
Sólo quiero en el mundo tu amor.

—

Tristes flores que el tallo encorvais
Cuando el sol que os da vida no está,

¿Porque el astro feliz no llamais
Y otra vez la existencia os dará?

Aves, brisa, tenaz arroyuelo,
Á mi voz vuestros ayes juntad,
Y con ánsia y letal desconsuelo,
Por mi bella, cual yo, suspirad.»

Se apagó la voz de Alberto, cesaron los acordes de su lira, y entusiasmado Navarro, volvió á exclamar

—¡Bravo, amigo mío, que acento tan dulce, pero qué mal empleado!

—Profano, calla, y toma la lira. Creo distinguir una sombra hácia la derecha; será ella, no puede menos.

Y agarrándose á las ramas, se inclinó delante, quedando pendiente del objeto que creía percibir.

Navarro cogió la lira y la templó otra vez diciendo:

—Ahora yo.

—¡Calla, maldito!—añadió Silva; pero el otro, sin hacerle caso, continuó, aunque muy quedo, cantando despues á media voz las siguientes seguidillas:

«Son las mujeres todas,
Pese á mi mal,
Tesoro que debía
Tragarse el mar;
Y de ese modo,
Santos tendría el mundo,
La mar demonios.

Desde Eva hasta Elena
Hubo en el suelo,
Por mal de sus pecados,

Tan bello sexo;
Cosa era brava
Que el mar cargase ahora
Con esa plaga.»

—¡Calla, becerro!

Le interrumpió Alberto; pero Navarro prosiguió á media voz:

«Cazador que rebuscas
En el retiro
Cuida no ser cazado
Por el vampiro,
Mucho ojo, Alberto,
Que es animal dañino
El de mi cuento.»

—¡Silencio!—exclamó el conde,—calla, por favor, y no te muevas, que veo acercarse á María; trae su lira y se dirige á un asiento próximo. Si canta, préstale atención y, escucharás á un angel.

—Sello el labio, guardo mi cítara, y oigamos á esa sirena.

María, vestida de blanco, caido el pelo en onda sobre sus torneados hombros y más hermosa que nunca llegó hasta un banco de mármol, que existía á veinte varas del árbol donde se apoyaba Alberto, y se sentó, exhalando á la vez un suspiro. Entre la enramada, las plantas, las flores, los arroyos y los estanques, parecía una hada capaz de atraer con sus encantos al hombre más excéntrico y descorazonado.

—¡Qué bella es!—exclamó Silva, mirándola por entre las hojas del peral que le ocultaba;—su rostro divino no tiene igual en la tierra; sus incomparables ojos despiden rayos más luminosos que los del brillan-

te, y su talle ondula como el mimbre. ¡Qué mano tan banca, diminuta y torneada! ¡Oh, es deliciosa, Navarro!

—Chico, lo mismo decía de la de Nápoles; igual de la de Valladolid, y salieron un par de alhajas..,

—¡Silencio!

—La sirena te echó bien el anzuelo.

—Calla por favor.

—Callo por tí, que á ella la diría yo cosas muy buenas.

—Templa su lira y empiezan los acordes. Sella el labio y escucha: ¡qué melodía, qué talento!

—Lo haces tú mejor; eso es arte.

—¿Pues qué había de ser?

—Me he equivocado; artificio; ¡esos demonios!...

—Va á cantar; oye una voz que ha de conmover hasta la fibra más recóndita de tu gangrenado corazón.

—La tuya sí, la de ella no me pasa del oido.

María templó efectivamente su lira; luego con suma destreza movió las cuerdas, y poco después entonó la siguiente canción:

«Doncel apuesto y gentil
Que lloras por una flor,
El mundo es rico pensil;
Mira en torno, y verás mil
Suspirando por tu amor.

—

En la guerra eres gigante,
En el palacio altanero,
Con los grandes arrogante,
Con los chicos caballero
Y de las bellas amante.

—

Huye del valle, que en él
Hallarás sólo martirio
Y nunca grato verjel:
En el valle mora el lirio
Entre soledad cruel.

—

Aves, brisas y arroyuelo,
Mi angustia y pena expresad;
Enclavada en vuestro suelo,
Me aflige la soledad
Y me entristece su cielo.

—

Montes miro en derredor
Y el águila que altanera
Cruza el éter sin temor,
Y yo, pobre jardinera,
Sólo voy de flor en flor.

—

Feliz el que ansioso halle
Tierra y mar que recorrer;
¡Ay de la pobre mujer
Que tiene por mundo un valle,
Y no puede el mundo ver!

—

Guerrero que altivo vas
De la corte á la pelea,
Tú la gloria alcanzarás;
Pero deja que te vea,
Y al momento partiras.

—

Entre enramadas y flores
Verás alegre retiro
Donde yo mi cárcel miro;
Tú me cantarás amores
Y yo te daré un suspiro.

—

Aromas, brisa y candor
Tiene el valle en su espesura;
Llega, llega, trovador,
Que, si vienes con amor,
No te negarán ternura.

Mas si aprendiste á luchar
Y no supiste querer,
¿Para qué quieres llegar?
Deja á la débil mujer
Entre sus flores llorar».

Calló María, exhaló otro suspiro mientras Alberto, sin poderse contener por más tiempo, se descolgó sostenido con las ramas del peral; acto contínuo corrió hasta llegar á su lado, y cogiendo una de sus manos, la preguntó:

—¿Por qué suspirais, María?

—Por vos y por mí: el presente sólo me ofrece dicha, pero ¡ay! me asusta el porvenir.

—¿Por qué?

—Veo el camino tan lleno de abrojos...

—Hay una cuchilla corva, cortante, que yo empuñaré con mi diestra, y estoy seguro de dejar expedito el sendero. Esa cuchilla se llama amor.

La jóven bajó la cabeza con rubor; Alberto prosiguió:

—¡Temblais, María! ¿Para qué habeis venido aquí?

—Porque os lo ofrecí, y me atrajo además vuestra voz. ¿Y vos, á qué llegais?

—A deciros que os amo y á esperar de vuestros finos lábios que dejen salir mi dicha ó mi desgracia eterna. ¿Nada me contestais? ¿Bajais la cabeza! ¡Ah,

sí, lo comprendo; os trajo el agradecimiento y os obliga la bondad! ¡Pobre huérfano, sin presente y con un porvenir más negro que las hojas de ese bosque sombrío, no debí nunca alzar mi vista hasta la reina de este valle! Nada me debeis, María; yo sí, que os merecí honra y favor, pero no abusaré. ¡Adios! primera ilusión de mi vida; adios para siempre, adios!

—¡Qué haceis! Sentaos, yo os amo, y, pobre ó rico, os prefiero á todos.

—Gracias, María, por el bien que acabais de hacerme; de la desgracia me acercó vuestra voz á la felicidad; mas ¿por qué cubrís el rostro con las manos?

—Siento un malestar, una vergüenza...

—¡Angel mio! el rubor te sonroja y molesta; no importa, mírame como á un hermano, háblame como yo á tí, y deja que vea en tu divina faz el encanto que forma mi ventura, el sol que alienta mi vida, el mundo que me presta esperanza, brío y entusiasmo. Soy pobre, mas por tí desnudaré la espada, correré al campo de batalla y me elevaré adonde pueda llegar el más valiente, el más entendido. Si quieres ser duquesa, arrancaré á la victoria un ducado; si reina, te conquistaré un trono, y todo para tí, yo nada quiero; tengo ya lo que ambicionaba, lo que soñé; pero mírame, deja que tu aliento llegue hasta mí; ¡es tan dulce la vida embalsamada con ese aroma celestial!

—¡Bien, pero no pienses en ir á la guerra; allí perecen los valientes y hasta los héroes; no quiero que te maten, porque si tú mueres!..

—Acaba; no cortes la idea, no economices la dicha, que harto desgraciado fuí hasta ahora.

—Si tú mueres, acaso no pueda yo vivir.

—¿Y quién logrará herir al hombre impelido por el amor de un ángel?

—La guadaña cruel no respeta clase ni condiciones.

—Tú no eres cobarde, María.

—Verdad es, temo únicamente por tí.

—¿Serías capaz de seguirme al campo del honor?

—Sí, pero vale más que no vayamos ninguno de los dos; entre mis flores no hay víboras, y en la guerra impera Lucifer.

Mientras los dos enamorados cambiaban multitud de ternezas, sepamos qué hacía Navarro.

Nuestro desengañado capitán, viendo que Alberto se deslizaba al jardin, exclamó:

—La sirena le echó el anzuelo, tira del cordel y lo atrae á sí. Pobre muchacho; tan sábio entre los hombres y tan cándido para las mujeres. Veámoslos. Quieto, *Corzo*; júntate á él, *Leon*; así.

El capitán dejó el caballo de Silva pegado á la tapia acercó el suyo, y sin soltar los extremos de las cuatro bridas saltó, ocupando luégo el sitio que anteriormente tenia aquél.

—¡Quietos, canalla! —dijo á los potros;—estais intranquilos como yo; nos quitaron el pez, y el maldito tiburón se lo lleva. *Leon*, *Corzo*, quietos ahí.

Y comenzó á mirar por entre las hojas del peral; despues continuó:

—¡Preciosa es como un cielo! Pobre muchacho, quién no cae ante una mujer tan... No hallo la frase, tan seductora. Se han cogido de las manos; buen principio; lo mismo hacía yo. Hermosa pareja; si ella fuese tan buena como él, si en su corazón no hubiera fijado el

dedo Satanás... pero son todas tan malas, tan malas... y esa parece un ángel; es más bonita que Elena y más graciosa que mi napolitana; no, que la del otro con quien se casó, dejándome como estoy ahora, esto es, á la luna. ¿Quién será? A juzgar por el palacio, parques, jardines y bosques, una princesa; sin perjuicio de lo cual podrá salir luégo con que es... ¡Hola! ¡hola! ¡se tapa la cara; habrá melindrosa! Falsa, falsa; lo mismo hacía la italiana cuando exclamó con voz de tiple: «Te amo,» y lo propio cuando á la postre añadió: «Eres brusco, exigente y por esas y otras razones me casa mi padre con otro; adios para siempre.» Y se marchó, quedando yo como una estátua. ¡Tonta, desleal, estúpida! dar calabazas á un hombre como yo; me irrita la idea. Esas dos tórtolas parece que se aplican; Dios los haga más dichosos que á mí. ¡Quién sabe! lo mismo que fué mi madre bella, leal y virtuosa, podrá serlo otra cualquiera, y acaso Alberto haya logrado lo que mi padre... ¿Qué es eso? ¡Corre un caballo á mi espalda! Sepamos. ¡Sí, es un guerrero que hace volar á su potro; tuerce á la derecha; se dirige al palacio! ¡Malo, malo! A esta hora y en valle tan solitario, ¿vendrá á visitar á la madre ó á la hija? Y la hija ó la madre... No hay duda, entró; de lo contrario continuaria oyendo las pisadas de su alazán. Pues si viene por la niña, va á encontrar dos mozos que no esperaba.

Tres minutos después se oyó el toque de una campana, y al escuchar María los sonidos, se encendió su rostro, y corrió en dirección del palacio, exclamando:

—Llegó Carlos, Adios, Alberto; si nos vé, ¡ay de nosotros!

Y se perdió entre las flores, las plantas y los árboles.

Silva quiso detenerla, pero no le dió tiempo, concretándose á verla desaparecer como un meteoro. Comprendiendo que no volvería por aquella noche, exhaló un suspiro, y dirigiéndose al peral, trepó por él hasta cogerse al caballete de la tapia, donde halló á Navarro sentado, mirándole con risa irónica y hasta burlona.

—¿Lo ves?—le dijo;—llegó el número uno, y lo mismo que Elena, al saberlo ésta despide al dos ó al quinto.

—No te comprendo, ni creo deba tolerarte por más tiempo los insultos que diriges á ese angel.

—Alberto, ¿no te ha dejado en el momento que la campana del palacio le anunciaba la llegada del otro?

—Sí.

—Pues en ese caso hay motivo para creer que tienes por lo menos un rival. Al verla tan bella y candorosa, al parecer, dudé hasta el punto de dar por hecho que habías tenido la suerte de hallar una mujer como tu madre ó la mía; pero vino á destruir mis ilusiones un apuesto y gentil caballero que cruzó por ahí como una exhalación en busca de su adorada. Y si á esto unes la precipitada fuga de tu gacela, resultará indudablemente que mi temor no puede ser más fundado.

—No es posible sospechar de la virtud de María.

—¡Qué poco conoces el corazón femenil!

—Menos puedes tú comprender lo que es esa mujer.

—Entónces, ¿por qué te quedaste como una estátua viéndola partir con más ligereza que el corzo?

—Me sorprendió ciertamente el sonido de la campana y su marcha repentina en los momentos en que me juraba eterno amor.

—Lo mismo me sucedía á mí con Elena: cuando más engolfados estábamos en nuestra plática amorosa, la llamaba la *bruja* de la dueña, y, valiéndose de un pretexto hábil, me dejaba con los pececitos y los pájaros, para encerrarse con el bigotudo á quien dí la estocada.

—Navarro, estás introduciendo en mi alma una duda horrible. No me es dado culpar de nada á esa casta doncella; á pesar de todo la considero virtuosa y pura, pero yo averiguaré quién es ese hombre y lo que ha venido á hacer en el palacio. Sólo la conocemos desde ayer, y puede tener un hermano, un padre, un primo...

—Eso es, hijo, un primo; así llamaba la napolitana al novio con quien luego se casó.

—Esta no se parece á aquella ni á ninguna de las tuyas.

—Si solo la conocemos desde ayer...

—Basta mirarla una vez, y sostengo que puede ser su padre ó su hermano.

—¿Por qué no te lo ha dicho? ¿qué causa tuvo para desaparecer de aquel modo? Alberto, el que huye teme; es un axioma patentizado desde Eva hasta María.

—¿Dices que pasó el caballero por ese camino de enfrente?

—Sí.

—Pues nos situaremos en él, y si sale esta noche le obligaré á que me diga quién es y lo que está haciendo en el palacio.

—¿De qué modo?

—Pardiez, á estocadas, sino quiere de otra manera.

—Oye, hijo: á la luz de la luna he visto brillar su casco, peto y espaldar, y tu vas cubierto de seda.

—Eso no importa.

—En el resto llevará cota de malla.

—Mejor, con la punta de la espada se abre el hierro y la piel. A caballo, capitán.

—Piénsalo bien antes.

—Lo dicho, y bajemos.

Ambos descendieron del caballete donde estaban sentados, cayendo cada uno en su respectivo potro, Alberto añadió:

—Este lance me corresponde á mí por completo; yo me situaré enmedio del camino, y tú te escondes entre los árboles, concretándote á oir, ver y callar.

—Sí, pero estaré cerca por lo que pueda acontecer. Oye, es capitán del ejército, y si hallas medio de evitar contienda, transige, que al fin es un compañero.

—Tomaré el consejo; pero si no habla, haré lo mismo que tú con el bigotudo de Elena.

Ambos se situaron poco después del modo que deseaba el conde. Era una calle formada con álamos negros en cuyo centro se detuvo Silva, mientras que Navarro quedó también parado á veinte pasos de él, en paraje en que podía ver sin ser visto.

Un cuarto de hora más tarde volvió á sonar la campana del palacio, se oyó la carrera de un caballo, y no tardó Alberto en ver llegar á él un caballero que lucía la banda de capitán sobre el traje descrito por Navarro. Llevaba echada la celada ó visera, con la cual cubría el rostro, y caminaba á escape tendido.

—¡Alto!—gritó el conde, poniéndose delante.

—¡Paso!—contestó el desconocido con voz varonil: pero *Corzo* detuvo á su caballo, anadiendo Silva:

—Si esa banda no miente, si sois caballero, oid á otro que os quiere hablar.

—¿Con qué derecho deteneis mi marcha?

—Con el de la fuerza, si no esperais á que os demuestre otro mejor.

—Si vuestra banda no es mentira, si ese traje no es un disfraz, os escucharé con tal que seais breve.

—Necesito saber quién sois y á qué habeis ido á ese palacio.

—Y á vos, ¿qué os importa?

—Cuando á un hombre que lleva espada y le cubre parte de una armadura se lo pregunta otro que viste ropilla de terciopelo, claro es que le obliga un motivo poderoso.

—¿Quién sois?

—Os hice antes esa misma pregunta: cuando me contesteis á ella, sabreis mi nombre y título.

—Me llamo Carlos.

—Y yo Alberto.

—¿De qué?

—¿De qué?...

—¡Abridme paso, ú os atravieso el corazón!

—Quieto, don Carlos, que eso se dice con más facilidad que se consigue. Antes debo haceros notar que soy caballero y que deseo evitar un duelo, hijo de la irreflexión de ambos ó de vuestra viveza: porque sois muy vivo, señor capitán, y para lances de honor es preciso, en mi concepto, más calma.

—Abreviad, que tengo prisa.

—Yo tambien, y herida el alma. Amo á María; en

trásteis en su casa, y me dejó para saliros al encuentro, sin decirme otras frases que «adios.» Si sois un pariente allegado ó simplemente un amigo, yo os pido perdón por la molestia que os causan mis palabras, y hasta os alargaré mi diestra con placer indecible; si fuéseis su amante, os mataré, con casco, peto, espaldar y malla.

—Veo, don Alberto, que no sois un bandido disfrazado, como supuse al principio; pero sí un insensato que se atrevió á poner los ojos en una mujer que no puede ser suya, que no ha debido mirar, por lo elevada que está ella y por lo bajo en que se ve él.

—¿Nada más?

El incógnito tiró de la espada, exclamando con acento amenazador:

—Nada más os quiero decir ahora; mañana os probaré vuestra locura. ¡Atrás, miserable! ¡paso al que os desprecia!...

Silva sacó también su acero, y mejor ginete que el otro, obligó á *Corzo* á que parase con su cuerpo el salto que dió el caballo del incógnito. Detenido otra vez le contestó:

—Os he ofrecido la paz, y quereis la guerra; os alargué la mano, y me habeis insultado; creo en consecuencia, que sois, todo lo más, un amante desdeñado de la casta vírgen que há poco me juraba amor eterno. Siento tener que matar á un capitán del ejército; pero no hallando otro medio de salir del conflicto, echemos pié á tierra, y, si blasonais de noble como yo, nos batiremos cual cumple á dos hidalgos.

—Tengo prisa, y me basta un minuto para atravesaros. ¡En guardia!

—Ningún caballero la tiene cuando se halla en el caso en que vos; me llamásteis insensato, y en verdad que sólo un demente podía retar con esa precipitación y altanería al que está deseando batirse. Mal sienta esa banda de capitán, puesta acaso por el más grande de los monarcas de la tierra, por Carlos I, sobre un pecho tan lleno de vanidad, de orgullo y de ridícula viveza.

Estas frases de Alberto fueron el agua con que se apagó el fuego que ardía en el corazón del desconocido. Aparentando la misma calma y sangre fría que nuestro héroe, echó pié á tierra, se arrancó, aunque con gran trabajo, el peto y espaldar de bruñido acero que llevaba encima de la ropilla; presentando el pecho libre de aquel metal, y contestó con aplomo y serenidad:

—Caballero, tengo motivo suficiente para aceptar el duelo á que me provocais, y puesto que ya no os opongo una resistencia superior á la vuestra, ¡en guardia!

—¿No os descubrís el rostro?

—Siendo indiferente para vos y necesario á mí guardar el incógnito, dejo echada la visera: á no ser que pretendais herirme en la cabeza, en cuyo caso me quitaré el casco.

—Queria sólo mirar vuestra cara; por lo demás, podíais haber conservado hasta la coraza y espaldar.

—El tiempo corre y me interesa partir; en guardia.

—¿No era más prudente, humano y generoso que me diérais las explicaciones que os he pedido? Con que me mateis nada gano; con heriros yo, no consigo mi objeto, y en ambos casos perdeis vos también.

—¿Teneis miedo?

—No es eso; quiero decir que, si no fuéseis amante de María, me pesará el resto de la vida haber provocado este lance.

—Don Alberto, ó me dejais pasar sin recibir explicación alguna, ú os atravieso el corazón; elegid.

—Lo primero es imposible, lo segundo muy difícil.

—Veámoslo.

—Por última vez, yo os ruego qué, próximo á morir uno de los dos, cuando no ambos, me digais qué causa os ha llevado á ese palacio.

—Nunca; prefiero que os cueste la vida vuestro insensato amor, la osadía de detenerme aquí.

—Don Carlos, tres veces rogué en mi vida; el primero se negó, y lo dejé manco; el segundo, más prudente y entendido, accedió, y obrando de ese modo logró salvar su vida y las de muchos hombres que le seguian; y el tercero, que me desaira también, habrá de besar mis plantas como aquel á quien dejé sin mano derecha. En guardia y al pecho, don Carlos, que yo os busco el corazón.

Se saludaron; y cuando hubieron cruzado los aceros comenzó el combate.

El incógnito era más bajo que Alberto, delgado, hábil, consumado profesor de esgrima. Desde el primer instante conoció Silva que tenía delante un valiente al que era difícil aventajar en destreza; observó tambien que el acero contrario buscaba con ansia su costado izquierdo; y comprendiendo que se batía con un hombre especial que podia matarlo muy bien, permaneció algunos minutos sin hacer otra cosa que defenderse y estudiar á su rival.

Navarro, mudo, inmóvil sobre su caballo, seguía cual estátua, mirando el combate, algo sobrecogido por la destreza del incógnito y la rapidez y acierto con que dirigía sus estocadas.

Don Cárlos vió en el conde un sér privilegiado que no movía los piés, la cabeza ni otra cosa que el brazo derecho, y ante aquella serenidad, valor y habilidad, ardió más su sangre, redoblando el juego y cuchilladas. Agil, vivo y siempre terrible, hizo un cambio en cuarta, dirigió la espada á la derecha, y de pronto se echó á fondo atravesando su espada el gabán de Alberto por el lado izquierdo.

Navarro tembló y hasta se unieron sus párpados: el golpe fué ingenioso, é indudablemente hubiera muerto el conde, si éste no formara un arco con su cuerpo, inclinándolo á la derecha.

—Si os habeis convencido ya de que no podeis matarme,—dijo el joven al encubierto sin dejar de defenderse,—y preferís contestarme á que yo os hiera, echaos atrás.

—Lo uno es un delirio, lo otro imposible.

—Estais cansado, y os voy á matar.

—Necio, mira.

—Otro juego inútil y otra estocada perdida. María, si no tengo al frente á tu amante, perdóname; si lo es, pague su silencio y osadía, ¡y que á ambos os confunda el infierno!

Y por primera vez se echó á fondo, dirigiendo la espada al corazón de don Carlos; éste no tuvo otra defensa que cubrir su pecho con el brazo izquierdo y echarse atrás. El acero de Silva se introdujo en el antebrazo de don Carlos, tocó el hueso cúbito y se

deslizó hácia abajo prolongando la herida cerca de una pulgada.

Corrió la sangre, el combate prosiguió, y no habiendo Silva logrado su intento la única vez que pretendió realizarlo, varió de pensamiento, y dando un golpe en la espada contraria la corrió dos veces descargándola de revés sobre la sangría del brazo que tenia útil el herido. En el mismo instante soltó el acero, quedándole la muñeca sin fuerza para continuar.

El incógnito miró á su contrario, exclamando con dolor.

—¡Me habeis herido; despues lográsteis lo que nadie, desarmarme, y concluís perdonándome una vida que, si humilla el aceptarla, pesa más todavía su carga! Matadme, yo os lo ruego; de ese modo no podrán decir nunca que vencieron y conservó su existencia al que apellidan, falsamente, primer tirador de su época. ¿Quién sois? ¿de dónde salísteis, hombre incomparable?

De ese jardin, donde há poco me juraba María un amor eterno.

—¡María; siempre María! Heridme; aquí teneis mi corazón, yo os lo suplico.

—No soy asesino ni satisfago la vanidad de nadie. El orgullo os ha cegado, tomad la leccion, y aprended.

—¿Eso me dice un hombre que empieza á cruzar el camino de la vida?

—Las desgracias me envejecieron, y la necesidad me prestó experiencia. Acabó el combate, y si os recibí como rival, debo despediros como caballero.

Alberto envainó la espada y acercándose á él cubrió con su pañuelo la sangre que vertía el otro por la he-

rida que recibió en el brazo irquierdo; luego le fué poniendo la coraza y espaldar, y acercándole el caballo, le dijo:

—Montad y retiraos.

Don Carlos había permanecido insensible á lo que hacia Alberto con él y como entregado á profunda meditación; luego cogió su espada, que aún estaba en el suelo, la metió en la vaina y contestó á Silva:

—Gracias, os debo la vida, pagaré la deuda y quedaremos en paz.

—Don Carlos, yo os la perdono y os abro mis brazos; pero decidme quién es María, por qué la visitais y qué os lleva á su casa.

—Quien dió su sangre por callar el secreto, no lo trocaría por la amistad de ningún hombre.

—Pues montad y partid, que yo lo sabré esta noche.

—¿A quién se lo vais á preguntar?

—A ella y á su madre; contaré lo que acaba de ocurrir: rogaré luego, y si no me hacen caso, mataré á cuantos intenten entrar en ese palacio, hasta que halle uno que me lo diga. En cuanto á vos, si llego á descubrir que sois mi rival, ya os buscaré para arrancaros la vida que me debeis, pero frente á frente y con iguales armas.

—Eso prueba que juzgais á María capaz de cometer un crímen, y el que así piensa de ella no la quiere; yo la amo más que vos.

—Os equivocais; si la creyera delincuente, no me hubiera batido por ella. Sé, me consta que es un ángel en el que mora la virtud, donde tienen su más precioso alcázar la pureza y la castidad. Dudo, sí de

vuestra intención, duda justificada con vuestra reserva y altanería: dudo, además de su madre.

—¡De su madre!

—De su madre, sí, que, debiéndome la vida de una hija á quien salvé ayer de morir, hoy se ofendía y alteraba porque ese querube demostraba interés por mí y una viva simpatía que no sabe ocultar nunca mujer tan noble y leal como ella.

—Todo cuanto me decís,—exclamó Carlos admirado,—es nuevo para mí; juzgué ilusorio vuestro amor, falsa la cita con ella, y no pude adivinar que librábais de perecer y que os recibiera luego Clotilde. ¡Oh, la cuestión se ha complicado, y ya no puedo resolverla á estocadas! Todo menos hacer yo la desgracia de ese ángel á quien tanto amo. ¿Por qué no empezásteis diciéndome que os debía la vida?

—He faltado contándoselo luego á mi rival.

—Os equivocais; pronto os lo demostraré. En tanto, juradme no entrar en ese palacio ni contar á nadie lo que ha pasado entre los dos esta noche, hasta que hableis conmigo en Madrid.

—Y vos, ¿qué me ofreceis?

—Contestar á cuantas preguntas me hagais.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Os lo juro.

—Y yo también.

—Debo advertiros, don Carlos, que ha presenciado nuestro duelo un capitán amigo mío que está á veinte pasos de aquí. Vedlo allí entre los árboles.

—¡Un testigo, y es también capitán del ejército!

—Perdonad, yo no lo soy; esta banda es un disfraz,

é igualmente el sombrero y el gaban que llevo del revés; como noté oposición en Clotilde, antes de realizar mi entrevista en el jardin con María, me disfracé del modo que me veis, para evitar el ser reconocido por los criados, si es que alguno acertaba á verme, librándola de este modo del consiguiente disgusto.

—¿Conque no sois capitan?

—No; sólo debo el nombramiento de alférez al cariño y amistad del único testigo que tenemos, y á la clemencia y bondad del emperador.

—¿Con quién me he batido entónces?

—Con Alberto de Silva, conde de Santomera.

—¡Silva!... ¡Silva!... Me lo habia figurado, y me alegro. ¡Oh, anhelaba conoceros; os estimaba, y el destino ha dispuesto que os halle antes de lo que queria, de otro modo diferente al que deseaba!

—¿Quién sois?

—Mañana lo sabreis. Decidme, ese capitán que está ahí, ¿os merece confianza?

—Completa.

—¿Callará?

—Como yo, ó dejará de existir.

—Gracias; estrechad la mano que há poco estaba inútil para batirse, y que, habiendo recobrado su fuerza, puede ya oprimir la vuestra con afecto.

—Tomadla; haga el cielo que sea lazo de amistad, no el preludio de muerte para uno de los dos.

—Adios, Silva; será lo que Dios quiera; pero os os aseguro que no os arrepentireis nunca.

—¿Adónde vais?

—Al palacio de María; ¿y vos?

—Á Madrid, y seguidamente á mi casa, donde per-

maneceré, en cumplimiento de mi palabra, hasta recibir vuestra cita ú os presentéis vos.

—Hasta mañana.

—Dios os acompañe y sane pronto.

Don Carlos desapareció de allí en dirección del palacio, sujetando la brida con la mano derecha, por imposibilitarle la izquierda el dolor que sentia en el brazo.

Segundos despues se incorporó Navarro con el conde, diciéndole:

—Bien, hijo mio, muy bien; te has portado admirablemente; pero me hiciste temblar; sufrí entre esos arboles lo indecible.

—¿Por qué?

—Ese hombre tira mejor que yo, y maneja la espada con casi tanta destrezacomo tú. ¿Te ha herido?

—No; sólo atravesó mi gaban.

—Dos veces te creí muerto, y ya iba á caer sobre él, cuando ví que te movias, y entre sudores y lágrimas... Lágrimas no, he querido decir otra cosa; yo no lloro nunca, el llanto es para las mujeres.

—Gracias, padre mio; aún tienes húmedos los ojos, y ese cariño, esa grandeza de corazón recibirán su recompensa.

—Te has equivocado; ¿habia yo de llorar?

—¡Sí, vertiste lágrimas por mí y antes por mi difunto padre! ¡Oh, no ocultes lo que más te honra, lo que más te agradezco!

—Bueno; sea así, pero no noté que llegara el llanto á mis ojos...

—Pedante; hasta en el momento que te elevas á lo sublime eres vanidoso.

—El tal incógnito se movia como una ardilla, sal-

taba como una pantera y se abalanzaba como el leon. ¡Qué valiente, qué hábil! no era así el *bigotudo* de mi Elena; nos pusimos en frente y *pin pan*, á los cinco segundos mi hombre cayó atravesado. ¿Quién será ese?

—No lo sé, Navarro: pero demuestra elevación de ideas, un brazo de hierro, corazón de roca, y ser, por último, un cumplido caballero.

—Creo que vuelve otra vez; retirémonos del camino.

Y ambos lo verificaron, emboscándose á la derecha.

Poco después vieron pasar por frente de ellos al jefe de los soldados que tenia Clotilde en el palacio; iba á caballo y hacia volar á su potro.

Navarro preguntó al conde.

—¿Qué hacemos?

—Me extraña la salida de ese oficial y precipitada carrera; esperemos.

—Pobre estómago; y lo peor es que aún le quedan que andar tres leguas. Alberto, has herido á tu rival; y satisfecho ya tu amor propio, debemos, en mi concepto, regresar á Madrid. sin que vuelvas á acordarte más de esa Elena.

—Me quedo; si tú tienes prisa, vete.

—Ninguna; mas yo daba por terminado este negocio.

—Pues yo sólo lo creo empezado.

—Oye: ¿serás capaz de hablar otra vez con esa pérfida?

—¿Quién lo duda?; más enamorado estoy ahora que antes de llegar mi rival.

—¡Jesús, y qué tragaderas!...

—Navarro, María es un ángel.

—Sí, como Luzbel; aquél y los suyos se rebelaron contra Dios, y éste y los de su especie contra los hombres.

—Si conocieras á María, no la calumniarías de ese modo.

—Es mujer, bonita, tiene dos amantes, y deja el uno cuando llega el otro; no sé si puedo conocerla mejor; te repito que es un retrato de mi Elena.

—Muy bien; no cuestionemos por eso; pero sabe que así y todo, cada instante la quiero más.

—Buen provecho. De ese modo no hay mujer mala ni hombre desgraciado; tu filosofía es deliciosa, pero yo no la admito.

—¿Qué harán en este momento los dos, Alberto?

—Contarse amores, estrecharse las manos, lo que quieran. ¿Qué te importa á tí?

—Es verdad, y si á tí no te da cuidado...

—Ninguno.

—¡Jesús, qué hombre! ¿Oyes? Vienen jinetes.

—Sí, serán los que han ido á bascar el emisario que pasó antes; pero estémonos quietos, que aquí no nos ven.

—¡Cómo corren! Ya llegan.

—Silencio.

—¿Has visto? Son guardias del emperador.

—Tienes razon; y el capitan con quien me he batido debe ser alguno de los jefes de la escolta del monarca.

—Es posible. Han entrado en el palacio.

—Cierto, y ya nada hacemos aquí.

—Entonces corramos nosotros tambien.

—Antes jura, por tu honor, no hablar con nadie del capitán Carlos, ni de lo que ha pasado entre él y yo, esta noche ni mañana en todo el dia.

—Te lo juro; pero no comprendo...

—A Madrid, capitán, y ello dirá.

Y picando ambos á sus caballos, desaparecieron como dos relámpagos. La claridad de la luna favorecia su marcha por cuya razon sólo tardaron en llegar á Madrid poco más de una hora. Cuando entraron en el palacio de Quirós acababa de dar la una.

CAPÍTULO XXV

Llegada imprevista.—Duda fatal.—El héroe y el César.

Navarro y Alberto, ya en su casa, preguntaron por sus amigos, los que suponiendo que el capitán y el alférez no corrían peligro alguno, ha tiempo que se acostaron y dormían ahora tranquilamente.

—¡La cena!...

Gritó el conde, se quitó la banda y el gabán, y se sentó á la mesa con su acostumbrada calma. Durante la carrera que acababa de dar no habló nada, concretándose á contestar con monosílabos á las preguntas que le hizo Navarro. Desapareció, en consecuencia, la alegría que tuvo anteriormente, volviendo á asomar á su rostro el tinte melancólico que parecía innato en él y el que sólo veinticuatro horas logró abandonarle.

—Estás más triste que esta mañana, hijo mío,—le dijo el capitán, mirándole con interés.

—Sí; llegó á mi una ráfaga de placer, y luego me abandonó, dejándome otra vez en mi estado normal.

—Algo peor, Alberto, la satisfaccion y dicha que

nos proporciona la mujer, bien pronto se convierte en amargo acíbar.

—Te equivocas; he dicho y repito que cada instante amo más á María, y que sólo la idea de que ella, encantadora y leal, me corresponda, me hace feliz.

—¿Lo dices de veras?

—Te doy mi palabra de honor.

—Hasta en eso sois excéntricos los labios; pero en verdad que en esta ocasión no te envidio. ¡Caramba, que para obrar así es necesario un alma!... Buen provecho, hijo, buen provecho, y Dios te conserve una fé que no tiene rival en el mundo.

—*Amen*.

—Noto que, contra tu costumbre, cenas bien.

—No hay razón alguna para que carezca de apetito, y con tan buenas viandas me desquito del ayuno.

—Pues yo no comí en las cuarenta y ocho horas que siguieron al descubrimiento de la ingratitud de Elena.

—Lo creo; pero como yo amo y tengo fé en el cariño de mi bella, me alimento y no soy desgraciado.

—Santa creencia, más fuerte que el bronce.

Hablando así terminaron el acto y se dispusieron á buscar el lecho, cuando fueron sorprendidos por el ruido de varios caballos que se precipitaron en el zaguan del palacio. Cinco minutos después recibía el conde entre sus brazos al general Quirós, que lo estrechó tiernamente, llamándole hijo querido, con muestras inequívocas de afecto y cariño.

El choque de las armas y el estrépito de los potros despertaron á Lara, Mendoza y Osorio, los que, sa-

biendo la llegada de don Gonzalo, pasaron inmediatamente á felicitarle.

Los seis penetraron en el despacho que tenía dispuesto el general, preguntando Alberto:

—¿A qué casualidad debemos tan repentina llegada?

—Lo ignoro, hijo mío,—le contestó Quirós;—nuestra marcha se retrasó algo por orden del emperador, y en vez de haber entrado ayer tarde, nos quedamos en las Rozas, creyendo que pasaríamos allí la noche para hacer nuestra entrada en Madrid en el próximo día. Yo me despedí del emperador á las ocho y partí á mi alojamiento, cené, y á eso de las diez me metí en cama; pero á las tres horas ó poco más entró en mi alcoba un oficial de la escolta del monarca, diciéndome que aquel caminaba ya hacia Madrid, seguido únicamente de veinte hombres, y que yo podía hacer lo mismo cuando quisiera. En el acto mandé botar sillas, nos pusimos en marcha, y á las dos horas llegamos á Madrid. Partieron al alcázar el resto de la escolta imperial y el tercio que nos acompañaba además, y aquí me tenéis, seguido únicamente de mis mayordomos, pajes y criados.

—Es posible que algún acontecimiento político,—dijo Alberto,—haya obligado á Carlos I á abandonar el lecho, venirse á escape, prescindiendo del recibimiento que le preparaba mañana el pueblo de Madrid.

—Seguramente; pero me extraña que nada me haya dicho, cuando suele consultarme en todo.

—Algún nuevo descalabro que hemos sufrido en el Norte, donde esos malditos franceses fijaron su planta atrevida.

—Soy el ministro de la Guerra, y parecía natural

que me hubiera dado conocimiento del hecho. En fin, ello es algo, y puesto que el bondadoso soberano se presenta tan reservado esta noche, aquí me quedo, y no saldré hasta que me mande llamar. Retiraos vosotros á descansar, si queréis; va á amanecer, y yo ya he dormido bastante esta noche. Alberto, ¿han puesto tu lecho contiguo al mío?

—Sí, señor; solo divide nuestras alcobas un delgado tabique con puerta de comunicación.

—Y vosotros, ¿estáis bien alojados?

—Perfectamente,—contestaron Navarro y sus oficiales. El capitán añadió:

—Debemos á vuestra bondad regio hospedaje y trato de príncipes.

—Lo malo es,—prosiguió Quirós,—que os durará poco; los asuntos se van complicando, y en breve tendréis que partir á la guerra.

—Lo deseamos,—dijo Navarro;—aquel es nuestro sitio, y por un emperador tan valiente, generoso y sabio, nos batiremos con placer indecible.

—Tiene formada alta idea de vosotros, y es preciso que la sostengáis como cumple á guerreros tan prácticos, á caballeros tan cumplidos.

—A mi lado, y en pos de mí, general,—exclamó Alberto,—arrancarán la victoria al enemigo ó moriremos todos, demostrando al gran César que somos agradecidos y que le amamos cuanto merece.

Ninguno de los cinco quiso acostarse, continuando al lado de don Gonzalo, hasta que corrió un paje la cortina, diciendo al general:

—Señor, un capitán de la guardia del emperador, seguido de varios soldados, desea hablaros.

—Que pase al instante.

Poco después entró el anunciado, saludó á los seis. y, fijándose en Quirós, le dijo:

—Señor, S. M. I. me manda participaros que os aguarda en su real cámara.

Don Gonzalo se puso en pie, contestando al enviado:

—Seguidme.

Y echó á andar después que se hubo despedido de Alberto y compañeros; pero el capitán le detuvo á la puerta, se acercó á su oido y le habló un minuto, sin que ningún otro de los que se hallaban en la estancia pudiera escuchar lo que decía. El general demostró sorpresa y sobresalto; meditó luego, esclamando por fin:

—Conde de Santomera, ahora estamos en Madrid y á las órdenes de S. M. I.; obedeced lo que el César ó alguno de sus ministros os ordene. Navarro y vosotros, Lara, Mendoza y Osorio, esperad mi regreso sin salir del palacio.

Y haciéndoles una reverencia partió solo y con una precipitación impropia de su edad.

El capitán de la guardia del emperador anduvo con calma hasta llegar á dos pasos de los ex comuneros, preguntándoles:

—¿Quién es de vosotros el alférez Alberto de Silva?

—Yo,—contestó el conde.

—En nombre de su majestad, dadme vuestra espada.

El joven obedeció.

—Ahora, caballero, seguidme, de orden del señor cardenal ministro.

Nuestro héroe pidió su gabán y gorra, se los puso, diciendo al concluir:

—Cuando gustéis.

Y salieran ambos en pos de varios guardias que esperaban en el recibimiento.

Navarro y sus tres oficiales quedaron confusos, aturdidos, oprimieron los puños, y por último, exclamó el capitán:

—¡Eso es un arresto!

—Alberto va preso y no podemos evitarlo,—añadió Núñez, acompañando una interjección.

—¿Y lo hemos de dejar así?—preguntó Mendoza haciendo estremecer el edificio de una patada que dió sobre el pavimento.—Capitán, formemos la compañía y al alcázar.

—¡Voto al demonio!—dijo don Alvaro; eso es una infamia, una traición del cardenal.

—¿Pero qué ha hecho mi hijo para que lo prendan á él, y á nosotros nos dejen en libertad? Si fuera por lo de Murcia, solos estábamos, somos tan culpables ó más que él, y no hay razon para que nos perdonasen, castigando á él solo. ¡Ah!... ya caigo: aquel jefe de la escolta será amigo del emperador, lo protegerá Adriano... ¡Cobarde! vaya un modo de vengarse.

—¿Qué decís, Navarro?—le preguntaron sus tres oficiales.

—Nada, señores; si algo se me escapó, yo os ruego que lo olvidéis, siendo así que se trata de un secreto imposible de revelar hasta mañana. Nos ha mandado el general Quirós que esperemos en el palacio; ya sabéis lo que ama á Alberto, y no conviene desobedecerle ni disgustarlo.

—¿Y no hemos de hacer nada por nuestro querido amigo, por el héroe que en Murcia se comprometió y expuso su vida cien veces por nosotros?

—Nada, hasta que podamos obrar con conocimiento de causa y sin faltar á don Gonzalo.

Y quedaron los cuatro ex-comuneros comentando el hecho que acababan de presenciar, intranquilos y más desasosegados que al ser descubiertos en Monteagudo por el adelantado mayor don Pedro Fajardo.

Sigamos nosotros á Quirós. El noble anciano corrió al alcázar, entrando en él cuando ya había amanecido. Carlos I mandó hacer algunas obras en el palacio construído por el primer alcaide moro de Madrid, conservando las bellezas árabes que encerraba y añadiendo algunas otras propias de la época. Estaba en el mismo sitio que el llamado hoy de Oriente; pero no se parecía en nada al que luego le reemplazó. Este es más opulento, espléndido y lujoso; aquél era más fuerte, elevado, y estaba más defendido; el uno es un hermoso palacio, el otro era un semi-castillo, con gruesos muros, altos torreones, puentes, rastrillos, coronado de almenas y de cuantos medios se conocían en aquella época para impedir ó hacer difícil al menos un asalto.

El anciano general, consejero del emperador ó ministro de la Guerra, como se llaman ahora, atravesó los puentes, penetró en el alcázar y seguidamente en el despacho de Carlos I. Halló sentado al monarca y frente á él al caduco cardenal Adriano. Al ver aquél á Quirós, exclamó:

—Entra, general; y vos, mi viejo maestro, podéis retiraros, que ya no necesito dómine ni de vuestros sabios consejos

El cardenal, efecto de haber educado al César y de la gran confianza que tenía con él, lejos de obedecerle, se acercó más, diciéndole:

—Señor, V. M. se halla enfermo; V. M. tiene fiebre; V. M. no ha dormido esta noche, y necesitando descanso y quietud, ruego á V. M. se retire al lecho y nos deje á Quirós y á mí que arreglemos ese asunto. Se ahorca al uno y se le obliga á la otra á que obedezca la voluntad de V. M., y punto concluído.

—Vuestra eminencia, señor cardenal, es muy pesada; vuestra eminencia no comprende ni puede resolver cierta clase de negocios extraños á la gente de faldas; vuestra eminencia me desobedece á cada momento, y si llega á cansarse el emperador, es posible que lo sienta el cardenal Adriano.

—¡Señor, por María Santísima!...

—Maestro, salid de aquí, y es la última vez que os lo mando.

—Todo sea por Dios,—contestó aquél; hizo una reverencia y desapareció; mas dió la vuelta á la estancia, descorrió una cortina, y, cubierto con el cuerpo de Quirós, que estaba de pie, frente al emperador quedó escuchando lo que se hablaba en el regio despacho.

—Ya me molestan demasiado,—dijo el César,—los consejos y presencia de Adriano; es terco como un aragonés; quiere ejercer sobre mí un predominio que jamás toleraré á nadie, y no procura otra cosa que el bien de su sobrino, de ese duque de San Marcos, cuya conducta dudosa podrá proporcionarle serios disgustos.

El cardenal exclamó para sí:

—Bueno es saberlo. Mi sobrino... Yo velaré por él.

—Bueno es saberlo. Mi sobrino... yo velaré por él.

Quirós contestó al monarca:

—Tranquilizoas, señor; el cardenal os ama, es viejo, educó á V. M. y todo esto contribuye á la ilimitada confianza á que cree tener derecho; pero es hombre de talente, incapaz de cometer un desacato, y le disculpa su buena intención.

—General, cierra las puertas y siéntate frente á mí.

—Señor, en vuestra presencia...

—Si, eres mi mejor consejero, y quiero probarte la estimación que me inspiras, el aprecio que hago de esas nobles canas, honra y prez de mi ejército.

—Señor, V. M. merece por su talento y bondad cuanto exija de los que llama sus hijos. Yo, pobre viejo, no hice otra cosa que cumplir con mi deber y bendecir á V. M., que tan benigno y generoso se mostró siempre conmigo.

—Olvídate ahora de agradecimientos, y haciendo uso de toda tu franqueza y lealtad, dispone á aconsejarme en el delicado asunto que voy á confiarte. Siéntate; acércate más. Oye ahora.

Y quedaron ambos encerrados, sus rodillas á la distancia de cuatro dedos, inclinados ambos hacia delante, y de este modo comenzaron á hablas muy bajo.

Sepamos ahora qué era de Alberto de Silva.

Salió el conde del palacio de Quirós, y al lado del capitán de guardias, se dirigió al alcázar imperial, seguido de varios soldados; no le preguntaron, y nada contestó; nada le dijeron, y no desplegó sus labios. Entró en el alcázar diez minutos después que don Gonzalo; lo encerraron en una de las habitaciones del

cuerpo de guardia, y allí esperó sin demostrar en el camino ni en su prisión sobresalto alguno, impaciencia ni desasosiego. Tranquilo, como de costumbre, se sentó sobre el sillén, trajo á su memoria los encantos de María, y pensando en ella, dejó que trascurrieran agradablemente cerca de dos horas.

Al finalizar aquellas oyó descorrer los cerrojos, se abrió la puerta, y, presentándose el capitán que lo dejó allí, le dijo:

—Seguidme.

—¿Dónde y ante quién?—preguntó el conde sin moverse ni aun mirarle.

—No tengo orden de daros satisfacción alguna; levantaos y venid. ¿No me obedecéis?

—No.

—¿Os negáis?

—Sí.

—¿Por qué?

Alberto nada respondió.

—Os puedo conducir arrastrando y atado de pies y manos. ¿Calláis? Pardiez que os va á costar caro.

Y volvió á cerrar, sin conseguir otra cosa que ver á Silva encogerse de hombros.

A los diez minutos regresó el capitán, diciendo con menos altanería:

—Manda S. M. el emperador, mi señor, que os lleve á su presencia.

—¿A ver la orden?

—Me la ha dado de palabra.

—No es bastante.

—¡Dudáis de mí!

—No os conozco.

—¿Y esta banda roja?

—Dice muy poco el que la lleva cuando se dirige al conde de Santomera.

—Sois un insensato.

—Y vos un miserable á quien desprecio. Salid de aquí.

El capitán se encendió en cólera, pero concluyó por cerrar la puerta y marchar de allí por segunda vez. Al cuarto de hora volvió de nuevo, exclamando:

—He contado al emperador el insulto que me habéis hecho.

—Me alegro.

—¿No teméis su cólera?

—S. M. no padece una enfermedad de la que vos estáis siempre adoleciendo, y, á conoceros mejor, no os tendría á su lado.

—Mirad el papel.

El conde leyó fuerte:

«Seguid al portador.—Carlos».

Dobló el escrito y se lo guardó, diciendo al emisario:

—Id delante.

—Dadme el papel.

—Me lo ha dirigido á mí S. M., y lo conservo.

—¡Que hombre tan intransigente!

—¡Qué capitán tan mal avenido con su empleo y vida! Más de prisa; al César se le hace esperar lo menos posible.

Tres minutos después entró Alberto en la régia cámara, hallándose solo frente á frente del joven monarca.

El capitán cerró la puerta y desapareció de allí

El conde hizo una respetuosa reverencia, inclinó la rodilla derecha, y besó la mano que Carlos le alargaba; luego se puso en pie y esperó á que le preguntasen.

—¿Eres Alberto de Silva?

Le interrogó aquel fijando en él una profunda mirada.

—Humilde servidor de vuestra majestad imperial.

Contestó Santomera.

—Me han dicho que tienes mucho valor y sobrado entendimiento.

—Debo á la Providencia bastante, señor, pero nada me sobra; el más sabio de la tierra apenas comprende su propia ignorancia; el más valiente suele cometer una debilidad á cada paso.

—Eso es demasiado exacto, Alberto; pero no niega el que tú seas una excepción entre los hombres de talento.

—Ojalá, señor; de ese modo podría servir mejor á vuestra majestad, dueño de mi vida y de cuanto tengo.

—Una equivocación del cardenal Adriano, mi antiguo maestro y consejero, dió origen á la prisión en que has permanecido dos horas; te hallas en completa libertad, cuentas con mi protección y deseo, en consecuencia, que me contestes con exactitud á las preguntas que te voy á hacer.

—Gracias, señor; V. M. acumula sobre mí tan inmenso número de beneficios, que hace ruin y miserable al habla castellana para que pueda yo expresar el agradecimiento que os debo.

—Aun cuando eres soldado novel, tu genio habrá

abarcado ya todo mi imperio y penetrado los acontecimientos pasados; quisiera oir, en consecuencia, tu opinión sobre el estado actual en que se hallan mis Estados.

—Señor, V. M. es el gabinete del imperio en posición, talento, valor y sabiduría, yo soy el pigmeo; pero obediente al precepto de V. M., voy á formular mi juicio con la franqueza de un leal servidor y la ignorancia de un guerrero novel. Alemania quedó á la salida de V. M. sosegada, contenta, al parecer, de tener por señor al primer monarca de la tierra, y es cuanto puedo decir sobre ella, por ser país que desconozco completamente. En Italia triunfa el valeroso Pescara; y si fuese más prevenido y prudente, pronto acabaría de echar de allí á los franceses, inutilizándolos para que intentaran nueva irrupción. La conquista de América prosigue bien; se sufrirán algunos descalabros, efecto de mandar allí, por lo general, aventureros y gente ambiciosa; pero el pabellón español continuará extendiendo su poderoso influjo por tan apartadas regiones. El África contempló al coloso de España, y, como la pantera, huyó, quedando luego frente á nosotros para aprovechar la ocasión de lanzarse sobre su enemigo al primer descuido que tenga; mas es difícil que lo consiga mientras exista Carlos I. España, señor, España os adora; sabe cuánto vale el César, y anhela oir su voz para seguirle, vencer y asustar al mundo con sus hechos; pero suele palidecer su entusiasmo el borrón de Fuenterrabía. Sobre el trono de Francia está Francisco I, que os envidia, y es tan temerario que no os teme; fijó su planta atrevida á la parte acá de los Pirineos, y los españoles contemplan

esa plaza como un baldón de ignominia que los avergüenza y envilece.

—Todo eso es cierto, Silva; pero no lo es menos que sitian ya á Fuenterrabía el condestable de Castilla y un ejército numeroso, provisto de artillería y de cuanto puedan necesitar para asaltar la plaza y arrancársela á los franceses.

—Señor, la ciudad sitiada es un miembro gangrenado del imperio español; el sitio durará muchos meses; la gangrena se extenderá, y quién sabe si á la postre hará inútil el remedio.

—No te comprendo bien, Silva.

—A grandes males, grandes remedios; Fuenterrabía debe tomarse en una semana.

—¿Cómo se hace ese milagro, Alberto?

—No lo creo ni aun difícil, señor.

—¿Quién sería capaz de realizarlo?

—Yo.

—Mañana partirás.

—Siento decir á V. M. que no puedo salir de Madrid ínterin no lave la mancha que pesa sobre mi honor; ¿qué digo? sobre la memoria de un padre á quien amé como merecía.

—¿Cuánto tardarás en ese asunto?

—Depende de V. M., y si contase con su protección...

—Te la he ofrecido una vez, y es bastante, conde.

—Gracias, señor; siendo así conquistaré á Fuenterrabía en breve.

—Prosigue ahora contestando á mis restantes preguntas con la lealtad y franqueza que anteriormente; cuéntame, sin omitir detalle ni circunstancia alguna, lo

que te aconteció esta noche desde las diez á las doce.

Alberto vaciló, su frente se plegó de arrugas, exclamando por fin:

—Señor, un juramento sagrado me prohibe...

—No importa; yo lo levanto, habla.

—Se lo hice á Dios, y aunque V. M. tenga derecho divino, ignoro si alcanza á tanto como eso.

—Te faculta el capitán don Carlos para que me enteres de lo que pasó entre ambos; de que es cierto, te responde...

—No es necesario más, señor; la palabra de vuestra majestad vale por lo menos tanto como un juramento.

—Refiéreme entonces lo que deseo saber.

—Gran señor, ví á una mujer hermosa, pura y angelical, y me enamoré de ella de un modo que no puedo expresar; le pedí una cita, y es tan buena, que me la concedió; mas como siempre fuí infortunado, llegó un segundo y la atrajo á sí; no dudé de ella, pero temí al que la arrancaba de mi lado; lo busqué en el campo y le pedí explicación; ¡qué digo! le supliqué me devolviera la calma, la felicidad que acababa de arrebatarme. Se negó y aumentó mi miedo; insistí, y, altanero é imprudente, me amenazó, convirtiendo en realidad la sospecha que me atormentaba.

—Pues dicen, Alberto, que es muy justo, comedido, que reflexiona como los ancianos.

—Será así, gran señor; mas como yo soy tan desventurado, lo hallé irreflexivo, osado...

—Rara excepción, Silva; pero acaso tuviera él motivo para obrar así; de otra manera no se explica un cambio tan completo de carácter.

—Jamás hay razón para exponer la vida de un modo tan temerario.

—¿Por qué admitiste tú el desafío? En mi concepto estabais en igueles circunstancias.

—Señor, yo la amaba, y era correspondido, y el intruso me robaba la dicha, mi felicidad eterna.

—¿Y si él la amaba también?

—No tenía derecho alguno, puesto que ella no le quiere.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El hecho de ser un ángel y haberme ofrecido su amor.

—Pues me consta, Silva, que le quiere tanto, por lo menos, como á tí; pero hay por medio un secreto que no puedo revelarte ahora. ¿Qué sucedió después?

—Nos batimos, y nada más.

—¿Era valiente?

—No conozco á ninguno que le aventaje.

—¿Hábil?

—Mucho.

—¿Sereno?

—Bastante.

—Oí decir que era un consumado maestro.

—Pruebas tengo yo que lo justifican.

—¿Pero tú?

—Yo, señor, fuí un poco más afortunado.

—¿Le heriste?

—Creo que sí.

—¿Y qué más?

—No recuerdo.

—Cuidado con mentir, Silva.

—Luego, efecto sin duda del cansancio y de algún

golpe que pudiera haber recibido en el brazo derecho, hubo de caérsele la espada.

—Entonces lo venciste.

—No, señor, dejamos sólo de pelear, y más adelante, cuando cure de la herida que le hice, si vuestra majestad nos lo permite, continuaremos el combate.

—¿No temerá?

—Imposible.

—¿Y si yo os prohibo que prosiga el desafío?

—Lo daré por terminado.

—¿Y si te insulta?

—Lo sufriré con paciencia.

—¿Y si te mando que le des una satisfaccion?

—Os obedeceré.

—¿Le odias?

—Lejos de eso, señor, admiro su valor y me duele la causa que le ha puesto en mi camino.

—Alberto, se ha aflojado un poco el apósito que llevo en el brazo izquierdo y deseo que lo sujetes bien; acércate.

Y el emperador levantó la manga de su ropilla, presentando al conde su brazo vendado y manchadas con sangre las ligaduras. Silva retrocedió: miró al César, y volviendo á avanzar de nuevo, cayó á sus plantas, exclamando:

—¡Perdón señor,! de haber sabido que era vuestra majestad, me hubiera atravesado el corazón primero que salirle al encuentro. El vasallo estampa un ósculo en la huella que marca su señor. ¡No temo perder la vida que ya me estorba, que deseo acabe; lo que me abruma, martiriza y acongoja es haberle faltado al magnánimo señor á quien tanto debo!

—Ata, Silva, ata,—le dijo con calma Carlos I,—que esto nada tiene que ver con tu historia.

—Gran señor...

—Sujeta esa ligadura, mal vasallo.

Con mano trémula deshizo Alberto el nudo de la venda, volviéndola á atar un poco más apretada; luego la besó, dejando en ella dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos. Carlos añadió con la misma calma que antes:

—Ahora baja la manga y sujeta el botón. Gracias; apóyate en mi mano para ponerte en pie; en la derecha, que con la otra no puedo hacer fuerza.

Silva se la besó también; ya derecho, cruzó los brazos, y bajando la cabeza, quedó como anonadado.

—Continúa tu relato, conde,—añadió el emperador;—¿qué ha sido del capitán Carlos?

El joven miró al cielo, y, exhalando un suspiro, le contestó:

—Murió.

—¿Qué dices?

—Que, á consecuencia de la herida, ó de no sé qué enfermedad, desapareció del mundo.

—¡Ah!

—Esa historia, gran señor, fué aborto de un espantoso sueño que tuve anoche; el ángel del mal me inspiró tales ideas; y más tarde, cuando la Providencia se apiadó de mí, mandó un espíritu celestial, el que con seráfica voz gritó á mi oido: «Huye del trono que manchaste con sangre real, desaparece de una sociedad ante la cual no puedes alzar la frente. Alberto,—dijo por último,—para tí sólo hay en la tierra un monasterio, ayunos, cilicios, olvido completo y abandono de

cuanto existe en el mundo.» Debo, en consecuencia, obedecer el mandato, y pido á V. M. solemnemente permiso para retirarme á un claustro.

—No te lo concedo.

—Entonces, señor, necesito un patíbulo y el verdugo.

—Esos los reservo para el criminal, nunca paro el hombre que me enseñó ayer prudencia y otras cosas que no olvidaré jamás.

—Señor, si V. M. no quiere que yo muera de vergüenza, yo le suplico me entregue al verdugo ó me permita esconderme en el oscuro rincón de una celda.

—Quiero, por el contrario, deseo, anhelo, que alces la cabeza en mi corte, y luego, al frente de mis ejércitos, demuestres á tu patria y rey que sólo un héroe pudo sobreponerse al César.

—Imposible, señor, eso es imposible.

—Te lo mando.

—Mi conciencia me aconseja morir, el deber la apoya, la Providencia me lo ordena. Sólo algunas horas me es dado permanecer en el mundo.

—Te lo impedirá tu soberano.

—Partiré á lejanas tierras, saldré de los dominios de España, y allí seré un siervo del Señor.

—¿En Francia acaso?

—Acaso en Francia.

—Bien hecho; entre los enemigos de tu patria, junto á esos extranjeros que nos insultan y escarnecen; mejor era que ofrecieses tus servicios al bondadoso conquistador de Fuenterrabía, al que pretende arrebatarnos Italia, al valiente Francisco I.

—En el monasterio no hay enemigos; allí existen

sólo monjes profesos que se ocupan día y noche en pedir á Dios por todos sus hijos del antiguo y nuevo continente.

—Silva, te batiste ayer con un hombre á quien no conocías; le heriste en un brazo, y con sobrados motivos y habilidad para matarle, le perdonaste la vida, dándole á la vez lección provechosa, que no hay para qué recordar, pero que él te agradeció, y no olvidará nunca. Si pudo ofuscarse y cometer una imprudencia, hoy se arrepiente y recompensa al caballero que le regaló la existencia. Tú eras alférez, y él te cede su grado de capitán y banda; por su causa te arrancaron la espada, y él te pone la suya. Ahora es cuando ha muerto el capitán Carlos, quedando sólo el capitán Silva y el emperador Carlos I. Si insistes todavía en tu anterior idea, me probarás que no tienes corazón y que eres hasta desagradecido.

Según hablaba el César le había puesto su banda y espada; al concluir cayó Alberto á sus pies, exclamando nuevamente:

—Gracias, señor; vuestra bondad no tiene límites.

—Alza, conde, deja de besar mi mano, y frente á mí, levanta la cabeza y hablemos. ¿Desistes á mi ruego, de esconderte en un claustro?

—Gran señor, ha dicho V. M. que tuve sobrada razón para matar al capitán Carlos; deduzco de eso que aquél ama á María, en cuyo caso no puedo yo acercarme á su palacio ni volverla á ver; y como en ello reside mi dicha y hasta mi corazón, que le dejé anoche, debo profesar en un convento si no quiero ser desgraciado el resto de mi vida; ahora me aconseja el egoismo.

—La amó efectivamente, Silva; la amó tanto como ella merece; pero cuando conozcas la causa, variarás de opinion. Oyeme: al espirar mi buen padre el rey don Felipe, que en gloria esté, dejóme un despacho lacrado, y en cuyo sobre se leia: «Para mi adorado hijo Cárlos, debiéndoselo entregar en el momento que salga de la menor edad y comience á gobernar sus Estados; ni ántes ni despues.» Así sucedió; rasgué el sobre, leí el escrito y hallé una orden, una súplica y un secreto; deseaba que sólo mi vista se hubiera fijado en las letras que mi moribundo padre trazó con mano trémula momentos antes de espirar; mas se halla comprometido el honor de una casta virgen, y desisto.

Carlos I abrió un armario, y, sacando el despacho á que se había referido, se lo alargó á Silva, diciendo.

—Lee.

—¡Señor!

—Te lo mando.

Alberto obedeció. Según iban sus ojos recorriendo las líneas trazadas por el rey Felipe, llamado el *Hermoso*, padre del emperador Carlos I, se animaba su semblante hasta adquirir un tinte encarnado que demostraba el gran afecto que había causado en él su lectura.

—Gracias, señor,—exclamó;—me vuelve V. M. la vida que acepto y que la consagraré gustoso, imponiéndome cuatro condiciones, que ruego á V. M. apoye con su poderosa protección.

—Sepámosla.

—Se las diré á V. M. por su orden: la primera consiste en que, habiendo insultado á mi padre villanamente el duque de San Marcos, sin consideración al-

guna á sus años, desgracias é imposibilidad física, debo matarle en el palenque y á presencia de V. M., ó en su defecto, del justicia mayor. Puedo perdonar las ofensas que á mí me hagan, pero las inferidas al autor de mis dias, es imposible.

El César se acercó cuanto pudo á Silva, preguntándole muy quedo:

—¿Tienes pruebas de ese insulto?

—Sí, señor.

—Lo matarás. Tengo prometida la mano de María á ese hombre, y así me libras del compromiso que ya sentia haber contraído.

—La segunda es tomar á Fuenterrabía en menos de una semana, sin más aumento de fuerzas que la compañía del capitán Navarro unida á la gente que ya cerca la plaza. La tercera entrar en Francia, y por la humillación que nos hizo sufrir Francisco I devolverle ciento; es decir, que le ganaré dos batallas y le tomaré cien pueblos, pero sin conservarlos otro tiempo que el necesario á lavar la afrenta; no me posesionaré de ellos á título de conquista, sino como un préstamo forzoso que durará el mismo tiempo que ellos hayan estado en Fuenterrabía. Y por último, ya que tuve la desgracia de quitar á V. M. su más valiente capitán, el joven Carlos que maté ayer cerca del valle, le devolveré por él, muerto ó vivo, un rey enemigo irreconciliable de V. M.

—¿Francisco I acaso?

—Acaso Francisco I. Esto he de hacer, ó moriré en la demanda. Si logro conseguirlo, si terminados mis afanes, desvelos, exposiciones y azares, cree vuestra majestad que debe perdonarme, y es tan bueno que

añade una recompensa grande, sublime, digna del magnánimo señor á quien tanto amo, indigna de este pobre vasallo suyo, entonces y sólo entonces podré ser feliz en este valle de dolor.

Carlos miró á Alberto dudando y como irresoluto; pero notó en Silva una seguridad, un aplomo, una verdad sobre lo que acababa de decir, que se apresuró á exclamar con alegría:

—Acepto las cuatro condiciones, las apoyo y te ayudaré á realizarlas; al terminar la segunda te nombraré general; al acabar la tercera duque, y al concluir la cuarta príncipe.

—Señor, la recompensa que yo espero de V. M. no son honores, riquezas ni posición. ¿Qué más honra que permitirme V. M. que le bese la mano y el otorgarme toda su confianza? ¿Qué mayor tesoro que el inefable, el sublime, el incomparable que yo deseo?

¡Ah! comprendo; pero ántes, si logras tu intento, tendrás que ser duque, grande de España, generalísimo y príncipe. Con esos títulos te formaré la escalera por donde subirás al sitio en que has fijado tu altiva mirada.

—Si son precisos para llegar allí esos honores, que siempre he desdeñado, los aceptaré.

—Indispensables.

—Desde hoy en adelante me quedará prohibida la entrada en el valle, ¿es cierto señor?

—Sí, de un modo terminante.

—Pero me será dado pasear por los alrededores, saltar una tapia y sentarme junto á alguna flor tan pura como los ángeles, más hermosa como ellos.

—Con tal que sigas diciendo de ella siempre lo mis-

me, pueda yo repetirlo, pasees de noche, tarde, muy tarde, y al saltar el cerco no resbales y caigas...

—Tendré cuidado, señor, que no es mi vida lo que peligra allí sino mi dicha eterna.

—Silva, estoy esperando una nueva que alejará de Madrid para siempre al cardenal Adriano; en cuanto tenga noticia de ella, da principio á tu primera empresa, para que pueda realizarse la segunda. Piensa en mí, y no olvides nunca el borrón de Fuenterrabía.

—¿Tardará mucho en llegar el mensaje relativo á vuestro ministro?

—Lo espero de un momento á otro.

—¿Me retiro, señor?

—Sí.

—¿Cuándo vuelvo?

—En realizándose la marcha de Adriano, á la hora que tú quieras, para tí estaré siempre.

—Señor, me ha parecido que V. M. tiene fiebre.

—Dice eso el facultativo; pero la he sufrido en pié sin gran molestia.

—Puede agravarse el mal abandonándolo y traer fatales consecuencias, yo ruego á V. M. guarde cama hasta tanto que se halle completamente bueno.

—Voy á descansar, que anoche no dormí; pero creo poderme levantar esta tarde.

—El cielo guarde y conserve la preciosa vida de V. M.

—Adiós, Silva.

El conde salió, y, cruzando dos salones, fué á preguntar á un guardia por la salida del alcázar, cuando se abrió una puerta, llegando á sus oídos la caduca voz de Adriano, que le dijo:

—Entrad, señor conde; tenía deseo de conoceros, y aprovecho tan propicia ocasión.

Silva se volvió, y, reconociendo al cardenal, le hizo una reverencia, contestándole:

—Lo creo, pues gracias á vuestra clemencia é interés, tuve que tirar de la espada atropellando la justicia y sembrando el luto en algunas familias del reino de Murcia.

—No os comprendo; pero entrad y sentaos.

—Gracias, estoy bien así. ¿No sois el señor cardenal Adriano?

—Muy servidor vuestro, valiente Silva.

—Entonces ratifico la idea: si vos, oyendo piadoso la súplica de mi amigo Navarro, le hubierais indultado, continuaría yo entre las viejas paredes de mi palacio, sin pasado, presente ni futuro. Poco daño hice, señor ministro; pero de la sangre que ha corrido y de los disgustos ocasionados, sólo es responsable vuestra eminencia.

Adriano sintió una impresión desagradable; pero, á fuerza de hábil cortesano y diestro palaciego, disimuló cuanto pudo, y asomando á sus labios hipócrita sonrisa, le contestó:

—Sois muy joven, desconocéis los negocios de Estado, y eso motiva vuestra equivocación; pero olvido el cargo, siendo así que lo hace un hombre á quien estimo tanto. ¿Queréis ser mi amigo?

—Gracias, eminentísimo señor, por la honra; no me hallo con méritos suficientes para aspirar á ella.

—Porque no queréis.

—Todo lo contrario; pero además de la razón expuesta tengo otra de mucho peso tambien: la amistad,

en mi pobre concepto, identifica á dos seres, los enlaza con el cariño y hasta parece inspirarles unas mismas ideas, iguales creencias; y como vos y yo somos el uno la antítesis del otro, lo juzgo irrealizable.

—Lo creo un error; el tiempo os lo probará.

—Me alegraré.

—Veo con gusto que nuestro bondadoso soberano os ha nombrado capitán.

—Así parece.

—¡Lo decís de un medo! ¿No se lo agradecéis?

—Muy poco.

—¿Habláis de veras?

—Sí; tal es mi amor hacia su augusta persona, que esta banda me costará probablemente la vida.

—¿Por qué?

—Ello dirá, señor ministro.

—Sois muy reservado, conde.

—Algo precavido, un poco circunspecto, y nada más.

—Me complace. Tengo una duda, y quisiera que me sacaseis de ella.

—Si puedo, con mucho gusto.

—Os es bien fácil; pero decidme antes: ¿continúan bien Clotilde y María? Hace algunos meses que no las he visto, y deseo tener noticia de esos dos ángeles.

—No os comprendo.

—Creo haberle oido decir al emperador que las visitáis.

—¿A quién?

—A la madre y á la hija.

—¿Cómo se llaman?

—Ya os lo dije: Clotilde y María.

—No, el apellido

—Ese... se me ha olvidado.

—¿En dónde habitan?

—En el valle.

—¿En cuál de ellos?

—En el que existe á la derecha de Las Rozas, á tres leguas de Madrid.

—Como no me déis más señas, no puedo contestaros.

—Entonces no las conoceis.

—Es posible.

—¿Qué os hizo el joven aquel con quien os batísteis anoche?

—¿A mí?

—Sí, aquel á quien dísteis una estocada en el brazo izquierdo.

—Siento deciros, señor cardenal, que vuestra avanzada edad, las molestias del viaje y la mala noche que concluís de pasar os han perturbado el cerebro hasta el punto de haberme equivocado con otro. Hace cuatro horas me mandasteis prender...

—¿Yo?

—Sí, vos; algo después me ofrecéis amistad y cariño, y ahora me tomáis por un espadachín que visita á la madre y á la hija... Vamos, señor ministro, convenid conmigo en que vuestra razón no está hoy muy cabal.

—¿Conque no fuísteis vos el que anoche tuvo un desafío con el capitán Carlos? Habéis perdido la memoria, señor conde.

—No será extraño; aturdido y confuso ante una eminencia como la vuestra, es posible que desaparecieran de mí las potencias del alma.

—Teneis talento, Silva.

—No tanto como vos, cardenal, pero pienso emplearlo de otro modo.

—Presiento que vamos á concluir por ser enemigos.

—Tampoco es difícil.

—¿Y las consecuencias, conde?

—Esas vendrán después.

—¿No teméis nada?

—Nada; la palabra miedo fue borrada ha muchos siglos del blasón de los Silvas.

—Con valor y todo he visto yo perecer á muchos desgraciados, cuya terquedad les hizo caer desde la cúspice al fondo.

—Sois tan anciano que habréis visto eso y muchísimo más.

—¡Oh, aunque viejo, todavía pienso presenciar muchas cosas! Jóvenes hay que podían darse por contentos con vivir lo que me queda á mí de existencia.

—Cierto; hay muchas enfermedades que no respetan edad, clase ni sexo; pero siendo vos más débil, os halláis más expuesto que yo.

—¿En qué apoyáis vuestro aserto?

—Vos, ministro del altar, sois más acreedor que este mísero profano á las delicias celestiales; por eso juzgo que Dios os llamará antes, mucho antes que á mí.

—Hé aquí mi mano, señor conde, y ello dirá.

—Beso con gusto vuestro episcopal anillo. Ello dirá, clemente y bondadoso señor.

Y asomando á los labios de Alberto una sonrisa irónica, desapareció de allí, exclamando:

—El sátrapa me presentaba una red, que hice pedazos, y se la arrojé sobre el roquete de encaje y la sotana de púrpura.

A la vez decía Adriano con ira y enojo:

—Creí que era un cordero, y se parece al león; ese hombre funesto, si no lo inutilizo pronto, podrá ser fatal á mis planes y á la dicha futura del duque mi sobrino. Es el único sér que me dejó hasta sin frases con qué responderle. Cuando debe arder su sangre y jugar su amor propio, se convierte en estatua fría é inmóvil; y cuando el temor debiera apoderarse de su espíritu, presenta en los labios una sonrisa irónica que hiere como la punta de su espada. No conozco á nadie que le aventaje en calma, sosiego y talento. Advertiré al duque, nos pondremos de acuerdo y viviremos prevenidos, que vale mucho su cabeza, y el emperador lo sabe.

El conde anduvo varios corredores hasta que dió con la escalera principal, y viendo junto al vestíbulo al capitán que lo prendió, se acercó á él diciéndole:

—Ya estoy libre, señor jefe de guardias; si os ofendieron mis palabras, os puedo dar otra nueva lección.

—Gracias, señor conde; aprendí lo bastante.

—¿No queréis saber más?

—Como estábais preso, referí al emperador la conducta que usásteis conmigo, y me contestó que estaba bien hecho, y que me mandaría cortar la lengua si volvía á molestaros. Con eso supe cuanto necesitaba.

—Lo creo, y á mí me basta con que os deis por satisfecho. Que el cielo os guarde.

—Id con Dios, compañero, y lucid con gallardía esa banda roja que os sienta tan bien.

Nuestro joven cerró su gabán para que no se la volvieran á ver, dirigiéndose acto continuo á su palacio. Iba tranquilo, como de costumbre, y brillando en sus ojos una ráfaga de alegría que lo presentaba más interesante y agradable que de ordinario. Otro hubiera abierto el abrigo para que el público viera aquella insignia que lo elevaba á los veinticuatro años próximamente á la aristocracia del ejército; mas nuestro modesto joven la cubrió completamente, temeroso de que á tan corta edad juzgasen que era hija del favor y de la influencia. Pronto veremos el uso que hace de ella. Posible es que no se haya equivocado al asegurar á Adriano que podía costarle la vida; la causa del César era ya suya, y en lo sucesivo debía morir en su defensa ó elevar el imperio español casi tanto como su señor deseaba.

CAPITULO XXVI

Los cinco amigos.—Cardenal, ministro y pontífice.—El duque de San Marcos.—Desafío.

El conde penetró en su casa, creyendo hallar á sus cuatro amigos reposande, pero no era así, se encontraban levantados y en un estado de agitación é incertidumbre que se acercaba á la desesperación.

—¡Voto al demonio!—exclamaba el uno.

—¡Maldito cardenal! —añadía otro.

—Es preciso hacer algo, capitán,—decían Mendoza y Osorio, en el mismo instante que entró Alberto, preguntándoles:

—¿Qué es eso, señores? Vota el uno, maldice el otro, y los cuatro parecéis fieras. ¿Quién os ha ofendido?

—¿Te has escapado?

—¿Traéis espada?

—¿Quién os puso en libertad?

—¿Contra quién peleamos?—le interrogaron los cuatro á la vez, confundiéndose las voces de los unos con las de los otros.

—Callad, locos, y no disparatéis. Mirad, llevo la

espada del César puesta en mi cinto por S. M.; y ved esta banda que él ha usado y colocó en mi pecho.

—¡Capitán! ¡Viva el emperador!—gritaron los cuatro entusiasmados. Navarro continuó:

—Lo había previsto, y no podía ser otra cosa; Carlos I es muy sabio, y necesariamente tenía que darte lo menos á que eres acreedor. Oye, te cedo á Mendoza; tú serás la cabeza y él el brazo con que machaquéis los cráneos de todos los fraceses que están dentro de Fuenterrabía.

—¡Sublime César, magnánimo monarca!

—Estoy cierto, señores, de que ha un momento no pensabais lo mismo del augusto señor á quien ahora hacéis justicia. Los soberanos suelen ser, algunos, ingratos para con los pueblos cuyos destinos rigen; pero sus leales servidores le aclaman si da, le vituperan si niega ó castiga; cuanto más concede ó regala, más grande es, más sabio, elevado y profundo; pero si, justiciero, persigue y encarcela, entonces nadie menos hábil, entendido y bueno.

—Hombre, ves las cosas de un modo... Hablemos de tu compañía; tendrá las mismas plazas que la nuestra.

—¿Seiscientos hombres entre las dos?

—Eso es, y por donde una entre se colocará la otra hasta llegar al corazón del enemigo, y ya allí, ¿qué no haremos nosotros?

—Delirios y más delirios. ¿Quién sostiene el doble de plazas de las que hoy tenemos?

—Muchas bocas son, ciertamente. ¡Ah! lo que falta se le quita al enemigo.

—¿Y si tardan en mandarnos frente á él, escasean

las pagas, según costumbre, y se me ocurre á mí, como es probable, no permitir que se apoderen tus soldados y los míos de lo ajeno?

—Hijo, aun no eres maestre de campo, é ínterin llega ese caso sólo puedes ordenar á los tuyos.

—Es que tú harás lo que yo te mande.

—Acaso no; con el buen soldado es preciso ser corto de vista en ocasiones dadas.

—Leo en tus ojos que cumplirás mi deseo con ciega sumisión.

—Oye, no estamos en Murcia, y aquí somos los dos capitanes.

—Veamos si me he equivocado; préstame atención, y comprende lo que te digo y algo más de que expresen mis palabras. ¿Recuerdas aquel caballero tan hábil y valiente que hallamos anoche cerca del valle?

—Sí, tu... vamos, ya sé quién es.

—Se parecía mucho al emperador.

—Como no conozco al uno, y al otro no le ví la cara, me es imposible juzgar.

—Buen modo tienes de comprender lo que dejo por decir.

—No adivino...

—Te he dicho que era un retrato del César.

—¿Y qué tiene de extraño? En Nápoles me presentaron un alférez que aseguraban todos se parecía muchísimo á mí, y ¡quién sabe! mi padre anduvo siempre separado de su esposa, y dicen que la madre del emperador se volvió loca por celos de su marido Felipe *el Hermoso*.

—Qué cándido eres, Navarro, y qué intencionado.

—Si no te explicas, estaremos así todo el día.

—Dios me de paciencia contigo.

—*Amén.*

—Aquel caballero era Carlos I de España y V de Alemania. ¿Lo entiendes ahora.

—¿Cuál?

—¡Jesús, qué hombre! el del casco, peto y espaldar.

—El que se batió... no, quiero decir, el que tú detuviste... tampoco, en fin, aquél... ¡Santa Inés! pobre hijo, te ahorcan hoy. Escapémonos, y á Inglaterra los cinco.

—Siéntate; ¿no te he dicho que me ha nombrado capitán y me ha ceñido su espada?

—Desconfía, Alberto; el desafío... no, la herida... digo, tu conducta no puede absolverla un monarca, aun cuando fuese santo. Vámonos.

—¡Qué poco conoces al gran Carlos I! De rodillas y con las lágrimas en los ojos le pedí ir al patíbulo, ó que me permitiera al menos esconderme en un monasterio.

—¿Y qué dijo?

—Me lo prohibió; insistí; se negó; le demostré que iba á morir de vergüenza, y me hizo desistir con palabras y acciones dignas sólo de un hombre tan valiente, como sabio, fuerte y elevado. Agradecido yo le ofrecí, y he de perecer ó cumpliré mi palabra, matar un grande de España en palenque, tomar luego á Fuenterrabía en menos de una semana, posesionarme de cien pueblos franceses y traerle prisionero un rey enemigo. ¿Qué dices ahora?

—Contesto que ha sido él más espléndido que tú, perdonándote; porque eso á que tú te has comprometido lo conseguirás con nosotros, bastándote decir, *quiero*.

—El espejo del tonto fué siempre la vanidad. ¿Lo harías tú?

—Dirigido por tí, desde luego.

—¿Y aconsejado sólo por tu talento?

—Entonces, puede que sí y puede que no.

—Bueno; pues ve preparando tu compañía, que con esa y el ejército del emperador tengo de sobra.

—Qué, ¿nos vas á mandar á todos?

—Eso pienso.

—¿A los maestres de campo, á los generales?...

—Y hasta al condestable de Castilla.

—¡Pues vaya un salto, chico!

—Hay un mal Navarro, y es que, si continúas aprendiendo poco y siendo tan pedante, no obstante mi poder, jamás podré proponerte para general.

—Como esté en mi mano, te imitaré y me acercaré á tí, si no en talanto, en poder.

—Pues empieza, que en tu mano está ya.

—Me alegro; repara en el rostro de mis oficiales, qué alegres, qué entusiasmados; ya se juzga cada uno con una banda como las nuestras.

—Si las ganan las tendrán, después el cetro de maestre, y más tarde el de general, advirtiéndoos que jamás antepondré á la justicia el cariño ni la simpatía. Seré vuestro protector, pero elevaré más á aquel que lo merezca.

—Ved ahí en lo que se ha convertido mi hijo adoptivo, mi protegido de ayer.

—Todo lo merece, capitán,—exclamaron los tres oficiales; Núñez añadió:

—Los cuatro debemos honrarnos con su protección, pidiéndole sólo justicia; yo con eso tengo bastante.

—Y yo.

—Y yo.

—¿Oyes? ya me has ganado á mis alféreces; creo que, si tú les mandases una cosa y yo otra, se iban contigo; pero siempre seré tu padre, y tus ascensos, gloria y esplendor serán los míos; fuí el primero en conocerte y el único que te arrancó de entre las ruinas de tu palacio, del panteón aquel en que querías enterrarte, y te arrojé al mundo, diciéndole: ahí tienes á ese héroe, humíllate ante él.

—Es verdad, Navarro, serás siempre mi padre y el hombre á quien yo ame más después del emperador; tu nobleza de alma y tu cariño hacia mí cierran mis ojos ante tus defectos, y jamás te negaré mis brazos ni nada de cuanto me pidas.

—Eso ya lo sabía yo; te conozco más que el autor de tus días. Dime, ¿y la niña? tu Elena, quiero decir; ¿qué papel hace en esta comedia?

—Ninguno, es amada por el emperador y por mí.

—¡Maria Santisima! ¿se la has cedido?

—No, me la dará él á mí.

—Pero tú no la tomarás.

—Ojalá y pudiera ser ahora mismo.

—Es decir, que el... que luego tú... Vamos, no puede ser, un noble tan hidalgo y caballero... Mándala á paseo, y á Fuenterrabía.

—Abrigo la esperanza de que un día, no lejano, caerás á sus plantas, exclamando: María perdonad al desgraciado que, viéndoos desde el cenagoso estanque donde él se mueve, no pudo conoceros ni comprender la pureza de vuestro sér, lo heróico de una virgen, cuyo aliento ha bastado á purificarme.

—Una cosa parecida dije yo en cierta ocasión á mi preciosa Elena; fué en aquellos momentos en que dudaba, y una circunstancia casual me cubrió los ojos otra vez con la venda del engaño. Al poco tiempo vi clara la verdad, comprendí mi tontería y juré no cometer en lo sucesivo tan insigne torpeza.

—¿Vamos á hacer una apuesta, primera de mi vida?

—¿Sobre eso que acabas de decir?

—Sí.

—Pero, hombre, después de declarar tú mismo que la ama el César, ¿te atreverías á apostar?

—Y á ganarte.

—Sea en buen hora; por terco te voy á castigar. ¿Qué jugamos?

—Puesto que vienen á ser tuyos en justicia la mitad de mi palacio y de las rentas que poseo, vaya mi parte.

—Aceptado. ¿Plazo?

—Un año.

—Núñez, Osorio y Mendoza, sois testigos del hecho, y presenciaréis después la tutela en que ha de quedar nuestro futuro jefe hasta que yo muera; pues cuenta, mi querido Alberto, que, aunque seas mi hijo adoptivo, no me heredas hasta que deje de existir.

—Se entiende.

—Avanza el día, Quirós no viene, y va pasando la hora de almorzar.

—Es extraño efectivamente, y nos obligan á esperarle el agradecimiento y la amistad.

—Le tendrá ocupado el emperador.

—Posible es, sin embargo de que el César no ha

dormido esta noche, tiene fibre, y es lo probable, según me indicó, que buscase el lecho.

—¿Es grave su enfermedad?

—No, felizmente.

—Entonces le habrá bastado una hora de reposo. Dicen que es incansable lo mismo en el campo de batalla que en el bufete.

Los cinco continuaron hablando hasta que se presentó un enviado del general participándoles que se quedaba á almorzar en el alcázar. Oido esto, lo verificaron ellos, partiendo luego al edificio donde tenían la compañía Núñez, Osorio y Mendoza, y buscando el lecho Alberto y Navarro. El segundo se quedó dormido en cuanto cayó sobre la almohada; el primero, no obstante la fatiga del día anterior, los esfuerzos que hizo batiéndose y las terribles emociones que sintió en las veinticuatro horas que acababan de trascurrir, tardó en cerrar los ojos, verificándolo al fin, después de exclamar:

—¡Cuán bella eres, María! tu imagen no se separa de mí un instante. Cumpliré lo que he ofrecido para hacerme acreedor á tu mano, tu mano que vale para mí más que el universo entero. El porvenir parece que se va despejando; veo claro el sendero que conduce á la felicidad; mas está tan lleno de abrojos y de dificultades, que ignoro si me será dado llegar á su término. ¡Cuánta sangre distingo á derecha é izquierda! ¡qué de cadáveres, guerras y destrucción! ¿Por qué se había de elevar el hombre aniquilando á sus semejantes? Y lo peor es que ya no puedo retroceder. Imposible; el agradecimiento y el deber me impelen; y como si esto no fuera bastante, se encuentra María al final

de ese horripilante camino, tendiéndome los brazos y ofreciéndome su amor. Todo por ella; con gusto me sacrificaré por ese ángel; Dios lo puso en el sendero de mi vida, y á mí no me es permitido desobedecer la voz de mi destino. Se entornan mis ojos; la materia vigorosa y fuerte se doblega ya bajo el peso del cansancio que la domina. ¡Qué débiles somos, y para qué poco servimos! Así lo ha querido Dios; cúmplase su voluntad.

Cuatro horas después regresó del alcázar el general Quirós, y sabiendo que dormía Alberto, se quitó el gabán y gorra, pasando á la alcoba del conde. Había á la cabecera un sillón, y se sentó en él, exclamando:

—Duerme; tranquila su conciencia y sin temor á nadie ni á nada, reposa con el sosiego del justo. Es tan hermoso como sabio y valiente. ¡Qué pródiga fué la naturaleza con él! ¡Si pudiera llamarle hijo! ¡Ah! el destino me negó ese consuelo; me dió grados, títulos, honores y riquezas; ¡mas de qué me sirven, si dejó el corazón vacío y el alma acibarada! Un hijo forma la esperanza de un padre; es el espejo donde el anciano se refleja, donde el caduco se mira rejuvenecer; donde el hombre deposita un tesoro de amor, de orgullo, de dicha. Cuando á mi edad se carece de ese consuelo, se considera el hombre como planta exótica que, sola é inclinando su tallo, crece y se agosta en lo más árido de un páramo desierto. La vida sin un hijo á quien estrechar, sin un vástago á quien dejar nombre y fortuna, sin un sucesor que prolongue la sangre y apellido á las generaciones futuras, es una carga insostenible, amarga, cruel; cansa, molesta, y hasta nos parece que

no tenemos sitio en la tierra ni puesto en la sociedad. ¡Ay!... ¡Alberto es digno de mí, me comprende, y á él se lo dejaré todo; desde este instante miro en él un hijo; es tan noble y agradecido, que con el tiempo me amará, y acaso logre ver en él lo que tanto echa de menos mi corazón! Bueno debe ser, mucho valdrá cuando tanto le estima el emperador y tal odio le profesan Adriano y el duque de San Marcos. ¡Qué frente tiene tal altiva y despejada!

Y fué á separar unos cuantos cabellos que se habían corrido de un lado para otro; pero al tocar sus dedos la epidermis del conde, abrió éste los ojos, miró al general, y, apareciendo en sus labios dulce sonrisa, exclamó:

—Gracias, señor; vuestra solicitud no es digna de quien nada pudo hacer por vos.

—Siento haberte despertado, Alberto; aun es temprano; duerme, que yo velaré tu sueño; con tal que me dejes llamarte hijo, me doy por satisfecho.

—También Navarro quiere tener ese derecho, pero no hallo inconveniente alguno en que acepte dos padres el que perdió el suyo antes de lanzarse al mundo. Apellidadme hijo, sí; vuestra bondad me colma de bienes, y no es posible desairar lo que tanto honra y favorece.

—No te levantes, duerme.

—Gracias, padre mío, no tengo sueño; si gustáis, hablemos.

Sentado el uno sobre la cama y el otro en el sillón, continuó Silva:

—¿Cómo sigue el enfermo?

—Mejor; la herida no es grave: mas se haría pe-

da y molesta si su naturaleza de hierro no se sobrepusiera á todo.

—¿Qué dice de mí? ¿Me ha perdonado?

—Me refirió por completo la historia de anoche, y ni él ni yo hallamos en tu conducta nada reprensible ni indigno de tí. Fué un accidente dispuesto por el diablo; y á no usar tú de tanta prudencia y generosidad, hubiéramos tenido motivo para llorar.

—¿Creéis que no falté á quien tanto debía?

—Opino que le regalaste la vida que conserva. A tu edad, desconociéndolo como tú y en iguales circunstancias, yo, que me he tenido siempre por bueno, lo mato.

—No soy de la misma opinión, y ya veriés más adelante adónde me conduce el agradecimiento que debo á su bondad é indulgencia.

—Sé á lo que te has comprometido, y temo por ti.

—Acaso un dia no lejano os alegraréis. ¿Qué dice el cardenal?

—Adriano tuvo conocimiento del lance, y dispuso tu prisión sin dar parte de ella al César; sospecha tus amores con María; como pretende casarla con su sobrino el duque de San Marcos, quiso que te sentenciaran á muerte, insistiendo con una energía desusada en él. Como nos halló al César y á mí dispuestos á todo lo contrario, pretendió ganarte, según he podido comprender, en una entrevista que tuvo contigo. Debiste tratarle de un modo contrario á su deseo, toda vez que no ha mucho se quejaba al monarca, diciéndole, entre otras cosas, que eras hombre perjudicial irreverente, por todo lo cual era indispensable, por lo menos, tu destierro.

—¿Qué le contestó S. M.?

—Que te conocia mejor, y que ya en su dia te dará el castigo ó galardón á que te hagas acreedor por tu conducta. Quiso instar, mas el César bien pronto halló un pretexto para no hacerle caso.

—Me alegro.

—Es decir que su influencia es hoy nula; se le tolera porque acaba de morir Su Santidad; se reunió el cónclave y se piensa en él para el elevado puesto que ha quedado vacante. Lo que encuentro difícil, y lo mismo sucede á S M., es el que halles un medio justificado de inutilizar al duque de San Marcos.

—Ya os probaré á los dos que me asiste la justicia y me sobra la razón.

—¿Qué piensas hacer?

—Previos permiso del monarca y el correspondiente sumario, llevarlo al palenque y matarlo; con ese no es posible tener consideración alguna; insultó bárbara y cobardemente á mi padre, le hizo verter raudales de lágrimas, y como si esto no bastase, pretende robarme el amor de Maria.

—Te advierto que es muy cobarde, y no aceptará.

—Hombre que está en su posición, que tiene puesto en la corte y que intenta figurar al frente de los grandes, no tendrá más remedio que pelear conmigo.

—Si logras eso, te ofrezco el permiso del emperador y la brevedad en la terminación del expediente.

—¿Tiene muchas probabilidades de ser elegido el cardenal Adriano?

—Casi todas.

—¿Su sobrino quedará aquí?

—Ciertamente.

—¿Y el tío partirá al momento?

—No hay duda.

—Necesita para llegar á Roma lo menos quince días, tiempo suficiente para despachar yo mi asunto con el duque.

—¿Y luego?

—Verá que su sobrino accedió al duelo, y que el sumario se instruyó con imparcialidad, y por mucho que lo quiera, tendrá que conformarse con perderlo.

—Elevado á tan alto puesto, pudiera perjudicar al imperio tu desafío.

—No lo creáis; tiene á las huestes de Francisco I junto á los Estados pontificios, y sólo Carlos I puede impedir que los franceses no le arrebaten el poder temporal. Si logra su objeto, necesitará más que ahora de la alianza con el César y de que S. M. le conceda todo su favor y apoyo.

—Verdad es, y noto con placer que estás perfectamente enterado de lo que ocurre en el extranjero.

Ambos continuaron su conversación, obligando luego el general al conde á que aceptase la mitad de sus pingües rentas mientras él vivia, ya que á su muerte debia poseerlas todas. Alberto rehusó cuanto pudo; mas Quirós se lo pidió con una insistencia, ternura y deseo tan extremados, que al joven no le fué dado rehusar.

A las siete se reunieron los seis y comieron, reinando en la mesa alegría y expansión.

La compañía de Navarro aplaudió el acto de nombrar á Silva capitán, pidiendo permiso á aqnel para celebrar entre botellas y brindis tan fausto acontecimiento. El jefe, puesto de acuerdo con el general

Quirós, Nuñez, Mendoza y Osorio, dispuso dar el permiso solicitado en la forma siguiente: primero, un espléndido banquete presidido por Silva, comerian los cinco en unión de algunos otros compañeros de armas, servidos por los soldados, y luego estos, con los manjares, vinos y licores que quedasen, llenarían su objeto celebrando de este modo en un mismo día jefes y subordinados al ascenso del héroe.

Alberto tuvo que inclinarse ante la opinión de la mayoría, pidiendo únicamente que le dejasen la designacion del dia.

—Con el objeto,—añadió,—de que yo pueda presentarme en el festin satisfecho y alegre, quiero que se verifique el mismo dia que vea concluído un expediente, cuya instruccion será breve, concisa y ruidosa.

—¿De qué se trata?—le preguntaron á la vez sus cuatro amigos.

—De un duelo á muerte entre un grande y un chico; no me preguntéis más, porque no puedo decirlo hasta el momento dado; básteos saber que os ha de interesar el lance, que habéis de aplaudir el hecho y que tomaréis en él una parte más ó menos activa.

—Los sabios se hallan siempre rodeados de secretos, misterios y arcanos incomprensibles; con esto logran ser más desgraciados que el resto del género humano.

A las nueve se levantaron de la mesa; el general volvió al alcázar y Alberto se encerró en su despacho, diciendo á Navarro, Núñez, Osorio y Mendoza:

—Amigos míos, la suerte os brinda con honores, riquezas y poder; os quiero mucho á los cuatro; sois valientes, diestros, y no carecéis de talento; pero os

falta más instrucción. Hasta ahora, con pocas excepciones, la sabiduría humana parece reconcentrada en el sacerdocio, mientras que el ejército mira con desdén lo que tanta falta le hace. No imitéis á vuestros compañeros; estudiad mucho, proseguid aprendiendo idiomas, y muy particularmente francés, italiano y aleman; el primero es indispensable que lo sepáis como los naturales de ese país. Acaso obtenga yo antes de poco del emperador facultades ilimitadas para otorgar á su nombre grados y honores, y anhelo que seáis vosotros los primeros en elevaros sobre los demás. Mi mision en el mundo es tan grande como terrible; de la nada me llevó la fortuna á un puesto al que llegan pocos hombres, pero es muy difícil sostenerse en él. Ya no puedo descender y conservar la vida; sólo me espera encumbrarme más ó perecer. Vosotros seréis los satélites que han de girar en torno y á influjo del astro; y es lo probable que ascendáis conmigo, ó unidos á mí espiréis en el campo de batalla ó en los hospitales de sangre. El talento, la prudencia, la sabiduría y el acierto: he ahí lo único que nos puede salvar: por esa razón tengo empeño en que día y noche me imitéis, aprendiendo ciencia, arte y cuanto pueda instruirnos y enseñarnos.

De este modo convencía Silva á los oficiales, obligándoles á variar de vida y costumbres para acercarles á la fuente del saber humano. Le obedecieron, y poco á poco fueron rompiendo la ruda corteza que la ignorancia había fomentado en los campos de batalla, y los cuatro se hicieron pensadores, desconfiados, sagaces y entendidos, algo les enseñaron los libros, pero cada lección de Alberto equivalía á regalar á su me-

moria un tomo en folio; el héroe lo comprendía así, y, constituido en maestro, continuamente les explicaba lo que él aprendía con pasmosa facilidad.

Trascurrieron cinco días, durante los cuales ninguno de ellos salió del palacio; el conde, sin demostrar impaciencia ni desasosiego, esperaba un acontecimiento, y con su habitual calma aguardó la realización. Al finalizar el mencionado día, entró por fin el general, y, encerrándose con él, le dijo:

—El cardenal Adriano ha sido elegido pontífice, y ya camina hacia Cartagena, donde se embarcará para Roma.

—¿Y su sobrino?

—Queda muy recomendado por su tío, y se propone realizar su boda con María é ir con ella á Italia, donde pasarán seis meses junto al Papa, regresando luego á Madrid. El cardenal quiso retrasar su viaje veinticuatro horas más con objeto de que se celebrara el enlace á presencia suya; pero el emperador combatió esta idea enérgicamente. A las reiteradas súplicas del otro acumuló disculpas; y por último, se ligó con él, le habló de los medios que debían emplearse contra Francisco I, entusiasmó á su antiguo maestro, le convenció de lo urgente de su partida, y lo despidió al cabo, haciéndole el honor de acompañarle hasta el patio del alcázar. El buen señor ama á su sobrino entrañablemente, y esto disculpa su interés por él.

—¿Os dijo algo el César para mí?

—En el momento que partió la carroza, se acercó á mi oido, exclamando:

—Ya puede Alberto dar principio á su terrible misión; hazle saber que en el valle vierten lágrimas por

él, y que entre las sombras de la noche le será fácil saltar una tapia que sólo mide tres varas. Añade que en Italia triunfan nuestras armas, pero que en Fuenterrabía siguen los franceses, con ellos el baldón de España, y con éste el fundamento de una pena que desvela y atormenta á su soberano. Su olvido y abandono en los días que acaban de trascurrir serán sabios, como todo lo que él hace; pero ya que es tiempo de obrar, encárgale que ahora los sustituya con energía digna de él. Adios; tráeme la respuesta de esta noche.

—Muy bien,—dijo Silva,—sólo eso esperaba.

—¿Qué contesto al César?

—Nada

—Hijo, va á aumentar su impaciencia, y merece de tu parte...

—Señor, le amo tanto como á María y anhelo no disgustarlo; mas Alberto de Silva no contesta con palabras, sino con hechos.

—¿Qué intentas?

—Ya lo sabréis. Mañana á las doce saldré de casa; volveré á la una; estad aquí, y me ayudaréis á realizar con la brevedad posible lo que me propongo.

—Tengo que regresar al alcázar, y siento en verdad no poder dar noticia alguna al monarca. Y respecto de María, ¿qué piensas hacer?

—¡Oh! amo á ese ángel con loco frenesí; llevo cinco dias sin verla, y cada hora me ha parecido un siglo, cada instante un año. ¡Qué largos se hacen los momentos cuando el hombre no puede contemplar el sublime objeto de su amor! Mas no he debido acercarme al valle mientras el cardenal ministro se hallara en Madrid; sospecha que María aborrece á su sobrino y

que me ama; es astuto, y habrá procurado indagar la verdad; y como el emperador le debe muchos cuidados y desvelos, no he querido darle derecho á que pidiera cuenta al César de la tolerancia que tenía conmigo. Marchó, y ahora ya es otra cosa, cuando llegue á Roma, su sobrino habrá pagado con la vida la nefanda conducta que observó con mi padre y con otros; y aun cuando sus espías le participen á la vez que salto la tapia y me espera mi ángel entre los jardines del valle, será tarde para exigir responsabilidad al que ofreció la mano de María para un hombre que habrá espirado. Tenéis buena memoria, general; referid á nuestro sabio monarca el diálogo que hemos tenido, y quedará satisfecho.

Salió Quirós, y el conde se reunió con sus cuatro amigos, prosiguiendo hasta las doce de la noche ocupados en estudiar. El joven se despidió luego de ellos con las siguientes frases:

—Mañana desde las siete á las diez cotinuáis entre libros; de esta hora hasta las once os ponéis vuestros mejores trajes de corte; luego almorzaremos, esté ó no el general, y á las doce me acompañaréis á casa del señor duque de San Marcos.

Y se retiró á su alcoba sin esperar contestación.

El capitán y los alféreces le obedecieron sin vacilar, reuniéndose los cinco á las once, según lo dispuesto por Alberto. Durante el desayuno, los cuatro miraban al conde, el cual, abstraido con el pensamiento que le embargaba, comía sin hacer alto en los manjares ni en las personas que le rodeaban. Terminado aquel acto, y oyendo las doce, se levantó, diciéndoles:

—Dame el brazo, Navarro, y vosotros seguidnos,

De este modo salieron del palacio, yendo Alberto vestido de negro, y lo mismo sus cuatro compañeros, si bien los últimos lucían sobre el terciopelo de los gregüescos, ropillas y ferreruelos, agremanes de seda y oro, lazos de lo mismo en los zapatos y una airosa pluma blanca en los sombreros.

Cuando llegaron á casa del sobrino de Adriano se encontraba éste recibiendo á varios grandes, palaciegos y jefes del ejército, que habían ido á darle la enhorabuena por el puesto á que el Sacro Colegio tuvo á bien elevar á su eminente tio.

Silva se hizo anunciar, estremeciendo al duque su solo nombre, dudó, mas asaltándole la idea de que iba á felicitarle también, exclamó con alegría:

—Que pase ese valiente; bien sabe Dios que tenía gana de conocerle.

—Viene acompañado del señor capitán Navarro, teniente Núñez de Lara y alféreces Osorio y Mendoza.

—Que entren también; son amigos suyos, y me complace verlos.

Delante el conde y detrás sus cuatro amigos se presentaron en el estrado, hallando á San Marcos reunido con veintidos caballeros de las principales casas de la corte. Nuestro joven llevaba el sombrero en la mano derecha y la izquierda apoyada en la empuñadura de su espada; de este modo cortó la acción de alargarle la diestra que intentaba el duque.

Después de la mutua reverencia entre los que estaban allí y los que concluían de llegar, hizo uso de la palabra Alberto con voz clara, sonora, sin descomponerse, y con la mayor tranquilidad dijo:

—Señor duque, siento que un asunto desagradable

y molesto para ambos me haya obligado á penetrar en vuestrss salones; pero abrigo la confianza de que me dirijo á un hombre de honor, á un cumplido cabalero que escuchará sin temor ni sobresalto alguno las duras frases que me veo precisado á dirigirle. No nos estorba ninguno de estos señores; antes al contrario, y en vista de la elevada clase á que pertenecen, les ruego nos escuchen, y de este modo podrán juzgar con imparcialidad sobre un acontecimiento que se ha de prestar á comentarios, y que acaso merezca los honores de la publicidad.

El sobrino de Adriano era, según había dicho el general Quirós, alto, de figura antipática; ojos chicos y hundidos, nariz prolongada y barba saliente; pero afectaba modales cortesanos y una dulzura que desmentían sus hechos y carácter. Al acabar Alberto palideció, le flojearon las piernas y hubo de demostrar lo que sentía; mas el caso era grave, le escuchaban muchos grandes señores, y sobreponiéndose á sí propio, contestó con fingida calma y desdén:

—Ahora, señor conde, estoy conversando con mis amigos, y no puedo interrumpir su grata conversación; volved otro día más temprano, y si mis muchas ocupaciones me lo permiten os recibiré.

Estas frases causaron malísimo efecto en cuantos las escucharon. Alberto replicó:

—Os recuerdo, señor duque, que al buen caballero no le es posible anteponer nada á los lances de honor. Esto me enseñó mi padre, á éste su abuelo y así sucesivamente. ¿No os sucede lo mismo á vosotros, señores? ¿Calláis todos? Por deferencia al duque ocultáis lo que sois. ¿Me veré precisado?...

Los ojos del héroe comenzaron á despedir fuego, y sin poder contenerse los amigos y conocidos de San Marcos, le interrumpieron, contestando en coro:

—Sí, es verdad.

Un primo del duque de Alba añadió:

—Para el cumplido caballero no hay nada tan sagrado como atender la voz del honor.

—Y yo digo,—exclamó Navarro,—que basta ser persona honrada y tener corazón; sólo un miserable sin valor ni vergüenza antepondrá á su honra lo que para nosotros seria pueril, tratándose de aquélla.—

—Yo ignoraba,—se apresuró á replicar el duque, cada instante más pálido,—que era lance de honor lo que os traía á mi casa, señor conde, toda vez que me es completamente desconocida la causa; pero abundando en vuestra opinion, y en vista de que he juzgado mal, podéis decirme lo que tengáis á bien, que, á fuer de grande de España, no me es posible tolerar en mi honra la más leve mancha.

—Gracias, señor duque; y siendo así que os mostráis tan complaciente conmigo, tened la bondad de escucharme con atención. Vuestro padre, que no era duque ni grande de España, ni poderoso como vos, asistió con el mío á la conquista de Granada; lo que le faltaba en riquezas, le sobraba en valor, generosidad y desprendimiento; lo elogiaba mi padre, que nunca mintió ni supo adular, y en verdad que debió ser efectivamente uno de aquellos héroes que vertieron su sangre y oro ante los muros de la ciudad de Boabdil. La noche que ardió el campamento cristiano, donde hoy se eleva Santa Fe, perdió el autor de vuestros dias parte de su fortuna, devorada por las llamas ó

cogida por algunos soldados aficionados á lo ajeno.

—Conozco esa historia,—interrumpió el duque;—y si gustáis, puede suprimirse.

—Me alegro que la sepáis, porque entonces os habrán dicho también que vuestro padre se halló al dia siguiente del incendio sin un maravedi con que pagar las cien plazas que mandaba: y entre pedir prestado ó abandonar el sitio, le aconsejó su patriotismo que pidiera, y pidió.

—Eso es falso.

—Medid vuestras palabras, señor duque, porque os oyen veintiséis caballeros, y van á formar muy mal concepto de vos, siendo así que todos habrán dado por hecho que Alberto de Silva no viene aquí por dinero; me trae otra cosa que vale más. Oidme hasta que concluya, y luego contestaréis lo que os plázca. Prosigo: el conde de Santomera, mi señor padre mandaba el tercio de que formaba parte la compañía de vuestro padre; y como el jefe era á la vez su amigo íntimo, no tuvo inconveniente en pedirle prestada en diferentes veces la suma de ocho mil ducados. Le dió recibos, pero á su presencia los hizo pedazos el conde, mi señor, exclamando; «Si alguna vez los necesito, basta con que recordéis la deuda; entre hidalgos estorban esos papeles.» Acabó el sitio; asuntos de familia llevaron á vuestro padre á Alemania; allí casó con la hermana de un sacerdote, que ha poco se titulaba cardenal Adriano, y al fin murió dejando dos hijos, vos y vuestro hermano Luis. Mi padre no pensó jamás en pedír un dinero que el vuestro empleó en servicio de España; pero trascurrieron años y más años, le sobrevinieron desgracias sobre desgracias, hasta que por

último se halló con todas sus rentas hipotecadas y sin dinero para atender á mi educación y á la grave enfermedad que le llevó al sepulcro meses después. Supo que vuestro padre había muerto; pero le dijeron también que su hijo mayor, debido á la influencia de un tío cardenal, era duque, grande de España y tan poderoso qne nadie le aventajaba en riquezas. Estabais en Valladolid, y os mandó, en consecuencia, un compañero suyo, testigo de la deuda, el cual fué portador de una carta que relataba lo expuesto, añadiendo que tuvieseis la bondad de mandarle los ocho mil ducados que le debía vuestro padre, toda vez que os suponía buen hijo con conocimiento de la deuda y afecto á un antiguo amigo y compañero del noble capitán que os dió su apellido y sangre. Os rogaba además que disculpaseis el hecho, en vista de las desgracias de que era víctima y en atención á vuestra inmensa fortuna. Si hubiera vivido vuestro padre, estoy seguro que le habría faltado tiempo para ir á Murcia y estrechar contra su pecho á su leal camarada y jefe, ofreciéndole cuanto tuviera, inclusa la vida. ¡Cómo degeneran los hombres, y qué diferencia suele haber entre la condacta que usó el padre y la que practica el hijo! Oid, señores, lo que el muy rico, noble y poderoso duque de San Marcos contestó á mi pobre y moribundo padre.

—Basta,—exclamó aquél temblando;—esta escena debe terminarse entre los dos, á solas y como cumple á buenos caballeros.

—Siento no poder complaceros, duque; veo que mi relato ha excitado la curiosidad en todos estos señores, y es preciso que acabe la escena con el mismo au-

ditorio que empezó; y os advierto que tiene conocimiento del asunto el emperador, y quiere que termine así.

—¡Su majestad!

—Cierto; se halla enterado de todo, y aprobó mi conducta de antemano.

—Si lo habeis ganado, y en Madrid no se me hace justicia, la hallaré en Roma.

—Suponer injusto, veleidoso ó torpe á nuestro amado César es una horrible calumnia que ha estremecido á esos nobles señores; vedlos y avergonzaos.

—Leed la carta, conde,—gritaron varios.

—Que la lea,—dijeron los restantes.

—Es inútil,—añadió San Marcos;—la recuerdo, y puede el conde manifestarme lo que desea de mí.

—Que la lea,—gritaron los cuatro ex-comuneros, clavando en San Marcos la centésima mirada de fuego.

—Al momento; tened la bondad de oirme, señores.

Y sin hacer caso del duque, sacó Silva un escrito de su escarcela, leyendo:

«Al conde de Santomera: Mentís; mi padre jamás »debió un maravedí; siempre rico y poderoso, sería él »quien os prestó los ocho mil ducados que pretendéis »estafarme. Ya que sois tan pobre, podíais ser más »humilde, y á fuer de honrado, invocar el nombre del »autor de mis días para pedirme una limosna, que ja»más niega á ningún miserable.—*El duque de San »Marcos.*»

Cuantos estaban presentes separaron la vista con horror del sobrino de Adriano, el cual tuvo que apoyarse en un sillón para disimular el temblor y sobresalto que le causaba su propia obra.

El conde guardó aquel escrito, y sacando otro, añadió:

—Hé aquí, señores, ahora, el testamento de mi padre, escrito por mí y firmado por él, dos horas antes de morir. Dice así:

—«Hijo mío: Me llama Dios, y mi espíritu se dis»pone á abandonar la ruín materia que le sujetaba, »para correr á su encuentro. Al dejar el mundo, llegó »á tanta mi desgracia, que sólo puedo legarte una es»pada teñida treinta veces en sangre infiel, y un nom»bre... Hijo, hasta ese te dejo manchado. Viejo, po»bre é impedido, me infamaron, llamándome misera»ble ladrón, y tengo que bajar á la tumba oyendo el »eco de aquella voz horrible y maldita que empañó el »brillo de mi nombre, el cual se sostuvo y ostentó lim»pio siglos y siglos. En el cajón de la mesa en que es»cribes hallarás la historia del hecho y la carta que lo »termina. Jamás aceptes de su autor un maravedí; las »manchas del honor no se lavan con oro. Si algún día »recuerdas lo que fueron los Silvas y arde tu sangre »como la mía, con esa historia, la carta y este mi »testamento, deja tu apellido como yo lo encontré. »Perdona, hijo mío, si no te lo entrego del modo que »lo recibí; no podía andar ni aun moverme, y tuve »que callar y sufrir; eso abrevia mi muerte y hace es»pantosa mi agonía. Eres mi único heredero, hijo del »alma; compadece á tu padre, y que Dios Todopode»roso se apiade de los dos».

—Está firmado y sellado.

Nadie contestó; los amigos del duque bajaron la vista como avergonzados; Navarro, Núñez, Osorio y Mendoza oprimían los sombreros y las empuñaduras de

las espadas, y el duque, con la cabeza inclinada y apoyado en el sillón, no se movía, faltándole hasta la voz. En cuanto al conde de Santomera, severo y tranquilo, parecía un juez que contemplaba á la víctima con más desdén que enojo, con más desprecio que ira. Miró después el cuadro, y, comprendiendo que aquel silencio se prolongaría mucho tiempo si él no lo rompía, preguntó:

—¿Qué decís, señor duque, á la acusación que se desprende de mi relato y lectura de cartas?

—Nada,—murmuró con voz entrecortada.—Si os bastase con el reconocimiento de la deuda, aun cuando no existe justificante alguno, me hallo dispuesto á pagarla.

—Yo tengo testigos que presenciaron la entrega del dinero; ninguno baja de sesenta años de edad, y no es posible dudar de lo que afirman; pero eso es demasiado; renuncio á cobrar, dándome por satisfecho con vuestra vida, que en verdad vale menos.

—¿Qué pretendéis?

—¿No lo adiviná is? Leedlo en los rostros de todos estos caballeros; si continuáis tan torpe, vais á inspirarles compasión.

—Es decir, que suponiendo una ofensa hecha por mí á vuestro padre, ¿queréis batiros conmigo?

—¡Qué talento tenéis, señor duque! lo habéis adivinado, y no puedo menos de admirar extraordinariamente vuestra fácil y sublime comprensión.

Alberto añadía ahora con sus frases un sonrojo capaz de herir al hombre de menos fibra. Humillado el duque, herido en su amor propio y comprendiendo que si continuaba en aquel estado iría Silva poco á poco

matándolo moralmente, antes de hacerlo de otra manera, volvió en sí, y procurando terminar aquella cruel agonía, exclamó:

—Con motivo ó sin él, con buenos documentos ó con falsos, ó con intención que no quiero calificar, venís á desafiarme: y en verdad, señor conde, que para lograr vuestro intento no necesitabais de pretextos ni de otra cosa que la demostración de vuestro deseo. Cerca de aquí á dos leguas escasamente, tengo una magnífica posesión con parques, jardines y un bosque donde al amanecer del día de mañana podremos reunirnos, yendo acompañados de dos amigos de nuestra mutua confianza.

—Ya sé yo, señor duque, que sois muy rico y que tendréis extensas posesiones; tampoco ignoro que vuestro valor raya muy alto; pero es el caso que en la presente ocasión no nos sirven los bosques, los parques ni los jardines; quiero llevaros al palenque, y allí medir mis armas con vos, ó si rehusarais, sentar mi mano en vuestro *venerable* rostro, después la saliva, concluyendo por entregaros á la execración pública:

—La sola suposición es un horrible insulto, y voy creyendo señor Silva, que os ciega la vanidad. ¿Qué más me da á mí ir al bosque que al palenque? Pero no comprendo la causa.

—Ya os la explicaré. En primer lugar se ha hecho pública la ofensa, y es preciso que sea igual la reparación; en segundo que, debiéndose instruir expediente por el justicia mayor del reino, quiero saber si tengo ó no razón para poder obrar como lo hago; y en último, que siendo ambos leales servidores del emperador, no nos es dado ofenderle, faltando á las leyes, cuando

tan benignamente se avendrá á concedernos el permiso.

—¿Es decir, que lo sabe todo?

—Para el que me ha perdonado lo de Murcia, y se dignó honrarme con su espada y esta banda de capitán, no tengo yo secretos.

—Mucho perdonar fué indudablemente; que al rebelde se le castigó siempre con la horca ó el garrote.

—Si á aquello llamáis revolución,—dijo Navarro con ira,—yo sostengo con mi espada que estuvo bien hecha; el que crea, ó los que crean lo contrario, que recojan el guante.

—Digo lo propio,—añadió Núñez.

—Y yo.

—Y yo,—replicaron Mendoza y Osorio. El último prosiguió:

—Para hacer lo que Alberto de Silva, para comprenderlo, es preciso tener su valor, su genio, su abnegación, su leal amistad, señor duque; y vos distáis de él tanto como el sol de la tierra. Si alguno de vuestros parientes ó amigo lo duda, decidle que lo que habla mi lengua lo sostiene mi espada. Soy noble, y vivo en el palacio del general Quirós...

—Basta, don Alvaro,—dijo Santomera;—el señor duque lo entiende así también, y no necesita que vuestra exaltada imaginación y ardimiento exciten su valor, probado, no sé dónde, pero en fin, probado. Conque, señor de San Marcos, ¿á quienes elegís por padrino y testigo?

—Al duque del Aguila y á mi primo don Ricardo, que se hallan presentes.

—Y yo al capitán Navarro y á Núñez de Lara, que tambien nos oyen.

—Está bien; que ellos se pongan de acuerdo, manden redactar la solicitud y yo la firmaré. ¿Os retiráis?

—Al mometno; la pregunta es digna de vos, toda vez que vuestra hospitalidad está en relación con las bellísimas cualidades que os adornan. Nos echáis, y lo siento, que la honra de estar á vuestro lado no tiene precio, noble señor.

—¿Ignoráis por lo visto que mi prisa nace del cúmulo de ocupaciones que me abruman?

—Pues tened un poco de paciencia, señor duque; hace diez meses que espiró mi infeliz padre, y durante ese período sólo en vos he pensado, á vos únicamente deseaba ver; pero ahogué mi impaciencia y he aguardado este día, pareciéndome cada minuto una hora, cada semana un año, cada mes un siglo. Así es que, al presentarme ante vos, traigo todo lo necesario; oid la exposición que yo he redactado, y si está en regla, según creo, la firmaremos los seis, ahorrando molestias á nuestros padrinos y ganando tiempo.

Y la leyó, hallándola todos conforme y en perfecta relación con las leyes sobre duelos en palenque.

El duque hizo el último esfuerzo y firmó; Silva le imitó, llenando á la vez los huecos que habían dejado para los nombres de los padrinos y testigos; rubricaron éstos y se la guardó, exclamando:

—Señores, dispensadme todos la molestia que os he causado; sin violencia alguna hubiera perdonado al duque de San Marcos, si la ofensa inferida se dirigiese á mí; pero lo fué á mi padre, y con tal gravedad, que acibaró su existencia, precipitándolo á la tumba, deshonrado y afligido. Por mucha sangre que yo haga derramar al duque, vertimos mi padre y yo por su

causa más lágrimas de dolor. Sin embargo de lo expuesto, antes de cuatro días se hallará instruído el expediente, nos llamará á ambos el justicia mayor para obligarnos á desistir ó en su defecto para ratificar; yo os ruego que si me he equivocado; si la causa no es suficiente; si falté como hijo ó como caballero, os presentéis allí ese día, me aconsejéis lo que debo hacer, y yo os aseguro cumplir vuestro deseo, siempre que se halle sujeto á las leyes del honor. Que el cielo os guarde y premie la paciencia y bondad con que me habéis escuchado.

Hizo una reverencie, otra Navarro, Núñez, Osorio y Mendoza, y salieron de allí, siendo despedidos con igual saludo por los amigos y conocidos del duque.

Su semblante sereno y altivo no sufrió alteración alguna en el tiempo que permaneció allí; con la misma tranquilidad que entró salía, dejando admirados á cuantos le escucharon. Su calma aterraba más al duque de San Marcos que las terribles frases que concluían de brotar de los labios de Silva.

CAPITULO XXVII

Segunda campaña del jorobado. Previsión.—Las dos tórtolas.

Quedó San Marcos en medio de sus amigos y conocidos sin atreverse á desplegar los labios ni éstos á decirle nada. La mayor parte eran valientes y caballeros y al escuchar al conde de Santomera se avergonzaron de haber estrechado la mano de un hombre tan miserable como el duque; permanecieron allí por compromiso, y por la misma causa aceptaron el duque del Aguila y don Ricardo los cargos de padrino y testigo. Así es que en cuanto uno de ellos rompió la marcha y salió, sin hacer otra cosa que una reverencia, fueron imitándole los restantes, estrechando la mano de San Marcos únicamente tres que le debían algunos favores y esperaban todavía recibir otros. Aún no había llegado Alberto á su palacio, y ya el duque se encontraba sólo y entregado á la desesperación.

—Me han abandonado,—se decía, paseando por el estrado,—los que hace poco me adulaban, honrándose además con que les permitiese la entrada en mi casa; ya me miran con desdén y como un ente despreciable.

¡Maldición! Cuando mi tío se eleva al trono más alto de la tierra; cuando yo me juzgaba el príncipe más poderoso de la cristiandad, viene ese maldito conde á destruir mis ilusiones, á emponzoñar mi alma, y si á la postre me mata... me matará, sí; lo he leído en sus ojos, me lo ha dicho mi corazón; él estaba sereno, tranquilo, impávido; su vista abrasaba, y las frases que vertían sus labios cortaban como el filo de una cuchilla; y yo en tanto temblaba de miedo, mi espíritu se contraía, y todo mi ser demostraba la pavura que se había posesionado de él. Y lo peor es que ya no puedo desistir; estoy deshonrado, y estas manchas se lavan con sangre; pero va á ser de la mía, y eso no puede ser, no quiero yo que sea. Busquemos un medio; mi hermano me ayudará.

Y oprimió un timbre, diciendo al paje que se presentó:

—Don Luis, que venga al momento.

—No está gran señor.

—¿Dónde se halla?

—Salió esta mañana de caza con varios amigos, y no volverá hasta las cuatro.

—¿Qué hora es?

—Acaban de dar las dos.

—Sal, y en el momento que regrese tráelo á mi presencia.

El duque continuó paseándose ciento veinte minutos, sin dejar de demostrar un solo instante la agitación y malestar que le embargaban. Por fin llegó su hermano, que era menor, más bajo, pero en cuya frente se leían la astucia y dañina intención.

—¿Me has llamado?—le preguntó, entrando.

—Sí; y es muy extraño que en un día como este haya abandonado el palacio para correr una liebre, matar el corzo ó herir al jabalí.

—Sé lo egoista que eres, conozco tu afición á las ovaciones, y me he marchado por la misma causa, con el objeto de que saboreases tú sólo la dulzura de unas lisonjas que yo he mirado siempre con indiferencia.

—Luis, no estoy para oir sandeces ni debo tolerarte la dureza que sueles emplear conmigo. Siéntate y hablemos; veamos si es posible conjurar la tormenta que nos amenaza.

—Ambos lo verificaron, exclamando el menor:

—¿Te refieres á lo acontecido hoy con el conde de Santomera?

—¿Quién te lo ha dicho?

—En todo Madrid no se habla ya de otra cosa; al regresar de mi cacería permanecí poco más de media hora en casa de Córdoba, viendo los dos alazanes que le han traído de Jerez, y oí á los tres amigos el relato algo desfigurado por hallarme yo presente, pero no tanto que el público dejara de inclinarse á favor de ese revolucionario de Murcia, protegido por el ministro de la Guerra y amparado por S. M. I. yo no sé en qué consiste, pero la verdad es que los grandes y los chicos todos simpatizan con ese murciano. Dicen que es hermoso, valiente y tan entendido...

—Bueno; eso no es del caso ni me interesa saberlo. ¿Quiénes corren la noticia?

—Tus amigos, conocidos y los jefes y oficiales del ejército, que de parte de Santomera, se burlan de tí y dicen que te matará. Como él es militar y tú no...

—¿Qué estás diciendo, Luis?

—La verdad; ¿quieres que te engañe?

—¿Qué opinas de ese horrible lance?

—Mal, hermano, muy mal; cuando tuve conocimiento de la contestación que dabas al viejo conde de Santomera, recuerda lo que te dije: nuestro padre debía esa cantidad; tu avaricia negó el pago, y hoy sufres las consecuencias naturales.

—Ya está hecho, y ahora lo que interesa es que salgamos del apuro. Deshonrado yo, lo estás tú tambien, puesto que llevamos un mismo apellido, y es indispensable que entre los dos busquemos el medio de conjurar la tormenta que nos amenaza.

—¿No habéis pedido campo al emperador?

—Sí.

—¿Lo concederá?

—Es lo probable.

—Entonces solo te resta ir al palenque y matar á Silva.

—¿Y si sucede lo contrario?

—Lo sentiré mucho, pero tú has tenido la culpa; me opuse á que negases la deuda, y más aún á que contestases con la irreflexión y torpeza que lo hiciste.

—Comprendo, Luis, comprendo; si yo logro arrancar la vida á Alberto, tú nada habrás perdido; mas si consigue el matarme, serás duque, grande de España, mi heredero y el de nuestro tío.

—Me juzgas por tí; ya sabes que no fuí avaro nunca, y que te he dado más pruebas de cariño que tú á mí; por consiguiente, rogaré al cielo te saque bien del terrible lance que te has proporcionado; y si estuviera en mi mano darte la victoria, está seguro de que la

obtendrías, aún cuando para ello tuviera que exponer mi existencia.

—Y siendo así, ¿por qué no me ayudas á destruir el alma?

—¿Quieres que me bata por tí?

—No, lo que pretendo es que perezca nuestro enemigo sin que nos expongamos ninguno de los dos.

—¿De qué modo?

—Eso es justamente lo que deseo me ayudes á buscar; discurramos, hablemos...

—¿Intentas un asesinato?

—Somos ricos, poderosos, y con el oro todo se consigue.

—Contesta á mi pregunta; ¿quieres asesinarlo?

—Pues bien, sí; que muera, y me es igual el modo y el nombre.

—Para eso no cuentes conmigo; si él no te hubiera retado al campo del honor, en buen hora; pero es villano y miserable tender una emboscada al que se ha presentado con tanta nobleza y valor.

—¡Qué ideas y qué escrúpulos demuestras en esta ocasión, Luis! No me explico ese cambio tan repentino é inusitado.

—La córte y hasta el pueblo tienen ya noticia del hecho; el emperador protege de una manera decidida al conde, y lo prueba la banda de capitan que acaba de concederle, y otras cosas que ambos sospechamos. S. M. es tan bondadoso como terrible en el modo de aplicar la justicia; y si bien no me importaría exponer la vida por tí, me horroriza la idea de perderla en el patíbulo afrentoso, llevando sobre mi rostro el sello de la execración pública.

—Tonterías tuyas: ¿quién osaría atentar contra los sobrinos y herederos del Santo Padre?

—El César, duque; Cárlos I, que si perdona las faltas, seria capaz de conducir al patíbulo á un indivíduo de su propia familia, si alguno se atreviese á cometer un crímen; es, por otra parte, Roma quien necesita de Madrid; eso lo sabes tú.

—Bien, pero el respeto y consideracion que merece el puesto que ocupa nuestro tio...

—No; lo más fuerte y grande que existe es el poder; éste lo tiene el que cuenta con ejércitos, generales y dinero y medios de conducirlos; y ese no es otro que el emperador, monarca el más valiente y poderoso de Europa.

—Veo con sentimiento que hoy no nos entendemos.

—El camino más corto, seguro y fácil es dejar las cosas en tal estado, esperar así el dia del combate, y llegado éste, matar al contrario, con lo cual se pierde el enemigo y se gana honra y prez.

—¡Qué valiente, pundoroso y recto de intenciones te presentas ahora, Luis!

—Siempre fuí lo mismo; como no tuve ocasion, oculté mi modo de pensar en esta materia.

—Te vengas ahora de lo que llamas mi ambicion, avaricia y tutela.

—Es cierto que, á pretexto de mi menor edad, la cual concluye en el presente mes, me has tenido anheloso de que me sobre un escudo; «lo justo y nada más lo justo», me decias, y me has dado lo puramente indispensable para vivir hasta con estrechez; más peligra tu vida y de todo me olvido.

—No lo he notado.

—Quieres un imposible, y eso no lo conseguirás de mí.

Los dos continuaron hablando hasta cerca de anochecido, sin lograr el duque hacer de su hermano un instrumento infame y miserable. Ya iba á salir Luis, cuando entró un lacayo y dijo al primero:

—Señor, hace media hora que llegó un jorobado murciano, según dice, poseedor de un beneficio, el cual insiste en hablar con vos, amenazando que no abandonará el zaguan hasta que lo consiga.

—¿Cómo se llama?

—Juan de Dios Bermudez.

—Echadlo á palos; no conozco á ese hombre ni quiero verlo.

—Ya lo hubiéramos hecho antes que molestaros; mas dice que os interesa mucho el hablar con él, y que agradecereis el que llegue hasta aquí.

—¿Qué más ha dicho?

—Que está herido de una puñalada que le dió en Murcia el conde de Santomera.

—Traédmelo. Siéntate, Luis, no sea un asesino ó el aborto de alguna intriga.

Tres minutos después se presentó el jorobado que ya conocemos, pálido, feo y más antipático que nunca, quedando parado á la puerta del salón.

—Gran señor, ¿me dáis vuestro permiso?—preguntó con fingida humildad.

—Avanza. ¿Quién eres?

—Un hombre, que acaso pueda ser muy útil á vuestra merced, señor duque.

—¿Qué quieres?

—Hablar con vos, pero sin testigos.

—Este caballero es mi hermano único, y puede oir lo que tengas que decirme.

—En ese caso, si me permitís...

—Abrevia.

—Hace cerca de un año existían en Murcia unos conspiradores ó proscritos, procedentes de las comunidades, á los que quiso prender y quitar la vida el señor don Pedro Fajardo, adelantado mayor. Al efecto, me otorgó toda su confianza, y en representación suya, según prueba un documento que traigo conmigo, fuí el encargado de descubrir el paradero de aquellos hombres y de presentárselos muertos ó vivos. Llené la primera parte de mi cometido, rodeé el castillo donde se escondían con los trescientos hombres de que disponía el marqués de los Vélez, y hubiera dado fin de todos ellos, si un acontecimiento que me fué imposible prever no me dejara inútil cuando menos lo esperaba. ¿Molesta á vuestra señoría mi relato?

—No; continúa.

—Quiso la suerte que yo ignorase la protección que dispensaba á los fugitivos un hombre funesto que se titula conde de Santomera. Me hallaba solo y casi indefenso estudiando el mencionado castillo, y procuraba indagar su misteriosa entrada, cuando hé aquí que aparece de pronto ese conde, que Dios confunda, disfrazado de labriego. Cruzamos algunas frases, nos reconocimos y luchamos; pero iba más prevenido que yo, me arrojó su manta á la cara y me atravesó con su cuchillo. Ved la cicatriz de una de mis heridas.

Y soltándose la ropilla, descubrió el pecho y la enseñó.

—Recuerdo haber oido parte de esa historia,—dijo el duque,—y me va interesando el relato. Prosigue.

—Despues me echaron al fondo del castillo, fingieron curar el daño causado, teniéndome veinticuatro horas sin alimento y completamente abandonado. Luégo me cogieron entre dos, y sacándome de Monteagudo, me trasladaron á la casa más proxima, donde permanecí cerca de tres meses que tardé en sanar. El diablo quiso que, no obstante la gravedad de la herida, curase, y cuando me ha dejado en el mundo para *algo* fué; y ese *algo* no puede ser otra cosa que una venganza justa, con la cual sueño; y la que realizaré, lo juro, á costa de mi existencia. Hace poco dias debí llevar á cabo mi deseo; mas soy pobre, me hallo solo, y, no obstante mi buena puntería, erré el tiro por unas cuantas líneas, el efecto de la mala calidad de mi pólvora, levantó el arcabuz. Hé ahí, gran señor, mi hoja de servicios, confirmada con esa órden que autoriza don Pedro Fajardo.

—Cierto; es su letra y rúbrica.

—Si en vista de tales antecedentes quisiérais ocuparme en servicio vuestro, soy capaz, muy capaz de sorprender al leon, cazarlo, devolviéndole el obsequio que me hizo en el castillo de Monteagudo.

—Pudiera ser; pero quedan pocos dias, temo que falte lo necesario, y la fiera triunfe al cazador.

—A eso vengo justamente: carezco de algo; mas á vos os sobra, y si llegara á conseguir que vuestra señoría me comprendiese...

Don Luis se levantó, exclamando con desden:

—Hermano, tu estrado se convirtió en pretorio, y

yo digo lo que Pilatos: ahí te queda ese hombre, mientras voy á lavarme las manos.

Y desapareció del salon, sin dar tiempo á que lo detuvieran. Al entrar en sus habitaciones, exclamó:

—Si matan á Silva el uno y el otro, nada pierdo: si muere el duque lo sentiré mucho, guardaré luto y me iré á Roma, llevando una grandeza, corona ducal y cien mil ducados de renta, es decir, que nada expongo y estoy próximo á adquirir mucho.

Poco despues salió del palacio, demostrando una indiferencia y tranquilidad que no indicaban mucho cariño fraternal ni interés alguno por la suerte de su hermano.

El duque no intentó tampoco detener á don Luis. Lejos de eso, vió su marcha con placer, se fijó en el giboso, y, quedando satisfecho de su afecto, le dijo:

—Háblame sin rodeos ni ambajes. ¿Qué pretendes?

—Señor, una casualidad me ha hecho saber el desafío á que os ha provocado esta mañana el conde de Santomera; conozco la destreza, sangre fria y acierto de ese hombre, y, no obstante vuestro valor, creo que os matará. Es efectivamente un leon con la astucia de la culebra y la sabiduría de Lucifer.

—¿Viste á Fajardo despues que curaste de la herida?

—No me atreví; pues, sin embargo de haber quedado manco, me aseguraron que se hizo amigo del vencedor; y como la soga rompe por lo más delgado, sospeché con sobrada razon que quisiera vengar en mí la inutilidad de su mano derecha. Así es que antes de acabar mi convalecencia vine á Madrid, donde llevo más

de seis meses esperando, señor, esperando el momento en que la suerte me proporcione la ocasión que tanto anhelo.

—No pareces tonto ni cobarde, y si tú fueses capaz...

—Si vos me conociéseis, no dudaríais un solo instante.

—¿Qué te hace falta, Bermudez?

—Dinero y media docena de hombres; yo apunto muy bien, y á la tercera... á la tercera, señor, lo mato.

—Si no fuese más que eso, dinero tengo y vasallos que son leales. ¿Qué oro deseas?

—Mil ducados.

—¿Para qué quieres tanto?

—Ese hombre fatal abarca hoy gran poder, tiene muchos amigos, y, si me descubren, necesitaré mucho oro para no perecer.

—¿Estás seguro de no errar el golpe?

—Le sigo á todas partes, le espio, le ódio con toda mi alma y le mataré, señor duque, no dudeis que lo mataré.

—Bermudez, leo en tu semblante lo mismo que expresan tus frases; y si logras conseguir tu objeto antes de realizarse nuestro desafío... No juzgues que le temo; pero avergüenza á un caballero ir al palenque y servir de diversión á la multitud.

—Lo creo así, y por la misma razón deberá sucumbir antes de ese dia.

—El dinero...

—Lo necesito adelantado.

—¿Quién me responde de tí?

—Puesto que me han de acompañar seis de vuestros vasallos, saldremos juntos de aquí, y ya no nos separaremos hasta dar fin del conde de Santomera. Pueden venirse á mi casa, siempre á mi lado, vigilarán conmigo, y de este modo se abreviará. Sólo impongo una condición, y es que he de dirigir la emboscada, concretándose ellos á obedecerme ciegamente. A mí me sobra ingenio, ódio y deseo de venganza, y á ellos pudiera faltarles algo.

El duque quedó meditando; luégo, exclamó para sí:

—El jorobado es enemigo de Silva; unido á los mios, lo mata; despues lo asesinan á él, quedando tendidos los dos contrarios, y apareciendo que se han herido el uno al otro. De este modo logro mi intento, eludiendo toda responsabilidad.

Y, alzando la voz, añadió:

—Perfectamente, Bermudez; te daré esta noche los mil ducados, saliendo de aquí acompañado de seis hombres de reconocido valor, buena puntería y lealtad suficiente. Admito tu condicion, y te impongo otra: ó muere Silva ó pereces tú.

—La acepto; ordenad á vuestra gente que en el momento de vacilar, temer ó retrasar lo que ambos deseamos, me atraviesen el corazon.

—El diablo te ha mandado aquí, y en verdad qué si logras tu intento, harás tu suerte.

Dejemos á los dos malvados que acaben de arreglar su inícuo plan, y sepamos nosotros qué era de la víctima designada y de sus valientes amigos, á cuyo fin tenemos que retroceder un poco.

Al salir el conde de Santomera del palacio de San Marcos iba tan tranquilo y sosegado como antes de en-

tra, si bien demostraba su semblante una satisfacción que rara vez sentía el grave y mesurado joven. No sucedía lo mismo á sus cuatro compañeros; la mirada de Navarro despedía fuego, Nuñez llevaba ensangrentado el labio inferior de tanto oprimirlo con su fina dentadura, mientras Osorio y Mendoza apretaban los puños, lanzaban votos, y el coraje se retrataba en sus semblantes.

—Digo, Alberto,—exclamó por fin el capitán,—que ese hombre no merecía el honor de llevarlo al palenque; debiste admitir su proposición, y ya en el bosque, haberle ido pinchando, para que antes de espirar sufriera una agonía menos larga y cruel, por mucho que fuera de la que él merece.

—No trates de enmendar la plana, Navarro, porque siempre que lo intentas deliras. Ese hombre es el prometido de María, sobrino además del Padre Santo, y de no justificar su muerte del modo que lo vamos á hacer, faltábamos á las leyes del reino, al emperador, que tanto nos distingue, y á otras consideraciones no menos importantes. Hay causa suficiente para obligarle á que vaya al palenque, y era todo cuanto yo deseaba.

—Sí, mas se pierde tiempo y no eras tú el que debiste rebajarte á matar á ese miserable: esa misón me correspondía á mí, que fuí el amigo de tu padre.

—Calla, Navarro; quien ha esperado nueve meses, puede aguardar ocho ó diez días más. ¡Vengar tú la memoria del autor de mis días; quitar á María el inconveniente que se opone á su felicidad! ¡oh, aun cuando supiera que iba á perecer, no te cedería el derecho que tiene el hijo y el amante!

—Pero tu calma, Alberto, tu calma me desespera.

—Interin tú no la tengas no serás digno de llamarte mi amigo y padre.

—¿No has notado algo siniestro en la mirada del duque?

—Sí.

—¿No crees, como yo, que te teme?

—Es posible.

—Pues siendo así, debe intentar rehuir el combate.

—Ya le es imposible; llevo en mi escarcela la firma que lo inutiliza para desistir.

—Hay otros medios.

—No te comprendo.

—Es rico, sus vasallos se parecerán á él, y si tú murieras antes de abrirse el palenque...

—Eso sería un asesinato.

—¿No lo crees capaz?

—Es malo y cobarde; pero Dios misericordioso defenderá mi vida de sus puñales.

—Bien, mas yo estoy por aquello de: «Ayúdate, que yo te ayudaré.» En consecuencia, me constituyo en sombra tuya, y no te dejaré un momento hasta la hora del duelo.

—Me alegro; de ese modo volverás á ver esta noche á mi encantadora María.

—¿Otra vez te diriges al valle? Yo creí que ya no pensabas en esa Elena número dos.

—La amo cada instante más.

—¡Como no fuiste en cinco días, ni demostraste sentirlo!...

—Te equivocas; me han parecido cinco siglos, y si no corrí á su lado fué porque no pude.

—¡Ya! estaría el otro.

—¿Quién?

—Carlitos, su número uno.

—Puedo asegurarte Navarro, que tus calumnias, hijas de la tontería, sólo me inspiran risa.

—El día que pienses con madurez y te mires en mi espejo, verterás lágrimas de dolor como yo hice ya varias veces.

—¿Qué más?

—¡Ay! Alberto, la culebra será siempre culebra, y su ponzoña el alimento del sexo feo, crédulo y sencillo. Desde aquello de la *manzana*, todas son lo mismo, y parece condición precisa que hemos de probar la fruta sin comprenderlo. Nadie puede eludir esa ley terrible: hasta los sabios como tú, caen, y ¡ay de ellos si no abren á tiempo los ojos!

—Buen discurso, Navarro.

—Como siempre habláramos de esto, sería yo el profeta, tú el Adán.

—¿Es decir tú el sabio, yo el tonto?

—Eso es poco más ó menos; podías añadir el ciego, el débil y el inexperto.

—Llegamos al palacio; suspende el sermón, que á la noche continuarás. Saldremos á las siete; traje, el que tú quieras.

—¿Vas á permanecer en casa hasta esa hora?

—Sí.

—Entonces no subo; voy antes de sentarnos á la mesa á encargar cotas de malla y sombreros á prueba de bala y de puñal.

Y, alzando la voz, añadió:

—Nuñez, Osorio y Mendoza, acompañad á Alberto

hasta que yo regrese; os advierto que el duque debe intentar asesinarlo.

Y volvió á salir, dejando á los cuatro que subieran tranquilamente la ancha y hermosa escalera del palacio de Quirós.

Los tres alféreces cogieron en medio al joven capitán, entrando así en el despacho de don Gonzalo, el cual les esperaba impaciente y desasosegado.

—¿Qué aconteció, Alberto?—le preguntó con viveza. El conde resumió en breves frases lo ocurrido con el duque de San Marcos y el resultado de su entrevista. Luego sacó de su escarcela la solicitud firmada por los dos combatientes, padrinos y testigos, y se la dió unida á otros documentos, añadiendo:

—Decid al emperador de mi parte, que sólo á él es dado abreviar la terminación de este asunto, y que, concluído que sea, partiré á Fuenterrabía y luego á Francia.

—Hace más de media hora que está esperándome, y antes de comer pienso dejar en manos del justicia mayor la solicitud con el permiso del César.

—No sé si podré esperaros; á las siete debo partir al valle.

—Creo que comeremos juntos.

Y salió, mientras que Silva y los tres alféreces, pasando al despacho del primero, se ocuparon en hacer ejercicios sobre idiomas.

A las cinco regresó Navarro, algo después el general, sentándose á la mesa los seis.

—¿Qué ha contestado el emperador?—preguntó el conde á don Gonzalo.

—Leyó la solicitud con detenimiento, después los

documentos que confirmaban vuestra justa demanda, y exclamó, cuando hubo concluido; «Tenia noticia de que el duque de San Márcos no era bueno; pero nunca pude sospechar que fuese tan malvado como demuestran esos papeles. Pobre María, y qué esposo tan indigno de ella pensaba darle: á bien que eligió otro y no pensé oponerme á que se cumpliera su voluntad.» «Vé, don Gonzalo,—añadió,—á casa del justicia y dile de mi parte que concedo el permiso, y que abrevie en lo posible la terminacion de este asunto. La demanda de Silva es admisible, y, sea el otro quien quiera, presidiré con gusto el duelo que ha de llevarse á cabo.» Le obedecí en el acto, y puedo asegurarte que el justicia mayor del reino no te hará esperar mucho tiempo. ¿Por qué no vas á ver al emperador? Me consta que desea volver á hablarte.

—Si no me llama, dejaré de pisar el alcázar hasta que termine mi desafío.

—¿Qué te propones?

—Evitar el que los amigos del duque supongan que cuento con una influencia que no tengo ni quiero, aplicada contra aquél en el caso presente.

A las siete concluyeron de comer, y en el mismo instante montaron á caballo Navarro y el conde dirigiéndose al valle á trote largo y sin descansar un solo instante. Ya allí, fueron á parar al mismo sitio y junto al árbol en que dias antes permanecieron una hora.

La noche estaba clara, y Alberto, despues de meditar un minuto, saltó el cercado en la forma que lo hizo otra vez, y comenzó á pasear por el jardin, aproximándose unas veces al palacio y otras retirándose al extremo opuesto.

Navarro sujetó los caballos, y encaramándose sobre el caballete, exclamó:

—Segunda campaña; tendré paciencia hasta tanto que ese muchacho reciba un desengaño de á fólio y nos deje en paz con tonterías amorosas, tan impropias de su talento como lo es de mi papel que estoy haciendo. ¡Bonito cuadro! un capitan lleno de honrosas cicatrices á caballo en una pared, mirando al pálido fulgor de la luna á un hombre que se empeña en hacer su desgracia y nada más. Sólo falta que, despues de tanta molestia, concluya el drama con una escena como la pasada, y entonces será completo. Imposible parece que un jóven de talento tan grande descienda á puerilidades que á mí, pobre ignorante y muy léjos de abarcar su sabiduría, me causan tédio y hasta desden.

Silva no esperó en balde; al cuarto de hora de hallarse paseando oyó los acordes de una lira, despues la voz de María, y últimamente distinguió el banco de piedra donde se sentaba su amada. Estaba entre los árboles, rodeada de plantas odoríferas y en un sitio tan poético como aislado. Alberto dejó que acabara su cancion, contemplándola con éxtasis diez minutos seguidos. Al concluir no pudo contenerse más, y anduvo hasta caer á sus piés, exclamando:

—¡Te amo, María! Moriré, ó me haré digno de tu mano.

—¡Alberto!—murmuró la jóven, retirando la lira,—¡cuán ingrato eres! ¿Por qué no has venido antes?

—Me lo prohibia el deber, me lo aconsejaba el respeto que merece el emperador; y aunque resistia mi

Lit - Felipe Gonzalez Rojas -

—Te amo, María, moriré ó me haré digno de tu mano.

corazon, se oponia el deseo y me angustiaba el dolor, tuve que resignarme.

—Tú no mientes nunca; te creo, mas ¿por qué no se lo dijiste á Cárlos? es tan bueno.

—María, nada puedo solicitar de mi señor; le debo tanto, que abusaria pidiendo lo más pueril; pero no te afijas; en breve quedaremos en paz; luégo será él el deudor, y entonces le pediré una cosa que vale más para mí más que su imperio: tu mano.

—Alberto, sabe que te amo, que eres el único hombre á quien yo puedo unirme; ruégale que te permita llevarme al pié del ara santa, seguro de que te lo concederá.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Se oponen, primero el que no soy digno de tí, y luégo otro acontecimiento que ignoras, reciente aún, el que debió costarme la vida y el que me ha valido esta banda de capitan.

—Sí, tu desafío con él, la herida que recibió y la noble conducta que usó contigo.

—¡Con que te lo ha contado!

—Todo: me ama y nada me oculta. Mucho sentí que se hubiera batido, y tanto como eso el que fueras tú su contrario; pero, como él dice muy bien, la culpa no es tuya. Tambien sé que vas á pelear con el duque de San Márcos; al principio me sobrecogió la noticia; mas asegura Cárlos que tu vida no peligra, y me he tranquilizado en parte.

—¿Cuándo te ha dicho eso último?

—Hace media hora.

—¿Luego está en el palacio?

—Sí, comió con nosotras y no tardará en marcharse. Viene dos veces á la semana, dando tregua á los negocios de Estado y al cúmulo de asuntos que pesan sobre él. Mientras permanece en el valle junto á mí, canta, rie y es otro hombre diferente.

—En ese caso parto al instante; no debo robarle un solo momento de expansion.

—No, siéntate. Me hallaba en una ventana que da al jardin, mirando, como de costumbre, si tu sombra aparecia por entre los árboles, y hablaba á la vez con él, cuando me oyó exclamar: ¡Alberto! ¿Me das tu permiso?—le pregunté.—«Sí,—contestó,—abrázame y hasta el domingo.» ¿Te vas?—«Sí, que es tarde. Me dió un beso en la frente, cogí la lira y te llamé con mi cancion.

—¿Trae escolta?

—No, le acompaña su bufon y un gentil-hombre; como aún sigue lastimado del brazo, viene en carroza. ¡Qué bueno es! ¿Te parece lo mismo?

—Sí, le amo como tú, le pertenece mi vida, y no he de tardar en demostrarle que soy agradecido, y que los beneficios que me otorgó fueron hijos de su sabiduría.

—Habla mucho de tí, y dice que pronto serás general, duque y quién sabe.

—Es posible; su noble corazon le inspira ya recompensas que ignoro si llegaré á merecer.

—Tú, tan valiente y héroe, porque dicen que eres héroe, lograrás lo que te propongas.

—No es esa la causa, María; si consigo realizar mi pensamiento, te lo deberé á tí, á tu imágen, que siempre ante mí, me hará invencible en el campo de bata-

lla, diestro en la corte y superior á los demás, donde quiera que esté. Cuando la recompensa á los afanes de la vida es tan grande y sublime como la que á mí me espera, todo es posible, María, las dificultades se vencen entonces con facilidad, y desde la torpeza llega el hombre hasta el heroismo.

—Deduzco que partirás á la guerra, y Dios sabe cuando volverás.

—Pronto: ó me matan, ó no tardaré en regresar á Madrid. María me atrae con el iman al acero.

—No vayas.

—De hacerlo así tendría que renunciar á tu mano; antes de unirme á tí he de ser digno del ángel á quien mas estima Carlos I.

—¿Y si te cogiesen prisionero?

—Tú me salvarás.

—Te lo juro.

—¿Qué dices, María?

—Que acepto, y que, sin temor á tus enemigos, procuraré la evasión que te acabo de ofrecer.

—¡Pobre niña inocente y angelical! Pero noto una resolución en tí que me asusta.

—Está jurado, y no hay para qué hablar más de eso.

—Te lo prohibo, María; ¿tú entre mis contrarios? La idea me horroriza.

—El valiente y afortunado caudillo cree por lo visto que los demás son cobardes.

—No es eso; comprendo que te sobra valor, y eso es justamente lo que temo.

—Ya no me hablas de tu amor; ¡con qué facilidad se enfría!

—Dime antes que ha sido broma ese terrible juramento.

—Antes no, algo después te volveré á hablar de eso. ¿Me amas mucho?

—Como las plantas al sol que las vivifica; como el pez al agua que sostiene su existencia; como el justo á los ángeles; como éstos á la Providencia; pero levanta el juramento, porque si no, marcharé intranquilo.

—No importa; así pensarás más en mí.

—Imposible; lograrás únicamente que viva afligido.

—Loco, una doncella que no conoce el mundo había de atreverse!... Sólo tu amor puede disculpar creencia tan extraña.

—Me devuelves la tranquilidad.

—¿Cuando partes á la guerra?

—Pronto.

—¿Lo deseas?

—Sí.

—Yo tambien, para que vuelvas lo antes posible y no te separes más de mí.

—Difícilmente conseguirás eso, María,—exclamó Carlos I, llegando en aquel instante.—Te dejo la elección de esposo, pero me reservo mi derecho de monarca sobre los generales del imperio; y puesto que te has enamorado de uno de ellos, tienes que aceptar las consecuencias.

El emperador se presentaba sonriendo, con el brazo izquierdo vendado aún y sostenida la mano con un pañuelo negro que pendía de su cuello. Alberto se descubrió, é inclinando la rodilla derecha, le besó la diestra; luego se puso en pie y esperó. Por el contrario,

María, no se movió de su asiento, contestando al César con resolución:

—Cuando me enamoré de él era sólo conde de Santomera.

—Te equivocas, era alférez.

—Pero no general.

—Hija por ahí se empieza.

—Ingrato, me querías unir á un miserable, y ahora me quitas á Silva.

—Cuando él se vaya me quedaré yo.

—Muchas gracias.

—¿Lo prefieres á mí?

—No, os quiero á los dos.

—Lo siento; mas me debe la vida, es mi vasallo é irá donde yo le mande.

—Sí, pero tú me amas mucho y no podrás negarte á cumplir mi deseo.

Y la jóven le cogió la mano derecha entre las dos suyas, con la misma confianza que lo hubiera podido hacer si se tratara de un padre querido ó de un hermano.

Carlos sólo llevaba á María ocho años, y aun cuando ambos eran rubios, variaban bastante sus fisonomías; un observador, sin embargo, habría notado algún parecido en los ojos, frente y caracteres.

—¿Qué dices á eso, Alberto?—preguntó el César á nuestro joven.

—Primero, gran señor, cumpliré lo ofrecido; luego haré lo que quiera V. M.

—O lo que te mande tu esposa.

—María, antes es nuestro señor, despues nosotros.

—Conde, bueno que cumplas lo que ya ofreciste;

mas te prohibo que formules otro compromiso; de ese modo lo que te ordene el emperador estará en armonía con nuestro mútuo deseo.

—Noto, hija mía, que desde hace poco tiempo te expresas con una resolución que me admira.

—No te extrañe Carlos; estábamos mi madre y yo solas, velabas tú por nosotras, y fuiste tan bueno que tu voluntad era la nuestra, Más tarde me salvó Alberto la existencia, y, á fuerza de agradecida, me obligué á defender la suya.

—¿Esa sola fué la causa?

—Bastaba.

—Bien, ¿pero no hay por medio ninguna otra?

—Sí; te empeñas en que le amo, y yo no sé contradecirte.

—Es verdad, por esa razón, en cuanto te propuse al duque de San Márcos para esposo, me contestaste que me casara con él.

—Por lo cual me has dado las gracias esta noche.

—Es cierto, pero eso no disculpa tu inobediencia.

—La justifica el amor que me tienes.

—Y consiguiente á él, tú abusas.

—Amándote más cada día; si yo fuese hombre, defendería á Carlos I con mi vida.

—Y como eres mujer, me niegas hasta los servicios de tu futuro.

—Haz de él lo que quieras: si me amases como yo á tí, no expondrías su vida y mi tranquilidad.

—De qué mala gana me cedes lo que aún no te he dado.

—No, Cárlos, atacaré siempre tu voluntad; ambos somos tus vasalles, los que más te aman en el imperio;

y por que sea feliz nuestro soberano nos sacrificaremos gustosos.

—Así os quiero á los dos. Levántate, María; aquí, que nadie nos ve, nos iguala el amor: estrechadme. ¡Oh, me siento dichoso al percibir junto á mi corazon los latidos de los vuestros! ¡En mi corte, como en todas partes, sólo veo falacia, mentira, torpe adulación, bastardas pasiones ó hipocresía maldita! Abrazadme más. No aprietes tanto, conde, que un torpe alférez me hirió ese brazo y aún me llega el dolor hasta el costado. Adiós, hijos míos; fuí feliz un solo instante; voy á ser desgraciado tres días seguidos.

Y desapareció en dirección de Madrid, dejando á María y á Alberto con los ojos húmedos por el agradecimiento.

—¡Te elevaré más de lo que estás, Carlos I,—exclamó Silva;—ó moriré en la demanda!

—Sí, Alberto, defiende su imperio, muere por él, yo te lo ruego.

—Adiós, María.

—¿Dónde vas tan pronto?

—Viene sin escolta, y á mí me acompaña el capitán Navarro.

—Te comprendo: parte.

—¿Me das tu mano?

—Sí; adiós, vuelve mañana.

—No me esperes hasta que haya dejado de existir el duque de San Márcos. Adiós.

—Adiós.

Silva corrió, y subiendo por el peral, halló á Navarro en el caballete.

—Montemos,—le dijo,—y al palacio.

—¿Quién era ese que se acercó á vosotros?

—El emperador.

—Me lo había figurado. Sublime terceto, conde.

—¡No lo sabes tú bien!

—Chico, ya que suceda una desgracia, siquiera que no se sepa; y si se sabe, que no se vea; y si se ve...

—Que Dios me dé paciencia para escucharte. Montemos, y á escape.

—Acerca, *León*; á la izquierda, *Corzo*; tu amo tiene más alma que tú. Se ven cosas... las mira uno delante y duda de ellas.

—Cierto; jamás creí que tu tontería rayase tan alta.

—¿Dónde vamos?

—Sígueme.

Y salió el uno como la flecha y en pos el otro, murmurando segun costumbre. Dos minutos despues quedaron clavados al vidrio de la carroza del emperador, el conde á la derecha y Navarro á la izquierda. Acababan de cerrar la portezuela, y el gentil hombre preguntó:

—¿Quiénes sois?

—El conde de Santomera y el capitán Pedro Navarro que desean la honra de escoltar á S. M.

—¡Navarro!—exclamó el César, sacando la cabeza y fijándose en él;—¿tú eres el comunero, el proscrito?

—Señor, el padre adoptivo de Silva, vasallo de S. M. y su más leal servidor.

—Pronto lo veremos capitán.

—Lo deseo tanto como el César, mi señor.

—En camino estás de servirme; dí á tu hijo que te lleve á su lado, y si le sigues ó llegas donde él, pronto te deberé recompensas que no economizó nunca el emperador.

—Lo último es difícil, gran señor; pero correré tanto, que sólo la muerte podrá detener mi paso.

—Cubridse ambos, y que marche la carroza.

Así sucedió, yendo el soberano casi todo el camino hablando con Silva.

Entraron en Madrid despues de las doce; los dos capitanes recibieron la órden de retirarse, y media hora despues penetraron en su palacio y se encerraron en el despacho de Alberto, preguntando Navarro:

—¿Por qué no cedes á su majestad la mujer que te tiene trastornada la cabeza, y quién sabe de ese modo lo que llegaras á ser? El César no puede estar contigo más deferente, y es lástima que le pagués con negra ingratitud, que formará un dia tu desgracia.

—¿Recuerdas, Navarro, la apuesta que tenemos hecha?

—Sí.

—¿Comprendes que si te gano quedarás atenido á tus rentas, con las que no puedes sostener en tiempo de paz las trescientas plazas que cuenta tu compañía, ni ese lujo y boato que despliegas en union de tus oficiales?

—Verdad es: pero como el que pierde eres tú, estoy tranquilo.

—¿Me crees incapaz de mentir?

—Sí.

—Pues hé aquí lo que te reservo, como castigo á las calumnias lanzadas por tus impuros lábios contra

ese ángel. Oye primero: S. M. el emperador me dió á leer dias atrás un documento muy interesante; y teniendo yo buena memoria, al dia siguiente lo recordaba perfectamente, é hice una copia que guardo aquí. Toma, léela, calla el secreto, y dime si has ganado la apuesta.

Navarro ojeó detenidamente el escrito que le alargaba el conde, quedando al principio como una estátua, luégo miró á Alberto con asombro, le devolvió el papel, y, retrocediendo dos pasos exclamó:

—¡Santa Bárbara, Santiago y toda la córte celestial! Hijo, ¿es cierto lo que he leido? ¿Sueño, delirio ó es realidad eso que acabo de saber?

—La verdad, torpe calumniador.

—Acércate, Alberto, estréchame, y unidos nuestros corazones gocemos con la ventura que el destino te separa. Pero no, sepárate; ante mi señor debo permanecer descubierto, en pié y con el mayor respeto y consideracion.

—Bien pensado; castigo merecido al que se atrevió á ofender á un ángel.

—¿Castigo dices cuando me haces feliz, cuando pasé del limbo á la gloria? Tú no sabes lo que yo te quiero, y el bien que me ha proporcionado ese documento.

—Para tí lo copié; queria confundirte; mas vuelve en tí, olvida á mi *Elena* y piensa en la manera de proporcionarte recursos para sostener las trescientas plazas y el lujo á que eres tan aficionado.

—He perdido, tienes razon; mañana iré al valle, caeré á las plantas de María, y le pediré perdon; es más, la besaré las manos y hasta los piés.

—Con tal que no hagas lo último, te perdono lo primero; labios tan impuros no deben llegar á la epidermis de un ángel. Piensa en lo que te he encargado es decir en buscar dinero. El palacio y rentas que un día pertenecieron á mi padre son míos; dispongo además de la mitad de la fortuna de Quirós, con lo cual soy rico, muy rico, mientras que tú...

—Me alegro; si quieres también el producto de mi mayorazgo, te lo cedo gustoso; para ganar mucho más me sobran con tu protección y mi espada. Nómbrame alférez de tu compañía, y de este modo el castigo será completo.

—¿Te atreverías á realizar la cesión que me ofreces y á seguir luego á mis órdenes del modo que has dicho?

—Te lo juro. Tu ignoras lo que yo te amo, la admiración con que te veo, la dicha que engendra en mí tu suerte presente y futura. ¡Qué me importa carecer de todo sobrándote á tí! Triunfa, hijo mío; elévate hasta llegar junto al emperador; el orgulloso capitán Pedro Navarro, que se hizo temer y envidiar de muchos, te servirá con gusto de escalón; pero, ¡qué digo! tu genio no necesita ni de mí ni de nadie; se basta á sí solo para encumbrarse donde no llegó ningún otro.

—Tú irás en pos de mí, alma noble y generosa, que yo bendigo y amo, y nunca te separaré de mi lado, envaneciéndome tu compañía. Vuelve á disponer de tus rentas, de las mías y de la mitad de las del general Quirós; yo no necesito dinero ni me hace falta para nada. Navarro, padre mío, estréchame y busquemos el lecho.

Y ambos cruzaron algunas frases más, retirándose luego á sus respectivas alcobas. Desde esta noche en adelante debía ver el capitán á su hijo adoptivo con más admiración que nunca; la causa aún tardaremos en averiguarla.

CAPITULO XXVIII

Ratificacion.—Temores bien fundados.—El banquete.—Sorpresa de un régio convidado

Trascurrieron dos días sin que acontecimiento alguno viniera á turbar la paz y tranquilidad que reinaban en el palacio de don Gonzalo Quirós. Este despachaba contínuamente con el emperador; Alberto, Navarro y sus tres oficiales estudiaban, sin salir de su casa un instante; el duque de San Márcos temblaba unas veces y otras aparecia en sus lábios fatídica sonrisa; y el jorobado, unido á seis malvados que vendrian á tener su mismo temple de alma, acechaba una ocasión que el destino debía proporcionarle.

Llegó el tercer día, y cuando Silva se hallaba almorzando sosegadamente con sus cuatro amigos, recibió un despacho del justicia mayor del reino, por el cual le citaban, en unión de su padrino y testigo, para que pasasen á ratificar en el expediente que se estaba instruyendo sobre el pretendido duelo.

—Muy bien,—exclamó el conde, después que hubo acabado de leer;—os participo, señores, que mañana

se designará el día en que ha de tener efecto mi pelea con San Márcos; deducid de esto que en la presente semana quedará terminado este asunto, y en la próxima iremos á Fuenterrabía, á no ser que el valiente duque dé fin de mi mísera existencia.

Una carcajada siguió á las últimas frases de Alberto; Mendoza exclamó:

—Estoy seguro que le matais con el aliento.

—Deduzco, además, hijo mío,—añadió Navarro,—que mañana por la noche celebraremos tu ascenso á capitán. ¿A qué hora nos cita el justicia?

—A las tres.

—Muy bien: calculando que perderemos toda la tarde, dará principio el banquete al anochecer; Nuñez y yo te acompañaremos, mientras que Osorio y Mendoza presencian los preparativos del festín y arreglan lo necesario, pues quiero que sea digno de nosotros. Prevenid hoy á los convidados, y que no falten á la hora señalada.

—Padre mío,—dijo Silva,—puesto que tienes permiso para formar una compañía con número ilimitado de plazas, y siendo así que nos sobra dinero, comisiona á Dávalos para que se aviste con los capitanes de banda que han llegado á Madrid y aumente el número de soldados hasta quinientos. Usarán todos cota de malla, peto, espaldar y morrión de acero y de un grueso que no les moleste. Deseo contar con quinientos ligeros que corran mucho, vayan bien defendidos y no carezcan de valor. Eligiendo los que faltan uno por uno se logrará igualdad y que reunan las condiciones apetecidas. Los caballos, fuertes, jóvenes y de buena alzada; y será conveniente que los jinetes sepan manejar

lanza, espada y hasta mosquete; pienso hacer de ellos diferentes usos, y es indispensable que sirvan para todo.

Sin discusión alguna se empezó á realizar lo dispuesto por Alberto y Navarro. Estos dos despidieron á los oficiales, y pasando á las habitaciones del primero, preguntó el segundo:

—¿Qué tienes delante, Alberto?

—Una finísima y tupida cota de malla, como no he visto ninguna.

—¿Y más allá?

—Un sombrero hipócrita, toda vez que por fuera aparece de terciopelo y por dentro de acero, tan fuerte y seguro como un casco.

—Ambas cosas están á prueba de puñal y aun de bala; me consta que el temple corresponde á mis deseos.

—Brava invención; su autor es digno de elogio.

—Soy yo; me han hecho otros iguales á los tuyos, los que usaremos desde mañana hasta que partamos á Fuenterrabía.

—Siempre es violento é impropio de un noble cubrirse interiormente de hierro y que en el exterior aparezca la seda, el oro y los bordados; pero vivimos en una época en que el hombre más fuerte y caballero tiene que prevenirse contra el puñal asesino ó la bala homicida. En consecuencia, lo llevaremos, y que Dios disponga lo demás.

—¿No salimos hoy?

—No.

—¿Qué vamos á hacer?

—Puesto que tus oficiales se han encargado del

banquete y de buscar la gente necesaria para el completo de las quinientas plazas, estudiemos nosotros.

—Hasta las nueve, que vayamos al valle, ¿no es eso?

—No; hasta mañana á las tres, que partamos á casa del justicia mayor.

—¿Y por qué has de dejar de visitar esta noche á tu bella María?

—No vuelvo ínterin exista el duque de San Marcos.

—¡Qué disparate! ¿Por qué has de tener á ese angel, que tanto te ama, esperándote ocho días?

—Navarro, con Elena número dos hay que andarse con cuidado, que desde Eva...

—Bueno, hombre, bueno; ya rectifiqué, y la pediré perdón amándola como tú.

—Es decir que vas á ser mi rival.

—No; me refiero al respeto y consideración que me merece, y como ha de ser con el tiempo mi hija adoptiva.

—¿Te atreverás á prohijar una virgen, siendo tú tan profano y enemigo de ese sexo encantador?

—¡Qué pesadez, Alberto! Indudablemente es cierto que hay diablos en el mundo, que se valen éstos de las hijas de Eva para precipitarnos; pero María es la excepción, y su espíritu permanece libre de las furias infernales.

—No creo que tengas una prueba cierta, evidente de lo que estás diciendo.

—Serías capaz de calumniarla, de dudar de ella? Ahora la defiendo yo, y cuenta que usaré del derecho que tengo sobre tí para prohibirte que pongas en duda la pureza angelical de ese querube.

—Hé ahí, padre mío, las consecuencias de haber sufrido algunos desengaños, hijos de una confianza torpe y ciega. Empezaste creyendo que todas las mujeres eran celestiales; hallaste una ó dos malas, y de pronto cambias de parecer; las juzgas diablos, y de error en error concluyes no sabiendo distinguir la buena de la mala, ni la mejor de la peor. De este modo hubieras continuado hasta la vejez, si yo, comprendiendo mejor que tú lo que es y lo que vale la deliciosa compañera que Dios, en su infinita misericordia, ha dado al hombre para que lo ame, lo cuide, lo regenere y sea en el mundo el encanto de su juventud, el báculo de su ancianidad, no detuviera tu paso y te enseñara á conocer lo que es y lo que vale una esposa, una madre. Nada más horrible sobre este valle de lágrimas que el hombre sin mujer y sin esos pedazos del corazón que se llaman hijos. Nadie es feliz en la tierra, pretender aquí la dicha es un delirio propio únicamente de esos seres que todo lo ignoran; pero el hombre casado que se ve reproducir en vástagos que ama tanto por lo menos como á sí propio, es el que más se acerca á la ventura, el que posee algo con que endulzar los sinsabores de la existencia humana. La mujer es débil, y cuando su índole y educación no la defienden, suele mentir y engañar; pero esta no es la regla; en general es menos delincuente que el varón, supliendo muchas veces con la bondad de su naturaleza la falta de una fortaleza que le negó el destino y la de una sabiduría que no le conceden. Confirman esta idea el rubor de que está dotada, su afición al lazo nupcial, siendo la que más sufre en él, y otra porción de cualidades que sería prolijo enumerar, todas las que lle-

nan con ventaja el vacío de la falta de fuerza y saber. Figúrate un hombre que poco á poco se va haciendo criminal, y engaña, miente, roba, asesina, este es el tipo del perverso, y compáralo con tu Elena, que lo es también de la mujer mala; ¿quien se presenta á tus ojos más ruin, miserable y asqueroso? Él, á ella le disculpan la debilidad de su sexo y el abandono de la educación, cuando no las falacias, seducción y falsedad de un malvado que la precipitó; resultando siempre que, aun cuando la mujer peque por índole, es, con raras excepciones, menos mala que el hombre.

—No puedo combatir ninguna de esas ideas, Alberto; harto confiado, y sin conocer el sexo, no supe buscar, y á eso he debido los engaños de que fuí víctima. Tus frases han causado una revolución en mis ideas; pero no comprendo lo que te propones sacándome del error en que estaba. Convengo en que haya muchas buenas y pocas malas; pero ¿qué tengo yo que ver con eso?

—Bastante, amigo mío; he querido patentizar la verdad, que es algo, y aficionarte á ellas otra vez, que es mucho.

—No te entiendo.

—Que no quiero verte llegar á la edad de Quirós suspirando por una esposa, vertiendo lágrimas dia y noche por un hijo.

—Alberto, soy militar como él, pasaré mi vida en los campos de batalla, donde no hay más que horribles cantineras, y si la bala ó el acero enemigo respetan mi vida, lo probable es que baje á la tumba como don Gonzalo. Cuento contigo, á quien prohijé, amo, y tengo bastante.

—Te equivocas, Navarro; iremos á la guerra, después volverás á la corte, y aún cuando regresemos al campo de batalla, dispondrás de tiempo sobrado para elegir compañera digna de tí. Yo no te impondré nunca si ha de ser ésta ó aquélla, pero sí el que te cases antes ó á la vez que yo: que el tiempo vuela, has cumplido ya cuarenta años y ese solemne acto de la vida tiene su época. Sobre esto no admito discusión; ha de ser como yo quiero, ó nos hemos de separar; elige.

—¿Ahora que eres amigo del emperador y que llegarás acaso á príncipe, me amenazas con abandonarme?

—No, padre mio: quiero atraerte á mí cada vez más, pero no sólo de un modo material, sino también moral. Para estar verdaderamente unidos, es preciso asimilar nuestras costumbres, creencias, y con el tiempo hasta nuestro estado. Las ideas del casado no son las del soltero, ni las del padre de familia las del que no lo es. El celibato empieza como un potro desbocado que retoza, destruye la planta donde fija su huella y corre, por último, sin dirección, apoyo ni criterio, concluyendo como la mísera flor que va deshojándose para conservar únicamente sobre su árido tallo el vacío del día y de la noche, que equivalen al llanto contínuo del general Quirós.

—Por ahora bien estoy así; el sermón no es malo; guardaré la idea, y cuando sea general...

—Te cojo la palabra; cuando seas general te casaré.

—Hombre, no seas tan vivo.

—Tú lo has dicho, y ya no puedes contradecirte.

—Lo que es poder, vaya si puedo.

—Pero un noble no lo hace nunca; hablemos de otra cosa.

—Convengamos primero en que me llevarás esta noche al valle; quiero conocer á la madre y hablar con la hija.

—Lo lograrás el dia mismo de partir á Fuenterrabía.

—Qué empeño en abandonar á ese angel...

—No insistas, la amo, debo estar léjos de ella algunos meses, y cuanto más la vea, más terrible será nuestra separación.

—Como yo no sé obrar á lo sabio, lo comprendo de otro modo diferente; pero no cuestiono ya.

Y ambos se encerraron en el despacho, pasando casi todo el dia y parte de la noche estudiando. En la mañana siguiente hicieron lo mismo hasta las dos, que se vistieron, y, unidos á Nuñez, se dirigieron al palacio del justicia mayor.

Ya habían llegado el duque de San Marcos, el del Águila y don Ricardo: en aquel momento cuestionaba acaloradamente el primero con el magistrado; pero al ver á Silva palideció, quedando mudo por faltarle hasta el aliento para hablar. Los recién venidos estrecharon la mano del anciano justicia, haciendo un leve movimiento de cabeza, como saludo, dirigido á los otros tres.

—El magistrado se sentó, teniendo delante una mesa, y después que hubo sacado el expediente instruído, previo juramento de decir la verdad, preguntó al conde:

—¿Habéis retado al palenque al señor duque de San Marcos?

—Sí, señor,—contestó aquél.

—¿Es vuestra esta firma?

—Letra y rúbrica son mías.

—¿Son auténticos los tres documentos que acompañáis á la exposición?

—Sí, señor.

—¿Debéis añadir ó quitar algo?

—No, señor.

—Duque de San Marcos, ¿habéis admitido vos el duelo á que os provoca el señor conde de Santomera?

—Sí.—replicó el interrogado á media voz.

—¿Tenéis que exponer algo en pro ó en contra de los documentos que dieron origen á este expediente?

—Nada, si bien deseo que antes de proseguir me permitáis cruzar algunas frases con mi contrario, en una habitación contígua, siempre que sea sin testigos.

—Con mucho gusto; todo el palacio está á vuestra disposición, y si preferís la cámara que veis á la derecha, nadie podrá oiros.

—Muchas gracias; ahora falta que el señor conde no halle inconveniente en escucharme.

—Ninguno,—replicó Silva, y ambos se dirigieron á la estancia indicada por el justicia, cerrando por dentro.

San Marcos se acercó á Alberto, y con acento trémulo le dijo:

—En el estado en que se halla el expediente instruído por culpa vuestra, sólo resta que el magistrado nos ruegue tres veces desistamos de combatir, á lo cual nosotros podemos contestar afirmativa ó negativamente; es decir, que aun pende de nuestra voluntad ratificar lo expuesto ó sin mengua desistir, quedando

ambos bien. Si os empeñáis en lo primero, me veré obligado á secundar vuestro deseo, lo que os costará la vida; pero si la tenéis en algo, no hallo inconveniente en que aceptemos la proposición que se nos va á hacer.

—¿Para eso únicamente me habéis llamado?

—Pensadlo bien, porque jugáis la existencia sin probabilidades de éxito.

—Comprendo, duque, hasta la doble intención de vuestras frases; y puesto que nadie nos oye, os contesto que sólo me inspiran desprecio vuestras palabras, y vos náuseas, asco y todo aquello consiguiente á la hediondez que despide un sér tan corrompido como vos.

—No lo siento por mí, creedlo: sois muy joven, carecéis de experiencia, y es triste perecer á vuestra edad.

—¿Y si sucede lo contrario?

—Imposible.

—¿Tan asegurado tenéis el éxito de vuestras intenciones?

—¡Quién lo duda!

—Ya, pero no habéis contado con la Providencia.

—Cierto que no; jamás necesite de su auxilio para nada.

—Yo sí; la invoqué, y es posible que me haya oido...

—Y os lleve á su santo reino, y que sea por una eternidad.

—*Amen*. ¿Qué más queréis?

—Que meditéis si os cuadra...

—Basta, hombre ruin y miserable; no pedidme otra cosa que desprecio hoy, y una estocada después.

Y le volvió la espalda, siguiéndole el duque hasta ocupar de nuevo los dos sus respectivos puestos. El primero regresaba con la misma tranquilidad que había entrado; por el contrario, el otro salía más pálido y demudado que estaba antes.

El justicia mayor hizo algunas preguntas á los padrinos y testigos, y luego exclamó, dirigiéndose á los dos rivales:

—Nobles sois, nacísteis caballeros, la patria necesita de ambos, la religión os prohibe hacer armas al uno contra el otro; yo, como representante de la justicia, invocando el nombre de Dios, os invito á que desistáis de vuestro terrible empeño, os deis mutua satisfacción de ofensas inferidas, pidáis perdón al Eterno, luego al César y empleéis los años que os quedan de vida en defensa de la patria y del excelso príncipe que se sienta en el trono de San Fernando, del que es nieto y digno heredero.

Alberto le contestó:

—Siento, noble señor, verme obligado en la presente demanda á no aceptar vuestros consejos y á prescindir de todo hasta tanto que vea lavada la mancha que empaña mi honra, el baldón que cubrió las canas de mi anciano padre y lo precipitó á la tumba. Perdono al duque de San Marcos ante Dios la infamia que arrojó á la rugosa frente del autor de mis días y que ahora se halla en la mía; le perdono la más negra de las villanías; pero ante los hombres me és imposible, lo contrario sería motivo suficiente para que el pueblo me rscarneciera, la nobleza me despreciase, y mis hijos, contemplándome cobarde y envilecido, renegasen de mi nombre y huyeran del hogar donde tu-

vieron la desgracia de ver la luz del día por primera vez. En consecuencia, me ratifico en lo expuesto y jurado.

—Yo también,—contestó el duque secamente y con voz más entera; el justicia mayor repitió dos veces más el consejo, y no desistiendo ninguno de ellos, les hizo jurar por la fé de caballeros que ambos guardarían las reglas prescritas; autorizó y dió por bueno el reto, concluyendo con la designación del sitio y armas elegidas por Alberto, que fueron espadas. Despues les dijo:

—Resta sólo dar cuenta á S. M. y pedirle día y hora, lo que os diré por escrito en el momento que el emperador tenga á bien permitírmelo. Terminó el acto; idos, señores, y que Dios defienda la causa del mejor de vosotros.

El duque, padrino y testigo le hicieron una reverencia, y salieron de allí con fingida altanería el primero, tristes y cabizbajos los otros dos.

El magistrado los vió partir, hizo seña al conde para que se acercase, y, aproximándose á su oído, le dijo:

—Me ha encargado el emperador que marque yo la hora con la brevedad posible; por consiguiente, sabed que os reuniréis en el palenque pasado mañana á las doce.

—Gracias, señor,—le contestó Silva.

Y estrechándole la mano éste, Navarro y Núñez, salieron tambien. Al llegar á la calle despidió el segundo al tercero, previniendole que fuera á ayudar á sus compañeros en los preparativos del festín. Luego se acercó á Alberto preguntándole:

—¿Te parece que demos un paseo á pié, ínterin llega la hora y vayamos por el general para que nos acompañe al banquete?

—Quirós no asiste esta noche.

—¿Es posible? ¿Qué causa le impide celebrar la banda del que pretendió adoptar por hijo?

—Le ocupa un asunto que no debe abandonar, y por complaceros manda en representación suya un capitán, digno, según afirma, de la honrosa misión que le lleva allí.

—Lo siento, toda vez que á ambos os preparaban mis oficiales una agradable sorpresa.

—¿Quieres que paseemos?

—Sí, hasta las seis.

—Pues llévame donde más te agrade.

—Cógete á mi brazo, y en marchar. Noto que has salido triste.

—Sí.

—¿Qué te ha disgustado?

—La presencia de ese miserable y el verme obligado á cruzar algunas frases con él. Su aliento fétido y nauseabundo me produjo asco.

—Pronto le harás exhalar el último, y ya no volverá á molestarte. ¿Qué te dijo cuando os encerrásteis? Si no es un secreto, desearía saberlo.

—Quería que desistiésemos, valiéndose de amenazas.

—No te comprendo.

—Es indudable que medita un asesinato, y debe intentarlo en breve, pues me consta que la hora acordada para el combate es la de las doce de pasado mañana.

—Que vengan; no nos hemos de separar un solo instante, y con los dos basta y sobra para los asesinos que se reunen en Madrid. Llevas la espada del emperador Cárlos I, cuyo temple no tendrá más allá, y yo la que enarboló mi padre al entrar victorioso en Granada. Que vengan, que vengan cuando quieran, los desafío á todos.

—¡Si llegan frente á frente!...

—¿Les tienes miedo?

—¡Brava pregunta! esa frase no está en mi diccionario; pero el malvado sólo emplea medios dignos de él, y aun cuando no lograsen matarnos, tendremos que manchar nuestros aceros con su inmuda sangre.

—Cómo ha de ser, si ellos lo quieren así, ¿qué hemos de hacer nosotros? En propia defensa nos batiremos si se acercan, y no hay ley divina ni humana que nos lo impida.

—Cierto, padre mío; y en verdad que no es ese motivo para que yo esté triste; la dicha de matar al duque ha de ofrecerme por fuerza algunos abrojos que pulverizará mi planta.

—Que segaremos entre los dos. Adelante, hijo, y que vengan los que quieran.

Y continuaron su camino, internándose sin cuidado alguno en el bosque de Fuencarral.

A las cinco y media emprendieron su regreso, llegando á las seis á la casa-cuartel donde se alojaba la tropa y tenían el banquete. Ambos entraron en el salon principal, que servía antes de sala de armas y ahora presentaba un golpe de vista deslumbrador. En el testero principal había un dosel y debajo el retrato del emperador, que alargaba á Silva la banda de

capitán. En torno del cuadro se veían multitud de trofeos militares, y un letrero que decía: «Primero el César, luego el César y siempre el César.» Las paredes estaban tapizadas con rica tela de tisú, el suelo cubierto de alfombras de lana y el techo sostenía diez arañas, con cien velas de cera. Ramilletes, flores y una vagilla de plata cubrían la mesa, que rodeaban sillones de nogal y terciopelo. En los cuatro ángulos se destacaban otras tantas banderas españolas, que armonizaban con los restantes adornos, formando el conjunto un paralelógramo convertido en comedor, muy propio de gente que trinchaba las aves con la misma facilidad que ensartaba enemigos con las moharras de sus lanzas.

Silva y Navarro elogiaron la idea, dando las gracias á Núñez, Osorio y Mendoza; luego comenzaron á recibir á los convidados, que eran un maestre de campo, varios capitanes y algunos oficiales, amigos íntimos y compañeros de armas de nuestro ex-jefe comunero.

Llegada la hora, exclamó Alberto:

—Señores, podemos sentarnos cuando gustéis.

—Falta el representante del general Quirós,—dijo Navarro.

—Me encargó don Gonzalo,—añadió el conde,—que le reservaran un sitio; pero que no se detuviera el banquete si él tardaba; en consecuencia, ocupemos cada uno nuestro puesto.

Eran veinte, y se fueron sentando del modo siguiente: el conde, en el centro de la cabecera principal; Quirós ó su representante, á la derecha; Navarro, á la izquierda, siguiendo los demás por orden de jerarquía militar y antigüedad en los empleos.

Inmediatamente aparecieron tres sargentos, directores de la mesa, y veintiún soldados, que iban sirviendo los platos que les llevaban de la cocina.

En amos y criados se veían largos bigotes, tez morena, algunas cicatrices y un conjunto, en fin, puramente militar, pero agradable, varonil. Sólo Alberto de Silva se presentaba blanco como su servilleta y más bello que las rosas de los jarrones. Su rostro formaba singular contraste con el semblante guerrero de los restantes jefes y soldados; mas la frente y su altiva mirada se sobreponían á la arrogancia de compañeros y sirvientes, y á pesar del color del cutis, de lo elegante y fino de su figura, parecía lo que era, esto es, el general que podía dirigir y mandar á todos aquellos jefes y oficiales.

Empezó el banquete con la gravedad y mesura propias de tan cumplidos caballeros, pero poco á poco comenzaron á animarse Osorio, Mendoza y Núñez, y no tardaron en romper el silencio con elogios al héroe y descripción de algunos de sus hechos. Con los primeros platos dieron principio los ricos vinos de Valdepeñas y Jerez; las cabezas de los convidados se calentaron, y desde este momento cambió el aspecto de la mesa, de grave y mesurado, en fiero unas veces y risueño otras.

—Señores,—decía Mendoza, dominando con su ronca y tremenda voz,—hay un duque en Madrid alto, arrogante, bien plantado, pero su sangre era tan azul que ha degenerado en blanca. Imposible parece que á un hombre de pelo en rostro y nacido en España le tiemblen las piernas, le falte la voz y hasta la fuerza cuando otro le habla de un combate ó desafío.

Deducid de mi relato que hay *gallinas* menos sabrosas, pero más tiernas que las que estamos comiendo en este momento.

La alusión era al duque de San Marcos; todos lo comprendieron así, por lo que siguió una carcajada á las frases de Mendoza.

—Tan rica *gallina* se la reserva el destino,—añadió Osorio,—á un *león*, para que le sirva de pasto en la presente semana; y en verdad que lo tierno del *ave* forma contraste con lo duro y terrible de la *fiera*. Pronto asistiremos al festín, y veréis que á la primer dentellada del *rey* de la selva desaparece el *pájaro*.

Ahora la alusión era á Alberto, y todos sonrieron con malicia, mirándole de soslayo.

En este momento descorrieron la cortina, exclamando uno:

—El capitán don Carlos.

Alberto y Navarro se pusieron en pie, mientras los restantes fijaron la vista en el que llegaba, sin moverse de sus sitios. Era el emperador que entró de pronto, arrojó su capa y su sombrero, y dando las buenas noches con ruda franqueza, se dirigió á Silva y á Navarro, fijando en ellos una mirada que quería decir: «Callaos, y reconocedme sólo por lo que represento.»

Ninguno de los presentes á excepción de los dos que se levantaron conocía á Carlos I, por lo que se concretaron á devolverle el saludo, cesando de comer por breves instantes.

Llevaba el monarca botas de ante hasta la rodilla; gregüescos y ropilla de paño con adornos de seda amarilla, la banda roja y la espada de Alberto.

—Sentaos,—dijo á Silva y Navarro,—represento al

general Quirós, y ocupo su sitio, que veo aquí, dándoos ejemplo de franqueza. Vengo á cenar, á beber con vosotros y á brindar por el agraciado, aceptando con gusto las peripecias del festín.

—Señor... capitán,—dijo el conde,—puesto que representáis á un tan digno y elevado caballero, cambiemos de sitio y recibiré honor y merced.

—Bien estamos así; ocupad vuestro sillón y continúe el banquete. Al entrar oí carcajadas, animación y el murmullo propio de este acto; sigan, pues, que yo os imitaré.

—Y cogiendo una copa, añadió:

—Brindo por el *león* y porque Dios confunda á la *gallina*.

—¡Bravo!—exclamaron los que no le conocían; Mendoza añadió.

—Y yo por un capitán tan apuesto, gentil y atrevido; porque no hay cobarde alguno que se presente á extraños con la... vamos, con la soltura que vos.

Y apuró su copa. El emperador preguntó:

—¿Quién es ese gigante?

—Yo mismo os lo diré, joven capitán; soy Luis de Mendoza, alférez de la compañía de Navarro. Un buen servidor del César, tierno y caritativo entre las mujeres de todos los países, y un tigre frente á los enemigos de su patria. Si queréis conocerme mejor, id á Fuenterrabía, que no tardaréis en oir hablar de una maza que se mueve como el aspa del molino de viento.

—Tengo noticias vuestras y ya sé quien sois.

Silva y Navarro miraron á Mendoza intentando vanamente contenerle; su cabeza, como las de la mayo-

ria de los que estaban allí, se hallaba acosada por los vapores del vino, y no era posible que distinguiera los imperceptibles signos de los ojos. Siguió en consecuencia el banquete, favorecido con brindis, discursos que tenian de todo, risas, carcajadas y algunos votos que hicieron temblar á Navarro y sonreir á Alberto. Bien pronto se convencieron estos dos que el César gustaba de aquella reunion, y lejos de intentar contener á sus amigos, tomaron parte, y con sus frases y chistes procuraron que no amenguara la animacion.

Don Cárlos comia, probaba las bebidas, brindaba, recibia las bromas con gusto y las devolvia con agudeza. Léjos de darse por ofendido ó de desagradarle alguna de las frases que le dirigian, se juzgaba favorecido, y, sin traspasar los límites de la urbanidad contestaba al momento, gozoso siempre y apareciendo en su semblante una alegría que rara vez se notaba en él. De este modo llegaron á los postres. Entonces cogió Silva una copa de licor, y, poniéndose en pié, exclamó:

—Brindo por el augusto señor que se halla entre nosotros... en retrato; su valor no tiene rival en el mundo; su sabiduría supera á los elogios, y es tan bondadoso y aficionado á los suyos, que de haber sabido la honra y dicha que hubiera producido en nosotros su augusta presencia, estoy seguro que sin violencia alguna descenderia de su trono para venir, y junto á nosotros brindar por la guerra, desdeñar la paz. Y en verdad que nunca podia haberse rodeado de hombres más adictos, de vasallos tan leales ni de seres que le amasen más ni estuviesen tan

dispuestos á perecer á una señal de su dedo. ¡Primero el César, luego el César, siempre el César, y que viva el César!

Todos menos Cárlos se pusieron en pie, alzaron las copas, repitieron las últimas frases del conde y apuraron el licor; luégo se sentaron, á excepción de Mendoza, que, fijándose en el de Austria, le dijo:

—Señor capitán, no os habeis movido cuando rendíamos homenaje á la sabiduría y valor de nuestro excelso monarca.

—Es cierto, Mendoza; oid la causa.

—Y poniéndose en pié, añadió:

—Pasé mi vida al lado de Cárlos I; sus ideas son las mias, mios sus pensamientos, y le quiero tanto que no debo elogiarle, porque de saberlo él me reprenderia con razon. Amadlo vosotros tambien; vitorearlo, si creeis que lo merece; y luego, al frente de los invencibles tercios castellanos, venced, destruid á los enemigos de nuestra patria, elevando el estandarte español donde no haya llegado ninguno. Valientes oficiales, el monarca os estima, prepara la recompensa á que os hagais acreedores, y si teneis en tanto como él el nombre español, recorred el mundo, y que os conozcan en todas partes por lo incontrastables en poder y valor, por lo caballeros en las acciones, lo hidalgos en las obras. Imitad su fé, su arrogancia, su amor al pueblo de San Fernando, y lo vereis dichoso, feliz.

Y, alzando la copa, continuó:

—Brindo por el de la banda roja, que venció á un leon de Castilla; brrindo por vosotros, que le obsequiáis, y brindo por lo mucho que os ha de enseñar, por lo que en pos de él habeis de aprender.

—Un aplauso siguió á las frases de Cárlos.

—¿Quién será?—decian unos.

—Qué valor y arrogancia demuestra,—añadian otros.

Y prendiendo el fuego del monarca en los pechos de aquellos sus vasallos, cesaron las chanzas, las agudezas y la broma, para pronunciar juramentos, brindis y discursos bélicos, convirtiendo el comedor en una tienda de campaña situada frente al enemigo.

Cárlos I gozaba como nunca; era desconocido de la mayoría; le trataban de igual á igual, oia aplaudir sin adulacion ni lisonja su valor, talento y sabiduría, y era en estos momentos el que más participaba del entusiasmo general. Muy jóven aún, sin esa reserva, aplomo y circunspeccion que demostró luégo, dejaba ahora que lo columpiase el aura popular, excitaba los ánimos, y como un capitán cualquiera brindaba por la guerra, y de anatema en anatema llegaba su acento hasta zaherir una nacion enemiga y poderosa, á la que no tardó en vencer y humillar de mil modo y en diferentes ocasiones. Permaneció allí dos horas, que fueron para él un instante de dicha, una efímera ráfaga de placer.

Alberto y Navarro lo comprendieron así, y léjos de estorbar con cumplimientos y etiqueta la alegría y satisfaccion del monarca, ayudaban á los convidados; sus voces y copas se alzaban contínuamente, y así prosiguieron hasta que el soberano exclamó:

—Os dejo con sentimiento; pero el deber me llama á otra parte, y bien sabe Dios que lo siento. Adios, conde; adios, Navarro; gracias por el buen rato que me habeis proporcionado; no lo olvidaré nunca. Señores, pronto veré si vuestras frases corresponden á los

hechos en Fuenterrabía, Francia é Italia. En el campo de batalla nos volveremos á conocer; hasta ese dia.

Y, sin permitir que nadie le acompañara, cogió su capa y sombrero y desapareció de allí.

Quedaron todos en pié, mirándose unos á otros, exclamando para sí:

—¡Quién será! ¡Quién será!

—Ese capitán,—dijo Mendoza,—no irá nunca detrás de sus jefes.

—¡Brabo, don Luis!—le contestó el conde,—sin querer habeis dicho una verdad que carece de réplica. Cárlos no irá nunca detrás de sus jefes, porque no los tiene.

—¿Quién es?—le interrogaron todos.

—El emperador

—¡Santiago!...—exclamaron aturdidos y confusos.

—¡Y yo que le he tuteado dos veces!—decia Mendoza.

—¡Yo le he tratado de igual á igual!

—¡Y yo!

—¡Y yo!—repetian otros.

Y hablando todos á la vez, le elogiaban unos, otros deploraban no haberle conocido, dándose la enhorabuena por la honra de un huésped tan elevado, franco y valiente.

En tanto que aumentaba la confusion, se acercó Alberto á Navarro y le dijo:

—Amigo mio, la presencia del emperador me obligó á beber, contra mi costumbre; los vapores del vino y licor suben á mi cabeza, me ahoga la atmósfera que se respira aquí y me molesta el calor.

—Lo mismo me sucede á mí, pues aun cuando estoy acostumbrado, nunca lo hago con el exceso de esta noche.

—Salgamos: estos goces embotan mi entendimiento, y mi cabeza necesita un aire puro y fresco.

Ambos dejaron que sus amigos y convidados saboreasen la dicha de haber tenido en su casa á Cárlos I, y marcharon, diciendo á Pedro:

—Si preguntan por nosotros, diles que nos ahogaba el calor y que vamos en busca de otra temperatura. A Nuñez, Mendoza y Osorio, que en casa nos reuniremos.

Y desaparecieron calle abajo en dirección del campo.

CAPITULO XXIX

Del festín al cementerio.—La guadaña.—Consecuencias de un asesinato frustrado.

—¿Adónde vamos?—preguntó Navarro al conde.

—Al Prado de San Fermín; no está lejos, y entre su espesa arboleda iremos perdiendo poco á poco los vapores del vino que tanto nos molestan.

—Qué chasco han llevado nuestros convidados; mis tres oficiales quedaron como estátuas al oir la noticia.

—No dejamos de ser sorprendidos tambien nosotros.

—Es verdad, yo sentí frío y calambres.

—Yo no; conozco al emperador; comprendí desde luego su intención, y me apresuré á apoyarla, con el doble motivo de presentarse allí en obsequio mío y en celebridad de un acontecimiento que le honra extraordinariamente.

—Fué la más insigne merced qne podía hacerte.

—Cierto, y se la he agradecido mucho; pero le debo tanto, que mi reconocimiento supera á cuanto pudiera expresar.

Hablando así llegaron al Prado de San Fermín, co-

menzando á pasear por una calle de árboles. Sin saberlo habían caminado del festín á un cementerio, donde ambos, si Dios no lo evita, deben quedar cadáveres, como veremos más adelante.

A la vez que ellos y á alguna distancia iba un hombre de baja estatura, embozado hasta los ojos, y no muy lejos de éste seguían otros seis, embozados también, llevando cuatro arcabuces y provistos además de espadas y puñales.

Al internarse en el Prado Navarro y el conde, se detuvo el más bajo de los siete, é incorporándose con los otros, exclamó:

—Aguardad aquí escondidos tras de esos árboles.

Y arrastrándose él como la culebra, quedó junto á un álamo, espiando los dos bultos á quienes seguía. Diez minutos después retrocedió, diciendo á sus compañeros:

—Pasean por una calle de árboles; la ocasión no es posible hallarla más propicia. ¿Estáis dispuestos?

—Sí.

—¿Conserváis encendida alguna mecha?

—Sí.

—Pues pensar en la recompensa que os aguarda, y seguid uno tras otro sin hacer ruido.

Anduvieron cien pasos: el jefe volvió á exclamar:

—Al suelo, bellacos; fuera las capas. Ahora sacad las espadas, y que cada uno tenga la suya al lado. Bien; fijemos los mosquetes; al pasar por delante otra vez se apuntará; y al regresar haremos fuego.

—Ya están.

—Silencio, que llegan; tendeos; yo fijaré la puntería. Pasan; levantaos. Vosotros tres, al pié cada uno

de su mosquete, prended las mechas que faltan, y que el diablo confunda á esos miserables.

—Del lado que están los mosquetes sólo podremos matar al que viene á la derecha.

—Al otro con las espadas; seremos siete contra uno, en el caso de que no le llegue alguna pelota,—era el nombre que se daban entonces á las balas.—En el momento que yo exclame fuego, aplicáis la mecha; saldrán los tiros, y detrás nosotros, acero en mano, los ensartaremos hasta quedar muy satisfechos de que han muerto los dos.

Estos hombres eran Juan de Dios Bermudez y los seis vasallos que ofrecían al duque de San Marcos más confianza en valor y perversidad. Permanecieron, pues, arrodillados al pié de la pequeña batería que formaron, teniendo tres de ellos cogida con la diestra la mecha, con la izquierda la espada, y los otros tres empuñaban con la derecha su acero, mientras el jorobado, sin soltar su mecha, miraba á la izquierda, que era el sitio por donde debían venir sus dos víctimas. No llevaba espada, porque, desconociendo por completo la esgrima, juzgó prudente no tomar parte en las cuchilladas que debían seguir á la descarga.

Eran más de las diez, y la noche estaba clara, tranquila y serena. En la inmensa pradera de San Fermín,—hoy paseo del Prado,—reinaba un silencio sepulcral. La mencionada pradera, célebre después por los desafíos y lances ocurridos en ella, distaba mucho del Madrid de entonces; la puerta más cercana era la de Anton Martín, situada en la hoy plazuela del mismo nombre, y basta con esto para juzgar que, en tal época y á hora tan avanzada, la quietud y aislamiento

que reinarían entre aquellos espesos árboles serían completos.

Alberto y Navarro llevaban paseando cerca de treinta minutos: sentían cada instante más ligeras sus cabezas, por lo que pensaban permanecer allí hasta hallarlas completamente despejadas. Iban hablando del sitio de Fuenterrabía y formaban cálculos, sin que á ninguno de los dos se les pudiera ocurrir el inminente peligro que les amenazaba. Ninguno recordaba al duque de San Marcos; y como no temían á nadie, paseaban con la misma tranquilidad y sosiego que si estuvieran en el salón de su palacio.

Era la quinta vuelta qun daban; Alberto iba á la derecha de Navarro, y en este momento le decía:

—Eres valiente, capitán; entiendes en el arte de la guerra lo que se conoce hasta hoy, pero no sales del círculo que eso te traza. Te digo y repito que tengo bastante con seis días para tomar la plaza y echar á los franceses al otro lado de los pirineos.

—Será así, no cuestiono; más no adivino qué medios vas á emplear.

—Esos los verás el...

No pudo acabar; su última palabra la cortó otra, que dijo:

—Fuego.

Casi á la vez sonaron cuatro detonaciones; dos balas se estrellaron en el sombrero forrado de acero de Alberto, mientras las restantes pasaron silbando á cuatro dedos del rostro de Navarro. El primero cayó al suelo sin exhalar frase alguna; el segundo tiró de la espada, y cubriendo el cuerpo de su compañero, se puso en guardia. Esta operación del ex-comunero fué rá-

pida, instantánea; mas todo hacía falta, pues en el mismo minuto que rodó el conde; se halló Navarro rodeado de seis espadas, cuyas puntas buscaban con ansia su corazón.

Sin aturdimiento, pero angustiado por suponer que Silva estaba muerto, y con el coraje que tan horrible atentado inspiraba á su alma fuerte y poderosa, acometió á los asesinos, procurando, más que la defensa, matar á los villanos que tenía en torno.

—No me importa morir,—se decía;—pero quiero vengarme; y á este fin bendigo á Dios que me inspiró la idea de una cota y un semicasco, donde se embotarán las espadas enemigas. ¡Muere maldito! ¡y tú! Van dos.

Su acero era efectivamente una guadaña, que giraban á derecha é izquierda, sembrando el suelo de sangre y dando al aire los ayes del moribundo que acababa de tender.

—¡Al de abajo; que se mueve!—gritó una voz lejana, sin duda la de Bermudez, que presenciaba el combate á veinte pasos de allí.

—Otro, y van tres, porque se mueve mi amigo,—exclamó Navarro:—y si no sois cobardes, seguid un poco y doblaré el número.

En este instante se levantó Alberto; anduvo dos pasos, y espada en mano cayó sobre los tres que quedaban. A la vez gritó el jorobado:

—¡Maldición, todo se ha perdido!

Y se oyeron los pasos de la precipitada fuga que emprendía.

—¡Muere, muere!—exclamó Silva, derribando á dos.

—Éste para mí,—dijo Alberto, hiriendo al último y corrieron tras él. El conde sintió un nuevo desvanecimiento, perdió la vista y cayó, quedando sentado. Con voz trémula dijo:

—No lo persigas, capitan, que le faltan las fuerzas y deseo además perdonarle.

—¡Cobarde asesino!—gritaba Navarro.—¡Huye que parece un galgo! Y puesto que corre más que yo, y tú lo quieres, le dejo escapar... ¿Pero qué es eso, Alberto, hijo mio? ¿Cuando yo te creí con vida, cierras los ojos? ¡Hijo, hijo del alma! ¡No oye; me parece que está frio! ¡Dios de mi vida, salvadlo, y muera yo si es preciso!

El conde, sin abrir los ojos, murmuró:

—Agua... agua... á la sien derecha.

—Veamos,—exclamó Navarro convulso y llorando de alegría.—Sí; dos balas estrelladas en el acero de su chambergo. Padece una conmocion cerebral, efecto de los golpes; como si dijéramos, dos arañazos. ¡Bendito sea Dios, y mil veces bendita su misericordia! Te pondré agua, hijo mio; vaya si te la pondré; pero no te dejo aquí, que pueden ser más, y no me es dado marchar sin mi corazon, que quedaria contigo. Ven, hijo, ven.

—Padre mio, no es nada: agua á la sien y oprime esa parte con un pañuelo. ¡Ay, terrible vértigo!

El ex comunero envainó la espada de Alberto, sujetó la suya con los dientes, y cogiendo á aquél como á un niño, lo levantó en alto, caminando hácia adelante, diciendo á la vez:

—Pesas, hijo, pesas, mas no importa. ¿Dónde habrá agua por aquí? Allí la veo correr.

E internándose en la pradera, llegó con su preciosa carga al borde de un estrecho arroyuelo que distinguió al resplandor de la luna. Luégo soltó á Silva con mucho cuidado y empapó en agua el lado derecho de su cabeza: tres veces repitió esta operacion, terminándola con mojar su pañuelo y rodearlo á la frente del conde, oprimiéndoselo cuanto pudo. Despues se sentó, dejando caer la cabeza del contuso sobre su muslo izquierdo.

—No debe ser nada,—exclamó;—la falta de sentido es motivada sin duda por la conmocion; y el que se haya repetido el vértigo prueba sólo una tregua, hijo de la insignificancia de los golpes ó del milagro hecho por Dios para que me ayudase á exterminar á los asesinos. ¡Cómo tiemblo! ¡ya se ve, es mi hijo, y le amo tanto!... ¡Alberto, hijo mio!

—No te aflijas; va pasando, y vuelvo á la vida que creí perdida.

—¿Sientes algo en el cuerpo?

—Sólo en la cabeza, y, gracias á Dios, pronto desaparecerá. Humedece un poco mis labios. ¿Tienes cerca el agua?

—Sí.

Y Navarro ahuecó la mano, la llenó tres veces, y de este modo le hizo beber algunas gotas.

—Basta; deja que me siente.

—No; hasta que estés bien del todo permanecerás quieto. Si no te hubieras levantado antes, dejarias de sufrir el segundo vértigo.

—¡Qué importa! te ayudé y nada se ha perdido.

—¿Notas alivio?

—Por instantes; creo que ya puedo andar.

—Será así, pero no te muevas.

—¿Por qué lloras?

—¿Yo? serán gotas de agua.

—No, padre mio; lágrimas que se desprenden de tus ojos; bálsamo consolador que me dice: si hay asesinos, tambien existe un Navarro con brazo y corazon de bronce y un alma tan noble como tierna y cariñosa.

—¡Hijo, deliras! ¿habia yo de llorar?

—Sí; hé aquí la prueba.

—No te muevas.

—Estoy mejor sentado; déjame que contemple húmedos tus párpados y que te estreche contra mi pecho.

—¡Buen susto me has dado!

—Me debias la vida que te salvé en Múrcia, y bien pronto pagaste la deuda.

—Calla. ¿No ves aquellos bultos? Es una ronda que se dirige al sitio de la catástrofe. ¿Puedes andar?

—Sí, y correr; dame mi sombrero.

—¡Y dónde estará!... Con el mio, que me lo sacaron de un tajo. Cógete á mi brazo y huyamos por aquí.

—¿A qué esa prisa?

—Si nos ven nos prenden, y Dios sabe cuando nos soltarán.

—Pero vamos sin sombreros.

—No importa; camina lo deprisa que puedas.

—Entonces corramos.

—¿Te sientes bien?

—Perfectamente.

—Por aquí, y en salvo. Ahora, si alguno pretende

detener nuestro paso, se lo estorbaremos á cuchilladas.

Diez minutos despues, dejando la ronda atrás y sin encontrar un sér humano en el camino, entraron en el palacio y luégo en el despacho donde les aguardaba el general Quirós, segun les dijo un lacayo.

Hacia media hora que don Gonzalo regresó de palacio, y se hallaba redactando una comunicacion importante, cuando fué sorprendido por la llegada de Alberto y Navarro, que penetraron mojados, roto el traje del segundo, vendada la cabeza el primero y en el mayor desorden los cabellos y vestiduras de ambos.

—¿Qué es eso?—preguntó Quirós sorprendido.

—No os asusteis, señor,—le contestó el conde.—Nos han querido asesinar, logrando únicamente que yo sufriera dos golpes en la cabeza y la conmocion consiguiente; pero ya no amenaza peligro alguno, ni mis contusiones me molestan.

—¿Quiénes osaron atentar contra vosotros?

—Gente pagada por el duque de San Márcos.

—¡Maldicion sobre ellos! Sentaos, que yo os vengaré. ¡Hola!—gritó, preguntando á un lacayo:—¿Dónde este Nuñez?

—En el despacho del señor conde, con los caballeros Mendoza y Osorio.

—Que vengan inmediatamente.

Cuando hubieron entrado, les dijo:

—Teniente Lara, partid, regresando al instante al frente de veinte hombres de vuestra compañía. Venid á pié y volad.

—¿Está herido el conde?

—Luégo lo sabreis; obedeced.

Hizo después que se sentase también don Luis y don Alvaro, diciendo á Silva:

—Cuéntame lo ocurrido, sin omitir nada, y abrevia: bien sabe Dios que sospeché el lance y lo temía; pero ya veréis las consecuencias.

El conde refirió lo acontecido, excitando su relato algunos tacos que lanzaron Osorio y Mendoza, y el que apareciera en sus rostros y en el del general la ira y deseo de vengarse. El último se enteró perfectamente del sitio, y en el instante que oyó los pasos de los veinte soldados que había mandado llamar, se puso en pie diciendo:

—Navarro, y vos, Mendoza, cuidad de Alberto; vos, Osorio, con otros veinte hombres de vuestra compañía, estableceis guardia en mi palacio, y los centinelas que creais conveniente; acostaos luego, siendo así que Núñez y yo pasaremos la noche probablemente en vela.

Y sin dar más explicaciones, ni contestar á ninguna de las preguntas que le hacían, se puso á la derecha de Lara, mandando que le siguiesen los veintiuno.

Osorio le obedeció, yendo con la fuerza que le habían encargado; estableció dos centinelas, mandó reconocer y cerrar el palacio, y luego encargó á Dávalos, que tambien se lo trajo, que no dejase entrar á nadie de día ni de noche sin previo aviso. Asegurada de este modo la existencia de Alberto, le pusieron un líquido que usaban para tales casos, vendándole nuevamente la cabeza. Acabada esta operación se acostaron los tres, quedándose dormido Silva, luego Navarro y después Osorio.

El general, delante de los veinte soldados y al lado de Núñez llegó á la pradera, y más tarde al sitio de la catástrofe. Parte de una ronda guardaba cinco cadáveres, mientras sus restantes compañeros partieron en busca de los causantes, y no hallándolos fueron á dar parte á sus jefes, asustados y sin comprender el motivo de los muertos hallados en la pradera.

Don Gonzalo se dió á conocer, é inmediatamente hizo llevar luces, verificándose á su presencia un escrupuloso reconocimiento en las vestiduras y rostros de los difuntos. Varios alguaciles dijeron que á dos de aquellos recordaban haberlos visto en el palacio del duque de San Marcos, viniendo á confirmar esta idea la filiación que hicieron en el bolsillo de uno, y de la que resultaba que los muertos y otro que no parecía sirvieron efectivamente á las órdenes del mencionado duque. Se buscó al sexto, y áun cuando no se le halló les dió indicio de él un reguero de sangre que empezaba allí y concluía en el palacio de San Marcos. Tambien encontraron cuatro mosquetes, en los que estaban grabadas la corona ducal é iniciales del poderoso señor que acabamos de citar.

Vino el alcalde con el resto de la ronda, y enterado de cuanto acontecía, dijo al general:

—Señor, estando vos aquí no me atrevo á hacer nada; pero creo que, practicadas ya las primeras diligencias, y resultando comprometidos los vasallos ó dependientes del duque, debíamos, con vuestro permiso, pasar al palacio...

—No prosigáis, alcalde,—le dijo Quirós:—el infame autor del atentado cometido aquí es el mismo San Marcos.

—¡Qué decís, señor! ¡El elevado duque, sobrino de!...

—Sí, el mismo; ese miserable debe batirse pasado mañana en el palenque con el señor conde de Santomera, y no atreviéndose á medir sus armas con su valiente contrario, le ha mandado asesinar del modo siguiente.

Y el anciano le refirió todo lo acontecido, añadiendo:

—Es indispensable prender al cobarde autor de tan inicuo atentado.

—¿Y quién se atreve á penetrar en su palacio y llevar á cabo la idea?

—¿Os parece justa?

—Por desgracia lo es.

—Entonces, yo, auxiliado de vos.

—Señor, nos vamos á comprometer.

—Alcalde, dejareis vuestra vara esta noche si, en alas de un miedo que debia avergonzaros, vaciláseis al obedecerme. Os mando en nombre de S. M.

—Siendo así, prenderé áun cuando sea á mi padre.

—Al duque me lo llevaré yo, acompañado únicamente del teniente Nuñez, que no tiene vuestros escrúpulos, y de algunos de sus soldados, pero es conveniente que en el momento de salir nosotros, entreis vos, incomuniqueis á los criados, principiando la instruccion del sumario, que ha de dar por resultado la complicidad y áun la direccion del duque en el asesinato frustrado y víctimas habidas en consecuencia de aquél.

—Lo haré con mucho gusto, empleando la energía necesaria.

—Es preciso más; es indispensable que mañana á las diez esté terminado el expediente, y nos lo presenteis al emperador y á mí.

—Haré lo posible, general.

Acto contínuo dió Quirós algunas órdenes á Nuñez, al alcalde, soldados y alguaciles, y dejando seis de los últimos para el traslado de los cadáveres y arcabuces cogidos, marcharon los demás, usando de las precauciones necesarias para sorprender el palacio de San Márcos, y que no pudiera escapar ninguno de cuantos estaban encerrados en él.

Así sucedió efectivamente; un cuarto de hora más tarde, ó sea á la una de la noche, se hallaba rodeado el mencionado edificio de soldados y alguaciles que, espada en mano y en nombre del emperador, tenian órden de atravesar al que intentase por la fuerza salir ó escapar. Verificado esto, llamó don Gonzalo, dando su nombre; no le hicieron caso, é invocó el del emperador; tampoco abrieron; entonces ordenó echar abajo la puerta. Viendo los de adentro que se llevaba á cabo lo mandado, abrieron, precipitándose Nuñez, don Gonzalo y soldados, dejando dos de centinela.

—¿El duque, dónde está el duque?—preguntaba el general á los aturdidos sirvientes de aquél. Uno de ellos le contestó:

—Duerme, señor; por eso no nos atrevíamos á abrir.

—¡Mentira! yo lo veré.

En este momento salieron varios guardias, y situándose al pié de la escalera, quisieron estorbarle el paso; pero se adelantó Nuñez, é invocando el nombre del emperador, hizo rodar á dos, gritando á sus soldados:

—Acuchillad al que se oponga, y adelante.

Los que le seguian eran procedentes del castillo de Monteagudo, y les bastó esta indicacion para comenzar á tirar mandobles, poniendo en dispersion en el acto á cuantos pretendieron prohibirles la subida.

Nuñez de Lara cogió á un paje por el brazo y lo arrastró, diciéndole:

—Llévanos donde esté tu amo, ó te estrello.

—Por aquí, señor; pero no apreteis tanto, que me deshaceis la muñeca.

De este modo atravesaron varios salones hasta llegar á la alcoba del duque.

—Ahí está,—murmuró el paje con temor.

—Quedaos á la puerta,—dijo don Gonzalo á Nuñez y soldados, entrando él sin ceremonia.

San Márcos no habia tenido tiempo de desnudarse completamente, y se metió en el lecho con parte de su traje. Al oir que llegaba el general, se tapó hasta el cuello, fingiendo dormir; pero Quirós adivinó con facilidad el engaño, y, acercándose á la cama, le dijo:

—En nombre de S. M. el emperador, levantaos y seguidme, señor duque de San Márcos.

Aquél abrió los ojos, y como sorprendido, exclamó:

—¿Quién se atreve á penetrar en mi alcoba? ¡Insensato!... ¡Ah, sois vos, general! ¿Desde cuándo se visita á los grandes de España á estas horas y sin previo anuncio? La urbanidad...

—Duque, dejaos de farsa, de mentiras y de aparentar lo que no es. Levantaos y seguidme en nombre del César.

—Necesito una órden firmada por S. M. y que vos

vayais delante, toda vez que basta y sobra mi palabra para marchar solo adonde me mande el monarca. Y tened entendido, que si olvidais quién soy y lo que merece la casa de un grande, me veré obligado á demostrároslo de un modo inconveniente para vos.

—Si no me obedeceis antes de un minuto, os llevo atado y como á miserable pechero. A la puerta de esta alcoba se halla el teniente Nuñez de Lara con diez soldados, más lejos tengo otros diez, y en torno de este edificio se encuentran el alcalde de córte y varios alguaciles, dispuestos todos á obedecerme.

Y cogiendo de pronto la ropa de la cama, la echó á los piés, añadiendo:

—¿Lo veis? Cuanto decís es mentira; todo es farsa en vos; y si es cierto que entré en la casa de un grande, vengo sólo por un hombre tan chico como los asesinos de que hizo uso esta noche.

El duque palideció; pero, intentando resistir todavía, osó exclamar:

—Apoyado en la fuerza bruta pensais cometer un atropello; está bien, llevadlo á cabo, segun me habeis ofrecido.

Nuñez estaba oyendo el anterior diálogo; así es que, al escuchar las últimas frases de San Márcos, gritó:

—Muchachos, proporcionaos unos cordeles y regresad al momento con ellos.

—Al instante, mi teniente,—le contestó un soldado.

El duque acabó de palidecer, preguntando con viveza:

—¿Qué intentan esos hombres?

—Obedecerme: yo jamás falto á lo que ofrezco.

—¿Seríais capaz de consentir que me maniatasen y que de este modo me llevaran por la villa?

—Sí.

—El emperador no puede querer eso; no lo ha mandado; no lo tolerará.

—Os equivocais; S. M. no tiene amigos ni protegidos cuando castiga ó premia.

—¿De qué se me acusa?

—Ya lo sabreis; ahora obedeced, y más tarde os dirán lo demás.

—¿A dónde me llevais?

—Al alcázar.

—¿Ante el emperador?

—Probablemente.

—Entonces no hallo inconveniente en seguiros, quedando vos responsable del atropello.

—No hay ninguno; recibís honra en que yo venga á prenderos, en vez de mandar cuatro soldados, un sargento, ó todo lo más, á Nuñez ó á Osorio.

En este momento gritó Lara desde la habitacion contigua:

—Mi general, aquí está la cuerda, y todos nosotros dispuestos á obedeceros.

—¡Qué humillacion, qué atropello!—exclamó el duque.—Pronto á mi vez vengaré la ofensa.

Y alzando más la voz, añadió:

—Teniente Nuñez, ¿qué hacen mis soldados?

El interpelado asomó la cabeza, replicando:

—Duque, no se nota que los haya en el palacio; si existen, al saber que entraba yo aquí se escondieron: y en verdad que obraron con cordura, pues de lo contrario habrian librado mal.

—Basta; retiraos.

San Márcos no volvió á hablar; se fué vistiendo; luégo abrió una gaveta; cogió oro y algunos papeles, exclamando:

—Cuando gusteis; si os parece, podemos ir solos.

—Son más de las dos, y conviene llevar acompañamiento. Seguidnos, Nuñez, con cuatro soldados; los demás que queden con el jefe de los corchetes, al que direis cumpla su mision, segun le tengo prevenido.

Y marcharon del palacio en la forma expuesta, yendo el preso entre el general y Lara, y detrás cuatro guardias.

El duque sabia que cinco de sus vasallos fueron heridos ó muertos por Navarro; mas el sexto, ó sea el que escapó vertiendo sangre, que le refirió el hecho, añadió que el conde de Santomera quedaba en tierra muerto ó mal herido, siendo así que se habia levantado breves instantes para caer de nuevo, exánime al parecer. Esta noticia le tranquilizaba para el porvenir, toda vez que lo principal era librarse de Silva; en cuanto á su prision, juzgaba que sólo podia verificarse por sospechas, y esta idea le fué poco á poco calmando.

—Bendita prision,—se decia,—si es la consecuencia de haber espirado Alberto; y no puede ser otra cosa, teniendo en cuenta el rigor que usan conmigo y las precauciones que toman. No dejo papel alguno que me comprometa; los muertos no hablan; el dicho de los heridos no es válido; el César me estima, y mi tio hará lo demás. Me asusté al principio sin motivo.

Pensando así llegaron al alcázar, mandó abrir el

general una de las habitaciones del piso bajo; dejó en ella al duque y á Lara; á la puerta los cuatro soldados; órden á estos de que no permitiesen entrar ni salir á nadie, y subió hasta penetrar en la antecámara, donde fué detenido por dos monteros de Espinosa.

—¿Duerme S. M.?—preguntó á uno de ellos.

—Creo que sí.

—Necesito verle.

—Imposible; en la régia alcoba no entra nadie.

—Yo no puedo, pero vos sí. Un acontecimiento extraordinario y grave me obliga á mandaros que le desperteis, si bien no es necesario que se levante; yo entraré si se digna permitírmelo.

El montero vaciló; pero teniendo en cuenta que se lo ordenaba el ministro de la Guerra, preguntó á su compañero:

—¿Qué hacemos?

—Llama,—le dijo el otro,—segun nos está prevenido para casos extremos.

El primero se acercó á la puerta y dió un golpecito que fué repitiendo, hasta que oyó al emperador, que le decía:

—¿Qué quieres?

—Señor, el general Quirós me obliga á que despierte á V. M.; no pretende que V. M. se levante, desea sólo entrar.

—Abre, y que pase al instante.

Don Gonzalo penetró en la alcoba, hallando al César sentado sobre la cama, el cual le preguntó con viveza:

—¿Qué ocurre, Quirós?

—No se alarme V. M.; es un asunto grave, pero

sólo tiene relacion con dos individuos, y en nada afecta al imperio.

—Habla pronto.

—Seis vasallos del duque de San Márcos han intentado esta noche asesinar á Alberto de Silva y á Pedro Navarro. El primero ha recibido dos balazos en la cabeza.

—¡Maldicion! ¿Ha muerto el conde?

—Tranquilícese V. M., que gracias á Dios se halla bueno y sano.

—Me quitas un peso terrible. ¿Cómo fué ese milagro?

—Señor, previeron el caso, y ambos iban interiormente forrados de acero á prueba de puñal y áun de bala.

—¡Bendito sea Dios, que se ha dignado salvar la vida de un hombre que ha de ser el primer sosten de mi trono!

—Siento haber molestado á V. M...

—No, Gonzalo, has hecho bien; refiéreme el acontecimiento sin omitir detalle alguno.

Así lo hizo el general, siendo interrumpido varias veces por el César con exclamacianes que expresaban ira y enojo, ó la alegría consiguiente al desenlace.

Quirós dejó de hablar en el instante que llegó al reconocimiento de los asesinos, mostrando la prueba de que eran vasallos de San Márcos.

—No me extraña,—dijo el monarca; pero yo inutilizaré á ese miserable para que no pueda atentar contra la vida del más noble y valiente de los hombres. Llama á un montero y que haga venir al capitan de guardia.

—¿Qué intenta V. M.?

—¿Tú me lo preguntas? Mandar que prendan inmediatamente al duque.

—Conociendo la rectitud de mi señor, adiviné su pensamiento y me he adelantado: San Márcos queda encerrado en una de las habitaciones del alcázar.

—Bien hecho. ¿Quién fué por él?

—Yo mismo, señor.

—No merecía esa honra.

—No lo hice por él, sino por abreviar y complacer á V. M.

—¿Quiénes fueron contigo?

—El teniente Nuñez, que lo guarda ahora y veinte hombres de la compañía de Navarro.

—En todo estuviste acertado. Sin consideracion alguna déjalo inútil hasta el momento de abrirse el palenque; más teme él esa pelea que al verdugo; por eso prefiero mandarlo allí á entregárselo al ejecutor. Incomunícalo, y encárgate, ya que has empezado, de que no pueda molestar al conde. Dejo ese asunto á tu cuidada; no duermas, Quirós, y muéstrate con él como merece un asesino. El que sea sobrino de Adriano no amengua en nada mi justa cólera, ni eso le librará de morir en el palenque. Adios. Gonzalo; dí á Alberto de mi parte el efecto que me causó la noticia, demostrándole la alegría que me produce el resultado. El valor de Navarro lo premias. Adios.

—¿Me perdonais, gran señor, el que haya molestado á V. M.?

—Has cumplido con tu deber, y una vez más te has hecho acreeder á mi afecto y gratitud.

—El cielo guarde la vida de mi amado señor.

Y salió; los monteros cerraron la puerta, quedando la régia alcoba y cámara en el mayor silencio.

El general se dirigió al cuerpo de guardia, llamó al jefe é hizo que lo llevara el capitan Lozano, que dormia cerca de allí. Cuando le tuvo delante, le dijo:

—El emperador os confia la persona del duque de San Márcos, preso é incomunicado, por haber pretendido asesinar al conde de Santomera; debeis permanecer á su lado hasta pasado mañana á las doce, sin dormir ni perderlo de vista un solo instante. Poned centinelas á la puerta, y vigilad mucho; la menor imprudencia os costará el empleo é ireis á un castillo; la segunda, la vida. Se halla en el salon *verde*; relevad á los soldados de Navarro que lo custodian, y entrad para haceros cargo de él.

—Está bien, mi general; S. M. quedará satisfecho de mí, y vos no tendreie queja alguna.

—Os he preferido á todos vuestros compañeros por ser el que más confianza me inspira.

—Señor, procuraré hacerme digno de ella.

—En el mencionado salón os espero.

Acto continuo entró en el que estaba San Márcos y Nuñez, diciendo al último:

—Teniente, esperadme en el cuerpo de guardia; cuando releven á vuestros soldados, dadles órden de que se retiren á su alojamiento.

Luego que hubo desaparecido Lara, dijo Quirós al duque:

—Tengo el sentimiento de participaros que su majestad acaba de aprobar eso que llamais desacato y atropello cometidos por vos.

—Me alegro; cuando yo le hable, será otra cosa.

—Manda S. M. asimismo que no os vea nadie, ni aun su augusta persona, hasta que, llegado el momento del palenque, salgais de aquí, acompañado de vuestros padrinos y de algunas otras personas de su confianza.

—No os comprendo, general.

—Bien clare os lo he dicho, duque.

—¿A qué palenque os referis?

—¡Ah!... Entiendo; suponeis que han muerto al conde de Santomera, y tengo la satisfacción de anunciaros que mi querido hijo está bueno y sano, gracias á Dios. Bien podia haber añadido el sexto de vuestros vasallos, que herido en la pradera nos dejó el rastro de su sangre hasta vuestro palacio, que tres de sus compañeros fueron muertos por Navarro y dos por Silva. Es cierto que le dieron dos balazos y que cayó en tierra; pero bien pronto se puso en pie, acometió como él sabe, y de dos estocadas hizo otras tantas víctimas. Volvió á caer efecto de la conmocion cerebral que sentía; mas al cuarto de hora desapareció el síncope, y fué por su pie á mi palacio. Las balas iban bien dirigidas, pero se estrellaron en el forro acerado de su sombrero.

—Es la primera noticia que tengo, y en verdad que me importa poco lo que acabais de contar,—contestó el duque trémulo y queriendo aparentar una indiferencia que no podia sostener.

—Perdonad; pero se ha probado ya que los asesinos era vasallos vuestros, y nada desmiente el que obrasen por cuenta vuestra.

—Eso es una calumnia.

—¿Por qué entonces se refugió el herido en vuestro palacio?

—Lo ignoro; yo no lo he visto, y hasta dudo de la verdad de vuestro relato.

—Pronto os demostrarán lo contrario.

—¿Quién?

—El alcalde de córte.

—Imposible. ¿Dónde me acuesto?

—Ya os traerán cama.

—¿Quién me va á servir la comida?

—Los criados de S. M.

—¿Decis que debo permanecer incomunicado hasta el momento de mi combate con Silva?

—Cierto.

—Puedo morir en él.

—Tambien es verdad; lo creo casi seguro.

—Necesito en consecuencia hacer testamento.

—Pretension justa y atendible. Mañana os mandaré un notario y testigos.

—Deseo arreglar además algunos asuntos de familia, y enterar del secreto donde guardo los fondos á mi único heredero, que lo será mi hermano Luis. Yo os ruego le permitais que venga á verme siquiera una sola vez; con eso tengo lo suficiente; me resignaré, y en tanto que el destino mejora mi suerte inclinaré la frente. Nada me explico de cuanto pasa esta noche; pero tengo pendiente un desafío, y hasta que triunfe ó perezca en él todo me es indiferente, á excepción de asegurar la suerte dé mi hermano, para el que hago las veces de padre.

El duque pronunció las anteriores frases con tan fingida verdad, que hizo entrar á Quirós en la red que le tendía. La noticia de que Alberto se hallaba sano hirió su corazon y lo obligó á temblar; pero se

fue reponiendo poco á poco, meditó, concluyendo por inspirarle Satanás la idea que andaba buscando. El noble anciano general se resistia en un principio á romper la incomunicacion: mas ignoraba lo poco que se querian los dos hermanos y la idea que se proponia San Márcos, y no halló en su mente modo de combatirla. Así es que accedió, contestándole:

—Bien, se avisará á vuestro hermano para que venga inmediatamente y permanezca una hora á vuestro lado, pudiendo regresar pasado mañana á las diez, en que se permitirá la entrada á todos vuestros parientes y amigos, con el objeto de que podais estrecharos hasta despues del combate ó hasta la eternidad.

—Gracias, sois conmigo más complaciente de lo que esperaba.

—No lo achaqueis á interés ó afecto; pero á nada que sea justo me negaré jamás, áun cuando recayese en pro de mis mayores enemigos. Que el cielo os guarde, duque.

—El os inspire mejor y acompañe.

Quirós se volvió, y hallando á su espalda al capitan Lozano, le dió algunas instruciones al oido, saliendo inmediatamente por entre varios soldados que, á guisa de tertulia, estaban sentados en bancos á la puerta de la prision. Luégo pasó al cuerpo de guardia; ordenó al jefe de aquélla que le entrase á San Márcos cama y el alimento necesario á las horas de costumbre, y cogiendose al brazo de Nuñez, marchó al palacio del duque, anunció á su hermano que podia pasar una hora en compañía del preso, y acto contínuo se unió al alcalde, ayudándole á terminar el expediente que aquél instruia. Todos los criados, dependientes y guardias

de San Márcos estaban presos é incomunicados; y en poder de ellos el herido, declaraba en este momento contra el duque y Bermudez. Los demás ignoraban por completo la parte que su señor habia tomado en el terrible acontecimiento, y poco ó nada pudieron añadir á lo expuesto por aquél.

CAPÍTULO XXX

Los dos hermanos.—Tercera campaña de Bermudez.—El rey de los criados

En el momento que salió Quirós de la prision del duque, cerró la puerta el capitan, se guardó la llave y comenzó á pasear, fija su mano izquierda en la empuñadura de su espada, mirando de reojo á San Márcos.

—Buenas noches, Lozano,—le dijo el duque, fingiendo amabilidad.—Me complace mucho ver en mi carcelero á un caballero tan cumplido como vos.

—Gracias; no soy otra cosa que un soldado, instrumento ahora de la ley.

—¿Cúmo está vuestra familia?

—No lo sé.

—¿Teneis mal humor?

—Sí.

—¿Queréis que hablemos de vuestro porvenir?

—No.

—Dejad de pasear y sentaos. ¿Nada me contestais? Pardiez, há poco me adulaban cuantas personas tenian entrada en este palacio, cuya restauracion dirigí; aho-

ra me creen sin favor, y todos me vuelven la espalda. ¡Bravo, amigo mio! en breve os probará el poderoso dupue de San Márcos, sobrino y heredero del Sumo Pontífice, lo mal que haceis, y en verdad que os podrá ser peligroso.

El capitan se encogió de hombros, y continuó paseando por el largo salon.

—¿Qué órdenes os han dado sobre mi persona?

—Sólo á mí interesa saberlas.

—¡Bueno es eso! ¡conque debo ignorar lo que tiene relacion conmigo; mejor dicho, lo que se contrae á mí! ¿Callais?

—Si, y es inútil que volvais á interrogarme, pues juro por la cruz de esta espada no volveros á contestar.

—Bien hecho; no esperaba ménos de vuestra educacion y noble proceder.

Y comenzó tambien á pasear por el extremo opuesto. Su frente estaba contraida, la mirada vaga de un modo siniestro por la extensa habitacion, y á su mente se agolpaban ideas tan fatales como todo lo que emanaba de aquel descompuesto cerebro.

Poco despues entraron dos camas, fijándolas una frente á la otra.

—Esta para el señor duque,—dijo un soldado,—y esta para mi capitan.

Y volvieron á dejarlos solos, cerrando nuevamente Lozano.

San Márcos se cansó de pasear, y, segun estaba vestido, se recostó sobre el lecho, queriendo conciliar el sueño, pero no pudo conseguirlo; léjos de eso, se sentia cada instante más incómodo y desasosegado. A la

ira y despecho siguió, como era consiguiente, la reaccion, apoderándose de él temor, incertidumbre y pesar; más tarde se agolparon las lágrimas á sus ojos, pero hizo un esfuerzo heróico, las contuvo y quedó como anonadado.

A las tres horas de haberse echado, y cuando ya habia amanecido, oyeron llamar á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Lozano.

—El hermano del señor duque, mi capitan,—contestó un soldado.

—Aquél abrió y volviendo á cerrar, dijo á don Luis, enseñándole el reloj:

—Los seis en punto; teneis una hora, y en esa cama á vuestro hermano.

El jóven cogió un sillon, lo aproximo á la cabecera, y estrechando la mano del duque, se sentó, preguntándole:

—¿Estás enfermo?

—Sí. Siento fiebre y un desasosiego que me atormenta

—¿Conoces la causa?

San Márcos buscó al capitan con la vista, y notando que se habia retirado á un extremo, le contestó:

—Estoy perdido, Luis.

—Lo sé; no quisiste tomar mi consejo, y hé ahí las consecuencias.

—¿Qué has averiguado, hermano?

—Que Silva está sano, y que uno de los asesinos, el único que quedó, ha declarado todo lo que sabia.

—¡Maldicion! ¿Y el beneficiado?

—Este huyó, y no han podido encontrarle.

—¿Cómo lo sabes?

—Al venir aquí me detuvo para enterarme del sitio en que lo podia hallar, si necesitases nuevamente de él. Me refirió el acierto con que dice haber obrado; la desgracia que le impidió matar á Silva, la cual no se explica, y por último, quedó espiando nuestro palacio con ánimo de averiguar lo que ha acontecido despues y hablar conmigo, en el caso de que no me prendieran.

—¿A tí? ¿quién osaria?...

—Hermano, respetaron mi persona por consideracion á nuestro tio, á mi corta edad y á que el herido declaró no tener yo parte alguna. Por lo demás, sólo á mí me dejaron en libertad de cuantos habitábamos el palacio. A los que se atrevieron contigo poco puede importarles lo que yo represento.

—¿Cogerán á Bermudez?

—Le hice ver lo expuesto que se halla á morir ahorcado; pero dice que, convertido en culebra, se esconderá en agujero donde no entrarán sus enemigos.

—¿Sabes tú dónde está?

—Me lo ha dicho.

—Luis, sé mi Providencia. Corre en su busca, y ofrécele cuanto quiera por...

—¡Silencio! ¿Pretendes otro atentado y que muera yo en un patíbulo? No, hermano. Dime á quien he de desafiar, y me batiré con gusto; mas perecer como miserable asesino, eso nunca.

—¡Me abandonas á mi suerte! ¡tu, en quien miraba la única esperanza de salvacion! Si anhelas quedarte solo en el mundo, pronto lo conseguirás.

—Vé al palanque, mata á Silva, hazte digno de nuestro valiente padre, y juro salvarte de la senten-

cia que recaiga en la causa criminal que te están instruyendo.

—¡Que lo mate! ¿Tú sabes quién es ese conde?

—Un hombre como tú y como yo.

—No, Luis, te han engañado; es un sér privilegiado, con más talento y valor que los dos juntos. Sereno, impávido y con sangre fria que pasma, hiere su vista, su destreza no tiene igual, y todo esto se halla apoyado en una suerte loca.

—A un hombre así es al que debe matarse.

—¿Y quién hace ese milagro, Luis?

—Tú.

—¿De qué modo?

—Sacando fuerzas de flaqueza y sobreponiéndote á él en todo.

—¿Lo conseguiria el que me lo aconseja?

—Lo ignoro; pero estoy seguro que en tu lugar lo intentaria.

—Yo tambien lo haré, pero estoy cierto de que me matará. Tú temes, hermano, el fin de un criminal, y no hay duda que será terrible subir las gradas del patíbulo por asesino ó ladron, y exhalar el último suspiro frente á la multitud que mira, desdeña y compadece. La vista del verdugo debe completar el cuadro, elevándolo á su más alto grado de espanto y horror. Todo eso es verdad, pero no lo es menos que yo espiraré de un modo tan amargo y cruel como el delincuente. Me llevarán al palenque, y, como dan la razon á Silva, los grandes y los chicos se fijarán en mí con desden, y, aglomerados en torno de nosotros, pedirán al cielo por mi contrario; cruzaremos luégo las espadas, me herirá, y al cerrar los ojos para pasar

á otro mundo, me despedirán los aplausos que den á mi fiero enemigo, sirviéndome á mí de postrer y fatal anatema. ¡Ay, Luis, qué desgraciado soy!

—Me duele tu suerte, hermano; no ha mucho vertí lágrimas de amargura por tí, y eran las primeras que salian de mis ojos desde que tengo razon; mas no hallo medio alguno de libertarte.

—Lo hay; pero tú, con escrúpulos que rechaza el cariño fraternal, te niegas. Si fueras un buen hermano, yo tambien lo seria contigo; te dejaria por heredero si al fin pereciera, y, de salir bien, partiríamos el producto de mis rentas, con las cuales hay para los dos. Bien pronto vendrá el notario, y, si aceptases mi plan, dejaré consignado en mi testamento ambas cosas.

—¿Qué deseas, hermano?

—De tí muy poco; yo no quiero que te comprometas; pretendo únicamente que busques á Bermudez y le ofrezcas cuanto pida porque mate á Silva en todo el dia de hoy ó durante la próxima noche. Son veinticuatro horas, Luis; ese jorobado le odia más que nosotros, tiene ambicion y le sobran valor y astucia.

—Me vas á precipitar, y áun cuando me parte el corazon tu infortunio, hallo una repugnancia...

—Hermano mío, hazlo por nuestro padre, por el amor que nos tenia.

Al llegar aquí sintieron llamar á la puerta, y ambos callaron. Un soldado exclamó:

—Mi capitan, un notario y testigos, de parte de nuestro general.

—Lozano,—dijo el duque,—que entren y esperen á que acabe con mi hermano; despues dictaré el testamento.

El capitán les hizo pasar, se los llevó al extremo donde él estaba, permitiendo que hablasen los dos hermanos los quince ó veinte minutos que les quedaban.

—En cuanto salgas,—añadió San Marcos,—testaré, dejándote por único heredero, si me matan, y con derecho á la mitad de mis rentas desde este instante. ¿Qué dices, Luis? ¿puedo contar contigo, que tienes mi sangre y mi nombre, ó me abandonas como todos los demás?

—No; te voy á obedecer, porque, de lo contrario, te matará Silva, y espirarás maldiciéndome. Haré cuanto pueda, no obstante la repugnancia que me causa; no perdonaré medio ni sacrificio alguno; mas si, á pesar de todo, no lograse mi intento, vé al palenque, hermano, y, convencido de que Santomera es un hombre igual á tí, lucha con ardor, destreza, y hiérele.

—Gracias, Luis; gracias, hermano mío; procura cumplir lo primero, porque respecto de lo segundo me será difícil complacerte; entiende que me asusta el solo nombre de ese conde, y ante él tiemblo; cuentan tales heroicidades, y su mirada profundiza y aterra de un modo...

—Si fuera cierto lo que me ha dicho Bermudez, entonces habria más probabilidades de conseguir nuestro intento.

—Segun eso, él tiene preparado algo, previó el caso y se halla dispuesto. Habla, hermano, habla, por Dios, y repara que sólo quedan once minutos.

—Dice que ha ganado á dos sirvientes del general Quirós, á uno de los cuales lo juzga capaz de atravesar el corazon de Silva si se lo pagan bien.

—¡Magnífico! ¡Y te negabas, ingrato, cuando está andada la mitad del camino!

—Exige diez mil ducados, á pagar del modo siguiente: dos mil al momento y los otros ocho despues de consumado el hecho.

—Tómalos, y dos mil más para tí; tenía esos cuatro mil en oro en la gaveta de mi alcoba y los cogí al venirme por si lograba convencerte, segun está aconteciendo. Llévate tambien la llave de la gaveta grande, donde hay veinte mil; si cumple, le das los ocho al instante. Que te vea sin testigos, vigílalo. Mucho ánimo, Luis; le infundes nuestro ardimiento, y... ¿Qué más puedo yo decirte? Quedan cuatro minutos, ¿tienes algo que contarme?

—Nada, te juro hacer cuanto pueda por cumplir tu deseo.

—Te llevas mi vida, Luis; devuélvemela mañana. A las diez puedes venir otra vez, segun me ofreció el viejo ministro. Suceda lo que quiera, no dejes de presentarte aquí; deseo darte un abrazo fraternal, sea ó no el último.

—Las siete, don Luis,—gritó el capitan abriéndole la puerta.

Los dos hermanos se estrecharon: salió el menor, y el otro se tiró de la cama, comenzando poco despues á dictar su testamento.

Una hora más tarde entraba don Luis en un cuarto húmedo y oscuro situado en el extremo de la calle de la Mancebía, y se encerró con Juan de Dios Bermudez, el cual se encontraba solo, sin mueble alguuo ni más habitación que aquella en que se hallaban.

Pasemos ahora al palacio de don Gonzalo Quirós.

Continuaba en él una guardia de veinte hombres, mandada por Dávalos, el que no dejaba entrar á nadie como no fuese de la casa ó se lo mandasen sus jefes. A las siete se levantó Alberto, no conservando ya ninguna molestia del golpe recibido la noche antes. Luégo penetró en su despacho y comenzó á estudiar; poco despues se presentaron Navarro, Osorio y Mendoza, preguntándole:

—¿Cómo te sientes, hijo?

—¿Estais mejor, señor conde?

—Perfectamente, amigos míos; lo mismo que antes de ese funesto lance, que no hay para qué recordar. Acercaos, y estudiemos sobre este mapa la geografía de Francia.

Y los cuatro continuaron así hasta las once, que llegaron don Gonzalo y Nuñez. Despues de enterarse ambos de la salud del contuso, le dijo el general:

—Queda San Márcos incomunicado; todos sus criados, soldados y dependientes presos, y el expediente instruido, á falta de la sentencia, que no recaerá hasta despues de su combate con Silva. Resulta, en consecuencia, que el duque mandó asesinarte, siendo encargados de realizarlo los seis soldados de quienes disteis tan buena cuenta, á las órdenes de un malvado, que no fué habido, llamado Bermudez y es contrahecho.

—¡Voto al demonio!—exclamó Navarro,—dando un puñetazo sobre la mesa.—¿Lo oyes, Alberto? Esas son las consecuencias de tu insensata piedad.

—¿Y qué se ha perdido? ¿No hay más malvado en el universo que el jorobado Bermudez? Si San Márcos no hubiera hallado á ese, tendria sólo en Madrid doscientos de quienes disponer.

—No importa, mi general; es indispensable, si teneis en algo la vida del conde, que se prenda á ese miserable y le ahorquen inmediatamente; mis oficiales y yo nos convertiremos en policía, si lo juzgais conveniente. Es la segunda que nos hace, tiene talento, le sobra valor, y abriga en su alma tanta ponzoña, que no parará hasta dar fin de nuestro hijo. Por lo visto, curó el infame y en parte tuve yo la culpa, que hice caso de ese chiquillo, y en vez de envenenarle la herida le corté la hemorragia y le mandé aplicar el bálsamo que le ha sanado.

—Ya me dijo Nuñez quién es, lo que practicó en Múrcia y de lo que era capaz; pero nada temais; le buscan veinte hombres, y él, San Márcos y el soldado herido, morirán.

—Me opongo,—dijo Alberto.

—¡Calla!—le interrumpió Navarro;—tú nada tienes que ver con la justicia, ni un caballero debe influir en sentido alguno en la opinion de los jueces.

—Soy el más ofendido, padre mío, y por lo mismo perdono al jorobado y al guardia que heriste anoche. General, sois anciano, noble y generoso, y no debeis consentir que Alberto de Silva os aventaje en hidalguía; con que influid en favor de esos desgraciados, ó iré yo mismo á ver al emperador, seguro de que no me negará la gracia.

—Acaso te equivoques, hijo.

—No; porque empezaré demostrándole que ni su general Quirós ni su capitán Navarro tienen corazon.

—¡Qué dices!

—Me ratifico. El hombre es grande y fuerte perdonando; chico y miserable cuando niega su mano al

desgraciado, sea ó no reo, haya ó no delinquido. ¿No decís que profesais la religion católica? ¿Y qué os enseña tan divina ley? Don Gonzalo, quiero que no se busque á Bermudez y que se perdone al herido; harto tiene el uno con su joroba, índole y miseria, y demás el otro con la estocada que le dió Navarro, la cual debió suprimir en vista de que se hallaba solo.

—Yo tambien lo estaba.

—Eres maestro en esgrima y él un mal aprendiz.

—¿A que niegas todavía que hice bien en defenderme de los seis?

—Eso no; cuando luchabas contra todos, fuiste un héroe; al acometer al último, un cobarde.

—Me alegro; acepto lo primero y no oigo lo último.

—¿Ves? se rien los demás, y eso que son tan vanidosos como tú. Don Gonzalo, ¿cumplireis mi deseo?

—Sí; mas ignoro si accederá el emperador; te advierto que tiene el expediente sobre la mesa, y su enojo no conoce límites.

—Tampoco su piedad y misericordia; rogádselo en mi nombre, y contadle lo que acabamos de hablar.

—Lo haré así. S. M. me encarga te demuestre su sentimiento por el atentado y su alegría por lo bien que libraste; á la vez desea premiar á Navarro, y esta tarde será nombrado probablemente maestre de campo.

—¿Maestre? ¡yo maestre de campo! ¿No os chanceais, mi general?

—Os he dicho la verdad.

—¡Qué bien me sentarán el cetro y mando! No los he ganado como yo queria, mas en Francia pagaré la deuda.

—Si no lo mereces,—dijo Alberto,—renúncialo.

—¡Qué locura! Habia de desairar á S. M. ¿Me tienes envidia?

—Sí, mucha; con tu carácter y tus... ¿lo digo?

—No, hombre, cállalo.

—¡Pues bien, con aquello y con lo otro que tú sabes seria yo más dichoso!...

—Pues, hijo, en tu mano está; con ménos sabiduría, no mucha ménos, y otro genio, te podias igualar á mí y nada perderias. En fin, te cedo el mando de mi compañía, y me reservo el derecho de arrestarte cada vez que me faltes.

—En cuyo caso, y para evitar castigos tan continuados, decid de mi parte á S. M., general Quirós, que María y yo nos oponemos á ese nombramiento.

—¡Por Santiago, no hagais semejante disparate, don Gonzalo! Te toleraré lo que quieras con tal que dejes al emperador la solucion de ese asunto, sin influir en nada. Buen hijo tenemos, general; procura por mí con interés plausible.

Alberto sonrió, sin contestar nada.

Los seis pasaron al comedor y almorzaron, reinando en la mesa alegría y satisfaccion; todos ignoraban que en este momento se afilaba ya la punta del puñal que un brazo homicida debia hendir antes de asomar el nuevo sol.

El resto del dia lo ocupó don Gonzalo en el alcázar y sus cinco amigos en estudiar. A las seis regresó Quirós, entregando al capitan Navarro su nombramiento de maestre de campo.

—Quiere el emperador,—le dijo,—que continueis al frente de vuestra compañia, compuesta de las quinientas plazas que ya tiene.

—¿Y mi hijo?

—Alberto os mandará á vos y á otros que están mucho más elevados.

—Bien hecho; le nombrará general y lo merece.

—No, más aún.

—No os comprendo.

—Ni os hace falta; cuando llegue el momento lo sabreis.

Despues dieron la enhorabuena al agraciado y se sentaron á comer, favorecida la mesa con el vino más rancio que habia en palacio, en obsequio del nuevo maestre. Continuó reinando entre los seis la misma alegría que por la mañana. A las ocho salió el general, y los cinco restantes prosiguieron estudiando; á las once volvió aquél, y, reunidos de nuevo, se ocuparon media hora del palenque, disponiendo despues retirarse cada uno á su cuarto. Antes de verificarlo pasaron Nuñez y Osorio una escrupulosa revista al palacio y á sus habitantes; nadie faltaba en su puesto ni hallaron intruso alguno. Se cerraron las puertas, y dejando sólo un centinela, se dió la orden para que todos se acostasen, verificándolo á la vez Quirós, Alberto, Navarro y sus tres oficiales.

Tal era la absoluta confianza que tenian los cinco en el valor y destreza de Silva, y tanto la que abrigaban de sí mismos, que ninguno de ellos temia la hora del palenque, deseándola, por el contrario, por la seguridad en que estaban de que en el próximo dia quedaba vengado un hecho tan repugnante como inícuo ante los ojos de toda persona bien nacida.

A las doce y cuarto dormian la mayor parte; sólo permanecian en pié el centinela del zaguan, el leal

criado Pedro, que andaba á oscuras por las habitaciones interiores, y dos sirvientes del general, los cuales en este momento se hablaban al oido.

Penetremos an su habitacion.

Era un cuarto con dos camas, alumbrado por un pequeño velon, en el que ardia un solo mechero; la puerta estaba cerrada; ambos representaban de treinta á cuarenta años, y en este momento decia el más alto á su compañero:

—Hablé con el jorobado, y el negocio quedó hecho.

—¿Y cuándo hemos de realizarlo?

—Esta noche.

—Muy pronto es.

—Mañana seria tarde; pues segun pude comprender, se trata de evitar que el duque se bata con el conde.

—Yo temo...

—¡Cobarde! Mira, mil ducados en oro.

—¿Cuánto me corresponde de eso?

—La mitad; y mañana recibiremos igual cantidad, partiendo con Bermudez á Francia.

—¿Cuánto te da á tí?

—El negocio lo ajusté en tres mil ducados; mil para tí y los otros dos para mí, que he de dar la puñalada.

—¿Y si yerras el golpe?

—Imposible; antes nos aseguraremos bien; tiene luz en la alcoba, y es preciso una torpeza que no pienso demostrar.

—Y luego, ¿cómo salimos?

—Todo está previsto; la ventana que dá sobre la puerta excusada del palacio está sólo entornada, y cerca unas cuerdas, por las que podremos descolgarnos. Al pié de aquéllas nos aguarda el giboso, que nos

llevará á su casa; allí nos entregará el resto, y en pasando unos días salimos para Francia, bien disfrazados, en mulas y por caminos que yo conozco.

—Dame mis quinientos ducados.

Los asesinos se distribuyeron una parte del inícuo fruto de su terrible empresa, diciendo luégo el más alto al otro:

—Mientras yo busco el puñal, sal tú y observa si alguno dejó de acostarse, y si duerme el conde.

—Más vale esperar una hora.

—No lo creas; debemos aprovechar el primer sueño, que es el más seguro y continuado; ayer no durmieron unos, y otros muy poco, y todos deben hallarse rendidos y deseando descansar.

—Pensémoslo antes bien...

—Hombre, no seas cobarde; lo pagau perfectamente, y lo mismo es servir aquí que en otra parte, con la diferencia de que en el extranjero seremos dueños de tres mil ducados, y acaso hagamos nuestra suerte con ellos. ¿Temes aún?

—No. Hasta que yo vuelva deja el puñal escondido.

Salió el más bajo, mientras el otro abrió un pequeño baul, y, sacando una daga afilada, la contempló cou alegria salvaje.

—Ese bruto,—exclamó,—cree que dan tres mil ducados; pero son cinco, de los cuales me tocarán cuatro. Si no durmiera en mi alcoba, ni áun esos mil tomaria él, que soy yo muy bastante para dar una puñalada; pero en fin, no es poco poseer cuatro mil ducados, que en mi vida los ví juntos. Ya sabe el giboso que me ha de entregar dos sin que el otro lo vea, y mañana...

¡Bendito puñal! por tí voy'á lograr lo que tantas veces he soñado. En Francia tendré amigos; beberé vino y licores; las francesas son muy aficionadas á la plata, y puesto que á mí me sobra... ¡Soberbio porvenir me espera! Tengo un ánsia de despachar...

Y se guardó la daga entre la ropilla, esperando así la llegada de su compañero. No tardó éste en presentarse, diciendo:

—He recorrido el palacio, sólo está despierto el centinela que pasea por él zaguan; el conde duerme tambien, tiene la cortina descorrida por delante, caida la ropa y hasta enseña el pecho. Al entrar en su alcoba me pareció escuchar pisadas, y luégo creí ver una sombra; pero observé por algun tiempo, y no he vuelto á oir ni á ver nada.

—Ilusiones; si todos permanecen echados, claro es que el conde está solo.

—Puede, mas juraria...

—¿No espiaste despues?

—Sí, me habré equivocado; como el hecho es tan horrible... Penséemoslo bien.

—¿Quieres ó no? ¡vaya unas dudas necias! Yo me cansé de fregar suelos, barrer y estar todo el dia hecho un azacan; si tú quieres seguir...

—Vamos; ya lo pensé, y me decido.

—Cógete á mi mano, y no tiembles, adelante.

Y ambos salieron agarrados, dirigiéndose sin hacer ruido alguno á la alcoba del conde. Éste soñó no há mucho que fué sorprendido por varios asesinos y que luchaba con ellos, lo que dió lugar á que se moviera en la cama, tirase parte de la ropa que le cubria y quedara con el pecho y brazo derecho al aire. En el

momento que penetraron los dos sirvientes de Quirós se hallaba en el tranquilo sueño que siguió á su anterior pesadilla. Estaba boca arriba, y en su hermosa y blanca faz asomaban la calma y sosiego que rara vez le abandonaban. Antes de acostarse oró, y satisfecho de sí mismo, buscó el reposo, bendiciendo á Dios y suspirando por María. Su duelo con el duque no le ocupaban por nada, y como á nadie aborrecía, no sucumbió jamás á la ira, el encono ó la soberbia; conceptuaba el combate un sacrificio imprescindible, impuesto por el deber. Es cierto que despues del palenque le aguardaba la guerra, y, como consecuencia, el insomnio, la fatiga y vida afanosa y expuesta de los campamentos; pero tambien la gloria, los aplausos, títulos y honores, y al concluir, la mano de María, que anhelaba más, si cabe, que la conservacion de su existencia. Sentia en su cerebro un poder que le impelia al combate y le gritaba: «Vencerás; tu patria será honrada por tí, y el mundo se postrará ante tus heróicos hechos.»

Tanta gloria como le esperaba, los aplausos de los valientes de Europa y la grandeza y poder, todo vá á ser barrido al débil soplo de un miserable que clavará su puñal por ménos cantidad de lo que vale un solo pelo de los cabellos del héroe. Un pedazo de hierro y el nervudo brazo de menguado asesino serán suficientes á destruir el heroismo del sér más privilegiado que tiene España, deshaciendo á la vez el carro triunfal que parecia haberle regalado su destino.

Para evitar el solo golpe de la mano homicida es preciso un milagro de la Providencia. Veamos si su

inagotable bondad alcanza esta noche á uno de sus hijos predilectos.

Los asesinos penetraron en la alcoba, segun hemos dicho, é iba delante el más alto, sujetando por la muñeca á su compañero. Hasta aquel instante contuvieron ambos la respiracion; pero ya junto á la cama de la víctima, dejaron salir el aliento comprimido, mirando con alegría mezclada de terror el bello rostro del conde. El primero demostraba serenidad salvaje; el otro, por el contrario, se hallaba descolorido, temblaba, viéndose obligado á recostar parte de su cuerpo sobre el brazo izquierdo de su compañero para poderse sostener.

Una sonrisa fatídica, infernal, asomó á los húmedos lábios del más alto; luégo alzó su infame daga, murmurando:

—¡Al corazon! ¡Mue!...

La frase fué cortada por arrogante voz, que gritó:

—¡Uno! ¡Dos! A tierra, y todo ha concluido.

Era Pedro, que, saliendo de detrás de las cortinas de la cama, descargó su puño dos veces sobre las sienes de los asesinos, haciéndoles rodar. Un segundo más, y el conde hubiera pasado del sueño temporal al eterno; pero el leal sirviente de Silva, seguro de no errar el golpe, aguardó al último instante para confiar más á los sicarios, conocer mejor su intento é inutilizarlos, convencido hasta la saciedad de que eran criminales y que merecian lo que ellos intentaban hacer con su señor.

Al caer en tierra, sólo exclamaron:

—¡Ay!

—¡Ay, muero!

Alberto abrió los ojos; vió rodar á aquéllos, la daga sobre su cama, y Pedro frente á él con los brazos cruzados.

—¿Qué acontece?—le preguntó.

—Ya nada, señor conde.

—¡Me iban á asesinar! ¡Lo veo! ¿Los has muerto? Pide socorro, y salva sus vidas, si es posible. General,—gritó,—Navarro, amigos mios, venid todos.

Y se tiró del lecho, comenzando á vestirse con cuanta ligereza podia.

Quirós se levantó, vió el cuadro, y cogiendo la espada, penetró en la alcoba de su hijo adoptivo, exclamando:

—¡Navarro! ¡Nuñez! ¡A mí la guardia!

Y cubriendo á Silva con su cuerpo, continuó:

—¡Mendoza! ¡Osorio! ¡venid! ¡venid!

Gritaba don Gonzalo con toda la fuerza de sus pulmones, y sus voces hicieron subir al centinela, y luégo fueron precipitándose todos en la estancia, á medio vestir unos y otros envueltos en la capa, sábana ó manta que habian encontrado á mano; pero iban armados de espada, puñal ó partesana, de lo que hallaron más cerca.

Alberto cogió las muñecas de los asesinos; Pedro continuaba con los brazos cruzados, y todos preguntaban qué era lo que acontecia; mas como interrogaban á la vez, siguió callado el leal sirviente, hasta que halló un instante de silencio y pudo contestar, diciéndoles:

—No os asusteis, señores, que ya no hay peligro alguno; dos sirvientes del señor general quisieron matar á mi amo; yo lo supe, seguí sus pasos, y al alzar el

puñal homicida, salí de entre estas cortinas, dí un puñetazo á cada uno, y ahí cayeron sin sentido.

—¡Maldicio!—exclamó Navarro;—¡hasta en nuestra propia casa nos introdujeron asesinos! Pedro, valiente Pedro, coge mi mano.

—Señor...

—¡Noto al demonio! Cógela, aprieta.

—¡Muy bien, Pedro!—le dijeron los restantes; y desde el general hasta Dávalos fueron estrechándole, mereciendo los elogios de todos y los aplausos de los soldados que tambien habian acudido.

—Señor,—añadió Pedro, fijándose en el conde,—parece que huís de mí, cuando los demás me abrazan y favorecen.

—Admiro tu lealtad, y sé que te debo la vida, pero todavia no es tiempo de que recibas por mi parte la recompensa á que te has hecho acreedor.

—Vestíos todos, añadió el general,—y en el momento que vuelvan á la razon esos miserables, procuremos averiguar quiénes los han mandado y qué otros cómplices resultan. Este segundo crímen no puede quedar impune. Entre cuatro de vosotros llevadlos á mi despacho, quedando con ellos el centinela que está vestido.

Quirós fué obedecido; hizo que le pusieran un traje, y cuando hubieron terminado quedó solo con Alberto, al cual dijo:

—Tienes que batirte mañana, hijo mio, y ya que no he podido evitarte las emociones que acabas de recibir, vuelve á acostarte y descansa.

—Señor, ¿qué vais á hacer con esos desgraciados?

—Silva, déjame en paz, y acalla en esta ocasion

una misericordia que puede costarle la vida en lo sucesivo. Apenas has salido al mundo, y ya estás rodeado de asesinos que intentan cebarse en tí como el cuervo en su presa; y si continuamos con insensatos perdones que prohiben las leyes y nuestra propia seguridad, se ensanchará el círculo de los malvados, alentados por la impunidad. Esos séres que en mal hora vienen al mundo, léjos de agradecer la vida que les regalas, los anima, é, inspirados por Lucifer, empuñan luégo la daga homicida con más ira y encono cada vez. Es indispensable, por otra parte, que la autoridad dé el ejemplo y cumpla con su deber, respetando y haciendo acatar las prescripciones de la ley.

En estos momentos entraron Navarro, Osorio, Mendoza y Nuñez, exclamando el primero:

—General, la tropa está vestida, como igualmente vuestros sirvientes y los nuestros; yo os ruego os apresureis á castigar este segundo y horrible atentado, á cuyo fin nos ponemos los cuatro á vuestra disposicion.

—Muy bien, señor maestre; eso deseo, y no tardaré en realizarlo. Entre tanto obligad á Alberto á que busque el reposo; fijad un centinela á cada puerta, y velad su sueño junto á la cabecera del lecho de nuestro hijo. Navarro, en vista de lo que ha acontecido, es indispensable desconfiar de todos. Esto ha de ser, Alberto, y suprime reflexiones que á nada conducirán. Osorio, Mendoza y Nuñez, seguidme.

Y salieron, dejando solos al capitan y al maestre; el último puso dos centinelas de confianza, cerró las dos puertas y dijo al conde:

—Desnúdate y duerme.

—¡Infelices! Pretendeis imitarlos creyendo locamente que cumplís los preceptos de la ley. No ha sido Pedro, fué la Providencia quien me salvó, y ella nos impone el deber de perdonar y atraer al recto camino al desgraciado que se separa de él.

—Alberto, no me hallo en disposicion de continuar oyendo por esta noche tu ridícula filosofía; para filosofar estoy yo, ¡voto al demonio!... A la cama; si tú no te desnudas, yo te quitaré la ropa. Soy tu padre, tu jefe, y por el alma de mi madre, que en lo sucesivo he de combatir con todas mis fuerzas tu tolerancia y una bondad que quieren recompensarte á puñaladas.

Mientras el maestre desnudaba al conde, sacándole la ropilla y gregüescos, zapatos y calzas, de un modo harto brusco, lanzando votos y algunas maldiciones, su hijo adoptivo inclinó la cabeza y dejó que el otro le manejara á medida de su deseo, murmurando cortadas frases, que formaban la antítesis de las interjecciones que mezclaba Navarro en su conversacion.

—En tanto que haya hombres,—decia el héroe,—existirán malvados; el corazon humano será siempre el mismo. Empezaron en Caín, y no es posible que concluyan en Bermudez. ¡Qué necio es el que confia la seguridad de su vida al castigo y la expiacion del criminal! ¡Sólo la misericordia divina puede evitar el golpe fratricida; una idea destruye ejércitos; un hombre basta para vencer y humillar « millones de séres, y no obstante eso, sobra para tal gigante con un puñal y la grosera mano del sér más estúpido.

—Al lecho; pareces un niño á quien tengo que coger y arrojar sobre los colchones. Ahora duerme y

olvida tus tonterias filosóficas. ¡Pobre muchacho! Te encerraste en una biblioteca compuesta de estátuas, urnas funerarias y féretros, y hé ahí las consecuencias de esas ideas, tan contrarias á la lógica y al sentido comun.

—Calla profano.

—Sí, para enmudecer estoy; ganas me dan de referirte un cuento y dormirte como á los chiquillos. ¿Qué diantre habias de aprender entre mármoles y muertos? Nada; tu gran talento te estrelló en la fria losa del sepulcro; pero á bien que desde hoy en adelante, como padre y jefe, te obligaré á que obres segun debe el hombre de ingenio y reflexion; yo conozco el mundo; estudié á fondo el corazon humano; la Providencia no me escaseó las bellas dotes que sólo tú me niegas, y podré fácilmente encaminarte bien. ¿Se te cierran los ojos? Me alegro; duerme, que yo velaré.

—Los cierro yo; es preferible el sueño á escuchar tanto desatino con que estás atormentando mis oidos. ¡Qué hombres, señor, qué hombres!

—Eso digo yo, ¡qué sábios, señor, qué sábios! Todo quieren comprenderlo, y á lo mejor deliran.

—Es verdad; la mayor parte de lo que hacemos es aborto de nuestra demencia. Quiero dormir; este acto de la vida es lo que más se parece á la muerte, á esa verdad eterna que nadie puede negar.

Poco despues soñaba el uno, y el otro guardaba su sueño con paternal cariño. Sepamos qué hacia el general Quirós.

Entró en su despacho seguido de los tres oficiales, hallando todavía sin sentido á los dos criminales, y á Dávalos, diez y ocho soldados y á cuantos criados y

dependientes habia en el palacio rodeando á aquéllos.

—Salid todos,—exclamó,—y que venga Pedro.

Se sentó en un sillon, y cerca de él Osorio, Nuñez y Mendoza. De este modo esperaron la llegada de Pedro, el cual habia salido del palacio sin enterar á nadie del sitio donde fué.

—¿Cómo has tardado tanto?—le preguntó el general.

—Señor, estuve evacuando la segunda parte de la escena que tuvo lugar no há mucho.

—Bien, entérame primero del modo que tuviste de descubrir á los asesinos, con todo lo que sepas relativo á ese asunto.

—Esta mañana noté que esos dos miserables abandonaron sus quehaceres, retirándose á uno de los extremos del palacio; los seguí, consiguiendo escuchar parte de su conversacion. Ninguno de ellos me inspiraba confianza; el más alto era holgazan; murmuraba de su amo; maldecía su suerte. y en el poco tiempo que está en Madrid se habia entregado dos veces á la embriaguez. El otro le imitaba tambien; pidieron dormir en una misma alcoba, y en sus conversaciones mezclaban siempre palabras obscenas, amenazas, demostrando por último la vida relajada que parecia ser del agrado de ambos. Las frases que pude percibir cuando se retiraron al sitio de que he hablado antes, me dieron á conocer el fatal pensamiento qne abrigaban: uno de ellos estaba en relaciones con Juan de Dios Bermudez, éste con el hermano del duque de San Márcos, y entre los cuatro fraguaban el asesinato inspirado por el quinto, que rehuye á todo trance batirse con mi amo. Como al señor conde nada le asusta ni le

sorprendo, y yo era suficiente para los dos, y áun para los cinco, en vez de hacer público el hecho y dispersar á los cazadores, concebí la idea de espiarlos desde aquel instante, permitiéndoles que llegaran hasta la cama del conde y tambien que alzaran el puñal. Lo demás ya lo sabeis. Luégo, como entendí que el jorobado esperaba á sus cómplices junto á la puerta excusada del palacio, salí de éste, le busqué, y tomándome por uno de sus compañeros, me preguntó: «¿Ha muerto?» Mi contestación fué cogerle de la ropilla, levantarle en alto y estrellarlo contra el suelo. Juzgé que habia dejado de existir; poro, lejos de eso, se levantó de pronto, y, bañado en sangre, rota la cabeza y con algunos huesos deshechos, corrió de un modo que me fué imposible alcanzarlo. Confieso que no me explico por qué vive ni donde aprendió á huir de aquel modo. Anduve varias calles detrás de él; le perdí de vista, y, creyendo excusado seguirle por más tiempo, me retiré. Eso es todo.

Los cuatro elogiaron nuevamente la conducta de Pedro; volvieron á la razon los asesinos; osaron implorar la clemencia del general; declararon cuanto sabian é hicieron, y muy bien maniatados fueron confundidos en diferentes calabozos. Osorio y Mendoza prendieron despues al hermano del duque, incomunicándolo tambien y los corchetes más hábiles se encargaron de seguir el rastro de sangre que fué dejando Bermudez, sin que pudieran averiguar el paradero del delincuente que buscaban. El jorobado previó el caso, y, no obstante el mal estado en que le dejó Pedro, acertó á esconderse, seguro de que no darian con él.

El emperador tuvo conocimiento de este nuevo

atentado y su enojo creció de una manera indescriptible. Pronto sabremos si la muerte del duque, caso que logre vencerle Silva, es suficiente á contener el puñal homicida que aún se alza sobre el pecho del héroe.

CAPITULO XXXI

Preliminares del duelo.—El palenque.—Momentos supremos, La muerte.

Alberto de Silva dejó que el general y sus amigos se ocupasen de castigar ó no los atentados que tuvieron lugar en los dias anteriores; se levantó á las siete, y con fria indiferencia, respecto á los sicarios de San Márcos, leyó, contestando despues, una carta que recibió de S. M. Cuando hubo terminado pidió el almuerzo y se sentó á la mesa solo, permaneciendo allí hasta las nueve, en que se levantó, diciendo á Pedro:

—A las doce debo estar en el palanque; me irás vistiendo, pues más vale que me sobre tiempo que hacer esperar. ¿Volvió Navarro?

—No, señor.

—¿Quién hay en el palacio?

—Sólo vos, Dávalos, la tropa y sirvientes.

—Mucho tardan.

—Los ha llamado á todos el emperador, y aún no han regresado de palacio.

—Sígueme.

—Silva se encerró con Pedro, y sacando tres llaves, se las dió, diciéndole:

—Toma; ésta guarda el oro que tengo; creo que entre el general y Navarro me han dejado cinco ó seis mil ducados. Con la segunda se habren los armarios donde estan las ropas y las alhajas que me regaló don Gonzalo, y con la tercera encierro papeles referentes á mi familia. Si muriese hoy, te pertenece lo que guardan las dos primeras; lo demás á Navarro; si salgo bien, conservas las tres llaves, gastando en tí y en mi cuanto te acomode. Jamás me des cuentas, Pedro; eres tan dueño como yo del oro que tenga, y sentiré mucho que no tomes cantidades suficientes á probarme que no me tratas como avaro.

—Yo sólo necesito que vivais muchos años, y que nunca me separeis de vuestro lado.

—Eso lo conseguirás. Cierra las puertas; ven ahora; siéntate en ese sillon, junto á mí.

—No puede ser, señor conde.

—Obedece: vamos.

—Me causa rubor.

—No importa.

Y le cogió la mano derecha, conservándola entre las dos suyas. Luego le dijo:

—Voy á pagarte el servicio que me has prestado esta noche.

—Señor, por María Santísima, que yo poco hice.

—Es verdad: fué la Providencia, eligiéndote á tí para noble instrumento suyo. Pedro, tu lealtad y valor son dignos del mayor elogio: mas educado en los campos de batalla, no te enseñaron á ser generoso, y eso motiva tus arranques de ira y enojo.

—Perdonad, señor, pero yo rara vez me incomodo.

—Hombre, pudiste haber preso á esos dos desgraciados y áun al mismo Bermudez, prefiriendo esto á dejarles medio muertos.

—Creí que era mejor inutilizarlos; mas estad seguro que lo verifiqué sin violencia alguna y hasta sin incomodarme.

—Teniendo ese gran predominio sobre tí, te será fácil en lo sucesivo no atentar contra nadie; sólo en propia defensa se debe herir, y áun así me cuesta á mí trabajo hacerlo.

—Ya, pero yo no puedo; á los enemigos de Dios se los mata.

—Eso lo verifican el cobarde y la gente irreflexiva; tú, que tienes valor y buena imaginación, debe, imitarme, y de ese modo acaso logremos que un dia, no lejano, Dios se apiade de nosotros y nos perdone nuestras faltas. La vida es corta, Pedro; la eternidad no tiene fin, y sería terrible entrar en la última con el alma llena de borrones.

—Todo eso es verdad, señor conde, y yo os ofrezco ser generoso con los pobres; mi padre murió en la guerra; no tengo madre ni hermanos; por consiguiente, haré uso de vuestra generosidad socorriendo á los desgraciados y protegiendo á los desvalidos; pero como halle un malvado y pueda confundirlo, no lo perdono.

—Hazlo por mí, Pedro.

—No, puedo, señor, no puedo; me disgusta mentir, y si os digo lo contrario...

—Puesto que no sientes ira, ni rencor, ni enojo te es fácil obedecerme.

—Es que experimento otra cosa: me asalta un deseo de estrellar al que intenta contra las personas que yo amo, que me ciego, y no se lo que hago despues.

—Eso es la ira, el encono, y es preciso que no los tengas.

—Y si Dios me los ha dado, ¿qué he de hacer yo?

—Contenerlos y no entregarte jamás á tan fatales pasiones.

—Señor, confieso que vos lo haceis así, pero vos sois noble, teneis mucho talento; más yo en eso no podré imitaros nunca; declaro mi debilidad y lo imposible de la enmienda.

—Todos sois lo mismo, Pedro, audaces, irreflexivos y con más fuerza en el puño y corazon que en la cabeza.

En este instante se abrió la puerta, y aparecieron Navarro, Nuñez, Osorio y Mendoza. El primero exclamó al entrar:

—¡Bravo! el sirviente sentado junto al poderoso conde de Santomera; ¡magnífico! la honra te costó un sermon tremendo, ¿verdad, Pedro?

—Sí, señor, mi capitan.

—Tu maestre, querrás decir.

—Cierto, y que sea para muchos años.

—No, hombre; si continúo así no llegaré á general. ¿Qué te decia mi hijo?

—Cosas muy buenas, señor; pero... pero...

—Predicó en desierto. ¿Acerté?

—Sí, señor.

—Lástima es que no apretarasun poco más y te hubieras hecho acreedor á tres abrazos mios. En lo sucesivo, fuerte, muy fuerte.

—Tomaré el consejo.

—Alberto, el emperador asistirá al palenque y gozará tanto al caer en tierra el duque como ha sufrido al saber las infamias que intentó contra tí. Todos hemos declarado, y ya ha recaido sentencia.

—¿Qué condena es esa?

—Justa: la que merecian sus delitos; darán garrote á los dos criados del general, al guardia herido, á Bermudez, en cuanto lo cojan, y saldrá desterrado de todos los estados del imperio el hermano de San Marcos, confiscándoles á los seis cuanto tengan. Respecto del duque, si tú no lograses matarle... Pero como acabarás hoy con él, quiso S. M. dejar la sentencia sin poner su nombre. Veo que son cerca de las diez, y debemos aprovechar el tiempo para vestirnos y almorzar.

—Yo ya hice lo último; despachad vosotros para que antes de las doce estemos en el palenque.

Así lo verificaron, llegando con la oportunidad conveniente al lugar de la pelea. Silva se dirigié en medio de su padrino y testigos, yendo en pos Osorio y Mendoza, que lo dejaron al entrar para situarse en el lugar que le correspondia.

Sepamos ahora qué habia sido del duque.

San Marcos apenas pudo cerrar los párpados en toda aquella noche. A las siete se tiró de la cama, pidió un ligero desayuno, que le sirvieron acto continuo, y aún no habia concluido de tomarlo, cuando vió entrar á veinte soldados, que, despues de entregar un despacho al capitan Lozano, rodearon á aquél, espada en mano.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó el jefe.

—Poca cosa: que los jueces no tienen confianza alguna en vos, y mandan veinte soldados á mis órdenes para que os hagamos compañía. Se me encarga á la vez os diga que vuestro hermano ha sido desterrado del imperio y confiscados sus bienes y los vuestros. Contais ambos con lo que teneis encima, ni más ni menos.

—¿Por qué?

—Eso no me lo han dicho, ni me importa á mí.

—¿Puedo escribir una carta?

—No.

—¿Y mandar un recado?

—Tampoco.

—¿Veré á mi hermano?

—Sí, en el otro mundo.

—¿Os burlais, capitan?

—En la Eternidad lo sabreis.

Y le volvió la espalda, comenzando á pasear en el trecho que le dejaban los soldados.

El duque creyó que todo aquello era efecto de que Silva habia dejado de existir, y una grata sonrisa apareció en sus lábios.

—Tal determinacion,—se dijo,—sólo puede producirla la muerte de Alberto, y era cuanto yo deseaba. Libre mi vida de la espada de aquél, lo demás lo arreglará mi tio.

Y se sentó satisfecho y, al parecer, tranquilo.

Poco tiempo debia seguir así. A las once oyó llamar á la puerta, y se estremeció viendo entrar tristes y cabizbajos al duque del Aguila, su padrino, y al testigo don Ricardo; pero como ignoraba la causa, les dijo en tono de queja:

—Gracias á Dios que os ve , señores; creí, segun me ofreció Quirós, que vendríais á las diez; pero me han preso, y áun cuando dure muy poco, basta que hoy me niegue su amistad el soberano para que todos me volvais la espalda.

—No es eso, duque,—le contestó el del Aguila:—nos mandaron venir á las once, y notad que hemos llegado en el momento que daban.

—¿Quién ha dispuesto eso?

—S. M.

—Ya; perdí su favor, y con él la amistad de todos vosotros.

—¿Queríais que desobedeciéramos al César y tomáramos por asalto el alcázar? Porque á mí no se me ocurrió ese disparate.

—Siendo así, no replico. Sentaos.

—No; arreglaos el traje y vamos al palenque.

San Márcos palideció, y osó preguntar:

—¿Al palenque?

—Sí; se acerca la hora, y no debemos ser los últimos en llegar.

—Pero ¿me dejarán salir?

—Sí, señor,—le contestó Lozano;—tengo órden de llevaros atado, si rehusais ir de otro modo.

—¿Con quién me voy á batir?

—Con el señor conde de Santomera, el cual, gracias á Dios, está bueno y sano.

—No digo yo lo contrario, ni tengo motivo alguno para creer que se hallara enfermo; mas juzgué que era mañana...

—Es hoy, á las doce, y faltan sólo cuarenta y cinco minutos.

—¿Quiénes me van á acompañar?

—Todos los presentes.

—¿A qué ese alarde de fuerza?

—Así lo dispone el emperador, y sólo nos toca obedecerle.

—Vamos, señores.

El estado de San Márcos era indescriptible: su cútis imitaba á la cera; no veia, y hasta su cerebro parecia presa de un miedo que ocupaba el sitio de las ideas. Confuso, aturdido, y teniendo que apoyarse para no caer en el brazo de don Ricardo, salió, yendo á su izquierda el capitan Lozano, junto á éste el duque del Aguila y detrás los veinte soldados, espada en mano.

De este modo llegaron al palenque.

Para que nuestros lectores puedan tener idea exacta de lo que eran estos combates en público y autorizados por la ley, haremos una descripcion circunstanciada del que ahora vá á tener lugar, igual en un todo á los que refiere la Historia, habidos en aquella época.

En medio de la Plaza Mayor, que entónces se llamaba del Arrabal, hicieron un círculo con doble valla; la primera tenia cinco piés de elevacion y la segunda seis, en forma, y permítasenos el símil, de barrera y contrabarrera. Entre las referidas vallas levantaron dos tablados, frente el uno del otro; el primero estaba ricamente adornado con tapices de paño, oro y seda; en medio habia un régio sillon, y encima se destacaba un dosel de brocado. Hasta el piso estaba cubierto con alfombra de seda y oro. Este era para el emperador; el de enfrente, ménos espléndído, pero tan lujoso, se destinaba al justicia mayor. A los costados, formando cruz, elevaron dos tablados, en los cuales se coloca-

ban los parientes y amigos de los combatientes, y al lado de cada uno de éstos estaban las tiendas cerradas donde se armaban los lidiadores.

La hora señalada, segun hemos dicho, fué la de las doce.

Poco después de sonar aquélla apareció el soberano, y subiendo á su palco, se sentó en el trono que le habían improvisado; luego le dieron una vara de oro, que debía arrojarla á la plaza en el momento que diera por terminada la pelea. Seguían al César los individuos varones de su familia, príncipes, caballeros de su casa, grandes, embajadores y numerosa comitiva de hombres de armas y guardias del rey; detrás de todos iban los trompetas, añafiles y atambores de guerra.

Seguidamente entró el justicia mayor, vestido con ropa larga de tela de oro; le acompañaban, en calidad de escolta, cuarenta nobles con traje igual y dos escribanos cubiertos de negro. En pos de éstos iban los reyes de armas, llevando los estandartes.

Hecha por todos la reverencia al soberano, cada uno ocupó su puesto, encargándose los guardias reales de á pié y de á caballo de circunvalar la plaza y no dejar llegar á nadie.

En tal estado penetraron, primero Alberto, como retador, y luego el duque, reuniéndose á ambos sus padrinos ó jueces del campo, testigos, deudos y amigos. El primero sólo contaba de los penúltimos al general Quirós y á Navarro, y entre los últimos, desde capitán arriba, á todos los militares que existían en Madrid y no estaban de servicio. El segundo vió unirse únicamente al duque del Aguila, á don Ricardo y á ocho ó diez amigos, que, con rubor en el semblante,

no se atrevieron á abandonarle en aquella situación.

Ambos se presentaron con traje de corte, llevando el conde impresas en una rodela de oro las condiciones del desafío. Los doe saludaron al emperador, luego al condestable, entrando en sus respectivas tiendas, De allí salieron á poco, recibiendo cada uno un cofre que contenía las armas y trajes de guerra. Después se arrodillaron ante un sacerdote, y, poniendo la mano sobre los Evangelios, juraron que entraban en aquella lucha por sólo defender la honra, y que pelearían como buenos, huyendo de todo medio indigno de un caballero. Hecho esto, cogieron los padrinos las armas y trajes, presentándoselos al justicia mayor, el cual los reconoció y pesó; y resultando ser iguales en todo y tener más de sesenta libras, que era lo que marcaba la ley, los dió por buenos, aquéllos se los entregaron á sus ahijados, que, vueltos á las tiendas, comenzaron á vestirse á presencia de los suyos y de un testigo de la parte contraria.

Interin concluian los combatientes, bajó el justicia y rodeó el circo de caballeros por la parte interior; después impusieron silencio las trompetas, y, saliendo el pregonero mayor, leyó el siguiente bando:

«Manda el rey y su justicia mayor que mientras »aquellos caballeros pelearen, ninguno, so pena de la »vida, levanten ruido, ni desanime á los contendientes »con palabras, voz, ni movimiento, ni silbo, ni seña »con la cabeza ó mano, ó con algun semblante del »cuerpo, ó en otra cualquiera manera ayude ó espante, anime, desanime, distraiga, encienda en colera, »ó le haga tomar ó dejar las armas, salvo aquellos que »para esto son señalados.»

Concluído el pregón, salieron los sombatientes cubiertos ya con trajes de guerra; y después de varias otras fórmulas, cuyo relato suprimimos en obsequio de la brevedad, hicieron de rodillas un poco de oración; abrazó cada cual á los suyos, y esperaron á que la trompeta les diese la señal de acometerse.

Los que acompañaban al duque de San Marcos continuaban tristes y cabizbajos, mientras que los que rodeaban á Alberto miraban á éste con orgullo, augurándole una suerte futura tan buena como lo justo de su causa. Todos eran, sin excepción alguna, militares, y aun cuando Silva estaba próximo á vengar las muchas ofensas que San Marcos hizo á su padre y á él, todavía solían dirigir á hurtadillas miradas desdeñosas y altaneras que el duque y los suyos no podían sostener.

Por fin se oyó el sonido fatal de la trompa guerrera, y los combatientes anduvieron hasta quedar á tres pasos de distancia. San Marcos no pudo convencerse de que el conde vivía hasta que lo tuvo delante, en cuyo momento maldijo á su hermano, por el que ni se había tomado la molestia de preguntar. En cuanto escuchó la señal de avanzar, lo verificó muy deprisa y con algo de aturdimiento; por el contrario Silva caminó tranquilamente hasta llegar á su sitio, donde se detuvo para saludar á su contrario y acometerle luego. A la espalda de ambos quedaron los padrinos y testigos, haciendo las veces de jueces de campo; los restantes amigos y parientes se habían retirado á sus respectivos tablados, y, mudos unos y otros, parecía no existir un solo hombre en el palenque. Fijas todas las miradas en los que iban á pelear, nadie se movía, ni el

más leve ruido interrumpía el solemne acto que presenciaban los espectadores.

Los lidiadores se saludaron, cruzando las espadas y acometiéndose. San Marcos fué el primero que intentó buscar con la punta de la espada las uniones de la armadura del conde; pero éste, impávido con su acostumbrada sangre fría y probada destreza, paraba los golpes contrarios, sin perder una línea de terreno ni mover otra cosa que la espada y el brazo derecho. Por el contrario, el duque viendo que Alberto dejaba trascurrir algunos minutos sin atacar ni hacer otra cosa que defenderse, cobró ánimo, y con el valor de la desesperación se echaba á fondo, atrás, movía todo el cuerpo, tirando tajos y estocadas sin cuento, arte ni otra cosa que deseo de matar. El uno parecía un molino de viento y el otro una estátua fija en el suelo.

De este modo trascurrieron diez minutos, en cuyo instante bajó el duque su espada en señal de cansancio. Silva quedó en guardia, ofreciéndole la tregua que le pedía, sin demostrar impaciencia ni molestia alguna.

Entonces miró el público hacia el palco imperial; el César oprimía con su diestra la varita de oro que debía poner fin al combate, pero no daba señales de arrojarla, ni se veía en su rostro otra cosa que ansiedad é interés.

A los tres minutos alzó de nuevo el duque el acero y comenzó la pelea en la forma que anteriormente; es decir, atacando el uno y defendiéndose el otro. Los espectadores que no conocían al conde juzgaron indecisa la lucha, mientras que aquellos que tenían noticia de sus hechos conceptuaban terrible su calma.

—En la primera estocada que tire Silva,—decían para sí,—muere el duque; lo está fatigando, y de este modo logrará que se descubra y que no tenga fuerza para el quite, mientras él hundirá la punta de la espada en su cuerpo, buscando la unión de alguna pieza de la armadura.

Carlos I, Navarro, don Gonzalo, Núñez, Osorio, Mendoza y algunos otros maestros en el arte de la esgrima, fijos en Alberto, miraban con asombro la inmovilidad de su cuerpo y el acompasado juego de su brazo derecho. Recibía en aquellos instantes una sabia lección en el arte de pelear y un ejemplo vivo de ese valor que, léjos de aterrarse el hombre ante el peligro, le presta ideas, calma el ardor de su sangre y le permite ver cuanto le conviene en pro de la vida que defiende, con brío, pero sin aturdimiento ni precipitación.

—Está más sereno,—exclamaban también para sí,—que en la conversación, y más hábil que en un asalto, donde se pelea con sables de madera.

Alberto les guardaba, no obstante, para el último momento, la gran sorpresa que ellos preveían, pero que no adivinaban. A los veinte minutos de lucha, sin haber atacado en ellos el héroe una sóla vez, hizo un movimiento con su cuerpo como afirmando más el busto sobre las caderas; luego se echó á fondo, y el duque atrás retirando la cabeza; la espada de Alberto penetró por entre el casco y la coraza, trazó una recta y el duque cayó de espaldas, sin poder exhalar un suspiro. Su cuerpo con el peso de la armadura; hizo estremecer la tierra, apareciendo á derecha é izquierda de su garganta dos caños de sangre. El

acero de su enemigo lo había degollado y muerto.

Silva fijó la punta de su espada en el pié derecho, miró á la víctima y luego al cielo. Los padrinos ó jueces de campo reconocieron al duque, exclamando:

—¡Muerto!

—¡Muerto!—repitieron los espectadores con admiración y espanto; la mayor parte no comprendían el golpe hábil, certero y hasta infalible que el conde dirigió á San Marcos.

El vencedor se retiró á su tienda con la misma calma y serenidad que había salido de ella, y sin orgullo ni vanidad; lejos de eso llevaba inclinada la cabeza hacia adelante; demostrando pena y sentimiento.

Aún estaba cambiando su traje cuando entraron á darle la enhorabuena desde el justicia mayor hasta el último hidalgo. Silva se contrajo á dar las gracias con más dolor que alegría; sus amigos le estrecharon, y en el momento que la trompeta llamaba á todos los presentes para que acompañasen el cadáver á la iglesia, se acercó al oido de don Gonzalo, diciéndole:

—Rogad al emperador que me conceda una audiencia para esta noche.

Y aprovechando un descuido; desapareció de allí, sin ser visto de nadie.

A excepción del emperador, individuos de su familia y caballeros de su casa, todos los demás grandes, embajadores é hidalgos, sin distinción alguna, siguieron al cadáver hasta dejarlo depositado en la parroquia de Santa María, volviéndole á acompañar al día inmediato desde la parroquia al panteón.

El nombre de Silva comenzó en Madrid, como en Murcia, á ser el tema de todas las conversaciones; los

maestros en el arte de la esgrima que asistieron al palenque explicaron á los menos inteligentes lo que aquéllos no pudieron comprender, y entre unos y otros y luego el resto de Madrid, formaban al héroe el pedestal de su gloria. No había ya grande ni pequeño que no conociera sus hechos ó dejase de comentarlos y aplaudirlos.

Nuestro joven abandonó la playa del Arrabal para esconderse en un rincón de su despacho, situado en el palacio de Quirós.

—Que sea enhorabuena, señor,—le dijo Pedro viéndole entrar;—estaba seguro del éxito; pero temí, no obstante, y he pasado un rato cruel.

—Gracias, Pedro; lo he muerto; ¡sin compasión segué su garganta, y es otra nueva víctima inmolada en aras de un arte y don de los que creo abusar!

—¡Qué locura! está bien muerto, y Dios no puede pediros cuenta de haber arrancado la vida á un hombre tan perverso y miserable.

—Calla, Pedro, calla; ya no es otra cosa que un reo llamado al tribunal inapelable; compadécele, ruega por su alma y déjame sólo; cierra la puerta.

Y quedó el héroe primero meditando, y luego entregado, al parecer, á ascética oración. Así estuvo hasta que entraron el maestre, Osorio, Mendoza y Lara. Los cuatro volvieron á abrazarle, elogiando su valor, serenidad y acierto.

—¡Qué sangre fria,—exclamaban,—qué calma, qué seguridad! á un hombre así nadie pueda vencerle.

—¡Cómo ha de ser!—dijo Alberto exhalando un nuevo suspiro;—puesto que así lo quiere mi destino, cúmplase lo que él dispone.

Y alzando la voz, preguntó

—¿Teneis dispuesta vuestra compañía?

—Sí.

—¿Qué número de plazas cuenta?

—Quinientas.

—¿Imitarán los nuevos á los trescientos que hemos traido de Murcia?

—Todos son veteranos que regresaron de Italia.

—¿Buenos caballos?

—Cordobeses y jerezanos, fuertes, ligeros, y la edad en la boca.

—Están bien armados y vestidos.

—Nada les falta,—contestó Navarro;—me pagó el emperador los siete meses que se me debian, y he empleado la mitad en comprarles morrión, peto y espaldar de acero, el resto cota de malla; no presenta el mundo quinientos hombres mejor equipados, más valientes y dispuestos.

—¿Y vosotros?

—Nada nos falta. ¿Vamos á partir pronto?

—Acaso mañana.

—¡Bravo!—exclamaron los cuatro;—¡guay de los franceses!

—Navarro, necesito que en tu equipaje vayan un par de trajes de los que usa el pueblo vascongado que habita á la parte acá de los bajos Pirineos.

—Hoy quedarán en casa.

—Coges mucho oro y poca ropa, que hemos de correr bastante y tendremos que gastar con exceso.

—Sólo cuento con dos mil ducados.

—Con esos no hay para nada. Pides á don Gonzalo veinte mil, y el emperador te adelantará el

importe de un año correspondiente á tu compañía.

—¿Me lo prestará Quirós?

—Sí; posee cuarenta mil, y soy dueño de la mitad, segun desea.

—¿Tienes algo más que ordenarme?

—No.

—Ahora manda lo que gustes, porque en atravesando el portillo de Santo Domingo, como maestre de campo dispondré del capitán Alberto.

—Será un poco menos

—O algo más. ¿Me ha concedido el emperador este cetro para que un chiquillo se burle de mí? El que seas valiente, hábil y sabio, no estorba para que obedezcas á tus superiores.

—Mañana te contestaré.

—¡No puedes ahora?

—Sí, mas no quiero.

—Conque mañana ó pasado á Fuentarrabía, luégo á Francia y seguidamente á París.

—Sí, á París, y más tarde á las restantes cortes de Europa; eso pretendes tú, pero no será así.

—¿Por qué?

—¿Te atreverías á conquistar á Francia?

—Yo no; pero tú todo lo puedes.

—¿En qué quedamos, vas tu á mandar ó yo?

—Te permito que dirijas las batallas, pero siempre á mis órdenes.

—Buenas estarían para obedecidas sin réplica.

A las seis llegó el general Quirós, diciendo á Silva que S. M. le daba la enhorabuena y que le esperaba á las ocho en punto.

Comieron en consecuencia; se habló de San Marcos

y del combate que costó la vida á aquel; y á las siete y media se levantó Alberto, y, sin permilir que ninguno le acompañara, salió del palacio, dirigiéndose al alcázar.

Iba triste y ensimismado; con la muerte del duque vengó las ofensas hechas al autor de sus días, conquistando á la vez la mano de su adorada; pero aun cuando todo eso era cierto, y su desafío se encerró estrictamente en las prescripciones de la ley, le amargaba haber arrancado la vida á un sér humano, á quien, no obstante los motivos que tenía, jamás aborreció, porque su alma noble y generosa no abrigaba nunca ira, encono ni deseo de venganza.

Pronto lo hallaremos al frente de los ejércites, defendiendo á su patria, elevando su nombre y el país que tenía la suerte de contarlo en el número de sus hijos, y le veremos humedecer con lágrimas la gloria conquistada por su genio y heróicas hazañas.

Hasta este momento sólo hemos podido vislumbrar el héroe al través de sus frases y acciones; desde el capítulo siguiente le contemplaremos, de heroicidad en heroicidad, llegar al más elevado puesto de la tierra, en el caso de que las balas enemigas ó el acero contrario respeten la cabeza más previlegiada de Europa. Para conseguir esto último, durante la terrible pelea á que va á dar principio, es indispensable que le ampare y proteja la Providencia; de lo contrario, es lo probable que quede en el campo de batalla, muerto como otros muchos generales cuyo arrojo y valor los condujeron á la eternidad.

CAPITULO XXXII

Otra vez el héroe y El César.—Despedida.—A Fuentarrabía

El emperador Carlos I entró en su despacho á las ocho menos cuarto, solo y satisfecho, al parecer, de sí mismo y del estado que presentaban los asuntos del imperio. Bullía, no obstante, en su mente un pensamiento tan grande como cabía en aquella cabeza extraordinaria, por cuya razón estaba meditabundo; unas veces se contraía su régia frente, y otras asomaba á sus labios en átomo de sonrisa que parecía expresar el haber hallado la solución del problema que tenía delante de su vista intelectual. Permaneció en lucha con sus ideas los quince minutos que tardó el reloj en dar ocho campanadas. A la vez se abrió la puerta, y, asomando la encorvada figura de un gentil hombre, murmuró:

—Señor.

—¿Qué hay?

—El capitán conde de Santomera, que aguardaba vuestra majestad, espera las órdenes de mi soberano.

—Que pase y no entréis ninguno hasta que yo llame.

Salió el palaciego, siendo reemplazado por Alberto de Silva, que se inclinó al entrar, intentando luego arrodillarse para besar la diestra del César; pero éste se puso en pié, y, cogiéndole una mano, le dijo:

—Siéntate junto á mí.

—Señor, no merezco tan inapreciable honra, tan insigne merced.

—El rey manda, el vasallo cumple.

—Acato la voluntad de mi señor, agradeciéndole una acción que no hallo frases con que encarecerla.

Ambos se sentaron, añadiendo el monarca:

—Has cumplido la primera parte de tus cuatro encargos, y lo has verificado con todo el acierto que era de esperar en un hombre como tú. Ya puedes entrar en casa de María de noche, de día y á todas horas; su madre y yo, libres del compromiso que teníamos con Su Santidad, protejemos vuestro amor y te concedemos su mano.

—Acepto, señor; doy las gracias á V. M., y en breve demostraré mi agradecimiento á Clotilde, pero antes de poseer tan sublime galardon, debo ganarlo en los campos de batalla.

—¿Te hallas dispuesto á cumplir tus tres restantes ofertas?

—Sí, señor.

—Oye: pensaba yo haber hecho lo que tú intentas, pero si en alas de tu genio vas en mi lugar, me quedaré en Madrid satisfecho y tranquilo. Silva, parte á Fuenterrabía, luego á Francia, y después donde quieras; mi vista no se separará de tí mi pensamiento no

te abandonará; cuenta, amigo mío, que cifro en ti mi esperanza, mi sueño, el porvenir del imperio; elevémosle; ciñamos en su frente la inmarcesible corona de la gloria, y que el mundo se postre ante él con miedo, respeto y admiración. Luego, cuando tú vuelvas, mientras sosegado y tranquilo te entregues á las dulzuras de un amor correspondido, yo continuaré tu obra: entonces descansarás, que yo no me avengo á estar siempre sentado en el trono ó en el bufete. Los campos de batalla me agradan más que mis salones; prefiero la espada al cetro, y quiero gobernar entre el estruendo de la guerra, en pos de la gloria y encima de la gloria.

Alberto le contestó secamente:

—Moriré ó lograré hacerme digno de la ilimitada confianza que me otorga V. M.

—¿Nada más que eso me dices?

—Nada más, señor.

—Conde, ¿por qué al hablarte de tu patria, al tratar de elevarla sobre las demás naciones del globo, al distinguir en lontananza la aureola del héroe, no alzas la frente y te entusiasmas?

—Señor, el entusiasmo engríe, alegra y presta ánimo, pero suele precipitar. Yo seré siempre frío como la muerte, constante como el destino, exacto como la verdad. Mi calma vale más que el entusiasmo.

—Acaso tengas razón; sí, lo vi esta tarde; tu inmovilidad te convierte en bronce; tu calma presagia la victoria, y cuando te mueves es sólo para destruir, para matar. ¿Cuando partes á Fuenterrabía?

—Mañana si V. M. me lo permite.

—¿A qué hora?

—A la una de la tarde.

—Concedido. ¿Cuantos días contaré á los franceses dueños de mi plaza?

—Doce; seis que tardaré en llegar y otros tantos que emplearé en apoderarme de ella.

—¿Qué necesitas?

—Mucho.

—Te nombraré general.

—Es poco, señor; eso daría lugar á rivalidades y disgustos en el campo amigo que es preciso evitar á todo trance.

—¿Qué quieres?

—Iré de simple capitán, pero representaré á vuestra majestad llevando amplias é ilimitadas facultades. De este modo á nadie humillo, ni mi bastón de mando, del que carezco, podrá excitar la envidia.

—¿Cómo te vas á componer entonces? Te advierto que esta tarde ha salido el condestable, que vino sólo á recibir órdenes, y le detuve para que autorizara tu duelo, y cuando tú llegues se habrá hecho ya cargo del mando del ejército.

—La firma de V. M. al pié de unas líneas que me otorguen la representación del César bastará para que desde el general en jefe hasta el último soldado me obedezcan todos. En el sitio de Fuenterrabía hay ancianos y guerreros que me doblan la edad y que ganaron sus bastones ó cetros con talento y valor; esto será origen de algunas murmuraciones que acallaré tomando la plaza de un modo incomprensible para ellos y en menos tiempo del que emplearon en situarse. Llevan más de tres meses de estrechar al enemigo,

y están hoy lo mismo que al principio; á los tres días de llegar me harán justicia.

—¿Nada más necesitas?

—Eso solo.

—¿Dinero?

—Tengo de sobra.

—¿Honores?

—Cuando los haya ganado.

—Veamos si es esto.

El emperador cogió una hoja finísima de pergamino trazó varias líneas, firmándolas después. Acto contínuo leyó:

«El capitan conde de Santomera me representa, »y cuanto él haga lo vereis como inspirado por mí. El »que lo desobedezca, murmure de sus actos, dude ó »vacile, ofende á su señor, y recibirá inmediatamente »el castigo á que le haga acreedor su desacato.

»Concedo á Silva el derecho de otorgar gracias, condecoraciones y empleos que ratificaré en cuanto »lleguen á mis manos y el de imponer los castigos »que crea justos.»

—Sigue la firma. ¿Tienes bastante?

—Con eso es suficiente.

—¿Cómo está María?

—Señor, no la he visto desde la noche que tuve la honra de acompañar á V. M.

—¿Irás hoy?

—No, señor; mañana al partir daré las gracias á la madre y me despediré de las dos.

—¿Como explicais un abandono que costará lágrimas de dolor á ese ángel?

—Señor, debo ausentarme de su lado, y si vuelvo,

Dios sabe cuando y como será; cuanto más estoy cerca de ella más crece el deseo de poseerla, más se aumenta la dicha; la felicidad, los encantos que brotan de su sér. En una palabra, esa celestial mujer me atrae á sí, debilita mis facultades, y junto á ella todo me causa hastío; nada anhelo, á excepción de su mano. Por eso hasta que llegue el venturoso día que nos una el santo lazo debo huir de su presencia; que harto me duele la terrible separación que nos aguarda.

—Entónces vienes á despedirte de mí á las diez, y en el valle nos volveremos á ver ¿Qué más quieres?

—Permiso para retirarme, si V. M. no dispone otra cosa.

—Pídeme una gracia.

—¿Me la concederá V. M.?

—Sí.

—La vida del vasallo de San Marcos, las de los dos asesinos, criados de don Gonzalo, y la de Juan de Dios Bermudez, si lograsen hallarlo.

—Trabajo me cuesta, pero lo he ofrecido y no faltaré: irán á galeras.

—Gracias, señor.

—Quiero otorgarte una que redunde en tu beneficio.

—Entónces la de dar en persona á V. M. la noticia de la toma de Fuenterrabía.

—En eso voy yo ganando.

—Puede que yo también.

—No te comprendo, mas te la concedo.

—¿No añadirá V. M. la de permitirme que bese su mano?

—Esa no; que la estreches sí; no vaciles. Adios, futuro vencedor de Fuenterrabía.

—El cielo oiga á V. M. y defienda su preciosa existencia.

Y anduvo hácia atrás hasta que salió del régio despacho. Luégo se volvió y comenzó á cruzar los salones del alcázar recibiendo los plácemes y enhorabuenas de los cortesanos que estaban de servicio. Alberto contestaba con un movimiento de cabeza, diciendo para sí:—Si me hubiera muerto el duque, se la darían á él no obstante lo injusto de la causa que defendía: esta gente se plega á las circunstancias, aplaude siempre al que sube y silba al que desciende, sin reparar en otra cosa que si está en alto ó en bajo.

Salió de la régia morada, hallando en el camino á don Gonzalo, que iba á despachar con el emperador; cruzaron algunas frases, continuando cada uno su camino.

Navarro, Nuñez, Osorio y Mendoza proseguían en el palacio, debatiendo agradablemente sobre la toma de Fuenterrabía. Cuando llegó el conde y les dijo:

—Partimos mañana á la una de la tarde; disponed lo necesario, teniendo en cuenta el mucho tiempo que permaneceremos léjos de Madrid.

—¿Quién lo manda, el emperador ó tú?—le preguntó el maestre.

—Yo.

—Entonces necesito reformar la órden; en consecuencia, soy yo el que te digo á tí que marcharemos á las diez, tiempo sobrado con el que queda para que dispongas lo necesario, y al frente de tu compañía, señor capitan, me sigas.

—Muy bien; lo haré así, pero á las once te habré mandado ahorcar por desacato al emperador.

—¿Qué tienes tú que ver con el César?

—Mucho, somos una misma cosa.

—Más adelante, cuando... entonces te habrás acercado bastante, pero ahora hijo mío, no eres más que un capitán á las órdenes del maestre don Pedro Navarro. Há poco se lo decía al general y me daba la razón.

—¿No notaste que se reía de tí?

—Todo lo contrario; hizo justicia á mi experiencia en asuntos de guerra. La práctica, señor capitan, es el arte, y con éste se ganan batallas.

—Muy bien; pero es el caso que S. M., jóven como yo, carece de esa experiencia, la desconoce y no hace caso de ella. Así es que cometió la torpeza de facultarme para que te lleve de criado, y no es mucho, que al fin eres maestre.

—¿Qué dices? estaría de ver; eso es un chiste sin gracia.

—Veamos si la tiene este pergamino; lee fuerte.

Navarro le obedeció, aplaudiendo frenéticamente su contenido Nuñez, Osorio y Mendoza, mientras aquél quedó mirando á Silva como espantado.

—¿Qué te parece, está terminante?

—¿Conque tú vas á mandar hasta al condestable? ¡es decir que puedes tanto como el monarca!

—Ya lo ves.

—Por fuerza has intrigado, Alberto; esto es cosa de tu Elena.

—¿De quién?

—De María, quise decir.

—Conque maestre, ¿á que hora partimos?

—A la una, señor.

—¿Quién manda, tú ó yo?

—V. M.

—No es tanto, Navarro.

—¿Qué sé yo, hijo mío? Con esa órden puedes hasta admitir el tratamiento de rey.

—¿Qué ocupación llevas á Fuenterrabía?

—La que quiera mi señor.

—Irás de maestre; más dentro de la plaza pasarás por criado mío: fio en Dios que así se hará.

—No me extraña; te he servido ya de lacayo.

—Y por cierto que lo hiciste mal.

—Pensé probarte que no me cuadraba el oficio; pero á tí por lo visto te ha parecido lo contrario.

—Ea, señores, en pié, avisad á la tropa é idlo preparando todo para que á la una podamos montar á caballo. Al ser de día partirá un sargento con ocho soldados conduciendo los equipajes y sirviéndonos de itinerarios. Os advierto que desde aquí iremos al valle, donde nos detendremos una hora.

Y los cuatro comunicaron la órden á los criados, pasando después á la casa-cuartel, donde verificaron lo mismo; volvieron á las once, y á la media hora buscaron el reposo, encargando que los despertasen á las seis.

Trascurrió la noche sin que acontecimiento alguno viniera á turbar la tranquilidad que reinaba en el palacio. A la hora indicada todos se pusieron en movimiento; partió la pequeña vanguardia, después de recibir el itinerario trazado por el conde, y á las diez con traje ya de guerra, pasaron Alberto, el maestre y los tres alféreces á recibir órdenes del emperador. Aquella despedida duró cerca de una hora, los cinco besaron

la régia mano y regresaron á su morada, sentándose á la mesa acto contínuo. A las doce y media oyeron llegar la compañía y se pusieron en pié con ánimo de partir; entonces estrechó don Gonzalo á los tres oficiales y á Navarro, diciendo á Alberto:

—Hijo, no te expongas demasiado; tú no sabes lo que yo te quiero, y si murieses, me mataría de dolor. Abrázame y marcha. Adios; esta ausencia tortura mi alma.

Y el anciano lloraba como un niño; Alberto le oprimió tiernamente contra su pecho, contestando:

—Venceré, señor, y en breve volveré á vuestro lado para continuar demostrándoos que no me amais más que yo á vos. Adios, padre mío; también á mí me atormenta perder de vista unas canas que honran al que las mira, ennoblecen al que las lleva y son mi embeleso.

De pronto se desprendió de sus brazos, añadiendo:

—Vamos, señores, que estas escenas no se pueden prolongar.

Y los cinco bajaron los escalones de dos en dos hallando en el zaguan sus potros, cogidos del diestro por los criados.

—A caballo,—gritó el héroe; montaron, y puestos al frente de los quinientos hombres, exclamó Navarro:

—¡Viva el emperador!

—Viva le contestaron quinientas voces.

—¡A Fuenterrabía!

Añadió el conde: dió el último adios al general, que los veía desde un balcón, y se precipitaron por la cuesta de Santo Domingo al portillo del mismo nombre, por lo cual salieron á escape tendido. Ya en el campo

mandó hacer alto Silva, y dijo á los criados de sus cuatro amigos y al suyo:

—Adelantaos vosotros, y seguid con la vanguardia hasta que lleguemos á Fuenterrabía.

Aquéllos obedecieron, tomando el camino de Francia, mientras los restantes se encaminaron al valle á trote largo y con tanta uniformidad y órden como usan hoy los escuadrones mejor instruidos. Iban Alberto, Navarro y Nuñez delante; detrás Osorio; en el centro de la compañía Mendoza con la bandera, cerrando la retaguardia Dávalos y sus dos compañeros. Su traje era el descrito anteriormente por Silva: cota de malla, peto, espaldar y un ligero morrión de acero. Al cruzar por las calles de Madrid llamaron la atención, como no podía ménos, de cuantos los vieron; y ahora seguian sin perder un solo instante la misma uniformidad y órden que guardaron en Madrid. Todos llevaban lanza, á excepción de los jefes, que ceñían únicamente espada.

De este modo continuaron, dando vista al palacio del valle á las tres. Alberto dijo á Navarro que los mandase formar delante de la puerta principal y que echase pié á tierra, á la vez que él. El maestre, que comprendió la intención de su hijo, dió algunas voces de mando, y obedecido con regularidad y exactitud pasmosas, quedó la tropa en ala delante de la puerta principal del edificio que encerraba á María, en el centro y de frente á Osorio y Nuñez, teniendo en medio á Mendoza con la bandera de la compañía.

Un solo soldado echó pié á tierra, el cual cogió su caballo y los de sus dos principales jefes, retirándose con ellos á un extremo. Se abrió el palacio é inmedia-

tamente avanzaron el conde y el maestre; antes de que éstos pidieran permiso para subir, les dijo el oficial que mandaba la fuerza que defendía aquella morada:

—Pasad, señores; en el estrado os aguardan el emperador y las dueñas de este palacio.

Navarro irguió la frente, caminando con un poco de vanidad, mientras su amigo intentaba inútilmente contener los fuertes latidos de su corazon. Ambos hicieron una reverencia al entrar en el salon, intentando despues doblar la rodilla y besar la mano al jóven monarca; pero éste los contuvo, estrechando la diestra de los dos guerreros.

—Alzad,—les dijo,—ahora no estamos en el salon de embajadores.

Alberto saludó á Cárlos I, y, dirigiéndose á Clotilde, exclamó:

—Señora, con permiso de S. M. tengo el honor de presentaros á mi valiente amigo y padre adoptivo, el maestre de campo don Pedro Navarro. A la vez aprovecho la ocasión en que vengo á despedirme de vos y de vuestra encantadora hija, para pediros perdon del mal rato que os proporcionó mi primera visita.

—Cierto que sufrí bastante, señor conde; pero andando el tiempo, tuve que bendecir á la Providencia por haberse designado traeros á mi casa, de la que al parecer se olvidó, con harto sentimiento mío, el famoso capitán. Ví lágrimas en las mejillas de un ángel, es el nombre que vos le dais, y no es propio de caballero tan cumplico hacer sufrir al sér que tanto le ama.

—«Conde»,—me dijisteis, señora,—«os permito que vengais de tarde en tarde y á la clara luz del sol;

al que salvó la vida de mi hija no puedo negarle esta gracia.» Fiel á ese mandato, lo he obedecido.

—Creo que las circunstancias variaron, y por lo tanto no existía ya el motivo que os obligase á cumplirlo con tan ciega y cruel sumisión.

—Verdad es, y esperé vanamente un criado vuestro, que no dió por lo visto con la casa donde yo habitaba.

—Teneis razón; más el trovador prescindió del recado para penetrar en mis jardines y sentarse sobre el mármol que encierran mis cercados.

—Allí me llamaba el ángel.

—¿Sólo dos veces os trajo su acento?

—Nada más.

—¿Y era por temor á mí?

—No; debía partir á la guerra, según veis, y temí que me faltase valor para abandonar lo que más amo en el mundo.

—Nada hubiérais perdido con dejar de ir al campo de batalla; el monarca es tan generoso y bueno para con nosotras, que os lo había dispensado en obsequio nuestro.

—Te equivocas, Clotilde,—dijo el emperador;—todo os lo concedería menos eso; la patria es antes que el amor.

—Vuestra majestad tiene muchos generales, y podía prescindir fácilmente de tan jóven capitan.

—Es verdad; pero sólo cuento con un héroe, y á ese no me es dado condenar á la inacción.

—Su talento y consejos tienen muy buena aplicación en el despacho de V. M.

—Sí; pero me es más necesaria su espada en el cam-

po de batalla, y es inútil, Clotilde, que cuestionemos sobre esto; lo tengo muy estudiado, y la resolución es irrevocable. Seguidme, Navarro y tú, que deseo hablaros en la habitación contigua. Hasta luégo, María; no tardaré, Alberto.

Y salieron los tres, quedando solos los dos enamorados.

El conde se fijó en María con ansiedad y ternura indescriptibles; la joven le miró también é inclinó la cabeza, dejando rodar dos lágrimas por sus preciosas mejillas; el capitán se acercó, y cogiéndola una mano, la preguntó:

—¿Por qué lloras, María?

—Porque eres ingrato, porque vas á la guerra, y acaso no vuelvas.

—Podrá acontecer eso último; más lo primero no lo crees tú. Ingrato me llamas, y te amo mil veces más que la vida; mi dicha, felicidad, encantos, sosiego y bienestar residen en tí; juzga cómo me hallaré cuando esté léjos, María. No he venido por temor; si me acostumbrase á la dicha de estar junto á tí, no hubiera podido obedecer al emperador, á quien tanto debo ni hacerme digno de tí en los campos de batalla. Es indispensable que vaya á Fuenterrabía y luégo á Francia; después volveré, y unido á tí no nos separaremos nunca; te sobra valor, y si más tarde tuviera que partir de nuevo á la guerra, tú me seguirás.

—¿Si te matasen ahora?

—En el cielo nos uniremos, María.

—¿Y si te hieren y cogen prisionero?

—Tú me salvarás; aún recuerdo el juramento...

—Que cumpliré.

—Aquello fué en broma y nada más.

—Cierto,—dijo la joven con intención, y añadió:—mi madre parte en breve á Alemania con objeto de cumplir una promesa que tiene ofrecida hace mucho tiempo, y yo la he rogado que me deje en un convento próximo á Fuenterrabía; en Vizcaya hay muchos, y me es igual esta ó la otra orden, con tal de que esté cerca de los Pirineos. Lo consulté con Carlos, éste aprobó la idea, y allí permaneceré hasta que tú ó mi madre regreseis.

—¿Tiene eso relación con el juramento ó la broma de que hemos hablado antes?

—¡Qué locura! Se contrae á mi estancia durante vuestra ausencia; allí sabré de tí más pronto y estaré más tranquila.

Pronunció la joven estas frases con tanta naturalidad, que al conde le fué imposible adivinar el doble sentido que llevaban. Así es que pasó desapercibida para el entendido mancebo la terrible idea que ocultaba.

Después se juraron cien veces amor eterno, preferir la muerte á otra unión que la de ambos, y cuando estaban dando rienda suelta á la amorosa llama que ardía en sus corazones, tuvieron que desunir sus manos y separarse, por la llegada del emperador, de Clotilde y de Navarro.

—Son las cuatro, conde,—le dijo el primero:—el tiempo vuela, los franceses siguen dueños de Fuenterrabía, y el imperio se inclina ante el borrón que humilla su fama.

—Es verdad, señor; creí que eran las tres y un minuto: por eso me detenía tanto, y por la misma razón

dejé de venir á este palacio. Parto; si V. M. me da su permiso, volveré aquí antes de veinte días, en el caso de que la dueña de esta morada suspenda su marcha durante ese tiempo.

—Sí, —le contestó Clotilde,—puesto que ya María os ha enterado de mi viaje, os aguardaré un mes.

—Gracias, señora. Me permite V. M...

—Sí, amigo mío; corre á Fuenterrabía y ten en cuenta que hasta tu regreso estaré impaciente.

—Maestre,—añadió el César,—esos quinientos ligeros con sus tres oficiales forman la escolta del capitán Silva; mándala tú, y obedecedle como á mí.

Luego estrechó el monarca á Alberto, dió la mano al maestre, los dos últimos se despidieron de Clotilde y de María, dejándolas bañadas en llanto, y se dirigieron al zaguan. Allí fueron sorprendidos, encontrando á sus oficiales, sargentos y soldados que, por orden de Clotilde, abandonaron sus caballos, y entre botellas de vinos y licores, ramilletes y bizcochos comían, bebían y brindaban por el emperador y por el héroe. Cerca de una hora llevaban así, y aún no hubieran concluido sin la presencia de Navarro y Alberto. El último gritó:

—A caballo, y á Fuenterrabía.

—Bien, bien,—le contestaron;—á caballo y á Fuenterrabía, y luego al infierno si allí nos manda Silva.

Y dejando las copas, los bizcochos y los dulces, salieron del extenso zaguan, montando todos y quedando en correcta formación; el capitán y el maestre lo verificaron también, viendo en uno de los balcones al emperador, á Clotilde y á María. La última decía á su madre:

—¡Qué caras tan negras! ¡qué bigotes tan largos! el conde es un niño en medio de esa gente.

—En todo el ejército,—contestó Carlos I,—hay una compañía que pueda competir con esa; bien puede Alberto batir una división francesa con solo la escolta que le he dado.

—Mirad, señor, el que tiene la bandera: parece un gigante.

—Sí, lo es efectivamente en fuerza y valor: y aun en la mesa, que el maldito come y bebe por diez.

—Son buenos mozos los tres oficiales.

—Ya lo saben ellos, y también Navarro; mira qué bien plantados están, y qué orgullo se retrata en sus semblantes.

Este diálogo fué interrumpido por la voz de Alberto, que, cuando vió formada la tropa en cuatro hileras perfectas, ocupó el centro, que caía debajo del balcón donde se hallaba el César, y con voz varonil exclamó:

—¡Viva el emperador!

—¡Viva!—le contestaron todos con entusiasmo.

—Soldados,—añadió,—en Fuenterrabía están los franceses; muramos todos, ó hagámosles correr al otro lado de los Pirineos.

—¡La muerte ó la victoria!—gritaron.

—Primero el César, luego el César y siempre el César. Victoria ó muerte. A escape.

Los jefes y soldados repitieron las frases de Alberto y corrieron en pos de él, formando con su acento un trueno desgarrador que aturdió el espacio y repitieron los cóncavos de los montes.

—Clotilde y María se estremecieron, el joven Carlos sonrió con alegría, exclamando:

—Silva cumplirá su palabra, y Fuenterrabía se tomará en seis días; hasta la elección de esos hombres es digna de su genio.

—Parecen demonios, señor.

—No, María; es la muerte que caerá sobre los franceses como rayo asolador.

—Son buenos jinetes; en vez de correr vuelan.

—Son la flor de mi ejército. Descienden la loma y desaparecen; ¡Dios vaya con ellos!

—Señor, creo que esos hombres van á morir por vuestra majestad; pasemos nosotros á la capilla y roguemos por ellos.

—Tienes razón; elevemos nuestra voz al Eterno para que les conceda un triunfo que parece seguro.

Y los tres se encaminaron adonde acababan de decir.

Sigamos nosotros hacia Fuenterrabía.

A los diez minutos de correr Alberto y los suyos, gritó Navarro:

—Alto; continuad al trote.

—¿Qué intentas?—le preguntó Silva.

—Quiero hablar contigo.

—¿Tanta prisa te corre?

—No; pero ya hemos perdido de vista el valle, y no hay para que seguir á un escape como el que traíamos.

—¿Que querías?

—¿No te parece, como á mí, que Clotilde es muy joven aún?

—Apenas tendrá treinta y cuatro años.

—¡Qué hermosa es!

—¿Te gusta más que María?

—No he entrado en comparaciones; me fijé sólo en la madre.

—Guárdate de ella, Navarro; recuerda á Elena y á la napolitana.

—Así lo hago pero tomando tus consejos... No se parecen la madre y la hija; la tuya es rubia, mientras que la otra presenta un moreno claro, ojos y cabellos negros y brillantes, y una gracia y perfección en las facciones que encantan. Tambien yo debo haberle gustado.

—¿En qué te fundas, vanidoso?

—Se fijó en mí de un modo...

—Ilusiones.

—Te he dicho que conozco el corazón humano mejor que tú.

—Mas pruebas á cada instante todo lo contrario.

—Qué sabes tú.

—Te repito que la he gustado; sería la única. Tambien ella á mí, á sus bellezas une la gravedad, mesura y unos modales tan finos y elegantes, que supera con mucho á Elena y á la napolitana. ¿A qué familia pertenece?

—A una española, muy distinguida, establecida en Gante á principios de este siglo. Desciende de los Cerdas.

—En ese caso circula por sus venas sangre real.

—Eso me ha referido Quirós, y es cierto.

—Alberto, más adelante puede que tenga que pedirte un favor.

—Dime lo que es.

—No, quiero esperar al momento dado.

—Entonces, pica, y corramos otra vez.

Así lo hicieron, continuando nuestros guerreros unas veces al trote y otras á escape, en dirección de Fuenterrabía. Descansaban dos veces al día para comer y dar pienso á los caballos, y por la noche dormían cinco horas. De este modo no fatigaban demasiado á sus cuadrúpedos, avanzaban quince leguas y podían muy bien llegar al sexto de su salida de Madrid; Fuenterrabía distaba noventa y una leguas de las antiguas, ó sea de ocho mil varas cada una. Siguieron todo el camino, yendo delante de ellos un sargento con ocho hombres y los cinco criados, los cuales les iban dejando preparados alojamiento, comida para ellos y pienso para los potros. Así corrían sin hallar dificultades que interrumpiesen su marcha ligera, pero que no les ofrecía grandes molestias.

Navarro solía decir á su hijo adoptivo:

—Alberto, nuestras carnes están acostumbradas á la fatiga, y no se resienten de andar quince leguas cada veinticuatro horas; pero no debe sucederte á tí lo mismo; ¿te sientes mal?

—El primer día no me hallaba bien; pero desde há mucho tiempo que mi materia sucumbe al poder de la inteligencia; dije quiero, y va poco á poco connaturalizándose con este movimiento continuado; puedo asegurarte que ya voy como vosotros.

—Me alegro; pronto serán tus carnes de bronce como las nuestras, y las molestias de las marchas y del campamento te parecerán tolerables, y hasta encontrarás en ellas algunas veces agradable entretenimiento.

La vanguardia de Alberto, sujetando sus operaciones al itinerario que le entregó su jefe, se detuvo en

Hernani, en cuyo punto debía esperar nuevas órdenes del conde de Santomera.

A las doce del sexto día que llevaban caminando, llegaron los quinientos ligeros, incorporándose en la plaza con su pequeña vanguardia.

—Navarro, —dijo el conde,—llévate la mitad de la fuerza, á nuestros criados, y bajo tu dirección que establezcan las tiendas de campaña en el sitio y forma que expresa ese pequeño mapa. Ahí tienes dibujada la plaza, la situación de los sitiadores y marcado perfectamente el paraje en que hemos de acampar nosotros: estúdialo. ¿Lo comprendes?

—Si, no me queda duda alguna. ¿Se opondrá el condestable?

—Mientras tu gente trabajaba te presentas á él y le dices que lo he dispuesto yo por inspiración del emperador; que me lleva allí una misión importante para el desempeño de la cual tengo facultades especiales de S. M. Añádele que llegaré al amanecer, y que no debe extrañarle si le dicen que me he acercado mucho á la plaza; y que, acatando la voluntad del César, deberá esperarme en su tienda, sin testigos, de ocho á nueve de la mañana.

—En ese caso, antes que alumbre el sol nos hallaremos á la entrada del campamento.

—Bien, pero te advierto que me dirijo á la orilla del mar, ó sea á Occidente de la plaza sitiada.

—Allí nos encontrarás.

—Puedes llevarte á Nuñez y á Osorio, á mí me basta con Mendoza.

—Hasta mañana, hijo mío.

—Adios, Navarro.

Y puestos el maestre al frente de doscientos cincuenta ligeros, dos sargentos, los cinco criados, don Alvaro y Lara, partieron al campamento, al que llegaron á las tres de la tarde.

Alberto, Mendoza, Dávalos y los restantes jinetes buscaron su alojamiento, echando pié á tierra acto continuo.

—Don Luis, dijo el conde,—almorzad ahora; la comida á las cinco, y descansad todos hasta las doce de la noche, en cuyo instante se botarán sillas, partiendo inmediatamente á Fuenterrabía.

—Muy bien, mi general,—le contestó el gigante;—á la media noche estaremos todos dispuestos para seguiros.

—No, amigo mío, soy simplemente capitán.

—Poco os ha de durar esa banda que sólo llevais de adorno; por consiguiente, permitidme que os llame como acabo de hacerlo; y si un día no lejano creeis que la merezco, guardadla para mí y será el colmo de la felicidad á que aspiro. Está honrada por el emperador, después por su héroe, y, no habiendo, al dejarla éste, nadie digno de ella, debe ser defendida por mi maza.

Alberto sonrió, exclamando:

—Teneis razón; os la ofrezco, seguro de que pasará al hombre de más fuerza y estatura que tiene el ejército.

Y se dirigió á su alojamiento, dejando al gigante más alegre y satisfecho que estuvo nunca.

Las órdenes de Silva fueron cumplidas, y á las doce en punto de la noche montaron á caballo, dirigiéndose á Fuenterrabía, donde llegaron á las cuatro de

la mañana; caminaron despacio por la completa oscuridad que reinaba y porque les sobraba tiempo para dar vista á la plaza al asomar el crepúsculo matinal.

Cerca ya del campamento español, dejaron el arrecife y se fueron inclinando á la izquierda hasta llegar adonde estaba Navarro esperándole con el resto de la fuerza. Después de saludarse el padre y el hijo, preguntó el último:

—¿Qué te ha dicho el jefe superior del campo, ó sea el condestable de Castilla?

—Escuchó mi relato y noté que fruncía la frente; luego, en vez de contestar, me interrogó: «¿qué fuerza traeis?» Quinientos hombres, le dije, los cuales forman la escolta del conde, segun dispuso el emperador. «Soberbia comitiva, que, mandada por vos, señor maestre, la hace casi régia.» Hablamos después sobre tí; quiso penetrar el objeto que te traia al campamento, y convencido de que yo no lo sabía, ó de que me negaba á decírselo, me facultó para que situase las tiendas delante de las trincheras y en la elevación elegida por tí, añadiendo que podías presentarte á él á la hora que deseabas.

—Muy bien; ponte al frente de los quinientos ligeros, y en el momento que amanezca seguís la misma dirección que yo, línea paralela á mí y á distancia que no puedan llegar á vosotros las balas de arcabuz. No te inquietes, aun cuando me veas acercarme á la plaza, necesito practicar un reconocimiento minucioso, exacto, y es indispensable que me ponga al alcance de los fuegos contrarios; mi armadura es fuerte y podrá resistir las balas. Si inutilizasen mi caballo, me mandas otro, ó si hicieran alguna salida de la plaza,

corres en defensa mía; pero si nada de esto aconteciese, prosigue formando la curva, que yo he de seguir á la distancia que te he dicho.

Y quedaron esperando que la aurora fuese poco á poco destruyendo las tinieblas de la noche para poder dar principio á tan difícil y expuesto reconocimiento.

Antes de pasar adelante, digamos algo sobre la plaza sitiada, sus defensores y enemigos. Fuenterrabía está situada al confín de la provincia de Guipúzcoa, junto á la raya de Francia. Al Norte y cerca de ella corre el Bidasoa, que divide á ambas naciones, y al Sur tiene á Tolosa y San Sebastian.

En la época que pasa nuestra historia, es la ciudad que nos ocupa una plaza de primer orden, si se atiende á los altos y elevados muros que la rodean, á los fuertes que la defienden y á los muchos cañones que coronan unos y otros. Presenta además castillos, zanjas, puentes levadizos y un hermoso muelle, en cuyos extremos se alzan dos torres que defienden la entrada. Los alrededores de tan antigua y famosa ciudad son pintorescos como el resto de la provincia.

Detrás de las murallas se oculta una guarnición de veinte y cinco mil hombres la mayor parte franceses. Con bélico ardor defienden al valeroso rey de Francia Francisco I, dueño de Fuenterrabía por derecho de conquista. El monarca francés sostiene allí ese ejército por solo el placer de humillar á España, arrancándole y conservando una joya de su diadema imperial. Desde que la tomó por sorpresa hasta el último día que la tuvo, hizo los mayores esfuerzos por retenerla, á cuyo fin no perdonó medio ni sacrificio alguno para el logro de su vanidoso intento. Los que la

guarnecían eran valientes, gente toda aguerrida y mandada por caudillos entendidos y experimentados. Los tres jefes principales se llamaban Frange, Ertillac y don Pedro de Peralta, marqués de Cortes: el primero hacía de general en jefe; el otro de segundo, y ambos eran franceses; mientras que el tercero, nacido en Navarra, se pasó al enemigo con mil soldados españoles, fundado en desaires y malos tratamientos que suponía haber recibido de la regencia, durante la menor edad de Carlos I. Era, segun hemos dicho, el tercer general de los que mandaban en Fuenterrabía, por cuya razón presenciaba las deliberaciones y consejos habidos entre los jefes sitiados. La ciudad estaba cercada únicamente por tierra, recibiendo en consecuencia de los puertos franceses los refuerzos y alimentos que necesitaba.

Pasemos ahora al campo sitiador.

En este tremolaba la bandera imperial de España defendida por cuarenta mil soldados, la mayor parte españoles, y el resto alemanes y suizos. Los jefes principales eran el condestable de Castilla, el virey de Navarra, tres generales más y varios duques, marqueses y otros títulos, que guerreaban con sus propios vasallos y tenían voz y voto en los consejos. Carlos I no perdonaba tampoco medio ni sacrificio alguno para arrancar á los de allende su querida ciudad, borrando á la vez la negra mancha que veía horrorizado sobre su manto de púrpura. En consecuencia mandó al cerco la artillería suficiente para sostener aquel largo sitio, cuantos pertrechos les hacían falta y lo necesario para que no careciesen de buenos y abundantes víveres, que se apresuraban á llevarles los vizcainos y navarros. El

campo sitiador contaba con la muchas cosas que existían en torno de la plaza y con no pocas tiendas de campaña. Cada día estrechaba un poco más el español al francés; ambos demostraban valor, arrojo y decisión, y todo auguraba que en aquel sitio habían de consumirse muchos hombres, no poco dinero y más tiempo del que convenía al César, cuando amaneció el día en que el conde de Santomera dió vista á las plaza y se propuso reconocerla antes de presentarse á los jefes sitiados. Tenía provocado de antemano el consejo de generales, y después de oir la opinión de éstos pretendía exponer la suya con entero conocimiento de causa.

Eran las cinco de la mañana; el Océano cantábrico, dando tregua á su incansable oleaje, parecía una balsa dorada por el sol naciente, cuyos rayos se extendían sobre el mar, la tierra y los montes, dando brillo á las aguas, al pedernal, á la arena y á la nieve. No obstante la crudeza del invierno en aquellas regiones, cesó en este día de nevar, ni una sola nube empañaba el firmamento, y aun cuando las brisas venían del Norte y á aquella hora herían el rostro, todo presagiaba la llegada de un día sereno, tranquilo y agradable. Después de las cinco de la mañana se oyeron lo mismo en el campo que en la plaza las trompetas y atambores de guerra; era el toque de diana, el cual avisaba á los soldados de una y otra parte que debían abandonar el sosiego y entregarse á la guerra, misión que los retenia allí. La semana anterior se cañonearon sitiados y sitiadores; los de la plaza hicieron varias salidas, que rechazaron valerosamente sus contrarios, y lo mismo en el día anterior que en el presente, ambos habían apagado sus fuegos por conveniencia propia y con el

objeto de recoger cada uno los heridos y cadáveres de las batallas anteriores.

Todavía continuaba el toque de diana, cuando, juzgando Alberto que el nuevo sol le prestaba la suficiente luz para el reconocimiento que intentaba, dió la orden de partida, y los quinientos ligeros, con sus jefes y el maestre á la cabeza, comenzaron á hacer, en línea paralela al héroe, la curva que éste había dispuesto. El segundo caminaba á trescientas varas de la plaza, acercándose mucho más algunas veces y retirándose otras, pero yendo siempre al alcance de los arcabuces contrarios, mientras que el primero, á cubierto por la distancia de las balas de arcabuz, más no así de las de cañón, hizo formar en guerrilla á los quinientos ligeros, y de este modo seguía circunvalando la plaza.

En los primeros momentos se contrajo el enemigo á mirar la osadía del temerario guerrero que se acercaba á ellos sin temor alguno y como desafiando su ira; luégo dispusieron mandarle una bala de cañón; pero, no habiendo terminado aún la operación empezada el día anterior determinó uno de los jefes, que hacía el servicio de muralla, que se encargasen los mosquetes de agujerear la armadura de Alberto, hasta que una pelota atravesara su corazón. Esta medida era hija de la vanidad, siendo así que no conocían el pensamiento de Silva, ni un hombre solo podía infundirles pavor.

Cubierto el héroe de bruñido acero y ostentando el escudo de armas de los condes de Santomera, continuó su reconocimiento sin que le detuvieran las balas contrarias. Corría unas veces, se paraba otras, y evitando en lo posible que el contrario asegurase la puntería en el blanco que su cuerpo presentaba, llegó al

último tercio de la curva que iba haciendo, en cuyo instante se acercó al muro cuanto le fué posible, y colocando su caballo en una altura que tenía próxima, quedó allí cerca de dos minutos. Hasta este momento las balas le habían respetado; pero su detención y proximidad á la muralla le proporcionaron dos descargas que hirieron á su caballo, estrellándose algunas pelotas en la armadura de su costado derecho. Alberto, sin embargo, mudo é inmóvil, abservó cuanto necesitaba, desapareciendo de allí alegre y satisfecho. Su fina penetración distinguió lo que no pudieron sus amigos ni enemigos; la muralla tenía un punto vulnerable que no pasó desapercibido á la vista del héroe, más perspicaz é inteligente que las de los ingenieros de entonces. Al regresar estaba el muro coronado de franceses y nuestras trincheras de soldados, admirando unos y otros la osadía del capitán y el brío y ligereza de los quinientos hombres que seguían á Navarro. Incorporado Alberto con los suyos, se colocó entre el maestre y Nuñez, dirigiéndose todos al campamento.

—¿Te han herido?—le preguntó su padre adoptivo.

—No.

—Tu caballo viene inútil.

—Sí, lleva varios balazos en las piernas y cuarto trasero.

—Nos aconsejas la prudencia, y esta mañana has carecido de ella, Alberto.

—No delires, Navarro; mi reconocimiento me ha expuesto, y es lo ménos que sucede hallándose al frente del enemigo.

—¿Qué has logrado?

—Creo, padre mío, que traigo los medios de rendir la plaza.

—¿Estás seguro?

—No, pero es lo probable.

—Opino que los seis dias van á multiplicarse.

—Lo creo: pensar tú de otro modo sería sobreponerte á los caudillos del imperio y en verdad que no hay razón para que así suceda.

—Deduzco de eso que abrigas la pretensión de tomarla en el plazo ofrecido al emperador.

—Hoy empieza el primer día; antes de espirar el sexto te contestarán los hechos.

Los alojamientos de Silva y los suyos se hallaban á la parte afuera de las trincheras, si bien distarían de ellas poco más de un tiro de arcabuz; los del campamento seguían con la vista las operaciones de Silva, y al acercarse aquél comenzaron á aplaudir y á mover los pañuelos, demostrándole de este modo el entusiasmo que les inspiraba su valor, serenidad y la disciplina y maestría de los quinientos ligeros; pero Alberto, sin hacer caso de tales demostraciones, continuó adelante hasta llegar á su tienda, donde echó pie á tierra, mandando que le imitasen los demás. Poco después fueron tomando posesión del terreno que tenian señalado, quedando ocultos á las miradas de los del campamento, que aún seguían vitoreándole.

—Apenas te has presentado,—decía Navarro á su hijo,—y ya todos se fijan en tí como un ser extraordinario.

—Unica causa,—contestó el conde,—que llama tu atención; eres tan vanidoso que en oyendo aplausos ya no percibes otra cosa. Haz que te quiten la armadura;

llama á Pedro, para que haga lo mismo conmigo, y prepárate á seguirme.

—¿Dónde vamos?

—A la tienda del condestable.

—¿Que voy á hacer yo allí?

—Acompañarme y oir lo que hablemos.

—Hijo, tú representas al emperador, el otro es el primer caudillo del ejército, y yo no soy más que maestre de campo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no debo presenciar una entrevista en que trataréis de asuntos vedados á un hombre que representa tan poco como yo.

—Haz lo que te he mandado; que nos preparen el almuerzo para cuando volvamos, y saca antes de que anochezca los dos trajes de vizcaino que vienen con los equipajes.

—Alberto...

—Obedece y calla.

Navarro bajó la cabeza y se dirigió á su alojamiento, dando principio al desempeño de los encargos que le había hecho el jóven capitan. Poco después los franceses se retiraron de las aspilleras y los españoles de su atrincheramiento, pero sin dejar de comentar unos y otros el audaz reconocimiento de Silva. Como dijo muy bien el maestres, apenas llegó y ya atraía la atención de amigos y extraños; pronto, no obstante, asombrará á los unos é infundirá terror á los otros; pero no adelantemos los acontecimientos.

CAPÍTULO XXXIII

La entrevista.—El consejero.—Dos supuestos vizcainos

La tienda del conde estaba situada sobre una pequeña colina, á la derecha, y junto á ésta, se veía la de Navarro, y á la izquierda la de los oficiales Nuñez, Osorio y Mendoza. A poca distancia de allí, en dirección del campamento, se acomodaron los tres sargentos y quinientos ligeros en varias casas que habían abandonado sus dueños, por temor á las balas que solía mandarles la plaza.

Pronto improvisaron nuestros soldados los pesebres que les faltaban; dieron un pienso, se quitaron el morrión, peto y espaldar, y comenzaron á ocuparse, unos del almuerzo de los jefes y de la tropa, y otros, cogiendo sus picas, fueron á dar la centinela que les habian mandado en la prevención y tiendas de Alberto y de Navarro. Era época en que el soldado no siempre se concretaba á servir en un arma sola, por lo que todos los veteranos solían manejar con la misma facilidad la lanza del jinete que la pica del infante ó el arcabuz del mosquetero. Por esta razón, y no pudiendo

prestar ahora los soldados de Silva servicio alguno en el arma á que verdaderamente pertenecían, empuñaron la pica los que estaban de servicio y se trasformaron en peones. El maestre se concretó á decirles en la órden del día.

—Soldados, estamos frente al enemigo, nos ven los franceses y nos observan los que componen la flor del ejército del imperio; cumplid como buenos, y que el mundo admire vuestro valor en la pelea, vuestro respeto y subordinación antes y después. Formamos parte del campamento, pero somos un cuerpo separado de él ínterin compongamos la escolta del conde de Santomera, representante aquí de S. M. el emperador; por consiguiente, sólo debemos obedecer sus órdenes. Espero que en breve seguiremos al héroe que nos conducirá á la gloria, y no habrá entre amigos y extraños quien os aventaje en decisión, quien os supere en bizarría.

Y terminó su discurso encargándoles por segunda vez que sólo debían obedecer las órdenes de Silva, y que esperaba ver en ellos el modelo de las huestes españolas. Todos aplaudieron sus frases, con lo que, satisfecho y complacido, entró en la tienda del conde, diciéndole:

—Cuando gustes, Alberto.

—¿Es hora ya?

—Sí.

—Pues vamos.

Y se dirigieron al campamento, lo atravesaron, llegando por fin al alojamiento del condestable.

El anciano jefe aguardaba á Silva, y después que hubo estrechado las manos de ambos, dijo á aquel:

—Os esperaba solo, según me encargásteis, y anhelaba veros, siendo así que vuestra presencia en el campamento tiene gran significación, y el modo de daros á conocer aquí ha llamado la atención de los cuarenta mil hombres que obedecen mi voz. Sentaos y hablemos. ¿Cómo sigue S. M.?

—Muy bien.

—¿A qué os manda?

—A que os ayude á tomar esa plaza.

—Entonces vendreis á inspeccionar mis actos, toda vez que quinientos hombres, más ó menos, poco ó nada pueden influir en el asalto decisivo.

—¿En qué os fundais para suponer, señor condestable, que el conde de Santomera sólo viene aquí á espiar vuestras acciones?

—Lo he supuesto, en vista de la representación que traeis y de las facultades que os dió S. M.

—Mal hecho; soy efectivamente entre vosotros el mismo emperador, en todo lo relativo al ataque y toma de la ciudad; pero eso no quiere decir que yo traigo una misión tan impropia de mi carácter y dignidad.

—En ese caso tendreis la bondad de explicarme el enigma.

—Antes pasad la vista por mis credenciales.

Y le dió el pergamino firmado por el César; el condestable lo leyó, y después que se lo hubo devuelto, le dijo;

—Manda que os abedezcamos, y así se hará; pero no comprendo...

—Anciano, es hoy lúnes; el sábado, Fuenterrabía no se hallará en poder de los franceses.

—Jóven, ¿qué sábado?

—El de esta semana, señor.

—¿Quién va á hacer ese milagro?

—Vos y yo.

—Imposible; hay sitio para muchos meses.

—Se lo he ofrecido á S. M., y he de morir ó le cumpliré mi palabra.

—Señor conde, sois muy valiente; la fama habla bien de vuestro talento, pero teneis poca edad, os falta experiencia, y sólo siendo así pudísteis comprometeros á la realización de una idea que ha de convertirse en delirio. El sitio de una plaza tan llena de recursos y tan admirablemente defendida no tiene contacto alguno, ni aún siquiera parecido, con un desafío parcial, una sorpresa, ni aún con esas luchas en que diez ó veinte pueden vencer y hasta hacer huir á cien. Aquí es preciso emplear el arte de la guerra en su mayor grado; es necesario mucha constancia, y por último, el tiempo indispensable para ir poco á poco fatigando al enemigo, hasta que, cansado y sin la gran defensa que tenía con su espeso muro sin abrir, hagamos brecha y penetremos por ella, ganando el resto palmo á palmo y con grandes dificultades.

—¿Opinan los demás generales como vos?

—Desde el virrey de Navarra, mi segundo, todos creen lo mismo que yo.

—Muy bien; esta tarde á las tres nos reuniremos todos; oiré á los restantes, y más adelante resolveré. Os voy á dar un consejo, señor condestable: si no juzgais posible que haya una cabeza capaz de realizar lo que yo he ofrecido al emperador, callad luego vuestras ideas, concretándoos únicamente á oir. Ignorais los

recursos con que cuento, y sentiría que mañana os arrepintiéseis de haberme desconocido hoy.

—Silva, vais á perecer, y acaso comprometais al ejército, que tan sumiso y entusiasta os seguirá á un asalto, en vista de lo que ordena ese pergamino.

—Antes de dar paso alguno os iré enterando de lo que piense realizar; de este modo os tranquilizaré, y acaso me eviteis el que os mande en vez de pediros favores. Sois hombre de mérito, casi me triplicais la edad, y no intentaré nunca humillar esas venerables canas que admiro y respeto; mas es imprescindible, señor condestable, que no dudeis de la sabiduría del que me hizo árbitro de las vidas de sus hijos, del porvenir del imperio, ni á mí tan necio que pretenda la realización de un delirio seguido de un rio de sangre humana. En estos primeros seis días, puesto que yo no pretendo sobreponerme á vos, debereis cubriros de gloria ó aparecer como ignorante y algo peor; en vuestra mano está elegir lo que más os agrade.

—¿Puedo saber cual es vuestro pensamiento?

—El de tomar la plaza en el tiempo que os he dicho, los medios de que me he de valer los ireis conociendo poco á poco; y como he de ser el primero en morir, si me he equivocado, tendreis tiempo de más para evitar que perezca ni uno solo de vuestros cuarenta mil hombres.

—Siendo así os obedeceré con gusto.

—Perfectamente; hacedlo, empezando por tomar el consejo que os dí antes. Hablemos ahora de otra cosa. Tengo noticias de que un navarro, llamado Pedro de Peralta, por causas que no son de este momento,

se pasó á los franceses con mil soldados tan valientes y aguerridos como él.

—Ciertamente; el marqués de Cortes, hoy general francés y el tercer caudillo de Fuenterrabía.

—¿Conserva sus mil navarros?

—Sí, y por cierto que es el tercio más brillante y temerario de cuantos encierra la plaza.

—¿Qué noticias teneis de ese hombre?

—Es osado, rencoroso y tan susceptible como valiente.

—Lo mismo que me dijeron en Madrid.

—¿Tiene familia en Navarra?

—Sí, y algunos otros parientes lejanos.

—¿Le confiscaron sus bienes?

—Todos, y hasta los de su madre.

—¿Eran ricos?

—Mucho; contaba suyos más de cien pueblos.

—¿Qué le han dado los franceses?

—Señorío y dominios, que no equivalen á la mitad de lo que él tenía en nuestro país.

—¿Está bien educado?

—Dicen que es afable y cortés, mas tan susceptible, que debe hablársele con mucho cuidado, aseguran que esa sola es la causa de guerrear en el campo contrario.

—¿Se podrá fiar un caballero de su palabra?

—Eso sí, que es navarro y bien nacido; aun cuando enemigo, debo hacerle justicia.

—Gracias, señor condestable; sé cuanto necesitaba; y con vuestro permiso me retiro hasta las tres en punto, que asistiré al consejo.

—Debo daros cuantas noticias me pidais.

—He podido convencerme al venir de que teneis

buen número de cañones de grueso calibre, soldados aguerridos, y lo que me falta saber no podéis decirmelo vos. Mandad que mi firma sea reconocida como la vuestra, y no intenteis nada contra la plaza hoy ni mañana. Que el cielo os guarde, anciano.

El condestable despidió al capitán y al maestre, cayendo después en un sillón de vaqueta, donde permaneció mucho tiempo ensimismado. Cuando tuvo noticia de que llegaba Silva representando al César, se conceptuó herido en su amor propio; al oir el pensamiento que le llevaba allí, le juzgó loco, y al despedirlo, si no creía en sus frases, tampoco se atrevía á dudar de ellas; había en la mirada de Silva, en el acento y hasta en su frente un predominio que seducía, imponiendo al que le escuchaba; y el anciano condestable no pudo hacerse superior al irresistible influjo á que ninguno lograba sobreponerse.

Navarro y Alberto llegaron á la tienda del primero poco después de las once; en ella, y alrededor de una mesa le estaban aguardando Nuñez, Osorio y Mendoza. El héroe se fijó en el segundo, diciéndole:

—Sois, mi querido Alvaro, el más sagaz de los tres; por lo tanto os voy á encargar una misión importante.

El aludido se puso en pié, contestando:

—Iré donde me mandéis; haré lo que otro no siendo vos, y me atreveré á todo, á todo ¿lo oís?

—Veámoslo; sobre la cota os poneis calzas de lana, gregüescos de paño grosero, tabardo de lo mismo y sombrero de marino; con ese traje y el barniz que usábamos en Monteagudo os vais á la costa, y, después de alquilar una lancha, comprais todo el pescado

que os vendan; os advierto que Navarro y yo debemos regalárselo por la mañana á los franceses de Fuenterrabía. Si halláseis aves, berza y aquello que más estimen los sitiados, pagadlo á como os pidan y unidlo á los peces, con todo lo demás que se le ocurra al entendido y hábil don Alvaro.

—Comprendo la idea, y, aun cuando hallaré dificultades entre esos honrados vizcainos, la realizaré. ¿Almuerzo primero?

—No; al hombre del pueblo le es dado caminar todo lo deprisa que quiera é ir comiendo.

—¿Teneis que prevenir algo más?

—Dadme pluma y papel; os extiendo un salvoconducto que sólo os abrirá el paso entre los soldados españoles; para los contrarios hacéis uso de vuestra daga. Tomadlo, coged el oro que necesitéis y partid.

—¿Dónde os aguardo?

—A cien varas más cerca de la plaza de lo que esté la última lancha vizcaina.

—Allí esperaré.

Y salió, mientras los cuatro restantes se sentaron á la mesa y almorzaron, permaneciendo luego en conversación hasta las dos y media, que unidos nuevamente Alberto y Navarro, se dirigieron al campamento. Ya les aguardaban en torno de un mesa el condestable, el virey de Navarra; dos generales más y varios duques, grandes de España y títulos de Castilla. Sin excepción fueron todos estrechando su mano y saludando á Navarro con una reverencia; el condestable quiso cederle la presidencia, é instó vivamente porque la ocupara en vista de la representación que traía; pero nuestro modesto joven se colocó el último,

obligando á Navarro á que se sentara á la derecha. Cuando todos hubieron ocupado su sitio, exclamó el condestable:

—Señores, os reuno esta tarde á vosotros los primeros caudillos del ejército para daros conocimiento de un hecho que ha de influir poderosamente en lo sucesivo en el sitio y toma de la plaza que tenemos cercada. S. M. el emperador (que Dios guarde), cuyo acierto y sabiduría os son bien conocidos, se halla entre nosotros dignamente representado por el señor conde de Santomera; éste trae poderes ámplios, facultades omnímodas, y manda aquí como pudiera hacerlo nuestro augusto señor. Expuesto lo que acabais de oir, sólo me resta, como á vosotros, obedecer. Tampoco me es dado encomiar el talento, valor y discreción de un joven que piensa como los ancianos, y que obra de un modo diferente á los demás, inspirado, sin duda, por un genio que soy el primero en reconocer y admirar. Y digo que no me es dado añadir encomios, porque todos escuchásteis como yo lo que cuentan de él, lo que pregona la fama: va á hablar, y debo yo enmudecer.

Calló el anciano, y todas las miradas se fijaron en el afortunado doncel, mientras éste demostraba al condestable con agradable sonrisa lo gratas que le habian sido sus frases. Luégo, y fijo siempre en aquél, le contestó:

—Gracias, señor, por la alta idea que os merezco, por la benévola conducta con que acabais de favorecerme. Yo nada puedo decir de vos; hace cincuenta años que el mundo os admira, y ante una cadena tan larga de gloria no cabe otra cosa que inclinar la fren-

te y postrarse. Señores, no puedo decir que el emperador obró mal al mandarme á Fuenterrabía en representación de su augusta majestad; y como tampoco me es dado afirmar que procedió bien, os dejo en entera libertad de que aprecieis el hecho como cada cual lo comprenda, reservándome demostrar con mis acciones que no economizaré sacrificio alguno por patentizar á la faz del mundo que la sabiduría de nuestro señor es infalible. Y puesto que el tiempo corre, el país nos mira y el enemigo se ríe de nosotros, ocupémonos, si lo teneis á bien, del sitio de la plaza.

Todos significaron, con un movimiento de cabeza, que se hallaban dispuestos á entrar en debate, por cuya razón prosiguió el héroe:

—Señores, sé que me hallo entre grandes, títulos y elevadas personas que á su mucho poder unen conocimientos superiores, mucha experiencia y tantos méritos y servicios que no es posible enumerar. Yo jóven, el más jóven de los que se sientan aquí, me encuentro embarazado y en situación tan difícil como espinosa; pero sois todos nobles, generosos, y habreis de perdonar al guerrero novel las faltas que le obliguen á cometer su inexperiencia y escasez de las bellas cualidades que á vosotros os adornan. Sentado esto, en nombre del emperador abro el debate: señores, he cruzado España desde la orilla del Segura, á la del Manzanares; desde ésta á la raya de Francia; por donde iba escuché un murmullo confuso, prolongado, que decía: «Los franceses están en España, los españoles no los echan.» Ese murmullo continúa; se refiere á nosotros; lo inspira el patriotismo; lo alienta el deseo y la ansiedad que tiene todo buen español de ver

lavada la mancha, el negro borrón que mira en el manto blanco que ostenta la madre patria. El mundo, señores, empieza ya á temer y respetar al poderoso cetro que hoy oprime, valiente y sin igual, el gran Cárlos I; mas tengo para mí que al fijar su altiva mirada en Fuenterrabía, ha de asomar á sus labios irónica y burlona sonrisa. ¿Para qué os he de decir que es indispensable arrojar de nuestro país el estandarte extranjero, si lo deseais tanto como yo y os interesa más que al resto de nuestros ciudadanos? ¿Á qué citar un trono que respetais, al monarca á quien ofreceis vidas y haciendas, ni un patriotismo que asoma ardiente y anheloso á la faz de los que me escuchan y á la vista de los que me miran ahora? Puesto que sería inútil encarecer la conveniencia, que ninguno de vosotros desconoce ni rechaza, contraigámonos á hablar de la realización de la idea porque todos suspiramos. Deseo saber, en una palabra, cuál es vuestra opinión respecto de la manera con que debemos tomar á Fuenterrabía, y el tiempo que, según cálculo aproximado, podrá emplearse.

Calló nuevamente Silva, cediendo el uso de la palabra á los grandes que tenía en torno; pero éstos se fijaron en el condestable, invitándole de este modo á que fuese el primero en hacer oir su autorizada voz.

Señores,—dijo aquél comprendiendo lo que expresaban las miradas de sus compañeros:—el digno representante de S. M. conoce ya mi opinión, y no siendo ignorada de vosotros, es inútil que la exponga nuevamente. El señor conde pretende que se ilustre la cuestión; para esto es indispensable que cada uno de vosotros le preste la luz de su inteligencia, á fin

de que la veamos clara, terminante, y, sin duda ni vacilación, podamos optar por lo más conveniente.

Acabó el anciano, tomó la palabra el virey de Navarra, y sucesivamente cuantos estaban allí.

Resultó del debate el convencimiento de que tardarían más de tres meses en apoderarse de la plaza; que durante este tiempo habría una mortandad horrible de franceses y españoles, y por último que no debían emplearse otros medios que los que aconsejaba el arte de la guerra, expuestos en los buenos y malos discursos que concluían de pronunciarse. Alberto esperó inútilmente escuchar una idea nueva, arriesgada pero que ofreciera un éxito más inmediato y decisivo que los cálculos encerrados en el estrecho círculo del arte; por eso al terminar el último, bajó la cabeza, permaneciendo un minuto entregado á profunda meditación; luego fué alzándola poco á poco, los miró á todos, y, notando que aguardaban contestación suya, les dijo:

—Muy bien, señores: os he escuchado con gusto, pues veo que todos poseeis el arte de la guerra. Es preciso, no obstante, un esfuerzo supremo en pro de la patria; que todo lo aguarda de nosotros, y fío en Dios que no se hará esperar macho tiempo. Nada más puedo deciros; demos al enemigo dos días más de tregua, y al amanecer del tercero le anunciaremos la llegada al campamento español de un representante de su majestad imperial; yo os ruego en mi nombre, os mando en el del César, que hoy y mañana no os ocupéis de nada; al siguiente día ordenará el condestable lo más acertado, y en el campo de batalla, en lucha el león español con las flores de lis francesas, nos disputaremos quiénes demuestran con más empeño el amor

que arde en nuestros pechos, y que benignos acogen la patria y el emperador. Hasta mañana, señores.

Silva y Navarro se levantaron; el primero los fué estrechando uno por uno, el segundo les saludó, y ambos marcharon de allí, dejando á los otros que comentaran la estudiada reserva en que se había encerrado el héroe.

—¿Qué intentará?—preguntaban efectivamente al condestable

—Lo ignoro, señores, contestó el anciano; pero es indudable que su valor lleva el sello de la prudencia, que apoya un talento privilegiado. Representa por otra parte al emperador, y nos cumple obedecer al que rara vez se equivoca y es nuestro señor. No es ni aun probable que ese afortunado mancebo intente una temeridad que pueda comprometer al ejército; mas si fuese capaz de hecho indigno, efecto de su poca edad, detrás de él estoy yo, que procuraré contenerle y evitar funestas consecuencias. Confiad, sin embargo, en su genio, y si éste no os ofreciese garantía segura, mis canas os la dan; estamos en una crisis cuyo resultado no es posible prever; esperad tranquilos, que en breve se pondrá á prueba vuestro patriotismo.

A la vez, y encaminándose á su tienda, decía Silva á Navarro:

—Esos hombres son inteligentes como tú, pero nada más que como tú.

—Cierto; yo opino como ellos.

—Yo no.

—Lo supongo, y esperé inútilmente oir tu opinión.

—Cuando la sepan se llenarán de asombro.

—Pero, hombre, ¡á unos señores tan principales,

los más poderosos y valientes de España, no decirles una sola palabra!

—Más que todos ellos vale el emperador, y tampoco escuchó de mis labios el pensamiento que intentaba realizar.

—Lo creo; tu reserva no conce rival en el mundo.

—Consiste, Navarro, en que deben hablar mis hechos, en cuyo caso enmudecen mis labios.

Al entrar en la tienda el capitán y el maestre vieron un hombre que les abria los brazos con cariño y entusiasmo. Era el conde de Usen, que les decía, estrechando á ambos:

—Que sea enhorabuena, señor capitán y señor maestre; banda mejor puesta,—añadió dirigiéndose al primero,—no se ha ostentado nunca.

—Gracias,—le contestó Alberto;—sabía que os hallábais en el campamento, y pensé visitaros esta misma tarde.

—Yo no vine antes por haberme encargado el condestable un reconocimiento cerca del Bidasoa, y no he regresado hasta hace una hora. Cuando llegué oí vuestro nombre, que corria de boca en boca por todo el ejército, y, sin presentarme al condestable ni á nadie, pregunté por vuestra tienda y aquí os he esperado, anheloso de volver á estrechar á mi querido, á mi ntimo amigo. Supongo señor capitán, que el hecho de representar aquí á S. M. el emperador, de lo cual me han enterado Nuñez y Mendoza, no será razón para que me neguéis un cariño ofrecido en días aciagos.

—No, amigo mío; sólo una vez doy mi amistad, que no retiro nunca ó lo verifico con la punta de la espada.

—Lo creo, y dudar de vos sería inícuo, impropio de mí.

—Estrechadme nuevamente, noble Usen; así. Supe en Madrid que solicitásteis de S. M. venir á Fuenterrabía, y que os lo concedió.

—Verdad es; se compone mi tercio de tres mil hombres que...

—Que con su digno jefe á la cabeza he de experimentar pasado mañana.

—¡Qué me place! en pos del héroe seguiré adelante hasta perecer ó arrancar la victoria al enemigo.

—Vendreis á mi lado.

—Esta tarde le haré presente al condestable que quiero acampar junto á vos y acompañaros á todas partes.

—Es inútil, no os lo concedería.

—¿Por qué?

—Porque en el campamento, desde que llegó el representante de S. M., no manda el condestable.

—Pues me felicito por ello, aplaudo la noticia y me dispongo á daros cuenta de la misión que acabo de desempeñar.

—No, lo atrasado corresponde al general en jefe; decídselo á él, añadiendo que yo he dispuesto acampéis fuera de las trincheras, junto á mí; venid después con vuestra gente; situaos donde mejor os cuadre, y no intenteis verme esta noche, pues sería inútil; en cambio hallareis en su tienda á Lara y á Mendoza.

—¿No puedo acompañaros?

—No.

—Entonces pasaré la noche con vuestros oficiales y los míos. Hasta mañana, mi querido conde.

—Dios guarde y defienda á mi amado Usen.

El cartagenero se despidió de Navarro, Nuñez y Mendoza, y partió al alojamiento del condestable. En cuanto hubo desaparecido, exclamó Alberto:

—Maestre, al momento los trajes de vizcaino y el unto. Vos Nuñes y don Luis, quedais hasta mañana al frente de la compañía; salid de aquí haciendo retirar los centinelas de las tiendas de Navarro y la mía, pues no conviene que nos vean marchar. No perdais tiempo, que la tarde avanza y Osorio nos espera.

Poco después se había convertido la hermosa melena de Silva en greña que se inclinaba á la espalda en el mayor desórden; su hermosa y blanca piel presentaba ahora un color oscuro y repugnante, y su traje era el de paleto vizcaino. Navarro estaba lo mismo que él; ambos escondieron dos enormes dagas, guardó el primero varios papeles y su inseparable pergamino, y salieron de la tienda á buen paso, echado el cuerpo adelante é imitando perfectamente el papel que representaban. De este modo cruzaron por frente al campamento y la plaza, tan separados del uno como de la otra, para huir de las balas de los mosquetes de ambos.

Eran las cinco de la tarde cuando dejaron su alojamiento, y no obstante hallarse á cerca de media legua del mar, se aproximaron á la orilla de éste diez minutos después. Con paso largo y actitud humilde, sin correr, pero avanzando con rapidez y disimulo, siguieron hasta pisar la arena de la playa, en cuyo instante se detuvieron, y, no viendo lancha alguna á la derecha, se encaminaron á la izquierda despacio y hablando de cosas indiferentes.

Hasta aquel instante no habían hallado á nadie que les detuviera ni ellos trataron de observar nada; lejos de eso proseguían sin abandonar un momento su actitud é indiferencia. Por fin distinguieron un bote, y dentro de él, tendido con indolencia, á un pescador; en el cual pronto reconocieron al alférez Osorio. Era él efectivamente, el que había cambiado su traje por otro más ordinario aún, pero de verdadero pescador; el valiente mancebo metió su lancha unas cuantas varas hacia adentro del mar y se recostó en ella, dejando que lo columpiasen las pequeñas olas que venían á romperse en la orilla. En la postura que hemos dicho aguardaba tranquilo hacía ya dos horas la llegada de sus jefes; este oficial, como sus dos compañeros restantes, no estuvo jamás en relaciones con el miedo ni á su brillante imaginación le hacía falta otra cosa que un maestro tan bueno como Alberto de Silva.

También el entendido alférez creyó reconocer al conde y á Navarro, y remó hasta encallar su bote para que entrasen con más comodidad los dos supuestos vizcainos.

Era cerca de anochecido; la mar continuaba en calma; el sol parecía confundirse con las aguas del Océano; la plaza estaba silenciosa; el campamento le imitaba, y todo parecía convidar al héroe á que emprendiera con su natural sosiego y tranquilidad la arriesgada empresa á que se disponía.

—Ese traje, —dijo Alberto á Osorio saltando al bote,—es el de un verdadero pescador; trasciende á escama y brea, y presenta un segundo cuerpo de grasa.

—Yo lo creo pardiez, dí por él uno nuevo, cuyo

tabardo pesaba doce libras por lo menos, y añadí dos ducados.

—Claro es, mas no perdísteis en el cambio.

—Por eso lo hice.

—No daríais la daga.

—Se quedó pegada junto á mi corazón.

—¿Qué vamos á vender á Fuenterrabía?

—Un rico salmón, doncellas casi vivas, dos capones navarros, un cordero vizcaino y otras frioleras, que daremos á menos precio probablemente de lo que á mí me han costado.

—O á más; que pudieran costarle la vida á algun curioso.

—Cierto; para ese negocio conservo junto á mi corazón un pedacito de acero con lema que dice: *mato con empeño, y con el mismo defiendo á mi dueño.*

—¿Aprendísteis á remar?

—Ya lo habeis visto.

—¿Quién os enseñó?

—Ví hacerlo á un pescador, ensayé luego, y á los diez minutos lección y práctica concluidas.

—Buen discípulo. ¿Aprendisteis?

—Mucho; lo principal; se cómo pueden entrar y salir en Fuenterrabía por el puerto tres honrados vizcainos, que, burlando la vigilancia de esos pícaros españoles que osaron sitiar á los hijos de San Luis, llevan á los descendientes del santo, ricas viandas en carnes de tierra y mar.

—¿Qué hicísteis con los que os enseñaron tanto?

—Alquilarles este bote por casi lo que él vale; pero mañana los denunciaré al representante de S. M. para que los mande ahorcar.

—Perdonadlos y seguid contestando. ¿Os descubrirán los dueños del esquife?

—No tienen tiempo ni medios; los ví desaparecer costa arriba, y sé que no han regresado. ¡Oh! se entusiasmaron con unos cuantos retratos que les dí de su majestad esculpidos en oro, y al ver la severa y altiva faz del monarca, corrieron sin duda en busca del cura para pedirles la absolución por las faltas cometidas.

—¿A quién conocemos en el muelle?

—A todos sus guardas; con decirles en francés que vamos de parte del vizcaino Maroto, nos dejarán libre la entrada.

—Navarro, ¿entiendes tú de manejar timones?

—Como que he atravesado seis veces el Mediterráneo.

—Entonces cógete á él; vos á los remos; yo á la proa y seguid mar adentro, hasta andar lo suficiente para quedar al abrigo de una bala de mosquete; luego virais hácia Fuenterrabía, y no pararemos hasta atracar en el puerto. Adelante.

Asi lo hicieron los tres supuestos pescadores, mientras la noche comenzaba á envolverlos entre sus pliegues de negro crespón.

Silva, medio tendido en la proa, se fijó en la plaza, observando lo poco que podía, hasta que, llegada la noche, sólo vió las luces y un monton inmenso de edificios y navíos que se confundian á la orilla del mar.

Un cuarto de hora después decía Alberto muy quedo:

—Bogad más despacio y sin hacer ruido, Osorio; tú

Navarro vira á la derecha, que tenemos en frente un navío de guerra; así. Ahora pasamos por entre la escuadra francesa; á la izquierda distingo varias lanchas y gente en ellas.

—Sí, están desembarcando soldados.

—Perfectamente: los pescadores se confundirán con la tropa. Más á la derecha, Navarro; más aun; basta; bogad como querais, Osorio, y silencio, que estamos entre el enemigo.

La lancha llegó á una escalerilla del muelle; la amarraron junto á otra que estaba próxima, sacaron cuanto llevaban en la suya, y comenzaron á subir serenos y como si no entrasen en terreno invadido por sus contrarios. Alberto iba delante, llevando dos capones al hombro, y detrás le seguian Osorio y Mendoza con el salmón, los corderos y restantes objetos. Al primer paso que dieron por el muelle, les detuvo un centinela francés que exclamó:

—¡Alto! ¿Donde vais?

—Somos los de Maroto el pescador,—contestó Silva chapurreando francés.

—No os conozco,—añadió el soldado.

—Vamos á la plaza y somos abastecedores.

—¡Ah! abastecedores; entonces no debo deteneros.

—Hasta luego.

Y siguieron adelante, llegando al fin del arco que daba entrada á la ciudad, donde les detuvo nuevamente un guarda, preguntándoles:

—¿Qué llevais?

—Capones, pescados y otras cosas.

—¿Quién os manda?

—Maroto el...

—Le conozco, continuad.

Y prosiguieron su camino, metiéndose por la primera calle que encontraron.

—¿Dónde vamos, Alberto?—preguntó Navarro, incorporándose con su hijo adoptivo.

—Ya no hay peligro alguno,—contestó éste,—en el caso de usar de la prudencia necesaria; seguid detrás, pegados á mí sin expresar frase alguna.

Así lo hicieron; cruzaron calles y más calles; hallaron multitud de franceses que andaban de un lado para otro, pero ninguno les dijo nada, ni ellos preguntaron tampoco.

Llevaban media hora de andar así, cuando distinguió el conde un grupo de navarros que hablaban entre sí, en la plazuela en que concluía de entrar.

—Ya encontré lo que quería,—exclamó para sí nuestro joven, y, mandando detenerse á Navarro y á Osorio, se acercó al grupo, interrogando á uno de ellos:

—¿Dónde vive el general, vuestro señor?

—¿Qué quieres de él.

—Toma, verlo y darle un recado que le manda su madre.

—¿Vienes de nuestro país?

—¿Qué te importa á tí?

—¿Está buena la señora?—le preguntó otro.

—Creo que sí.

—Si te ha dado el recado, debes saberlo.

—Ya, pero después pudo haber variado.

—¡Qué bruto eres, hombre!

—Hace ya mucho tiempo.

—Lo creo, desde que naciste. Se conoce que no

eres navarro; á juzgar por el traje, has nacido entre los borricos de las montañas Vascongadas.

—Cabal.

—¿Por dónde has entrado?

—Por la puerta.

—¡Qué necio!

—¿Me contestas ó no? ¿Dónde vive don Pedro?

—¿Ves esa calle?

—Sí.

—Al concluir hallarás un edificio grande y muchos soldados en el zaguan; allí es.

—¿Estará ahora?

—Sí, acaba de pedir la cena.

—Dios os guarde.

—Muchas gracias por la atención; ¡habrá pollino!...

Alberto sonrió maliciosamente, oyendo los dicterios que lanzaban sobre él los soldados de Peralta; pero no hizo caso y continuó adelante, seguido de Navarro y Osorio.

Cinco minutos después entraban los tres en el portal de Peralta, confundiéndose con los cuarenta soldados que estaban á la entrada de aquel gran edificio. Nuestros disfrazados paletos arrojaron al suelo el peso que llevaban sobre los hombros, y, acercándose Alberto á un sargento, le dijo:

—Sé que está don Pedro cenando, pero no importa; entérale de que hemos llegado nosotros.

—¿Y quiénes sois?

—Ya lo ves, hombre, anda pronto.

El sargento los miró con la risa en los labios, y llamando á un criado, añadió:

—Juan, avisa al señor marqués que lo esperan es-

tos tres caballeros; ve pronto, no se impacienten y nos causen un disgusto.

El sirviente desapareció, riendo también de la broma del sargento y de las ridículas figuras que presentaban Alberto, Osorio y Navarro, echados adelante contraido el rostro y con la cabeza inclinada al suelo.

Poco después volvió el criado, preguntándoles:

—Mi amo desea saber quienes sois y que queréis.

—Dile,—replicó Silva,—que somos los tres, los tres, hombre, ¿no nos estás mirando? Que traemos lo que ves, y además muy buenas noticias.

—¿De Navarra?

—A tí no tengo que darte cuenta, me encargaron que mucho ojo y mucho silencio, porque el enemigo, y los contrarios, y la plaza, y los sitiadores, ¿entiendes, borrico?

—Por supuesto; ¿quién había de dudar de explicaciones tan claras y terminantes? Se me figura que venís del establo, pero no importa; seguidme, que adivino quiénes soy y quién os manda.

—Espera hombre, — continuó Alberto. — Tú, Alvaro, quédate ahí; si te cansas, te sientas en el suelo. Perico, vamos á decir eso al señor marqués. Anda delante, Juan, que detrás vamos nosotros.

Hablaba el conde, se movía é imitaba tan admirablemente á un torpe paleto, que, lejos de excitar sospechas, promovía la risa de los que le escuchaban, creyéndole efectivamente un selvícola connaturalizado con las bestias y aun con las fieras de su país; sus movimientos eran tardos; miraba siempre de soslayo, y todo esto lo hacía con naturalidad pasmosa. Se trocó en su antítesis, y Navarro y Osorio trataban de imi-

tarle, sorprendidos delante del improvisado patan, viendo un cambio tan completo como difícil y estudiado.

El sirviente les hizo entrar en el antedespacho de su amo, diciéndoles:

—Esperad ahí.

—¿Nos podemos sentar?

—Sí; pero en cuanto oigais los pasos del señor marqués poneos de pié

—Dile que venga pronto y solo, si no, no hablo.

—¿Te lo han encargado así?

—A tí no te digo nada.

—Bueno, le daré el recado.

Y salió riendo de los gestos que había hecho Santomera.

Solos ya, se sentaron ambos, permaneciendo sin desplegar los labios media hora que tardó en presentarse don Pedro de Peralta, marqués de Cortes. Era este valiente capitán alto, fornido; tenía perfectas facciones, y nada había en él que demostrase volubilidad ni falta de fijeza. Frisaba en los cincuenta años, sin perjuicio de representar poco más de cuarenta; su ancha y despejada frente apenas se alzaba desde que se pasó á los franceses, y un buen observador hubiera dicho que aparecían en aquélla ráfagas de ese dolor y sentimiento que comprime el corazón y se apodera cruelmente del espíritu.

Entró en la estancia donde se hallaban Alberto y Navarro, triste, cabizbajo, y se fijó en ellos con interés, preguntándoles:

—¿Os manda mi adorada madre?

El maestre y el capitán se pusieron en pié y le hi

cieron una reverencia clavándole su mirada el último, hasta profundizar cuanto quería.

—Sí,—le contestó nuestro joven.—Entremos donde nadie nos pueda escuchar.

—No sois lo que parecéis, y esa actitud que acabais de tomar me indican... Seguidme; os habreis disfrazado para poder atravesar la línea enemiga. ¡Oh, con que gusto os voy á escuchar!

Y penetró con ellos en la habitación contigua, que le servía de despacho, cerrando perfectamente la única puerta que tenía.

—Avanzad, amigos mios,—les dijo.—Enteradme ante todas cosas de cómo se halla mi anciana y desvalida madre.

—Dicen que está buena; más no es esa señora la que nos manda; es nuestra madre patria, que suspira por el hijo ingrato, que un dia de fatal memoria la abandonó para ultrajarla; inspirado por un delirio indigno del general marqués de Cortés, del caballero que vivió más de treinta años siendo un modelo de la bizarría española.

Don Pedro sintió las frases del conde como agudos puñales que atravesaron su corazón; retrocedió dos pasos, y mirándole con ojos espantados, le preguntó:

—¿Quién sois, quién es el osado que me insulta de un modo tan terrible? ¿Conoceis, acaso, la poderosa razón que yo he tenido para abandonar mi patria, mi inolvidable madre, mis estados, mis parientes, mis amigos? ¿Os dijeron lo torpe y bárbaramente que me trató la regencia, y comprendéis lo imposible de vivir en un pais donde sólo me reservaban humillación y vergüenza?

—Sí; me consta que fueron injustos con vos; mas añaden que la patria no tenía la culpa, y menos el emperador que se hallaba en Gante, y hasta hace muy poco ignoraba que existiéseis.

—¿Quién sois? Arrancaos la careta y sepa yo si hablo con un caballero, y si nos escucha otro.

—Soy Alberto de Silva, conde de Santomera, representante en Fuenterrabía de S. M. el emperador; el condestable de Castilla me obedece con ciega sumisión: el ejército imperial se postra ante mí y ese noble que tenemos á la espalda es el jefe de mi escolta, don Pedro Navarro, maestre de campo. Y soy el mismo á quien ayer saludaron los franceses con varias descargas de arcabuz.

—Os ví, valiente y osado, reconocer el muro, despreciar la muerte y llenar de admiración á sitiados y sitiadores. Y os contemplo ahora, que, temerario y loco, os entrais en la gruta del león, que os tiene entre sus garras y os puede pulverizar.

—Delirios y más delirios, señor marqués; me hallo en la casa de un caballero, que defenderá mi vida con la suya, nació en Navarra, le educaron bien, y á fuer de hidalgo, conoce y practica la hospitalidad de su país. Supe en el campo sitiador que vuestro cerebro se hallaba enfermo; os quiero bien, y vengo á curaros.

—Si llamais demencia al móvil que me detiene en Fuenterrabía, marchaos, doctor, que mi enfermedad no tiene remedio.

—Opino lo contrario, y os presento mi primera receta. Leed el contenido de ese pergamino.

Peralta le obedeció, exclamando:

—¡Facultades amplias, ilimitadas! Representais á

Carlos I, y con ese escrito podéis tanto como él. Decidme, conde, ¿no os sublevásteis en Múrcia en unión de Navarro y de algunos otros procedentes de las comunidades? Después, ¿no llevásteis al palenque al duque de San Marcos, mi eterno enemigo, y lo matásteis, á pesar de ser el sobrino y favorito del cardenal Adriano, que me empujó á Francia?

—Sí, todo eso es cierto, y no merece la admiración que demostrais.

—Yo creí que os esperaba otra recompensa; pensé que el emperador, aconsejado por la ira...

—Basta, don Pedro; en donde quiera que esté el conde de Santo nera; solo, contra uno ó contra veinticinco mil hombres, defenderá al César, prefiriendo la muerte á tolerar que se le dirija el más leve insulto. Carlos I es más valiente, más caballero que nosotros dos; su pecho noble y generoso no da cabida al odio ni á la venganza; mira hijos en todos los españoles, y al que ayer le ofendió le tiende hoy cariñoso los brazos; se olvida de lo pasado y se dispone á premiar sus merecimientos futuros. Esto lo digo yo, que no he mentido nunca, y lo sostendrá siempre mi espada contra el que lo ponga en duda, sea español ó extranjero.

—Nada puedo alegar en contrario: me fundaba, en la tendencia de los soberanos á no olvidar nunca las ofensas que se les hacen.

—La idea podrá ser admisible en tésis general, en cuyo caso el César es una honrosa excepción. Hé aquí dos pruebas: don Pedro Navarro, que nos oye, fué comunero, y estando proscrito, formó á mi lado en Múrcia; S. M. vengó las ofensas sentándose á su lado en un banquete y ascendiéndole á maestre de campo; la

otra podéis verla en mí, que de pobre huérfano, revolucionario y algo más que reservo, me ha elevado á todo cuanto le era dable.

—Nada debo á tan generoso señor, pero tampoco puedo argüir en contra de lo que acabais de exponer; por consiguiente, os creo, y ya que me honrais hasta el punto de venir á visitarme exponiendo vuestra vida, sentaos, señor conde, y vos también, valiente compañero en las guerras de Italia, y decidme cuanto tengeis á bien.

Los tres lo verificaron, quedando pendientes Navarro y Peralta de las frases de Alberto: éste meditó algunos instantes, exclamando luego.

—Señor marqués, vuestra situación no puede ser más crítica; os odian los españoles, os miran con desden los franceses, y en los restantes países de Europa os señalan con el dedo. En España no hay ya regencia; vuestros enemigos no tienen poder ni influencia alguna, ni vuestro delito en los tiempos que corren merece otra cosa que un olvido completo. Os advierto, señor de Peralta que os dice eso, por mi boca, S. M. el amperador. Ahora os pregunto yo: ¿queréis ser mi amigo? La mano que os ofrezco jamás se manchó ni la debilitará delito alguno; noble nací y de ese modo bajaré á la tumba. Ya sabéis que la sublevación de Múrcia está suficientemente justificada.

—Vuestra mano, Silva, tiene además el mérito de haber degollado á mi implacable enemigo el duque de San Marcos.

—Marqués, sois hidalgo, y no debéis dar cabida al odio ni al rencor; yo no supe hasta ahora aborrecer á nadie, y no creo ser mejor que vos. Olvidaos, en ob-

sequio á la grandeza de un corazón fuerte, de esas debilidades ó pasiones que empequeñecen al hombre, y concretaos á contestar á mi pregunta: ¿aceptais ó no mi amistad?

—Honra cuanto es posible; pero combatimos en diversos campos, y mañana nos hallaremos frente á frente.

—Señor don Pedro, yo no podría ofrecer ni admitir la amistad de un traidor; y al concederos la mía, pienso que dejeis de serlo.

—Eso es imposible, conde.

—Muy fácil, si sois bueno y recordais que os habla el emperador.

Peralta vaciló; permaneció luégo dos minutos ensimismado, acabando por preguntarle con viveza:

—Y si admitiese tan insigne honra, ¿qué me propondríais despues?

—Nada contrario ni indigno de un caballero.

—Silva, vuestra fama atravesó los muros de Fuenterrabía, llegando hasta aquí clara y brillante como el sol; estoy además entre dos cumplidos caballeros, que al parecer me estiman, que conocen mi historia, que nada nuevo puedo decirles de ella, y debo, en consecuencia, abrirles mi corazón y que lean en él la página que tiene escrita con sangre. Yo no sé si al pasarme á los franceses tenía suficiente motivo para obrar así; pero ya esta hecho; declino la responsabilidad sobre los que injustamente me empujaron al campo enemigo, y me contraigo á hablaros de las consecuencias que ha tenido para mí el día aciago en que atravesé los Pirineos. Soy español; lo son todos los mios; amo á mi patria como cualquiera de vosotros, y esto fué causa

de que al volver en mí, después de haber besado la mano del monarca francés, sintiera el alma herida y el corazon palpitante y afligido. Desde aquel día, señores, cuento los instantes de la vida por los suspiros que exhalo, por las lágrimas que vierten mis ojos. Sólo y abandonado á mortal sufrimiento, dejo que una tras otra crucen las horas, marcando en mi frente sus fatales huellas. Pienso en mi patria, y el llanto se agolpa á mis ojos; recuerdo á mi madre y me acongoja el dolor; ¡pobre anciana, que pronto será octogenaria! veo á los franceses y me avergüenzo; se me presentan mis soldados, y leo en la faz de cada uno de ellos: «por tí me hice traidor; verdugo, ya que me has convertido en Cain, llévame pronto á que me maten mis hermanos.» Seis veces he querido salir de la plaza con los mil navarros que me siguen y dejar que los vuestros destrozaran mis carnes; más mis piés se negaron, el rubor se apoderó de mí y no pude moverme. «Traidor, me grita el hado contínuamente, ¿qué te hizo España para huir á tierra extranjera y herirla desde allí con la moharra de tu lanza?» Esa es mi vida, señores; ved mi presente, y compadeceos de él; ya que pusísteis vuestras vidas en mis manos, no quiero ser ingrato, y os abro hasta los pliegues de mi corazón.

El marqués dejó caer la cabeza sobre el pecho; rodaron por sus mejillas dos ardientes lágrimas, y así permaneció hasta que Alberto lo sacó de su éxtasis con la siguiente pregunta:

—¿Aceptais ó no mi amistad? Es la tercera y última vez que os la ofrezco.

—Sí; os devuelvo la mía, negra acaso como mi

suerte; pero leal, sincera; seguid estrechando mi mano; el calor de un noble español, de una persona tan elevada como vos, parece que me augura felicidad.

—Os he hallado, marqués como se lo pedí á Dios. Juro devolveros honra y fama; á mi lado ganareis gloria, tendreis la estimación del más bondadoso de los soberanos, y nadie os llamará por mi causa traidor.

—El cielo os oiga; me lo habeis jurado, y no me es dable abrigar la menor duda. Ahora, señor conde, decidme cuanto querais, siempre que no sea una humillación, que hartas he sufrido ya.

—Muy bien,—añadió Silva levantándose;—si os llaman al consejo, asistid: si os mandan atacar á los españoles, cumplid con vuestro deber, siendo así que no se opone ningún compromiso anterior; pero mañana, de seis á ocho, estad en este mismo sitio, y entonces terminará la entrevista que dejo pendiente. Adios, Peralta.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—¿Por qué no honrais mi casa siquiera esta noche?

—Pienso dormir sobre el duro suelo de vuestro zaguan, teniendo por almohada las mercancías que me han servido de pretexto para llegar hasta vos.

—No lo consentiré, conde; dormireis en mi propio lecho, y os daré un salvoconducto para salir de la ciudad.

—Eso equivaldría á hospedar y proteger al jefe principal de vuestros enemigos, y se opone á ello mi juramento. En el zaguan de vuestra casa soy un pobre traficante en quien no ha podido reparar el marqués de Córtes.

—Os lo prohibo; estais bajo mi amparo, y os mando que os quedeis aquí.

—Si como Alberto de Silva puedo entregaros mi cabeza, que os sería fácil regalar al verdugo, como representante del emperador Cárlos I no debo obedecer á nadie, no quiero deber comodidades ni protección á mis enemigos. Hasta la hora indicada, marqués. No salgais, pues no admito deferencia alguna.

Y le volvieron la espalda Silva y Navarro, dejándolo asombrado é indeciso.

Alberto tornó á ser paleto, y bajando por la escalera llegó al zaguan, donde halló á Osorio sentado en el suelo y escuchando lo que hablaban varios soldados y dos sargentos.

—Dice vuestro señor,—exclamó el héroe, dirigiéndose á los últimos,—podemos dormir aquí, y quiero que me desperteis á las cuatro.

—Buena cama vais á tener.

—El cuerpo se acostumbra á todo.

—Creo que tú no has de echar de ménos la lana de los colchones.

—Eso es una de las muchas cosas que á tí no te importan.

—Eres tan estúpido como deslenguado.

—Mi madre no decia eso, ni mi padre, ni nadie más que tú, porque eres tonto.

—Y tú borrico.

—Buena noche.

—¿Conque me ordenas que te llame á las cuatro?

—Sí, te lo mando:

—Pues si tú no te despiertas, tardecillo se cumplirá tu deseo.

—A que no.

—A que sí.

—Te apuesto una oreja.

—Admito. A las cinco te despertaré arrancándotela.

—O al marcharme segaré la tuya.

Alberto se había tendido en el suelo, puso su gorra sobre el cesto en que llevaba el salmón, recostó en ella la cabeza y se quedó dormido al poco tiempo. Navarro y Osorio le imitaron, variaron de postura veinte veces, lanzaron para sí varios ternos, concluyendo á la media hora por ser presa de tranquilo sueño.

Algo más tarde bajó el marqués de Cortes, seguido de dos capitanes, quedando parado y fijo en los tres caballeros disfrazados de vizcaínos.

—¡Qué valor,—murmuró,—qué serenidad, qué heroismo! Tienen la conciencia tranquila; les sonríe el porvenir, y no conociendo el miedo... el miedo... ¡maldición! ¡quién pudiera imitarles!

El sargento que sostuvo el diálogo anterior con Alberto juzgó una cosa contraria á la realidad, y acercándose á don Pedro, le dijo:

—¡Señor, esos bárbaros...

—¡Miserable!... Tienes razón; son unos infelices, pero nota que los protejo yo, y le costará la vida al que los moleste. Son traficantes, me trajeron noticias de mi madre, y expusieron sus vidas por mí. ¿Qué os han dicho?

—Nada, señor, sino que les habíais dado permiso para dormir ahí, mandándome uno con imperio que lo despertase á las cuatro de la mañana.

—Está bien; no duermas esta noche, y á la hora

que han dispuesto, los llamas, les das cuanto te pidan, obedeciéndoles como á personas que protejo yo.

—Lo haré así, señor.

El marqués los miró nuevamente, y después de admirar su sosiego y tranquilidad exhaló un suspiro, dirigiéndose al palacio del general en jefe, Mr. Frange, para asistir al consejo que debían tener á las once de la noche.

Desde aquel instante se retiraron á un extremo del zaguan los dos sargentos y soldados para no molestar con su conversación á los dormidos. A las doce regresó Peralta; se cerraron las puertas; todos se acostaron, á excepción del sargento encargado de despertar á Silva, quedando la casa sumida en el mayor silencio.

CAPITULO XXXIV

Nuevo reconocimiento.—Dos generales, un maestre y un alférez. Otro vez á la mar y luego al campamento.

A las cuatro en punto de la mañana abrió la gran puerta del zaguan el sargento que estaba de guardia, despertando acto contínuo á Silva, Osorio y Navarro. El primero le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Aquella en que querias levantarte. ¿Y la oreja?

—Fué una broma. ¿Eres navarro ó naciste en la Gascuña francesa?

—Soy de Pamplona y en prueba de ello aquí está mi daga y la oreja.

El conde le tiró de la última sin hacerle daño, añadiendo:

—Te la regalo; pero no olvides que la ha tocado Santomera. Recuerda bien esa palabra por si algún día pudiera servirte de talisman.

—Parece que te has avispado.

—Toma mi consejo y hasta luego.

—No lo olvidaré. Santomera, Santomera, ya lo tengo escrito en la memoria.

—Andando.

Dijo Silva, cojió sus capones; Navarro y Osorio le imitaron, y salieron los tres caminando muy despacio y en dirección del extremo de la ciudad que concluía en el puerto. Ya en él esperaron media hora que tardó en empezar á amanecer, y á la luz del crepúsculo matutino comenzaron á dar vuelta á la ciudad por la parte interior, sin perder de vista al muro, el cual iba reconociendo Alberto con el detenimiento que le era posible. Sus trajes, actitud y tráfico rechazaban toda sospecha; era la hora en que no transita nadie, y de este modo pudieron llegar al sitio donde deseaba el conde, que era el mismo en que se detuvo por la parte afuera dos días antes. Quedaron pues, parados allí, hablando entre sí, en apariencia, y estudiando Silva en la realidad. Se hallaban frente á la cortina del muro que separaba los baluartes quinto y sexto de la plaza. Se habían colocado en un paraje desde el cual veían un gran trozo de muralla, los dos mencionados baluartes y los edificios que existían á la espalda. Era la parte más antigua de la ciudad; casi todas las casas parecían ruinosas, siendo de notar que una de aquellas se metía en el muro, formando parte de él y guardando su misma altura.

Cuando el conde hubo hecho el reconocimiento exterior que necesitaba, dijo á Navarro y á Osorio muy quedo:

—Con el mayor disimulo fijaos en el edificio que tenemos enfrente. Notad que al dar los franceses á los muros de Fuenterrabía la forma moderna de baluarte

y cortina, aprovecharon cincuenta varas próximamente de la muralla antigua, que creían inexpuguable. Y lo sería efectivamente si esa casa que veis no les hubiese engañado, pues, lejos de ser de granito, como parece, es sólo una imitación capaz de confundir á otro que no tuviera el interés que yo en averiguar la verdad; les faltó tiempo; no calaron la pared exterior, seguros de que era lo que demostraba; fortalecieron el resto, dejando abandonado lo que en realidad es más débil.

—¡Lo dices con una seguridad!

—Estoy cierto, no obstante lo cual entraremos, si Dios nos ayuda, y haré la cala; mas si no me he equivocado, grabad bien en vuestra memoria cuanto teneis en torno, en puertas, balcones y ventanas. Es posible que, abierta por ahí una brecha, os encargue el asalto y toma de todos los edificios comprendidos entre el quinto y sexto baluarte.

—¿Por qué no dibujas todo esto?

—Ya lo haré, pero es conveniente que lo examineis como yo.

Seguía amaneciendo, y nuestros tres disfrazados vizcainos sólo podian ser vistos por un centinela que há mucho tiempo parecía embebido en contemplar el Océano y la salida del sol por entre las ondas del inmenso piélago.

Un cuarto de hora después comenzaron los tambores y trompetas á tocar á diana, y la fuerza enemiga á ponerse en movimiento.

La casa que con tanto interés había observado el conde servía de cuerpo de guardia á los soldados que vigilaban en aquellos instantes parte del muro. Ape-

nas concluyó el referido toque se abrió la puerta, apareciendo un oficial francés; Alberto, Navarro y Osorio se dirigieron á él, diciéndole el primero en el idioma de su enemigo:

—Señor, os vendemos capones, un cordero, salmón, pescados, legumbres; dejadnos entrar, que os los daremos baratos. La plaza está abastecida, y preferimos perder con vosotros á que se queden con la ganancia esos pícaros usureros.

—Pasad y veamos lo que traeis.

Y llegaron á la habitación que servía de cuerpo de guardia, descubriendo sus mercancías, siendo al poco tiempo rodeados por casi todos los individuos que existian en el edificio.

Mientras el maestre y el alférez pregonaban los pescados y demás que llevaban, Alberto se acercó á un soldado, preguntándole:

—¿Dónde está el cuarto excusado?

—Sigue ese pasillo; al concluir tuerce á la derecha; al final hallarás el patio y en él lo que buscas.

Nuestro jóven avanzó y viendo en el camino y luégo en el patio algunos individuos que quedaban por allí deseminados, les fué invitando á que pasaran al cuerpo de guardia, con el fin de que examinasen los objetos que tenía á la venta. Al cabo logró hallarse solo; inmediatamente sacó de entre el forro y la tela de su tabardo un instrumento hecho *ad hoc* largo y delgado, y con su innata sangre fría comenzó á taladrar una pared que sus contrarios creian muro.

—En este supremo instante,—se decía,—juego la vida con diez probabilidades contra noventa. Todo por mi patria, por Cárlos I, por María. Si me ven no

me concederán el tiempo necesario para encomendar á Dios mi alma. ¡Oh! sería terrible, porque este granito no es otra cosa que un mal paredón, según avanza mi barreno. ¡Oigo pasos! no; se dirigen hacia la izquierda. Este ya está: no me equivoqué; hagamos el segundo.

Y se encaminó á la derecha, intentando uno nuevo á diez varas del anterior.

Sin embargo de ser cierto cuanto acababa de expresar, y de estar, por consiguiente, ahora más expuesto que nunca á perecer, no sintió aturdimiento alguno ni aceleró su operación; antes al contrario, demostraba en aquellos momentos la misma serenidad, idéntico aplomo que en los restantes actos de su vida.

—Si Dios ha dispuesto,—exclamaba,—que perezca cuando voy á cumplir los veinticinco años, no será una razón para que yo me aflija; en el cielo me aguardan mis padres, y en el mundo tanto dolo y maldad que no siento abandonarlo... ¡Bravo! mi barreno parece una aguja, y los que los franceses creen un muro de granito, suave arena por donde aquélla se desliza sin necesidad de gran empuje. Acabé el taladro y me guardo el instrumento. Por lo visto quiere la Providencia que viva; tampoco me molesta la existencia; oigo la voz de mi patria, veo á Cárlos I, y me tiende sus brazos María.

Y se volvió, mirando en torno y añadiendo:

—Nadie me ha observado; Navarro y Osorio, más hábiles y diestros que los franceses, los atraen y entretienen lo suficiente. Cuando uno entra por primera vez en un edificio, es fácil que se pierda en él; hágome, pues, el perdido, y de este modo lograré mi

intento con una amplitud que no pude imaginar.

Abrochó su tabardo y con calma fué de cuarto en cuarto y de habitación en habitación, preguntando á cada momento.

—¿Por dónde se sale? ¡Silencio y soledad; bravo!

La casa era pequeña y no tardó en reconocerla del todo, volviendo después al cuerpo de guardia, en el que halló á sus dos amigos en medio de los soldados y del sargento y oficial de aquel destacamento. Todos estaban allí reunidos, sin que faltase uno solo. El maestre y el alférez iban vendiendo sus mercancías tan baratas, que las pusieron al alcance del más pobre de cuantos les rodeaban; pero no cobraban ni se las dejaban coger, concretándose á separarlas, á un lado, con el objeto de retenerlos y que permitieran al conde el logro de su deseo: con su daga hizo pedazos el salmón y el cordero, enajenndo los capones, uno al oficial y otro al sangento.

—Despachad,—les dijo Alberto, penetrando hasta ellos.

Sus dos compañeros le miraron, acabando en el mismo instante de regatear y de vender lo que les quedaba en lo que les ofrecian. Después fué cobrando el maestre sin reparar mucho en la clase de moneda ni cantidad que le entregaban. Luégo se despidieron de ellos y marcharon, oyendo una carcajada, hija sin duda del engaño por parte de los franceses, siendo así que fueron muy pocos los que entregaron con exactitud lo ajustado. Creyeron que eran tres infelices paletos, y abusaron de lo que juzgaban torpeza y candidez; en su ignorancia no podian adivinar que cada pescado de aquéllos debía costarles una compañía fran-

cesa, y el todo de los que los tres aparentes palurdos les dejaron, la posesión de una plaza que juraron conservar á costa de sus vidas.

Todavía continuaban lanzando carcajadas, cuando Alberto volvía la esquina, exclamando con placer:

—Reid, vasallos de Francisco I: saboread luego las ricas viandas que os dejamos casi de balde, según creeis, las más caras que se compraron en el mundo, en mi concepto; reid, que mañana llorareis al ver la trasformación de estos tres patanes.

—¿Qué murmuras, hijo?—le preguntó Navarro.

—Nada.

—¿Hacia dónde vamos?

—A la plaza de Abastos.

—Entonces sigamos de frente.

—No, á la derecha; torced por aquí.

—¿Tienes ya concluído tu reconocimiento?

—Sí.

—¿Qué resultado dará?

—Mañana á estas horas lo estarás viendo.

—¿Calaste el muro?

—Sí.

—¿Hasta el fondo?

—Entró mi barreno de un extremo al otro.

—¡Qué bárbaros!

—Engaña, Navarro, engaña la masa de que se compone aquella pared.

—¡Pero tú!...

—Yo lo he descubierto exponiendo mi vida con noventa probabilidades en contra, y diez en pro.

—Lo sé, y por Santiago que me hiciste temblar.

—Y á mí,—añadió Osorio.

—Ahora comprendereis lo útil de estudiar mucho y aprender más; lo que no distinguieron los franceses más hábiles, descubrí yo al primer golpe de vista.

—Ya estamos en la plaza; ¿qué hacemos? —le preguntó el maestre.

—Compra tres pedazos de pan y otros tantos trozos de pescado ó de carne. Ese será nuestro almuerzo; abrevia, que el tiempo corre y la ocasión se retarda.

Navarro obedeció á su hijo adoptivo, regresando á los pocos minutos con lo que le había encargado aquél. Cada cual cogió su pedazo, lo abrió, metiendo dentro un pescado frito. De este modo se dirigieron á la casa del marqués, comiendo por el camino indiferentes á cuanto pasaba cerca de ellos.

Eran las seis y media cuando entraron en el zaguan de Peralta; se hicieron anunciar, subiendo el conde, que se encerró acto contínuo con el marqués.

—Don Pedro,—le dijo nuestro joven,—mis sospechas se han convertido en realidad, si me jurais solemnemente ser fiel al emperador, tengo en mi mano el medio de tomar á Fuenterrabía, sin obligaros á que hagais un papel indigno; al terminar os devolveré vuestros estados, títulos, honores, y todo lo demás que me pidais en justicia.

—Os lo juro.

—En ese caso os diré que mañana pertenecerá esta plaza á S. M. I.

—Es imposible, conde. Si yo no abro la puerta, no podeis entrar como vencedor en muchos meses, y ese hecho...

—No lo quiero ni lo necesito de vos; recordad lo que os ofrecí, y no faltaré á mi palabra.

—Entonces es un delirio eso de entrar mañana.

—Callad, insensato, que estais negando una realidad como la de ese sol que llega á nosotros. Hay en los fuertes de Fuenterrabía un trozo de muro que juzgais granito, y es una mala imitación que desharé yo en minutos con mis terribles lomqardas.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lo ví antes de ayer cuando me saludábais con vuestras balas de mosquete, y hoy lo he reconocido.

—¿De qué modo?

—Yendo al sitio y haciendo dos calas con este instrumento que traía á prevención.

—¿Os vieron?

—La prueba de que no, os lo dice el hecho de conservar la vida.

—¿Cómo lográsteis cosa tan difícil? ¿En qué sitio está?

—Si os contesto á eso último estais en la obligación de denunciar mi descubrimiento á Orange y á Estillac.

—Es verdad. ¿Estais seguro de lo que decís? ¿No os equivocais, amigo mío?

—No, y oidme bied: mañana, euando haya brecha y tengais dentro de la plaza cuatro ó cinco mil españoles, se presentará un parlamentario, al que indudablemente recibireis los jefes principales de Fuenterrabía; el enviado, que seré yo mismo, os propondrá, como medio de evitar la efusión de sangre, el que abandoneis una fortaleza que en aquellos intantes tendreis casi perdida; ellos se negarán, pero vos, más cuerdo y fundado en razones lógicas que oireis de mis labios, opinais en contrario, é insistís hasta el extremo de

abandonar la reunión y ofrecerles la neutralidad, interin duren las negociaciones y después; y quiere decir que cuando salgan para Francia os quedareis conmigo, y de este modo no podrán decir nunca que les hicísteis traicion ó que los abandonásteis cuando, ayudados por vos, podrían recuperar la plaza.

—Deduzco de eso que al presentarse el parlamentario estará perdido el ejército francés.

—Dadlo por hecho, y añadid, completamente perdido.

—No queriendo hacer armas contra vosotros, pedí y obtuve la defensa del puerto; por consiguiente, guarnecen mis navarros los dos castillos, alternando con los franceses para la guarda del muelle. Desde hoy á las diez, hasta mañana á la misma, hora, quedan á mi cargo el uno y los otros: ¿qué hago cuando salga del consejo?

—Fijaos bien: al partir esperad en la escalera con muchos de vuestros oficiales, la mayor parte de los que tengais; y cuando yo cruce por entre vosotros, oponeos á que, faltando á las consideraciones que se deben á un parlamentario, me molesten ó pretendan detener mi marcha, pero rehuyendo en lo posible la lucha; con un minuto que los detengais me basta á mí para alejarme. Correis inmediatamente al puerto, y encastillándoos allí, segun os he permitido, cumplís la neutralidad ofrecida al consejo. No os importen las naves que entren ó salgan, ni nada de cuanto ocurra cerca de vos; dueño de los cañones y de la fuerza que guarnece la entrada de Fuenterrabía por el mar, continuais impasible hasta que yo os pueda alargar los brazos.

—¿Y si me atacasen?

—Los míos no lo harán; á los franceses les bastará con nosotros, y no les quedará tiempo; más si pudiera equivocarme y osaran romper el fuego contra el puerto, entonces defendeos, pero sólo en ese caso debeis hacer armas contra los que acaban de ser vuestros amigos.

—Conde, el pensamiento que abarcais es tan grande que parece imposible quepa en cabeza humana.

—Pues está dentro de la mía, y en verdad que es bien chica.

—Si eso fuera cierto, ¿qué podía esperarse de la mía?

—Las dos, marqués, son pequeñas, muy pequeñas, sólo Dios es grande, amigo mío; el axioma es árabe, pero infalible. ¡Las siete! El tiempo vuela, y no debo permanecer más en esta plaza. ¿Olvidaréis algunas de mis instrucciones?

—No. Si lograis lo que yo creo difícil, acaso imposible, en mi puesto estaré, primero en el consejo, luégo en la escalera, y últimamente en el castillo del puerto, neutral y como vos deseais.

—Confiad en mí, y hasta mañana.

—¿Qué llevais en la mano izquierda?

—Mi almuerzo.

—¡Digno es del lecho que hallásteis en mi casa!

—Há pocos días comí con el emperador en espléndido festin, donde todos me aclamaban suponiéndome héroe; allí era el conde; aquí soy mísero patan, y ni antes ni después haré otra cosa que ceñirme al papel que el destino me impone representar.

—¿Coméis ese pan negro, áspero?

—Ya lo veis, cortándolo con los dedos á falta de cuchillo, que llevo conmigo, pero que guardo para otros usos.

—Grande sois, Alberto.

—¿Por qué no me imitais?

—Lo deseo; sólo en eso pienso; pero en pos de otra bandera.

—¿La mía?

—La vuestra, sí.

—Estrechad mi diestra; apretad, marqués de Cortes, grande de España.

—Aún no lo soy.

—Pero sí mañana. Hasta entonces.

—Un siglo han de parecerme las pocas horas que formarán ese espacio.

—Tened paciencia, que es tan seguro como vuestra futura grandeza.

—¿Y vuestros dos compañeros?

—En el zaguan me esperan. Hasta mañana.

—Llevais mi vida, devolvédmela pronto, conde.

—Mañana.

—Pues mañana empezaré á vivir.

Silva le volvió la espalda, bajó la escalera, y, unido á Navarro y Osorio, salieron de allí, continuando hacia el muelle, comiendo por la calle pan y el pescado. Más que por apetito, almorzaron de aquel modo por aparentar efectiva y natural la indeferencia que demostraban y la clase á que pertenecían.

Por orden de Alberto se adelantó Osorio, el cual llegó, dijo que era emisario de Maroto, lo dejaron pasar, saltó al bote, y soltando la amarra se cogió á los remos. El capitán y el maestre se dieron á cono-

cer del mismo modo que don Alvaro, yendo detrás de él con aparente calma. Ya en la lancha los tres, tendió el conde una mirada á los castillos y cañones, distinguiendo en el puerto un embozado que lo miraba atentamente haciéndole una disimulada reverencia, la que nuestro joven le devolvió con idéntica precaución. Era el marqués de Cortes, que los había seguido con ánimo de abrirles paso con todo su poder y hasta exponiendo la vida, si alguno intentaba cerrársele; y ahora los despedía brillando en sus ojos una esperanza halagüeña.

—Proa al mar,—exclamó Alberto;—al timón, Navarro; bogad, Osorio; más despacio ahora, que luego apretaréis, Así. Fijate, Navarro, en las cadenas de las áncoras; nota, además los escollos de la derecha.

—Conozco este puerto, y son inútiles las advertencias.

—El buen Peralta nos espía con la vista, temiendo más por nosotros que por él; nos desconoce aún y duda de nuestro acierto; mañana á estas horas tendrá más confianza en nosotros.

—Dejamos atrás los navíos y los escollos,—dijo Navarro.

—¿Sabes remar?—le preguntó Silva

—Como un batelero veneciano.

—Entonces coged cada uno un remo y á la playa; yo agarraré del timón. Apretad ahora cuanto podais, que nos urge llegar pronto.

Así lo hicieron, preguntando el conde á su padre adoptivo:

—¿Qué opina de todo esto el entendido maestre?

—Que sabes ¡voto al demonio! más que Salomón y

que Alejandro el Grande; nosotros no hubiéramos tomado la plaza en tres meses; pero tú, pardiez, serás dueño de ella cuando te de la gana. Vaya un golpe de vista, un modo de calcular y una exactitud matemática en todo cuanto piensas y haces; eso, hijo mío, no se aprende en los libros.

—Cuentos y más cuentos; sólo estudiando se sabe, sólo así se aprende. Cargad el cuerpo; violentad más el empuje; apretad; ¡voto á!...

—¡Maldición! pues si va volando el esquife. Al otro lado, que nos vamos á la costa y aún distamos mucho del punto de partida.

—Nos hallamos fuera del alcance de los fuegos de arcabuz, y es conveniente saltar lo antes posible.

—Apretad; eso es, encallamos. Seguidme los dos.

—¿Dejamos aqui la lancha?

—Si te parece, carga con ella y traéla para leña de tus soldados.

—Pues ahí queda.

Y los tres caminaron hacia el campamento con cuanta rapidez les fué posible.

Al llegar á la primera avanzada se detuvo el conde. diciendo á Navarro:

—Busca al momento al condestable, y dile que se me presente sin detención; le espero en la trinchera, frente al quinto y sexto baluarte de la plaza. Marcha. Vos, don Alvaro, partid á mi tienda y que me preparen un caballo y traje de guerra, media armadura y el potro más fuerte y ligero que tengamos; luego cogéis los anteojos más largos y vais á buscarme al sitio donde aguardo al condestable. Despachad.

Y se dirigió solo al punto indicado.

Los tres hallaron dificultad al atravesar las trincheras, siendo así que los soldados no podian reconocer bajo aquellos trajes y barniz al representante de su majestad el emperador, á un maestre de campo y al oficial más fino y cortés que tenía el ejército: al fin lograron que los dejaran pasar; quedando al poco tiempo nuestro héroe frente al sitio que deseaba.

Estaba cerca de allí la tienda de Silva, por lo que no tardó en incorpararse con él don Alvaro, dándole el anteojo que Alberto abrió, comenzando á mirar y á correrse á la derecha hasta quedar en línea recta á la casa que acababa de reconocer. Todavía siguió estudiándola, favorecido por la óptica, hasta que vino á distraerle la voz del condestable, que preguntaba:

—¿Dónde decís que está el conde? yo no lo veo.

—Haced que se retiren cuantos nos rodean, y avanzad vos solo.

—Soberbios traje y barniz; no era fácil que yo os pudiera reconocer, señor representante de S. M.

—Venid, amigo mio, inclinaos, coged el anteojo y mirad. ¿Qué veis?

—La cortina del muro de la plaza.

—Fijaos en ella; ¿no hallais nada de particular?

—Forma parte de esa muralla una casamata tan fuerte como el resto de la cortina.

—Os equivocais; pero no es este el momento á propósito de entrar en discusiones. Disponed que sin pérdida de instante me traigan aquí las treinta y tres lombardas que hay en el campamento; es preciso que queden colocadas hoy, pero yo diré la forma en que ha de hacerse. Dentro de media hora os mandaré un despacho, que firmareis y llevarán inmediatamente al

almirante de la escuadra que tenemos anclada en Pasajes, y para las doce procurad que estén ya aquí los cañones que he pedido, y vos esperándome. Hasta luégo, señor condestable.

—¿Nada más podeis decirme?

—Sí, os participo que me responde vuestra cabeza del cumplimiento de las órdenes que acabo de daros; llegó el momento de obrar, y el emperador, á quien represento, no tolera, en el instante que juega la suerte de su imperio, la menor duda ni vacilación.

Y sin darle más explicaciones, volvió la vista; y notando que Osorio y Navarro permanecian detrás con varios otros, gritó á los primeros:

—Seguidme.

Y se dirigieron á sus tiendas.

Cuando hubieron llegado, se sentó Alberto y comenzó á escribir, después de haber exclamado:

—Navarro y Osorio, cambiad de trajes y volved; y vosotros, Mendoza y Nuñez, esperad así.

Y contínuó extendiendo un largo despacho que dirigía al almirante de la escuadra imperial; luégo lo leyó dos veces, meditó, y, no hallando nada que añadir, se lo dió á Mendoza, diciéndole:

—Entregádselo al momento al condestable, encargándole que me mande un correo para antes de una hora. Salid. Vos, Nuñez, pasad al depósito y traed un puente capaz de cubrir el foso que tiene delante Fuenterrabía; advertid que deberán cruzar por encima de él caballería y peones, y, á ser posible, que reuna la ligereza á la solidez.

Partió Lara, tornó á meditar Alberto, y acto contínuo dirigió al emperador el siguiente parte:

«Señor: he reconocido á Fuenterrabía interior y »exteriormente; hallé, según esperaba, un sitio que »pronto se convertirá en brecha, por la que entrarán »en breve las tropas de V. M. Hoy que he adquirido »un conocimiento exacto del compromiso en que estoy »con el más bondadoso y sábio de los monarcas, ase»guro á V. M. que al pedirle seis dias para tomar la »plaza fuí excesivamente precavido, toda vez que me »bastaba con cuatro. Horas después de firmar el pre»sente, quedará lavado el borrón; los franceses repa»sarán los Pirineos, y V. M. en actitud de demostrar »á Francisco I y al mundo lo peligroso que es atentar »contra el emperador Cárlos I.

»En estos supremos instantes de peligro, ansiedad »y esperanza, me inspira la Providencia, me ronrie la »desterrada del valle, y no se aparta un momento »de mi vista la augusta y severa faz de V. M. Señor, »empezó á hacerse digno de la generosidad y elemen»cia con que siempre trato V. M. á su leal vasallo.— »Alberto de Silva».

Firmó; dirigiendo la siguiente á la reina del valle:

«Mi adorada María: continuo amándote; torpe no»ticia, ¡como si fuera posible que yo pudiera dejarte »de amar! Léjos de tí, en medio de un campamento »frente al enemigo, y en los momentos más críticos de »mi vida, sigo viéndote, te contemplo, tu imágen no se »separa de mí un solo instante. ¡Qué hermosa eres, »qué dichoso el hombre que aspira á ser dueño »de tu mano! Por tí voy á pelear; por tí venceré á mis »enemigos; por tí me elevaré sobre los demás; por tí »me aclamarán los hombres, y todo para tí, que yo no »aspiro á otra cosa que á ser tu dueño; suprema re-

»compensa á todos los merecimientos humanos. Por tí, »ángel delicioso, late mi corazón con violencia; por tí »siento, suspiro y gozo; por tí lloro, rio y aliento; por »tí amo la vida; por tí desprecio la muerte; por tí soy »hombre, porque de no vivir tú, dejaría yo de existir. »¡Con qué alegría miro los estandartes franceses, sus »picas, mosquetes y cañones! Mañana,—exclamó,— »me convertiré en águila para cruzar por encima de »mis enemigos y acercarme al ángel de mi amor, in»digno todavía de él, pero algo más acreedor á ese te»soro de pureza angelical, de hermosura, que no le es »dado describir á un hombre.

»Acabaron unos cuantos minutos de delicioso éxta»sis, de encanto arrobador. Adios, María; el empera»dor, á quien tanto amamos, me recuerda con su voz »un deber, y me señala con el dedo la plaza donde »sonrie aún su enemigo. Adios, deliciosa María. Tuyo »siempre.—ALBERTO».

Después escribió á Clotilde y al general Quirós; cerró las cuatro, y cuando hubo concluido se volvió, mirando á su espalda á Navarro, Osorio y Mendoza, que de pié y en actitud respetuosa esperaban sus órdenes.

—¿Vino el correo?—preguntó al último.

—Sí, señor.

—Que pase.

Entró aquél efectivamente, añadiendo Silva:

—Entrega ese despacho al general don Gonzalo de Quirós, para que inmediatamente lo ponga en manos de S. M.; ese otro para él, y los dos restantes le encargas que les dé la dirección que llevan. ¿Correrás mucho?

—Cuanto puedan mis caballos, señor.

—No te detengas; que te facilite el maestre Navarro cincuenta ducados, y parte al momento. Vosotros esperad.

Y pasó al pequeño espacio que formaba su alcoba, dividido del resto de la tienda por un pedazo de lona, donde le aguardaba Pedro con un traje de guerra y agua con que quitarse el barniz que cubria parte de su piel.

Media hora después salió, hallando al conde de Usen, que hablaba con Navarro, Osorio, Mendoza y Nuñez. Después que hubo estrechado al primero y reconocido el puente que Nuñez mandó llevar á la puerta de su tienda, se volvió, diciendo á don Irenio de Utiel:

—Tengo el placer de participaros, mi leal amigo, que mañana á estas horas habremos muerto los seis que estamos aquí, ó Fuenterrabía será del emperador.

—Gracias por la noticia, mi querido jefe y señor; sólo os ruego que no me pospongais á Navarro; comprendo que le reservareis el puesto de más peligro, y anhelo por lo menos hallarme á su lado.

—Concedido. Decidme, conde, ¿tendreis como el maestre tres oficiales del temple del alma de Nuñez, Luis y Álvaro?

—Elegiré los más bravos, y á mis órdenes nos imitarán.

—¿Y treinta soldados como aquellos que me acompañaron en Murcia la noche que incendié el campamento de los Fajardos?

—Hay algunos que se les parecen.

—Pues que se hallen dispuestos para esta noche, y el resto de vuestro tercio para el amanecer.

Luego les dió él varias instrucciones, dos órdenes, que los maestres debían comunicar de palabra al condestable, y despidiéndose de ellos, montó á caballo, clavó las espuelas en los ijares del cuadrúpedo, y éste salió como una flecha en dirección de la plaza, frente á los baluartes quinto y sexto que pensaba reconocer de nuevo.

El sistema de fortificaciones que se usaba en la época que pasa nuestra historia tenía poco parecido al empleado hoy por el cuerpo de ingenieros; pues sabido es que dicha corporación es moderna, y lo atrasado que estaba entónces una ciencia que vemos hoy adelantar rápidamente. En el siglo XV y parte del XVI no se conocieron ingenieros, arquitectos ni otra cosa que alarifes, especie de maestros de obras que se dedicaban al alarifazgo, voz tomada del árabe, que significa oficio de albañil. Córdoba fué la primera ciudad de Europa que durante el califato estableció cátedras donde los alarifes estudiaban la ciencia arquitectónica, pero despues se dejó todo á la práctica, y en la época que acabamos de citar se sabía poco más que en los primeros siglos de la dominación musulmana. Contraigámonos al reinado de Carlos I. Las fortificaciones de entonces las solía dirigir un magnate, á veces un fraile, y en ocasiones dadas el mismo rey, quedando luego encargados de la realización de la idea los alarifes designados por el director. Así es que Fuenterrabía presentaba aún una mezcla de lo antiguo y moderno, inspirada por el capricho ó gusto de su autor, apendizada por reformas que habían acumu-

lado defensa sobre defensa donde juzgaron ver debilidad. En vez de lo que hoy llamamos baluartes conservaba las torres antiguas, en las cuales abrieron las troneras para los cañones, y en el muro reformaron las aspilleras hechas en su origen para la flecha y arregladas luego el arcabuz. Por la parte exterior no se notaba otro cambio que el expuesto, conservando las torres ó baluartes un saliente del nivel de las cortinas de forma circular y de más de dos varas. En la parte exterior construyeron escaleras, ensancharon el muro, dándole una forma moderna y más en reacción con el juego del arma de artillería y de arcabuz. Las mencionadas torres no eran abiertas como los baluartes de ahora; las hacían cerradas, y tenían troneras frente al campo, á los costados y á la plaza, consiguiendo de este modo que cada una fuese un fuerte desde el cual podía batirse á los enemigos exteriores, á los que pudieran escalar el muro, y áun á los que lograsen penetrar en la ciudad. Presentaba Fuenterrabía en sus murallas siete de estas torres ó fuertes empezando su numeración por la parte de España para concluir circunvalando la plaza frente á Francia, y guardaban una perfecta relación en la distancia de uno á otro. El servicio de aquellos lo hacían los artilleros, mientras que en el de la muralla alternaban éstos con los arcabuceros y restantes peones, que usaban pica, partesana ó maza.

Hecha esta breve explicación, continuemos nuestra historia. Silva, sin dejar de aguijonear á su potro, llegó hasta el foso de la plaza, vió el saliente que presentaban las torres, el ancho del mencionado foso, la distancia que había del quinto fuerte al sitio que

creía vulnerable, de éste al sexto, y ratificando el cálculo que formó por la parte interior, volvió grupa y se dirigió al campamento, trazando su camino una línea recta.

Los de la plaza descargaron varios arcabuces; pero el movimiento y velocidad del jinete no les permitieron formar puntería, y las balas se perdieron en el espacio, sin conseguir otra cosa que el estruendo producido por las detonaciones.

El conde clavó su caballo al pié de la trinchera, mirando con placer que las treinta y tres lombardas estaban frente á él, y por consiguiente, en el sitio que habia designado. Luego penetró en el campamento, y echando pié á tierra se incorporó con el condestable, el virey de Navarra y varios otros caudillos, que, seguidos de sus estados mayores, querían presenciar la formidable batería que iba á construir el héroe.

Sin dar explicación alguna nuestro joven, mandó colocar junto á la trinchera doce lombardas; detrás de éstas y entre cada dos de las que estaban delante once; á continuación, y en la misma forma, las diez restantes. Las primeras estaban muy bajas, un poco menos las segundas y algo más altas las terceras. La línea de esta batería tendría escasamente veinte varas, y debían estrellarse sus balas, segun cálculo de Alberto, en igual espacio del muro, cogiendo éste desde su base hasta el caballete. La idea era tan acertada; cuanto que las treinta y tres enormes balas debían deshacer necesariamente el pedazo de muralla que juzgaba vulnerable. Estos terribles cañones fueron inmediatamente asegurados por la espalda, para evitar el que se movieran al hacer sus formidables

disparos. Sobre los medios conocidos hasta entonces acumuló el héroe cuanto le sugería su poderoso ingenio, dejando, después de cuatro horas de ímprobo trabajo y de los esfuerzos de más de quinientos artilleros, perfectamente asentado una batería que no tenia parecido á ninguna otra de las conocidas hasta entonces.

Las lombardas fueron cargadas una tras otra, á presencia de Alberto, el cual no se separó de allí hasta que dejó hecha la puntería y todo en disposición de dar fuego á los cañones y abrir la brecha que deseaba. Terminada tan difícil y molesta operación, hizo rodear la batería por varios centinelas, imponiendo pena de la vida al que dejase acercar alguno á las lombardas. Seguidamente se incorporó con el condestable, el virey de Navarra y restantes que le rodeaban, preguntándoles:

—¿Qué os parece mi batería?

—Está colocada,—contestó el primero,—admirablemente para destruir un pedazo de muro, en el caso de que vuestros cálculos sean exactos.

—Perdonad, señor condestable,—le interrumpió Silva;—al mandar fijar esos cañones no he sujetado la idea á cálculos más ó menos probables; antes de determinar hice dos calas en la muralla de Fuenterrabía por la parte interior, y reconocí el terreno minuciosamente, hasta adquirir una completa seguridad de lo que era aquello y de lo que debía ser esto.

El condestable enmudeció, más los generales que le acompañaban hicieron algunas objecciones, á las cuales contestó el conde con evasivas, rehuyendo entrar en explicaciones con ellos. En el momento en que

cuestionaban unos con otros sobre el pensamiento que suponían intentaba realizar Silva, se acercó éste al condestable y le dijo muy quedo:

—Señor, la falta de tiempo me obliga á rogaros que antes de media hora os dirijais á mi tienda, mandando á los jefes del ejército que os esperen en vuestro alojamiento.

Después le estrechó la mano, se despidió de los otros con un «Dios os guarde,» y, montando á caballo, desapareció de allí.

Algo más tarde se hallaba en su tienda redactando varias instrucciones; tenia detrás, en pié y esperando sus órdenes, á Navarro, Osorio, Nuñez, Lara, Usen y tres oficiales del tercio del último.

A la media hora llegó el condestable, saludó á los que estaban de pié, y esperó entre ellos á que concluyera de escribir el conde.

—Don Irenio, maestre Navarro, y vosotros, señores,—exclamó por fin Alberto,—tened la bondad de salir por unos cuantos minutos; y vos, señor condestable, dispensadme el honor de ocupar este asiento.

Solos ya, el uno junto al otro, añadió aquél:

—Hacedme el favor de leer esas instrucciones, en las cuales os prevengo todo lo que debéis practicar esta noche y mañana, exponiendo además el resultado que ha de darnos el pensamiento que voy á realizar con vuestra ayuda y la de todo el ejército.

El anciano leyó dos veces el escrito meditó luego. concluyendo por exclamar:

—Teneis ganado á don Pedro Peralta y á sus mil navarros; inutilizadas las baterías y fuertes del puerto; aislada, y á disposición de la nuestra, la escuadra

francesa; reconocido el muro, y seguridad de abrir brecha; y como si todo esto fuese poco, abrigais la certeza de sorprender tres torres de la muralla, desde las cuales se puede atacar la plaza, replegándose al espacio que ocupan aquellas nuestro ejército, que, libre del fuego enemigo, quedará junto á la brecha esperando vuestras órdenes. Este es el rosúmen: ¿me equivoco conde?

—No.

—Jamás escuché pensamiento tan grande, ideas tan elevadas; pero ¿y si os equivocais en una sola, Silva, qué acontecerá?

—Imposible; podrá suceder que el enemigo defienda palmo á palmo el terreno, prefiriendo la muerte á una capitulación, en cuyo caso perecerán casi todos y bastantes de los nuestros; pero aun así tendremos muchas ventajas, más seguridad y menos mortandad de nuestra parte que prolongado el sitio y concluyéndolo por un asalto general.

—Señor conde, ayer recibí un carreo de Madrid con despachos de S. M., mándandome, entre otras cosas, que os obedezca como á él; por lo tanto, y no siéndome dable adivinar, ni pudiendo llegar mi inteligencia donde la vuestra, me lavo las manos y os dejo toda la responsabilidad; concretándome á cumplimentar con ciega sumisión lo que me mandéis.

Alberto replicó al condestable:

—Dudad vos, noble anciano; no os importe que murmuren los demás; me coloqué más alto que las dudas y las críticas; y mañana los que vacilan hoy, unidos á los otros, tendrán que bajar la frente y declarar su error cuando no su pequeñez.

—¡Quiéralo Dios!

—Respecto de mis hechos y hasta de mi persona, que digan cuanto quieran; pero costará la vida al cobarde que me desobedezca, y esto á nadie exceptúa, condestable.

—Vuestras órdenes son las del emperador; y no hay uno solo en el campamento capaz de oponerse ó de rehusar su cumplimiento.

—Con eso tengo bastante.

—Los soldados os elogian; nuestros jefes os miran ya con entusiasmo, y son pocos los que murmuran. Soy el único que conozco vuestro pensamiento, y el solo en consecuencia que puede dudar.

—Corre el tiempo, señor condestable; aún no he comido, y me resta mucho que hacer.

—¿No habéis comido, y son las seis de la tarde?

—Probé en Fuenterrabía un poco de pan y de pescado, ese es todo el alimento que tomé desde ayer tarde.

—Os dejo, admirable conde; antes que amanezca, desde el condestable hasta el último soldado, todos ocuparemos nuestros puestos.

—Firmad primero esta capitulación que mañana ofreceré al enemigo.

El anciano leyó el escrito, lo autorizó, y cuando hubo estrechado la mano de Silva, salió de allí. A la vez entraron los ocho que esperaban á la puerta. Santomera les preguntó.

—¿Habéis comido?

—No,—le contestaron todos.

—¿Pedro? Nueve cubiertos: despacha,—dijo el héroe, y poco después se sentaron, dando principio al

acto. Llevaban tres cuartos de hora comiendo, y ninguno osaba interrumpir el silencio en que se había encerrado Alberto; éste parecía entregado á profundas meditaciones, no miraba á ninguno, ni hacia otra cosa que llevarse los manjares á la boca y pensar. De pronto exclamó:

—Comed mucho, amigos mios, cuanto podais, que mañana, Dios sabe la hora en que nos será permitido hacerlo, en el caso de que no pasemos el día en ayunas.

Cuando terminaron, y los sirvientes hubieron retirado la mesa, preguntó el conde:

—¿Qué hora es?

—Más de las siete,—le contestó Usen.

—Osorio, examinad la noche y la temperatura.

Aquél salió, y volviendo al poco tiempo, le dijo:

—Oscuridad completa; frío; reina un Norte fuerte, y el Océano ruge bastante.

—La naturaleza parece proteger mi pensamiento: ¡cúmplase la voluntad de Dios! Señores maestres,—añadió,—detrás de esas murallas teneis el medio de empezar á ganar el cetro de los generales; lo que os falte lo hallareis en Francia. Decidme, don Irenio de Utiel, ¿esos oficiales merecen toda vuestra confianza?

—Son los más valientes, entendidos y denodados que tiene mi tercio; os admiran como yo, y pueden seguiros á todas partes.

—Oid entonces los seis y contestad: ¿sereis capaces de unir al valor la sangre fría, prudencia y acierto tan necesarios al experto caudillo?

—Pruebas, señor, pedidnos pruebas,—le contestaron desde Nuñez hasta el más jóven.

—¿Dais vuestras vidas al emperador?

—Suyas son.

—¿Tenéis ambición?

—De gloria, de imitaros.

—¿Y de poder?

—También.

—Pues mañana será capitan al que gane la banda: detrás de los muros de Fuenterrabía hay seis; el que quiera la suya la obtendrá. Partid los ocho, poneos cota de malla, casco, peto y espaldar de vaqueta, siete partesanas, otras tantas rodelas y Mendoza su más terrible maza. Maestre Navarro, que te acompañen los treinta soldados ex-comuneros que tú elijas; vos, señor de Usen, venid con un número igual, dignos de ponerse al lado de los de vuestro compañero; que se cubran los sesenta con idéntico traje al vuestro, y que traigan algunos de ellos maza, y los restantes pica con rodela. Regresad á la media noche. El resto de la fuerza que espere del modo que os prevengo en ese papel, frente á mi tienda.

Partieron los ocho, dejando solo al conde; éste se ensimismó nuevamente; luégo llamó á su criado preguntándole:

—¿Has comido?

—Sí, señor.

—Para las dos de la mañana, ten dispuestas armaduras completas y ensillados nuestros dos mejores caballos.

—¿Os voy á acompañar?

—Sí.

—Me alegro.

—Y yo tambien.

—¡Arreos de batalla?

—Por supuesto.

—¿Lanzas?

—Tú sí, á mí me sobra con la espada. Obedece.

El criado marchó oprimiendo los puños, en actitud de amenazar al enemigo, y como gozoso de acompañar á su inimitable señor. Silva salió al campo, brilló en sus lábios una sonrisa siniestra, y tornó á la tienda, dejándose caer sobre un sitial.

—Bien,—exclamó,—la noche convida y todo me favorece, si continúa así, mañana habrá cambiado la faz esa fortaleza, y lo mismo nuestro ejército que el contrario empezarán á conocerme.

Con la mayor tranquilidad apoyó el codo en una mesa que tenía al lado, la cabeza en la mano derecha, y al poco tiempo quedó dormido. Su bello semblante no demostraba inquietud ni sobresalto; antes al contrario parecía hallarse léjos de enemigos y libre de todo compromiso. Así permaneció sin moverse ni abrir los ojos hasta que entraron Usen, Navarro y restantes oficiales.

CAPÍTULO XXXV

La avanzada inmóvil.—Silencio imponente.—La batería de Silva.—Fuego horroroso.—La brecha.

—¡Duerme!—exclamaron el conde de Usen, y Navarro y los seis oficiales de ambos, viendo á Alberto en la actitud que lo dejamos en el capítulo anterior; y añadieron: —¡qué tranquilidad, qué sosiego!

A esta segunda exclamación, abrió los ojos el héroe, é incorporándose, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—Perfectamente. ¿Estais los sesenta y ocho?

—Sí, señor.

—Osorio, traed un hilo que pase de doscientas varas de largo, y que os carguen un arcabuz hasta la boca.

Cuando hubo regresado el alférez con las dos cosas, reunió á los ocho y les dijo:

—Señores, cogidos á ese hilo sin hacer ruido alguno, yo delante y vosotros detrás, uno á uno, nos vamos á dirigir á la muralla; con el puente que tenemos ahí

cruzaremos el foso, y acto contínuo, os situareis la mitad al pié del baluarte ó torre número cinco y los restantes en idéntico sitio del que ocupa el número seis. Ya allí os tendéis en el suelo, permaneciendo mudos. Al rayar el día oireis tres descargas de artillería; mirad al centro de la cortina, y si hay brecha avisadme descargando ese arcabuz; si me hubiese equivocado, por el puente que dejaré sobre el foso regresad al campamento, sin perder un segundo, para que el enemigo no os ametralle. Si, como es probable, mis lombardas os abren puerta en el muro, dad un viva al emperador, penetrad en la plaza, y con heroismo digno de vosotros tomad las dos torres ó fuertes citados. Si os sobrase tiempo, los del sexto que se corran al séptimo, y apoderaos de los tres. Diez minutos despues os ayudarán cuatro mil hombres mandados por mí, y no tardará en acercarse á vosotros el resto del ejército. Tened en cuenta que ocurrirá esto antes del toque de diana, cuando duermen la mayor parte y cuando los que velan habrán quedado sin aliento ni acción ante una brecha que ninguno pudo imaginar. Los contrarios verán en vosotros, sesenta y ocho valientes, la mitad de nuestro ejército; el que teme y huye sorprendido y confuso cierra los ojos y se le oscurece la verdad; procurad que antes de que pueda abrirlos tengais los tres fuertes y el tercio de la muralla vuestros, y los treinta cañones que hay en el espacio vueltos contra la plaza. Os será muy útil el uso de arcabuz; más con los que hallareis en el muro y torres os sobrarán, por lo que creo excusado llevarlos. No temais al fuego de mis lombardas; hice yo la puntería, están bien sujetas y no os puede alcanzar ninguna bala. Hijos, os confio

lo más expuesto y difícil de la jornada, pero también lo más honroso; mañana os envidiarán vuestros compañeros; y el mundo aplaudirá un valor y acierto dignos de la causa que defendemos.

Los ocho aceptaron la realización de idea tan magna, hicieron al autor varias preguntas, y, cuando hubieron recibido contestación y las últimas instrucciones, se dispusieron á partir.

Silva cogió un extremo del hilo, lo cruzó por entre la barandilla del puente, que sostenían seis soldados ex-comuneros, agarrándose los demás al resto del hilo en la forma siguiente: iban primero, y detrás del citado puente, Navarro, Nuñez, Osorio, Mendoza, y uno tras otro sus veinticuatro soldados; seguían el conde de Usen, sus oficiales y luego la tropa; y entre todos componían un cordón que empezaba en Silva y el puente y concluía con el último subordinado del maestre cartagenero. El arcabuz lo llevaba Osorio con la mecha apagada, unido á su rodela y partesana.

La noche continuaba oscura y fría; un fuerte Norte azotaba cruelmente el rostro, agitando copos de blanquísima nieve que iban á estrellarse sobre los montes, los árboles, el suelo ó la cara, manos y cuerpo de nuestros valientes. El Océano, desencadenado como el aire, formaba rugientes olas que se quebraban en las montañas que rodeaban al terrible golfo vizcaino, atronando el espacio; y la naturaleza, en fin, agitada, revuelta y agorera, parecía que intentaba cambiar la faz del universo, de que era ella la parte esencial.

—¡Muy bien!—exclamaba Alberto, sufriendo los golpes de viento y de nieve.—Silbad, huracanes; rugid, olas; vuestro ruido enmudece el de nuestras pisa-

das, y de este modo llegaremos bajo los muros de Fuenterrabía sin ser vistos ni oidos de un enemigo que os teme más que á nosotros, y dentro de sus torres y garitas oculta la pavura que le infundís, ignorando que al cuidarse tanto de sí propio, deja su vida á merced de una muerte que se le acerca con entera seguridad de segarle la garganta.

Los demás seguían al conde sin expresar frase alguna, y sin que el aire, la nieve, la oscuridad ni el mal piso fuesen motivo para lanzar un solo voto de aquellos que contínuamente salían de sus labios. En pos de la gloria, que creian tener segura, bastándoles para tal persuasión obedecer al héroe, caminaban gozosos sin temer al enemigo y sin que les impusieran nada los rigores de la atmósfera revuelta y tumultuosa.

—¡Alto!

Dijo Alberto de pronto á un cuarto de voz; esta fué corriendo por la hilera, y todos se pararon. Silva sacó su espada y fijó la punta en el suelo para buscar con ella la orilla del foso.

—Adelante, muy despacio y sin ruido.

Volvió á exclamar quedo; la noticia corrió, y el cordón anduvo con más calma que anteriormente.

El conde proseguía caminando, y á la vez buscaba con el extremo del acero el foso que no tardó en hallar.

—Basta, — dijo; y cuardo todos se detuvieron, añadió:

—Echad el puente con cuidado, no rodeis al foso; sin meter ruido; despacio; así. Ya estais á la orilla. Sostenedlo bien para que no caiga de pronto. Perfec-

tamente; id bajándolo; eso es. Ahora aseguradlo bien en los dos lados, que han de pasar por encima toda la caballería del tercio de Usen y vuestros compañeros que aguardan en el campamento.

El conde les ayudó á colocarlo; pasó por encima, y cuando se hubo convencido de que estaba bien sujeto, sacó el hilo que travesaba por la barandilla, hizo que se agarrasen á él los seis que llevaron el puente, y, siempre delante, añadió:

—En marcha, muy despacio, y evitando que cruja la madera. Corred la voz.

Alberto caminó seguido de su gente hasta llegar al muro. Entonces soltó la cuerda; mandó hacer alto, y guiado por la muralla avanzó solo hasta llegar al saliente de la torre ó baluarte que había á su izquierda y como á ciento cincuenta pasos de donde estaban sus compañeros. Allí se puso de puntillas y palpó el muro del fuerte, exclamando para sí con alegría:

—No me he equivocado, es el fuerte número cinco; aquí está el agujero que ví esta mañana, y más abajo la parte desmoronada que también distinguí.

Y regresó, diciendo al oido del soldado que le seguía:

—Que pasen todos el puente; al acabar, que aten el extremo del hilo á la barandilla de aquél y que avisen. La noticia fué trasmitida del modo que la recibió él primero, contestando en idéntica forma:

—Ya está.

—Pues seguid hacia la izquierda.

Y sin dejar el cordón avanzaron hasta llegar á la torre donde estuvo antes Silva. Segun se acercaban, iba aquél haciéndoles tender en el suelo, continuando

de este modo interin no tocó á Usen; mas ya allí el cartagenero, le dijo al oido:

—Soltad la cuerda, cogeos de las manos y proseguid, que yo os guío.

Los del conde de Usen, en pos de Santomera, llegaron, yendo pegados al muro, al sexto fuerte, donde se sentaron en la forma que Navarro y los suyos.

—¡Dios sea con vosotros!—les dijo Alberto estrechando á don Irenio, y volvió atrás, tocando la muralla hasta tropezar con Navarro.

—¿Conservas el hilo?—le preguntó.

—Sí, tómalo.

—¡Adios, padre mío; el cielo os proteja y defienda!

—¡El te sigue inspirando, incomparable hijo!

También se estrecharon; el primero alargó la mano á Nuñez, Osorio y Mendoza, y cogido al hilo se encaminó al puente: reconoció éste otra vez, y hallándolo seguro, le volvió la espalda, continuando en dirección del campamento.

La noche seguía oscura hasta el extremo de no distinguirse los objetos á la distancia de una vara; el viento arreciaba; el bramido de las olas acrecía, y la nieve en diminutos copos sembraba el suelo, haciendo resbalar á Silva más de una vez. Pero nuestro valiente jóven lejos de molestarle la crudeza del tiempo, bendecía á la naturaleza por haberle proporcionado con el estruendo y la oscuridad los medios de colocar su inmóvil ahora y luégo terrible avanzada, sin miedo de que fuese descubierta.

A los cinco minutos se detuvo nuestro jóven y aplicó el oido, fijándolo en el paraje donde quedaban Usen, Navarro, sus oficiales y soldados, pero nada percibió;

aquéllos no se movian, ó el silbido del huracan y el estruendo de las olas le impedía, como á los centinelas de las torres y el muro, oir otra cosa que los efectos de la revolución atmosférica.

—Inútil detención,—decía sonriendo el famoso adalid con sobrado fundamento;—lo mismo el aristocrático conde de Usen que el gallardo Navarro, el pulcro Osorio, el fino y elegante Nuñez que los restantes y oficiales y todos los soldados que dejo atrás, se hallan en este momento sobre el duro suelo, bajo los copos de la nieve, sin temer al enemigo ni al mal tiempo, conteniendo hasta la respiración, empuñando el arma fatal, esperando de este modo que mis lombardas les abran las puertas de Fuenterrabía, para caer sobre sus contrarios y probar por centésima vez el poder de sus brazos y la dureza de sus corazones. Ninguno es héroe; el génio, que forma del hombre una excepción tan rara como sublime, no llegó á ellos; pero discurren bien y su valor no conoce límites; dirigidos por mí, serán mañana invencibles.

Así era en efecto; la inmóvil avanzada de Alberto parecía enclavada en el suelo, suprimiendo en algunos intantes hasta el aliento. Mendoza, fija la diestra en el extremo superior de una formidable maza de hierro que no tendría ménos de dos arrobas de peso, la acariciaba con el propio interés que la madre tierna y cariñosa al inocente sér que contempla sobre el regazo. Osorio cubría con su cuerpo la parte del arcabuz en que podía perjudicar la nieve, para que al hacer la señal de brecha no esperase inútilmente al héroe, á quien veía ya alargándole la banda de capitan. Y todos, blancos los bigotes por los pequeños copos,

húmedas las costillas y calados el casco, peto y espaldar de vaqueta, sujetando el mortífero acero, aguardaban tranquilos el momento de la pelea.

El conde de Santomera resbaló varias veces, y cayendo una, logró por fin dar con su tienda, en la que entró yerto de frío y salpicado de lodo.

Pedro le esperaba con las dos armaduras, preguntándole sorprendido al verlo entrar de aquel modo:

—¿Os han herido?

—No, hijo,—le contestó Silva;—sino que salí bastante ligero de ropa, y por primera vez de mi vida siento un frio casi glacial. ¡Oh! ¡este país es crudo y terrible como sus mares! El piso está resbaladizo y la noche tan oscura, que al fin dí una caida, pero no me hice daño.

—¿Voy por lumbre, señor conde?

—¿Qué dices, necio?

—Que traeré fuego para que os calenteis.

—Eso se le ofrece á las mujeres; venga mi traje de guerra y vísteme, que el hombre debe mitigar el frío atmosférico con sólo el fuego de su corazón.

Y comenzó á quitarse la ropa y á tirarla léjos de sí. Media hora después le cubría una armadura completa.

—Esa espada no,—dijo á Pedro,—la del emperador; mañana me haré digno de ceñirla. Ponme una escarcela. Esos papeles que ves sobre la mesa, guárdalos en ella. Bien, dame una linterna encendida. Armate ahora; coge despues del diestro mi caballo y el tuyo, y vé con ellos á la batería formada con las lombardas; allí estaré yo.

Y salió, encontrando á los pocos pasos los quinien-

tos caballos de su escolta, y al lado de cada uno su dueño, á excepción de los treinta que fueron con Navarro, los cuales habían sido reemplazados por otros tantos de Usen. Detrás permanecía todo el tercio del maestre cartagenero, esperando las órdenes de Silva. Este los fué reconociendo, preguntando luégo á los tres capitanes que vió en un extremo:

—¿Quiénes están encargados de esta fuerza?

—Nosotros, señor,—contestó uno de ellos.

—¿Qué ordenes teneis?

—La de montar á la primera descarga de artillería que oigamos.

—¿Qué más?

—A la grupa de cada caballo subirá un peon, y los restantes correrán en pos á paso de carga.

—Esperad en la forma que estais, que al amanecer me seguireis todos.

Y partió de allí, atravesando las trincheras del campamento. Observando cuanto tenía en torno, y satisfecho de la actitud que presentaba el ejército por medio del cual atravesaba, llegó á la gran batería dirigida por él hallándola cubierta con tablas y esteras por órden del condestable para resguardarla de las consecuencias de la nieve. Satisfecho de este segundo reconocimiento, dejó su linterna en el suelo, y, acercándose á un grupo de zapadores que esperaban cerca de allí, les dijo:

—Echad abajo el pedazo de trinchera que hay frente á la boca de las lombardas; con el débil resplandor de esa luz os basta.

Y quedó parado mirando cómo era obedecido.

No léjos de aquel sitio habían levantado una tien-

da, y dentro de ella se guarecían el condestable, el virey de Navarra y el estado mayor de ambos, cuyos caballos, ensillados ya como para entrar en batalla, los tenían sujetos del diestro varios criados á muy corta distancia.

El anciano jefe debió distinguir y reconocer á Alberto de Silva, pues salió inmediatamente, y, acercándose á aquél, le dijo:

—Señor conde, todas vuestras órdenes se hallan cumplidas; y puesto que nada se puede hacer hasta la llegada del alba, os ofrezco una tienda que he mandado fijar á doscientas varas de este sitio.

—Gracias noble señor; tengo enfrente, y al pié de las torres quinta y sexta, á mis queridos amigos, y hasta que los vea en salvo quiero permanecer lo más cerca posible de ellos.

—Eso me prueba que partieron ya.

—Hí tiempo que los dejé en lugar conveniente.

—¿Les habéis acompañado?

—Sí, señor; sólo yo conocía bien el terreno.

—¿Llevásteis puente?

—Queda muy bien asegurado y en disposición de dar paso á todo el ejército.

—La crudeza del tiempo debió favorecer vuestra operación.

—Cierto; pero es gente tan diestra que sin el ruido del huracán ni el estruendo de las olas hubiera llegado sin ser vista ni oida. ¿Y el ejército?

—Sobre las armas y dispuesto á la pelea.

—¿Qué hacen sus jefes?

—A la cabeza de los tercios, aguardan el momento de avanzar.

—¿Murmuran de mí?

—Algunos; otros comentan lo que pretenden adivinar, y la generalidad presiente el triunfo, porque vos mandais, y vuestro nombre les infunde confianza y aliento.

—Y vos, ¿continuais dudando?

—Silva, soy muy viejo, y la experiencia me ha hecho desconfiado.

—Pronto os pesará.

—Lo deseo; es mi anhelo, conde, y á decir verdad, aparece entre mis dudas una ráfaga de esperanza que aumenta cuando hablo de vos, cuando admiro vuestro sosiego, fe y seguridad.

—Retiraos, amigo mío, á la tienda.

—Acompañadme vos.

—Yo me quedo; notad que cesa el aire, los copos de nieve son cada vez más pequeños, y un cambio atmósférico nos asegura la llegada de un sol poderoso en luz, dichoso para los que durante su curso de doce horas hemos de orlar nuestras frentes con la gloria de las batallas. Mirad de frente; ¿qué distinguís?

—Nada, oscuridad completa.

—Eso es; Fuenterrabía se halla envuelta entre la densa niebla de la noche; ni una sola luz hiere su crespón; si reparasteis, como yo, en las anteriores, habreis notado que es la única en que la ciudad no presenta una sola luz.

—Es verdad, y no adivino la causa.

—Yo os la diré; los tres días que llevan de tregua los ha confiado hasta el extremo de hallarse dormidos en este instante casi todos sus defensores; estoy seguro que velan únicamente los centinelas, vigías y jefes y

soldados de patrulla. Romperemos el fuego antes del toque de diana, y las bocas de mis lombardas los despertarán; pero ¡ay! al abrir los ojos exhalarán tristes suspiros que se llevará el viento al otro lado de los Pirineos.

Ambos prosiguieron hablando sin moverse de aquel sitio, en el cual decidieron esperar la llegada del día.

En el campamento sólo se escuchaba ese sordo rumor que produce la mucha gente cuando habla bajo; no había en todo él veinte luces, y hasta los caballos permanecían silenciosos, presintiendo, al parecer, la conveniencia de tener cerrada la boca y quietos los piés.

Aun cuando algunos de los jefes veian con disgusto y áun murmuraban de que un jóven de veinticinco años se antepusiera al condestable y los tuviera toda la noche en vela, por causas que desconocian la mayoría de éstos y todos los oficiales, sargentos y soldados se iban cansando ya de tres meses de sitio, y veian en el héroe de Múrcia y del palenque de Madrid el genio que debía sacarles de tan cruel incertidumbre, llevándolos pronto al asalto, cuando no al interior de la plaza.

—Puesto que él lo manda, para algo estamos aquí, —decian, añadiendo otros:

—Ayer se disfrazó y hoy anda muy diligente; dicen que tiene talento y un valor superior á todo elogio, y si es así, de seguro idea otra tan buena como la sorpresa de Múrcia y mañana estamos en Fuenterrabía.

En esta ocasión sucedía lo que en muchas otras; es decir, que el infeliz soldado comprendía instintiva-

mente lo que no podian adivinar los jefes principales, cegados por el orgullo y la vanidad que minaban sus cerebros.

Nada podemos añadir á lo que dijo Alberto, respecto de los sitiados; el héroe acertó lo que pasaba en aquellos instantes en la plaza, hasta don Pedro Peralta se hallaba en cama, si bien pasó toda la noche dando vueltas, sin poder conciliar el sueño, dudando unas veces y presa otras de halagüeña esperanza. Frange, Estillac y restantes caudillos dormian tranquilamente, sin que se le pudiera ocurrir á ninguno que el terrible silencio de sitiados y sitiadores debía cambiarse muy pronto por horrible estridor del combate. Como ninguno adivinaba, siguieron ignorando que tenian á Marte encima, y debajo una mina que debía prender en breve la poderosa mano del paleto, del que se burlaron há poco los míseros soldados de un cuerpo de guardia francés.

Sin dejar de hablar Alberto y el condestable, oyeron las tres, luégo las cuatro, gritando á la media hora el conde:

—Artilleros, descubrid las lombardas, fuego á las mechas, y cada uno á su sitio; tapad con el cuerpo el fuego para que no pueda distinguirse el resplandor desde la plaza.

Un cuarto de hora después sólo faltaba oir la voz de Silva para que los cañones comenzasen á vomitar balas enormes.

—Artilleros,—tornó á gritar el conde,—quietos, y esperad mi órden. Condestable, montad á caballo; que hagan lo mismo los restante jinetes del campamento, y que se dé el último alerta. Pedro, mi potro.

Y subió á él, el anciano jefe le obedeció, y diez minutos después, seguido del virey de Navarra y del estado mayor de ambos, se puso á su lado.

El *alerta* dispuesto por Alberto corrió por toda la línea; los caballos relincharon; los jinetes montaron; se oyó el ruido de las armas, y un poco más tarde volvió á imperar el silencio, pero un silencio horrible: no existía un solo sér en el campamento que no lo juzgase precursor del estruendo más desastroso.

Al fuerte huracán que reinó por la noche había reemplazado una brisa tan fría y sutil, que insensiblemente cortaba el rostro como la afilada hoja de la daga; la atmósfera se despejó completamente; el mar contuvo sus embates, y al asomar el alba aparecieron blancos los montes, el suelo y los árboles. Fuenterrabía á aquella hora y á la distancia que la miraba el conde, era una blanca sábana de nieve que se extendía en el ángulo de tierra donde empieza el golfo de Vizcaya.

Al lucir los primeros albores tiró el héroe de la espada, gritando:

—Artilleros, primera línea, ¡fuego!

La tierra tembló; se extremecieron hasta los montes; el Océano pareció elevarse, y doce truenos que aterraron á los más valientes siguieron á inmensas nubes de humo, oyéndose claro y distintamente el choque de otras tantas balas que rompieron el muro de Fuenterrabía. Los caballos relincharon, dieron saltos, y áun corrieron algunos en desórden.

Alberto volvió á gritar:

—Segunda línea, ¡fuego!

Y se oyó otra descarga idéntica que produjo igua-

les resultados. El jóven caudillo exclamó por última vez:

—Tercera línea ¡fuego!

Sonó la postrer descarga de artillería, y el héroe, no pudiendo ver nada por estorbárselo la densa nube de humo que había entre él y la plaza, fijó el oido, percibiendo un instante después la detonación de un mosquete cargado hasta la boca, y el que debió reventar, según el estallido que dió.

—¡Brecha, condestable!—exclamó Silva.

—¿Como lo sabeis,—le preguntó aquél,—cuando nada puede distinguirse?

—¡Anciano, me lo anuncia ese tiro de mosquete que acabais de oir! Brecha, hay brecha, repito; ¡güay si algún cobarde desobedece al emperador en tan supremo instante!

Picó á su caballo, y seguido únicamente de su criado, desapareció de allí; saltó la trinchera, y llegando adonde estaban los ligeros y el tercio de Usen, exclamó:

—Hijos, vuestros hermanos se baten cada uno contra diez dentro de Fuenterrabía; hay brecha; seguidme; defendámoslos, que yo os ofrezco un triunfo seguro.

Y puesto á la cabeza, se dirigió á la plaza; en pos los ligeros, llevando cada uno á la grupa un peon, y detrás el resto del tercio.

Cinco minutos más tarde siguieron á estos mil jinetes con otros tantos de á pié, tambien á la grupa, y luégo todo el ejército, dando vivas al emperador y á Alberto de Silva. Ya no murmuraba ninguno; el entusiasmo de los soldados ahogó la vanidad y orgu-

llo de los jefes, y antes que la plaza pudiera hacerles fuego, corrieron á guarecerse bajo las torres y muros que en aquellos momentos tomaban Usen y Navarro.

Pronto atravesaron por la brecha el conde de Santomera y sus quinientos ligeros, y tirándose á tierra los peones, volaron en defensa de los dos maestres. Los de á pié, unos subían á las murallas, mataban á los artilleros y centinelas, se apoderaron de los cañones, volviéndolos contra la plaza, mientras otros escalaban las torres; las mazas de Mendoza y de algunos soldados rompían puertas y ventanas, acuchillaban á sus defensores sin auxilio de ningun género, por hallarse tomadas todas las avenidas por los ligeros de Alberto, los cuales lanceaban á cuantos intentaron acercarse á ellos.

Llegaron dos mil quinientos peones más ó sea el resto del tercio de Usen, y no tardó en presentarse la vanguardia del condestable, compuesta de los mil jinetes que citamos antes, dejando en tierra los de á pié que llevaban á la grupa. Por orden de Alberto, y aprovechando éste el aturdimiento, pánico y sorpresa de los sitiados, puso á las órdenes de los dos maestres los cuatro mil peones, mandándoles que se apoderasen de todo el muro y de las torres, dejando guarnición en las conquistadas y siguiendo adelante por la muralla los conquistadores. Esta operación era favorecida por los últimos mil jinetes que seguían á aquellos por la ciudad y al pié del muro, dejando fuertes destacamentos en las escaleras, impidiendo de este modo que fuesen socorridos los de arriba.

Dispuesto y ordenado todo por el héroe, salió de la plaza, mandando formar el ejército en línea de bata-

lla junto al muro que ya habían tomado Navarro y Usen. Al ver ondear los soldados tres banderas españolas en las torres que tenían sobre sus cabezas, prorumpieron en nuevos vivas al emperador y á Alberto de Silva, pidiendo á gritos atravesar la brecha y entrar en la plaza. Gran trabajo costó á Santomera contener á aquella masas, llenas de entusiasmo y de envidia por la gloria que estaban conquistando sus compañeros; cuando llegó el caudillo, ya no obedecían á sus jefes, ni aun al mismo virey de Navarra y condestable; pero escucharon la voz de nuestro joven, y no pudieron resistir el poderoso acento del que juzgaban en aquellos momentos un sér sobrenatural. Formados ya, pronunció aquél un breve discurso, que fué repetido de fila en fila; impuso pena de la vida al que se moviera sin su permiso, les recordó que era allí el emperador Cárlos I, y, tomando cuatro mil infantes más, entró con ellos por segunda vez en la plaza. Acto contínuo los mandó subir á la muralla y que secundasen los esfuerzos de Usen y de Navarro; apoderándose á la vez de las casas desde donde pudieran los franceses atacar á su caballería ó peones de los fuertes y muro. Luego recorrió la línea que conquistaban sus amigos, dando orden de que sólo se hiciera armas contra el que resistiera; al concluir, notó que se dirigían grandes masas de franceses hacia las murallas, y mandó entrar mil caballos más y dos mil arcabuceros, con aquéllos reforzó las avenidas y pié de las escaleras del muro, y los otros los distribuyó entre las casas y fuertes tomados.

Pronto la artillería que há poco pertenecía á los sitiados se volvió contra sus dueños y empezó á vo-

mitar balas y metralla en dirección de las plazas y calles donde se reunían ó intentaban parapetarse los hijos de Francia.

La brecha y sorpresas fueron dignas de la privilegiada cabeza que las concibió; pero el atu:dimiento, pavura y confusión de sus enemigos rayaba mucho más alto: los generales corrieron en un principio sin dirección y sin saber lo que hacían; luego se entraron en el palacio de Frange, y, reunidos en consejo, convinieron en que estaban perdidos, sin perjuicio de ignorar lo que acontecía; y, últimamente, se echaron á la calle, resueltos á combatir, en el caso de hallar soldados que les siguieran.

—¡Perezcamos con gloria!—exclamaban, poseidos de más abnegación y patriotismo que otra cosa. Y desde este momento comenzaron á poner en orden sus diseminadas huestes, que hallaron dispersas, aturdidas y sin saber que hacer.

El general Peralta oyó las descargas de las lombardas y se armó, corriendo inmediatamente al sitio por donde tenía ya la plaza una enorme brecha. Vió á Silva y á los suyos, y, sonriendo con indecible alegría, marchó al puerto, encerrándose con varios de los oficiales, á los que dió órdenes terminantes y concretas. Luego se dirigió con calma al palacio de Frange, seguro ya de cuanto le había ofrecido Alberto; le acompañaban cuatro jefes y diez alféreces, todos navarros y de su absoluta confianza. Cuando llegó, acababan de salir sus compañeros, por cuya razón penetró en el salón de Consejos y se sentó tranquilamente, con ánimo de esperar el regreso de sus colegas y el de su amigo el parlamentario Alberto de Silva. A cada descarga que

oía, asomaba á sus labios una sonrisa, haciendo latir su corazón fuertemente; contemplaba al conde vencedor, y bendecía hasta la madre que dió á luz el génio que iba á trocar sus desgracias en ventura.

Tal era el estado de la plaza, sitiados y sitiadores á las siete y media de la mañana, ó sea dos horas después de haber roto el fuego las treinta y tres formidables lombardas designadas por el héroe.

CAPITULO XXXVI

Tregua.—Parlamento.—Nuevas hostilidades.—Fuenterrabía vuelve á la corona imperial de España.

Apenas acababa el conde de Santomera de reforzar el muro, fuertes y edificios que tenía enfrente, vió llegar á Mendoza con su maza hecha pedazos, lívido de tanto esfuerzo como concluía de hacer, y con acento bronco y destemplado le dijo:

—Señor, me mandan los maestres Navarro y Usen que os participe quedan en nuestro poder las siete torres y todo el muro con su artillería y cadáveres, porque esos pícaros franceses no querían rendirse, y ha sido necesario obligarles á que cedieran.

—¿De qué modo?

—Matándolos; no hay otro, señor conde.

—¿Qué habéis hecho vos?

—Permanecí tendido en el suelo con todos mis compañeros, y de idéntico modo que Usen y los suyos hasta que oimos aquellas tres descargas que rompieron la muralla, haciendo temblar las torres como si fueran de papel. No escuché jamás truenos más espan-

tosos. Luégo prendimos fuego al arcabuz, que reventó y nos precipitamos por la brecha; desde aquel momento hasta ahora no he cesado de romper puertas, ventanas y cráneos.

—Necesito de vos; avisad al momento á Usen y á Navarro que manden cesar el fuego, enarbolen bandera blanca y vengan aquí al instante. Montad luego á caballo, coged una lanza y me seguiréis.

—Vuelvo al momento.

Y desapareció, mientras que Alberto disponía hacer lo propio en las casas y sitios tomados fuera de las murallas; á la vez ordenó á un alférez que pidiera parlamento á los generales franceses.

Con sólo la pérdida de mil hombres pudo nuestro joven haber dado fin de todo el ejército francés; pero su alma noble y generosa se resistía á abusar de tan admirable sorpresa y completa victoria, y más aún de que corriera por las calles de Fuenterrabía un río de sangre humana sobre los arroyos que ya inundaban los muros y otros sitios.

—Hasta ahora,—se decía,—son contadas las bajas que tengo, y la victoria será completa si logro echar á los franceses con solo la exigua pérdida que cuento hasta este momento. Para algunos sería preferible dejar enterrado al enemigo en la plaza que se atrevió á usurpar, pero esto, á más de inhumano, enturbia y mancha la aureola del vencedor. Probemos, en consecuencia, si es posible lo primero; quiere decir que en caso contrario mi conciencia quedará tranquila, toda vez que serán ellos los que me obliguen á que dé fin de todos.

El alférez que había mandado Alberto en busca de

los generales franceses se proveyó de una bandera blanca, y de este modo pudo llegar á la plaza donde estaba situado el palacio de Frange; en medio había de seis á siete mil franceses con los dos caudillos á quienes intentaba hablar el oficial español. Con gran trabajo consiguió acercarse á ellos, dándoles de parte del condestable la noticia que recibió de Silva.

Si sorpresa y asombro causaron á Frange y á Estillac la entrada y ataque del enemigo, de que estaban siendo víctimas, no fueron menores las que sintieron al oir que el contrario les ofrecía la paz, cuando se juzgaban perdidos. En el primer momento creyeron que se trataba de nueva emboscada; pero notaron que el fuego había cesado; los soldados que llegaban decían que los españoles habían llenado el muro de banderas blancas, y como, bien pensado, nada iban perdiendo con aquella tregua, contestó Frange, al emisario:

—Decid al condestable que aceptó gustoso su parlamento y tregua, á cuyo fin le aguardamos en mi palacio. Podeis añadir que en estos momentos secundo sus órdenes en el interior de la plaza.

Y lo hizo así, subiendo al salón de consejos acompañado de Estillac y de algunos jefes de altas graduaciones; allí encontró al navarro y á sus oficiales que estaban esperando tranquilamente el resultado que tenían previsto.

El emisario de Silva regresó sin impedimento alguno, hallando á aquel frente á la brecha, que hablaba en tales momentos con Usen, Pedro Navarro y Mendoza.

—Señor,—le dijo,—los generales Frange y Estillac

admiten la tregua, y esperan en el palacio del primero la llegada del parlamentario.

—Muy bien,—contestó el conde;—don Luis, reunid los quinientos ligeros, y al frente de ellos, sujetad al regatón de vuestra lanza una bandera blanca, y con las moharras inclinadas al suelo me seguireis al momento.

Luégo dió algunas órdenes á los dos maestres, y cuando hubo concluído se dirigió al palacio de Frange, llevando á Mendoza á su izquierda y en pos los ligeros. Los franceses que estaban en la gran plaza les abrieron paso, dejándoles llegar adonde querían; Silva echó pié á tierra, dió la brida de su caballo á Pedro y subió con su calma habitual, caida la visera, y de este modo se presentó en el salón en que estaban los jefes franceses.

Aquéllos quedaron admirados al reconocer, por la armadura y penacho de Silva, al que circunvaló la plaza bajo el fuego de los mosquetes, al que llegó luégo hasta el foso, y al que algunos de ellos vieron correr después por las calles de la ciudad dirigiendo á sus soldados mandando á lo rey y hallándose en todas partes con valor é intrepidez sorprendentes.

—¡Él es!—dijeron unos.

—¡El más osado del campamento!—añadían otros.

—¡Es solo capitán!

—Pero el mejor que tiene Carlos I.

Alberto percibió alguna de las últimas frases, y, alzándose la visera, exclamó con acento arrojante:

—Reconocedme, hijos de Francia.

Y quedó mirando á don Pedro Peralta, que estaba frente á él, sentado en un sillón, cubierto tambien con

—Reconocedme, hijos de la Francia.

armadura, pero sin casco, y asomando ya á su cabeza la calva, presagio casi siempre de la vejez.

Los jefes contrarios quedaron sorprendidos al ver; en el que juzgaban el primer caudillo español, un joven de veinticinco años, tan bello como apuesto y gentil. El general en jefe, monsieur Frange, le preguntó:

—¿Quién sois?

—El conde de Santomera, capitán de S. M. el emperador Carlos I.

—¿Quién os manda?

—El César.

—Su representante querreis decir.

Silva nada contestó; el francés volvió á interrogarle:

—¿Traeis documento que os faculte y dé á conocer como parlamentario?

—Hélo aquí.

Y abriendo su escarcela, sacó uno de los papeles que llevaba en ella, entregándoselo en el mismo instante. Frange lo leyó, y, dejándolo sobre la mesa, le dijo:

—Está en regla, y no hallo inconveniente en que expongais vuestras ideas, sujetándolas á las instrucciones que os hayan dado.

—Señores,—exclamó Silva en idioma francés, con tono solemne,—el rey Francisco I, celoso del poder que abarcaba el monarca español, os mandó cruzar los Pirineos, y, sin que le detuviera la usurpación, os obligó á tomar una plaza sobre la que no tenía otro derecho que el que se atribuye al conquistador. Os encerró en ella, y hubiera consumido, por un rasgo de vanidad, ejércitos sobre ejércitos primero que abandonar la po-

sesión de una ciudad que halagaba su amor propio. El hecho debe costarle muy caro, pues los españoles, en eso de deudas, solemos dar el ciento por uno. Sentado esto, me contraigo á la cuestión que me trae entre nosotros. En dos horas he abierto una brecha, derroté á cuantos franceses se me presentaron, tomándoos las murallas, siete fuertes y la mayor parte de vuestros cañones. Tengo dentro más de ocho mil hombres y á la puerta treinta y dos mil; mis soldados valientes y entusiastas, quieren á todo trance pelear, dejando enterrados en Fuenterrabía á todos sus enemigos; los vuestros, sitiados ya hasta en sus mismas casas, se esconden unos, huyen otros, si bien una gran parte se arremolina en torno de sus jefes con sólo el valor de la desesperación. Dos horas más de lucha, y la guarnición de Fuenterrabía hubiera quedado tendida en sus calles y plazas; pero un sentimiento de humanidad envainó mi espada y me inspiró la idea de contener á los míos y ofreceros la existencia que teneis perdida. Franceses, si en el término de seis horas reunís vuestras dispersadas huestes y repasais los Pirineos, nadie os volverá á molestar, podeis dejar una comisión que bajo inventario llevará después cuanto habeis entrado de Francia; nos sobran cañones y pertrechos de guerra; y áun cuando os cogimos los primeros en buena lid nos bastan con los nuestros; para nada necesitamos vuestra artillería. Esas son mis condiciones, advirtiéndoos que al salir de aquí llevaré la paz ó la guerra; y en el estado á que han llegado las cosas, sólo una tregua de media hora os concede el tiempo preciso para discutir. Deseo que os marcheis, porque de lo contrario horrorizará vuestra suerte; pero si la

insensatez se apodera de vosotros é intentais defender lo imposible, caiga sobre vosotros ante Dios y los hombres la responsabilidad de un hecho que ha de espantar á vuestro mismo rey.

Calló Alberto, y un rumor continuado siguió á sus frases; tenian orden de defender la plaza hasta morir habian jurado obedecerla, y, áun cuando conocían lo triste de su situacion, se resistían á regresar á Francia sin honra ni excusa que justificase la sorpresa de que habían sido víctimas. Debatieron entre sí, y notando Peralta que ninguno aceptaba la paz con las condiciones impuestas por Alberto, les dijo:

—Señores, siento que por primera vez mi opinion sea contraria á la vuestra; pretendeis un delirio, y si á vosotros no os importa que perezcan todos los franceses que os acompañaron y fian sus vidas á vuestro talento y valor, á mí me duele que mis hijos los navarros sucumban en las calles de Fuenterrabía sin defensa posible. Quiero la paz, porque no es dable la guerra; y si vosotros insistís en lo contrario, me retiraré al puerto, y encerrado en los castillos permaneceré neutral, deplorando una insensatez que no puedo, que no debo imitar.

Frange, Estillac y los restantes jefes comprendieron que, llevada á cabo la idea del marqués, quedaba la escuadra francesa á disposición de la española, y trataron de disuadirle con súplicas: y no bastando estas, con amenazas. Peralta los oyó con desdén, y dirigiéndose á Alberto, le preguntó:

—Conde de Santomera, ¿respetará el ejército español la neutralidad que acabo de ofrecer, en pro de la humanidad y aceptando yo vuestras condiciones?

—Sí,—le contestó aquel;—nadie atentará contra vos y los vuestros mientras dure la pelea; al acabar, el magnánimo Carlos I os alargará sus brazos, y quedareis en libertad de acogeros á ellos ó de volver á Francia con vuestros navarros.

—Os tiende una red, Peralta, no lo creais.

—¡Os engaña; traición!

Gritaron los franceses, queriendo detener á don Pedro, que se había puesto en pie.

—Conozco á los españoles mis conciudadanos, —dijo el marqués,—y sé mejor que vosotros cómo cumplen lo que ofrecen. Por última vez os pregunto: ¿Aceptais como yo la paz?

—Con las condiciones de Silva, nunca,—contestó Frange;—que salga de la plaza y nos dé una tregua de ocho días para enterar y someter á la resolución de su majestad el rey este asunto, y sólo así podrá haber paz en Fuenterrabia mientras aliente un francés.

—Entonces, que el cielo os guarde, compañeros.

—Deteneos, marqués; ese hombre os engaña. ¿Cómo vos, jefe tan valiente y experimentado, os fiais de un mísero capitán que empieza á vivir, de un hombre que por garantía os enseña una red inicua?

—¡Miserables!—gritó Alberto sacando su pergamino y enseñándoselo á Frange.—¡Soy en Fuenterrabía el mismo Carlos I, y en el resto del pais su representante, con facultades ilimitadas! ¡Vedlo, y aceptad vuestros insultos, que os arrojo á la cara por indignos de mí, por dignos de vosotros!

Los franceses se agruparon, leyendo todos el escrito, que Alberto les quitó cuando hubo notado que concluyeron.

En tanto que esto acontecía desaparecieron Peralta, sus cuatro jefes y diez oficiales.

—¡Traición!—gritó Frange.

—¡Mueran los españoles!—exclamaron sus compañeros.

Silva tiró de la espada, y, echándose atrás, les dijo desde los umbrales del salon:

—Canalla, ¿así despedís á un parlamentario? ¿asi tratais al bondadoso señor que os ofrecia la vida? ¡En breve pagareis cara vuestra torpeza!

—¡Muera! ¡Muera!

—Acercaos, y heridme si podeis.

Y desnudando todos los aceros, cayeron sobre él; eran veinte contra Alberto, pero nuestro valiente joven no retrocedió un solo paso.

En el mismo instante corrieron en su defensa quince espadas exclamando don Pedro de Peralta, que la s guiaba:

—¡Navarros, viva España! ¡Mueran los villanos que atacan veinte contra uno!

—¡Mueran!—contestaron los catorce; y avanzaron inútilmente. Eran diez y seis contra veinte; pero á los primeros les cubrian fuertes armaduras, mientras que los otros iban á medio armar.

—¡Traicion!—volvieron á exclamar los últimos, y añadieron:

—A los balcones y ventanas, corramos y demos fin de estos malvados.

—¡Muera Silva! ¡A ese que representa á Carlos II ¡A ese que es el nervio del ejército enemigo!

Y se extendieron por los salones pidiendo auxilio á los que estaban en la plaza.

—¡A la calle!—gritó Santomera; y empujó á Peralta y á los suyos, diciendo al primero:

—Corred al puerto, marqués; encerraos en el castillo de la izquierda y disparad un cañonazo, cuya bala deberá cruzar por encima de mis naves. Es un aviso importante, y muy útil la brevedad.

—Estamos perdidos, señor conde; en la plaza hay ocho mil franceses, y nosotros somos diez y seis.

—Callad, insensato; me han seguido quinientos ligeros que se abrirían paso por entre todos los hijos de Francia. Corred por esa calle de la izquierda. ¡Que Dios os acompañe!

Como la tropa que había en la plaza vió que los ligeros no levantaban las moharras de sus lanzas, aun cuando oyeron las voces que daban en el palacio, no se atrevieron á moverse por temor de incurrir en una torpeza que podía aumentar considerablemente lo crítico de la terrible situación en que los había colocado un enemigo que amenazaba poco antes exterminarlos á todos. Así es que dieron tiempo sobrado á Peralta para que huyera con los suyos y á Silva para que montase. Al salir, dijo el héroe á Dávalos:

—Corred, sargento; que venga Navarro con mil jinetes y que avance Usen. Si tardais, todos moriremos aquí.

Desapareció aquel, y ya Alberto sobre su alazán, á la derecha de Mendoza, gritó:

—¡Ligeros en batalla! ¡Arriba las moharras! ¡Preparaos á vencer!

En este instante aparecieron en el zaguán del palacio Frange Estillac y demás jefes franceses, los que juzgaban muertos á sus voces y por los suyos á Silva

y á los navarros; pero cual no sería su sorpresa contemplando al conde frente á sus quinientos ligeros delante de la puerta del palacio, con las moharras levantadas y á los franceses sin atreverse á atacar. Creyeron que aquel no había ido acompañado, y al conocer su error dudaron, vieron la imposibilidad de salir ilisos por entre las lanzas españolas, y sólo se les ocurrió cerrar la única puerta que tenía el palacio, subir, y, asomándose por la fachada principal, prorrumpir en gritos de:

—¡Mueran los españoles! ¡A ellos, franceses; guerra, mientras aliente uno de vosotros!

La plaza en que estaban unos y otros era inmensa, y los soldados del conde, fijos en el rostro de su joven y valiente general, lanza en ristre, aguardaban inmóviles, sin miedo ni entusiasmo, oir la voz de aquel para arrollar la compacta masa de extranjeros que tenían á derecha, izquierda y de frente.

Los de la plaza, oyendo las voces de sus generales, se arremolinaron, blandieron las armas y fueron á atacar; pero vacilaron, pues los quinientos ligeros iban perfectamente armados y ninguno quería ser el primero, seguro como estaba de morir á un bote de lanza. Comprendiendo esto Frange, hizo que los individuos de la guardia de su palacio se armasen con unos cuantos arcabuces que tenían y los disparasen sobre los españoles.

Al mismo tiempo que el más grueso cañón del puerto lanzaba una bala rasa por encima de la escuadra española que se había aproximado considerablemente, sonó una descarga de mosquetería, y ocho balas que salieron del palacio fueron á estrellarse sobre las armadu-

ras de los jinetes y caballos del conde. Este mandó á veinte de los suyos que no se separasen de la puerta del palacio, acuchillando al que intentase salir, y con los cuatrocientos ochenta restantes cargó, llevando tal ímpetu que aterró á los ocho mil franceses.

—No separaos,—gritó.—Adelante, y siempre adelante, pero unidos.

Y dando con su espada ejemplo admirable de valor y destreza, principió una lucha de cuerpo á cuerpo tan sangrienta y fatal como pocas.

A la vez se oyeron varias descargas de artillería en el mar, algunas en los muros, bastantes de arcabuz, todo lo que, unido al estruendo de armas, al relincho de los caballos y al sonido de los clarines y trompetas, convirtió la plaza en campo horrible de batalla.

El condestable y el virey de Navarra no pudieron contener por más tiempo al ejército, y antes que ser desobedecidos y arrollados, prefirieron ponerse á la cabeza y entrar por la brecha, dirigiéndose en columnas hacia el centro de la ciudad.

El maestre Navarro, seguido de mil caballos, llegó á la plaza donde estaba el héroe un minuto después de haber dado los ligeros su primera carga. Este considerable refuerzo niveló las fuerzas, pero bien poco duró la igualdad, pues no tardó en asomar Usen con tres mil hombres y el virey con una columna de cinco mil.

Los franceses morían sin cuento; los que quedaban huian aterrados, ó, alzando las armas, pedían cuartel, y los menos desesperado, en brazos de la ira y el despecho, combatían hasta perecer.

Frange y Estillac intentaron salir, y viendo toma-

da la puerta por veinte ligeros, subieron de nuevo y se asomaron al balcón. El cuadro que se presentó á sus ojos no podía ser más horrible: á la derecha tenían el puerto cubierto de mástiles, cascos deshechos y trozos, en fin, de la escuadra francesa echada á pique por la española. Los fuertes y cañones del muelle permanecían mudos, y los navíos del emperador entraban ya en había sin que nadie se lo estorbase. En la plaza miraron amontonados los cadáveres de los franceses y en torno correr á los suyos entregarse ó morir. Silva, Mendoza y sus cuatrocientos ochenta ligeros eran máquinas que destruían hombres con pasmosa rapidez.

Frange tembló. Estillac quedó sin vista y los restantes jefes franceses exclamaron horrorizados:

—Todo se ha perdido; Santomera tenía razón; antes de dos horas no quedará un francés vivo dentro de Fuenterrabía.

—Es verdad,—dijo Frange,—pero yo lo evitaré.

Y comenzó á gritar desde el balcón:

—¡Alto franceses! Conde de Santomera; admito vuestras condiciones.

Estas voces las repitió varias veces hasta que fueron oidas por Alberto, el cual, volviéndose y reconociendo al general francés, exclamó:

—Basta, soldados; reponed las armas, quedando frente al enemigo. Navarro, Usen, virey de Navarra, corrred por la ciudad con todos vuestros oficiales á imponer pena de la vida al que atente contra los franceses hasta segunda orden. ¡Ay del que no cumpla mi mandato!

Todos le obedecieron, y poco á poco fué cesando el

estridor del combate; se apagó el estampido del cañón, y al estruendo de las armas siguió el espantoso conjunto de ayes, maldiciones y quejidos de los que yacian en tierra heridos ó con un miembro mutilado. Santomera se volvió, hallando á su espalda á Mendoza, sudando, rota la coraza de vaqueta y vertiendo sangre por uno de sus hombros.

—¡Buena lanza! —le dijo,—no la tiene mejor el emperador Carlos I. Tomad y cubrios esa herida, capitan.

Y se quitó su banda, arrojándosela al gigante, que la cogió y se la puso con entusiasmo indecible.

El joven mandó retirar á los veinte ligeros que estaban frente á la puerta del palacio y miró á Frange, diciéndoles con enojo:

—Mandad abrir, y nada temais, que subiré yo solo.

Y echó pié á tierra, dando las bridas de su caballo á Pedro, que también estaba herido en una pierna, aunque levemente.

Luego entró, penetrando como habia ofrecido en el salón de consejos, donde halló descubiertos y en pié á los veinte jefes franceses.

—Frange, Estillac, señores,—dijo con tono solemne—¡caiga sobre vuestras cabezas la sangre que se ha derramado inútilmente por vuestra causa! Llenásteis de luto cientos de familias; sus maldiciones solo á vosotros, que sois los culpables, deberán llegar: los míos y yo hemos herido en propia defensa; bien lo vísteis desde los balcones.

—Ya no tiene remedio,—le contestó Frange, humillado y pesaroso, —toda la responsabilidad es nuestra ante Dios y los hombres; la aceptamos, y que se

cumpla la voluntad del Eterno. ¿Nos permitís salir de Fuenterrabía en lo que resta de sol?

—Lo que ofrezco una vez lo cumplo siempre; partid hoy, dejadme gente que recoja vuestros heridos, los cure, y una comisión que se haga cargo de todo lo que entrásteis de Francia para que se lo lleven cuando lo tengan reunido, para verificar lo primero, y mientras yo junto mi ejército y lo mando formar fuera de la plaza, montad vosotros á caballo, dad las órdenes convenientes, y al frente de los vuestros despejad la ciudad, para que pueda alojar en ella esta noche á mis fatigadas huestes.

—¿Queréis que firmemos un convenio?

—Es inútil, yo jamás falto á mi palabra, ni á vosotros os es posible ahora dejar de cumplir la vuestra. Que el cielo os guarde.

Y salió montando á caballo de nuevo.

—Capitán Mendoza, —exclamó;—enarbolad bandera blanca por segunda vez, y extended la voz entre amigos y enemigos de que queda hecha la paz y de que los franceses salen hoy mismo en dirección de su país. Ordenad al condestable y virey que refuercen los muros, torres y casas tomadas, reunan el resto del ejército y lo formen al pié de los muros. Decidles que hasta marchar los franceses no quiero ver en las calles de Fuenterrabía otros españoles que los del cuerpo de sanidad y dependientes de éstos. Volad, amigo mío.

La lucha había ido poco á poco terminándose; los emisarios del conde extendieron la voz con rapidez eléctrica, no atreviéndose nadie á desobedecer el caudillo que todavía aclamaban con loco entusiasmo.

Luégo recibieron la orden de formar en el campo y siguieron al condestable como ovejas; los leones, á la voz de Silva, se convirtieron en corderos.

Nuestro héroe, acompañado sólo de Pedro, atravesó la única calle que le separaba del puerto, se detuvo frente á un castillo, y, viendo la cabeza de Peralta que salía por una ventana, le alargó los brazos. Un viva al emperador y otro á Alberto de Silva fué la contestación de los navarros á la tierna insinuación del conde. Luégo bajó el marqués y estrechó á su amigo, diciéndole:

—Gracias, señor; os debo la vida, honra y felicidad; mi agradecimiento vivirá tanto como yo.

—Cumplisteis como bueno, y ya recibireis la recompensa á que os habéis hecho acreedor. Queda vencido el ejército francés, y á ruego de sus jefes saldrá en breve para los Pirineos; más tarde os mandaré banderas españolas, que cambiareis por esas francesas que aún ondean en los dos castillos. Sois ya general del imperio y grande de España. Seguid con el mando del puerto hasta que os releve un tercio de los más descansados, en cuyo instante me vais á buscar al palacio que fué de Frange, donde os daré nuevas órdenes. Adios, amigo mío; olvidad vuestros pesares, y tened confianza en el porvenir.

Peralta estrechó y hasta besó su mano, despidiéndole con los ojos húmedos. Luego hizo quitar las banderas francesas, se encerró en el castillo, mandando saludar á la escuadra española, que en aquellos momentos anclaba muy cerca de la plaza.

El conde recorrió la ciudad estimulando á los que recogían los heridos y muertos para que abreviasen;

destinó dos hospitales á los franceses y uno para sus heridos, y ordenando á Pedro que le esperase al pié de la brecha, echó pié á tierra y comenzó á reconocer el muro y fuertes. Allí encontró á Núñez y á don Alvaro, y después de encomiar el valor y destreza de que ambos dieron tantas pruebas, los nombró capitanes.

—Gran recompensa nos otorgais con las bandas, —dijo Lara;—pero es mayor la que llevan los elogios de un hombre que no tiene parecido en el mundo. A vuestro lado, señor, no puede haber cobardes ni torpes; el ejemplo que dais hace invencibles á los que os obedecen.

Silva les alargó su mano, prosiguiendo el reconocimiento y otorgando gracias á los que guarnecía el muro, torres y casas, hasta las cuatro y media en que bajó, y, tornando á montar á caballo, esperó al pié de la puerta principal la llegada de los franceses.

Empezó la lucha á las cinco y media de la mañana, y duró, con un corto intervalo, hasta cerca de las doce; los franceses perdieron casi toda su escuadra, que deshizo la imperial, dejando además en tierra cuatro mil heridos y ochocientos cadáveres. Los españoles tuvieron ciento quince de los primeres, y cerca de seiscientos de los segundos.

A las cinco aparecieron á caballo Frange, Estillac y los restos del derrotado ejército francés. Alberto se incorporó con ellos y continuó así, pasando por frente á los españoles, que estaban formados en batalla junto al muro. La presencia del héroe enmudeció á los últimos, que permanecieron impasibles, mientras cruzaban por delante de sus enemigos.

Cerca ya de la raya se detuvo Silva, diciendo al general en jefe francés:

—Como representante que soy del emperador Cárlos I, os agradezco la visita que nos habéis hecho, la cual ha durado más de dos meses; á fuer de hidalgo os la devolveré con la misma urbanidad que vos nos habeis honrado.

—¿Cómo y cuando?

—El cuando y cómo se lo participaré á vuestro rey desde este mismo paraje. Seguid, que ya nadie os molestará.

Y despidiéndose de ambos, picó á su caballo, regresando á Fuenterrabía, donde llegó minutos después, acompañado siempre de su único criado Pedro.

El ejército continuaba formado y á la cabeza los principales jefes; Alberto se acercó á los últimos, exclamando:

—Señores, S. M. ha dispuesto que sea yo el primero que dé la noticia de la toma de Fuenterrabía; os prohibo en consecuencia mandar correo alguno hasta después que marche, que lo verificaré mañana mismo. Sin perjuicio de lo que yo disponga, os entrego señor condestable, la plaza que he ganado y el mando del ejército; entrad cuando gusteis, y, en unión del virey, alojaos conmigo en el palacio que fué de Frange. El servicio de la tropa y todo lo concerniente á ella os corresponde nuevamente. Que el cielo os guarde.

Y se encaminó á la ciudad, siendo saludado por entusiastas vivas que salian de toda la línea del ejército, confundiéndose ahora las voces de los jefes con las de los soldados. En este momento le admiraban todos, rindiendo homenaje á su genio y desmedido valor; el

anciano como el jóven y el noble como el plebeyo, todos le aclamaban y bendecían la hora en que lo mandó el emperador.

—Él,—exclamaban,—nos libró de un sitio largo y terrible; él venció á los franceses, humillándolos más tarde, perdonándolos luego y echándolos después de Fuenterrabía con soberano desdén. Manda á lo rey, dirige á lo héroe, y se bate como un león; nuestras vidas le pertenecen; es el primer general de la tierra. ¿Quién rehusaría seguir á ese invencible gigante?

A la entrada de la brecha se encontró Silva á Navarra, que le preguntaba:

—¿Donde nos alojamos, hijo mío?

—En el palacio que fué de Frange.

—Tengo aquí nuestros equipajes, que llegarán á la vez que tú. ¿Qué hago de los ligeros?

—Exclúyelos de todo servicio y alójalos bien, pero cuida tú solo de eso.

—Oye, has nombrado capitanes á Mendoza, Osorio y Nuñez; yo hice un poco más que ellos.

—Por eso eres maestre de campo.

—Gracias al emperador.

—Cuando lo ganes, te elevaré á general.

—Hay en los nuestros algunos que no merecian como yo el bastón que ostentan.

—A esos no los nombró Alberto de Silva.

—Ya lo sé; mas ¿no vale nada lo que yo hice hoy?

—Sí, la mitad de tu pretensión.

—Ya; ¿y la otra parte?

—Esa, portándote como hoy, la conseguirás en la primera batalla que demos á campo raso dentro de Francia.

—Muy larga la tomas, Alberto.

—Antes de un mes, Pedro.

—Entonces esperaré.

—No tienes otro remedio.

—¿Qué hago?

—Obedecer las órdenes del condestable. Adios.

—El te acompañe, generoso caudillo, espléndido general; ¡vaya un hijo!

Alberto sonrió, pero no hizo caso, llegando poco después al palacio donde debia alojarse.

Inmediatamente hizo que lo desarmase su criado y cambiara la armadura por la ropilla de seda con que se vistió. Una hora despues entró el condestable, preguntando:

—¿Habéis almorzado, conde?

—No, pero cenaremos cuando Dios quiera.

—Desconfío que sea ántes de media noche.

—Vos sois muy desconfiado, señor condestable.

—Es verdad, y confieso que me equivoqué respecto de vos. Silva, he declarado mi error al frente del ejército, y si fué grande lo duda, á más se elevó la admiración que me inspirásteis luégo y la creencia de lo mucho que vale el héroe tan acertadamente elegido por el emperador. Yo os felicito, jóven incomparable...

—Basta, señor; no soy aficionado á lisonjas; y ménos á aplausos.

En este instante fueron interrumpidos por el virey Navarro y varios grandes, todos los que alargaron su mano á Santomera, dándole la enhorabuena y colmándole de elogios.

Más tarde relevaron al marqués de Córtes, que

abrazó tambien á Silva, con el llanto en los ojos. Aquel lo presentó á los generales que le rodeaban, mandando que le reconocieran como caudillo y grande de España.

Y por último, á las nueve de la noche se presentó el almirante español, jefe de la escuadra surta en el puerto, seguido de sus oficiales mayores; y después de enterarse minuciosamente de quién era el conde de Santomera y de lo que había hecho, le felicitó, ofreciéndole homenaje y respeto.

Hasta las once de la noche no se sentaron á la mesa, probando entonces por primera vez alimento durante aquel día; en cambio corriendo mucho á caballo, hicieron esfuerzos sobrehumanos, poniendo á prueba su fortaleza de espíritu y hasta la de sus huesos.

Los grandes de España de aquella época y los generales y jefes de altas graduaciones podian ostentar sus títulos y honores con noble orgullo, siendo así que, con raras excepciones, los ganaban á costa de grandes sacrificios y de infinitos merecimientos. Hoy no sucede lo mismo, por desgracia; acontece, y permítasenos el símil, lo que con los nuevos metales que se han ido descubriendo después: hay muchos que brillan y hasta que se asemejan al oro; pero al examinarlos quitan la ilusión, desapareciendo al punto el engaño. Del mismo modo, y en virtud del cambio radical que ya hemos deplorado más de una vez, se contemplan con espantosa profusión fajas, galones, cruces, grandezas y títulos que no son lo que parecen, ni lo que demuestran se halla próximo á la realidad. Separando también honrosísimas excepciones, forma lo que resta un conjunto que brilla como el sol, pero que no calienta;

que luce, pero que no alumbra; que aparenta, pero que no es nada. Dicen que son malas las comparaciones; nosotros las creemos expuestas, y por ahora las suspendemos, sin perjuicio de hacer algunas indipensables en el trascurso de nuestra historia.

A las doce se acostó el conde, y á las seis se levantó, recorriendo sólo los hospitales, parte de la ciudad y el muro. A las diez regresó, escribiendo dos horas, sin pemitir que nadie le interrumpiera. Después llamó á Usen, Peralta y Navarro, les dió por escrito algunas instrucciones, mandó otras al condestable, disponiendo su marcha á Madrid para las seis de la tarde. Debian seguirle el marqués de Córtes, el capitán Mendoza, el sargento Dávalos y veinte ligeros. Desde este momento hasta el instante de su partida, á excepción del tiempo que perdió en comer, ocupó el resto en dar órdenes para la reparación de la muralla, encareciendo la vigilancia de los heridos, el exacto cumplimiento de lo ofrecido á los franceses y la preparación de todo lo que necesitaba para atravesar los Pirineos, y al frente de un ejército aguerrido, devolver á Francisco I la visita que habian hecho á España sus soldados. De nada se olvidó nuestro entendido jóven; si en el día anterior fué el primero en trabajar, en este no descansó un instante, hallando por recompensa la silla y molesto escape de su caballo.

Antes de partir distribuyó todavía algunas gracias y honores entre el ejército; fué parco, pero no dejó sin recompensa á ninguno de los que la merecian. Nombró también capitanes á los tres oficiales que acompañaron á Usen la noche antes, los que, unidos á Osorio, Mendoza y Nuñez, lucían con gentileza sus ban-

das rojas, á la vez que las heridas y arañazos que sacaron en la contienda. Don Irenio los miraba con orgullo y sonreía, bastándole para sí los elogios que le había tributado Silva. Más ambicioso y menos modesto Navarro, en público hacía justicia á su hijo adoptivo, y privadamente le llamaba ingrato y otras cosas, que sólo excitaban la hilaridad de Alberto.

Don Pedro Peralta dejó de suspirar; fué bien recibido entre el ejército, y al frente de sus navarros, juró acompañar al conde á Francia, formando la vanguardia y pereciendo primero que retroceder una línea. pronto le veremos cumplir su palabra, señalándose como uno de los más valientes y entendidos de cuantos obedecen al héroe.

CAPITULO XXXVII

Ultimas disposiciones para la nueva campaña.—A Madrid.

Vestido ya Alberto para emprender su regreso á la córte y cuando empezaban á llegar los jefes del ejército ansiosos de despedirle, se encerró en su despacho con el conde de Usen, el maestre Navarro y los capitanes Osorio y Lara, diciéndoles, después que hubo meditado breves instantes:

—Señores, tardaré en volver de quince á veinte dias, tiempo sobrado para que, con arreglo á las instrucciones que os dejo por escrito, me organicéis los treinta mil hombres que nos van á seguir, disponiendo á la vez la artillería, bagajes y demás que necesitamos. Vos, don Irenio, os encargáis de los soldados, y tú, Navarro, de lo concerniente á la parte administrativa. Es costumbre en España cuidarse mucho de los hombres, en lo relativo el valor y disciplina, dejando abandonado el resto, lo cual ocasiona á menudo conflictos, hijos del olvido é imprevisión, por no tener en cuenta que el soldado necesita comer, y que no

siempre se le puede quitar al enemigo lo preciso para atender á tan urgente é indispensable obligación. Por estas razones he variado el plan de administración, y quiero y mando que no se escaseen medios ni sacrificio alguno para el exacto cumplimiento de las prevenciones que os dejo por escrito.

—¿Adónde vamos?—le preguntó Navarro.

—Ya te he dicho que á Francia.

—No es eso; el punto.

—No lo sé.

—Tú nada ignoras.

—Entonces será que no debo decirlo,

—Está bien. ¿Cuánto tiempo emplearemos en esa anhelada y sangrienta guerra?

—Un mes, dos, ciento, mil; la pregunta es peregrina, ¡qué digo! digna de tí.

—Hombre, tú habrás calculado aproximadamente.....

—Sí; pienso que no llegarás nunca á general, si continúas tan torpe.

—Ayer no me decias eso.

—Es que en la toma de Fuenterrabía te has portado hasta con heroismo, y ahora.....

—Y ahora soy curioso y nada más. ¡Bien has recompensando mis hazañas!

—Más adelante las tendré en cuenta.

—Si antes me dan un balazo ó una estocada, te pesará luego haber sido tan avaro conmigo.

—Navarro, quiero que vivas, lo anhelo y hasta se lo pido á Dios; pero de morir, me es igual lo verifiques de general que de maestre.

—Cuando hables con el emperador, le refieres lo

que hice, y, si lo ves propicio, inclinas su régia voluntad.

—Haré todo lo contrario, y está seguro ya se concretará á ratificar lo que ya he concedido, añadiendo solamente una grandeza para nuestro amigo el conde de Usen.

—Alberto, no la he ganado ni debo aceptarla,—dijo don Irenio con rubor;—yo os ruego que olvidéis eso, dando en su defecto á mi querido Navarro el ascenso que pretende en justicia. Harto sufrió en Múrcia; y áun cuando os debe bastante, también vos tenéis que agradecerle mucho.

—En ese caso,—exclamó el ex-comunero,—pide la grandeza para don Irenio y déjeme de maestre; de todos modos has de mandar tú sólo; por consiguiente, debe serme igual quedarme así ú obtener el nuevo ascenso que con notoria injusticia me niegas.

—Conde, amigo mío, yo os suplico...

—Basta, Usen; cuando regrese sabréis lo que he determinado. Y vosotros, Lara y Osorio, ¿nada tenéis que pedirme?

Los aludidos se pusieron de acuerdo, contestando el primero:

—Que volváis pronto y nos llevéis á la guerra. Anhelamos únicamente seguir al héroe, ganar batallas, é impelidos por su génio, ayudarle á que España sea el imperio más poderoso del mundo.

—¿Os creéis suficientemente recompensados?

—Con exceso; no merecemos estas bandas, ni aspiramos á otra cosa que á obedeceros, con lo cual nos hallaremos siempre satisfechos.

—¿Los oyes, Navarro?

—Sí.

—¿No admiras su modestia?

—No; son discípulos míos.

—En todo, menos en pedantería.

—Les enseñé cuanto saben, y si yo pido es porque lo he ganado, no porque me hace falta ni lo deseo.

—Te voy á tener diez años de maestre.

—Le escribiré al emperador, y me hará justicia.

—Allá veremos.

—Dí á María cuanto quieras de mi parte, y á su madre... ¿Sabes que Clotilde es muy hermosa?

—Sí.

—Tiene mucho talento y un trato y modales que encantan.

—También es verdad.

—Puedes decirle en mi nombre... Nada; no lo vas á hacer, por lo que excuso el encargo. Cuando yo vaya á Madrid hablaré con ella.

Alberto les dió las últimas instrucciones de palabra, abrazó á los cuatro, y salió con ellos al gran salón de palacio, donde le esperaban reunidos el condestable, el virrey de Navarra y los restantes generales y jefe de mar y tierra para despedirle.

También estaban entre ellos el marqués de Cortes y el capitán Mendoza, en traje de camino, y en los patios aguardaban el sargento Dávalos, y veinte ligeros, teniendo del diestro sus caballos y los tres de sus jefes.

El conde de Santomera estrechó al condestable, al general de marina y á algunos otros, saludó á la mayor parte, tendiendo una mirada desdeñosa sobre un grupo de jefes que se habían salido del que formaban

sus compañeros, hablaban en voz baja y permanecían como disgustados y violentos. Eran todos de los que en un principio murmuraron.

Silva bajó, seguido de la mayoría, montó á caballo, dió el postrer adiós, y en medio de Peralta y Mendoza, en pos su escolta, salieron como una flecha en dirección de Madrid.

Antes de finalizar este primer tomo, digamos dos palabras acerca de los que quedan en Fuenterrabía.

Pasadas las primeras veinticuatro horas volvieron la envidia y vanidad á apoderarse de algunos jefes; criticaron, y sus torpes frases dieron lugar á una catástrofe que regó con sangre humana el suelo español. Aquellos que, por lo general, se quedan atrás en los momentos del peligro, siempre están descontentos, todo lo anatematizan. y en alas de sus bastardas pasiones forman una horrible antítesis del hombre que presenta el verdadero tipo del valor, patriotismo y grandeza de ser. Esos reptiles hallan en cambio, tarde ó temprano, el castigo á que les conducen su índole y extravío, como veremos en algunos de los que osaron más adelante empañar con su inmundo aliento el brillo de la aureola de gloria que ciñe la hermosa frente del héroe. Alberto, seguido del capitan Mendoza, de Dávalos y veinte ligeros restantes, corre ya sin tregua ni descanso en dirección de la corte; pero quedan en Fuenterrabía Navarro, Usen, Lara, Osorio y cien capitanes más, dispuestos á hacer justicia á su joven é improvisado general y á confundir bajo sus plantas á la venenosa víbora. Nada respeta la calumnia, nada hay sagrado para el calumniador, y era preciso que este aserto se trocara en axioma aplicable en todas las socieda-

des, en todos los sitios de la tierra donde hubiese seres humanos, para que se atreviera á negar un solo hombre la sabiduria y genio del héroe, cuyos hechos hemos empezado á conocer, y al que pronto veremos elevarse sobre lo más grande que existe, si el puñal de Juan de Dios Bermúdez ó el traidor acero de sus enemigos no dan fin de su preciosa vida en la emboscada que meditan ó en el infame lazo que le preparan.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

Capítulos		Págs.
I.....	La tempestad.—Lo que eran el reino de Múrcia y sus habitantes en el siglo XVI.—El bodegón.—Brujas y creyentes.—Los fantasmas en forma de peregrinos.—Sorpresa, duda, dispersión.—El capitán y el sargento.—Lo que parece palacio, lo que no es palacio y lo que fué palacio.—El héroe, un jefe comunero, el conde de Santomera y el pálido reflejo de la muerte.—El panteón y las estátuas.—Para lo que se vive y por lo que se muere.—Juramento.—Principio de una amistad de cuarenta años..	3
II.....	Las explicaciones de Dávalos.—Capitán y sargento.—El castillo de Monteagudo.—Los comuneros.	51
III.....	Más sobre Monteagudo.—Historia de Navarro..	68
IV.....	Presentación de Silva.—El genio nadie lo desconoce.—Se confirma el vaticinio de Navarro.	85
V.....	A la paz, la turbulencia y desasosiego.—Consecuencias del valor sin prudencia.—Conflictos.	96
VI.....	Sorpresa.—Asalto.—Aturdimiento.—Un valiente cargado de cadenas.—La libertad.—Retirada.—Momentos críticos.—Rebato.—Todo se ha ganado.....	120
VII.....	Continúa la ansiedad.—La muerte.—Los de fuera y los de dentro del castillo.....	131
VIII.....	Los maniatados.—A la libertad sigue el pánico.—Mentiras de grueso calibre.—Desórden.—	104

Capítulos		Págs.
	El adelantado de Múrcia don Pedro Fajardo. marqués de los Vélez, y un giboso aprovechado	143
IX	El huérfano y su amigo.—La maldad camina á su fin.—De la humillación al poder	160
X	El malvado y su víctima.—Triunfo completo.—El leopardo y la serpiente.—Ultima averiguación	179
XI	El héroe, el capitán y los cincuenta leones.—De cómo se puede vivír alegre en las entrañas de la tierra.—El postrer asalto.—Anuncio fatal.—Relato cruel.—Todo se ha perdido.—Todo se puede ganar con un héroe	200
XII	El improvisado general.—Ante el genio todo se humilla.—Contra un disfraz otro.—Lo sespias espiados.—Silva y Bermúdez	221
XIII	Los dos labriegos.—Serenata de Dávalos.—Preparativos.—A Roma por todo	239
XIV	Humillación.—Proposiciones.—Altercado.—Un alerta misterioso.—Duelo.—Se ganó la mitad.	252
XV	Silva, los comuneros, sus amigos y enemigos.—Golpe de mano.—Los tigres trocados en rebaño de ovejas	267
XVI	Todo se va ganando.—En todo está el buen general.—Los Manueles, los Fajardos y los imperiales	277
XVII	Reformas.—Disposiciones.—La paz.—Los Manueles, luégo los Fajardos y después los imperiales	294
XVIII	El sitio.—Parlamento.—Salida.—Sorpresa, dispersión y triunfo completo	315
XIX	Reunión.—Grata noticia.—Tregua.—Nuevo sitio	336
XX	Los dos condes.—Convenio.—Los dos rivales.—La tregua	361
XXI	Regio emisario.—La paz.—El indulto.—Noticias interesantes.—Acabó la guerra civil	379
XXII	Juramentos.—Despedidas.—A Madrid	401
XXIII	La villa sin córte.—El entretenimiento de un guerrero sábio y estudioso.—La encantadora María y la bella Clotilde	424
XXIV	El incrédulo y el creyente.—Romanza.—Segui-	

Capítulos		Págs.
	dillas.—El reclamo.—Las dos tórtolas.—El milano.—Desafío, misterio y sorpresa.....	465
XXV.....	Llegada imprevista.—Duda fatal.—El héroe y el César.....	497
XXVI.....	Los cinco amigos.—Cardenal, ministro y pontífice.—El duque de San Marcos.—Desafío....	527
XXVII.....	Segunda campaña del jorobade.—Previsión.—Las dos tórtolas.....	557
XXVIII....	Ratificación.—Temores bien fundados.—El banquete.—Sorpresa de un régio convidado.	587
XXIX.....	Del festín al cementerio.—La guadaña.—Consecuencias de un asesinato frustrado.....	610
XXX.....	Los dos hermanos.—Tercera campaña dé Bermúdez.—El rey de los criados.....	635
XXXI.....	Preliminares del duelo.—El palenque.—Momentos supremos.—La muerte.....	661
XXXII....	Otra vez el héroe y el César.—Despedida.—A Fuenterrabía.....	679
XXXIII....	La entrevista.—El consejo.—Dos supuestos vizcainos.....	709
XXXIV....	Nuevo reconocimiento.—Dos generales, un maestre y un alférez.—Otra vez á la mar y luégo al campamento.....	743
XXXV.....	La avanzada inmóvil.—Silencio imponente.—La batería de Silva.—Fuego horroroso.—La brecha.....	772
XXXVI....	Tregua.—Parlamento.—Nuevas hostilidades.—Fuenterrabía vuelve á la corona imperial de España.....	791
XXXVII...	Ultimas disposiciones para la nueva campaña.—A Madrid.....	814

FIN DEL ÍNDICE

Parreño

EL HÉROE
Y EL CÉSAR

1

FAN
XIX
635